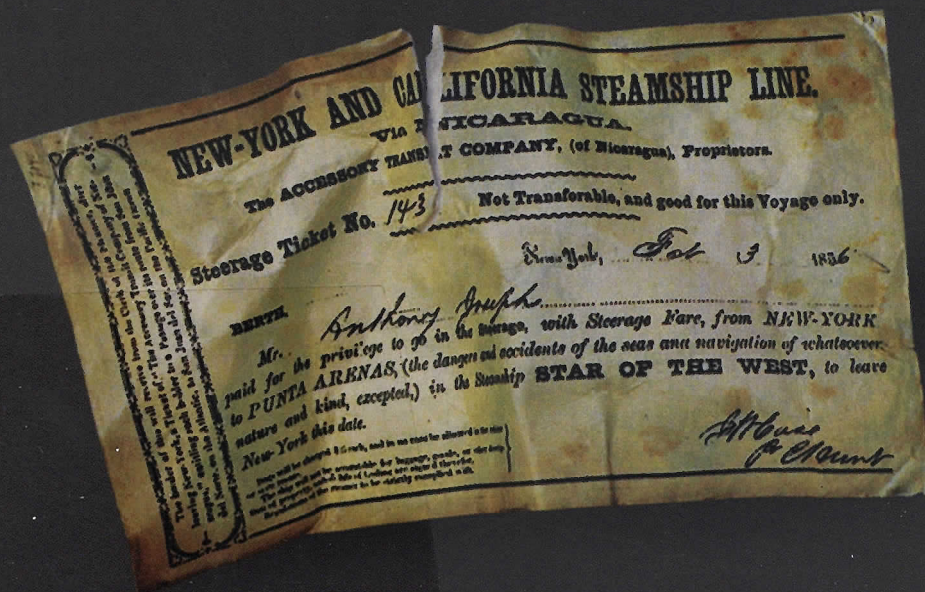


Frances Kinloch

El imaginario del canal y la nación cosmopolita

Nicaragua, Siglo XIX





Frances Kinloch Tijerino

es investigadora asociada del Instituto de Historia de Nicaragua y Centroamérica (IHNCA-UCA) y autora del texto *Historia de Nicaragua* publicado por dicho centro. Recibió el Premio Nacional de Historia "Jerónimo Pérez" en 1999 por su libro *Nicaragua: Identidad y Cultura Política (1821-1858)*. Obtuvo una licenciatura en Educación en la UNAN-Managua y una maestría en Historia en la Universidad de Costa Rica. Es autora de artículos especializados sobre aspectos relativos a la formación del Estado nacional en la Nicaragua del siglo XIX, así como de tres capítulos de la obra de síntesis *Enciclopedia de Nicaragua* y el cuarto tomo de *Primaria Activa: Enciclopedia Escolar, Nicaragua*, ambas de la editorial Océano de España.

Foto portada:

Boleto de viaje por barco de 1856 desde New York a San Juan del Norte, Nicaragua.

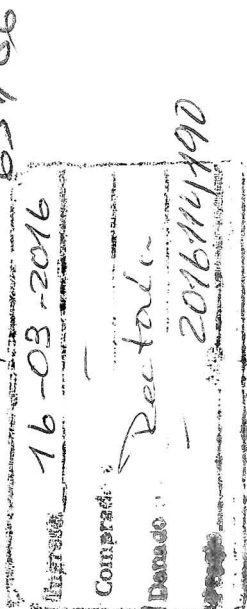
972.85

K-SSima

El imaginario del canal y la nación cosmopolita

Nicaragua, Siglo XIX

Frances Kinloch



ihnca



972.850 4

K55

Kinloch, Frances.

El imaginario del canal y la nación cosmopolita: Nicaragua, siglo XIX.

-- Managua : IHNCA-UCA, 2015. 376 p.

ISBN: 978-99924-29-13-6

1. NICARAGUA – HISTORIA, SIGLO XIX
2. CANAL DE NICARAGUA 3. RELACIONES DE PODER
4. FORMACION DEL ESTADO 5. DOCTRINA DE MONROE
6. DESTINO MANIFIESTO
7. NICARAGUA – RELACIONES EXTERIORES
8. COSTA RICA – RELACIONES EXTERIORES

I. Título

“El imaginario del canal y la nación cosmopolita, Nicaragua, Siglo XIX”
de Frances Kinloch

Primera Edición en Español, 2015, por el Instituto de Historia de Nicaragua
y Centroamérica de la Universidad Centroamericana IHNCA-UCA

© Frances Kinloch

© Instituto de Historia de Nicaragua y Centroamérica
de la Universidad Centroamericana, IHNCA-UCA

Cuidado de edición: Frances Kinloch

Revisión de texto: Margarita Vannini

Foto autora: Claudia Gordillo

Diseño portada y contraportada: ARCO Producciones, S. A.

Producción: Jan Kees de Rooy

Impresión: Imprime, S. A.

Índice

Agradecimientos	11
Presentación	13
Introducción	17
Parte I: Independencia y proyectos nacionales	33
Capítulo I. El ideario de la Independencia	35
Capítulo 2. Nicaragua: de colonia a Estado	73
Parte II: Nicaragua: la difícil organización del Estado	111
Capítulo 3. Una cruenta iniciación a la vida republicana	113
Capítulo 4. Entre lo nuevo y lo viejo: debates y elecciones entre caudillos	141
Parte III: Canal y geopolítica	179
Capítulo 5. Canal, geopolítica y relaciones étnicas	181
Capítulo 6. Entre la Doctrina Monroe y el Destino Manifiesto	225
Capítulo 7. ¿Hermanos, vecinos o enemigos? Nicaragua y Costa Rica	259
Parte IV: En busca de la nación cosmopolita	293
Capítulo 8. ¿Estado, República o Patria Grande?	295
Capítulo 9. Avatares del proyecto nacional	323
Bibliografía	347



**A la memoria de Álvaro Argüello, S.J.,
artífice y maestro de nuestra historia**



“Estos lagos inservibles presentan ya un aspecto grandioso y animado: este país en fin que poco ha se veía selvático e inculto, llama ya la atención del universo: el comercio le considera su centro, la ilustración pone en él su asiento: (...) la gloria, en fin, el contento, las delicias i la felicidad humana se brindan espontáneamente a los dichosos habitantes de este paraíso terrenal”.

Editorial, El Correo del Istmo de Nicaragua, 1849.¹

“Nicaragua, por medio de la paz está llamada a ser la nación cosmopolita; los nicaragüenses no tenemos que ir a lejanos países para estudiar las costumbres de las diversas naciones que cubren la superficie del Globo; ellas nos buscarán y son atraídas por las ventajas que brinda nuestro suelo privilegiado.”

Manifiesto del director supremo José Laureano Pineda, 1851.²

“Entonces podremos decir del General Walker que se presentó a nuestras playas en son de guerra, pero que al llegar a nosotros, movido de mejores impulsos, sintió la necesidad de cumplir nobles aspiraciones como elemento de civilización (...) porque habrán de ser los Estados Unidos los constructores de la comunicación entre los dos océanos, llevar a Nicaragua, unidos de las manos, al engrandecimiento a que está destinada por su posición en el continente y facilidades naturales, obteniendo nosotros, con ventaja, relaciones valiosas con el mundo civilizado a la vista de sus naves y pabellones en el corazón de nuestro territorio.”

Presbítero Agustín Vijil, “Sermón pronunciado en Granada el 14 de octubre de 1855”.³

1 “Editorial”, *El Correo del Istmo de Nicaragua*, N° 3. León, Nicaragua: Junio 1° de 1849.

2 PINEDA, José Laureano, “Manifiesto”, Managua, mayo de 1851. Documento reproducido en: VEGA BOLAÑOS, Andrés, *Gobernantes de Nicaragua. Notas y Documentos*. Managua: Editorial Rodríguez, 1944, pp. 159-160.

3 Agustín Vijil, “Sermón pronunciado en Granada el 14 de octubre de 1855”. Reproducido en: Antonio Esgueva, *Taller de Historia N° 10, Nicaragua en los Documentos, 1523-1857* (Managua, Nicaragua: Instituto de Historia de Nicaragua y Centroamérica, 2006), 114.



Agradecimientos

En 1992 tuve la oportunidad de ingresar a la Maestría Centroamericana en Historia de la Universidad de Costa Rica (UCR), gracias al apoyo de un extraordinario grupo de profesores latinoamericanos dedicados a la tarea de profesionalizar esta disciplina en la región. Venía de una Nicaragua desgarrada por años de lucha contra una dictadura sostenida por intereses geopolíticos foráneos, seguidos de un trágico conflicto atizado por la ideología de la Guerra Fría. No es de extrañar, pues, mi profundo interés en los debates sobre el origen histórico de las naciones y el nacionalismo, que descubrí en un magistral curso impartido por el profesor Víctor Hugo Acuña Ortega.

El análisis comparativo sobre la formación de los Estados y las naciones en Centroamérica, conducido por profundos conocedores del tema – Héctor Pérez Brignoli y Arturo Taracena Arriola – me permitió definir el objeto de estudio de mi tesis. Y, en el libro de Bradford Burns, *Patriarch and Folk: The Emergence of Nicaragua, 1798-1858*, encontré invaluable pistas para continuar explorando dicho proceso en nuestro país a lo largo del siglo diecinueve. En 1999, después de un arduo trabajo con fuentes primarias bajo la guía del Dr. Acuña Ortega, concluí la tesis y presenté una versión parcial de la misma en el libro titulado *Nicaragua: Identidad y cultura política. (1821-1859)*.

La publicación de una segunda versión de mi tesis, complementada por dos ensayos posteriores sobre el período de transición de la Colonia a la Independencia, y los avatares del proyecto nacional a finales del siglo XIX, me ofrece la oportunidad de expresar mi honda gratitud por el apoyo y orientación que me brindaron mis profesores en la Universidad de Costa Rica, y reconocer mi perdurable deuda intelectual con el gran historiador norteamericano Bradford Burns.

Cabe destacar que este libro es fruto de varios años de estudio y reflexión como investigadora en el Instituto de Historia de Nicaragua y Centroamérica de la Universidad Centroamericana (IHNCA-UCA). Agradezco profundamente el constante apoyo de su directora Margarita Vannini, cuyo admirable compromiso por preservar nuestras fuentes documentales y promover el desarrollo de la investigación, compartido por su excepcional colectivo, ha consolidado al IHNCA como un punto de referencia cimero en el ámbito

académico regional. Así mismo, deseo expresar mi especial gratitud a Jan Kees de Rooy, productor de la colección editorial del IHNCA, por su contagioso entusiasmo e infinita paciencia.

Presentación

Los procesos de construcción de los estados y de invención de las naciones nunca han sido resultado de evoluciones automáticas, en el caso del Estado como supuesto producto natural y necesario del desarrollo de una economía capitalista y en el de la nación como ineluctable emanación de una entidad preexistente que en cierto momento brota y adquiere cuerpo y expresión en una identidad. Por el contrario, los estados se construyen o se edifican en el marco de interacciones entre actores de diversa índole tanto locales como globales, mientras que las naciones son proyectos, basados en un modelo para armar de circulación planetaria, elaborados por ciertos grupos con el fin de promocionar e inculcar la idea nacional en su sociedad mediante acciones coercitivas y distintas políticas culturales. Estados y naciones surgen en el marco de antagonismos y como proyectos son siempre contingentes, en la medida en que son iniciativas que pueden tener éxito o fracasar. Tampoco son irreversibles porque estados consolidados pueden desintegrarse o tornarse entidades frágiles, mientras que naciones con gran capacidad de convocatoria para la mayoría de sus integrantes, en algunos momentos históricos pueden perder su atractivo y dejar de ser representativas de la colectividad que dicen cobijar.

El estudio de estos procesos históricos, cuya centralidad en la historia del mundo de los últimos dos siglos es manifiesta, encuentra en Centroamérica un campo de particular interés porque se trata de una región de importancia geoestratégica a escala planetaria en la cual, tras la independencia de España, se desarrolló un proyecto de Estado y de nación que fracasó tempranamente. Este fracaso tuvo como desenlace la formación de cinco microestados, los más pequeños de la masa continental del Nuevo Mundo, los cuales han arrastrado hasta el presente una duda existencial respecto de su viabilidad, mientras que en algunos de ellos sus naciones proclamadas nunca han terminado de dar cabida al conjunto de sus habitantes. Por tanto, el Istmo es un espacio ideal para hacer análisis empíricos comparados y entrecruzados de la formación de estados y la invención de naciones.

En Centroamérica, hasta tiempos recientes, la investigación histórica sobre estos procesos inspirada en el quehacer historiográfico más avanzado de otras latitudes ha tenido poco desarrollo, por

el peso inerte de la historia patria y del nacionalismo metodológico. La historia patria, historia política por antonomasia, ha visto los procesos de construcción estatal como un problema de constituciones o leyes y como un producto de acciones conscientes de individuos impelidos por pasiones y motivados por ideologías. Este tipo de historia se despliega como un gran escenario en donde unos pocos individuos se disputan retóricamente con prosa jurídica, filosofía política y prejuicios raciales y estamentales, o se combaten sin mucho miramiento con el lenguaje de las armas. El nacionalismo metodológico por su parte configura un estrecho campo visual en donde los procesos históricos nunca traspasan las fronteras estatales. Este tipo de historia termina siempre invocando el amor a la patria como necesaria virtud y ensalzando o condenando las acciones de los protagonistas en el escenario político.

En esta obra la historiadora nicaragüense Frances Kinloch, en un esfuerzo renovador compartido con un grupo de historiadores e historiadoras de otros países centroamericanos, se propone trascender los estrechos horizontes de la historia patria y del nacionalismo metodológico e ir al encuentro de la historiografía contemporánea internacional que considera la formación de los estados y la invención de las naciones como proyectos de desenlace incierto, sujetos a un conjunto de determinaciones, emprendidos por sectores de las elites, pero condicionados por sus relaciones con las clases populares. Tales proyectos siempre se ponen en marcha en un contexto más amplio, ya que los estados siempre se forman los unos a los otros en el áspero y despiadado entorno del sistema internacional de estados y las naciones se inventan en procesos de diferenciación, comparación, imitación y repulsión mutuos.

En un arco temporal que va de fines del siglo XVIII a los albores del siglo XX, la autora nos presenta la formación del Estado en Nicaragua como una serie de ensayos fracasados, desde la Independencia en 1821 y hasta el final de la guerra contra los filibusteros en 1857. Después de ese año, la tendencia se revertió con los gobiernos conservadores del periodo llamado de los Treinta Años. La autora muestra muy bien que los intentos de centralización política y militar en Nicaragua durante las cuatro primeras décadas de vida independiente no tuvieron efectos acumulativos, sino que siguieron un patrón de comportamiento abortivo. Por fin, en el tránsito del siglo XIX al XX, el Estado nicaragüense parecía haberse consolidado de manera definitiva.

Frances Kinloch señala en forma detallada, gracias a una sólida base empírica, que los procesos de formación del Estado en Nicaragua estuvieron condicionados por una constelación de factores: redes familiares de intereses económicos y políticos, lealtades verticales con asiento territorial, relaciones interétnicas, relaciones de clase, competencia interestatal al interior de la Federación Centroamericana, conflictos entre los estados que la sobrevivieron y, en fin, más específicamente, disputas territoriales con el vecino Costa Rica. Pero la formación del Estado en Nicaragua no solo estuvo determinada por conflictos y alianzas entre fuerzas locales y regionales, sino que se inscribió en la competencia entre el hegemónico imperio británico y el naciente imperio estadounidense. Esta competencia estuvo fuertemente motivada por la importancia geoestratégica de la región centroamericana y de la zona de paso interoceánico de Nicaragua. El canal como potencial del territorio reivindicado por el Estado nicaragüense determinó la forma de sus relaciones con esos imperios y encuadró la manera en que las elites concibieron un posible estilo de desarrollo para su país.

Evidentemente, que con las dificultades que enfrentó el proceso de construcción estatal, la invención nacional avanzó muy poco durante el primer medio siglo de vida independiente. De modo que no fue sino a partir de la década de 1870 que los gobiernos conservadores empezaron a poner en marcha un conjunto de políticas culturales con el fin de inculcar entre los habitantes de Nicaragua la idea de que pertenecían a una nación. Esta nación, como la nación estadounidense, era portadora de un “destino manifiesto”, ya que la Providencia la había dotado de una condición geoestratégica de relevancia planetaria. La nación inventada por las elites tuvo poco arraigo en el conjunto de la masa del pueblo porque las políticas culturales utilizadas para promoverla no contaron con el músculo de una masificación efectiva del sistema escolar y, además, enfrentaron la persistencia y la resistencia de viejas lealtades y de formas de identidad con fundamento étnico-racial y de base territorial o regional. En fin, la reconstrucción de Centroamérica fue un fantasma que siempre rondó en los proyectos estatales y nacionales de las elites nicaragüenses y de las otras elites del Istmo.

Tras la lectura del libro de Frances Kinloch se hace evidente que a finales del siglo XIX y a inicios del XX, los procesos de formación del Estado y de invención de la nación en Nicaragua estaban aún inacabados y los sucesos posteriores en el marco de la ocupa-

ción militar de Estados Unidos mostraron que eran reversibles. Solamente aparecía como irreversible la circunstancia de que el sueño del canal no sería realidad porque Estados Unidos había preferido construirlo en Panamá. Un siglo después, a inicios del siglo XXI lo que la autora analiza como historia cobra una sorprendente vigencia. En efecto, el Estado nicaragüense, la nación nicaragüense y el canal de Nicaragua son temas de gran actualidad, cuya relevancia es obviamente global.

En consecuencia la reedición del libro de Frances Kinloch en una nueva versión ampliada no puede ser más oportuna tanto por el lugar ejemplar que este excepcional trabajo ocupa en la historiografía nicaragüense y centroamericana contemporáneas como por su gran pertinencia para entender Nicaragua hoy. Esta obra prueba el inmenso valor de una historia crítica, nutrida del desarrollo de la disciplina en sus centros más avanzados y elaborada en forma profesional, para la interpretación de los conflictos y desafíos del tiempo presente. Un mérito que no muchas obras de historia logran alcanzar.

Víctor Hugo Acuña Ortega

Profesor Emérito, Universidad de Costa Rica

Investigador Asociado, IHNCA-UCA Managua

Introducción

A raíz de la independencia de España, los gobernantes de Nicaragua enfrentaron un grave desafío: definir los imprecisos límites heredados de la Colonia, integrar su territorio bajo un poder central y obtener el reconocimiento internacional de su soberanía. Dicho reto - común a todos los nacientes Estados hispanoamericanos - cobró un matiz particular en este país como resultado de su peculiar geografía. La existencia de dos grandes lagos interiores, apenas separados del Pacífico por un breve istmo y comunicados con el Atlántico a través de un ancho río navegable, ofrecía condiciones para construir un canal interoceánico. La élite política e intelectual de Nicaragua mitificó este proyecto como símbolo del destino del nuevo cuerpo político, la clave que aseguraría su entrada triunfal en el mundo del progreso y la civilización.

En la visión de la élite, Nicaragua parecía llamada a convertirse en una “nación cosmopolita”, inserta en la economía mundial como un eje privilegiado de las comunicaciones y el comercio, punto de encuentro de las civilizaciones y crisol de una nueva raza enriquecida por la inmigración extranjera. Este patriotismo telúrico generó sentimientos de identidad, y representó una fuerza centrípeta en el proceso de formación del Estado nacional.

Sin embargo, el imperativo de organizar un Estado moderno a fin de cristalizar las visiones de grandeza asociadas con la geografía patria, pugnaba con la tendencia de antiguas redes de poder a conservar los fueros y privilegios heredados de la Colonia. Atrincheros en los cabildos, poderosos clanes regionales luchaban por preservar la autonomía citadina local, relegando a un segundo plano la defensa de la soberanía estatal.

Por otra parte, el proyecto nacional de la élite política de Nicaragua exigía la participación de potencias foráneas, dada la imposibilidad de financiar la obra canalera con recursos internos. Sin embargo, en vez de capital y tecnología, la ruta interoceánica despertó intensas rivalidades geopolíticas que colocaron en grave peligro la integridad territorial del incipiente Estado.

La estrecha asociación de la viabilidad de la comunidad nacional con la cuestión de la vía interoceánica, también suscitó contradicciones en la actitud de la élite con respecto a Centroamérica. La reintegración regional se presentaba como una necesidad

para la defensa de la soberanía frente a las ambiciones geopolíticas de potencias foráneas. Sin embargo, cualquier negociación unionista presuponía el reconocimiento, por parte de los vecinos, de que el territorio de la ruta canalera pertenecía a Nicaragua.

En este libro también exploramos cómo, en la accidentada búsqueda de la viabilidad económica y el reconocimiento externo, la élite de Nicaragua fue construyendo un imaginario en torno a su comunidad política y al sistema de naciones en el que aspiraba a insertarse como una entidad soberana. En buena medida, configuró su visión del mundo a partir de la oposición de estereotipos: un “nosotros” frente a “otros”, en especial, los admirados/temidos anglosajones y los hermanos/rivales centroamericanos, que pretendían controlar o compartir los recursos geográficos identificados como patrimonio de la familia nicaragüense.

Asimismo, analizamos el discurso y las decisiones de los gobernantes de Nicaragua con respecto a los diversos grupos étnicos que poblaban el territorio. Las relaciones interétnicas se entretejió en la vida política local y en los conflictos internacionales en que se vio envuelto el naciente Estado.

En síntesis, nuestra problemática está referida a la articulación de un conjunto de intereses y valores alrededor del espacio, el poder y la cultura. Estudiamos el difícil proceso de formación del Estado nacional nicaragüense en el transcurso del siglo diecinueve, marcado por el arraigo de identidades locales construidas en el largo período colonial, y la dinámica geopolítica generada por el potencial de su territorio como vía de comunicación interoceánica.

La perspectiva conceptual

En esta investigación partimos del concepto de política definido por François Xavier Guerra como: “relaciones de alianza y de oposición, de autoridad y de subordinación entre actores sociales”, que se hallan regidas, sobre todo, por códigos culturales. Estas normas condicionan la forma en que la sociedad es imaginada y pensada, la constitución de los vínculos sociales, las percepciones sobre la autoridad - su legitimidad, funciones y poderes - así como la definición de los derechos y deberes recíprocos entre gobernantes y gobernados.¹

El ensayo de Oscar Oszlak sobre la formación histórica del Estado en América Latina, nos ofrece valiosos elementos teóricos-metodológicos para estudiar este fenómeno como un proceso, gradual y desigual, de adquisición de un complejo de atributos básicos.² Oszlak argumenta que el Estado, como instancia política que articula un sistema de dominación social, debe poseer cuatro capacidades básicas:

- 1) Externalizar su poder, es decir, delimitar el territorio en su doble dimensión de control interno y reconocimiento externo de la soberanía por parte de otras unidades soberanas ya constituidas.³
- 2) Institucionalizar su autoridad, imponiendo una estructura de relaciones de poder capaz de ejercer un monopolio sobre los medios organizados de coerción; es decir, crear un ejército nacional para subordinar las instancias de poder local a la autoridad central, así como un sistema judicial y penal a fin de garantizar la obediencia y ejecución de las leyes.
- 3) Diferenciar su control mediante la creación de un conjunto de instituciones con funcionarios públicos especializados y leales a la autoridad central, capaces de garantizar la recolección estable de impuestos para el sostenimiento del Estado. En otras palabras, organizar un Ministerio de Hacienda, con sus aduanas, inspectores y recaudadores fiscales que aseguren un flujo constante de dinero hacia las arcas del Estado.
- 4) Internalizar una identidad colectiva, difundiendo desde el Estado sentimientos de pertenencia y solidaridad social, a fin de inculcar en los ciudadanos individuales un sentido de lealtad hacia el nuevo centro de poder y asegurar el control ideológico de la población.⁴

En su dimensión cultural, el territorio es el lugar en el que se inscribe la memoria histórica del grupo humano. Asociado a nociones ideológicas, valores e intereses, forma parte del imaginario individual y colectivo como un espacio de referencia de la identidad. El territorio es, por tanto, la base concreta sobre la que se constru-

yen sentimientos de pertenencia, ya sea a nivel local, regional o estatal. En su dimensión política, el concepto de territorialidad se refiere a relaciones de poder, expresadas en acciones de influencia o control sobre el acceso a un área geográfica específica.⁵

Al momento de la independencia, los confines del naciente Estado de Nicaragua eran imprecisos.⁶ Puesto que durante el período colonial, el imperio español en su conjunto reconocía a un solo monarca, la delimitación entre sus grandes unidades administrativas era muy vaga. En Centroamérica este rasgo se acentuó como resultado de la dispersión poblacional, y la existencia de vastas zonas casi deshabitadas fuera del control de las autoridades reales.

La herencia colonial también dificultó la integración territorial de los nuevos Estados. Las ciudades principales eran las unidades políticas de base tradicionales, y sus cabildos - regidos por vecinos notables - constituían órganos de poder local que gozaban de un control casi autónomo sobre los territorios y pueblos circundantes.⁷

Siguiendo a Arturo Taracena Arriola, al estudiar esta primera etapa del proceso de formación del Estado nacional en Nicaragua, entendemos el espacio sobre el cual los nuevos gobernantes aspiraban a extender su hegemonía como un sistema integrado por “varios territorios, cada uno de ellos correspondiente a un espacio percibido, vivido, en una palabra territorializado por el grupo o los grupos sociales que lo habitan”.⁸ Por consiguiente, el regionalismo es “la identificación consciente, cultural, política y sentimental, que grandes grupos de personas desarrollan con ciertos espacios a lo largo del tiempo”.⁹

El concepto moderno de nación

Tal como ha observado François Xavier Guerra, la independencia no sólo implicó la ruptura del pacto de lealtad con el Rey, sino también la adopción del concepto moderno de nación difundido por las ideas Ilustradas, el cual fue asumido como referencia de legitimidad de los nuevos sistemas políticos.

Este concepto de nación definía una comunidad nueva, fundada en la asociación de los habitantes de un espacio territorial claramente delimitado. En esencia, se le concebía como un proyecto de futuro, creado mediante un contrato voluntario entre individuos libres e iguales entre sí, que juntos constituían el pueblo soberano.

La noción de soberanía popular, transferida simbólicamente a sus representantes mediante un proceso electoral, encarnaba el principio de legitimidad. El funcionamiento de esta forma novedosa de organización política y cultural se hallaba regulada por una constitución escrita, que representaba el acta de fundación de la nueva sociedad y definía los límites territoriales del Estado.

Sin embargo, esta idea moderna de nación presentaba un vivo contraste con la existencia real de múltiples comunidades heterogéneas, y con la arraigada tradición de ejercicio del poder local por parte de los cabildos. Las ciudades principales no tardaron en luchar entre sí, disputándose los espacios de jurisdicción sobre los que presidían desde antaño. Al mismo tiempo, las tensiones étnicas acumuladas durante el largo período colonial estallaban en cruentas “guerras de castas” ante los intentos liberales de articular sentidos de territorialidad históricamente endógenos.

El conflicto entre la realidad heredada de la Colonia y el moderno modelo de Estado-nación presentó a los gobernantes del período independiente un doble desafío: crear, en primer lugar, un Estado centralizado; luego, a partir de éste, inculcar en la población un sentido de lealtad fundamental hacia el nuevo centro de poder.¹⁰

Eric Hobsbawm ha propuesto el concepto de “invención de tradiciones” para explicar el proceso mediante el cual se crea la conciencia nacional. Argumenta que, para su funcionamiento, el Estado territorial moderno requiere establecer vínculos directos entre los ciudadanos y el centro de poder. Esta necesidad es muy evidente a la hora de enfrentar problemas cruciales, tales como el reclutamiento militar.¹¹

Por tanto, precisa inculcar en sus habitantes un conjunto de motivaciones para que desarrollen un sentido de obligación, básico y dominante, hacia el propio Estado. Este proceso exige subordinar otras lealtades profundas que vinculan a los individuos con entidades sociales tradicionales como la familia, la comunidad étnica o religiosa.

La forma más efectiva para lograrlo consiste en transferir dichas lealtades hacia el Estado, de manera que éste llegue a ser el sustituto emocional de la familia o de la comunidad tradicional. La eliminación o desvalorización de los otros centros de atracción de las lealtades deja un vacío que es ocupado por los símbolos del patriotismo.

El nacionalismo se construye, pues, como una especie de religión cívica, transmitida a través de la educación primaria, las ceremonias públicas, la producción masiva de monumentos, la sacralización de los símbolos patrios y la “invención de tradiciones”.¹⁶

Bajo este concepto, Hobsbawm define un conjunto de prácticas, regidas normalmente por reglas manifiestas o bien aceptadas tácitamente, de naturaleza ritual o simbólica, cuyo objetivo es inculcar ciertos valores y normas de comportamiento por medio de la repetición, a fin de establecer un vínculo de continuidad con un pasado histórico conveniente.

De acuerdo a este autor, las tradiciones inventadas cumplen diversas funciones: establecer o simbolizar la cohesión social o la membresía de los grupos y comunidades, reales o artificiales; instaurar o legitimar instituciones, status o relaciones de autoridad; e inculcar y difundir creencias, sistemas de valores y comportamientos convencionales.

Hobsbawm ofrece diversos ejemplos de invención de tradiciones utilizadas en los procesos de construcción de los Estados nacionales modernos. Entre éstos destaca la adaptación de canciones folklóricas o himnos religiosos para repertorios corales de contenido patriótico-progresista. Asimismo, describe la celebración de actos rituales en torno a estructuras construidas para exponer banderas simbólicas, o bien templetes y monumentos. Las masivas ceremonias oficiales organizadas en torno a estos sitios patrióticos por lo general incluyen ofrendas simbólicas, acompañadas de procesiones, tañido de campanas, desfiles, cuadros gimnásticos, saludos de artillería y oratoria.

Observa, asimismo, que los nacionalistas definen sus naciones en términos de lo que consideran natural, permanente, tradicional y eterno. De ahí que los movimientos y Estados nacionalistas modernos recurran, sobre todo, a la metáfora del parentesco para inspirar solidaridad de grupo. En su retórica definen la nación como la madre patria, cuyos miembros están unidos por vínculos biológicos de sangre y raza. Constituye el hogar común, con un mobiliario físico y mental compartido, cuyo significado pleno no puede ser comprendido por los otros. Por ello, con frecuencia, el territorio nacional es representado como el hogar paterno, o el regazo de la madre que acoge a sus hijos por igual.

Otra estrategia efectiva consiste en personificar a la nación, es decir, asociarla a una imagen que remita a los individuos a un

pasado colectivo. De esta manera se refuerza la idea de que sus miembros provienen de un origen común, y comparten un conjunto de rasgos tanto físicos como espirituales que los diferencian de los ciudadanos de otros Estados.

En suma, para Hobsbawm la construcción de las naciones descansa sobre ejercicios innovadores de ingeniería social, con frecuencia deliberados. El nacionalismo, por tanto, no es un reflejo de una realidad objetiva subyacente, sino un principio político que crea naciones.¹⁷

El resultado de este proceso es la creación de una comunidad política imaginada. Según este concepto acuñado por Benedict Anderson, la nación moderna es una “comunidad en anonimato”, pues cada uno de sus miembros tiene la certeza de formar una colectividad con la totalidad de los habitantes de un territorio jurídicamente delimitado, aun cuando nunca los llegue a conocer en la realidad. Este rasgo permite que la nación sea percibida como una profunda camaradería horizontal, al margen de la posible existencia de desigualdades sociales y opresión política.¹²

En suma, la comunidad política imaginada se construye a partir de discursos y prácticas que giran en torno a tres ejes básicos: 1) la idea de que la división de la humanidad en naciones es resultado de un proceso natural de origen muy antiguo y, por tanto, perdurará por siempre; 2) la creencia de que cada nación posee un carácter o identidad única, expresada en el sentimiento nacionalista y en la aspiración legítima a poseer un Estado soberano; 3) la convicción de que la lealtad hacia la comunidad nacional debe predominar sobre cualquier otra obligación, pues la libertad y realización individual dependen de la autodeterminación colectiva del pueblo.¹³

Organización

Este libro se halla organizado en cuatro partes, enfocadas en los siguientes temas: I) Independencia y proyectos nacionales; II) Nicaragua: la difícil organización del Estado; III) Canal y Geopolítica; IV) En busca de la nación cosmopolita.

La primera parte comprende dos capítulos que abordan la compleja transición del período colonial al republicano en Centroamérica, y persigue ofrecer algunos antecedentes necesarios para

profundizar en los aspectos específicos del proceso de formación del Estado nacional en Nicaragua.

Explica el surgimiento de un nuevo modelo ideal de organización política – la sociedad contractual – concebido en el contexto de la profunda transformación cultural conocida como la Ilustración. Asimismo, analiza el discurso igualitario elaborado por los pensadores ilustrados para combatir las anquilosadas jerarquías sociales del Antiguo Régimen, observando que sus postulados no eran extensivos al mundo colonial. En efecto, el pensamiento antropológico de los enciclopedistas se caracterizó por una visión del mundo centrada en la figura del hombre blanco europeo como prototipo de perfección de la especie, y dispuso a su alrededor a los demás pobladores del planeta en círculos concéntricos según su mayor o menor “degradación”, atribuida a las diferencias de su hábitat con respecto a las templadas regiones del Viejo Continente.

En lógica reacción, los criollos americanos reafirmaron su identidad en torno a un sentimiento de orgullo basado en presupuestos naturalistas, que se expresó en la exaltación de la geografía natal. Este proceso cultural desembocó en el surgimiento de un sentido de americanidad, reflejado en las proclamas libertarias de los próceres de la Independencia.

A continuación, aborda un desafío fundamental de los nuevos gobernantes hispanoamericanos: difundir un sentimiento de pertenencia colectiva en sociedades fracturadas por múltiples y conflictivas identidades étnicas, arraigadas a lo largo del período colonial como resultado del sistema de castas impuesto por los conquistadores.

El centro de atención es la búsqueda de la reconciliación a través de un nuevo contrato social en Centroamérica, tal como se reflejó en los escritos de intelectuales como Pedro Molina y José Cecilio del Valle, así como en los decretos igualitarios del Congreso Federal centroamericano instaurado en 1823. Sin embargo, también se observa cómo después de la independencia la élite criolla acabó trasladando los prejuicios raciales del pensamiento antropológico ilustrado al campesinado indígena y mestizo, para justificar la imposición de nuevas formas de tributo y trabajo forzoso. Los conflictos étnicos, aunados a divisiones localistas y partidarias entre los propios criollos, provocaron la ruptura de la República Federal de Centroamérica.

El segundo capítulo explora las particularidades del proceso de transición hacia la independencia en Nicaragua. Profundiza en las

tensiones provocadas por la enérgica aplicación de las reformas Borbónicas por parte del intendente José Salvador, desde que asumió su cargo en 1793 hasta su violenta destitución en 1811.

En particular, detiene la atención en el estallido político y social que estremeció a Nicaragua en el contexto de la crisis de la monarquía española, debido a su impacto posterior en el período independiente. En efecto, las pugnas entre las redes de poder construidas en el siglo XVIII, así como los conflictos étnicos incubados a lo largo de la Colonia, reaparecerán entre las causas de la cruenta guerra civil entre realistas y republicanos que detonó la anexión de Centroamérica al Imperio mexicano.

La segunda parte del libro comprende otros dos capítulos que examinan los primeros esfuerzos de los gobernantes de Nicaragua por organizar el Estado, después de su incorporación a la República Federal de Centro América en 1825, así como la incidencia de las guerras federales en la vida política local.

Analiza los debates entre los intelectuales nicaragüenses que elaboraron la Constitución Política de 1838 a raíz de la ruptura de Nicaragua con la federación centroamericana. Argumentamos que esta carta magna perseguía garantizar el orden interno mediante un equilibrio entre el poder estatal y las corporaciones municipales, así como conciliar los intereses de los grandes propietarios con el principio de la igualdad ciudadana, defendido por sectores medios encabezados por profesionales e intelectuales.

Al mismo tiempo, la élite de Nicaragua procuró asegurar la viabilidad económica del naciente Estado promoviendo su principal recurso: la ruta interoceánica. Sin embargo, en vez de inversionistas, el estratégico proyecto atrajo las ambiciones geopolíticas de Gran Bretaña. Peor aún, las iniciativas para construir una alianza defensiva regional se perdieron entre fracturas localistas y un laberinto de conspiraciones hasta desembocar en uno de los más cruentos conflictos del período: la “Guerra de Malespín”.

El siguiente capítulo explora la coyuntura entre 1845 y 1849, marcada por una pugna entre las lealtades tradicionales y las nuevas ideas republicanas. El debate ideológico moderno en torno a la interpretación de los conceptos de pueblo y ciudadano se entretejió con la resistencia de caudillos regionales contrarios a las políticas dirigidas a centralizar el Estado y organizar el poder militar. Por otra parte, el empeño en crear un ejército estatal efectivo conllevó un conjunto de disposiciones fiscales aplicadas con rigor castrense,

que trastocó la economía doméstica y vida cotidiana de los sectores populares, desatando una rebelión social.

Durante estos años, los caudillos vistieron modernos ropajes para participar en contiendas electorales, o en eruditos debates sobre los deberes y derechos ciudadanos, en una tragicomedia que tuvo como telón de fondo las redes de poder regionales tejidas en la época colonial. En uno de sus actos, presenciamos a jóvenes radicales pertenecientes a familias notables de Granada, coronar con una guirnalda de rosas a un popular líder del barrio indígena de Jalteva, a fin de ganar su apoyo para amedrentar a los grandes patriarcas de la "Tertulia".

En otro, encontramos al jefe del ejército y al principal líder de la oligarquía granadina compitiendo por incorporar al temible caudillo Bernabé Somoza dentro de sus respectivas clientelas políticas - para luego unir fuerzas y darle muerte cuando escapó a su control. El episodio final tuvo como protagonistas al alcalde y al comandante de la plaza de Rivas, cuya enemistad abrió las puertas a un violento estallido del ancestral resentimiento de los pobladores indígenas y mulatos de los "barrios" en contra de los "principales del centro" de la villa.

La siguiente parte del libro comprende tres capítulos que tienen como eje común los esfuerzos de los gobernantes nicaragüenses por delimitar y defender la integridad de su estratégico territorio, en el contexto de crecientes amenazas geopolíticas. Sin duda, enfrentaban un grave dilema: cómo acceder al capital y tecnología de las potencias industrializadas para cristalizar su "destino geográfico" - el canal interoceánico - sin perder la soberanía ni los grandiosos beneficios asociados con ese proyecto.

El capítulo quinto aborda las relaciones entre Nicaragua y Gran Bretaña entre 1841 y 1849. En este período, destaca la erudición y lucidez conceptual de los intelectuales y juristas nicaragüenses en quienes recayó la tarea de sostener los derechos del naciente Estado moderno, cuando la entonces Reina de los Mares se apoderó del estratégico puerto caribeño de San Juan del Norte.

No obstante, el contenido de sus cartas y proclamas contrasta con las prácticas y mentalidades que regían la vida política local. A veces la élite nicaragüense utilizaba el concepto de patriotismo para argumentar la soberanía del Estado; en otras, para justificar una acción bélica en defensa de la autonomía de los ayuntamientos ciudadanos.

El rechazo a la legitimidad del poder central, que invitaba a la rebelión y a la guerra civil, impedía al Estado allegarse los recursos necesarios para su marcha mediante un sistema estable y consensuado de recaudación fiscal. En consecuencia, los gobiernos se veían apremiados a endeudarse con súbditos de potencias hostiles, llegando incluso a delegar en ellos funciones primordiales del Estado, como el cobro de impuestos y el ejercicio de la coacción armada. Este dilema explica la inconsistencia en los acuerdos oficiales suscritos con los prósperos comerciantes ingleses radicados en el país que, según las circunstancias, figuraban como socios comerciales, huéspedes peligrosos o aliados oportunos.

Este capítulo examina, además, los conflictos étnicos acentuados por la creciente presencia británica en el litoral atlántico de Nicaragua en 1840, a raíz de la divulgación de los estudios canaleiros del ingeniero John Baily. Pese a un efímero acuerdo entre autoridades de Nicaragua y la Mosquitia, plasmado en el Convenio de Muco del año 1847, persistió un hondo recelo mutuo, alimentado por estereotipos heredados del período colonial.

El capítulo sexto analiza la política exterior de los gobernantes nicaragüenses con respecto a Estados Unidos, percibido como símbolo del progreso y protector natural del continente. Alucinados por la idea de que EE.UU. sería el facilitador providencial del destino geográfico de Nicaragua, y le ayudaría a recuperar el puerto de San Juan del Norte de las garras inglesas, le confiaron amplios derechos sobre la ruta interoceánica.

El arribo del célebre diplomático George E. Squier, en el contexto de la “fiebre del oro”, despertó una verdadera euforia pro norteamericana que se tradujo en una generosa concesión otorgada al magnate Cornelius Vanderbilt para construir un canal y transportar pasajeros a través del istmo de Nicaragua. Los periódicos de la época nos permiten visualizar la importancia del proyecto canaleiro en el imaginario de la élite criolla, así como las preocupaciones culturales que provocó este primer encuentro cercano con los llamados “transeúntes” de naciones civilizadas.

Sin embargo, dichas expectativas pronto se verían frustradas. La retórica de Squier, inspirada en la Doctrina Monroe desentonaba con el pragmatismo de la administración Taylor. Estados Unidos se inclinaba hacia una reconciliación con su antigua metrópoli, con la que compartía no solo intereses económicos sino también un arrogante sentido de superioridad racial.

En medio de la confusión provocada por el Tratado Clayton-Bulwer suscrito por las potencias anglosajonas en 1850, el aplazamiento indefinido del proyecto canalero, y la voracidad de los dueños de la Compañía del Tránsito, estallaron antiguas rivalidades entre la élite nicaragüense, abriendo las puertas a la ocupación filibustera.

El séptimo capítulo aborda el conflictivo proceso de delimitación de la frontera entre Nicaragua y Costa Rica, y el impacto de la rivalidad geopolítica entre Estados Unidos y Gran Bretaña en el mismo. Centra la atención en el discurso patriótico que se generó en torno a este proceso, y en las imágenes construidas sobre el vecino en el contexto de diversas coyunturas hasta la firma del tratado limítrofe Cañas-Jerez en 1858.

Argumentamos que la disputa limítrofe trascendió de los despachos diplomáticos a los periódicos, contribuyendo a estimular la auto-conciencia frente al “otro”, y a diferenciar a los pueblos vecinos. Empero, la interiorización de un sentido de identidad nacional era aún muy frágil en este período, en contraste con el arraigo del localismo, o bien, del anhelo a pertenecer a una familia centroamericana fuerte y solidaria.

La cuarta parte de este libro comprende dos capítulos enfocados en el incipiente proceso de construcción nacional que se desarrolló en Nicaragua durante la segunda mitad del siglo diecinueve. Destacamos, en primer lugar, cómo se entretajeron diversos esfuerzos para consolidar la soberanía del Estado y, a la vez, por lograr la unión centroamericana.

El ímpetu unionista cobró vigor a inicios de 1858, ante la amenaza de una nueva invasión filibustera. En el capítulo octavo reseñamos este esfuerzo promovido por el presidente Tomás Martínez, así como las contribuciones de diversos intelectuales nicaragüenses a la construcción de un imaginario en torno a la nación centroamericana, percibida ya desde el prisma del romanticismo alemán o de los principios contractuales de la Revolución Francesa.

Finalmente convencidos de la futilidad de sus esfuerzos por aunar las voluntades de los gobernantes del istmo, en 1858 los legisladores nicaragüenses elevaron su comunidad política al rango de Nación, en medio de grandiosos festejos patrióticos. No obstante, el proceso de construcción y difusión de una identidad nacional era aún muy incipiente. Con sorpresa, observamos que la Guerra Nacional no se tradujo, de manera inmediata, en una afirmación positiva de la auto-imagen del nicaragüense frente al agresor.

Por el contrario, en las reflexiones sobre esa amarga experiencia descubrimos el peso de la imagen atribuida a los pueblos tropicales por el pensamiento antropológico ilustrado, e incluso la influencia de la tesis sobre la superioridad de la raza anglosajona. A pesar de algunas críticas a la política exterior del presidente Buchanan, la percepción de Estados Unidos como símbolo del progreso permaneció incólume aún después de la ocupación filibustera.

Comprender las causas del expansionismo de EE.UU. y contrarrestar su arrollador avance, se convirtió en una de las preocupaciones centrales del influyente intelectual Gregorio Juárez, como se refleja en numerosos editoriales de su periódico *El Nacional*. Curiosamente, en opinión de Juárez, preservar la independencia exigía una urgente y total metamorfosis del pueblo nicaragüense a imagen y semejanza de los norteamericanos.

El capítulo final analiza las políticas de nacionalismo oficial, desarrolladas después de la ocupación filibustera, con el objetivo de consolidar el Estado y promover un sentido de pertenencia colectiva.

Un acápite enfoca la contribución de la historiografía a la creación de un elemento fundamental del imaginario nacional: la idea de que los nicaragüenses constituían, “desde los tiempos más remotos”, una comunidad con identidad propia, surgida del proceso de mestizaje. Analiza el concepto de mestizaje propuesto en la primera obra oficial de Historia de Nicaragua, escrita por Tomás Ayón en 1882, encontrando en éste las bases intelectuales para justificar un conjunto de políticas estatales dirigidas a construir una nación racial y culturalmente homogénea.

En efecto, en el Prólogo a su vasta obra, Ayón contrasta “el estado de barbarie” en que se hallaban las tribus aborígenes en el siglo XVI con la superioridad cultural y moral de la España católica. Además, advierte a sus lectores que “pueblos caribes y feroces” aún habitaban vastos territorios, pero tales “restos” del pasado no debían avergonzar a los nicaragüenses. La evidencia histórica mostraba que descendientes de antiguas razas salvajes podían transformarse en pueblos civilizados y cultos en corto tiempo.

Tal lógica cobró fuerza hacia fines del siglo diecinueve, y desembocó en un conjunto de agresivas políticas oficiales dirigidas a asimilar a los indígenas bajo el patrón cultural dominante. Este proceso culminó en la llamada “Reincorporación de la Mosquitia” y la disolución de las comunidades indígenas de la región del Pacífico nicaragüense, durante el período de la Revolución Liberal (1893-1909).

A continuación, se explora otro rasgo característico del discurso nacionalista empleado por los gobernantes de los “Treinta Años Conservadores”: el sincretismo de elementos tomados de la ideología liberal y de la doctrina católica. Refleja, por un lado, el reconocimiento de que la religión constituía uno de los escasos vínculos culturales entre los diferentes sectores en que se hallaba dividida la sociedad. Por otra parte, revela que los gobernantes de este período no eran inmunes al atractivo del liberalismo, ideología predominante en los círculos de poder en todo el istmo en las últimas décadas del siglo XIX.

Asimismo, examina las discusiones a lo interno de la élite conservadora para definir los términos de las negociaciones con Estados Unidos u otras potencias, apremiados por concretar el proyecto canalero y, al mismo tiempo, temerosos de perder el control sobre el mismo. La amenaza de una reintegración forzosa de Centroamérica bajo la hegemonía del presidente liberal guatemalteco Justo Rufino Barrios, que pendió sobre Nicaragua entre 1876 y 1885, llevó a los conservadores a sellar una alianza defensiva con Estados Unidos.

El discurso oficial de los intelectuales y políticos que lideraron la Revolución Liberal (1893-1909) evidencia más continuidad que ruptura respecto a las grandes metas en torno a las cuales se imaginó la comunidad política a lo largo del siglo XIX. Así lo refleja el discurso pronunciado por el presidente José Santos Zelaya en el primer aniversario de su triunfo:

“Dos obras grandiosas se agitan en este momento en la esfera de lo posible, y parecen prontas á resolverse: el canal de Nicaragua y la unión de Centro América. La primera ha de hacer de nuestra patria un emporio; y la segunda la hará digna de figurar entre las naciones”.¹⁴

Al final, este proyecto nacional, construido en torno a dos metas cuya cristalización dependía más de factores externos que de los esfuerzos de sus promotores, generó graves contradicciones con los intereses geopolíticos de Estados Unidos en su patio trasero: Centroamérica y el Caribe. Como sabemos, en 1909, Estados Unidos contribuyó a derrocar a Zelaya y restauró a los conservadores en el gobierno. Poco después, obtuvo derechos exclusivos y perpetuos sobre la ruta interoceánica de Nicaragua, no para construir el anhelado canal sino para evitar que lo intentara cualquier potencia rival.

A raíz de la firma del Tratado Chamorro-Bryan en 1914, el imaginario del canal como símbolo del progreso y el ideal de la “nación cosmopolita” pareció quedar en el olvido.

Citas y notas

- 1 GUERRA, François Xavier, *Modernidad e Independencias. Ensayos sobre las revoluciones hispánicas*, México: Editorial MAPFRE / Fondo de Cultura Económica, 1992, pp. 14-15.
- 2 OSZLAK, Oscar, “Formación Histórica del Estado en América Latina. (Elementos teóricos-metodológicos para su estudio).”
- 3 Para un análisis global sobre la formación de los Estados centroamericanos, ver: PEREZ BRIGNOLI, Héctor, *Breve Historia de Centroamérica*, Madrid, España: Alianza Editorial, 1988, p. 104.
- 4 SCHMITTER, Philippe C., COATSWORTH, John H. y FOX PRZEWORSKI, Joanne, “Historical Perspectives on the State, Civil Society and the Economy in Latin America: Prolegomenon to a Workshop at the University of Chicago, 1976-1977”, citado en: OSZLAK, (ob. cit.), p. 243.
- 5 DEMYK, Noelle, “Los territorios del Estado-nación en América Central. Una problemática regional”. En: *Identidades nacionales y Estado moderno en Centroamérica*. Compiladores: Arturo Taracena A. y Jean Piel. Costa Rica: UCR, 1995, pp. 13-14.
- 6 Sobre este tema ver: BRADING, David A., “Nacionalismo y Estado en Hispanoamérica”, en: *Iberoamérica en el Siglo XIX. Nacionalismo y dependencia*, David A. Brading et. al., España, Pamplona: Ediciones EUNATE, 1995, pp. 63.
- 7 GUERRA, François Xavier, *Modernidad e Independencias. Ensayos sobre las revoluciones hispánicas*. México: Fondo de Cultura Económica - MAPFRE, 1993, pp. 149 y ss.
- 8 TARACENA ARRIOLA, Arturo, *Invención criolla, sueño ladino, pesadilla indígena. Los Altos de Guatemala: de región a Estado, 1740-1850*. 1ª ed. San José: Porvenir; CIRMA; DRCTC, 1997, p. 10.
- 9 Idem.
- 10 GUERRA, (1993), pp. 85-89, 349-350.
- 11 Sobre este tema, ver: HOBSBAWM, Eric, “Inventando Tradiciones”, en: *Historias*, N° 19, (octubre-marzo 1988), p. 3.; “Mass-producing traditions: Europe, 1870-1914”, en: *The Invention of Tradition*, Cambridge University Press, 1983, pp. 163-307; “Some Reflections on Nationalism”, en NOSSITER, T.J., et. al. (eds), *Imagination and Precision in the Social Sciences*, Faber and Faber, 1972, pp. 386-406.
- 12 ANDERSON, Benedict, *Imagined Communities*, London, Great Britain: Verso, 1991, pp. 9-36, 37-47, 188-191 y 197.
- 13 SMITH, Anthony, *Theories of Nationalism*. New York, Estados Unidos: Holmes and Meier Publishers, 1983, cap. I.
- 14 ZELAYA, José Santos, “Proclama del Señor Presidente de la República”, León, 11 de julio de 1894. Reproducida en: *El Gobierno Liberal de Nicaragua: Documentos, 1893-1908*. Managua: Tipografía y Encuadernación Internacional, 1909.

Parte I. Independencia y proyectos nacionales

Capítulo I

El ideario de la Independencia

Orígenes del Estado-nación moderno

El surgimiento de los primeros Estados nacionales y la creencia que cada uno posee una identidad única, distinta e incomparable, es un fenómeno relativamente reciente, cuyo origen se sitúa en la Europa y América del Norte de fines del siglo dieciocho; es decir, en la Edad Contemporánea de la historia de la humanidad.

El establecimiento de esta nueva forma de organización de la sociedad humana fue el resultado de la maduración de un conjunto de procesos de índole económica, social, cultural y política.

Desde un punto de vista económico, el siglo dieciocho presentó el inicio de una nueva fase del capitalismo, caracterizada por el predominio de la industria. Como es bien sabido, ésta despuntó en Inglaterra con la sustitución del trabajo artesanal por el mecanizado en la producción de textiles.

El auge en las exportaciones y la acumulación de capital propició el desarrollo de la ciencia y la tecnología en los países industrializados. La máquina de vapor, inventada en 1784, se convirtió en el “motor universal” de la época; aplicada a la extracción, producción y fundición del hierro, permitió el montaje de fábricas cada vez más eficaces.

La Revolución Industrial hizo sentir sus efectos en todos los ámbitos de la sociedad. Fortaleció a la burguesía - compuesta por

banqueros, propietarios de fábricas, comerciantes, profesionales - quienes decidieron arrebatarle el poder político a la aristocracia, a fin de erradicar los privilegios vinculados a títulos de nobleza y demás trabas a su desarrollo.

Los obstáculos eran abrumadores: bajo el sistema mercantilista imperante, el Estado ejercía un control férreo sobre la vida económica. Los monarcas gobernaban a su voluntad por encima de toda ley humana, justificando su absolutismo en la doctrina del origen divino de su poder predicada por la Iglesia Católica - principal sostén ideológico de las monarquías europeas desde la Edad Media.

En general, durante el Antiguo Régimen los individuos se hallaban sujetos a vínculos regidos por la tradición, y condicionados por el estamento social, comunidad étnica, pueblo o señorío al que pertenecían los padres.

Aún aquellos lazos surgidos de una decisión personal - tales como la afiliación a un gremio, hermandad, o corporación - estaban supeditados a reglamentos estrictos, desiguales y jerárquicos, así como a compromisos casi siempre irrevocables.

Economistas y filósofos cercanos a la burguesía empezaron a cuestionar seriamente el sistema absolutista. Se organizaron alrededor de “sociedades de pensamiento”, en cuyo seno intercambiaban ideas en torno a nuevas formas de organización política para sustituir ese régimen opresivo.

A diferencia de las corporaciones gremiales tradicionales, éstas eran asociaciones de individuos que se reunían por su propia voluntad para pensar, conversar, discutir y llegar a un consenso mediante el ejercicio de la razón. Sus vínculos eran igualitarios: la legitimidad de sus autoridades no se hallaba sancionada por la ascendencia jerárquica sino por la aquiescencia de la mayoría.

A lo largo del siglo dieciocho, también llamado el “Siglo de las Luces”, estas nuevas formas de sociabilidad cobraron fuerza, y se multiplicaron bajo diversos matices: salones, clubs, tertulias, academias, sociedades literarias o económicas y logias masónicas.

Pronto, sus miembros empezaron a proyectar la estructura y funcionamiento interno de los círculos de pensamiento, a nivel de toda la colectividad nacional. Como resultado, la sociedad entera llegó a ser imaginada como una gran asociación voluntaria de indi-

viduos libres e iguales entre sí - el pueblo - cuya voluntad debía ser la única fuente de legitimidad del poder.

Apareció, pues, un nuevo modelo ideal de organización política - la sociedad contractual - cuya concepción se enmarcó en el contexto de una profunda transformación cultural conocida como la Ilustración.

El liberalismo socio-económico fue una de las propuestas más novedosas del pensamiento Ilustrado. Representaba un rechazo al control de la economía por parte del Estado, en favor de un nuevo sistema basado en la propiedad y la libertad individual. Su principal exponente fue Adam Smith, cuya obra *Indagación acerca de la naturaleza y las causas de la riqueza de las naciones* (1776) se convirtió en el libro de cabecera de los economistas de los siglos XVIII y XIX.

Su contraparte fue el liberalismo político, propuesta para sustituir el absolutismo monárquico por sistemas basados en la idea del contrato social. El libro *Tratados del gobierno civil* de John Locke (1632-1704) influyó decisivamente en su desarrollo, pues fundamentó el rechazo a la teoría del origen divino del poder de los monarcas. Argumentó, de manera convincente que la soberanía residía en el pueblo; mediante el voto, éste podía delegarla en gobernantes idóneos para promover el bien común.

Por su parte, Montesquieu (1689-1755) promovió la idea de erradicar el absolutismo mediante la separación de los poderes del Estado en el legislativo, ejecutivo y judicial. Voltaire (1694-1778) abogó por la participación del pueblo - artesanos, campesinos, negociantes, hombres de letras - en los asuntos del gobierno. Y, en su célebre obra *Contrato Social* (1762), Juan Jacobo Rousseau plasmó un modelo de Estado regido por leyes que eran expresión de la voluntad de todos los ciudadanos.

En contraste con el modelo ideal de la sociedad contractual, el régimen absolutista aparecía como una aberración opresiva, indigna de la condición humana. Se imponía, por tanto, una ruptura drástica, una lucha por erradicar las anquilosadas corporaciones, por desbrozar el camino para la irrupción del individuo como sujeto social.

Pronto surgieron las primeras expresiones concretas de esta profunda transformación política e ideológica. Las ideas Ilustradas se plasmaron en la carta magna por la que Estados Unidos se constituyó en el primer Estado republicano. Asimismo, inspiraron el do-

cumento más importante de la Revolución Francesa - “La Declaración de los Derechos de los Hombres y los Ciudadanos” - con su trascendental enunciado: todas las personas nacen libres y con los mismos derechos.¹

El pensamiento antropológico Ilustrado

Es preciso aclarar, sin embargo, que el discurso igualitario de los pensadores Ilustrados no abarcaba a toda la humanidad. Los Estados europeos en los que se había gestado este revolucionario pensamiento político liberal - Inglaterra y Francia - eran, a la vez, grandes potencias imperiales.

Esta realidad se reflejó tanto en las imágenes que los pensadores y científicos Ilustrados elaboraron sobre sus propias naciones, como en las que construyeron para identificar a los demás miembros de la especie humana diseminados en sus vastas posesiones coloniales en América, África y Asia.

El empeño racionalista por descubrir leyes universales y permanentes que debían regir tanto la naturaleza como las sociedades humanas, inspiró los escritos de muchos pensadores de la Ilustración. Éstos - también conocidos como los “enciclopedistas” - asumieron una visión determinista sobre la relación entre el medio ambiente y los organismos vivos.

La *Historia Natural del Hombre*, publicada en 1749 por el naturalista francés Georges-Louis Leclerc Buffon, marcó la pauta del pensamiento antropológico del Siglo de las Luces.² Dicha obra fue muy popular entre los filósofos Ilustrados, pues no sólo representaba una ruptura radical con respecto a la cosmovisión religiosa medieval, sino también fortalecía el orgullo de los miembros de las naciones “civilizadas”.

Buffon argumentó que en el proceso de transformar la naturaleza para aprovechar sus recursos, el hombre establece un orden entre los seres vivos. Representó este “orden natural” como una pirámide en la que los animales domésticos y los campos cultivados ocupaban los estadios superiores, por encima de las bestias salvajes o las selvas deshabitadas, que aún no habían recibido la influencia benéfica del trabajo humano.

Asimismo, sostuvo que cada especie viviente contaba con un prototipo perfecto; las “variedades” derivadas de este modelo eran

resultado de un proceso de degeneración, provocado por la influencia del clima, la alimentación o las costumbres.

De acuerdo a este naturalista francés, el prototipo de la perfección humana era el europeo, pues el clima templado predominante entre los 40 y 50 grados de latitud ofrecía a la especie las mejores condiciones de desarrollo. Sin la menor modestia, proclamó que era dentro de esta zona:

“(...) donde se encuentran los hombres más bellos y mejor hechos [y] donde debemos tomar el modelo o la unidad con la cual contrastar todos los demás matices de color y de belleza”.³

En consecuencia, los variedades “inferiores” de hombres - descritas en los relatos de viajes de exploración, en la literatura de misioneros o informes de funcionarios coloniales - eran producto de la mayor o menor degeneración de la especie, correlativa a las diferencias de su habitat con respecto a la privilegiada Europa.

En suma, esta visión del mundo disponía a diferentes “variedades de hombres” en círculos concéntricos alrededor de la figura superior del hombre blanco europeo.

En su *Historia Natural del Hombre*, Buffón describió América como un continente frío y húmedo, argumentando que había emergido de las aguas del mar mucho más tarde que el continente europeo. Por tal razón, los animales inferiores de sangre fría, como los reptiles e insectos, alcanzaban allá proporciones monstruosas, mientras que los mamíferos superiores habían desaparecido, o bien perdido su fuerza y corpulencia.⁴

Peor aún - aseguraba Buffon - como resultado del clima mal-sano, los hombres americanos tenían el corazón helado, carecían de pasión por sus hembras y de amor por sus semejantes. La frigidez del hombre americano era una suerte de “mancha original” que explicaba la escasa concentración demográfica en el Nuevo Mundo y, por consiguiente, la ausencia de civilizaciones comparables a las de Europa.

Muchos pensadores Ilustrados coincidían con las tesis de Buffon. Por ejemplo, Montesquieu sostuvo que sería muy difícil, si no imposible, implantar instituciones libres en las regiones tropicales, ya que el clima cálido envilecía a los hombres, haciéndolos perezosos y apáticos.⁵

En realidad, esta idea se remontaba a Aristóteles y Ptolomeo. En la Edad Media fue retomada por Santo Tomás de Aquino, y co-

bró mayor relevancia en el siglo XVI entre los pensadores europeos que se esforzaban por interpretar los novedosos descubrimientos descritos por exploradores y misioneros.⁶

En 1768, el abate prusiano Cornelius de Pauw las llevó al extremo de sostener - en sus *Investigaciones filosóficas sobre los Americanos* - que el “fracaso de la humanidad indiana” no se debía a la crueldad de los conquistadores europeos sino a la fatalidad del clima, que había degradado sus facultades morales y físicas de manera irreversible.

De Pauw argumentó que América era, en realidad, la mítica Gran Atlántida. Suponía que un milenio después del bíblico Diluvio Universal, este infortunado continente había sido castigado por una segunda inundación. Como resultado, permaneció bajo el agua mucho más tiempo que Europa, lo que explicaba no sólo su exceso de humedad, sino también el atraso de los escasos núcleos civilizados que sobrevivieron en las tierras altas.⁷

Además, aseguró que el hombre blanco, nacido en aquel ambiente malsano, sufría un proceso de degeneración similar al de los aborígenes. Por ello, los criollos - es decir, los descendientes de europeos que habían nacido en América - eran tan indolentes e incapaces de gobernarse a sí mismos como los indios, negros y mestizos.

Estos prejuicios raciales y culturales impregnaron las obras sobre historia de América más difundidas en aquella época, tal como la escrita por el escocés William Robertson, que se difundió masivamente como una obra clásica en los siglos XVIII y XIX.⁸

Patriotismo telúrico criollo

Como era de esperarse, los criollos percibieron los escritos de Buffon y sus colegas como un intento de revestir con argumentos pseudo-científicos su tradicional exclusión de los altos cargos dentro de la burocracia colonial.

Puesto que tal discriminación, sufrida durante casi trescientos años, no era justificable en términos de diferencias de lenguaje, religión, ancestros o costumbres, se le pretendía legitimar mediante un argumento geográfico: la accidental circunstancia del lugar de nacimiento. En lógica reacción, la identidad del criollo se expresó en un sentimiento de orgullo telúrico.

La exaltación de la naturaleza americana se convirtió en el tema favorito de diversas obras escritas a lo largo del período colonial. Ejemplo de ello es la célebre *Recordación Florida* de Fuentes y Guzmán, cuyas minuciosas descripciones de los poblados, accidentes geográficos y recursos naturales de Guatemala reflejan tanto un sentido de pertenencia como de posesión - de “criollismo”, como bien observó Martínez Peláez.⁹

Este secular patriotismo telúrico se encendió a raíz de los escritos de los enciclopedistas, publicados en un momento histórico en que se estaba gestando el surgimiento del Estado-nación como forma de organización política de la sociedad humana, a ambos lados del Atlántico.

En buena medida, los criollos encontraron la materia prima para la elaboración de sus tradiciones nacionales en los escritos de los jesuitas expulsados de Hispanoamérica por Carlos III - hecho que coincidió con la publicación de las denigrantes tesis de Cornelius De Pauw.¹⁰

Un buen número de los jesuitas exilados provenía de familias criollas notables y de los círculos intelectuales de las principales ciudades americanas. El destierro despertó en ellos una punzante nostalgia - forma embrionaria de patriotismo, que se plasmó en el proyecto colectivo de salir en defensa de la naturaleza, habitantes e historia de sus respectivos lugares de origen.¹¹

El más extenso e influyente alegato contra las tesis de Buffon es la *Historia Antigua de México*. En su prefacio, el jesuita novohispano Francisco Javier Clavigero hizo explícita su intención de “servir a su patria” refutando las calumnias vertidas por el naturalista francés.

El canto a la naturaleza del Nuevo Mundo se convirtió en un tema central en la poesía criolla de fines del siglo XVIII. Una de sus primeras expresiones fue el *Rusticatio Mexicana*, escrito en Bolonia por otro de los jesuitas exilados - el criollo guatemalteco Rafael Landívar y Caballero.¹²

Andrés Bello, quien residía en Inglaterra en vísperas de la Independencia, publicó en *El Repertorio Americano* varios poemas en torno a esta idea, como la silva a “La Agricultura de la Zona Tórrida”. En “Alocución a la Poesía” expresó otro tema favorito de la época: el contraste entre la decadencia de Europa, donde la corrupción se disfrazaba de cultura, con la primitiva inocencia del mundo americano.¹³

Las protestas en contra de las denigrantes tesis de los enciclopedistas se hicieron oír desde los distintos reinos del imperio español en el Nuevo Mundo. Los intelectuales criollos se organizaron en las “Sociedades Económicas de Amigos del País”, dedicadas al estudio de los recursos y particularidades naturales de cada región dentro de las unidades administrativas coloniales. No sería casual que, unos años más tarde, fuese en el seno de estas sociedades donde se produjeran las primeras alusiones a la independencia.

El Reino de Guatemala no se quedó a la zaga. En 1795, se creó la “Sociedad Económica de Amigos de Guatemala”. Su principal órgano de difusión era la *Gazeta de Guatemala*, cuyas páginas ensalzaban la potencialidad de la geografía patria, su riqueza material y humana.

En el Prospecto de la *Gazeta* los editores advirtieron lo oportuna de esta publicación, pues salía a luz:

“(…) a tiempo que una filosofía petulante ha acumulado los sarcasmos contra esta parte la más vasta como la más rica del globo”. Era su propósito, por tanto, dar a conocer con exactitud el país “(…) donde una serie de tres siglos nos ha connaturalizado [y] que debemos mirar como patria nuestra”.¹⁴

A partir de la exaltación de la geografía natal se desarrolló, pues, el proceso de formación de un sentido de “americanidad”. De la lógica discriminatoria del sistema colonial surgió una lógica americana: si por el hecho de haber nacido en América el criollo no podía ser un verdadero español, se derivaba que el peninsular, por haber nacido en España, no podía ser un verdadero americano.

Auto-conciencia y emancipación

El imaginario de la americanidad pronto se expresó en las proclamas libertarias de los próceres de la lucha independentista que estalló en el contexto de una grave crisis política en la metrópoli.

En 1808, el emperador Napoleón Bonaparte invadió España, apresó al rey Fernando VII, y colocó en el trono a su hermano José. Ante la pasividad de la aristocracia, Juntas Provinciales de gobierno, conformadas en su mayoría por políticos imbuidos en las ideas

liberales, se encargaron de organizar la resistencia patriótica en contra de los franceses.

Mientras tanto, al otro lado del Atlántico, criollos independentistas de Venezuela protagonizaban los primeros brotes de rebelión en contra de las autoridades coloniales, acusándolas de partidarias de los Bonaparte.

En 1810 se inició la lucha por la emancipación de México, dirigida por los sacerdotes criollos Miguel Hidalgo y José María Morelos. La alta jerarquía eclesiástica los excomulgó, pero miles de indígenas y mestizos los siguieron al campo de batalla. Por el contrario, muchos terratenientes y comerciantes criollos - temerosos del carácter popular de dicha gesta - ayudaron a las autoridades españolas a derrotar a los insurgentes.

Entre 1811 y 1814, se produjeron en Centroamérica las primeras rebeliones criollas en contra de las políticas fiscales y los abusos de las autoridades españolas. Los principales movimientos se produjeron en San Salvador, León y Granada.

Mientras tanto en España, la mayoría de los patriotas que dirigían la guerra en contra de los Bonaparte se propusieron también sentar las bases jurídicas para erradicar el absolutismo y normar el ejercicio del poder político. Dentro del territorio bajo su control crearon un novedoso cuerpo legislativo: las generales y Extraordinarias Cortes de España.

Asimismo, reconocieron a los americanos como parte integrante de la nación.¹⁵ De esta manera, cada virreinato y capitanía general obtuvo el derecho a elegir a un diputado para representar sus intereses ante el gobierno, y a participar en la elaboración de la primera Constitución Política moderna de España, que sería promulgada en Cádiz el año de 1812.¹⁶

Sin embargo, este acercamiento entre peninsulares y criollos fue breve. En 1814, Napoleón Bonaparte fue derrotado por una alianza de monarcas absolutistas europeos, que devolvió a Fernando VII el trono de España. Tan pronto recuperó el poder, el rey disolvió las Cortes, persiguió a los diputados liberales y anuló la Constitución de 1812, lo que le mereció el sobrenombre de "Fernando el Ingrato".

La restauración del absolutismo en España y el incremento de la represión, estimuló las luchas independentistas en América. Hacia 1819, el Ejército Libertador, encabezado por Simón Bolívar y José de San Martín, había logrado la emancipación de Colombia, Venezuela, Ecuador, Chile, Bolivia y el Perú.

Obcecado, Fernando VII se empeñó en recuperar su imperio colonial, y en 1820 organizó una gran expedición militar para aplastar a los insurgentes americanos. Para su sorpresa, muchos oficiales del propio ejército español, liderados por el coronel Rafael del Riego, se rebelaron y lo obligaron a obedecer la Constitución promulgada en Cádiz.

Como resultado, las autoridades españolas que aún conservaban el control en México y Centroamérica, se vieron forzadas a permitir la libertad de prensa consagrada en dicha carta magna. Es en este contexto que aparecieron en Guatemala los periódicos *El Amigo de la Patria* y *El Editor Constitucional*, dirigidos por José Cecilio del Valle y Pedro Molina, respectivamente, cuyas páginas reflejan la maduración del sentido de identidad americana.

Los escritos de Valle son una clara expresión de orgullo patriótico construido sobre presupuestos naturalistas. Muestra de ello es su editorial “Tierras”, publicado en el segundo número de *El Amigo de la Patria*, en el que atribuyó las tesis de los enciclopedistas sobre el carácter de los habitantes de los trópicos a una actitud arrogante, nacida de la ignorancia.

Pero, a la vez, se apropió de la lógica determinista de Buffon en cuanto a la relación entre el medio ambiente y la sociedad, para revertirla en críticas a las potencias colonialistas europeas y pronosticar un futuro promisorio para Centroamérica.

Así, por ejemplo, asoció el carácter insular y relativamente pequeño del territorio inglés con las políticas opresivas de su gobierno dirigidas a arrancar del pueblo los recursos fiscales necesarios para costear su inmensa flota imperial. Por el contrario - afirmaba - el Creador de la naturaleza había privilegiado a los centroamericanos, al colocarlos en un extenso y fecundo territorio:

“... casi a igual distancia de los pueblos de ambos hemisferios, en el punto más feliz para dilatar nuestras relaciones por unos y otros, dominar en ambos mares y quitar a los bretones el cetro con que los han oprimido.”¹⁷

Valle convocó a sus compatriotas a aprovechar los recursos naturales con que la Providencia los había favorecido, pero observó que para ello era preciso impulsar un conjunto de reformas políticas y económicas. Sus recomendaciones fundamentales reflejan las ideas de libertad económica y cosmopolitismo que el pensador centroamericano había tomado de los fisiócratas.¹⁸

Por ejemplo, proponía dar tierras a los indios y ladinos, así como abrir caminos entre los puertos y las regiones productivas del interior. Valle auguraba que tales reformas significarían para los centroamericanos una profunda transformación tanto en lo económico como en lo político:

“Facilemos la extracción de nuestros frutos; y tendremos por resultado infalible la riqueza y el bien, la prosperidad y el poder.”¹⁹

Más radical y audaz que Valle, Pedro Molina proclamaba sin ambages que la independencia era el único remedio al inmenso sufrimiento causado a los americanos por la Conquista española. En las semanas previas a la declaración del 15 de septiembre, desarrolló una abierta campaña en favor de la ruptura colonial a través de las páginas de *El Editor Constitucional*.

En efecto, en un artículo publicado el 30 de julio, rechazó las tesis de los enciclopedistas sobre la desigualdad de los hombres, como opuestas a la voluntad divina y a la naturaleza. Luego, justificó las ansias independentistas de los americanos, enumerando los agravios sufridos a raíz de la Conquista.

Entre éstas, señaló las restricciones para acceder a la educación; los obstáculos a la agricultura, minería, industria y comercio impuestas por el monopolio español; la discriminación en las oportunidades de empleo; el aislamiento de las demás naciones civilizadas. Finalmente, Molina recurrió a las ideas políticas de Locke y Rousseau para legitimar la ruptura colonial:

“Es principio inconcuso que el bien de la mayor parte de una nación es el bien público, y que el voto del mayor número es preferente al del menor. Nueve millones de habitantes tiene la Península. Humboldt calcula en la América española, sin contar las dos Floridas, trece millones: éstos quieren separarse de los nueve de España. Un exceso de cuatro millones de votos opinan por la independencia. (...) Las leyes son pactos voluntarios. Las sociedades tienen por base el consentimiento de los que las forman, ¿y sólo cuando se trata de la independencia de América se falsifican estos principios? Justicia, virtud sublime, sólo cuando eres respetada, puede haber paz entre los hombres. ¿A dónde te has ausentado? Los españoles y los americanos disputan, ven y da a cada uno lo que es suyo.”²⁰

Sin embargo, no todos los criollos compartían los anhelos independentistas de Molina. Muchos españoles que se establecieron en América durante los últimos años del período colonial experimentaban una contradicción entre su nostalgia por el hogar ancestral y su apego a las nuevas tierras donde tenían sus propiedades y habían nacido sus hijos. Este conflicto de lealtades e intereses se agravó cuando estalló la lucha independentista en el siglo XIX.

A fin de provocar a sus lectores a definir su identidad, Pedro Molina publicó una serie de diálogos imaginarios en los que los indecisos aparecen interpelados por diversos interlocutores americanos. El amor a la patria fue el tema de la conversación entre un peninsular y un criollo. Aunque ambos compartían privilegios reservados a la casta social “blanca”, así como perjuicios derivados del monopolio comercial impuesto por España, obviamente disentan en la interpretación del concepto de patriotismo.

El español inició el diálogo confesando su nostalgia por España, pues la suerte le había confinado para siempre en América, donde tenía sus bienes, su familia y un modo de vida. En respuesta, el americano le advirtió que no debía confundir sus débiles recuerdos de la península con la suprema virtud del patriotismo: tal error sería contrario a los intereses de sus hijos nacidos en el Nuevo Mundo, ya que bajo las leyes coloniales vivirían oprimidos y miserables. Al final, lo instó a asumir una identidad clara:

“decidiros por la madre que os dio el ser, o por la que os alimenta”.²¹

El sistema de castas

Pero, además de la tensión entre peninsulares y criollos, los reformistas ilustrados observaban con preocupación los múltiples conflictos étnicos que presentaba el mundo colonial como resultado del sistema de castas diferenciadas por criterios raciales, impuesto por los conquistadores.

La crueldad de la Conquista y la explotación inmisericorde de los vencidos, el traslado forzoso de esclavos africanos, y la marginación tanto legal como social que sufrían los descendientes de estos distintos grupos humanos, imprimió un carácter violento a las relaciones inter-étnicas en el mundo americano.

La Constitución de Cádiz, restablecida en 1820 a raíz de la Revolución de Riego, tensionó aún más las relaciones entre las castas, pues a la par que otorgaba nuevos derechos políticos a unos, excluía a otros según criterios raciales ajenos a la realidad del mundo americano.

En efecto, la carta magna otorgó representación política ante las Cortes de España a los americanos blancos e indios, lo mismo que a sus descendientes puros o mezclados entre sí, pero negó acceso a la ciudadanía a todo aquel que por línea materna o paterna tuviera algún antepasado originario de África. En virtud de la variada alquimia de razas en el mundo americano, esta disposición constitucional afectaba a dos quintas partes de la población total de Hispanoamérica.

En consecuencia, la Diputación Provincial de Nicaragua y Costa Rica envió a la Corona española un informe sobre las castas que habitaban el país, y las dificultades que enfrentaban para aplicar las nuevas disposiciones constitucionales, dada la imposibilidad de identificar con precisión el origen racial de las personas de sangre mezclada.²²

Las razones eran obvias: en la provincia no existían asentamientos humanos enteramente segregados, a excepción de algunos pueblos de indios puros, empadronados como tales para el cobro del tributo. Puesto que esta onerosa obligación fiscal recaía exclusivamente sobre la raza vencida, muchos indígenas preferían escapar de sus comunidades y hacerse pasar por ladinos, si encontraban una oportunidad propicia.²³

No obstante, a los pardos les estaba negado el acceso legal a la tierra, por lo que se veían obligados a trabajar como jornaleros o alquilar parcelas pertenecientes a las comunidades indígenas, situación que generaba frecuentes conflictos entre ambos grupos étnicos.

Los diputados observaron que si bien los indígenas contaban con una mayor “protección” legal, en la realidad los negros y mulatos ocupaban una posición social superior, pues gozaban de la confianza de sus amos españoles, así como de las autoridades que los reclutaban con preferencia para el servicio militar y judicial.²⁴

Como resultado del proceso de mestizaje biológico y del “aladinamiento” cultural, los diputados de las provincias de Nicaragua y Costa Rica observaban una tendencia a la disminución de la casta indígena, en contraste con el “portentoso incremento de la de mulatos, zambos, y demás conocidos por el nombre genérico de gente de razón o ladinos”.²⁵

En opinión de los diputados, el estado de “atraso” en que se hallaban los indígenas les impedía apreciar la dignidad del rango de ciudadano al cual habían sido elevados en virtud de la nueva Ley Fundamental. Mientras tanto, tal distinción había despertado gran resentimiento entre los excluidos:

“... los pardos toman de esta deferencia un profundo sentimiento de su desventaja a una clase, que desprecian en lo físico y moral.”²⁶

Los diputados señalaron otra tendencia cultural: el creciente número de ladinos que recurría a los juzgados para demandar un certificado de “limpieza de sangre”, sustentado en una declaración de la “blancura” de su persona “generalmente poco conforme al juicio de los sentidos”.²⁷

En este caso, eran los blancos quienes resentían como una ofensa a su amor propio el que algún pardo accediera mediante trámites legales a los privilegios reservados para su casta. Y, cuando en virtud de méritos o “comodidades” excepcionales, algún pardo lograba “alternar” con aquellos, se granjeaba la enemistad de los suyos.

A estas dificultades se sumaba otra de índole más delicada: como resultado de la lenidad de las costumbres en América, el número de hijos ilegítimos igualaba, e incluso superaba, al de los nacidos en matrimonio. Por ello, con mucha frecuencia, existían hermanos de distinto origen racial: unos con derecho a la ciudadanía y otros no, por causas ajenas a sus méritos personales. En fin, concluían los diputados:

“Es increíble el germen de disgustos, y dificultades que producen las calificaciones de ciudadanos [basadas en criterios raciales], y puede asegurarse, que la discordia no tiene para estos países una tea más eficaz para hacer sentir los efectos funestísimos de su destructor influjo.”²⁸

Centroamérica - al igual que el resto de Hispanoamérica - presentaba, pues, una pirámide social conformada por segmentos diferenciados por el color de su piel.²⁹ Quizás el único elemento cultural compartido por este mosaico de grupos étnicos era la religión, pues durante la Colonia la influencia ideológica de la Iglesia Católica era omnipresente.

No obstante, la propia institución eclesiástica contribuía a reproducir las divisiones entre las castas, pues al registrar las partidas de bautismo y los matrimonios, los curas se cuidaban de especificar la etnia de cada uno de sus fieles - una marca de identidad que determinaría, en gran medida, el límite de sus oportunidades de ascenso social.

Mestizaje e integración social

La integración de sus fragmentadas sociedades pasó a ser una de las preocupaciones centrales de los criollos reformistas en los últimos años de la Colonia. Los escritos de algunos economistas europeos Ilustrados - de los fisiócratas, en especial - inspiraron sus propuestas para alcanzar dicho objetivo.

En efecto, a la par que luchaban por la erradicación de la servidumbre campesina en Francia, los fisiócratas también habían enfocado sus dardos en contra de las diversas formas de trabajo forzoso impuestas en el mundo colonial.

Portadores de los valores e intereses de la burguesía, abogaban por el predominio de la libre contratación de mano de obra, así como por la apertura de nuevos mercados alrededor del globo para impulsar el desarrollo industrial europeo.

Su discurso reformador presentaba, pues, dos elementos íntimamente enlazados. Por un lado, exaltaban las artes y técnicas de los países industrializados pues - como europeos al fin - percibían la expansión de sus imperios coloniales como un vehículo benéfico para difundir la “civilización”.

Sin embargo, comprendían la necesidad de modernizar el sistema colonial. Hacia fines del siglo XVIII, era inocultable su crisis - producto de la enorme pérdida de vidas humanas causada por el brutal tráfico de esclavos africanos, así como por la escasa rentabilidad de las formas de trabajo forzoso a que eran sometidos los indios americanos.

Por tanto, la prosperidad del sistema colonial exigía valorizar su principal factor de producción: la mano de obra negra e indígena. Desde el punto de vista antropológico, la abolición de la esclavitud, la encomienda, la mita y el repartimiento, implicaba la integración progresiva de los indios y negros libres al universo civilizado.

A fin de alcanzar este objetivo, los reformistas sugerían reunir a los “salvajes” en sociedades y fomentarles nuevas necesidades, pues ello les obligaría a participar en el comercio con el mundo industrializado.

La transición de la barbarie a la civilización debía completarse mediante la labor educativa del Estado, aplicada con una mezcla de benevolencia y rigor. Los pueblos salvajes - argumentaban - eran semejantes a los niños: era preciso educarlos, aún por medio de la fuerza y la represión, hasta conducirlos a la edad de la razón.

Los reformistas más radicales incluso propusieron el mestizaje como una solución a los conflictos del sistema colonial y al despoblamiento de los continentes. “Hay que unirse a los indios por lazos matrimoniales y conquistarlos con buenos tratos”, recomendaba el Abate Raynal, y su discurso encontró eco en diversas obras del Siglo de las Luces.

La aceptación del nuevo modelo colonial exigía borrar la imagen del caníbal perverso, difundida por los apologistas de la “guerra justa” en la época de la Conquista, y sustituirla por la del “buen salvaje” - aquel capaz de recibir la civilización europea. Esta idea, creada en gran medida por los misioneros jesuitas en el Nuevo Mundo, fue retomada por Juan Jacobo Rousseau, quien la dotó de un basamento filosófico.³⁰

Tales propuestas inspiraron a muchos intelectuales criollos. En Centroamérica, tuvieron en la Universidad de San Carlos de Guatemala su principal foco de difusión.³¹ Destacó entre sus promotores el sacerdote franciscano nacido en la provincia de Costa Rica, José Antonio Liendo y Goicoechea.

Reflejando una honda sensibilidad social, refutó la idea que el atraso del mundo hispanoamericano obedecía a una supuesta degeneración moral e intelectual de sus habitantes. Si existían vagos y mendigos en Guatemala - argumentó - se debía al monocultivo impuesto por los intereses de los comerciantes españoles y a la irracionalidad de las políticas económicas dictadas en beneficio de la metrópoli.

Ese sistema exigía grandes concentraciones de mano de obra durante un corto período del año, y condenaba a los trabajadores al desempleo el resto del tiempo, con la consiguiente descomposición moral y social. En un editorial publicado en la *Gazeta* de Guatemala, Goicoechea recriminó a las autoridades coloniales:

“Es fácil decir: todos los americanos son indolentes, el clima así los hace; los indígenas son los hombres más viciosos de este mundo; así es como han sido siempre y es imposible hacerlos más activos; los ladinos son negligentes y dados a la borrachera, así, hay una fuerza bajo el clima en que viven que los inclina hacia la pereza y la bebida. Este es el modo de pensar de ciertas pseudo-autoridades, más interesadas en encontrar causas generales a las cuales atribuir los defectos que en examinar los obvios, sencillos y naturales medios de destruirlos o reformarlos”.³²

El padre Goicoechea y sus colegas en la Universidad de San Carlos eran discípulos de José Campillo y Cosío, autor de un influyente libro titulado *Nuevo sistema de gobierno económico para América*. En esta obra, se rechazaba la idea que los indígenas fuesen perezosos o ineptos: si no explotaban sus tierras con eficiencia era debido a la inseguridad de sus títulos de propiedad.

Se insistía, asimismo, en la necesidad de romper la segregación impuesta a los indígenas por las leyes coloniales. Era preciso promover su integración a la sociedad “civilizada”, enseñándoles el castellano y motivándolos a usar ropas al estilo español.

Evocando las ideas de los fisiócratas, un grupo de comerciantes guatemaltecos publicó en 1811 un interesante documento en el que proponían diversas medidas para estimular la economía del istmo. Entre éstas, recomendaban devolver a los indígenas las tierras que les habían usurpado los terratenientes españoles y ladinos, y entregarles títulos de propiedad.

En 1820, José Cecilio del Valle, miembro de este núcleo de intelectuales criollos reformistas, sugería en las páginas de su periódico *El Amigo de la Patria*:

“Que se procure la ilustración de las clases: (...) instituyendo sociedades económicas de amigos de su país, y asociaciones patrióticas de labradores, hacendados, comerciantes y artesanos que teniendo juntas los días de fiesta traten del fomento y progresos de la agricultura, ganadería, industria y comercio: (...) interesándose en que las Sociedades y Ayuntamientos sean siempre compuestos de indios, ladinos y españoles para que el trato recíproco les dé luces mutuas: procurando los matrimonios de indios con individuos de las otras clases para que vayan desapareciendo las castas y haya unión en nuestra población: empenándose en que cada Diputado a

Cortes lleve a España 3 o 4 indizuelos de talento que aprendiendo oficios o artes que no tenemos vuelvan a nuestra provincia con las luces necesarias: tomando medidas suaves, pero eficaces para que los indios se vayan vistiendo a la Española según sus facultades respectivas: concediendo honores y distinciones a los Párrocos benéficos que presenten mayor número de indios civilizados y vestidos como los españoles: trabajando en la riqueza de los individuos de todas las clases por que la riqueza tiene influjo decidido en la civilización.”³³

Como vemos, los reformistas criollos estaban convencidos de la necesidad de eliminar el sistema de castas para lograr la integración de las sociedades americanas.³⁴ No obstante, como herederos intelectuales de la Ilustración, concebían este proceso desde el concepto europeo de “civilización”, y exigían al indígena abandonar sus idiomas “primitivos” y costumbres “atrasadas”.

Independencia y reconciliación social

*“¡Bendita sea la independencia!
¡Ya no habrá más distinción entre los americanos
que la que da el mérito y la virtud!”³⁵*

Con esta exclamación, Pedro Molina concluyó el primer editorial de *El Genio de la Libertad* en el que, ya sin temor a represalias, denunció las terribles consecuencias de la Conquista para los pobladores del Nuevo Mundo. Días antes, se había firmado en Guatemala la ruptura oficial con la metrópoli española.

En su editorial, Molina utilizó como recurso didáctico la construcción de imágenes antitéticas de los protagonistas del primer drama americano: el conquistador y el indígena, personificados en las figuras de Hernán Cortés y Moctezuma.³⁶

Describió al primero como un monstruo del género humano que la filosofía estaba obligada a erradicar. Aventurero temerario, negro de corazón, abrasado por sed de oro y gloria, Cortés se había valido de la perfidia y la superioridad de sus armas para exterminar a los indígenas. Les dio muerte en combates, durante treguas, en tiempos de paz y aún en medio de banquetes, hasta apoderarse de sus tierras y tesoros.

En oposición, construyó al azteca según el modelo ideal del “buen salvaje” de Rousseau: manso e inocente, ajeno a la tecnología y a la maldad del mundo antiguo. Confuso y asombrado, contempló a su enemigo: un extraño ser que disparaba armas de fuego desde el lomo de bestias desconocidas.

Los desnudos combatientes indígenas presentaron una resistencia desesperada y heroica, antes de sucumbir. Se implantó, entonces, el gobierno de los conquistadores, sostenido por la fuerza, el terrorismo y las crueldades más inauditas, pues era preciso escarmentar a los rebeldes y sofocar el deseo de venganza de los vencidos, hasta doblegarlos bajo el yugo de la esclavitud.

Al rememorar tales atrocidades - advirtió Molina - no pretendía denigrar a sus ancestros, sino explicar las causas del carácter esencialmente despótico del sistema colonial, y sus efectos en los habitantes del Nuevo Mundo:

“Echemos empero un velo sobre los crímenes de nuestros padres. Nuestro intento no es otro que manifestar: que a la Conquista conforme se hizo en América no pudo convenirle otro gobierno que el despótico más atroz. (...) El hombre se degrada cuando por todas partes se ve oprimido y no tiene esperanza de salir del estado miserable en que se halla. Cuando no es dueño de sí mismo, ni puede tener otro empleo que el de obedecer, se embrutece.”³⁷

El mensaje de Molina es evidente: trescientos años de despotismo habían sumido al “buen salvaje” en un estado de embrutecimiento y degradación. Correspondía ahora a los ilustrados descendientes de los conquistadores reconocer el pecado de sus ancestros para expurgarlo, redimir a sus víctimas, y fundar la nueva nación republicana.

Cabe anotar que la idea del “buen salvaje” ocupó un lugar central en el imaginario de los próceres independentistas criollos en toda Hispanoamérica, pues cumplía la función de conjurar la imagen negativa del indígena nacida de la violencia de la Conquista. De esta manera, la ruptura de los vínculos coloniales simbolizaba el retorno a un estado de inocencia primitiva, en la que el mundo salvaje y el mundo civilizado se reconciliaban en un nuevo contrato social.

Pero esta meta sublime - advirtió Molina - enfrentaba un grave obstáculo: el sistema de castas, impuesto por los conquistadores

“(…) para sembrar la disensión en las poblaciones, para mantener la división entre los asociados; en una palabra para que no pudiese haber sociedad en los países infelices conquistados de América.”³⁸

Pese a sus diferencias políticas con el radical Molina, José Cecilio del Valle reinició su labor editorial en *El Amigo de la Patria* en un tono semejante. Tomando el 15 de septiembre como marca de una profunda ruptura histórica, Valle se propuso analizar el pasado colonial y reflexionar sobre el futuro de la emergente nación centroamericana.³⁹

Precisó su intención de publicar la verdad, pues honraba confesarla: ante la razón - suprema deidad del Siglo de las Luces - la Conquista no podía ser justificada bajo ningún argumento, porque era hija de la fuerza y no del derecho.

Las antiguas naciones indígenas - los Zutugiles, Kichees, Sapotitlecos, Choles, Kacchiquees o Guatimalas [sic] - habían sido sometidas por un gobierno empeñado en:

“(…) reservar todos los poderes a los españoles: no permitir relaciones más que con ellos: separar unas de las otras las clases de americanos: aislar la América; y mantenerla subordinada.”⁴⁰

Leyes injustas levantaron una valla entre indios, ladinos y españoles. Los aborígenes fueron sumidos en el mayor aislamiento, bajo la tutela de funcionarios nombrados por la Corona. La suerte de las personas de sangre mezclada era apenas mejor, pues ningún ladino debía pisar un centro de estudio, relacionarse con jóvenes blancos, ni acceder a un cargo público.⁴¹

Pese a sus críticas al sistema colonial, Valle - al igual que Molina - reivindicó su identidad criolla. Españoles eran sus padres, a los que debía inmensa gratitud por engendrarlo, legarle el patrimonio que aseguraba su sustento, enseñarle el cristianismo y el hermoso idioma castellano. Pero, después de prometer a sus ancestros respeto eterno a su memoria, les rogó comprender que:

“(…) los deberes de la filiación no son contrarios a las obligaciones del patriotismo. En América me engendrasteis. La América es mi patria, y todo ciudadano debe amar la que tenga.”⁴²

El reconocerse como cristiano tampoco impidió a Valle denunciar la falsedad de la doctrina del origen divino del poder de los

monarcas. Éstos - explicó - recibían su autoridad de “los pueblos” y no de Dios. Pero, pese a que política y religión se habían confabulado para asegurar la perpetuidad del opresivo régimen colonial, la América toda había proclamado ya su independencia.

Este hecho histórico revestía, a juicio de Valle, una importancia mayor que el de su descubrimiento, pues estaba destinado a producir consecuencias trascendentales “en la marcha progresiva del tiempo”. Una grandiosa metamorfosis aguardaba a la nueva nación centroamericana - insistía el prócer - a la vez que daba rienda suelta a su imaginación para describirla.

Aquí, Valle se revela como portador de una visión evolucionista cuyo paradigma era el ideal del “progreso” - producto intelectual nacido de la victoria de la burguesía sobre el Antiguo Régimen. Desde esta perspectiva, la historia de la humanidad era concebida como una marcha gradual e inexorable hacia su perfección. El rasgo distintivo de tal estado de desarrollo sería la difusión universal de la cultura espiritual y material de la Europa ilustrada.

A partir del hecho independentista, Valle visualizaba una secuencia entrelazada de novedosos cambios. América dejaba de ser tributaria de la metrópoli; sus capitalistas podrían ahora aumentar sus propiedades, y las políticas económicas liberales se encargarían de distribuir la riqueza. Atraídos por la prosperidad del istmo, arribarían a sus costas inmigrantes europeos. Pronto, su influencia se haría sentir en el campo del desarrollo industrial, e incluso en el mejoramiento genético de la población centroamericana:

“Brillará la industria europea en los talleres de América; y los hijos de ella desenvolviendo su genio imitarán primero y crearán después. Cruzándose los indios y ladinos con los españoles y suizos, los alemanes e ingleses que vengan a poblar la América, se acabarán las castas, división sensible de los pueblos: será homogénea la población: habrá unidad en las sociedades: serán unos los elementos que las compongan.”⁴³

Desde la perspectiva de Valle, homogeneizar a la población centroamericana acercándola a los patrones culturales y biológicos europeos, era una condición imprescindible para constituir una nación republicana. Puestos en libertad, los indígenas ya no tendrían necesidad de preservar las lenguas maternas que les servían para comunicar sus penas, a escondidas del opresor:

“Las lenguas que han conservado los indios para expresar quejas que no entiendan los españoles, desaparecerán en lo sucesivo cuando no sean oprimidos aquellos infelices: cuando cayendo el muro de separación que los ha dividido de los ladinos y españoles, sea uno el idioma de todos.”⁴⁴

El advenimiento del nuevo orden republicano basado en la libertad y la igualdad traería, pues, la unidad lingüística: fruto de la ansiada integración nacional. A la par de la desaparición de los distintivos culturales - asociados por Valle con la discriminación racial - se irían desvaneciendo también los signos objetivos de las diferencias sociales, la huella física de siglos de explotación en la humanidad de los oprimidos:

“Los [aborígenes] de la América se irán hermoando y elevando a proporción que se borren las sensaciones de tiranía y nazcan las de libertad: a medida que cesen de ser imagen de desigualdades injustas, y comiencen a ser expresión de la unidad social y la igualdad de los ciudadanos que la formen.”⁴⁵

Ante los ojos de Valle, el indio aparecía como un “ser degradado”, pero no como producto del clima como aseguraba Buffon, sino a causa del despotismo. Redimido y libre, recuperaría sus atributos humanos. Rostros, fisonomías y tallas, estructuras físicas y psicológicas se modificarían, y el espíritu de los americanos remontaría cimas hasta entonces reservadas para los europeos. Pero, alcanzar ese sueño, exigía superar grandes obstáculos, y Valle dudaba:

“¿Una población heterogénea, dividida en tantas castas y diseminada en territorios tan vastos, llegará a unir sus votos sobre el Gobierno que debe constituirse? ¿Las clases que han gozado serán bastantes justas para dividir sus gozos con las demás? ¿Las que han sufrido serán bastante racionales para no excederse en sus peticiones? La juventud, vana casi siempre y persuadida de saber más grande que el que tiene, ¿respetará las luces de la experiencia juiciosa y previsora? Los impostores de los pueblos ¿olvidarán sus artes y sacrificarán a los del público sus intereses privados?”⁴⁶

En esencia, sus interrogantes planteaban la necesidad de encontrar la fórmula para construir una nación basada en el con-

senso social, a partir de una herencia tan compleja y contradictoria. La clave - sugirió Valle - era la Justicia, que en política significaba procurar el bienestar de la mayoría, y observar el principio constitucional de la igualdad ante la ley.

La igualdad: del decreto a la realidad

El 24 de junio de 1823, en un ambiente de gran solemnidad, se instaló el Congreso encargado de elaborar la nueva ley fundamental que vendría a constituir el acta fundadora de la nación centroamericana.⁴⁷

Para enfrentar esta trascendental tarea, los diputados de las provincias del istmo recurrieron a los instrumentos conceptuales de la modernidad política difundidos por la Ilustración: el modelo de sociedad contractual y de gobierno republicano, la soberanía del pueblo como principio de toda legitimidad, y el sistema electoral como mecanismo de transferencia de la soberanía del pueblo a sus representantes.

El sentimiento de orgullo asociado con la privilegiada posición geográfica del istmo se reflejó en la heráldica adoptada para simbolizar a la nueva nación: una cordillera de cinco volcanes bañada por dos mares.

Los principios revolucionarios en los que se basaba el nuevo sistema político también encontraron una expresión gráfica en el escudo: un triángulo equilátero representando la igualdad entre los tres poderes republicanos, y en su vértice superior, el gorro frigio esparciendo luces de libertad. Los diputados estaban conscientes de la importancia de estos símbolos para construir un sentido de identidad nacional, pues como observó Pedro Molina:

“El Pabellón Nacional y demás insignias con que se condecoran los cuerpos nacionales, no solamente sirven para dar a conocer a las demás naciones la independencia y libertad de aquella que las ha tomado por distintivo, sino que también influyen en el ánimo de los que las llevan, porque la opinión está cimentada en las impresiones que los objetos sensibles hacen sobre nuestros sentidos.”⁴⁸

En virtud de la lógica democrática de las nuevas instituciones políticas, uno de los primeros decretos de la Asamblea Nacional

Constituyente fue la abolición de todos los tratamientos y títulos de distinción ostentados, hasta entonces, por las autoridades y vecinos principales con ínfulas de hidalguía o nobleza: Majestad, Alteza, Excelencia, Señoría, Don.⁴⁹

En el mes de agosto se introdujo el debate en torno a la cuestión de la esclavitud. Una comisión de la Asamblea se pronunció por la abolición de ese sistema de trabajo forzoso heredado de la Colonia, argumentando:

“El derecho del hombre a su libertad es un derecho otorgado por la naturaleza: es un derecho inajenable e imprescriptible de que no puede disponer sin contravenir las leyes, sin hacerse criminal a los ojos de su autor. Por esta razón en la sociedad natural son desconocidos los nombres de superior e inferior, de esclavo y de señor.”⁵⁰

Esta posición logró imponerse el 17 de abril de 1824, mediante el decreto de emancipación de los esclavos de Centroamérica.⁵¹ Otra disposición de la Asamblea dirigida a concretar las proclamas igualitarias de la época consistió en la derogación de todas las leyes y reglamentos que exigían la cualidad de ser nacidos de legítimo matrimonio para optar a cargos civiles o eclesiásticos.⁵²

Asimismo, se conformó en el seno de la Asamblea una comisión encargada de elaborar propuestas para el “alivio y mejoramiento de indígenas.” Francisco Carrascal, párroco de un pequeño pueblo de Guatemala, aprovechó este espacio para reclamar la abolición de la alcabala cobrada a los indígenas cuando llegaban a los mercados a vender productos de primera necesidad, como el carbón, leña, maíz y frutas.

El gobierno podía obtener los recursos necesarios para su funcionamiento - observó Carrascal - fijando un aumento a los impuestos sobre el comercio exterior, del que se beneficiaban tan sólo unas cuantas familias.

Identificándose como un “testigo constante de las miserias, sudores, y defraudaciones violentas de los infelices”, el párroco denunció que a la fecha el gobierno no había dado a los pobres una mínima muestra palpable de la “liberalidad efectiva” del sistema republicano. Preguntó, pues, a los Diputados:

“¿Podremos decir con razón que ya es libre la nación? Si lo afirmáramos delante de los pobres, mis favoritos, nos responderían:

- Vosotros los pudientes sois ya libres, pero nosotros los pobres no hemos sentido diferencia entre la libertad actual y la esclavitud pasada”.⁵³

Unos años más tarde, los gobernantes centroamericanos habrían de lamentar el haber desestimado las advertencias de este párroco humanista. En efecto, prevaleció la tendencia a resolver los problemas presupuestarios del Estado con nuevos impuestos, cuyo mayor peso recayó sobre los productores y la mayoritaria población campesina.

Especial descontento provocó la llamada “contribución directa”: una mezcla de gravámenes sobre la propiedad agrícola y los salarios de los artesanos. Los indígenas se vieron afectados por el “impuesto de capitación”, eufemismo para disfrazar el viejo tributo colonial. A éstos se fueron sumando otros cobros, ya exigidos por los gobiernos municipales o por representantes del Estado central.

Finalmente, la paciencia del campesinado se vio rebasada con el establecimiento de un nuevo impuesto sobre el valor de toda propiedad inmueble. Los agrimensores contratados por el gobierno para medir las tierras y levantar el censo de contribuyentes empezaron a ser echados con violencia de los pueblos y fincas.

Por otra parte, al igual que la Corona española, los nuevos gobiernos republicanos pretendieron resolver sus necesidades financieras mediante la venta de “baldíos” - término que abarcaba todas las tierras que no se hallaban tituladas a nombre de un propietario individual, asentamiento urbano o comunidad indígena.

Se establecieron plazos terminantes para que los campesinos demostraran poseer legítimamente las parcelas que venían cultivando por años; con frecuencia, se les despojaba de ellas por carecer de los medios o conocimientos necesarios para obtener un título legal.

Otra fuente de conflictos fueron las generosas concesiones otorgadas por los gobiernos republicanos a compañías extranjeras, para el establecimiento de colonias de inmigrantes y explotación de recursos naturales.

Éstas, y otras obras enmarcadas dentro de la concepción del progreso liberal, como la construcción de edificios públicos, caminos y puertos, se realizaban a expensas del campesinado. Viejas formas de trabajo forzoso reaparecieron bajo el manto de un discurso que

pretendía disfrazarlas como el deber de todos los ciudadanos a contribuir con los impulsos modernizantes de sus ilustradas autoridades.

Ante la natural protesta del campesinado indígena y mestizo, los gobernantes reaccionaban con prepotencia - actitud propia de todo el que se cree dueño absoluto de la razón. La siguiente cita extraída de un informe remitido por un gobernador de provincia el año de 1830, es una muestra típica de la manera de pensar de los nuevos funcionarios “ilustrados”:

“Los indios ya no son tan obedientes como antes (...) Acostumbrados a los abusos del Gobierno español, reciben con indiferencia nuestras órdenes, que están basadas en el honor, máximas y principios del Estado Republicano. No nos queda otro camino que encarcelarlos (...) y esperar que la Civilización se generalice entre los Nativos del país.”⁵⁴

Estado e identidad local

La construcción del nuevo Estado republicano en Centroamérica - e Hispanoamérica, en general - enfrentó otro desafío paralelo: ¿cómo subordinar las lealtades e intereses locales o regionales al gobierno central de la nación?

El sistema electoral era una innovación que aún no había consolidado su legitimidad. Por tanto, en las primeras décadas del período independiente difícilmente podía cumplir su función de asegurar el consenso de los ciudadanos para delegar la soberanía en un conjunto de representantes idóneos.

El modelo ilustrado de la sociedad contractual presentaba un vivo contraste con la realidad. Aunque a raíz de la Independencia habían desaparecido las estructuras políticas que representaban el poder del monarca español, siguieron predominando en el mundo americano algunas instituciones y corporaciones tradicionales que eran focos de reproducción de formas de pensar y de prácticas políticas propias del Antiguo Régimen.

Una de éstas era el cabildo. Durante trescientos años había ocupado el nivel inferior dentro del esquema administrativo colonial; sin embargo, para los criollos tenía una gran importancia pues constituía el órgano de gobierno local de sus ciudades y áreas rurales circundantes.

En sus inicios, esta institución tuvo un carácter relativamente democrático, pues en ella participaban todos los fundadores de los nuevos asentamientos urbanos españoles. Sin embargo, desde fines del siglo XVI, la Corona española - siempre urgida de dinero - empezó a vender los cargos municipales a los grandes comerciantes y terratenientes criollos, quienes se valieron del poder local para aumentar sus fortunas.

Las funciones de los cabildos eran diversas: recaudación y asignación de impuestos locales, administración de justicia civil y criminal, adjudicación de tierras, repartimiento de mano de obra indígena.

Además, controlaban diversos cuerpos de milicias para hacer “rondas” armadas en los caminos y ciudades.⁵⁵ El ejercicio de estas funciones policiales era de gran importancia, no sólo para prevenir la delincuencia, sino también para garantizar que los propietarios criollos recibieran los trabajadores agrícolas y sirvientes domésticos demandados.

La concentración de poder en manos de los integrantes de los cabildos era el reflejo de su virtual monopolio de la riqueza en sus respectivas regiones. Al mismo tiempo, esta consolidación de intereses económicos a nivel regional marcó el espacio de sus lealtades primarias.

En efecto, el sentido de pertenencia de los criollos se construyó, fundamentalmente, en torno a los pueblos y ciudades que percibían como su “patria chica”: el sitio donde habían nacido sus padres, se hallaban sepultados sus ancestros y, por supuesto, donde tenían sus propiedades.

A lo largo del período colonial, el localismo de los criollos estuvo relativamente supeditado a su lealtad al rey. Ésta era reforzada mediante diversos rituales; por ejemplo, cada vez que llegaba un nuevo gobernador a una provincia, se presentaba al cabildo de las ciudades principales y juraba cumplir fielmente su mandato.

Luego, cada miembro de la corporación municipal colocaba sobre su cabeza la cédula real donde constaba el nombramiento de dicho funcionario.⁵⁶ De esta manera expresaban su obediencia a la voluntad del monarca que, de por sí, era incuestionable pues derivaba su legitimidad de la doctrina del origen divino de su poder.

Pero, al desaparecer la figura del rey y los delegados de su poder en América, los miembros de los cabildos se percibieron a sí mismos como los legítimos representantes y voceros de los intere-

ses de sus respectivos pueblos. Aceptaban a regañadientes el verse obligados a prestar obediencia a las nuevas autoridades republicanas - jefes de Estado, diputados, senadores y magistrados - cuya legitimidad era precaria debido a la novedad de los mecanismos para delegar la soberanía popular.

Incluso, el mismo concepto de soberanía popular se prestaba a confusión. De acuerdo a la letra de la Ley Fundamental de 1824, la nación centroamericana se hallaba constituida por “el pueblo”; es decir, por el conjunto de ciudadanos que habitaban los territorios de las cinco provincias federadas del istmo.

Sin embargo, en la práctica, los cabildos continuaron arrogándose la representación de los habitantes de sus respectivas circunscripciones administrativas o “pueblos”. Desde esta perspectiva, la soberanía popular residía, en primera instancia, en las corporaciones municipales.

Este conflicto de lealtades e intereses generó graves problemas en el proceso de construcción del Estado-nación. Tan pronto desapareció el poder colonial, los cabildos de las ciudades principales de cada provincia empezaron a disputarse espacios de jurisdicción, competir por el derecho a convertirse en sede de la capital del nuevo Estado republicano, y desafiar a los gobiernos centrales.

Cabe señalar un factor adicional que obstaculizó la democratización de la cultura política a raíz de la Independencia. Por una parte, el goce de derechos políticos se restringió a los propietarios y profesionales, bajo el argumento que sólo esta minoría ilustrada estaba capacitada para comprender los principios republicanos.⁵⁷

Consciente de la importancia de difundir las ideas y prácticas políticas de la Ilustración al resto de la sociedad, el Congreso Federal ordenó la creación de “tertulias” o clubs políticos en las ciudades principales de las provincias. Sin embargo, cayó en la paradoja de confiar la responsabilidad de supervigilar su organización y funcionamiento a las corporaciones municipales.

Obviamente, bajo tal patrocinio, estas nuevas formas de sociabilidad no pudieron alcanzar el carácter plenamente democrático de las “sociedades de pensamiento” clásicas, integradas exclusivamente por la intelectualidad ilustrada.

Por el contrario, la mayoría de las “tertulias” fueron integradas por miembros de las mismas familias que tradicionalmente habían controlado los cabildos, así como por personas vinculadas a ellos por lazos de parentesco, amistad o afinidad política. En con-

secuencia, la deseada modernización de las relaciones políticas no pudo llevarse a efecto, y persistieron las formas tradicionales de ejercer la autoridad, teñidas de clientelismo, caudillismo y rivalidades personales.

En suma, el arraigo de identidades locales, el escaso desarrollo de prácticas democráticas en los órganos de poder local, y la precaria legitimidad del novedoso y, por ello, poco comprendido gobierno republicano, significaron poderosos obstáculos en el proceso de construcción del Estado nacional moderno.

Ideología e identidades políticas

Además de enfrentar rivalidades localistas, los criollos se dividieron en bandos políticos, que pronto pasarían a ser identificados como “liberales” y “conservadores”. Disentían, en esencia, en la interpretación de los conceptos claves del sistema republicano - soberanía popular, igualdad democrática, libertad - y en la forma de plasmarlos en leyes concretas para regular la vida social.⁵⁸

Las oposiciones se manifestaron apenas proclamada la independencia. Los comerciantes más acaudalados de Guatemala, encabezados por la influyente familia del Marqués de Aycinena, promovieron la anexión de Centroamérica a México, donde imperaba una monarquía constitucional bajo el mando del general Agustín de Iturbide.

La alianza con México ofrecía a la oligarquía mercantil guatemalteca la posibilidad de conservar su predominio económico en el istmo, construido gracias a su monopolio de las relaciones comerciales con empresas importadoras y exportadoras de la península, al control del crédito requerido por los productores de las provincias, y a su astucia para quebrar a sus competidores.⁵⁹

Aunque enemigos del absolutismo y del dominio colonial, los Aycinena y sus allegados aspiraban a construir el nuevo Estado independiente sobre el pilar de la “tradición”: la religión como sostén ideológico del poder civil, el respeto a los fueros y privilegios de la Iglesia Católica, la preservación de las estructuras sociales jerárquicas.

Frente a ellos se alzaron convencidos republicanos como Pedro Molina, quienes abogaban por la adopción de un sistema de gobierno radicalmente distinto, basado en los conceptos de ciu-

dadanía universal e igualdad absoluta ante la ley. El movimiento anti-anexionista cobró especial vigor en El Salvador y Granada, encabezado, en esta última ciudad, por el caudillo popular Cleto Ordóñez.

El derrocamiento de Iturbide en marzo de 1823 permitió a los republicanos imponer su posición en el Congreso federal. Como señalamos al inicio, éste se instaló en Guatemala el 24 de junio.⁶⁰ Pero, la oposición ideológica entre conservadores tradicionalistas y republicanos radicales o liberales estaba latente.

Pronto resurgió, mezclada con los viejos resentimientos de los productores provincianos - añileros salvadoreños, ganaderos nicaragüenses, mineros hondureños - explotados secularmente por la oligarquía mercantil guatemalteca. Este conflicto se expresó en una nueva oposición política entre centralistas y autonomistas.

En términos generales, los primeros sostenían que la viabilidad de la nueva comunidad política del istmo exigía un gobierno fuerte, facultado para monopolizar la recaudación de impuestos, nombrar a todos los funcionarios públicos - tanto civiles como militares - y regular el sistema electoral en los Estados de la federación. Los segundos demandaban mayor autonomía de los gobiernos estatales frente al gobierno federal, sobre todo en cuanto a la recaudación y administración de sus rentas internas.⁶¹

En la coyuntura abierta con la instalación de la Asamblea Nacional Constituyente en 1823, los salvadoreños fueron los principales promotores de la opción autonomista, pues aspiraban a recuperar el control de su producción de añil. Además, el clero local demandaba la creación de un obispado propio, independiente de la alta jerarquía eclesiástica radicada en Guatemala.

La elección de Manuel José Arce como primer Presidente de la República Centroamericana fue recibida con entusiasmo por sus compatriotas salvadoreños, pues éste se había distinguido como adalid de la autonomía de los Estados. Sin embargo, una vez en el poder, Arce pactó con la oligarquía mercantil guatemalteca a fin de centralizar poderes en torno a su cargo, y crear un ejército federal lo bastante fuerte para subordinar los ímpetus localistas.

Como resultado, en 1826 estalló una cruenta guerra regional que se prolongó hasta 1829, cuando el general hondureño Francisco Morazán logró derrotar a los centralistas y expulsó de Centroamérica a las cabezas de las principales familias conservadoras de Guatemala.

Sin embargo, al asumir la presidencia de la federación, Morazán enfrentó el mismo problema que sus antecesores. Alentadas por el auge de las exportaciones de grana, añil y café - en Guatemala, El Salvador y Costa Rica, respectivamente - así como por las fabulosas expectativas cifradas en torno a la ruta interoceánica de Nicaragua, las élites regionales procuraron afianzar su propia hegemonía a lo interno de cada Estado.

En la década de 1830, los grandes propietarios con influencia en los poderes estatales comenzaron a tomar iniciativas serias, tanto de carácter público como privado, por fortalecer el control administrativo sobre la población de sus respectivos territorios. Empezaron, pues, a preocuparse por construir redes de alianzas políticas, económicas, sociales y culturales, apelando al consenso de sus gobernados o imponiendo su autoridad por medio de la coerción.⁶²

A medida que consolidaban su hegemonía interna, crecía el recelo de los sectores gobernantes de cada Estado con respecto al gobierno federal. Éste se sostenía, en buena medida, debido a la capacidad militar del general Francisco Morazán para aplastar constantes conspiraciones, sofocar guerras civiles e imponer a miembros de su red familiar y allegados políticos en los gobiernos de los Estados del istmo.

Pero, este esfuerzo bélico exigía enormes gastos. Morazán abogó, pues, por dotar al gobierno federal de sus propias rentas, burocracia y espacio administrativo; es decir, un cuerpo de funcionarios civiles y militares radicados en un distrito federal, con suficiente presupuesto para mantener la paz interna y defender el istmo de la amenaza externa.

Paradójicamente, sus principales opositores fueron los antiguos centralistas de ciudad Guatemala - para entonces más interesados en consolidar su propio proyecto estatal que en mantener la unidad del istmo. Desde su exilio en Estados Unidos, el obispo Juan José de Aycinena publicó una serie de ensayos argumentando la necesidad de adaptar la Constitución federal al ideal autonomista. Sobra decir que tuvieron una gran acogida entre los sectores gobernantes de los distintos Estados del istmo.⁶³

Morazán se había ganado la enemistad del obispo Aycinena y de otros jerarcas católicos debido a sus políticas dirigidas a secularizar el Estado y restringir el poder de la Iglesia al ámbito religioso. Pretendió, además, ocupar las riquezas acumuladas por esta institu-

ción durante el período colonial, y desviar sus rentas hacia las arcas del gobierno republicano.

En consecuencia, prohibió el cobro de los diezmos eclesiásticos, pues reducían la capacidad del pueblo para pagar los impuestos establecidos por el poder civil. Asimismo, clausuró los monasterios y confiscó sus propiedades, e incautó el oro y la plata de muchas iglesias. Ante las protestas del clero, no tuvo reparo en expulsar de Centroamérica al arzobispo y a trescientos religiosos más.⁶⁴

Las reformas republicanas fueron impulsadas con especial ahínco en Guatemala por el gobernante liberal Mariano Gálvez. En el ámbito económico, su programa modernizante incluyó la eliminación de trabas a la importación de toda clase de manufacturas, generosas concesiones a empresarios extranjeros, unificación del sistema fiscal y privatización de las tierras baldías del Estado.

Estas disposiciones, enmarcadas dentro de los principios del liberalismo económico, surtieron efectos imprevistos. Por ejemplo, el propio Gálvez admitió que, en vez de beneficiar al campesinado pobre, el decreto de venta de tierras estatales había sido aprovechado por ricos hacendados para despojar a indios y mestizos analfabetas de sus parcelas.⁶⁵

La fabricación artesanal de textiles, que proveía de empleos a decenas de miles de guatemaltecos, fue llevada a la ruina debido a la masiva introducción de manufacturas inglesas. Los concesionarios extranjeros empezaron a depredar los ricos depósitos de caoba de los departamentos de Chiquimula y Totonicapán, provocando la ira de las municipalidades.

Los esfuerzos de Gálvez por reformar el sistema judicial, mediante la centralización del nombramiento de jueces en manos del Jefe del Estado, le ganaron la enemistad de los caudillos y jefes políticos regionales, acostumbrados a controlar las funciones coercitivas en sus circunscripciones administrativas.

Otras disposiciones chocaron con las tradiciones de los indígenas, que representaban alrededor del 70% de la población guatemalteca. Éste fue el caso de la prohibición de hacer entierros dentro de las iglesias. Aunque era una medida lógica para prevenir la propagación de epidemias, la forma en que se impuso hirió las costumbres y creencias populares en torno a la muerte.

Los indígenas y, sobre todo, sus párrocos resentían esta intromisión estatal en espacios de la vida cotidiana articulados tradicionalmente por rituales religiosos. Por ejemplo, la autoriza-

ción del matrimonio civil y el divorcio era percibido por los clérigos como una usurpación sacrílega de su rol en la legitimación de los vínculos familiares.

Por otra parte, la expropiación de las tierras de la Iglesia perjudicó a miles de mestizos pobres que tradicionalmente las habían cultivado a cambio de una renta moderada. En consecuencia, la religión se convirtió en un factor catalizador del descontento popular en contra de las reformas liberales que excluían al campesinado de sus beneficios.

El evolucionismo progresista, que inspiraba las grandiosas visiones de prosperidad de los intelectuales y políticos ilustrados, era completamente ajeno a la mentalidad popular. Por el contrario, las esperanzas del campesinado en el advenimiento de un orden social más justo encontraron su principal marco de referencia en la religión e idealización del pasado.⁶⁶

El cúmulo de tensiones generadas por las reformas fiscales y leyes agrarias, así como el choque cultural provocado por la acelerada secularización del Estado, prepararon el terreno para el estallido de una violenta rebelión campesina, que significó la caída del poder de los liberales guatemaltecos en 1838.

El factor desencadenante fue una terrible epidemia de cólera que azotó a Centroamérica en 1837, provocando el caos social. Se esparció el rumor que agentes gubernamentales habían vertido veneno en las fuentes de agua para desatar la plaga. La población indígena y mestiza del oriente guatemalteco se sublevó en masa, bajo el liderazgo del caudillo militar Rafael Carrera.

Muchos clérigos de parroquias pobres apoyaban a las fuerzas insurgentes, como propagandistas, informantes y abastecedores. La religión sirvió de ideología cohesionadora de la rebelión campesina: su himno de guerra era la oración "Salve Regina".

Los seguidores de Carrera atribuían poderes mágicos y religiosos a su caudillo. Unos decían que era "El Ángel Rafael", enviado por Dios para liberar al pueblo; otros aseguraban que la Virgen María en persona le había entregado una carta ordenándole conducir la lucha popular en contra de los herejes liberales.

Mientras los criollos guatemaltecos continuaban enfrascados en sus disputas políticas, los indios y ladinos de las zonas rurales echaron a un lado su mutuo recelo y unieron fuerzas en la lucha. Gálvez pidió apoyo militar al general Morazán, pero éste no pudo impedir que el caudillo mestizo ocupara la capital de Guatemala en enero de 1838.

Luego de agotar los recursos de su ejército en perseguir a Carrera durante varios meses, Morazán regresó a El Salvador, donde había establecido la sede del gobierno federal. Sin embargo, el proceso que culminaría con la expulsión de los liberales del poder en Guatemala, y el desmoronamiento de la unión centroamericana, era ya irreversible.

Incapaces de reconocer los errores de sus políticas hacia el campesinado, muchos liberales reaccionaron ante estos acontecimientos con una mezcla de arrogancia y amargura. Tal fue el caso del prócer Pedro Molina, quien - ya anciano - lamentaba la futilidad de la causa a la que había dedicado su vida:

“¿Para qué promover la independencia de Centro América, de este país inculto, cargado de indios bien hallados con los azotes, los repartimientos y mandamientos, con el tributo, los diezmos, las cofradías y con servir como bestias de carga a las órdenes de cualquiera, y no pagados o mal pagados?

¿Para qué a favor de las clases híbridas, que excluidas entonces de toda representación pública y acción, en la indigencia y la opresión, si están conformes con ella? ¿Para qué desterrar la esclavitud? ¿Para qué bregar contra las preocupaciones y supersticiones, si son el pasto espiritual de los hombres sumidos en la ignorancia?”⁶⁷

Así, pues, de la glorificación de la naturaleza americana y defensa de la dignidad de sus habitantes, los gobernantes criollos pasaron a venerar el progreso del mundo industrializado, y asumieron el rol de voceros de la civilización europea. Haciendo suyos los prejuicios del pensamiento antropológico ilustrado, construyeron una imagen peyorativa de sus inevitables coterráneos: los indios, negros y mestizos.⁶⁸

Su percepción del indígena como un obstáculo social se hizo extensiva a todos los habitantes del mundo rural. El hombre de la ciudad fue exaltado como portador del progreso; el hombre del campo desdeñado como expresión salvaje de la naturaleza. Pronto, los nuevos gobernantes hispanoamericanos empezarían a visualizar la historia de sus países como una lucha sin cuartel entre la civilización y la barbarie.⁶⁹

Citas y notas

- 1 En efecto, las primeras expresiones concretas de esta profunda transformación política e ideológica fueron la revolución independentista de los Estados Unidos en 1776 y la Revolución Francesa en 1789.
- 2 GERBI, Antonello, *La Disputa del Nuevo Mundo. Historia de una polémica. (1750-1900)*. México. Fondo de Cultura Económica, 1993, pp. 10-13, 20, 44.
- 3 Citado en: DUCHET, Michelle, *Antropología e Historia en el Siglo de las Luces. Buffon, Voltaire, Rousseau, Helvecio, Diderot*. México: Siglo XXI, 1975, p. 221.
- 4 GERBI, 1993, pp. 10-13, 20, 44.
- 5 Por ejemplo, David Hume, en su célebre ensayo *Of National Characters* (1748) afirmó: "... there is some reason to think that all the nations which live beyond the polar circles or between the tropics, are inferior to the rest of the species." GERBI, 1993, p. 47.
- 6 GERBI, 1993, pp. 47 y ss.
- 7 De Pauw retomó esta tesis de los escritos de Sir Francis Bacon. GERBI (1993), pp. 66-77.
- 8 La obra *Historia de América*, publicada por Robertson en 1777 centraba sus críticas en el mundo colonial español. Por ello, fue muy popular en Estados Unidos, donde fue ofrecida por entregas a lo largo de 150 números en un semanario de Boston. Humboldt la consideraba una obra clásica. GERBI, (1993), pp. 61 y 211; DUCHET (1975), pp. 179-181.
- 9 MARTÍNEZ PELÁEZ, Severo, *La Patria del Criollo. Ensayo de interpretación de la realidad colonial guatemalteca*. San José: Costa Rica: EDUCA, 1985, pp. 131 y 140.
- 10 Sobre las causas y consecuencias de la expulsión, ver: MERINA, Olga y NEWSON, Linda, "Jesuit Missions in Spanish America: the aftermath of the expulsion", *Revista de Historia de América*, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, N° 118, Julio-Diciembre 1994; y GARCÍA LAGUARDIA, Jorge Mario, *Orígenes de la Democracia Constitucional en Centroamérica*, Costa Rica: EDUCA, 1976, p. 70.
- 11 Los jesuitas incluso buscaron aliados entre los protestantes ingleses para derribar el dominio de España en las colonias americanas. Cuando estalló en el Perú la rebelión de Túpac Amaru (1780-1783), solicitaron ayuda a Inglaterra para sublevar también a México. GERBI, (1993), pp. 237-239.
- 12 GARCÍA LAGUARDIA, 1976, pp. 74-75.
- 13 BELLO, Andrés, *Poemas y Silvas*, Venezuela: Ediciones Publimedia, C.A., 1986, pp. 22 y 27.
- 14 GARCÍA LAGUARDIA, 1976, p. 63.
- 15 El usurpador del trono español José Bonaparte procuraba halagar a los americanos, ofreciéndoles representación ante su gobierno. La Junta Suprema Central, conformada por voceros de las Juntas provinciales, y dirigida por Floridablanca, declaró el 22 de enero de 1809 que las posesiones españolas en ultramar no eran colonias, sino parte integrante de la nación española.
- 16 Una obra clave para profundizar en este tema es *El Experimento de Cádiz en Centroamérica. 1808-1826*, de Mario RODRÍGUEZ, México: Fondo de Cultura Económica, 1984.
- 17 "Tierras", *El Amigo de la Patria*, Num. 2, Fol. 9, Guatemala, mayo 15 de 821. En: VALLE, José Cecilio, *Escritos del Licenciado José Cecilio del Valle*, Tomo segundo, Guatemala: Editorial "José de Pineda Ibarra", Ministerio de Educación, 1969, pp. 11-13.
- 18 Sobre este tema, ver: MELÉNDEZ CHAVERRI, Carlos, Introducción a *José Cecilio del Valle. Ensayos y Documentos*. San José, Costa Rica: Editorial Libro Libre, 1988, p.49.
- 19 Idem. El subrayado es nuestro.



- 20 MOLINA, Pedro, *Escritos del Doctor Pedro Molina*, Tomo Tercero, Guatemala: Editorial "José de Pineda Ibarra", Ministerio de Educación, 1969, pp. 681-683.
- 21 MOLINA, Pedro, "El amor a la Patria. Diálogo entre un español europeo, y un americano", *El Editor Constitucional*, Lunes 6 de agosto de 1821. Reproducido en: MOLINA, 1969, pp. 696-701.
- 22 "Informe de la Diputación Provincial de Nicaragua y Costa Rica a su Majestad Fernando VII, sobre las razas y castas que habitan el país y su capacidad política en relación con las nuevas leyes constitucionales de la Monarquía, León de Nicaragua. Noviembre 22 de 1820". Fuente: Archivo Nacional de Costa Rica, Sección Hist. Arch. Complementario Colonial, Expediente 5184, folios 3-9. Reproducido en el apéndice documental de la obra *Nicaragua en la Independencia*, por Chéster ZELAYA, Centroamérica: EDUCA, 1971, pp. 253-264.
- 23 Los indígenas, en general, desconfiaban de los ladinos y procuraban mantenerlos alejados de sus pueblos. Sin embargo, muchos indígenas, cansados de pagar tributos y de vivir sometidos al sistema del "repartimiento a labores", huían de sus comunidades y se hacían pasar por ladinos. Esta pérdida de cohesión dentro de las comunidades indígenas era propiciada por el hecho de que si bien sus miembros compartían la condición de "dominados", no todos sufrían la opresión en la misma medida. En efecto, para facilitar el control político de la mayoritaria población indígena, los españoles favorecieron la consolidación de jerarquías sociales dentro de sus pueblos. Así, los caciques y "principales" gozaban de privilegios y estaban eximidos del pago de tributos. Algunos aprovechaban sus cargos en los Cabildos indígenas para enriquecerse a costa de los bienes de la comunidad, e incluso colaboraban con los "blancos" a reprimir y explotar a sus hermanos de sangre. FONSECA CORRALES, Elizabeth, *Centroamérica: su historia*, San José, Costa Rica: FLACSO / EDUCA, 1996, p. 112.
- 24 En efecto, los mulatos conformaban las temidas "milicias de pardos", utilizadas por las autoridades coloniales para reprimir a los indios rebeldes y, más tarde, a los criollos independentistas.
- 25 Idem.
- 26 Idem.
- 27 El concepto racista de "limpieza de sangre" se hallaba muy arraigado en la mentalidad de la época, debido al sistema de castas imperante. Con frecuencia, los criollos que deseaban incorporarse a la burocracia colonial debían sufragar costosos procesos judiciales para demostrar que entre sus antepasados no había ningún mestizo, indígena o negro. Eran comunes también las demandas interpuestas por criollos en contra de quienes los "calumniaban" al atribuirles ancestros de sangre mezclada.
- 28 Idem.
- 29 Este tema es tratado en profundidad para el caso de Nicaragua en: ROMERO, Germán, *Las Estructuras Sociales de Nicaragua en el siglo XVIII*, Nicaragua: Editorial Vanguardia, 1987.
- 30 Este tema es desarrollado en extensión por DUCHET, 1975, pp. 144, 186-189.
- 31 El reformismo económico y social, junto con la racionalización del poder, fue promovido oficialmente por el "despotismo ilustrado" - corriente introducida en España por Carlos III y sus asesores Floridablanca, Campomanes y Aranda.
- 32 *Gazeta* (Guatemala), num. 22, julio 3, 1797, Tomo I. Cita reproducida en: RODRÍGUEZ, 1984, p. 40.
- 33 "Sugerencias de José Cecilio del Valle a los miembros de las Diputaciones Provinciales americanas, publicadas en el periódico *El Amigo de la Patria*, Num. 14, Fol. 105, Guatemala, Agosto 7 de 1821." Reproducidas en: VALLE, 1969, pp. 136-138.
- 34 Sobre el trasfondo histórico y político del debate sobre las castas en las Cortes Españolas, ver: RODRÍGUEZ, 1984, pp. 88 y siguientes.

- 35 "POLITICA. Idea de un pueblo conquistado". Artículo de Pedro Molina, publicado en *El Genio de la Libertad*, N° 21, Fol. 155, Guatemala, Domingo 7 de octubre de 1821. Reproducido en: MOLINA, 1969, pp. 793-797.
- 36 En la introducción a su editorial, Molina justificó su "*estilo natural y sencillo*", pues su propósito era escribir para que todos le pudieran entender.
- 37 Idem. El subrayado es nuestro.
- 38 Idem.
- 39 Las múltiples tareas en las que se vio involucrado José Cecilio del Valle a raíz de la independencia lo habían obligado a suspender temporalmente la publicación de su periódico. La reinició el 30 de noviembre de 1821, con el editorial citado. Ver: *El Amigo de la Patria*, Num. 18 y 19. T. 2. Fol 139, Reproducido en: VALLE, 1969, pp. 171-191.
- 40 Idem.
- 41 El editorial dice textualmente: "*No podían entrar en la carrera del honor: no podían pisar las universidades y colegios, unirse en las aulas con los jóvenes de otras clases, ni haber fuera de ellas las relaciones que estrechan a los funcionarios.*" Esta percepción de Valle corrobora la tesis de Benedict Anderson (*Imagined Communities*, London: Verso, 1991) sobre los vínculos de solidaridad que nacen entre los funcionarios en el transcurso de su peregrinar en los circuitos de las burocracias gubernamentales, pues se perciben como "compañeros de viaje". Asimismo, destaca la importancia de los centros superiores de estudio como focos de sociabilidad para la creación de vínculos regionales. La Universidad de San Carlos cumplía este papel en el área centroamericana.
- 42 Idem.
- 43 Idem.
- 44 Idem.
- 45 Idem.
- 46 Idem.
- 47 TOWNSEND EZCURRA, Andrés, *Las Provincias Unidas de Centroamérica: Fundación de la República*, San José: Editorial Costa Rica, 1973. La reunión del Congreso y la proclamación de la independencia absoluta de Centroamérica se postergó hasta esta fecha debido al impasse que significó la anexión temporal al efímero imperio mexicano de Agustín de Iturbide, forzada por la oligarquía mercantil guatemalteca en contra de la voluntad de los sectores republicanos.
- 48 TOWNSEND EZCURRA, 1973, p. 183.
- 49 Decreto de la Asamblea Nacional Constituyente (nombre asumido por el Congreso desde el 2 de julio), fechado el 23 de julio de 1823. Reproducido en: TOWNSEND, 1973, p. 201-2.
- 50 TOWNSEND, 1973, P. 268.
- 51 Decreto de emancipación de los esclavos de Centroamérica. Guatemala, 17 de abril de 1824. En: TOWNSEND, 1973, p. 282.
- 52 TOWNSEND, 1973, p. 288-289.
- 53 TOWNSEND, 1973, p. 290-291. La moción del cura Carrascal no encontró eco en la Asamblea Constituyente. Igual ocurrió con otra propuesta, presentada el 24 de enero de 1824 por el Diputado Alcalaya, para invitar a los caribes de la Costa Atlántica del istmo a elegir sus Diputados, pues a la fecha carecían de representación en la Asamblea, pese a ser habitantes y nativos de la América Central. TOWNSEND, 1973, p. 298.
- 54 Citado en: PLATT, Tristan, "Simón Bolívar, the Sun of Justice and the Amerindian Virgin: Andean concepts of the Patria in Nineteenth Century Potosí", *Journal of Latin American Studies*, 25: 159-185, Cambridge University Press, 1993.
- 55 ROMERO VARGAS, 1987, pp. 206-212.
- 56 ROMERO VARGAS, 1987, p. 192.

- 57 TARACENA ARRIOLA, Arturo, "Nación y República en Centroamérica. (1821-1865)", en: *Identidades nacionales y Estado moderno en Centroamérica* / Arturo TARACENA A. - Jean PIEL (compiladores), San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica, 1995, pp. 45-62.
- 58 Estas tendencias ideológicas habían empezado a manifestarse en los debates sostenidos en el seno de las Cortes de Cádiz, en torno a temas cruciales como la abolición de la Inquisición y la libertad de imprenta. GARCÍA LAGUARDIA, 1976, pp. 148 y ss.
- 59 FONSECA CORRALES, 1996, p. 122-123.
- 60 RODRÍGUEZ, 1984, p. 219.
- 61 TARACENA ARRIOLA, Arturo, "Reflexiones sobre la Federación Centroamericana (1823-1840)", en: *Revista de Historia*, N° 2, Nicaragua: Instituto de Historia de Nicaragua, Número especial 1992-1993, p.p. 4-12.
- 62 Sobre el concepto de hegemonía, ver: TARACENA, 1992-1993, p. 4.
- 63 Estos aparecieron entre 1834 y 1835, y fueron conocidos como el *Toro Amarillo*, debido a las características de su portada.
- 64 TARACENA ARRIOLA, Arturo, "Historia política de Centroamérica. 1821-1930)", en: *Encuentros con la Historia*, Margarita Vannini (editora), Nicaragua: IHN, 1995, p. 159.
- 65 Citado en: SOLORZANO, Juan Carlos, "Rafael Carrera, ¿reacción conservadora o revolución campesina? Guatemala 1837-1873", en: *Anuario de Estudios Centroamericanos*, San José: Universidad de Costa Rica, 13(2):13, 1987.
- 66 SOLORZANO, 1987, p. 11.
- 67 MOLINA, Pedro, cita de la introducción a sus Memorias, tomada de: LÁSCARIS, Constantino, *Historia de las ideas en Centroamérica*, San José, Costa Rica: EDUCA, 1970, p. 426.
- 68 CERUTTI CULDBERG, Horacio, "El utopismo del siglo XIX. Aproximación a dos exponentes del género utópico gestados en el seno de la ideología liberal", en: INSTITUTO PANAMERICANO DE GEOGRAFÍA E HISTORIA, *El Pensamiento Latinoamericano en el siglo XIX*, pp.111-126, México: IPGH, 1986.
- 69 La oposición entre el mundo urbano y el mundo rural adquirió un carácter sistemático en la obra *Civilización y Barbarie: Vida de Juan Facundo Quiroga*, publicada por el influyente intelectual argentino Domingo Faustino Sarmiento en 1845. ANDERSON IMBERT, Enrique, *Historia de la literatura hispanoamericana, La Colonia. Cien años de República*. México: Fondo de Cultura Económica, 1954, p. 228.

Capítulo 2.

Nicaragua: de colonia a Estado

Introducción

Iniciamos este capítulo explorando las tensiones que agitaron Nicaragua durante la administración del Intendente José Salvador, quien gobernó desde 1793 hasta su violenta destitución en el contexto de la crisis de autoridad de la monarquía española. Detenemos la atención en la erupción política y social que estremeció esta provincia en 1811-1812, pues dejaría una profunda huella en el período independiente del naciente Estado. En efecto, sus principales protagonistas reaparecerán en la primera guerra civil que estalló a raíz de la independencia de España y la efímera anexión de Centroamérica al Imperio mexicano.

Siguiendo a Belaubre, el estudio de estos conflictos nos permitirá identificar a los actores tanto individuales como colectivos, así como sus complejas interrelaciones. Además, nos ofrece una ventana para discernir los intereses de los grupos de poder y las redes sociales así como los cambios en su composición, visualizar la ruptura de antiguas solidaridades o la forja de otras nuevas, y valorar su impacto en el surgimiento del Estado nacional.¹

Creación de la Intendencia de Nicaragua

La Intendencia de Nicaragua fue creada en 1786, en el marco del reordenamiento jurisdiccional promovido por los Borbones con el objetivo de centralizar y uniformar las funciones del Estado, promover y controlar el comercio, crear un sistema fiscal uniforme, asegurar la recaudación del tributo indígena, reasentar a la dispersa población ladina en centros urbanos bajo la autoridad de alcaldes, y reorganizar la defensa militar del imperio colonial.

Estas reformas también conllevaron una ampliación de las atribuciones del representante de la Corona en Nicaragua en lo concerniente a la administración de la justicia, pues se le facultó para vetar o aprobar la elección de los alcaldes, fiscalizar su desempeño como jueces de primera instancia, y atender casos de apelación de sentencias impugnadas en sus distritos. Tal innovación generó frecuentes conflictos entre este funcionario real y los ayuntamientos, establecidos desde el siglo XVI como entidades políticas de autogobierno en sus ciudades y territorios aledaños.²

Otra función asignada a los intendentes consistía en asegurar la eficacia en la recaudación del tributo de los indígenas. Con este fin, los antiguos corregimientos de Nicaragua fueron centralizados en cuatro subdelegaciones, cada una bajo el mando de un funcionario elegido por el representante de la Corona entre los españoles criollos o peninsulares residentes en la provincia. De manera especial, se encomendó a los subdelegados erradicar las antiguas redes de corrupción forjadas a través de los repartimientos de mercancías entre los corregidores y los grandes comerciantes locales que, por lo general, pertenecían a las redes de poder de los ayuntamientos de las ciudades principales.

Paradójicamente, la Ordenanza de Intendentes ratificó la tradicional subordinación de los cabildos indígenas con respecto a los alcaldes y jueces españoles de sus respectivos territorios, y se instó a las autoridades comunales a respetarlos como a sus “legítimos inmediatos superiores”. Sin embargo, bajo este reordenamiento jurisdiccional, los “justicias” indios también debían obedecer los mandatos del subdelegado, en su calidad de representante directo del intendente. Esta situación generó más tensiones y abrió puertas para la construcción de nuevas alianzas y negociaciones.³

Por otra parte, el intendente debía asegurar que todos los habitantes de la provincia viviesen en pueblos bajo la autoridad de sus

respectivos gobiernos municipales. Reconociendo la realidad del mestizaje, la creciente dispersión de ladinos en las áreas rurales o su asentamiento dentro de los pueblos de indios, los Borbones introdujeron un conjunto de regulaciones para uniformar el gobierno civil. Ordenaron reducir drásticamente el espacio sobre el cual ejercían jurisdicción los ayuntamientos de las ciudades principales, reasentar a la población rural en centros urbanos e instarlos a elegir a sus alcaldes. En otros casos, cuando un número significativo de criollos y ladinos se había establecido en pueblos de indios, concedieron estatus municipal al barrio donde se concentraban estos grupos étnicos, creando concejos municipales independientes de los cabildos de los aborígenes.⁴

Asimismo, los intendentes serían los encargados de supervisar el cumplimiento de uno de los objetivos primordiales de las Reformas Borbónicas: la creación de un sistema fiscal uniforme dotado de una burocracia profesional capaz de recaudar más impuestos sobre el comercio exterior y local, e imponer monopolios estatales en rubros particularmente lucrativos como el tabaco, el aguardiente y el servicio postal. Esta reforma apuntaba a erradicar la antigua práctica de la dinastía de los Habsburgo de subastar concesiones para la recaudación de impuestos en determinadas circunscripciones entre los capitulares de los ayuntamientos y miembros de sus redes de poder regional o local.

El esfuerzo de los Borbones por uniformar el sistema fiscal afectó no sólo a los grandes comerciantes y hacendados, sino también a los agricultores y tenderos mestizos, pues los reunió bajo el rol de contribuyentes con los tributarios indígenas por primera vez desde la conquista. Las reformas fiscales provocaron un descontento general, lo que ofreció a los ayuntamientos la oportunidad de forjar complejas alianzas, salvando diferencias étnicas y socioeconómicas para defender los intereses locales frente a la burocracia imperial y, a la vez, realzar su prestigio como mediadores entre el Estado y el pueblo.⁵

Así mismo, bajo la dinastía borbónica, España impulsó una vigorosa reorganización de sus defensas imperiales para proteger a sus colonias ante la creciente presencia inglesa en América. En particular, aumentó el número de militares peninsulares y profesionalizó las milicias locales. Ya en 1770 la Corona había enviado 41 oficiales españoles a la Capitanía General de Guatemala, y a raíz del estallido de la guerra de independencia de las Trece Colonias britá-

nicas en Norteamérica, trasladó al istmo un batallón compuesto de 399 soldados regulares.

Durante las dos décadas siguientes, arribaron otras compañías de soldados peninsulares para reforzar las guarniciones destacadas en los diversos fuertes ubicados desde el Petén al río San Juan. En 1796, en el contexto de nuevas hostilidades entre España e Inglaterra, no sólo aumentó su número en la costa nicaragüense, sino además se les reforzó con tropas de afroantillanos traídos de la isla La Española.⁶ La rivalidad entre los militares criollos y peninsulares, así como entre estos últimos y las autoridades civiles, desembocó en frecuentes conflictos en la provincia de Nicaragua.

Reformas administrativas y fiscales

El intendente José Salvador ejerció con particular tesón las amplias atribuciones que le confirió la Corona española para aplicar las reformas borbónicas en Nicaragua.⁷ Pronto surgirían fuertes tensiones entre el alto funcionario peninsular y los capitulares criollos, celosos de preservar su tradicional autonomía en el ámbito local. Los conflictos no se hicieron esperar. En 1795 el alcalde de la villa de Rivas encarceló al teniente coronel del batallón de milicias por irrespeto a la autoridad civil. Cuando el intendente intervino a favor del militar, los capitulares entregaron el bastón de mando al acaudalado terrateniente Melchor de la Cerda, por considerarlo dotado de la “energía y audacia suficientes” para resistir sus presiones. No obstante, Salvador logró convencer al capitán general de que los alcaldes fomentaban el desorden y los separó de sus cargos. Aunque tres meses más tarde accedió a reintegrarlos, ya había sembrado las semillas de la discordia.⁸

Además, el nuevo intendente emprendió con ahínco la tarea de imponer un sistema fiscal uniforme. Su antecesor Juan de Ayssa había dudado en aplicar la ordenanza real de 1786 que mandaba hacer extensivo el cobro del tributo a los negros y mulatos libres, así como a las demás “castas de su clase”. En un informe a la Corona explicó que - luego de explorar con el mayor disimulo el sentir de sus gobernados - la consideraba imprudente debido al “exorbitante número” de mulatos en Nicaragua, y a su “particular carácter, relaciones é ideas”. Observó, además, cuánto les ofendía que por dicha

ley se les pretendiera igualar a los indios, a quienes juzgaban “envilecidos por la calidad de tributarios”.⁹

Al coronel José Salvador no le desvelaban tales cavilaciones: de 1795 a 1798 se dedicó a actualizar la tasación de tributarios de casi todos los pueblos de Nicaragua y Costa Rica. El censo arrojó un aumento significativo de contribuyentes, pues incluyó a los hijos legítimos e ilegítimos de mulatos e indias. El abogado local Nicolás Buitrago – designado fiscal defensor de la Tesorería Real de León por el presidente de la Audiencia – apoyó con firmeza los reclamos de los mulatos argumentando que, de acuerdo a los principios generales del derecho, éstos debían gozar del estatus del padre. Pese a sus advertencias sobre las peligrosas consecuencias sociales de tal disposición, su criterio fue desoído por el intendente y los oficiales superiores de hacienda en Guatemala.¹⁰

Pronto se hizo sentir un clamor general en contra de los impuestos, pero las autoridades más bien elevaron la cuota del tributo anual e impusieron nuevas contribuciones en 1801. Luego, la consolidación de los vales reales de 1803 y la exigencia de donativos patrióticos “voluntarios”, drenaron las reservas de capital de la provincia, afectando por igual a todos los sectores sociales. A esto se sumó una plaga de langostas que no sólo arrasó con las plantaciones de añil sino también de granos básicos. Una hambruna asoló Nicaragua. Incapaces de reunir las sumas exigidas por los recaudadores fiscales, los pueblos indígenas cayeron en mora; insensibles a la realidad, en 1807 las autoridades se apropiaron de los fondos comunales destinados a socorrer a los pobladores en tiempos de penuria.¹¹

Gobernando a indios y pardos

El intendente José Salvador se preciaba de su éxito en asegurar el buen gobierno en los pueblos de indios, atribuyéndolo a su comunicación personal con los alcaldes salientes y recién electos. En efecto, les exigía viajar a León a inicios de cada año - los primeros a rendirle cuentas y los segundos a solicitar la confirmación en sus cargos. Además, debían regresar en junio a la ceremonia del “paseo del pendón real” para conmemorar la conquista, a fin de recordarles la sumisión que debían a la Corona.

Aunque estas prácticas ya habían sido desautorizadas por el gobierno superior, el intendente las conservó hasta 1809, cuando su

propio subdelegado en Masaya – Santiago García de Salas - decidió transmitir el creciente malestar de los alcaldes indígenas al capitán general, quien le reiteró la orden de suspenderlas. A juicio de Ayón, este “desaire” disminuyó notoriamente la autoridad de don José Salvador, aunque no le impidió destituir a su desleal subalterno.¹²

El intendente se jactaba, además, de haber puesto fin a las sangrientas reyertas entre indios y ladinos en Masaya, mediante el “traspaso recíproco” de algunas casas y tierras de labranza para separarlos por completo.¹³ En realidad provocó el efecto contrario. Los indígenas acusaban a los subdelegados de expropiarles sus mejores solares, sembrados de frutas y yuca, para vendérselos a los “mulatos advenedizos”, en quienes tenían puesto “todo su celo y cariño”. Uno de estos funcionarios incluso otorgó a los pardos el monopolio de la venta de carne, y prohibió la ancestral costumbre de los indígenas de intercambiar dicho producto por frutas y legumbres. Cuando los indios decidieron sabotear el negocio de los pardos consumiendo sólo pescado, el subdelegado les prohibió bajar a la laguna contigua a proveerse de este alimento.¹⁴ Tales muestras de predilección no eran casuales: los pardos integraban las milicias encargadas de aplastar los frecuentes “motines de indios”. En la subdelegación de Masaya dicha tarea conllevaba mayores riesgos, pues reunía en sus quince pueblos el 30% de la población indígena de toda la provincia.

Las élites: favoritos y desafectos

Por otra parte, el favoritismo del intendente hacia ciertas familias o grupos de poder agudizó antiguas divisiones entre las élites de Nicaragua, y generó nuevas pugnas. Cabe observar que, si bien don José Salvador recibió su cargo mediante una cédula real, no obtuvo licencia para tomar posesión del mismo hasta que su apoderado, el segundo Marqués de Aycinena, Vicente Aycinena y Carrillo, rindió una fianza de diez mil pesos a su favor ante el capitán general del Reino de Guatemala.¹⁵

Este dato – registrado por Ayón y documentado por Manuel Rubio Sánchez - ayuda a entender por qué el intendente se mostraba tan complaciente con algunos comerciantes de la provincia vinculados con los grandes mercaderes capitalinos, en especial Mariano Murillo, Roberto Sacasa, Francisco Crespo y Pedro Chamorro. Tal

como explica José Antonio Fernández, las fianzas representaban el precio del cogobierno entre las élites americanas, beneficiarias del sistema, y los funcionarios de la Corona. En virtud de este impuesto indirecto sobre el acceso al poder, los criollos establecían provechosas alianzas y los segundos creaban clientelas locales – una “costumbre inmemorial” que aseguraba el funcionamiento del orden colonial.¹⁶

En Nicaragua, los resultados de esta alianza eran muy evidentes. Por ejemplo en 1804, ante el rumor de un posible ataque de los zambos, Joaquín Arrechavala, coronel de milicias de León y a la vez apoderado de Murillo, Crespo y Sacasa, despachó tropas de refuerzo al puerto de San Juan del Norte, para proteger unos buques mercantes que éstos aguardaban. El gobierno de la provincia asumió el costo de la expedición militar que alcanzó la suma de 2,553 pesos. Y, en abril de 1811, Pedro Chamorro, miembro de la Diputación Consular de Granada, aprovechó la oportunidad para denunciar a ciertos competidores que obtenían registros falsos en Portobelo a fin de eludir la prohibición de comerciar con Cartagena, decretada a raíz de las sublevaciones en el virreinato de Santa Fé, logrando así el embargo de sus cargamentos.¹⁷

Además de sus aliados en la capital del reino, don José Salvador creó un círculo de poder en León mediante el matrimonio de su sobrina con Vicente Ycaza Quirós. Éste pertenecía a una red familiar de mercaderes vizcaínos, dotada de títulos de hidalguía y nobleza, cuya rama principal residía en Acapulco. Los Ycaza habían acumulado gran fortuna comprando cacao barato en Guayaquil y Nicaragua para revenderlo en el lucrativo mercado mexicano desde 1774, cuando Carlos III eliminó el monopolio venezolano sobre la exportación de este fruto a Nueva España.¹⁸

Otras familias principales de León, como los Guerrero de Arco y Oconor, se incorporaron al círculo del intendente quien les otorgaba los cargos más lucrativos de la provincia. Uno de los más apetecidos era el de subdelegado en Masaya: los afortunados recibían el 6% de los tributos recaudados en esta densamente poblada región. El puesto también daba lugar a jugosos negocios personales: acostumbraban exigir a los indígenas toda clase de productos y manufacturas a ínfimos precios que revendían con ganancias de 200% y hasta 400%.¹⁹ Además, el subdelegado ejercía control sobre la mano de obra de los nativos, para mayor agravio de los grandes hacendados de la vecina ciudad de Granada.

La parcialidad del intendente exacerbó las rivalidades entre diversos grupos de la élite, manifestadas desde antaño en la competencia por controlar los ayuntamientos mediante la compra de oficios. Según constató José Antonio Fernández, entre 1760 y 1820 Nicaragua ocupó el segundo lugar en el reino de Guatemala con respecto al número de cargos adquiridos por las élites de León (33), Granada (20), Rivas (14) y Nueva Segovia (8), por los cuales pagaban entre 200 y 2,000 pesos según su jerarquía y prestigio.²⁰

El acaparamiento de los oficios de regidores permitía a una facción controlar la elección anual de los “alcaldes ordinarios” o jueces de la ciudad, y con frecuencia ésta desataba “perniciosas alteraciones y disputas”, debido a vínculos familiares entre el cuerpo electoral y los candidatos.²¹ A inicios del siglo XIX en Granada, la rivalidad entre las redes de poder de las familias Argüello y Sacasa era muy intensa. En la primera figuraban los mayores terratenientes de la región; mientras tanto, los miembros de la segunda se preocuparon por forjar una sólida alianza con las autoridades peninsulares, tanto civiles como militares.

Militares peninsulares y autoridades civiles

En 1762 y 1780 dos expediciones oficiales británicas organizadas en Jamaica remontaron el río San Juan – desaguadero del lago de Nicaragua en el Caribe – con la intención de apoderarse de la estratégica ruta interoceánica. España se vio obligada a reforzar sus defensas y en 1796, en el contexto de nuevas agresiones de parte de la poderosa Albión, incrementó aún más el número de militares peninsulares en la región de Granada, lo que generó otro foco de tensiones. En 1801 José Gabriel O’Horan y Francisco Ugarte, dos militares criollos allegados a la red de los Argüello, fueron acusados de sublevarse contra el comandante peninsular del fuerte de San Carlos, situado en la boca del río San Juan. Un consejo de guerra pidió severas penas para los rebeldes, pero el capitán general consideró prudente concederles un indulto.²²

Diez años después, la alianza entre el comandante general José de Sierra y el alcalde primero Roberto Sacasa trastocó el frágil equilibrio entre las redes de poder que se disputaban el control del ayuntamiento granadino. En septiembre, Sacasa se vio obligado a ausentarse del puerto lacustre y depositar el bastón en manos del

regidor bianual Juan Argüello. A modo de manifiesto inaugural, éste anunció que no toleraría “amancebamientos” y otras conductas escandalosas en su ciudad. Los peninsulares del batallón fijo se dieron por aludidos y colocaron manuscritos en sitios públicos ridiculizando el bando.

En reacción, el alcalde interino organizó una patrulla policial para allanar las casas de los oficiales, pero al acercarse a la del comandante se dio de narices con una de las “damiselas pecaminosas” de su lista quien – según Gámez – lo saludó con “alegres cuchufletas y hasta bromitas de mancebía más verdes que una esperanza”. Un pelotón armado, que se presentó como guardia de honor de la “compañera muy amada del señor Comandante Sierra”, le impidió apresar a la insolente.²³ El siguiente día el alcalde convocó a los capitulares para elevar una protesta formal ante el capitán general, pero el jefe militar se le anticipó. De acuerdo al “Sucinto Relato” de Manuel Antonio de la Cerda, a la hora de la cita éstos ya habían restituido el bastón de mando a Roberto Sacasa, sin guardar “la ritualidad de ordenanza”.²⁴

¿Es ésta una anécdota trivial? ¿Sería casual que Argüello escogiera este momento para confrontar a los militares peninsulares en Granada? Es difícil saberlo, pero sin duda su humillante experiencia le exigía recuperar el honor y prestigio asociados a su condición de capitular y “vecino principal”. Tal como observa Sajid Herrera, los oficios capitulares reflejaban la posición de sus titulares como personas de “primera distinción”, merecedores de la cortesía y el respeto de la población. La jerarquía y el honor jugaban un papel clave: se expresaban a través de ceremonias, liturgias y posiciones dentro de un espacio, que indicaban el estatus y el rango de unas autoridades con respecto a otras, así como su diferencia con respecto al “pueblo”.

Dichas etiquetas no eran superfluas ni triviales: revelaban los valores que sustentaban la autoridad y el orden de la comunidad política citadina, así como los privilegios y preeminencias de los capitulares. Por consiguiente, cuando los habitantes o funcionarios de la Corona contrariaban esas normas o “costumbres inmemoriales” surgían virulentas enemistades personales y familiares, así como graves denuncias ante las autoridades superiores del reino.²⁵ En otros tiempos, este tipo de ofensas podía dirimirse en los tribunales de la Corona que, con frecuencia, amonestaban o destituían a los militares por irrespeto a los gobiernos locales. Sin embargo, las soluciones tradicionales ya no tenían cabida en la coyuntura de 1811.

O'Horan y su “infernall proclama”

El 29 noviembre de 1811, un grupo de indígenas intentó apresar al subdelegado de Masaya y entregar el mando a José Gabriel O'Horan. Poco después, este joven criollo fue acusado de distribuir una “infernall proclama”, por lo que fue enviado prisionero al fuerte de San Carlos.²⁶ ¿Cuál sería el contenido de este documento? Quizá reflejaba la influencia del doctor Pedro Molina quien, según sus “Memorias”, empezó a difundir ideas independentistas entre la élite granadina desde 1810 mientras ejercía el cargo de protomédico del ejército en el puerto lacustre.²⁷ Sin duda, se hacía eco de la proclama del cabildo de San Salvador, que el día 5 del mismo mes había destituido al representante de la Corona, advirtiendo: “No hay rey, ni intendente, ni capitán general, sólo debemos obedecer a nuestros alcaldes”.²⁸

Por otra parte, cabe recordar que las críticas al sistema colonial ya circulaban hasta en los documentos oficiales en el contexto de la crisis de la monarquía española, desatada en 1808 cuando el emperador francés Napoleón Bonaparte invadió la península, apresó al rey Fernando VII y colocó a su hermano José en el trono de Madrid. En efecto, en reacción al apoyo que un sector de la nobleza española brindó al usurpador francés, el pueblo se levantó en armas. Los invasores respondieron fusilando a centenares de patriotas el 2 de mayo de 1808, y la masacre encendió el nacionalismo español. En cada región de España se organizaron Juntas Provinciales, integradas en su mayoría por fogosos liberales opuestos al absolutismo, que justificaron su autoridad bajo el argumento de que, en ausencia del rey, la soberanía retornaba al pueblo.

Las hispanoamericanos remitieron fuertes sumas de dinero a España para contribuir al esfuerzo bélico. En gratitud, el 14 de febrero de 1810, el gobierno provisional que asumió la representación de Fernando VII, proclamó que éstos ya no serían considerados “colonos” sino integrantes de la nación española. En un manifiesto cargado de promesas de igualdad y autonomía, les anunció:

“Desde este momento, españoles americanos, os veis elevados a la dignidad de hombres libres: no sois ya los mismos que antes encorvados baxo un yugo mucho más duro mientras más distantes estabais del centro del poder, mirados con indiferencia, vexados por la codicia, y destruidos por la ignorancia ... vuestros destinos ya no

dependen ni de los Ministros, ni de los Virreyes, ni de los Gobernadores: están en vuestras manos”.²⁹

Así mismo, el Consejo de Regencia convocó a las Cortes españolas a reunirse en la Isla de León, cerca del puerto de Cádiz, con el fin de redactar una Constitución Política que protegiera los derechos ciudadanos frente a los abusos del despotismo. Los hispanoamericanos fueron invitados a elegir diputados ante esta histórica asamblea, que constituyó el primer parlamento moderno de España. El ayuntamiento de Guatemala delegó al sacerdote Antonio Larrazábal la misión de presentar una propuesta sobre las leyes fundamentales que debían regir al imperio español, redactada por el notable jurista nicaragüense Miguel Larreynaga y otros intelectuales centroamericanos.

Los capitulares de Nicaragua retomaron, en esencia, la posición del ayuntamiento de Guatemala en el documento que confiaron a su delegado, José López de la Plata. Entre argumentos inspirados en la doctrina medieval sobre la igualdad de los “derechos naturales”, y la “teoría contractual” desarrollada por pensadores católicos como el jesuita Juan de Mariana, dejaban entrever su objetivo primordial: concentrar el poder político en manos de las élites americanas, únicas conocedoras de las necesidades de sus respectivas regiones.³⁰

Por tanto, evocando las críticas de la propia Junta Central y la Regencia, López de la Plata inició su exposición ante el parlamento español atacando el absolutismo y el régimen colonial con las siguientes palabras:

“El Gobierno pasado de ninguna otra cosa cuidó más que de procurar que las Américas subsistiesen en estado de conquista, es decir, en la ignorancia ò barbarie. (...) Es claro que no sólo la América tenía justo motivo de quejarse, sino también la España. Todos gemían bajo un pesado yugo; pero con la diferencia de que el sufrimiento de la primera era doble y acaso en mayor proporción que el de la segunda. A la arbitrariedad ministerial se añadía en la América la de los jueces ejecutores”. (...) Era éste su estado quando sobrevino la revolución y quando se la ofrecieron las más lisonjeras esperanzas”.³¹

Sin embargo, las “lisonjeras esperanzas” de alcanzar los mismos derechos que los españoles pronto se disiparon. En efecto, los

16 millones de habitantes de los reinos españoles en América sólo habían sido autorizados para elegir 58 diputados, uno por cada provincia, mientras que a los 11 millones de españoles peninsulares se les permitió elegir un diputado por cada 50 mil habitantes, por lo que contaban con las dos terceras partes de los votos. Valiéndose de su abrumadora mayoría en las Cortes de Cádiz, los diputados peninsulares negaron a los americanos la igualdad de representación y, además, rechazaron su crucial demanda de libre comercio y autonomía administrativa.

En reacción, el 1 de agosto de 1811 el diputado por Nicaragua suscribió con sus colegas del Nuevo Mundo un beligerante memorial, justificando los recientes movimientos insurgentes como acciones en defensa propia ante semejante injusticia. No se les dejaba más opción que buscar la independencia. Finalmente, instaron al parlamento a confiar a los americanos la administración de sus propios gobiernos regionales.³² Los peninsulares reaccionaron airados, atribuyendo el memorial a una conspiración originada en intrigas de franceses, ingleses y norteamericanos. En este contexto, no es de extrañar que poco después surgieran los primeros brotes de rebelión contra las autoridades españolas en Centroamérica, tal como ocurrió en El Salvador el 5 de noviembre de 1811.

Indios y aliados

El 6 de diciembre de 1811 alrededor de sesenta indígenas de Masaya se presentaron “en pelotón” ante el ayuntamiento de Granada, demandando explicaciones por el encarcelamiento de José Gabriel O’Horan. Además, acusaron a sus propios alcaldes de infligirles maltratos por instigaciones del subdelegado. Alarmados por la inusitada agresividad de los indígenas, los capitulares ofrecieron investigar el caso si regresaban a sus pueblos y encausaban la denuncia por las vías jurídicas establecidas.

A lo largo del período colonial, los indígenas de Masaya habían recurrido a los espacios judiciales abiertos por el sistema colonial, construido sobre la clásica estrategia de “divide para dominar”, tanto para denunciar a los funcionarios españoles como a sus propias autoridades locales. Este arreglo permitía enmascarar el uso de la violencia por parte de la burocracia imperial, difundiendo la idea de un monarca bondadoso cuyas loables intenciones eran contra-

riadas por funcionarios menores o corruptas autoridades indígenas que colaboraban para oprimir a sus subalternos.³³ Sin embargo, en esta coyuntura la legitimidad y credibilidad del sistema ya eran muy precarias. Al cabo de una semana, los “indios del común” tomaron la justicia en sus manos: atacaron a los alcaldes de las parcialidades de Monimbó y Dirié y los despojaron de sus casas, culpándolos de exigir impuestos ya abolidos y ocultarles decretos reales que les favorecían.³⁴

En efecto, el Consejo de Regencia había ordenado la abolición del tributo desde mayo de 1810 y las Cortes de Cádiz ratificaron esa decisión en marzo de 1811.³⁵ El virrey de Nueva España acató el mandato a raíz de la insurrección popular dirigida por el cura Miguel Hidalgo, pero el capitán general de Guatemala procuró mantenerlo en secreto. Obviamente los indígenas de Masaya tenían sus propias fuentes de información, ya que no vivían en comunidades aisladas. De acuerdo a Germán Romero, recorrían las provincias del reino para llevar armas y provisiones a los destacamentos militares en río San Juan y Matina, o trasladar ganado y mercancías hasta la feria de La Lagunilla. Sus “tayacanes” portaban el correo y servían de guías a los viajeros. Cuando estallaban motines y sus líderes eran conducidos prisioneros a León, familias enteras se trasladaban a apoyarlos, e incluso enviaban delegados hasta Guatemala a interponer denuncias o apelaciones ante la Audiencia.³⁶

Por otra parte, algunos indígenas “principales” de Nicaragua habían cobrado notoriedad debido a sus logros intelectuales. Éste era el caso de Tomás Ruiz, descendiente de la nobleza nativa de Chinandega, quien en 1804 obtuvo un doctorado en filosofía y leyes en la Universidad de San Carlos. Pese a su excepcional mérito fue asignado a la parroquia del Viejo, un pequeño poblado al oeste de Nicaragua. En 1805 el “padre indio” y el fraile José Antonio Moñino jugaron un papel clave en las protestas que provocaron la destitución del subdelegado del Partido del Realejo —“el primer empleado colonial que cayó de su alto cargo a impulso de las agitaciones populares”, en palabras de Ayón.³⁷

Sin duda, el Seminario Conciliar de León constituyó un foco de difusión de ideas ilustradas y humanistas. Uno de sus catedráticos, el padre Florencio del Castillo, fue electo diputado por Costa Rica ante las Cortes de Cádiz. En el parlamento, descolló por sus apasionados alegatos a fin de que se reconociera el derecho de los

indígenas y miembros de las castas a la ciudadanía. Además, denunció la injusticia de tratar a mestizos y mulatos como extranjeros en su propio suelo y, haciendo referencia a recientes estudios científicos, criticó la irracional discriminación que sufrían los descendientes de africanos por su color.

Sin embargo, la posición del clero no era homogénea. Tal como anota Germán Romero, la mayoría de los eclesiásticos de Nicaragua provenía de las élites criollas y solían tomar partido a favor de sus respectivas redes familiares o círculos de poder. En el contexto de 1811-12, unos se sumarían a los insurrectos, mientras otros los acusarían de monstruos infernales, traidores a Dios, la religión, el rey y la patria.³⁸

La erupción sociopolítica

Ante las primeras noticias de la sublevación en San Salvador, los miembros del ayuntamiento de León solicitaron un informe a su regidor, quien se encontraba en viaje de negocios en San Miguel, y lo autorizaron a ofrecer apoyo militar a esa corporación. No sospechaban que pronto se encontrarían en una situación similar. En efecto, unas semanas más tarde, estalló una violenta rebelión en la propia capital de la Intendencia. El 13 de diciembre de 1811 miles de pobladores de los barrios de León, armados de puñales, machetes y palos, sitiaron la residencia del intendente.

El obispo Nicolás García Jerez estaba preparado para tal eventualidad. A inicios de 1810, cuando fue nombrado para ocupar la sede episcopal de Nicaragua, el capitán general González Molliredo y Saravia le encomendó sustituir al intendente José Salvador en caso de producirse alguna conmoción. Cumpliendo este mandato, se presentó ante la multitud como mediador y recibió un pliego de peticiones: nuevo gobierno, abolición de la esclavitud, rebaja de impuestos y supresión de monopolios. Prometió cumplirlas y aceptó presidir una Junta de Gobierno en la que figuraban algunos ex funcionarios conocidos por sus críticas al depuesto intendente: Nicolás Buitrago y Santiago García de Salas.

Al inicio, el ayuntamiento de Granada – todavía bajo el control de la red de los Sacasa – tomó distancia de estos sucesos. El día 18 los capitulares rechazaron la autoridad de la Junta de Gobierno de León, alegando que les parecía “impulsada por la efervescencia

de un pueblo conmovido”. Asimismo, comunicaron al capitán general que se proponían reasumir en sí, “por la jurisdicción de sus alcaldes ordinarios, el mando del Partido” con el fin de restablecer el orden.³⁹

No obstante, las tensiones sociales y recelos políticos aumentaban día a día en Granada. Cobró fuerza un rumor de que militares peninsulares y “nobles afrancesados” colaboraban con un espía de Bonaparte oculto en la ciudad, pues pretendían “vender” la provincia para conservar sus privilegios. Una circular anterior del Capitán General advirtiendo sobre la presencia de agentes franceses en América, enviados para apoderarse de los territorios españoles, parecía dar pie a tales sospechas.⁴⁰

El 22 de diciembre una gran masa de “paisanos” sitió la casa del ayuntamiento exigiendo la destitución del comandante Sierra, y el traspaso del mando al teniente coronel Miguel Lacayo. Del mismo modo, los peninsulares y criollos tildados de “afrancesados” fueron expulsados del cabildo, y el pueblo exigió la incorporación del presbítero Benito Soto como su representante en la corporación municipal. El 1º de enero de 1812 los nuevos capitulares entregaron el bastón al regidor Juan Argüello y, a instancias del padre Soto, decretaron la abolición de la esclavitud, el fin del monopolio de la venta de carne, y la rebaja o supresión de otros impuestos.⁴¹

Igual ocurrió en Rivas el 23 de diciembre: unas cinco mil personas de todos los barrios y parcialidades aledañas rodearon el cuartel, despojaron de su bastón al alcalde y rompieron las puertas de la cárcel. A continuación se organizó una junta gubernativa presidida por el vicario Rafael de la Fuente, que acordó despojar a todos los europeos de sus cargos civiles o militares, abolir la esclavitud, reducir el tributo, suprimir los estancos, y devolver a los indígenas los fondos tomados de sus cajas comunales a causa de rezagos.

El 8 de enero los guardas de la fortaleza de San Carlos se sublevaron, instigados por un grupo de partidarios de O’Horan que pretendían liberarlo, pero el comandante José Barrios, apoyado por un cuerpo de artillería, logró recuperar el control. Ese mismo día, el “paisanaje” de Granada se amotinó exigiendo la encarcelación de los criollos y peninsulares contrarios al movimiento insurgente. Varios miembros de las familias cercanas al intendente fueron apresados, mientras los Sacasa y Chamorro huyeron a Masaya donde contaban con el apoyo de las milicias de pardos. Por su parte, los rebeldes granadinos tenían aliados entre los simpatizantes de O’Ho-

ran. Esta situación exacerbó los antiguos conflictos étnicos y desembocó en la masacre de numerosos indígenas hacia fines de febrero.

Mientras tanto en el mes de enero - entre amenazas y ofertas de indulto - las juntas de gobierno de León y Rivas se disolvieron. Con efusivas muestras de júbilo y lealtad, el obispo García Jerez fue reconocido como gobernador intendente en toda la provincia, incluso por los nuevos capitulares del ayuntamiento de Granada. Sin embargo, el 20 de febrero el prelado envió una apresurada carta al capitán general con unas frases reveladoras:

“Muy señor mío y mi favorecedor: desde el día 10 del pasado diciembre no he tenido libertad para escribir a Vuestra Excelencia: mis cartas eran las primeras que se registraban y las circunstancias exigían condenarme a un silencio, el más doloroso, supuesto estaban interceptados y obstruidos los caminos todos de comunicarme con Vuestra Excelencia. Gracias a Dios, hoy se proporciona el poderlo hacer sin tanto riesgo y con esperanzas de algún fruto”.⁴²

En ésta y otra carta que logró enviar el siguiente día, el obispo confió al capitán general que, en verdad, había estado arrestado o preso en su propia casa, consciente de que al ofrecerle la presidencia de la Junta Provincial los revolucionarios sólo pretendían usarlo de “pantalla”, pues desde el inicio se proponían alcanzar “una absoluta independencia y formar una especie de república de toda la provincia”.⁴³ Asimismo, expresó el temor de que José Gabriel O’Horan escapara del fuerte de San Carlos, pues en tal caso podía darse por perdida toda la provincia, tanto en lo temporal como en lo espiritual. A continuación insistió en la absoluta y urgente necesidad de recibir al menos 2,000 soldados con un buen jefe militar para pacificar Nicaragua, en especial Granada, Masaya y Subtiava.

Informados sobre el avance de las tropas reales hacia Nicaragua, Juan Argüello y Manuel Antonio de la Cerda — alcalde y regidor de Granada, respectivamente — se trasladaron a León el 28 de marzo. Presentaron al obispo intendente las actas del cabildo, e intentaron convencerlo de su lealtad a la monarquía. Atribuyeron la intranquilidad en el puerto lacustre a las provocaciones de los “emigrados” en Masaya, y le suplicaron que detuviese a las tropas “mientras se aquietaba el pueblo”. Pese a sus gestiones, el Batallón de Olancho ingresó a Masaya el 20 de abril, y el sargento mayor Pedro Gutiérrez conminó a los granadinos a rendirse de inmediato.

El desenlace: dos versiones contemporáneas

Las versiones sobre el desenlace de este episodio son contradictorias. De acuerdo a las actas del consejo de guerra, resumidas por Ayón, los jefes rebeldes convencieron al “vulgo” de que los Sacasa y sus allegados habían contratado soldados para “entrar a degüello” en Granada y esclavizar a los sobrevivientes. El fiscal concluyó:

“El pueblo se hizo fiel ejecutor de las disposiciones dictadas por el Ayuntamiento: cubrió toda la plaza con seis baterías, dispuso la defensa de la ciudad, y pidió auxilio al vecindario de Rivas, por medio de un papel en el que le manifestaba la decidida resolución de hacer resistencia a las tropas reales, fuesen de paz o de guerra, y de sostenerse a toda costa. Igual hizo el Comandante de armas don Miguel Lacayo, valiéndose de su autoridad para estrechar al Jefe de la compañía de artilleros de Nandaime a que ocurriese con auxilios de ese pueblo en defensa de Granada”.⁴⁴

El 21 de abril, tropas reales integradas por soldados veteranos, doscientos negros caribes y cien pardos del Batallón de Olancho atacaron el puerto lacustre. Según el fiscal, “durante la acción los jefes y oficiales de la ciudad alentaron con su presencia y ejemplo á las multitudes populares, y los Magistrados civiles permanecieron inactivos sin procurar contenerlas ni abocarse con el Comandante de la división real, autorizando con su silencio la resistencia armada que hacían los granadinos”.⁴⁵

Los defensores de la ciudad –integrados por más de 400 milicianos voluntarios “paisanos”, numerosos miembros del batallón de la ciudad, e incluso soldados de las compañías del Real Cuerpo de artillería y fija de la fortaleza de Río San Juan – pusieron en fuga a los atacantes. No obstante, a juicio de Ayón, el ayuntamiento y demás autoridades de Granada se hallaban sobresaltados y medrosos por el repentino vuelo que había tomado la insurrección. “Nada ayezados á dirigir movimientos de esa naturaleza (...) se consideraban sin las fuerzas necesarias para dominar la delicada situación”.⁴⁶ El siguiente día entablaron negociaciones con el jefe de la expedición real, las que culminaron el 25 de abril con la firma de un convenio. En éste se reconocía a Granada como parte legítima de la monarquía, por lo que sus habitantes, sin excepción de clases, debían gozar

del natural y civil derecho de indulto, declarado por las Cortes de España. A cambio, los insurgentes se comprometieron a entregar las armas al capitán de las tropas reales, defender la religión, obedecer al rey Fernando VII y, por su ausencia, a todos los representantes de su autoridad.

Sin embargo, el capitán general desaprobó el convenio y ordenó abrir un consejo de guerra para castigar a conspiradores, cabecillas, agitadores y jefes militares. En junio de 1812 muchos líderes rebeldes fueron capturados en sus casas o haciendas, donde permanecían confiados en el indulto acordado. Entre 1812 y 1813, más de doscientas personas fueron sometidas a juicios militares, acusadas de participar en las acciones sediciosas. Dieciséis fueron condenadas a muerte por dirigir la insurrección - entre éstos los capitulares Manuel Antonio de la Cerda y Juan Argüello.⁴⁷ Otros fueron sentenciados a destierro perpetuo, incluyendo tres clérigos y un alto funcionario real. Ciento diez soldados mulatos y mestizos de la compañía veterana de artillería y del batallón destacado en el río San Juan, así como indígenas “principales” de Masaya, recibieron penas de cárcel.⁴⁸

En 1813, los “cabecillas” fueron trasladados a la cárcel de la capital del reino, desde la cual el ex regidor Manuel Antonio de la Cerda apeló a su sentencia de muerte en un escrito que presenta una versión muy distinta de los acontecimientos. Según éste, al percatarse de que tropas invasoras avanzaban por el barrio indígena de Jalteva, saqueando y ultrajando a sus habitantes, más de 1,500 personas entre “paisanos” y milicianos se reunieron en la plaza mayor, improvisaron trincheras con camas, vigas y adobes, nombraron a sus propios oficiales y distribuyeron las piezas de artillería para defender la ciudad. El comandante militar Miguel Lacayo y los miembros del ayuntamiento arriesgaron sus vidas procurando contener a la “plebe” mientras buscaban negociar con el jefe de las tropas reales. El combate se inició de manera espontánea, cuando el cabo artillero Gregorio Roblero recibió aviso de que la “negrada” saqueaba su casa y pretendía violentar a su mujer.

El 21 en la noche, luego de poner en fuga a los invasores, el “pueblo armado” volcó su ira en contra de los vecinos principales de Granada, pues sospechaban de sus negociaciones privadas con los jefes de las tropas reales en Masaya. Apuntaron el cañón con la mecha encendida hacia la casa del Adelantado de Costa Rica donde se hallaban reunidos, “rugiendo” amenazas de pasar a cuchillo a

todos los blancos si los “vendían”, y dar fuego a la pólvora de la sala de armas de la plaza para reducir la ciudad a escombros antes que entregarla. En su relato, De la Cerda insiste, una y otra vez, en los ingentes esfuerzos de los capitulares por pacificar a la enfurecida “plebe granadina”.⁴⁹

¿Quién decía la verdad? ¿El obispo y su fiscal, empeñados en justificar esta inusitada represión militar? ¿O el regidor granadino, en su desesperada apelación para revertir su sentencia a muerte?

El ocaso de la Colonia

La pena de muerte que recomendó el fiscal militar Carrascosa contra Manuel Antonio de la Cerda, Juan Argüello, el presbítero Benito Soto, y otros líderes de la sublevación de Granada del año 1812, fue conmutada a la de prisión perpetua en el fuerte de San Sebastián, Cádiz. En 1817, Fernando VII otorgó un indulto a todos los reos de infidencia, pero prohibió a los granadinos regresar a América.⁵⁰ Gracias a unos amigos, De la Cerda logró fugarse en un barco hacia Suecia, donde permaneció un tiempo ganándose el sustento como zapatero. Luego se trasladó a Cuba bajo el nombre de Manuel Aguilar, su apellido materno, y entró al servicio de un rico hacendado quien lo protegió. Al cabo de incontables vicisitudes, el 7 de diciembre de 1820 logró regresar a su ciudad natal. El cronista Jerónimo Pérez narra el emotivo reencuentro:

“Hacía a sus hijos y a sus amigos el triste relato de su vida en los diversos países en que había estado, les mostraba todavía vivas las señales de los grillos en los pies, y los callos, que le hicieron en las manos los instrumentos con que había trabajado para sustentarse. El día siguiente asistió a la iglesia con motivo de la función de la Purísima, y su fisonomía estaba tan cambiada por los trabajos, que Carrascosa, no le conoció ni viéndole de cerca, hasta que le dijeron su nombre”.⁵¹

Después de la ceremonia religiosa, el fiscal militar exigió a De la Cerda que le presentara su salvoconducto, bajo amenaza de reducirlo de nuevo a prisión, pero a esa fecha no sólo la fisonomía de su víctima era muy distinta. En 1818, el temible José de Bustamante había sido sucedido en el cargo de Capitán General de Guatemala

por don Carlos Urrutia, antiguo amigo del hacendado cubano que acogiera al criollo granadino durante su exilio. Al enterarse de los abusos de Carrascosa, le ofreció protección y lo comisionó para que le tomara cuentas al fiscal sobre su administración.⁵²

Durante el siguiente bienio se observó un giro radical en todo el panorama político y militar del imperio español. En 1819, Simón Bolívar emprendió una de las hazañas bélicas más audaces de la gesta independentista. A fuerza de voluntad y coraje, condujo a sus soldados desde los llanos del río Arauca, vadeando ríos y pantanos, hasta las cumbres nevadas de la cordillera de los Andes, a cinco mil metros sobre el nivel del mar, para luego descender sobre Bogotá y expulsar a los españoles.⁵³

Mientras tanto, en España, el ejército imperial sufría otro severo golpe, pues las tropas de refuerzo que el rey había ordenado trasladar a América para combatir a los insurgentes se rebelaron el 1 de enero de 1820, lideradas por el general Rafael del Riego. Alentado por dicha acción, el pueblo español arreció sus protestas en contra del despotismo. Como resultado, el 9 de marzo de 1820, Fernando VII se vio obligado a jurar obediencia a la Constitución de 1812, y se comprometió a respetar los derechos ciudadanos.

Una vez restablecida la Constitución, se instauró la libertad de prensa en todo el imperio, espacio que los liberales centroamericanos aprovecharon para promover la idea de la independencia. Con ese fin, el Dr. Pedro Molina fundó un periódico titulado *El Editor Constitucional*, que empezó a circular el 24 de julio de 1820. Sin ambages, publicaba críticas en contra del despotismo, las desigualdades sociales, los privilegios de la aristocracia y la intolerancia ideológica. Incluso, se atrevió a denunciar sin tapujos los estragos del sistema colonial y a argumentar el derecho de los americanos a la independencia.

Independencia de España y anexión a México

Al calor de los escritos de *El Editor Constitucionalista*, el espíritu libertario tomaba auge entre los pueblos centroamericanos. Mientras tanto, la elite criolla de México también daba pasos firmes en busca de su independencia, pero no para instaurar una república

como la que ansiaba el Dr. Pedro Molina. Por el contrario, deseaba una monarquía constitucional sólida, que sirviera de garantía para la conservación del orden social tradicional.

No era secreto que, a raíz de la rebelión del general Riego y del restablecimiento de la Constitución de 1812, la posición de Fernando VII en España era muy difícil. Vislumbrando el derrumbe final del imperio colonial, la elite decidió tomar la delantera y prevenir la posibilidad de una insurrección popular. La experiencia de la sublevación de los campesinos e indígenas liderados por Hidalgo y Morelos aún estaba fresca en su memoria. Los grandes comerciantes, mineros y terratenientes mexicanos no estaban dispuestos a correr un riesgo innecesario.

El principal líder de la elite criolla mexicana era Agustín de Iturbide, rico terrateniente que había combatido en el ejército colonial en contra de la rebelión popular de 1810-1815. El 24 de febrero de 1821, Iturbide dio a conocer una propuesta que permitiría lograr la independencia y, al mismo tiempo, conservar la unión con España y la supremacía de la Iglesia Católica. De acuerdo con su propuesta conocida como el "Plan de Iguala", México debía convertirse en un imperio autónomo de España, pero gobernado por un miembro de la familia real de los Borbones; de preferencia, por el propio Fernando VII.

A fin de neutralizar a los enemigos del absolutismo, se estipulaba que el poder del emperador estaría limitado por una Constitución Política. Además, con el propósito de atraerse el apoyo popular, el Plan de Iguala incluía un artículo declarando que todos los habitantes del reino -sin distinción alguna entre europeos, africanos o indios- serían considerados ciudadanos, con derecho a ocupar empleos públicos. Advirtiendo que el "Plan de Iguala" era una mejor alternativa que la guerra, el general Juan O'Donohú, quien en ese momento era la máxima autoridad colonial en México, reconoció su independencia el 24 de agosto de 1821.

Cuatro días después, el ayuntamiento de Comitán, un centro comercial de la intendencia de Chiapas, ubicada al norte de la Capitanía General de Guatemala, sentó un precedente al celebrar un cabildo abierto cuyos miembros votaron por la independencia de "la madre España" y se colocaron bajo la protección del nuevo gobierno mexicano. Tal como afirma Dym, el ejemplo de Comitán que asumió su soberanía municipal, justificando dicha acción en el derecho natural de asegurar su conservación, se repitió en todo el

istmo. Le siguió Ciudad Real, capital provincial de Chiapas, en un cabildo abierto en el que participaron no sólo el gobernador, el alto clero y el cabildo, sino también grupos de artesanos y otros sectores populares tradicionalmente excluidos de estos debates.⁵⁴

Al recibir la noticia de lo ocurrido en Chiapas, las autoridades en Guatemala intentaron centralizar el proceso independentista. El capitán general Gabino Gaínza convocó a funcionarios reales, representantes de instituciones locales como el ayuntamiento, el consulado y el colegio de abogados, altos jerarcas de la Iglesia y miembros de la diputación provincial, a una reunión extraordinaria para tomar una decisión al respecto. El 15 de septiembre emitieron un acta de independencia de España, por considerarla “la voluntad general del pueblo de Guatemala”.

De acuerdo a este documento, tanto el presidente de la Audiencia de Guatemala como los intendentes continuaron al mando de sus jurisdicciones administrativas. Además, se conformó una Junta Provisional Consultiva integrada por Miguel Larreynaga y José Cecilio del Valle, entre otros. Se acordó que el nuevo gobierno constituido en Guatemala enviaría copias del mismo a las distintas provincias, junto con la orden de elegir diputados para conformar un congreso que debía reunirse en la capital el primero de marzo de 1822. A fin de facilitar su nombramiento, esta tarea correspondería a las mismas Juntas Electorales de Provincia creadas anteriormente para elegir a los diputados a Cortes. Según el artículo cuarto del acta, el número de los diputados debía ser en proporción de uno por cada quince mil individuos, sin excluir de la ciudadanía a los “originarios de África”. Correspondería a este Congreso “decidir el punto de independencia y fijar, en caso de acordarla, la forma de gobierno y la ley fundamental que deba regir”.⁵⁵

Las autoridades de los cabildos y los miembros de las principales familias criollas de las ciudades de la Capitanía General reaccionaron de manera distinta ante la noticia de la independencia. En Nicaragua, la Diputación Provincial de León acordó la anexión a México el 11 de octubre de 1821. Esta opción era promovida con ahínco por el obispo Nicolás García Jerez, quien el 13 de octubre ordenó a su feligresía renovar el juramento de obediencia a Fernando VII, asegurando que éste pronto aceptaría el trono imperial mexicano. El 14 de diciembre, el ayuntamiento de Granada también se pronunció a favor de la anexión. Igual hizo el cabildo de Matagalpa, bajo el argumento de que el Plan Trigarante de Iturbide implicaba

una transición ordenada, “evitando en todo en cuanto es posible la innovación total (...) y prescinde absolutamente de las otras alteraciones que lisonjeando a primera vista con la superioridad de justicia y razón, dividen la masa general”.⁵⁶

Los ayuntamientos del istmo que favorecían la anexión, argumentaban la necesidad de contar con la protección de México ante una eventual amenaza externa. Además, opinaban que el sistema monárquico constitucional garantizaba mayor estabilidad que el novedoso sistema republicano, citando como ejemplo las guerras civiles que ya habían estallado en América del Sur. Por otra parte, aseguraban que la propuesta de Iturbide no significaría un retorno al absolutismo, pues el poder del emperador sería limitado por una Constitución Política. Al mismo tiempo, afirmaban el principio de la soberanía municipal y el derecho a tomar decisiones con base en los intereses y conveniencias de sus propias localidades.

El 28 de noviembre de 1821, la Junta Provisional Consultiva conformada en Guatemala convocó formalmente a los cabildos de las ciudades y villas españolas, así como de los pueblos de indios y ladinos, a votar sobre el tema de la anexión a México. Obtuvieron 244 respuestas, en su mayoría a favor, por lo que el 5 de enero de 1822 se proclamó oficialmente la unión al Imperio mexicano.⁵⁷

Sin embargo, la Junta Provincial de gobierno de El Salvador, integrada por republicanos como el padre José Matías Delgado, rechazó esta decisión, y se declaró independiente de Guatemala. Los productores de añil de El Salvador tenían muchas razones para temer que, bajo un sistema monárquico, las familias aristocráticas de la antigua capital colonial, encabezadas por el clan del marqués de Aycinena, lograrían conservar su control sobre el comercio exterior. La Junta Provincial de San Salvador incluso envió una comisión a Washington para negociar su anexión a la república federal de Estados Unidos, e impedir su incorporación forzosa al imperio mexicano.

Nicaragua: guerra civil entre realistas y republicanos

Los republicanos de Nicaragua también se opusieron a la anexión, haciendo sentir sus protestas por medio de cartas enviadas al periódico *El Editor Constitucional*. Además, circularon proclamas

inspiradas en los postulados de la Ilustración francesa, argumentando que el reconocimiento de un gobernante debía ser precedido por un pacto social voluntario, y denunciaron el “espíritu maquiavélico” de quienes manipulaban los sentimientos religiosos del pueblo para mantenerlo oprimido. “¿Con que para salvarse es necesario ser esclavo? ¿Con que para ser cristiano es menester ser bestia del Establo de Borbón? ¿Con que la verdad de nuestra religión consiste en sostener a un Tirano en el Trono de sus vicios?”, preguntaban en dichas proclamas.⁵⁸

Durante el año de 1822 se produjeron varios levantamientos en contra de las autoridades anexionistas en varias ciudades de Nicaragua. El 4 de junio estallaron los primeros disturbios en León, cuando un grupo de estudiantes y artesanos, respaldados por el presbítero Tomás Muñoz y el alcalde indígena de Sutiaba, asaltaron el cuartel de la Compañía Provincial de Artillería en protesta por la anexión a México. El jefe político González Saravia procuró minimizar el suceso, calificando a los sublevados de “una cábala escolar indigestada con los principios de libertad y soberanía del Pueblo”.⁵⁹

Sin embargo, la rebelión en contra de las autoridades anexionistas pronto se extendió a otras ciudades. El 16 de enero de 1823 los republicanos tomaron control de Granada y organizaron una “Junta Patriótica” de gobierno, integrada por Manuel Antonio De la Cerda y Juan Argüello, así como otros miembros de la élite criolla que habían participado en el movimiento insurgente de 1812. Figuraban, además, los hermanos José León y Anselmo Sandoval, hacendados mulatos de “modesta fortuna”, y profesionales como Nicolás de la Rocha.

Los republicanos granadinos contaban con un jefe militar hábil y carismático: el mulato Cleto Ordóñez, hijo ilegítimo del capitán español Diego de Irigoyen. Ordóñez había recibido adiestramiento en las artes marciales como sargento del ejército colonial, y gozaba de gran popularidad debido a sus dotes de curandero, poeta, guitarrista y orador fogoso. En los mítines políticos y desfiles militares se calaba un gorro frigio, “como haciendo de personaje de la Revolución Francesa”.⁶⁰ Sus soldados le seguían con entusiasmo, creyéndolo dotado de poderes mágicos para hacerse invisible y adivinar las tácticas militares de sus oponentes.⁶¹

Por su parte, los realistas se concentraron en Managua, donde organizaron otra junta de gobierno presidida por el sacerdote Policarpo Irigoyen, hijo legítimo de Diego de Irigoyen y, por tanto, “hermano de padre” del caudillo republicano. El 13 de febrero de

1823 una fuerza de mil soldados al mando del ex intendente español brigadier Antonio González Saravia atacó el puerto lacustre, pero fue puesta en fuga gracias a la destreza de Ordóñez en el manejo de la artillería, por lo que recibió el título de “General del Ejército Protector y Libertador de Granada”.⁶²

El emperador Iturbide envió tropas a Centroamérica para sofocar las rebeliones en contra de los representantes de su autoridad. Irónicamente, mientras los fusiles mexicanos empezaban a ganar terreno en el istmo, una sublevación militar en su propia capital lo obligó a renunciar al trono el 19 de marzo de 1823.

A raíz del derrocamiento del emperador Agustín de Iturbide en México, los republicanos del istmo conformaron en Guatemala una Asamblea Nacional Constituyente que proclamó, el 1º de julio de 1823, la independencia absoluta de Centroamérica. Uno de sus primeros decretos fue la abolición de la esclavitud y de todos los tratamientos nobiliarios, incluyendo la distinción de “Don”, reservada para los criollos que presumían de linaje y “limpieza de sangre”.

En consecuencia, Ordóñez mandó destruir los escudos de armas esculpidos en piedra o pintados dentro de las casas de las familias “nobles” de Granada, como los Sacasa y Chamorro, por constituir “monumentos tristes de la opresión y degradación, muy contrarias al liberalismo actual del sistema”. En este contexto estalló un levantamiento social que obligó a las familias “aristocráticas” a huir de la ciudad, mientras la “plebe tumultuada” saqueaba y daba fuego a sus propiedades.⁶³

La Asamblea Nacional Constituyente decretó que mientras el Congreso elaboraba la nueva ley fundamental de la República Federal, permanecerían vigentes las leyes y decretos emitidos por las Cortes de Cádiz.⁶⁴ En consecuencia, la pugna entre realistas y republicanos adquirió una connotación religiosa. Recordemos que las Cortes de Cádiz habían retomado la corriente secularizadora introducida en el imperio español por los Borbones. Entre 1810 y 1813 suprimieron el Tribunal de la Inquisición y el fuero eclesiástico, así como las órdenes monacales, consideradas como una amenaza a la nación por sus estrechos lazos con Roma. Incluso sujetaron el juicio doctrinal de los obispos a las Juntas de Censura contempladas en la ley de libertad de expresión.

El obispo de Nicaragua y Costa Rica, fray Nicolás García Jerez se negó a prestar juramento de obediencia a la Asamblea Nacional Constituyente, argumentando que tales leyes atacaban “directamente

a los Sagrados Cánones, a la disciplina general de la Iglesia, y a los derechos divinos del Obispado”.⁶⁵ En sus célebres *Décimas*, escritas entre 1823 y 1824, el fraile granadino Desiderio de la Quadra describió esta problemática, y denunció los planes de Ordóñez de remover de sus cargos a todos los sacerdotes que habían jurado adhesión al imperio mexicano. Los republicanos incluso pretendían destituir al obispo García Jerez, a quien acusaban de haber propuesto a la Corona española usar los puertos nicaragüenses como base para una invasión militar anti independentista. Indignado, De la Quadra denunció a los “clérigos liberales” que apoyaban a Ordóñez:

“Muchos deciden de plano,
que en Ordóñez hay poder
de al Obispo remover
y de obligarlo igualmente
a ungir al que él le presente,
¡peor Jansenio vi nacer!”⁶⁶

Debido al carácter radical del movimiento liberal en Nicaragua, Quadra lo asoció con la Revolución Francesa, y calificó el levantamiento de “eclesiasticida”, “hereje”, “materialista”, “anti-cristiano”. Atizadas por el conflicto religioso, las antiguas rivalidades entre las redes de poder de la élite y los conflictos étnicos y sociales estallaron en una cruenta guerra civil. Diversas fuentes históricas, como las “*Décimas*” de Quadra, describen la participación de “indios flecheros” de Monimbó, Diriéga, Camoapa, Boaco, Matagalpa y Ometepe en las tropas republicanas.

La guerra civil se prolongó hasta enero de 1825, cuando el gobierno federal envió una fuerza pacificadora al mando de Manuel José Arce. Bajo el arbitrio del general salvadoreño, se conformó el primer gobierno de la Nicaragua independiente, presidido por Manuel Antonio de la Cerda y Juan Argüello, en calidad de Jefe y Vice-jefe del Estado, respectivamente.

Reflexiones finales

La interpretación de los acontecimientos que conmovieron el Reino de Guatemala en 1811–1812 ha sido objeto de un prolongado debate. Los granadinos Tomás Ayón y José Dolores Gámez iniciaron

la polémica local en la década de 1880. A juicio de Ayón, constituyeron los “primeros movimientos de insurrección contra España”.⁶⁷ Destaca su origen espontáneo, así como la beligerancia de los indígenas de Masaya y de los pobladores de León y Rivas. Concluye que si bien la mayoría de los capitulares granadinos eran partidarios de la independencia, su pretensión de dirigir el movimiento se vio desbordada por el pueblo, que “aspiraba a una transformación profunda y radical”.⁶⁸

Gámez ofrece una versión distinta sobre el papel de los actores sociales y sus objetivos.⁶⁹ En su opinión, los criollos “permanecían bien hallados con las ideas políticas y filosóficas de la colonia; pero herederos del orgullo y carácter preponderante de los conquistadores, no podían avenirse con vivir eternamente menospreciados y humillados por los peninsulares”.⁷⁰ Además, atribuye el fracaso de estos movimientos a la falta de apoyo de las masas, asegurando que el pueblo —dominado por el fanatismo religioso— “no podía tomar interés por una causa que ni siquiera se imaginaba”.⁷¹

El análisis de las decisiones oficiales de los ayuntamientos de la provincia de Nicaragua sugiere que perseguían reafirmar su autonomía frente a las autoridades peninsulares, dentro del aún confuso marco constitucional de la monarquía hispánica. No obstante, si exploramos los conflictos entre los cabildos y la burocracia real tan sólo desde una perspectiva institucional, nos arriesgamos a perder de vista la intensa dinámica local. De ahí el invaluable aporte de las obras de Tomás Ayón y Germán Romero, pues abren una ventana privilegiada para observar las contradicciones políticas y sociales en la provincia durante esta coyuntura.⁷²

La relectura de sus obras indica que a través de las grietas entre la élite nicaragüense - ahondadas por la alianza del intendente con ciertos grupos de poder local - afloraron antiguas tensiones en el contexto de una coyuntura cultural y política novedosa. En consecuencia, durante los meses de diciembre de 1811 y abril de 1812, Nicaragua vivió una intensa movilización social, tanto espontánea como impulsada por dirigentes de distinta procedencia socioeconómica y étnica.

Si detenemos la mirada en los protagonistas, encontramos a miembros de la élite empeñados en reafirmar su autonomía, líderes indígenas del “común” forjando alianzas para poner fin a los abusos de subdelegados y “mandones” locales, milicianos criollos y ladinos recelosos de los jefes peninsulares acantonados en sus territorios, abogados y burócratas laicos de mediano rango, clérigos humanistas e incluso algunos convencidos independentistas.

Cabe destacar que en Nicaragua los insurgentes no se limitaron a demandar la destitución de los funcionarios peninsulares, rebaja de impuestos y supresión de monopolios. Una de sus exigencias centrales, repetida tanto en León como en Granada y Rivas, fue la liberación de los esclavos que, en su mayoría, eran mulatos nacidos en la provincia. Este dato aportado por Germán Romero, junto con el hecho de que ya para 1776 los ladinos constituían el grupo étnico más numeroso de Nicaragua, parece clave para explicar esta particularidad.

Otra demanda importante fue la supresión de diversas exacciones y formas de trabajo forzoso que sufrían los indígenas. Documentos contemporáneos, como la carta del obispo del 20 de febrero, y algunos historiadores decimonónicos subrayan la beligerancia de los indígenas tanto en Masaya como en Subtiava. El ataque de los “indios del común” de Monimbó y Dirienga a sus propias autoridades, sospechosas de ocultarles decretos que les favorecían, es revelador.

Aunque el capitán general de Guatemala procuró mantener en secreto la abolición del tributo hasta inicios de 1812, es obvio que los indígenas tenían sus propias fuentes de información. No vivían en comunidades aisladas: recorrían el Reino llevando armas y provisiones a las fortalezas, ganado y mercancías a las ferias, portando el correo o sirviendo de guías a los viajeros. Incluso enviaban delegados hasta Guatemala a interponer denuncias o apelaciones ante la Audiencia. Como bien observa Aaron Pollack, la movilidad geográfica y las comunicaciones son fuentes de conocimiento y por consiguiente de poder, pues abrían a los indígenas la posibilidad de forjar redes geográficas de alianzas políticas y sociales.⁷³

Obviamente, esta coyuntura favoreció la convergencia de una amplia gama de sectores sociales y grupos étnicos discriminados, excluidos o sojuzgados por el orden imperante. Sin embargo, tal como observamos en el caso de Masaya, la crisis de autoridad también abrió paso al estallido de antiguos rencores entre los grupos étnicos subalternos, engendrados por el sistema de castas. En realidad, aún falta mucho por excavar para obtener una visión más clara sobre el carácter y alcance del movimiento de 1811–1812 en Nicaragua, pero sin lugar a dudas constituyó una verdadera erupción de profundas raíces y consecuencias sociales, económicas y políticas.

Una polémica no menos interesante se ha desarrollado en torno a las causas y consecuencias de la guerra civil entre realistas y republicanos, en el contexto de la anexión a México.

En 1874, el intelectual granadino Pedro Francisco De la Rocha publicó en el periódico *El Nacional*, de Comayagua, Honduras, un ensayo titulado: “Estudios sobre la historia de la Revolución de Nicaragua”.⁷⁴ Este autor interpretó la guerra civil que empezó a gestarse en 1822, a raíz de la anexión de Centroamérica al imperio mexicano, en el contexto de una “revolución redentora” que puso fin a “siglos enteros de tiranía i envilecimiento” en toda América Latina.⁷⁵ Describe el carácter de la época independentista como “un nuevo período de la vida i de creación”. A su juicio, el alumbramiento de esta nueva etapa histórica era fruto de la lucha del pueblo por recobrar sus derechos naturales de libertad e igualdad, y obedecía “á una ley indeclinable en el orden físico y moral”.

Esta ley universal, que regía tanto a la naturaleza como a las sociedades humanas, se manifestaba en la oposición de fuerzas contrarias, asegura. Los siglos de tiranía colonial habían provocado una reacción liberadora de igual magnitud que la opresión impuesta a los pueblos americanos por los conquistadores. En palabras de Pedro Francisco de la Rocha:

“La revolución, ó lo que es lo mismo, la reacción natural de la libertad contra la opresión, siendo una operación física inevitable, debe ser igual i contraria á la acción que la produjo”.⁷⁶ “(...) á esto es precisamente debido, que la revolución redentora haya cubierto de sangre i de ruinas, con el secuestro y la espatriacion, á todas las Repúblicas latino-americanas, vengando así en meses ó años de reacción, siglos enteros de tiranía i envilecimiento.”⁷⁷

Desde esta perspectiva, De la Rocha justifica como manifestación de una ley natural los medios violentos utilizados por el pueblo para luchar contra los que pretendían conservar el orden establecido. Y, ¿quiénes eran los enemigos del pueblo? En palabras de nuestro primer historiador, el enemigo era “la clase criolla, poseedora exclusiva de la riqueza por medio del monopolio i la explotación del hombre por el hombre”.⁷⁸

En el ensayo publicado por De la Rocha en 1874, resulta inconfundible el eco del *Manifiesto Comunista* y del materialismo dialéctico o histórico. Las teorías de Carlos Marx habían cobrado mayor difusión, tanto en Europa como en América, a raíz de la fundación de la Primera Internacional en 1864 y, sobre todo, de la experiencia de la Comuna de París, en 1871.

Desde esta perspectiva nuestro primer historiador reivindicó el nombre de su padre, Nicolás de la Rocha, quien fue uno de los líderes del movimiento insurgente en la coyuntura de 1823-1824, como presidente de la Junta Gubernativa de Granada. Pedro Francisco se refiere a su padre y a Cleto Ordóñez como hombres de “profundas convicciones i de principios verdaderamente republicanos”.

Además, De la Rocha se preocupó por refutar a los historiadores centroamericanos como Montúfar y Marure, que tildaban a los insurgentes de codiciosos y sanguinarios. En efecto, argumentó que el levantamiento armado de los republicanos y la confiscación de los bienes de sus adversarios eran medios violentos inevitables, dadas las circunstancias de la época. En palabras del autor:

“...era imposible proceder con regularidad, sin pasiones i sin algunos excesos, cuando el pueblo acaba de descargarse de la mita, repartimientos, encomiendas i contribución indígena, saliendo de la penumbra colonial, para entrar de lleno en el círculo de los rayos del nuevo Sol.”⁷⁹

El impacto del levantamiento obrero en París también se refleja en un ensayo de Tomás Ayón (Granada, 1821-1887), escrito el mismo año de 1874. En efecto, al referirse a la guerra civil de 1824 – que, en realidad, estalló después de la disolución del imperio mexicano – Ayón explica: “Desde ese momento se vieron unidos los antiguos realistas é imperialistas, con los republicanos moderados, para defenderse de lo que hoy llamarían la Commune.”⁸⁰ Pero, a diferencia de Pedro Francisco de la Rocha, Ayón descarta que la guerra civil hubiera obedecido a un conflicto de principios e ideas, atribuyéndola únicamente a intereses personales, pasiones y odios engendrados por los excesos cometidos por ambos bandos.⁸¹

Por su parte, José Dolores Gámez (Granada, 1851-1918), en su obra *Historia de Nicaragua*, declarada libro de texto oficial en 1888 por un jurado integrado, entre otros, por el renombrado científico Miguel Ramírez Goyena, reinterpretó estos hechos bajo la influencia del positivismo. Recordemos que, para Comte, el orden social descansa en la coherencia del sistema de ideas y creencias correspondiente a una determinada “época o etapa orgánica” del desarrollo histórico. Por tanto, atribuía las convulsiones sociales a la “anarquía intelectual” característica de los períodos de transición como el suyo, cuando se gestaba el paso de la sociedad teológica-militar,

propia del antiguo régimen absolutista, a la futura sociedad científico-técnica o positiva.⁸²

Bajo el prisma de esta ideología, Gámez concluyó que la inestabilidad del período post independentista obedecía a la confusión ideológica reinante, reflejada en la falta de un proyecto político coherente. Argumentó que después del fracaso de la anexión al imperio mexicano, los antiguos realistas terminaron abrazando el republicanismo, más por conveniencia que por convencimiento.

Mientras tanto, los liberales, abrumados por el peso de la tradición, se mostraron condescendientes con las instituciones del antiguo régimen, en especial con la Iglesia, de manera que permitieron que la religión católica conservara su status oficial, tanto en la Constitución Política de 1826 como en la de 1838.

En consecuencia, los principios políticos se diluyeron, cediendo lugar a las pasiones innobles. Las guerras civiles obedecieron, pues, al “odio lugareño, el sentimiento religioso astutamente despertado, las ambiciones personales; y otras cuantas miserias”, cuando no al simple e insensato deseo de destruirse.⁸³

Hacia mediados del siglo XX, la historiografía nicaragüense empezó a reflejar el conflicto ideológico que caracterizó el período de la Guerra Fría. El Dr. Carlos Cuadra Pasos (Granada, 1879-1964) marcó una pauta dentro de la visión conservadora de la historia en su ensayo “Fruto Chamorro: breve comentario a una intensa vida”, publicado en 1947.

De acuerdo a este autor, el período colonial representa la “época clásica” en la historia de Nicaragua, pues en ella prevaleció la paz, cimentada en la legitimidad de la autoridad de la monarquía española y en el orden social imperante. “Las clases sociales estaban jerarquizadas en un orden razonable de conformidad con las ideas que prevalecían en la época, [y] se desenvolvían en el cumplimiento de sus respectivas obligaciones”.⁸⁴ Las deficiencias que pudieron presentarse en cuanto a justicia social se compensaban con la protección que los “superiores” derramaban sobre “los de abajo”.

Por tanto, a juicio de Cuadra Pasos, la anarquía se desató en 1821, porque:

“Los próceres de la independencia ingenuamente creyeron que realizaban una operación fácil de sustituir un sistema por otro dentro de los límites de la mera política. Que podían apartar al Rey cortando la liga de una incómoda subordinación; y que ellos ipso facto,

subirían al primer plano, conservando todos los elementos tradicionales que juzgaban inmutables: la Iglesia para el orden espiritual; las prerrogativas de clase para el orden social”.⁸⁵

La imprudencia de los criollos independentistas tuvo un efecto inesperado, observa el Dr. Cuadra Pasos, pues:

“La masa no comprendió esta invención de los señores y la interpretó en un sentido demagógico, rompedor de jerarquías y despreciador de aptitudes.”⁸⁶ En consecuencia: “Para el año de 1823, principiaron las revueltas demagógicas de un carácter socialista, lanzando al pueblo a que tomara el principio de igualdad en el sentido de un aplastamiento social de arriba hacia abajo”.⁸⁷

Curiosamente, la mayoría de los historiadores decimonónicos, tanto conservadores como liberales, coinciden en torno a la personalidad e influencia política del principal caudillo popular de esta coyuntura: Cleto Ordóñez. A modo de epitafio, Gámez escribió:

“Fué por mucho tiempo Ordóñez, el ídolo del pueblo de Granada, ejerció gran influencia en los destinos de Nicaragua y tuvo mucha parte en las convulsiones de la República Federal. Ordóñez, a quien tanto han execrado sus enemigos, fue notoriamente honrado. En medio de su apogeo apareció siempre pobre. Así vivió, así murió, y ese virtuoso desprendimiento de aquel caudillo es, sin duda alguna, la mejor apoteosis de su nombre”.⁸⁸

De acuerdo a datos recopilados por el historiador y genealogista Emilio Álvarez Montalván la descendencia del caudillo republicano permaneció en la pobreza y el anonimato, al servicio de las familias pudientes de Granada. No así los descendientes de su hermano de padre, el sacerdote y político realista Policarpo Yrigoyen, quien procreó seis “hijos sacrílegos” con Francisca Zelaya, perteneciente a una acaudalada familia criolla. Paradójicamente, uno de sus nietos, José Santos Zelaya, encabezó la Revolución Liberal (1893-1909) y proclamó una nueva Constitución Política que transformó a Nicaragua en un Estado laico.⁸⁹

Citas y notas

- 1 Tal como apunta Belaubre, los conflictos, ya sean de carácter social, político o religioso, constituyen provechosas herramientas de investigación, pues se encuentran en la base del proceso de construcción de los Estados modernos. Al seguir las pistas sobre el origen de un conflicto, se abre una ventana privilegiada para identificar a los actores tanto individuales como colectivos, así como sus complejas interrelaciones. Su estudio nos permite discernir los intereses de los grupos de poder y las redes sociales, así como los cambios en su composición, visualizar la ruptura de antiguas solidaridades o la forja de otras nuevas, y valorar su impacto sobre la historia política. Sobre el valor metodológico del estudio de los conflictos, véase: Christophe BELAUBRE, "Crónica de las relaciones de poder y de la conflictividad en la orden franciscana de San Jorge de Nicaragua a inicios del siglo XIX", Boletín AFEHC N°43, publicado el 04 diciembre 2009. Disponible en: http://afehc-historia-centroamericana.org/index.php?action=fi_aff&id=2310
- 2 DYM, Jordana, "Bourbon Reforms and City Government in Central America, 1759-1808". En: *Politics, Economy, and Society in Bourbon Central America, 1759-1821*. Jordana DYM y Christophe BELAUBRE (eds.) University Press of Colorado, 2007, pp. 75-100.
- 3 HERRERA, Sajid Alfredo, "La idea borbónica de buen gobierno en las poblaciones: La Intendencia de San Salvador. (1786-1808)". En: Ana Margarita GÓMEZ y Sajid HERRERA, (Compiladores), *Mestizaje, poder y sociedad. Ensayos de historia colonial de las provincias de San Salvador y Sonsonate, El Salvador*. (FLACSO, 2003), pp. 97-131
- 4 DYM, ob. cit.
- 5 DYM, ob. cit.
- 6 HAWKINS, Timothy, "La Corona, el Ejército, y la sociedad colonial centroamericana", Boletín AFEHC N°34, publicado el 04 febrero 2008. Disponible en: http://afehc-historia-centroamericana.org/index.php?action=fi_aff&id=1848
- 7 José Salvador era coronel de los Reales Ejércitos; se había destacado en el regimiento de Dragones de la Frontera en Concepción, Chile, combatiendo las frecuentes rebeliones de los araucanos, y ocupado el cargo de gobernador de Valparaíso antes de su traslado a Nicaragua.
- 8 AYÓN, Tomás, *Historia de Nicaragua*, Tomo III. Managua: Banco de América, 1977, pp. 297-299.
- 9 AYÓN, Tomás, 1977, ob. cit., p. 204.
- 10 AYÓN, Tomás, 1977, ob. cit., p. 353. Es probable que Nicolás Buitrago obtuviera dicho cargo por intermedio de su compatriota Miguel Larreynaga, distinguido intelectual y alto funcionario de la Audiencia, quien atestiguó sobre su "limpieza de sangre" en 1795.
- 11 AYÓN, Tomás, 1977, ob. cit., pp. 355-359.
- 12 AYÓN, Tomás, 1977, ob. cit., pp. 362 y 417.
- 13 AYÓN, Tomás, 1977, ob. cit., p. 415.
- 14 ROMERO VARGAS, Germán. *Las Estructuras Sociales de Nicaragua en el Siglo XVIII*. Managua: Editorial Vanguardia, 1987, p. 302.
- 15 RUBIO SÁNCHEZ, Mario, "Historia de los gobernadores de Nicaragua", Libro 6. (Recopilación inédita de documentos del Archivo General de Indias. Tulane University: Latin American Library Manuscripts, Collection 142, c. 1970) pp. 2790-2795. (Agradezco a Miguel Ernesto Vijil Ycaza quien me facilitó copia de estos documentos). Véase también: AYÓN, 1977, ob. cit., pp. 281-282.

- 16 FERNÁNDEZ MOLINA, José Antonio, "La competencia por la hegemonía entre representantes metropolitanos y élites locales. Espacios y mecanismos de confrontación en Costa Rica a finales de la colonia "clásica", en VANNINI, Margarita y KINLOCH, Frances, (editoras), *Política, Cultura y Sociedad en Centroamérica. Siglos XVIII-XX* (Managua: IHNCA-UCA, 1998), pp. 73-82.
- 17 AYÓN, Tomás, 1977, ob. cit., p. 379.
- 18 Comunicación personal del Dr. Miguel Ernesto Vijil Ycaza, miembro de la Academia de Genealogía de Nicaragua.
- 19 AYÓN, Tomás, 1977, ob. cit., p. 327.
- 20 FERNÁNDEZ MOLINA, José Antonio, "El poder en el mercado y el mercado del poder. Comerciantes y cabildos provinciales en la Centroamérica del siglo XVIII" (Investigación inédita, Universidad Nacional de Costa Rica, 1992), pp. 107-117.
- 21 ROMERO VARGAS, Germán, 1987, ob. cit., p. 205.
- 22 AYÓN, Tomás, 1977, ob. cit., p. 337.
- 23 GÁMEZ, José Dolores. *Reminiscencias Históricas de la tierra centroamericana. La Independencia*. San Salvador: Imprenta Diario del Salvador, 1913.
- 24 DE LA CERDA, Manuel Antonio. "Sucinto relato de lo ocurrido en Granada de Nicaragua, desde 29 de septiembre de 1811 hasta 18 de agosto de 1813", Guatemala, Cárcel de Corte, agosto 25 de 1813, en *Revista de la Academia de Geografía e Historia de Nicaragua*, Tomo V, N° 3. Managua: Editorial La Prensa, 1943, pp. 213-246.
- 25 HERRERA, Sajid Alfredo. "La idea borbónica de buen gobierno en las poblaciones: La Intendencia de San Salvador. (1786-1808)", en *Mestizaje poder y sociedad*, pp. 97-131
- 26 O'Horan era miembro de una familia originaria de Irlanda que se estableció en Yucatán, México, y Granada, Nicaragua. De acuerdo a Jerónimo Pérez, después de 1812 fue trasladado a una cárcel guatemalteca. Los indios de Masaya viajaban a visitarle con regalos hasta que las autoridades notificaron que había muerto en prisión.
- 27 MOLINA, Pedro, "Memorias", en *Revista de la Academia de Geografía e Historia de Nicaragua*, Tomo XL (Managua: Editorial La Prensa, 1971).
- 28 DYM, Jordana. "La soberanía de los pueblos: ciudad e independencia en Centroamérica, 1808-1823", en Jaime E. RODRÍGUEZ O., (Coord.) *Revolución, independencia y las nuevas naciones de América*, (Madrid, Mapfre, 2005).
- 29 RODRÍGUEZ, Mario, *El Experimento de Cádiz en Centroamérica, 1808-1826*, México: Fondo de Cultura Económica, 1984. Véase en especial el capítulo II.
- 30 "Instrucciones de López de la Plata, Cádiz, 6 de enero de 1812", *Revista de la Academia de Geografía e Historia de Nicaragua*, Tomo VII, Num 11, Managua, agosto de 1945, pp. 31 y siguientes.
- 31 LÓPEZ DE LA PLATA, José Antonio, "Exposición del Diputado en Cortes por la provincia de Santiago de León de Nicaragua", en *Revista de la Academia de Geografía e Historia de Nicaragua*, Tomo VII, N° 11, Managua: Editorial La Prensa, 1945, pp. 31-33.
- 32 "Representación de la Diputación Americana a las Cortes de España", Cádiz, agosto 1, 1811. Citado en RODRÍGUEZ, Mario, 1984, pp. 86-87.
- 33 DORE, Elizabeth, *Mitos de Modernidad. Tierra, Peonaje y Patriarcado en Granada, Nicaragua*. Managua: IHNCA-UCA, 2008, pp. 68-69.
- 34 SALVATIERRA, Sofonías. *Contribución a la Historia de Centroamérica. Monografías documentales*, Tomo II. (Managua: Tipografía Progreso, 1939, p. 404.
- 35 En efecto, desde el 13 de marzo de 1811 las Cortes de Cádiz habían aprobado la abolición del pago de tributos por parte de los indígenas, siguiendo el ejemplo del virrey de México, quien había tomado esta iniciativa desde el 5 de octubre del año anterior - tres semanas

- después del estallido del levantamiento popular dirigido por el cura Miguel Hidalgo. Sin embargo, el capitán general Bustamante no proclamó la abolición del tributo sino hasta el 2 de enero de 1812, aplicable sólo en los pueblos que se mantuvieran leales a la Corona. Véase: SALVATIERRA, Sofonías. *Contribución a la Historia de Centroamérica. Monografías documentales*, Tomo II, Managua: Tipografía Progreso, 1939, p. 404.
- 36 ROMERO VARGAS, ob. cit., p. 129.
 - 37 AYÓN, Tomás, 1977, ob. cit., pp. 418-419.
 - 38 El vicario de Granada, José Antonio Chamorro, figuró entre los realistas más iracundos. Véase: "Proclama del Cura y Vicario de Granada, don José Antonio Chamorro, á los vasallos fieles de Fernando VII. enero de 1812. En: *Textos fundamentales de la Independencia Centroamericana*. Selección, Introducción y Notas de Carlos MELÉNDEZ. Costa Rica: Editorial Universitaria Centroamericana (EDUCA), 1971, pp. 140-141. Esta división se observó también en El Salvador, tal como observa Sajid Herrera en su análisis de los sermones políticos pronunciados en los púlpitos en la vecina provincia en la coyuntura 1811-1814. Véase: HERRERA MENA, Sajid Alfredo, "Escenarios de lealtad e infidencia durante el régimen constitucional gaditano: San Salvador, 1811-1814", *Mesoamérica*, Año 32, Número 53, Enero-diciembre 2011, pp. 200-210.
 - 39 AYÓN, Tomás, 1977, ob. cit., pp. 451-452.
 - 40 HAWKINS, Timothy, 2008, ob. cit.
 - 41 En 1813 el padre Benito Soto fue condenado a destierro perpetuo y remitido a cárceles de Guatemala y España.
 - 42 GARCÍA JEREZ, Fray Nicolás, "Carta al Capitán General", (León: 20 de febrero de 1812) y "Carta al Capitán General", (León: 21 de febrero de 1812), en León FERNÁNDEZ, *Documentos relativos a los movimientos de independencia en el Reino de Guatemala*. El Salvador: Ministerio de Educación Pública, 1929, p. 37.
 - 43 GARCÍA JEREZ en FERNÁNDEZ, ob. cit., p. 38.
 - 44 AYÓN, Tomás, 1977, ob. cit., pp. 473-474.
 - 45 AYÓN, Tomás, 1977, ob. cit., p. 475.
 - 46 AYÓN, Tomás, 1977, ob. cit., p. 477.
 - 47 Manuel Antonio de la Cerda y Juan Argüello sobrevivieron largos años de prisión en España. En 1817 recibieron un indulto y regresaron a Granada. A raíz de la independencia, lideraron la resistencia en contra de la anexión a México y se enfrentaron en el campo de batalla con sus antiguos enemigos, los Sacasa y Chamorro, que aún gozaban del apoyo del obispo García Jerez. Cuando concluyó esta guerra civil en 1825, De la Cerda y Argüello fueron electos jefe y vice-jefe del Estado de Nicaragua, respectivamente.
 - 48 AYÓN, Tomás, 1977, ob. cit., p. 482.
 - 49 DE LA CERDA, 1813, ob. cit.
 - 50 SALVATIERRA, Sofonías, *Contribución a la Historia de Centroamérica*, 1939, Tomo II, pp. 450-455; ZELAYA, Chester, ob. cit., pp. 66-67.
 - 51 PÉREZ, Jerónimo, "Biografía de Don Manuel Antonio de la Cerda, Masaya, setiembre 1º de 1872".
 - 52 PÉREZ, Jerónimo, 1872, ob. cit., p. 488
 - 53 KINLOCH TIJERINO, Frances. *Historia de Nicaragua*. Managua: IHNCA-UCA, 2012. (Cuarta ed.), pp. 115-118.
 - 54 DYM, Jordana, "Actas de independencia: de la Capitanía General de Guatemala a la República Federal de Centroamérica", en: *Independencias, Estados y Políticas en la Centroamérica del Siglo XIX. Las Huellas Históricas del Bicentenario*. David DÍAZ ARIAS y Ronny VIALES HURTADO (eds.). 1ª ed. San José, C.R.: Centro de Investigaciones Históricas de América Centra, 2012, p. 4.

- 55 Acta de Independencia, redactada por José Cecilio del Valle, en: *Textos Fundamentales de la Independencia Centroamericana*, Selección, Introducción y Notas de Carlos MELÉNDEZ. Centroamérica: EDUCA, 1971, pp. 242-245.
- 56 "Comunicación del Ayuntamiento de Matagalpa al Jefe Político Superior Gavino Gaínza", en: *Boletín del Archivo General del Gobierno*, Tomo I, N° 1, Guatemala, 1935, pp. 57-58.
- 57 DYM, Jordana, 2012, ob. cit., p. 15
- 58 "Una de las proclamas que circularon en Granada a principios de Noviembre de 1821", reproducida en: ZELAYA GOODMAN, Chester, *Nicaragua en la Independencia*, (Apéndice documental), Centroamérica: EDUCA, 1971, p. 272.
- 59 "Informe del Gobernador González Saravia a la Regencia del Imperio Mexicano", en: ZELAYA GOODMAN, 1971, ob. cit., p. 146.
- 60 CORONEL URTECHO, José, *Reflexiones sobre la historia de Nicaragua: de Gaínza a Somoza*, León, Nicaragua: Editorial Hospicio, 1962, Tomo II, p. 119.
- 61 ORTEGA ARANCIBIA, Francisco, *Nicaragua en los primeros años de su emancipación política*, París: Editorial Garnier, 1894, p. 41-44. De especial importancia para comprender las características de esta guerra civil son las décimas escritas por un testigo ocular - Fray Desiderio de la Quadra - tituladas "Las Locuras de Granada". A la fecha se conocen dos ejemplares: el primero se refiere a los acontecimientos ocurridos entre enero y julio de 1823 y se halla reproducido en la *Revista Conservadora del Pensamiento Centroamericano* (RCPCA), Vol. XXVI, N° 129, pp. 32-41; Managua: Artes Gráficas, junio 1971. El segundo, aborda los sucesos acaecidos entre mayo y julio de 1824 y fue publicado en la *Revista de Historia* N° 2, Nicaragua: Instituto de Historia de Nicaragua, Número especial 1992-1993, pp. 62-77.
- 62 GÁMEZ, José Dolores, *Historia de Nicaragua*, Capítulo III, 1889, p. 359; AYÓN, Tomás, "Apuntes sobre algunos de los acontecimientos políticos de Nicaragua en los años de 1811 a 1824", en: *Historia de Nicaragua*. Tomo III, 1977, Apéndice p. 563.
- 63 ORDÓÑEZ, Cleto, "Orden remitida al presbítero Ignacio Solórzano, Granada, 23 de noviembre de 1823", citado en: Arellano, Jorge Eduardo, "Cleto Ordóñez: primer caudillo popular de Nicaragua", en: www.elnuevodiario.com.ni/especiales/235015 4/12/2011.
- 64 Los documentos fundamentales para estudiar estos hechos se encuentran recopilados en la obra de José Dolores GAMEZ, titulada *Archivo Histórico de la República de Nicaragua*, Tomo 1, Managua: Tipografía Nacional, 1896. Asimismo, fueron reproducidos en los números 181, 182 y 183 de la *Revista del Pensamiento Centroamericano*, entre octubre y junio de 1984, (Managua: Imprenta Don Bosco).
- 65 "Reflexiones sobre la Nota que el Ilustrísimo Señor Don F. Nicolás García de Jerez, Obispo de Nicaragua, Dirigió al Gobierno de León en 22 de setiembre de 1823.", En: *Archivo Histórico*, ob. cit.; y *RPCA*, XXXIX(182):7.
- 66 DE LA QUADRA, Desiderio, "Las Locuras de Granada" (Jinotepe, 1824), en *Revista Conservadora de el Pensamiento Centroamericano* (RCPCA), Volúmen XVI, Número 129, Managua: Artes Gráficas, Junio 1971, pp. 32-41. -El jansenismo - movimiento inspirado en la obra *Augustinus* de Cornelius Jansenius (1640) - se manifestaba como la afirmación de los derechos de la conciencia ante el aparato jerárquico del Estado y de la Iglesia, por lo que fue condenado como herejía en 1713. Para entonces, ya había ampliado sus bases sociales hasta convertirse en un valor entre la alta burguesía, dada su afinidad con el proceso de individualización que en el orden económico, político y moral impulsaba el liberalismo burgués. Ver: PUECH, Henri-Charles (Editor), *Las Religiones constituidas en Occidente y sus contracorrientes*. Tomo II. *Historia de las Religiones*, Vol. 8. México: Editorial Siglo XXI, 1981. p. 37 siguientes.
- 67 AYÓN, Tomás, 1977, ob. cit., p. 439.
- 68 AYÓN, Tomás, 1977, ob. cit., pp. 452-453.

- 69 En 1913, Gámez atribuyó su discrepancia con Ayón al hecho de que éste sólo tomó como fuente de información los expedientes creados por el fiscal Carrascosa, pues la relación de Manuel A. de la Cerda del año 1813 - que a su juicio sí expresaba “la verdad de los hechos” - no fue sacada de los archivos de Guatemala sino hasta 1912. GÁMEZ, 1913, ob. cit., p. 113.
- 70 GÁMEZ, 1993, pp. 217-218.
- 71 GÁMEZ, 1993, ob. cit., p. 222.
- 72 AYÓN, Tomás, *Historia de Nicaragua, desde los tiempos más remotos hasta el año de 1852*. (1ª ed.) Granada: Tipografía “El Centroamericano”, 1889; ROMERO VARGAS, Germán Romero Vargas, *Las Estructuras Sociales de Nicaragua en el Siglo XVIII*, Managua: Editorial Vanguardia, 1987.
- 73 POLLACK, Aaron, *Levantamiento K’iche’ en Totonicapán, 1820. Los lugares de las políticas subalternas*, (Guatemala: AVANCSO, 2008); y “Movilizaciones Populares y Conspiración en el Futuro Guatemala”, 1808-1814”, en *Mesoamérica*, Año 32, Número 53, Enero-diciembre 2011, pp. 189-200.
- 74 De la Rocha, Pedro Francisco, “Estudios sobre la Revolución de Nicaragua”, en: *Revista Conservadora del Pensamiento Centroamericano* Vol. XXVIII, N° 140, Managua., D.N., Mayo 1972, pp. 8-24. De la Rocha nació en Granada en 1820. Después de la Guerra Nacional emigró a Honduras, donde su talento fue prontamente reconocido. Ya en 1869 se encontraba presidiendo el Ministerio del Interior de ese país, y después estuvo a cargo del Ministerio de Relaciones Exteriores durante más de una década. Véase: Arellano, Jorge Eduardo, “El primer historiador de Nicaragua”, *Revista del Pensamiento Centroamericano*, 38 (180), p. 10.
- 75 De la Rocha, (1874) ob.cit., p. 13
- 76 De la Rocha, (1874) ob.cit., p. 13
- 77 De la Rocha, (1874) ob.cit., p. 13
- 78 De la Rocha, (1874) ob.cit., p. 13
- 79 De la Rocha, (1874), ob.cit., pp. 13-14
- 80 AYÓN, Tomás, “Apuntes sobre algunos de los acontecimientos políticos de Nicaragua en los años de 1811 a 1824”, reproducido en: Ayón, Tomás, *Historia de Nicaragua*, Tomo III, Managua: Banco de América, 1977, pp. 548-585. El fragmento citado se encuentra en la p. 563.
- 81 AYÓN, 1977, p. 571
- 82 NAVARRO CORDÓN, Juan Manuel, *Historia de la Filosofía*, Madrid: Litprint, 1990, p. 354
- 83 GÁMEZ, José Dolores, *Historia de Nicaragua*, Managua: Tipografía de “El País”, 1889. Ver en especial las páginas 368-369, 427-428, 507-508, 521 y 567.
- 84 CUADRA PASOS, Carlos, en: *Obras*, Tomo II, Managua: Pinsa, 1977, pp. 112-114. Ver también pp. 156-157, 207, 261 y 467.
- 85 CUADRA PASOS, 1977, Idem, p. 114.
- 86 CUADRA PASOS Idem., 1977, p. 207.
- 87 CUADRA PASOS Idem., 1977, p. 261.
- 88 GÁMEZ, José Dolores Gámez, *Historia de Nicaragua*, Capítulo VII, p. 392.
- 89 Álvarez Montalván, Emilio / Kühl Arauz, Eddy. *Policarpo y Cleto: Hermanos históricos. ¿Orígenes del Conservatismo y Liberalismo en Nicaragua?* Managua: La Prensa, 2008, pp. 85 y 92.

Parte II. Nicaragua: la difícil organización del Estado

Capítulo 3

Una cruenta iniciación a la vida republicana

Incorporación a la República Federal de Centroamérica

En enero de 1825, la cruenta guerra civil entre realistas y republicanos en Nicaragua llegó a su fin, gracias a la intervención de una misión pacificadora enviada por el gobierno federal bajo el mando del general salvadoreño Manuel José Arce. Manuel Antonio de la Cerda y Juan Argüello, miembros de la élite criolla de Granada que sufrieron cárcel y destierro por su liderazgo en la sublevación de 1811-1812, fueron electos Jefe y Vice jefe - respectivamente - del naciente Estado de Nicaragua.

Los nuevos gobernantes tomaron posesión de sus cargos el 22 de abril, y ese mismo año se celebraron elecciones para conformar una Asamblea Constituyente que se encargaría de redactar la primera carta magna del período independiente. La fuerza de los republicanos radicales se reflejó en la composición del cuerpo legislativo: seis de sus once miembros se identificaban abiertamente con el caudillo Cleto Ordóñez.

Por tanto, no es de extrañar que la Constitución Política promulgada en 1826, definiera al gobierno como “republicano, popular y representativo”. Además, consignó entre los derechos de los ciudadanos la libertad de palabra, escritura y de imprenta, y la facultad de reunir-

se para discutir sobre política o examinar la conducta pública de los funcionarios. Estipuló que los representantes gubernamentales serían electos en forma directa por el pueblo, en ejercicio de su soberanía. Los cargos públicos ya no podrían ser comprados o heredados como en la época colonial y, en contraste con el derecho estamentario antes vigente, prescribió que todos los habitantes del Estado se hallarían sujetos a las mismas leyes.¹

En este contexto, las familias de la élite criolla perdieron su tradicional control sobre buena parte de los cargos municipales, que pasaron a manos de profesionales y modestos propietarios. Como era de esperarse, no tardaron en surgir las primeras divergencias entre los republicanos “moderados” y “radicales” en torno a la interpretación de los alcances del principio de la igualdad ciudadana. Figuraba entre los primeros el jefe supremo Manuel Antonio De la Cerda, quien solicitó la autorización del gobierno federal para convocar a nuevas elecciones legislativas y municipales. Argumentaba que la mayoría ordoñista en el poder legislativo le impedía consolidar su gobierno, y que los cabildos debían ser integrados por personas capaces de proyectarse socialmente por sus méritos y “prosperidad”.²

El presidente del gobierno federal, general Manuel Arce, que había llegado al poder con el apoyo de los liberales, optó por una política de acomodamiento: por una parte rechazó la solicitud de don Manuel Antonio de convocar a nuevas elecciones de diputados y municipales, pero a la vez alejó a Cleto Ordóñez del escenario político nicaragüense, otorgándole el cargo de Inspector General de Armas de la República Federal.

Una vez en Guatemala, Ordóñez comprobó que el proceso de organización de la República Federal también enfrentaba graves obstáculos. Algunos tenían su origen en ciertas ambigüedades de la Constitución Federal promulgada en 1824. Por ejemplo, el artículo décimo definió a los Estados como entidades libres e independientes en todo lo concerniente a su administración interior, y su interpretación generó conflictos de poder entre los Jefes de Estado y el Presidente de la Federación.

Por otra parte, los diputados establecieron la sede del gobierno federal en la ciudad de Guatemala, capital tradicional del istmo durante los 300 años de gobierno colonial. Esta decisión revivió el antiguo recelo de los productores provincianos en contra de los poderosos comerciantes guatemaltecos. Peor aún, la ciudad de Guatemala pasó a ser no sólo la capital de toda la Federación, sino

también del Estado de Guatemala, lo que originó tensiones internas entre los distintos niveles de autoridad.

El problema fiscal fue otro aspecto mal definido en la Constitución. El gobierno federal demandaba abundantes recursos, argumentando la necesidad de sostener un ejército fuerte, capaz de defender todo el territorio del istmo de cualquier amenaza externa, o sofocar disturbios en los Estados. Asimismo, debía pagar los sueldos de un gran número de funcionarios públicos, encargados de velar por el cumplimiento de las leyes federales en toda la nación y de impulsar el proyecto socioeconómico liberal. Éste contemplaba la creación de un sistema de educación pública como condición necesaria para formar a la ciudadanía, y la apertura de nuevas vías de comunicación para impulsar la agricultura, la industria y el comercio.

La competencia por los recursos fiscales dio pie a interminables conflictos, debido a que un artículo de la Constitución daba a los gobiernos estatales la potestad de rechazar el cobro arbitrario de impuestos por parte del gobierno federal. La interpretación caprichosa de este artículo generó una pugna permanente por controlar las escasas fuentes de ingresos.

A esto se sumó la confrontación ideológica entre liberales y conservadores. Los primeros proclamaban su adhesión a las ideas de la Ilustración europea y el modelo político de los Estados Unidos de América. Pretendían forjar un Estado moderno, caracterizado por la división de poderes y el respeto a la Constitución Política, así como a las garantías individuales y las libertades públicas. Además, defendían la libertad de cultos y la separación entre la Iglesia y el Estado. En el plano económico, deseaban el libre comercio, el apoyo estatal a las actividades exportadoras y la protección a la propiedad privada.

El proyecto conservador se fundamentaba en la herencia cultural hispánica y defendía el papel dominante de la Iglesia Católica en la vida social y cultural. En general, los conservadores eran partidarios de gobiernos fuertemente centralizados, controlados por una reducida oligarquía o núcleo de grandes terratenientes, apoyados en caudillos locales. En el plano económico, mostraban menos entusiasmo por el libre comercio, pues trataban de proteger las artesanías y la producción local. En consecuencia, sus principales seguidores se encontraban en la Iglesia, los artesanos y las comunidades indígenas.

El general salvadoreño Manuel José Arce había iniciado su carrera política en las filas del liberalismo, pero cuando procuró fortalecer el ejército federal y organizar la recaudación de los impuestos, los jefes de los Estados del istmo se resistieron. Empeñado en centralizar el poder, el presidente federal buscó una alianza con los grandes propietarios conservadores de la capital. El caudillo nicaragüense se ocupó de ponerlo en ridículo en un incidente registrado por Jerónimo Pérez y José Dolores Gámez:

“El Presidente Arce, para celebrar el aniversario de la Independencia, dio un banquete y convidó sólo a la aristocracia guatemalteca, a quien quiso complacer no convidando a Ordóñez ni a ninguno del pueblo. Ordóñez en despique, vestido de gran uniforme y con un cuadro de oficiales, se dirigió al Palacio, y cuando Arce le vio en el salón del festín, sin un cubierto que brindarle, mucho menos a su comitiva; se turbó visiblemente. Ordóñez entonces le dijo: «No se inquiete el señor Presidente; no vengo a su banquete, sino que como Inspector quiero ver en qué se gasta el dinero de la Nación». Anduvo en torno de la mesa y luego se despidió, dejando al referido Arce confundido y avergonzado ante la gran sociedad que tenía presente”.³

Las tensiones continuaron en ascenso. Entre septiembre y octubre de 1826, el presidente Arce redujo a prisión al jefe del Estado de Guatemala, el liberal Juan Barrundia, y disolvió la Asamblea Legislativa de la República Federal. Como resultado, estalló la primera guerra regional que se prolongaría hasta 1829.

Cleto Ordóñez también fue encarcelado, pero logró fugarse de la prisión a inicios de 1827 y se unió a los dirigentes liberales que habían emigrado a El Salvador. El 23 de marzo se destacó como jefe militar en la batalla de Arrazola, resistiendo en su posición de artillería hasta garantizar la retirada de las demás fuerzas.⁴ Admirado por su pericia militar y “audacia inteligente”, durante los siguientes dos años Ordóñez se desplazó entre El Salvador, Honduras y Nicaragua, combatiendo al lado de Francisco Morazán.⁵

En el contexto de la primera guerra federal, Juan Argüello y Manuel Antonio De la Cerda asumieron posiciones opuestas. Pronto, la guerra se extendió a Nicaragua y culminó el 27 de noviembre de 1828 con el fusilamiento del primer Jefe de Estado de Nicaragua.⁶ En 1829, el general Francisco Morazán logró derrotar a las

fuerzas conservadoras, y fue electo presidente de la República Federal. Durante la siguiente década, este líder originario de Honduras ejerció gran influencia en todo el istmo, pues colocó a miembros de su partido y red familiar en las jefaturas de los diferentes Estados centroamericanos.

Durante este período prevaleció en Nicaragua una relativa paz bajo las administraciones de Dionisio Herrera y José Zepeda - ambos miembros de la red familiar del nuevo presidente de la República Centroamericana. Sin embargo, la resistencia a las reformas impulsadas por Morazán y los gobiernos liberales desencadenó otras dos guerras federales en 1831-1833 y 1837-1839. Estos hechos repercutieron en la vida política de Nicaragua, y en enero de 1837 fue asesinado el jefe de Estado José Zepeda.⁷

Por otra parte, las tensiones por la delimitación del poder entre el Estado y la Iglesia Católica contribuyeron a atizar el conflicto. En una coyuntura decisiva, el jefe de Estado de Guatemala, Mariano Gálvez, decidió expulsar del istmo a más de 300 sacerdotes, incluyendo al arzobispo, quien era miembro de la poderosa familia Aycinena. La situación empeoró en 1836, como resultado de una terrible epidemia de cólera que se extendió por toda Centroamérica. Muchos curas rurales atribuyeron la peste a un castigo divino, provocado por las ofensas liberales a la Iglesia. En Guatemala, el campesinado se levantó masivamente en armas bajo el liderazgo de un caudillo mestizo llamado Rafael Carrera.

El ejército federal fue incapaz de aplastar la rebelión, porque los campesinos e indígenas peleaban en las montañas que conocían como la palma de su mano. Finalmente, en 1838, los liberales guatemaltecos cayeron del poder, y se inauguró un período conservador que duraría más de treinta años. Mientras esto sucedía en Guatemala, los Estados se fueron separando de la Federación.

Nicaragua: “Estado libre, soberano e independiente”

El 30 de abril de 1838, representantes de los cuatro departamentos de Nicaragua reunidos en asamblea, declararon disueltos los vínculos de su comunidad política con la República Federal de Centro-América, y la definieron como un Estado libre, soberano e independiente. No obstante, en el mismo documento, los diputados

reconocieron, de manera solemne, pertenecer a la “Nación” centroamericana, y expresaron su compromiso de reunirse con los demás Estados del istmo bajo un nuevo pacto, acorde con los principios de un “verdadero federalismo”.⁸

Uno de los objetivos centrales del decreto de ruptura con la república centroamericana, emitido el 30 de abril de 1838, era recuperar para los gobernantes nicaragüenses la plena soberanía en cuanto a la administración de sus recursos internos. En efecto, el punto tercero del documento citado establecía que, en lo sucesivo, corresponderían al Estado las rentas que hasta entonces había concentrado el gobierno federal.

Pese a sus divergencias ideológicas, los diputados nicaragüenses coincidían en atribuir los problemas políticos y económicos del país a los “vicios” del estatuto del pacto federal del año 1824, así como a los defectos de la propia Constitución del Estado, sancionada el 8 de abril de 1826.⁹

Por tanto, en 1838 los diputados iniciaron una revisión total de la carta magna de 1826. Las reformas constitucionales se orientaron a procurar el apoyo de los grandes propietarios de los diversos departamentos del país al proceso de construcción del incipiente Estado. Tal objetivo se plasmó en la creación de un cuerpo legislativo exclusivo para este sector social, dotado de amplios poderes de veto y vigilancia sobre los demás poderes del Estado.

En efecto, la principal innovación de la nueva carta magna, promulgada el 12 de noviembre del año 38, consistió en la adopción de un sistema legislativo bicameral. Hasta entonces, el poder legislativo había residido en una asamblea de diputados, integrada por un mínimo de once y un máximo de veintiún miembros, electos por juntas populares y distritales. Cualquier individuo podía postularse como candidato si había estado en ejercicio de sus derechos ciudadanos durante un período de cinco años.¹⁰

A la par de ese cuerpo legislativo ya existente, en 1838 se creó una Cámara del Senado integrada por ocho miembros - dos por cada departamento del país. Estos debían ser escogidos por juntas electorales superiores, reunidas para tal fin en las cabeceras departamentales. Los candidatos debían poseer, entre otros requisitos, un capital libre de mil pesos.¹¹

Gracias al Artículo 112 de la Constitución de 1838, los senadores obtuvieron el derecho a vetar los nombramientos efectuados por el poder ejecutivo para los importantes cargos de comandante

de armas del Estado, prefectos departamentales, intendente, tesoroero y contador general. Además, podían ejercer un rol de vigilancia sobre el comportamiento de los funcionarios públicos, y ordenar que se les abriera juicio por delitos comunes y "oficiales". Estos últimos se referían a la violación de las garantías constitucionales, tales como la obstrucción de los procesos electorales o de la reunión de las cámaras.

Además de fortalecer al poder legislativo, la Asamblea Constituyente optó por debilitar al ejecutivo. De acuerdo a la Constitución de 1826, el período del jefe y vice jefe del Estado era de cuatro años. Estos tenían derecho a ser reelectos una vez más, sin intermisión; es decir, un individuo podía gobernar durante ocho años consecutivos. En la carta magna de 1838, se sustituyó el título de jefe del Estado por el de director supremo, se redujo su período a dos años, y se prohibió la reelección inmediata.

Además, se suprimió el cargo de vice jefe del Estado: prudente decisión tomada a la luz de la experiencia de la guerra entre De la Cerda y Argüello. En lo sucesivo, en ausencia del primer mandatario, su puesto sería ocupado por un senador. Las limitadas atribuciones del director supremo se correspondían con los escasos requisitos para optar al cargo: cualquier ciudadano que hubiese estado en ejercicio de sus derechos por un lapso de siete años, podía postularse como candidato.¹²

La Constitución de 1838 venía a ser, pues, una especie de transacción entre los dos sectores sociales con mayor influencia en la vida política del incipiente Estado: por un lado, los grandes comerciantes y terratenientes conservadores; por otro, los intelectuales, profesionales y medianos propietarios liberales, que defendían una interpretación más democrática del concepto de igualdad ciudadana.¹³

Este nuevo pacto social reflejaba, asimismo, la búsqueda del equilibrio entre el poder central, radicado en la capital, y los ejes de poder regional, constituidos por los ayuntamientos de las cabeceras departamentales, que presidían la elección de los senadores.¹⁴ Como señalamos anteriormente, entre las atribuciones de la nueva cámara legislativa estaba la de vetar el nombramiento de los más altos funcionarios civiles y militares, así como de los prefectos departamentales, quienes eran los representantes del Estado en las regiones.

Confiados en que este nuevo pacto social garantizaría la paz interior, los gobernantes nicaragüenses emprendieron, como tarea inmediata, la defensa de la autonomía del Estado. Ante la posibi-

lidad de que el general Francisco Morazán intentara restablecer su autoridad en el istmo por la vía de las armas, Nicaragua se alió con Guatemala y Honduras para derrotarlo.¹⁵ En marzo de 1840, después de nueve meses de acoso militar, Morazán partió al exilio hacia Sudamérica, en compañía de treinta y seis de sus más cercanos colaboradores.

Geopolítica e imperativo unionista

Vencidos, al parecer, los principales escollos para la constitución de Nicaragua en un Estado soberano, sus gobernantes concentraron la atención en la cuestión de la viabilidad económica del nuevo cuerpo político.

Al menos en este aspecto, la visión de la élite era congruente. La geografía patria les auguraba un destino portentoso: dos grandes lagos interiores, apenas separados del Pacífico por un breve istmo, y comunicados con el Atlántico a través de un ancho río navegable, ofrecían la posibilidad de abrir una ruta interoceánica, que convertiría a Nicaragua en el centro del comercio mundial.¹⁶

En 1838, el gobierno nicaragüense emprendió diversas iniciativas en procura de apoyo externo para realizar su “destino geográfico”. Encomendó a Pedro Rouhaud la misión de buscar capital para el proyecto canalero en Francia, y encargó igual tarea al obispo Jorge Viteri y Ungo, quien partía como embajador a Roma.¹⁷ Ese mismo año, otorgó a George Holdship, representante de un consorcio de comerciantes de Nueva York y Nueva Orleans, un contrato canalero que contemplaba también el establecimiento de un banco, y el fomento de la inmigración de colonos extranjeros.¹⁸

Asimismo, el gobierno de Nicaragua continuó financiando los estudios topográficos encargados al ingeniero británico John Baily en 1837, por el extinto gobierno federal.¹⁹ Estos empezaban ya a mostrar sus frutos. Tres años más tarde, Baily se hallaba en condiciones de argumentar de manera convincente que la construcción del canal por Nicaragua era técnicamente viable, a un costo razonable de veinticinco millones de dólares.²⁰

Sin embargo, el optimismo de los gobernantes nicaragüenses en cuanto a la viabilidad política y económica del naciente Estado, pronto se vio opacado. En vez de capital y tecnología, el proyecto canalero atrajo las ambiciones geopolíticas de las potencias.²¹

En febrero de 1840, John L. Stephens - agente diplomático confidencial del presidente norteamericano Van Buren - visitó Nicaragua, se entrevistó con Baily, y tomó detalladas notas sobre los resultados de su estudio.²² Días más tarde, Stephens partió vía El Realejo, en donde fue atendido por el influyente comerciante y vice-cónsul inglés John Foster.²³ Sin duda, éste percibió el notorio interés del agente norteamericano en el proyecto canalero, y así lo informó a su superior en Guatemala, Frederick Chatfield.

El cónsul se alarmó ante la posibilidad de que el gobierno de los Estados Unidos obtuviera una concesión sobre la ruta interoceánica, pues significaría un serio revés para la hegemonía británica en el istmo. En noviembre de ese mismo año, el diligente cónsul viajó a Londres, y convenció al ministro de relaciones exteriores, Lord Palmerston, de la necesidad de establecer cuánto antes un protectorado sobre la Costa de Mosquitos, e incluir dentro de su jurisdicción el puerto de San Juan del Norte, a fin de controlar la terminal atlántica del futuro canal interoceánico. Los argumentos de Chatfield impresionaron a Lord Palmerston, quien endosó sus planes en nombre de la civilización y del cristianismo, observando:

“El objetivo parece encomiable (...) una iniciativa para impartir a una ruda y bárbara Raza de Hombres, algunos de los elementos de orden social, algunos rudimentos de organización política, y alguna instrucción en las Verdades de la Religión”.²⁴

Al mismo tiempo, Chatfield se propuso otro objetivo complementario: reconstruir la unión centroamericana bajo la hegemonía de Guatemala, cuyo gobierno se hallaba entonces en manos de sus leales colaboradores: la oligarquía mercantil conservadora. Esta alianza había quedado sellada el 27 de julio de 1839, cuando la asamblea legislativa de Guatemala renunció oficialmente a los reclamos de soberanía sobre el territorio de Belice, planteados por el anterior gobierno liberal.

Guatemala invitó a los demás Estados del istmo a unirse bajo un sistema confederal, que halagaba a sus miembros con un amplio margen de autonomía en cuanto a la administración de sus rentas internas, pero suponía delegar en el gobierno regional todos los asuntos concernientes al ámbito de las relaciones exteriores - incluyendo, por supuesto, la celebración de tratados canaleros.

La trampa para asegurar la hegemonía de Guatemala dentro de la confederación radicaba en una cláusula del pacto que designaba como máxima autoridad a un delegado supremo, quien a su vez, debía ser el jefe del Estado donde se reuniera la Asamblea. A fin de garantizar que este cargo recayera en el gobernante guatemalteco, el cónsul Chatfield prometió a sus aliados que Gran Bretaña únicamente reconocería la independencia de Guatemala, y suscribiría con ese Estado un tratado comercial exclusivo. Si los demás gobiernos centroamericanos querían beneficiarse de tales privilegios, debían acceder a enviar a sus delegados a la antigua capital colonial, y reconocer a su jefe como delegado supremo de la Confederación.²⁵

Con el apoyo de la flota militar británica, Chatfield inició una serie de demostraciones de fuerza para intimidar a los gobiernos de los Estados del Centro, y empujarlos dentro del redil de la “confederación guatemalteco-británica”. El pretexto utilizado fue el cobro de la cuota de la deuda contraída por la República de Centroamérica en 1825 con banqueros ingleses, así como reclamos de indemnización a comerciantes británicos, debido a pérdidas sufridas durante las guerras federales, e incluso en sus negocios privados con ciudadanos centroamericanos. Ante la incapacidad o negativa de los gobiernos de El Salvador y Nicaragua a hacer efectivo el pago de estas elevadas sumas, Chatfield ordenó el bloqueo de sus principales puertos: San Juan, en el Atlántico y La Unión en el Golfo de Fonseca.²⁶

Finalmente, lanzó un ultimátum a los Estados del Centro: o enviaban a sus delegados a Guatemala para organizar el gobierno confederal con el que Gran Bretaña estaría dispuesta a llegar a un acuerdo sobre la cuestión de la deuda centroamericana, o, de lo contrario, la poderosa Albión se vería obligada a exigir por la fuerza a cada Estado el pago de su respectiva cuota.²⁷

Sin embargo, la estrategia de Chatfield provocó una reacción imprevista. Los periódicos de Nicaragua y El Salvador se llenaron de proclamas y editoriales patrióticos, frente a la agresión extranjera.²⁸ Juzgando el momento oportuno para dar nuevo impulso a su propio proyecto unionista, Morazán regresó del exilio y dirigió una circular a los gobiernos de los Estados del Centro - Nicaragua, El Salvador y Honduras - ofreciendo el buque y los elementos de guerra que traía consigo, para defender la soberanía del istmo. Estos lo rechazaron, pues temían hipotecar de nuevo su autonomía interna; pero Morazán encontró aliados donde menos lo esperaba.

Una fracción de la élite costarricense le ofreció la jefatura de su Estado, a cambio de que los librara de la dictadura de Braulio Carrillo. Una vez en el poder, Morazán obtuvo - el 10 de julio de 1842 - la autorización de la Asamblea Constituyente de Costa Rica para emplear los recursos del país en el proyecto de restablecer el gobierno regional.

Sin embargo, el reclutamiento y otras disposiciones afines provocaron el descontento del pueblo. Pronto estalló una rebelión, que culminó con el fusilamiento de Morazán, el 15 de septiembre de ese mismo año. El nuevo gobierno costarricense negoció la salida de sus oficiales y allegados, permitiéndoles partir con sus armas y pertrechos bélicos en el barco Coquimbo - sobrenombre que recibieron en lo sucesivo los infortunados paladines morazánicos.

En esta coyuntura surgió un tercer proyecto unionista: una alianza defensiva entre Nicaragua, El Salvador y Honduras, como alternativa a la propuesta confederal británico-guatemalteca y al peligro que representaban los preparativos militares que, desde Costa Rica, hacía Morazán para imponer su hegemonía en el istmo.

Cabe destacar que los tres Estados del Centro, compartían no sólo un agudo resentimiento en contra de la antigua capital colonial, sino además un estratégico punto geográfico: el Golfo de Fonseca, contemplado como posible terminal de la ruta canalera en el Pacífico.

Por otra parte, a raíz de la independencia, las redes de sociabilidad entre las élites de los Estados del Centro se habían fortalecido. Los circuitos comerciales se reorientaron en torno al eje de la gran feria anual de San Miguel, donde confluían los hacendados-comerciantes de Nicaragua y Honduras, entre octubre y febrero. Allí se intercambiaba el añil y el ganado en pie por artículos importados, que luego los hacendados revendían en sus lugares de origen. En San Miguel también se negociaban las habilitaciones para la producción de añil del siguiente año, transacción financiera garantizada, en la mayoría de los casos, por códigos éticos que valían más que cualquier letra de cambio y, por ello, generaban vínculos de lealtad entre los contratantes.²⁹

La Universidad de León desempeñaba, asimismo, un importante papel en la creación de vínculos sub-regionales: constituía un espacio de sociabilidad donde los jóvenes de las élites provincianas obtenían no sólo títulos profesionales, sino también, con frecuencia, compromisos matrimoniales. De esta manera, las redes familiares se extendían a través de las fronteras de los Estados.³⁰

Este era el caso del gobernante salvadoreño, Juan José Guzmán, quien tenía estrechos vínculos con las familias principales de Nicaragua, pues había estudiado leyes en la Universidad de León, y contraído matrimonio con una joven granadina. Asimismo, había tomado parte en las luchas de los primeros años de la vida independiente en el bando de los republicanos, en contra de la anexión al Imperio de Iturbide fraguada por la oligarquía guatemalteca.

Los vínculos familiares y solidaridades provincianas se fortalecieron ante la agresión externa. El 27 de julio de 1842, Nicaragua, Honduras y El Salvador suscribieron el Pacto de Chinandega, por el cual se creó una alianza llamada Confederación Centro-Americana. El pacto contenía cláusulas explícitas referidas a la defensa de la soberanía sobre la ruta interoceánica, y la autonomía de los estados confederados para emprender negociaciones con potencias extranjeras interesadas en construir el canal.

En esta nueva coyuntura, los “coquimbos” fueron percibidos como valiosos aliados frente a la amenaza guatemalteca-británica debido a su célebre habilidad marcial. Pese a las protestas y amenazas de Rafael Carrera, el jefe del Estado de El Salvador Juan José Guzmán, y su comandante general Francisco Malespín acogieron a una parte de los ex-oficiales del ejército federal. Otros se dirigieron a Granada, Nicaragua, en enero de 1843, donde fueron recibidos por la influyente familia Chamorro.³¹

Acompañados del principal caudillo de ese clan familiar, se trasladaron a León donde se entrevistaron con el director supremo Pablo Buitrago, e incluso con su antiguo contrincante en el campo de batalla, el comandante general del ejército Casto Fonseca.³² El ambiente era propicio para el discurso unionista y el patriotismo exigía deponer antiguas rivalidades.

El 16 de agosto de 1843, Nicaragua y El Salvador firmaron un tratado ratificando los acuerdos tomados en el Pacto de Chinandega, por el que Nicaragua asumió también el compromiso de enviar un contingente de tres mil hombres a disposición del gobierno salvadoreño, en caso de que este Estado sufriera un ataque de parte de Guatemala.³³

Honduras se sumó también al proyecto unionista, y el 29 de marzo de 1844, se instaló el gobierno general de la Confederación en la ciudad de San Vicente, integrado por un delegado de cada país: Juan Lindo, por Honduras; José María Cornejo, por El Salvador; y

Fruto Chamorro, por Nicaragua, bajo la presidencia de éste último, en calidad de supremo delegado.³⁴

Puesto que dicho pacto se había originado como respuesta a las agresiones británicas, el supremo delegado gozaba de amplias facultades militares. Bajo su responsabilidad recaía la defensa de la soberanía territorial de los tres Estados del centro. Por tanto, tenía la potestad de exigir cupos de soldados y recursos a los Estados coligados para repeler invasiones, reclamar la inobservancia o infracción del pacto, y si fuese necesario, emplear la fuerza para hacerlo cumplir. Además, le correspondía el mando supremo de la marina y del ejército de los tres Estados, así como el derecho a nombrar al comandante general del ejército.³⁵

Todo indicaba que las aspiraciones hegemónicas de Guatemala y del consulado británico habían sido derrotadas ante el patriotismo y la solidaridad de las élites provincianas. Sin embargo, la creación de este nuevo centro de poder sub-regional trastocó el frágil equilibrio entre las fuerzas antagónicas subyacentes en la vida política de los Estados. Las débiles alianzas construidas frente a la amenaza externa se resquebrajaron, y al cabo de cinco meses, el gobierno confederal había sucumbido entre un laberinto de conspiraciones, que desembocaron en una de las más cruentas guerras de este período. Sigamos en mayor detalle el desarrollo de estos acontecimientos.

Las fracturas internas de Nicaragua

La designación de Fruto Chamorro como supremo delegado del Gobierno Confederal regocijó a los granadinos: desde aquel cargo podría inclinar la balanza en su favor para recobrar el control del aparato estatal y del ejército, que había escapado de sus manos después de la funesta administración de Manuel Antonio De la Cerda y Juan Argüello.³⁶

La tradicional rivalidad localista entre los departamentos de León y Granada se había visto exacerbada debido a la modificación de sus jurisdicciones administrativas. Según la demarcación territorial establecida a raíz de la promulgación de la Constitución de 1826, y contemplada en la Ley Electoral de 1838, Managua pertenecía al departamento Oriental.³⁷ Sin embargo, argumentando que los managüenses estaban cansados de contribuir con sus impuestos al

fausto de la aristocracia de Granada,³⁸ el alcalde 1º, capitán Andrés Páiz, empezó a gestionar su traslado administrativo bajo la jurisdicción del departamento Occidental.³⁹ Este cambio fue oficializado el 29 de enero de 1844.

La modificación de las divisiones administrativas internas del Estado cobró para los granadinos una dimensión trascendental. Con la suma de los representantes de Managua, los occidentales obtendrían una aplastante mayoría en las Cámaras Legislativas.⁴⁰ Peor aún, León ganaría control del estratégico “territorio de Tipitapa”, y con ello, el dominio por “agua i tierra” sobre el departamento de Oriente, pues aquel era el paso obligado hacia el distrito de Chontales, donde se hallaban sus vastas haciendas ganaderas.⁴¹ Al confirmarse la noticia de la separación de Managua, el periódico granadino *El Ojo del Pueblo* lanzó un editorial en el que calificaba este hecho como “un crimen de rebelión”, germen de anarquía y guerra civil.

En otro escrito, se explicó la mutilación del territorio del departamento Oriental como una represalia del gobierno central, debido a la resistencia de la municipalidad a cumplir con los términos de un decreto referido al estanco del tabaco. La recolección y administración de los ingresos fiscales representaba, pues, otro factor de discordia entre el Estado y los poderes locales.⁴²

A fin de controlar la agitación política de los granadinos, el director supremo del Estado Manuel Pérez, destituyó al prefecto departamental Fernando Guzmán, y nombró en su lugar a un militar leonés - el coronel Osejo. Las contradicciones se exacerbaron, pues esta imposición rompía el equilibrio entre el poder central y los ejes de poder regional, establecidos por la Constitución de 1838.⁴³

El nombramiento del coronel Osejo como prefecto del departamento de Oriente provocó no sólo el rechazo a su persona, sino también un abierto cuestionamiento a la legitimidad de su cargo, tal como se refleja en el siguiente fragmento de un editorial de *El Ojo del Pueblo*:

“¿Cuales son las conveniencias, cuales las ventajas que reporta un lugar con tener en su seno á un agente que se llama Prefecto? ¿A un simulácro de autoridad, sin poder, sin prestigio alguno, que no tiene mas voluntad ni mas arbitrio, que la voluntad y el arbitrio del Gobierno, y que por esta razón se encuentra á cada paso estrecha-

do entre los mandatos imperiosos y apremiantes de este, y las reclamaciones de la opinión pública, sostenida por las corporaciones municipales? Déjese á Granada solo y aislado: está muy bien: él no quiere labrarse su felicidad á costa de la de nadie”.⁴⁴

En síntesis, el editorial tejía su lógica en torno a la idea de que Granada lo mismo podía prescindir de los impuestos de los mana-güenses, como de la presencia del prefecto. El cabildo constituía la única autoridad legítima, pues gozaba de reconocimiento social como portador del sentir del pueblo. Como vemos, en esta batalla verbal entre municipalidad y Estado, se apelaba a criterios de legitimidad provenientes de distintos sistemas de referencia, como era el tradicional “prestigio” y el concepto moderno de “opinión pública”.

Por su parte, el comandante general del ejército interpretó las manifestaciones de lealtad hacia el poder municipal como una traición a la patria.⁴⁵ El corolario de tal imputación era, naturalmente, identificar al opositor o disidente con el enemigo externo de turno. Los granadinos clamaban:

“¡Que desgracia la nuestra! Ayer se nos acusaba de partidarios del General Morazán, y hoy se nos inculpa de connivencia con los enemigos mortales de este mismo, el General Carrera y los aristócratas de Guatemala! Así por este mismo tenor son los cargos que se han hecho y se hacen contra este pueblo desventurado: si el Estado tiene guerra con los ingleses, los granadinos somos ainglesados; y si los Mosquitos se suspenden al Administrador del Norte, los granadinos tuvimos en este torpe atentado el principal participio (...) que se destruyan, que se aniquilen, es el clamor que se oye resonar por el rumbo del Occidente.”⁴⁶

La ira de los granadinos se enfocó en contra del comandante general de armas, Casto Fonseca. Luego de cinco años de ejercer el cargo, éste se había convertido en el verdadero árbitro de la vida política, con capacidad de influir hasta en la elección de las supremas autoridades del Estado.⁴⁷ La identificación del jefe del ejército con intereses localistas provocó una fuerte resistencia de los poderosos clanes familiares de los departamentos al proceso de centralización del poder militar en la capital.⁴⁸ Como resultado, las llamadas tropas veteranas del Estado que se hallaban bajo el mando directo de los comandantes de plaza, mantenían constantes pugnas con los cuer-

pos policiales tradicionalmente organizados por los ayuntamientos para mantener el orden en las ciudades y campos aledaños.

Los granadinos acusaron al comandante general Casto Fonseca de haber reducido a los nicaragüenses a una “especie de Colonos sin porvenir”; es decir, de sumirlos en una situación igual a la que habían padecido bajo el yugo colonial. Por otra parte, debido a su subordinación con respecto al poder militar, el supremo director Manuel Pérez ya no podía garantizar la seguridad y tranquilidad de los ciudadanos. El incumplimiento de su principal deber como gobernante anulaba, de hecho, el contrato social por el cual había sido electo, eximiendo a los gobernados de la obligación de obedecerle.

Una vez roto el pacto social - concluían los políticos granadinos - la soberanía de la nación debía retornar a su fuente primigenia: “los pueblos”, representados por sus respectivos ayuntamientos. Por tanto, de acuerdo al Derecho de Gentes, éstos gozaban de la potestad para celebrar pactos entre sí, lo mismo que convenios con fuerzas externas para liberarse de un “Tirano”.⁴⁹ Esta lógica hacía inevitable el estallido de una nueva guerra civil.

La conspiración del supremo delegado

Mientras tanto, otro conflicto se gestaba en el istmo. El jefe del ejército guatemalteco, Rafael Carrera, decidió derrocar al presidente de El Salvador, Francisco Malespín, en represalia por el asilo que éste había brindado a los “coquimbos”, y por su anuencia a formar parte del gobierno confederado.⁵⁰ Proporcionó armas y pertrechos al general salvadoreño Manuel José Arce, quien atacó unos poblados fronterizos el 27 de abril de 1844, con una fuerza de 200 hombres. Esta provocación hacía temer una invasión masiva a El Salvador, pues se rumoraba que Carrera tenía acuartelada una fuerza de 5,000 hombres con ese fin.

El 1º de mayo de 1844, el supremo delegado del Gobierno Confederal, Fruto Chamorro, se dirigió al presidente Malespín para ofrecerle su apoyo ante la invasión de Arce, la que calificó de una “... injusta agresión meditada tanto tiempo por el gobierno de Guatemala, madurada con sórdidas maniobras...”.⁵¹ Asimismo, le comunicaba que había llegado el momento de aplicar el artículo 30 del Pacto de Chinandega, para exigir tropas y recursos de los Estados confederados, en defensa de la integridad del territorio salvadoreño.

Malespín delegó su cargo en el vice presidente Joaquín Eufracio Guzmán para colocarse al frente del ejército salvadoreño, e incorporó dentro de su cuerpo de oficiales a los experimentados militares del desaparecido Morazán. El 20 de mayo invadió territorio guatemalteco y se apoderó del pueblo de Jutiapa, mientras el general “coquimbo” Trinidad Cabañas ocupaba Chiquimula al frente de otra columna. Paralelo a este despliegue militar, Malespín inició negociaciones con Guatemala por intermedio del obispo Jorge Viteri y Ungo, quien suscribió las bases de un convenio de paz entre ambos Estados el 5 de agosto de 1844.

Sin embargo - en una actitud al parecer inexplicable - el supremo delegado del Gobierno Confederal, Fruto Chamorro, se negó a ratificar dicho tratado bajo el argumento de que contenía cláusulas humillantes para el gobierno salvadoreño. Acto seguido, en su calidad de jefe supremo del Ejército Confederal, ordenó al comandante de armas de Nicaragua Casto Fonseca que le enviase de inmediato una columna de dos mil soldados, para defender a El Salvador ante la eventualidad de una nueva agresión guatemalteca.

Secretamente, Fruto Chamorro planeaba utilizar las tropas bajo su mando para eliminar “el militarismo de Centroamérica”, encarnado en las figuras de los poderosos caudillos Malespín, Carrera, Ferrera y Fonseca.⁵² Con anterioridad, había propuesto este plan a los ex oficiales de Morazán, y ofrecido a Trinidad Cabañas el cargo de general en jefe del Ejército Confederal. La mayoría de los “coquimbos” - con la excepción del francés Isidoro Saget - aceptaron tomar parte en la conspiración, aunque bajo la condición de esperar la llegada de las tropas solicitadas a Nicaragua.

El vice presidente Joaquín Eufracio Guzmán y los principales comerciantes salvadoreños ofrecieron apoyar la conspiración con sus recursos económicos. Al parecer, muchos miembros de la Asamblea Legislativa de El Salvador también estaban involucrados, pues el 10 de junio de 1844 - mientras Malespín se hallaba en campaña en la frontera guatemalteca - aprobaron un decreto por el que se colocaba el ejército del Estado bajo el mando del supremo delegado del Gobierno Confederal, Fruto Chamorro.

Los motivos de la élite salvadoreña para conspirar contra Malespín eran comprensibles. Si bien el poderoso caudillo militar les prestaba valiosos servicios para mantener el orden, al mismo tiempo representaba un potencial peligro debido a su creciente poder y autonomía.⁵³ En circunstancias similares se encontraba la élite

guatemalteca con respecto a Rafael Carrera - el caudillo indiscutido de las masas indígenas y mestizas, con quien se veían obligados a convivir en un peligroso matrimonio.

Conociendo esta situación, el supremo delegado envió a su hermano Dionisio a Guatemala, con la misión de procurar apoyo para su proyecto. Para entender la lógica de esta conspiración, es preciso decir algunas palabras sobre esta figura política. Fruto Chamorro era hijo natural de Josefa Pérez - una indígena guatemalteca - y de Pedro Chamorro, miembro de una de las redes familiares más importantes de Centroamérica que se extendía desde La Antigua hasta Granada. Acostumbrado a relacionarse dentro de diversos niveles sociales, y dotado de una personalidad carismática, Chamorro se presentaba como el candidato ideal para centralizar el poder militar bajo un mando único y enteramente leal a las principales familias criollas del istmo.

El hermano del supremo delegado se reunió con los Batres, Aycinena, Aguirres y otras personas del círculo oligárquico de Guatemala para proponerles el proyecto. Su respuesta fue un reflejo de la precariedad de la alianza interclasista en la que descansaban los conservadores guatemaltecos, así como la cautela de esa élite, más experimentada en el difícil arte de la sobrevivencia política:

“Dígale Ud. a su hermano que cuenta con nuestro apoyo, que venga a salvarnos de la tiranía de este indio salvaje, pero que no venga con Malespín, porque entonces preferimos sostener esta fiera”.⁵⁴

Por otra parte, el éxito de esta conspiración regional exigía la eliminación del caudillo militar hondureño, general Francisco Ferrera. Aunque Honduras también había sufrido usurpaciones territoriales y bloqueos navales por parte de Gran Bretaña, la posición de Ferrera era ambivalente, pues su principal aliado personal era el mismo Rafael Carrera. Esta situación lo convertía en el eslabón más débil del pacto confederal de los Estados del Centro.

En consecuencia, desde su asilo en El Salvador, los “coquimbos” hondureños - Joaquín Rivera, Máximo Orellana y Miguel Álvarez - empezaron a preparar su derrocamiento. Luego, en diciembre de 1843 se trasladaron a León, pues el general Casto Fonseca tenía motivos propios para desear la eliminación de su homólogo vecino, debido al apoyo que aquel, a su vez, brindaba a un grupo de leoneses proscritos por el jefe militar nicaragüense.⁵⁵

Poco después de la llegada de los “coquimbos” a León, estalló una sublevación en la municipalidad de Texíguat, poblada en su mayoría por indígenas. La agitación persistió hasta que el general hondureño Santos Guardiola logró tomar esa plaza por asalto, el 1º de julio de 1844. Este anunció haber decomisado documentos de los prisioneros que no dejaban dudas en cuanto a que los indígenas de Texíguat estaban recibiendo armas y pertrechos de parte de los “coquimbos” y del comandante general de Nicaragua.⁵⁶

En reacción, Ferrera apeló al presidente Malespín, y delegados de ambos gobiernos celebraron un tratado de alianza ofensiva y defensiva el 10 de julio de 1844. Por otra parte - quizás enterado ya de la conspiración - Malespín reasumió oficialmente el mando del ejército de El Salvador el 10 de agosto de 1844, y reconcentró toda la artillería y los fusiles en la capital.

No obstante, el supremo delegado siguió adelante con sus planes y el 12 de agosto ordenó a las tropas nicaragüenses iniciar de inmediato su marcha hacia El Salvador. Al mismo tiempo, ordenó al general José Trinidad Muñoz - jefe del ejército de operaciones en el departamento de Choluteca - que no interfiriese con el paso de la columna nicaragüense. Muñoz le respondió que estaba al servicio del gobierno de Honduras, y que había recibido órdenes del general Ferrera de impedir la entrada de las tropas vecinas a su territorio.

Ignorando, al parecer, la correspondencia cruzada entre Chamorro y Muñoz, la columna de mil soldados enviada por el general Casto Fonseca en respuesta a la solicitud del supremo delegado, prosiguió su marcha hacia San Salvador, y se adentró en el fronterizo departamento de Choluteca.

El 19 de agosto, el general José Trinidad Muñoz atacó la columna, le hizo 156 muertos así como numerosos prisioneros, y se apoderó de una buena parte de sus pertrechos de guerra. En represalia por el ataque de Muñoz, el director del Estado de Nicaragua, Manuel Pérez, declaró la guerra a Honduras. El 29 de agosto, envió otra columna de mil hombres a Nacaome a combatir a Ferrera, pero ésta también fue derrotada.⁵⁷

Por su parte, el presidente Malespín - escarmentado por la conjura de sus nuevos aliados - volvió sobre sus pasos y reafirmó sus vínculos con Guatemala, ratificando sin reservas el oneroso tratado de paz suscrito por el obispo Viteri y Ungo. Previendo un atentado en contra de sus vidas, los ex oficiales de Morazán, Trinidad Ca-

bañas, Álvarez, y Gerardo Barrios huyeron hacia Nicaragua por el puerto de La Unión, sin olvidar sus pertrechos de guerra.⁵⁸

Todos contra León

Ante el fracaso del ambicioso proyecto del supremo delegado de eliminar a todos los caudillos militares de la región, la élite granadina concentró sus fuegos en contra de su blanco más cercano: el comandante de armas Casto Fonseca. El 29 de agosto de 1844 - el mismo día de la derrota de las tropas nicaragüenses en Nacaome - estalló una sublevación en Granada, fraguada por los comerciantes granadinos pertenecientes a la Tertulia, o club político liderado por Chamorro.

Sin embargo, su intento de tomar por asalto el cuartel de armas fracasó, y algunos de los conspiradores granadinos huyeron a Matagalpa. Otros fueron apresados y expulsados del país hacia Costa Rica.⁵⁹ Los hacendados y comerciantes de la Tertulia de Granada optaron, entonces, por aliarse con los generales Malespín y Ferrera, quienes habían acordado, el 6 octubre de 1844 en San Antonio del Sauce, llevar a cabo una invasión conjunta sobre León.

Con ese fin, los granadinos enviaron a Juan Fábrega, hermano del párroco de Matagalpa, a firmar un pacto con Malespín por el que lo reconocían como jefe del llamado Ejército Protector de la Paz y prometían reforzar sus tropas con una fuerza de mil soldados, entre éstos, una columna de 400 aguerridos indígenas de Matagalpa.⁶⁰

Ante la inminente invasión, el “coquimbo” hondureño, general José Trinidad Cabañas decidió derrotar a Ferrera antes de que los nuevos aliados llevaran a cabo su acción conjunta en contra de Nicaragua. Contando con el apoyo del comandante general, invadió Honduras con una columna de mil hombres, el 24 de octubre.

En una acción dirigida a debilitar al gobierno del Estado, ese mismo día los granadinos refugiados en Matagalpa promovieron un ataque a esta ciudad, en alianza con los indígenas de las cañadas aledañas.⁶¹ Éstos saquearon las casas de los funcionarios y allegados al gobierno de Pérez y aprovecharon la ocasión para saldar una vieja cuenta, mutilando los dedos del secretario vitalicio de la municipalidad, en castigo por haber firmado decretos o mandatos que afectaban sus intereses.⁶²

Cabañas fue derrotado por los generales Ferrera y Guardiola, y su acción precipitó la invasión a Nicaragua. El 25 de octubre de 1844, Malespín depositó la presidencia en Joaquín Eufracio Guzmán para colocarse a la cabeza del Ejército Protector de la Paz, conformado por una división hondureña al mando de Santos Guardiola, y una división salvadoreña al mando de José Trinidad Muñoz.

El 23 de noviembre de 1844, el general Malespín dirigió una circular a las municipalidades del Estado de Nicaragua, convocándoles a la insurrección. Granada, Rivas y Masaya levantaron actas desconociendo al gobierno del director supremo Manuel Pérez y, el siguiente día, comenzó el sitio militar a la capital del Estado.

En esta guerra civil, los indígenas de Matagalpa se enfrentaron a los de Subtiava en el campo de batalla, pues éstos últimos defendían la plaza sitiada, aliados del caudillo leonés y ex coronel del ejército federal, José María Valle.⁶³ Las crónicas de estas batallas revelan cómo los indígenas eran utilizados como carne de cañón por los jefes militares de Malespín:

“A los tres días llegaron cuatrocientos indios de Matagalpa armados de flechas; eran los primeros que mandó el conservatismo en cumplimiento del arreglo de San Antonio del Sauce. Había que acortar la distancia por medio de trincheras. Tomaron indios de los que de Matagalpa llegaron, y los cargaron con unos sacos llenos de arena, para que los pusieran en las calles, formando barricadas; los soldados les hacían descargas de fusilería, y los mataban, y aunque atemorizados los demás no querían llevar más sacos de arena, los amenazaban los oficiales, y los indios morían, hasta que por fin, dispusieron hacerlas en la oscuridad de la noche”.⁶⁴

El 19 de enero de 1845, las fuerzas conjuntas de Granada, Honduras y El Salvador quemaron Subtiava, como parte de una táctica militar para crear confusión y poder avanzar hacia el centro de la ciudad.⁶⁵ En esta crítica situación, el ex oficial morazanista Gerardo Barrios recibió un correo anunciando una inminente sublevación en contra de los jefes militares leales a Malespín. Barrios y Trinidad Cabañas lograron evadir el cerco a León, y llegaron a El Salvador a través del golfo de Fonseca a tiempo para ponerse al frente de la revolución.

El 24 de enero de 1845, mientras Malespín y sus aliados se apoderaban de la plaza de León, estalló la revolución en El Salvador.

Los grandes comerciantes y propietarios, encabezados por el vice presidente Joaquín Eufracio Guzmán, tomaron el poder y apresaron a la camarilla militar del temido caudillo. El otrora poderoso comandante general de Nicaragua, Casto Fonseca, no tuvo mejor suerte: unos días después de la caída de la plaza de León, fue capturado y fusilado.

De esta manera, el Gobierno Confederal, concebido inicialmente como una alianza para defender la soberanía de los Estados del Centro, frente a las usurpaciones territoriales de Gran Bretaña y las pretensiones hegemónicas de Guatemala, cumplió un objetivo más modesto, si no cuestionable: inclinar la balanza del poder en favor de los grandes hacendados y comerciantes de San Miguel y Granada.

Citas y notas

- 1 “Constitución del Estado de Nicaragua, emitida en 8 de abril de 1826”. En: *Leyes de Nicaragua de 1825 a 1840*. Managua: Talleres Nacionales de Encuadernación, s.f., p. 13.
- 2 DE LA CERDA, Manuel Antonio, “Correspondencia entre el Jefe del Estado de Nicaragua y los Secretarios del Congreso Federal”, en: *RAGHN*, Tomo X, N° 2, Managua, 1950, pp. 133-137.
- 3 Citado en Jerónimo PÉREZ y José Dolores GÁMEZ, *Historia de Nicaragua*, Capítulo VII, pp. 391-2.
- 4 MARURE, Alejandro, ob. cit, Tomo II, p. 23.
- 5 De la Rocha, Pedro Francisco, “Estudios sobre la Revolución de Nicaragua”, en: *Revista Conservadora del Pensamiento Centroamericano* Vol. XXVIII, N° 140, Managua., D.N., mayo 1972, p. 13.
- 6 GAMEZ, José Dolores, *Historia de Nicaragua*, 2ª ed., Managua, Nicaragua: Fondo de Promoción Cultural del Banco Nicaragüense, 1993, pp. 265-269.
- 7 El asesinato de Zepeda fue interpretado por el Cónsul inglés Chatfield, como resultado de su empeño por monopolizar las ganancias de vastas concesiones otorgadas a un rico empresario de Belice llamado Marshall Bennet. El negocio de la caoba era muy lucrativo, pero sus enormes utilidades quedaban en manos de 4 o 5 individuos. Ver: WORTMAN, Miles L. *Gobierno y Sociedad en Centroamérica. 1680-1840*. San José, C.R.: BCIE, Litografía Tibas, 1991, pp. 333 y 346.
- 8 “Decreto por el que Nicaragua se separa de la Federación. 30 de abril de 1838”, en: ESGUEVA GÓMEZ, Antonio, *Las Constituciones políticas y sus reformas en la historia de Nicaragua*, Managua: Editorial El Parlamento, 1994, p. 295.
- 9 La composición de los diputados en la Asamblea era la siguiente: por el Departamento Oriental (cabecera: Granada), tres conservadores (Fruto Chamorro, Pedro Flores y Ramón Solórzano), y un liberal (Benito Rosales); por el Departamento Occidental (cabecera: León), dos liberales (Hermenejildo Zepeda y José Cortez), y dos conservadores (Juan Fábrega y Toribio Tijerino); por el Departamento Septentrional (cabecera: Estelí), dos liberales (Pedro Soliz y José Guerrero, ambos originarios de León) y dos conservadores (Miguel Ramón Morales y Francisco Agüero); y por el Departamento Meridional (cabecera: Rivas), dos liberales, ambos originarios de León (Francisco Castellón y Sebastián Salinas). Ver: “Decreto declarando haber lugar a la revisión total de la Constitución del Estado (4 de diciembre de 1837)”; “Decreto estableciendo la base de la representación en la Asamblea Constituyente (16 de diciembre de 1837)”, y “Constitución Política del Estado de Nicaragua (12 de Noviembre de 1838), en ESGUEVA, 1994, pp. 284, 286 y 299-332; y “Ley Electoral. Decreto de 21 de diciembre de 1838, reglamentando las elecciones de las supremas autoridades”, en: ESGUEVA GÓMEZ, Antonio, *Las Leyes Electorales en la Historia de Nicaragua*, Tomo I, Managua: Editorial El Amanecer, 1995, p. 326-335.
- 10 La Constitución de 1826 contemplaba la existencia de un “Consejo Representativo”, integrado por un representante designado por cada Departamento del Estado, y presidido por el Vice-Jefe del Estado. No se exigía requisitos económicos para optar al cargo y su principal función era la de sancionar o vetar las resoluciones de la Asamblea. El Consejo no tenía ascendencia sobre el Poder Ejecutivo: se limitaba a **aconsejarlo** a solicitud de éste, y a **proponerle** ternas para el nombramiento de funcionarios civiles y militares. ESGUEVA, 1994, p. 252-3.
- 11 Además de la Cámara del Senado, se conservó la Cámara de Representantes, compuesta de diputados nombrados por juntas electorales de distrito, a razón de uno por cada veinte

- mil habitantes. No se exigía a los candidatos requisitos económicos para optar al cargo de Diputados.
- 12 Durante este período, varias personas de extracción humilde llegaron al cargo de Directores de Estado, entre ellos José Núñez, quien había sido aprendiz de barbero, e inició sus estudios de gramática latina vestido con tejidos del país, y descalzo. Ver su obituario en *El Nacional*, Tomo 1, N° 27, León, Diciembre 11 de 1858.
 - 13 El Art. 32 de la Constitución de 1826, y el Art. 46 de la Constitución de 1838 establecían que cualquier ciudadano podía optar a los cargos del Estado sin más requisitos que la virtud y el talento.
 - 14 Las Juntas electorales, tanto primarias, como de Distrito y de Departamento, eran presididas por los Alcaldes y Regidores de las respectivas Municipalidades. Ver el Arto. 62 de la Ley Electoral de 1838, en: ESGUEVA, 1995, p. 337.
 - 15 Por otra parte, el nuevo jefe militar de Nicaragua, Casto Fonseca, tenía razones para temer la venganza de Morazán por el asesinato de su cuñado, José Zepeda.
 - 16 KINLOCH, Frances, "El canal interoceánico en el imaginario nacional. Nicaragua, Siglo XIX", en: *Talleres de Historia*, N° 6, Nicaragua: Instituto de Historia de Nicaragua, 1994, pp. 39-55.
 - 17 Las gestiones de Rouhaud (un comerciante francés radicado en Granada) no tuvieron éxito; pero el 13 de mayo de 1843 Viteri y Ungo firmó en Bruselas un contrato canalero con el Conde de Hompesch, Presidente de la comisión de directores de la Compañía belga que había iniciado un proyecto de colonización en el distrito de Santo Tomás, Guatemala. Posteriormente, Viteri y Ungo ocupó la silla episcopal en El Salvador y Nicaragua. MARURE, Alejandro, *Memoria Histórica sobre el Canal de Nicaragua, seguida de algunas observaciones inéditas de Mr. J. Bailly sobre el mismo asunto*, Guatemala: Imprenta de la Paz, 1845, p. 33.
 - 18 Holdship tampoco pudo obtener recursos para la obra y el contrato expiró. BANCROFT, Hubert Howe, *The Works of Hubert Howe Bancroft, History of Central America*, San Francisco: The History Company Publishers, 1887, p. 743.
 - 19 La visión de prosperidad asociada con el proyecto canalero logró unir temporalmente a dos de las figuras más representativas de los bandos políticos rivales de la época: el caudillo liberal Francisco Morazán, y el aristócrata prelado Juan José de Aycinena. El resultado fue la contratación del ingeniero John Bailly para llevar a cabo un estudio topográfico de la ruta interoceánica, el año de 1837. Bailly era un teniente retirado de la marina británica, que llegó a Guatemala en 1824 como agente de la casa Barclay; en 1832 residía en Sonsonate donde practicaba el comercio. Inició su exploración de la ruta canalera en 1837 contratado por el gobierno federal, y la concluyó en el año 1843 por cuenta del Estado de Nicaragua. Publicó su estudio topográfico en 1843, en Londres, bajo el título de *On the Isthmus Between Lake Granada (Nicaragua) and the Pacific Ocean*. En 1844, Juan José de Aycinena lo tradujo al español. El mismo año, probablemente a petición del gobierno de Nicaragua, Aycinena publicó su *Memorial* en París. Ver: GAMEZ, José Dolores, *Historia de Nicaragua*, Managua: Colección Banco de América, 1975, p. 445; CHANDLER, David, *Juan José de Aycinena. Idealista conservador de la Guatemala del siglo XIX*. Antigua, Guatemala: CIRMA, 1988, p. 15; NAYLOR, Robert A. *Influencia británica en el comercio centroamericano durante las primeras décadas de la Independencia (1821-1851)*, Antigua, Guatemala: CIRMA, 1988, p. 271.
 - 20 STEPHENS, John, *Incidentes de Viaje en Centroamérica, Chiapas y Yucatán*, San José, C.R.: EDUCA, 1971, Tomo I, pp. 367-368.
 - 21 Dos obras fundamentales para conocer sobre la presencia económica y política de Gran Bretaña en Centroamérica, en este período, son: NAYLOR, 1988; y RODRÍGUEZ,

- Mario, *A Palmerstonian Diplomat in Central America. Frederick Chatfield, Esq.*, Tucson, EEUU: The University of Arizona Press, 1964.
- 22 STEPHENS, 1971. Tomo I, pp. 367-368, y Tomo II, pp. 27-28.
- 23 Foster era oriundo de Londres; había comandado un buque mercante en la costa del Pacífico de América del Sur antes de radicarse en el puerto de El Realejo en 1830. En 1835 se asoció con otro comerciante inglés, Mr. Thomas Manning. En 1836 fue asignado por Chatfield vice-cónsul británico en El Realejo. NAYLOR, 1988, pp. 22 y 121.
- 24 "Foreign Office to Colonial Office", December 15, 1840, F.O. 15/24. Citado en: RODRÍGUEZ, 1964, pp. 236-237.
- 25 RODRÍGUEZ, Mario, *Chatfield, Cónsul británico en Centro América*, Honduras: Banco Central de Honduras, 1964; ver especialmente pp. 275 y 351.
- 26 Desde junio a septiembre de 1842, un buque de guerra inglés impuso un bloqueo al puerto de San Juan del Norte, en respaldo a dos reclamos presentados por ciudadanos británicos ante el Gobierno Federal, en 1826 y 1829. Las sumas reclamadas eran de \$10.089.41/2 y de \$7.692.00, respectivamente, y se exigía que cada Estado de la extinta Federación asumiera una cuota del pago. La correspondencia oficial relativa a este episodio se halla reproducida en: VEGA BOLAÑOS, Andrés, *1840-1842. Los Atentados del Superintendente de Belice*, Managua: Editorial Unión, 1971, pp. 269-272. Un segundo bloqueo al puerto de San Juan del Norte se produjo entre marzo y julio de 1844, con el fin de obligar al gobierno de Nicaragua a asumir como propia una deuda privada contraída por un ciudadano nicaragüense con dos comerciantes británicos residentes en León, así como a indemnizar a un hacendado británico, víctima de un asalto cometido por delincuentes comunes. La *Revista Conservadora del Pensamiento Centroamericano*, (Managua, Nicaragua: Artes Gráficas, referida en adelante como *RCPCA*), publicó como "Libro del Mes", en los números 27(133), (Octubre, 1971) y 27(134), (Noviembre, 1971), una reproducción facsimilar del periódico granadino *El Ojo del Pueblo*, en cuyas páginas encontramos diversos documentos relativos a este episodio. En especial, ver: "Últimas comunicaciones del Cónsul de S.M.B.", en el N° 12, Granada, Febrero 3 de 1844, (*RCPCA*, 27(133):46); y "Granjería Inglesa", en el N° 19, Granada, mayo 4 de 1844, (*RCPCA*, 27(134):85). Ver también: RODRÍGUEZ, 1964, pp. 257-258. En junio de 1844, fuerzas navales inglesas ocuparon Bluefields, y convirtieron este puerto en la nueva sede de la corte del Rey Mosco, y del despacho del Representante Residente de S.M.B. ante el Protectorado Mosquito. Ver: RODRÍGUEZ, 1964, p. 246; y GAMEZ, José Dolores, *Historia de la Costa de Mosquitos. (Hasta 1894)*. Nicaragua: s.p.i., (1915-1939), p. 199.
- 27 RODRÍGUEZ, 1964, p. 362.
- 28 Por ejemplo, ver: "El Director del Estado de Nicaragua a sus Habitantes", Pablo Buitrago, León, Agosto 27 de 1841. Documento reproducido en: VEGA BOLAÑOS, 1971, pp. 87-88. "Granjería Inglesa", Editorial de *El Ojo del Pueblo*, N° 19, Granada, mayo 4 de 1844. En: *RCPCA*, 27(134):86.
- 29 Sobre este tema, ver: LINDO FUENTES, 1993, pp. 190 y ss.
- 30 Sobre la proyección centroamericana de la Universidad de León, ver: ARELLANO, Jorge Eduardo, *Historia de la Universidad de León - época moderna y contemporánea*, Tomo II, Nicaragua: Editorial Universitaria UNAN, Colección "Documento", N° 3, 1ª ed., 1974, pp. 36-52.
- 31 GAMEZ, José Dolores, *Historia Moderna de Nicaragua. Complemento a mi Historia de Nicaragua*, Nicaragua: Banco de América, 1975, p. 222.
- 32 Casto Fonseca era bachiller en Medicina; asumió la Comandancia General de las Armas en 1839, y participó en la ofensiva anti-morazánica en alianza con Ferrera, pero fue derrotado en San Pedro Perulapán el 25 de febrero de 1839. GAMEZ, 1993, p. 323.
- 33 GAMEZ, 1993, pp. 230-233.

- 34 GAMEZ, 1975, p. 250; CHAMORRO ZELAYA, Pedro Joaquín, *Fruto Chamorro*, Managua, Nicaragua: Editorial La Unión, 1960, p. 43.
- 35 CHAMORRO ZELAYA, 1960, p. 39-40.
- 36 GAMEZ, 1975, p. 238; ORTEGA ARANCIBIA, Francisco, *Cuarenta Años (1838-1878) de Historia de Nicaragua*, Nicaragua: Banco de América, 1974, (3ª ed.), pp. 45-46.
- 37 De acuerdo a la Constitución de 1826, el territorio del Estado comprendía los partidos de Nicaragua, Granada, Managua, Masaya, Matagalpa, Segovia, León, Subtiaba y El Realejo. (Ver. Artículo 2º de la Constitución de 1826. ESGUEVA, 1994, p. 238.) Posteriormente, el territorio se organizó en Departamentos y distritos electorales, a saber: Departamento Occidental, integrado por los Distritos de León y Chinandega, cuya cabecera era la ciudad de León; Departamento Oriental, (cabecera: Granada) integrado por el Distrito de Granada y Masaya, (al que pertenecía el pueblo de Managua) y el Distrito de Xinotepé; el Departamento Septentrional, (cabecera: Estelí) compuesto de los Distritos de Matagalpa y Segovia; y Departamento Meridional, (Cabecera: Rivas) con el Distrito de Nicaragua. Ver: Arto. 51 de la Ley Electoral 19 de diciembre de 1838, en ESGUEVA, 1995, p. 335.
- 38 “Más Managua”, *El Ojo del Pueblo*, N° 14, Granada, febrero 17 de 1844. En: *RCPCA*, 27(134): 53.
- 39 “Remitido”, Tipitapa, Enero 17 de 1844, *El Ojo del Pueblo*, N° 10. En: *RCPCA*, 27(133):39.
- 40 “Más Managua”, en *El Ojo del Pueblo*, N° 14, Granada, febrero 17 de 1844. En *RCPCA*, 27(134):53.
- 41 “Remitido”, Granada, enero 24 de 1844, en: *El Ojo del Pueblo*, N° 11, Granada, enero 27 de 1844. En *RCPCA*, 27(133):43-44.
- 42 “Más Managua”, en *El Ojo del Pueblo*, N° 14, Granada, febrero 17 de 1844. En: *RCPCA*, 27(134):53.
- 43 GAMEZ, 1975, p. 238.
- 44 “Pronunciamiento de Managua”. Editorial de *El Ojo del Pueblo*, N° 13, Granada, Febrero 10 de 1844. En: *RCPCA*, 27(133):49.
- Cabe observar que el redactor de este periódico era José Benito Rosales, liberal moderado, y ex-rector de la Universidad de Oriente. Su opinión, por tanto, tenía influencia en el sentir de la élite de Granada.
- 45 “Más Managua”, en *El Ojo del Pueblo*, N° 14, Granada, febrero 17 de 1844. En: *RCPCA*, 27(134):53.
- 46 Idem.
- 47 El poder que había acumulado el ex-estudiante de medicina, Casto Fonseca, desde su cargo militar, le permitía incluso ejercer influencia sobre el Senado, e inclinar sus votos para la elección del Supremo Director del Estado, tal como se refleja en el documento titulado “Al Público”, suscrito por Francisco CASTELLÓN, (León, 31 de enero de 1841), en el que acusa al Director Supremo Pablo Buitrago, de incumplir un compromiso adquirido con el Comandante General de Armas, a cambio de que éste orientara en su favor los votos de los Legisladores. Documento citado en: CHAMORRO ZELAYA, *Máximo Jerez y sus contemporáneos. Estudio histórico-crítico*, Managua, Nicaragua: Editorial La Prensa, 1948, p. 30.
- 48 En general, los ejércitos de los nuevos Estados republicanos en toda Hispanoamérica enfrentaron el reto de construir su legitimidad, a fin de que su monopolio de la violencia fuese reconocida como una función pública, en beneficio del conjunto social.
- 49 Estos argumentos fueron desarrollados por el intelectual granadino Pedro Francisco de la Rocha, respaldado en numerosas citas de la célebre obra de Emmerich de Vattel

- sobre Derecho de Gentes. Ver: DE LA ROCHA, Pedro Francisco, *Revista Política sobre la Historia de la Revolución de Nicaragua, en Defensa de la Administración del Ex-Director Don José León Sandoval*, Granada: Imprenta de la Concepción, Octubre 10 de 1847. Reproducido en: *Revista del Pensamiento Centroamericano*, Número 180 (julio-septiembre 1983), pp. 24-77.
- 50 Malespín había asumido la Presidencia de El Salvador, por decisión de la Asamblea Legislativa del 7 de febrero de 1844.
- 51 “Carta del Supremo Delegado Fruto Chamorro al Presidente Malespín”, citada en CHAMORRO ZELAYA, 1960, p. 45.
- 52 El historiador liberal José Dolores Gámez - cuyo padre había fungido como Secretario Privado del Supremo Delegado en San Vicente - así como el historiador conservador Pedro Joaquín Chamorro Zelaya - su descendiente y biógrafo - coinciden en esta versión, que explica la extraña conducta de Fruto Chamorro.
- 53 Joaquín E. Guzmán, “Refutación de un papel publicado en 11 de junio próximo pasado por el señor Trinidad Cabañas”. Carta pública del ex vicepresidente salvadoreño en la que explica su participación en dicha conspiración. Citada en GAMEZ, 1975, p. 253.
- 54 “Carta de Dionisio Chamorro a Jerez, 26 de septiembre de 1880”, publicada en *El Centro Americano*, del 2 de octubre de 1880 - citada por CHAMORRO ZELAYA, 1960, p. 48; y por GAMEZ, 1975, p. 250-251. Gámez afirma que su padre vivía en San Vicente y se desempeñaba como Secretario privado del Supremo Delegado, por lo que conoció de primera mano los planes que éste se proponía desarrollar. Ver también: ORTEGA ARANCIBIA, 1974, p. 49.
- 55 GAMEZ, 1975, p. 240; ORTEGA ARANCIBIA, 1974, p. 59, menciona también entre los emigrados opositores a Pérez y Fonseca a los Salinas, Ramírez Madregil, Díaz, Zapata, Guerrero, algunos de los cuales se unieron en Choluteca a las fuerzas invasoras de Malespín.
- 56 GAMEZ, 1975, p. 245.
- 57 GAMEZ, 1975, p. 257; CHAMORRO ZELAYA, 1960, p. 53-54.
- 58 Tan sólo el “coquimbo” de origen francés, General Isidoro Saget, cambió de bando, y se quedó al servicio de Malespín.
- 59 Los partidarios del gobierno del Director Pérez y del Comandante Fonseca en Granada se hallaban organizados en otro club político, denominado “La Nueva Tertulia”, y aplaudieron la enérgica disposición del Director Supremo, en una proclama firmada por Juan Lugo, Apolinar Marengo, Anastacio Somoza, Guadalupe Cárdenas y Buenaventura Selva. *Revista Conservadora del Pensamiento Centroamericano (RCPCA)*, 27(134):99.
- 60 Los párrocos desempeñaban un importante papel como intermediarios políticos entre las élites de Granada y los indígenas de Matagalpa. Estos curas podían ser tanto “fiebres” como “serviles”, “timbuco” o “calandracas”, pues la Iglesia Católica no presentaba un frente compacto en la Nicaragua de aquella época. En 1824, una gruesa columna de indios flecheros matagalpinos combatió al lado del caudillo republicano Cleto Ordóñez, reclutados por un sacerdote de apellido Estrada, quien había estado preso en León por oponerse a la anexión de Centroamérica al Imperio de Iturbide. Los indígenas de Subtiaba hicieron causa común con los de Matagalpa en esa ocasión, uniéndose a los estudiantes en un frustrado intento de tomar por asalto el cuartel el año de 1822; luego en 1824, apoyaron la creación de una Junta Gubernativa Republicana en León. Sin embargo, en la coyuntura de 1844, los Subtiaba y los Matagalpa se encontraron frente a frente en el campo de batalla. ORTEGA ARANCIBIA, 1944, p. 81; GAMEZ, 1975, p. 277.
- 61 Además de apoyo militar, los indígenas de Matagalpa prestaron un gran servicio a los conspiradores de la “Tertulia” granadina, como correos entre el rico comerciante granadino, Fulgencio Vega y el General Santos Guardiola de Honduras.

- 62 Mediante este tipo de acciones cargadas de poder simbólico, los indígenas sin duda lograban intimidar a las autoridades locales criollas o ladinas, y defender espacios vitales para su subsistencia física y cultural. ORTEGA ARANCIBIA, 1974, pp. 59 y 109.
- 63 José María Valle había combatido al lado de Morazán y alcanzado el grado de Coronel en el Ejército Federal.
- 64 Este autor afirma que después del sitio a León, los indígenas de Matagalpa regresaron satisfechos a sus cañadas, pues Guardiola les había regalado un pequeño cañón. El acopio de armas de guerra para enfrentar a las autoridades locales, era seguramente uno de los objetivos que perseguían los jefes indígenas al participar de estas alianzas. ORTEGA ARANCIBIA, 1974, p. 61 y 108.
- 65 ORTEGA ARANCIBIA, 1944, p. 73.

Entre lo nuevo y lo viejo: debates y elecciones entre caudillos

La disputa del poder militar

El 3 de abril de 1845, el hacendado y comerciante granadino José León Sandoval asumió la dirección suprema del Estado. Aunque su nombramiento había sido fruto del ritual electoral republicano, la legitimidad de su gobierno era muy precaria. La capital del Estado se hallaba en cenizas, como resultado del prolongado sitio, incendio y saqueo sufridos durante la guerra civil, en la que los “orientales” habían hecho causa común con los ejércitos de Honduras y El Salvador.

La nueva administración enfrentaba dificultades hasta para conformar su gabinete. El Director Supremo intentó ganarse la simpatía de los leoneses, nombrando ministro de Guerra a Máximo Jerez, pero éste renunció. Lo mismo hizo su propio conciudadano Jesús de la Rocha, a quien ofreció el puesto de secretario de Hacienda.¹

Los cargos públicos - objeto de gran interés en tiempos normales - eran rechazados a todo nivel, lo que afectaba hasta el desarrollo de las actividades de los ayuntamientos ciudadanos. El gobierno se vio obligado a emitir un decreto para castigar, tanto a los esquivos ciudadanos como a los médicos que les certificaban súbitas y oportunas enfermedades, para disfrazar su evasión de responsabilidades cívicas.²

Cuando el Director Supremo intentó un acercamiento personal con sus gobernados, mediante una gira de visita a los pueblos del Estado, no obtuvo el éxito previsto. En su primer destino - Chinandega - encontró la villa totalmente desierta “por efecto de desconfianza o mala voluntad del vecindario”.

Indignado ante semejante descortesía, Sandoval ordenó al prefecto del departamento Occidental amenazar a los huidizos chinandeganos con una multa, si no regresaban a sus hogares en el plazo de tres días.³ Finalmente, Sandoval apeló al vicario capitular de la diócesis para que ordenara a todos los párrocos predicar a sus fieles:

“(...) que no se mezclasen en facciones y que se mantuviesen firmes en la obediencia al supremo Gobierno y en la paz de que dependía su felicidad”.⁴

Como vemos, Sandoval no escatimaba medios para obtener el reconocimiento de su autoridad: coacción, relaciones públicas y el poder ideológico de la Iglesia. Sin embargo, sus esfuerzos eran insuficientes para aplacar las manifestaciones de descontento, que surgían desde diversos sectores sociales.

Como secuela de la guerra civil, entre julio de 1845 y marzo de 1846, el gobierno de Sandoval enfrentó una serie de ataques de grupos armados liderados por diversos caudillos militares. El más destacado de éstos era el aguerrido Chelón: el leonés José María Valle, quien había alcanzado el grado de coronel en el ejército federal.

Valle recurrió a su antiguo compañero de armas Gerardo Barrios, quien había accedido al cargo de gobernador del departamento salvadoreño de San Miguel, a raíz del derrocamiento de Malespín. Barrios le proporcionó los pertrechos necesarios, y el 24 de julio de 1845, el Chelón tomó por asalto Chinandega al mando de una expedición de 60 hombres. Luego prosiguió hacia León, donde se le sumaron los indios de Subtiava, armados de machetes y lanzas de “güiscoyol”.⁵

Mientras tanto, Bernabé Somoza, caudillo de la región de la Meseta de los Pueblos - asiento de muchas comunidades indígenas y pueblos de ladinos del Pacífico central - descendió por las sierras de Managua. Luego de asaltar el cuartel de armas de esa villa, se unió con el Chelón en occidente; sin embargo, en agosto, ambos fueron derrotados por Muñoz y expulsados de nuevo a El Salvador.⁶

A mediados de octubre de ese mismo año, Valle realizó una última incursión armada en el departamento de Septentrión, al mando de unos 400 combatientes, entre los que se encontraban numerosos indios texíguats y curarenes de Honduras. Es interesante notar que, dada su condición de ex coronel del Ejército Federal, José María Valle podía aprovechar las alianzas construidas por la red familiar y política del desaparecido Morazán con los indígenas de esta región fronteriza.⁷

La campaña de Valle encontró eco entre algunos propietarios del departamento de Segovia allegados a la anterior administración leonesa, que habían sufrido la confiscación de sus bienes bajo el gobierno de Sandoval. Éstos reclutaron al caudillo popular Natividad Gallardo para vengar los oprobios, y el célebre “Siete Pañuelos” desató una serie de ataques a los cuarteles de diversos poblados de la región, así como ejecuciones selectivas de funcionarios estatales. En Totogalpa, las bandas de Gallardo dieron muerte al comandante Juan Fábrega en venganza por el papel que éste había desempeñado en la reunión de San Antonio del Sauce, donde se concertó el apoyo granadino a la invasión conjunta de Honduras y El Salvador.⁸

Los ataques de Gallardo coincidieron con una nueva incursión de Bernabé Somoza en la región occidental del país. En marzo de 1846, este caudillo asesinó a varios prominentes comerciantes y terratenientes locales. En una especie de ritual de terror, probablemente destinado a establecer su fama de implacable justiciero, Somoza ejecutó al senador Bernardo Venerio, en su casa de habitación y en presencia de su esposa e hijos.⁹ Luego, se refugió nuevamente en El Salvador, lo que provocó enérgicos reclamos oficiales en contra del gobierno vecino.¹⁰

En estas circunstancias, el general José Trinidad Muñoz - nombrado jefe del ejército de Nicaragua a raíz de la guerra civil - demostró ser un aliado eficaz del gobierno de Sandoval. Muñoz era un hombre culto y de atractiva presencia; su formación militar profesional adquirida en México pronto le atrajo el respeto de la élite criolla. Una de sus primeras disposiciones fue crear una academia militar, a la que se incorporaron jóvenes de las principales familias de todos los departamentos del país - entre éstos, Máximo Jerez.¹¹

Otro de los recursos empleados por Muñoz para fortalecer el prestigio del ejército, consistió en dotar a su cuerpo de oficiales de lujosos trajes, y en hacer imponentes demostraciones marciales en las plazas de las principales ciudades. Ello representaba un no-

table contraste con el estado de las fuerzas armadas en años anteriores, cuando el comandante del ejército acostumbraba recorrer los pueblos acompañado de partidas de 6 u 8 soldados, con la cabeza enteramente rapada y una sábana sucia en los hombros, provocando tanta repugnancia como miedo.¹²

El general Muñoz desplegó una enérgica campaña militar en contra de las bandas de Valle, Somoza y Gallardo. En marzo de 1846, logró expulsar a los rebeldes de sus últimos reductos de acción en el departamento Septentrional de Nicaragua, y los dispersó hacia Honduras. Muñoz permaneció en esa región como prefecto, y la separó en dos distritos administrativos: la Alta Segovia, teatro de los recientes sucesos militares, y Matagalpa, que se encontraba en relativa paz, gracias a la tradicional alianza de los granadinos con esta comunidad indígena.

En busca de recursos económicos y nuevas alianzas

La estabilidad política lograda por Muñoz era tan sólo aparente. Las disposiciones fiscales dirigidas a obtener recursos para costear los gastos militares del Estado, generaron un círculo vicioso de violencia y mayor rechazo hacia la administración de Sandoval.

En efecto, la recolección de impuestos se llevaba a cabo con un rigor castrense, bajo la enérgica supervisión de Fruto Chamorro, quien había asumido la Secretaría de Hacienda Pública el 13 de octubre de 1845. Chamorro se propuso hacer efectivo el monopolio estatal del aguardiente, y emitió un mandato conminatorio, exigiendo a los fabricantes particulares entregar todos sus utensilios a las autoridades.

La desobediencia a la ley era castigada con una pena de treinta días de obras públicas, aplicada tanto a hombres como a mujeres. Sus órdenes fueron ejecutadas con gran eficiencia por algunos prefectos departamentales; por ejemplo, el de Rivas informó que en corto tiempo había suprimido alrededor de 750 centros de destilación clandestina de licor.

Por iniciativa de Chamorro, el gobierno estableció cobros fiscales sobre las fincas censadas, una alcabala del 15% por mercancías traídas de otros Estados del istmo, y del 5% por aquellas en tránsito. Asimismo, gravó el destace de ganado y la introducción de carnes saladas en las villas y ciudades. La vida cotidiana de los

sectores populares se vio trastornada debido al establecimiento de garitas en las vías de acceso a los principales centros urbanos, para asegurar la recaudación de los impuestos.¹³

Chamorro y Muñoz pronto surgieron como las dos figuras claves del gobierno de Sandoval. Desde sus respectivos cargos empezaron a construir redes de poder, procurando atraerse a los caudillos militares que tenían fuerte ascendencia sobre sectores populares a nivel local.

En su calidad de secretario de Hacienda, Chamorro se hallaba en posición de otorgar favores a cambio de lealtad política. Así, nombró a Leandra Luna, esposa de Bernabé Somoza, como jefa de la fábrica oficial de licores en Masatepe, con doble sueldo y otros privilegios.¹⁴ Además, intercedió ante la Asamblea Legislativa en favor del caudillo prófugo, luego que éste le manifestara su deseo de acogerse a un decreto de indulto y regresar a sus haciendas de caña de azúcar en el departamento Oriental.¹⁵

El comandante general del ejército, Trinidad Muñoz, también se interesó por incorporar a Somoza dentro de su ámbito de influencia, y le ofreció garantías para rehacer su vida en Nicaragua. Como resultado, desde 1847 hasta mediados de 1849, el caudillo se movilizaba libremente entre su hacienda en Jinotepe y las principales ciudades del país, donde vendía su producción de azúcar. Además, mantenía correspondencia regular con el comandante del ejército sobre la situación política en el departamento Oriental.¹⁶

Ortega Arancibia, testigo de aquellos sucesos, resume la lógica de estas alianzas:

“El pasado podía convertirse en porvenir y en perspectiva de un movimiento armado de las masas populares, Chamorro y Muñoz procuraban atraerse a los hombres de acción y popularidad”.¹⁷

Crear redes de clientela política y entablar alianzas con caudillos locales constituían recursos políticos muy útiles, no sólo ante la eventualidad de una sublevación popular, sino también en el contexto de los conflictos por cuotas de poder en el seno de la élite, y aún entre los mismos funcionarios del Estado.

Muñoz y Chamorro no fueron una excepción. En un informe presentado ante la Asamblea Legislativa el 1º de julio de 1846, Fruto Chamorro atribuyó las dificultades económicas del gobierno a la excesiva cuota del presupuesto que demandaba el jefe del Ejército. A su vez, éste acusó a su rival de “no ser exacto ni íntegro en sus

cuentas como Ministro de Hacienda”, lo que provocó la renuncia de Chamorro. La enemistad entre ambos personajes siguió pesando en la vida política del país durante muchos años.¹⁸

Por otra parte, el localismo continuó minando la estabilidad del gobierno. En febrero de 1846, el director supremo emitió un decreto en el que ordenó a las cámaras legislativas sesionar en la villa de San Fernando, hoy Masaya.¹⁹ Pablo Buitrago protestó airadamente, y el general Muñoz tomó partido en su favor. El 23 de marzo, suscribió, junto con su cuerpo de oficiales, un pronunciamiento conocido como el Acta de San Juan de Limay, convocando a la ciudadanía a cerrar filas con el ejército en defensa de la autonomía del poder legislativo.²⁰

Procurando paliar las suspicacias localistas, el 1º de junio de 1846 los diputados designaron la villa de Managua como sede de las cámaras. Un mes más tarde, Managua fue elevada al rango de ciudad, y el poder ejecutivo optó también por trasladar allí su despacho, junto con la contaduría mayor y tesorería general del Estado.

Sin embargo, esta disposición no bastó para aplacar las rivalidades localistas. El 2 de enero de 1847, mientras realizaba una visita a la capital histórica del Estado, el director supremo fue objeto de violentas presiones, viéndose obligado a nombrar a Pablo Buitrago, Francisco Castellón y Sebastián Salinas como ministros de Guerra, Hacienda y Relaciones Exteriores, respectivamente.²¹

El debate en torno a la Constitución

A la par de las pugnas localistas tradicionales, en 1847 se abrió un debate político moderno en torno al concepto de ciudadano, los atributos de los distintos poderes del Estado, y la organización de las fuerzas armadas. El 12 de marzo - poco antes del término de su período - el director supremo presentó a la Asamblea Legislativa un proyecto de reformas constitucionales propuestas por la Tertulia, o club político, de los grandes comerciantes y hacendados granadinos.

Uno de los objetivos medulares de este proyecto era fortalecer el poder ejecutivo bajo el mando de un presidente, quien ostentaría además el cargo de comandante general de las armas.²² En caso de insurrección o invasión externa, el presidente podría disponer de las fuerzas permanentes del Estado y de las milicias, sin previa autorización del Congreso.²³ Además, estaría facultado para decre-

tar empréstitos forzosos, suspender los derechos constitucionales, desterrar a los subversivos y controlar las fronteras.²⁴

Paradójicamente, la propuesta de subordinar el poder militar al Ejecutivo iba acompañada de concesiones en favor de las élites regionales, pues contemplaba la creación de cuatro comandancias departamentales, entre las que debían distribuirse las armas del Estado en forma equitativa.

Por otra parte, las reformas estaban dirigidas a centralizar el poder político en manos de los propietarios, mediante el establecimiento de requisitos económicos para el ejercicio del derecho al voto y el desempeño de cargos públicos.

Los promotores argumentaban que la independencia política era correlativa a la solvencia económica de los individuos. Era preciso, pues, confiar el poder en manos de los propietarios, quienes se hallaban en una posición óptima para resistir presiones o halagos pecuniarios.²⁵ De aprobarse este proyecto, sólo podrían votar los ciudadanos que tuvieran un capital superior a los doscientos pesos; los candidatos a diputados debían poseer al menos 400 pesos o un título académico; y para optar a los cargos de presidente o senador se exigía un capital mínimo de dos mil pesos.²⁶

El ensayo histórico de Pedro Francisco de la Rocha, ya citado, refleja el sentir de los sectores de la élite que apoyaban las reformas constitucionales. En sus argumentos se descubre la influencia de los principales representantes del liberalismo moderado - el francés Benjamín Constant y su discípulo mexicano, José María Luis Mora - así como de las figuras más connotadas del liberalismo doctrinario en España, tales como Martínez de la Rosa, Javier de Burgos, Donoso Cortés y Jaime Balmes.²⁷

Al igual que muchos de sus contemporáneos latinoamericanos, De la Rocha interpretaba la anarquía como resultado de la insensata aplicación de leyes e instituciones radicalmente democráticas, en sociedades que aún se hallaban en la infancia política. Atribuía a los demagogos el error de haber adoptado un concepto ilimitado de ciudadano en la Constitución de 1838, como si bastara “el título de hombre” para acceder a todos los derechos políticos. En fin, se había prodigado el status de ciudadano sin discriminación alguna, olvidando “las desigualdades naturales, de genio, civilización y riqueza”.²⁸

Las leyes - argumentaba De la Rocha - debían reconocer las diferencias naturales entre las clases sociales. El pueblo era corto de vista; se dejaba llevar por la pasión y el instinto, antes que

por reflexión. Constituía, en suma, una “muchedumbre bisoña”, fácil de manipular por los perturbadores del orden. En contraste, los propietarios se caracterizaban por su índole pacífica, prudente y estable; cualidades presentes sobre todo entre los terratenientes, cuyos intereses se hallaban encadenados a la Patria. Este sector social conformaba, pues, el mejor elemento político para impulsar el orden y la libertad.

De la Rocha insistía en la necesidad de reconocer la disparidad natural de las clases sociales mediante el establecimiento de distinciones jurídicas entre “libertad política”, entendida como un derecho reservado para los ciudadanos ilustrados, y “libertad civil”, que correspondía al pueblo común. Concluía, pues, que el orden social debía edificarse sobre la base del principio clásico de Montesquieu referido a la asociación entre propiedad y ejercicio de los derechos políticos. Ello permitiría construir el modelo ideal de sociedad propuesto por Donoso Cortés, en la cual “(...) disfrutaban de la libertad civil todos los que ignoran, como de la libertad política todos los que saben”.²⁹

Pero, el concepto amplio de ciudadano también contaba con vehementes defensores. Sus principales adalides eran los miembros de un club político fundado en León en 1846, al que pertenecían prestigiosos intelectuales como Rosalío Cortés. Sin embargo, ante los ojos de la Tertulia granadina, éstos constituían un grupo de masones y jacobinos, que habían fundado una verdadera escuela de sedición con sus proclamas sobre el “derecho quimérico de libertad absoluta”.³⁰

En su propio patio, los promotores del proyecto de reformas constitucionales encontraron un formidable antagonista en el licenciado José Benito Rosales. Antes de establecerse en Granada, éste había vivido en Guatemala, donde participó en la elaboración de la Constitución de la República Centroamericana; luego se trasladó a México, ciudad de donde retornó consagrado como un sabio jurista.

Pronto Rosales acrecentó su influencia en Granada desde su cargo de rector de la Universidad de Oriente y editor del periódico *El Ojo del Pueblo*.³¹ Junto a Buenaventura Selva, animaba La Nueva Tertulia - club político integrado, entre otros, por Juan Lugo, Apolinar Marengo, Anastacio Somoza y Guadalupe Cárdenas, que rivalizaba con el de los moderados o conservadores allegados a la familia Chamorro.³²

A juicio de Rosales, el proyecto de establecer requisitos económicos para optar a los cargos públicos era de espíritu aristocrático,

es decir, significaría un retorno al antiguo régimen absolutista. Implicaría subordinar “las luces al dinero”, pues Granada no contaba con sesenta personas cuyo capital alcanzara la suma de dos mil pesos.

La definición de los términos del pacto social entre gobernantes y gobernados constituyó otro eje que enardeció los debates.³³ Fiel al ideal de la sociedad contractual, la Constitución de 1838 consignaba, en su artículo cuarenta y cinco, el derecho del pueblo a la insurrección, en caso de que las autoridades electas violasen las garantías individuales. El proyecto de reformas eliminaba este artículo, y otorgaba al Ejecutivo la potestad de suspender el régimen constitucional en caso de desorden interno.

Rosales argumentaba que ello dejaría sin efecto las obligaciones de los ciudadanos de pagar impuestos y defender la Patria con las armas. Con una lógica inspirada en Rousseau, señalaba:

“Dirán entonces los nicaragüenses al Dictador: si no hay pacto ninguno, si nuestros derechos no existen, tampoco hay ningunos deberes para nosotros. Porque ¿dónde podrían estar estos últimos, cuando no se encuentra la carta en que están escritos, y cuando están suspensos los derechos, que son correlativos con los deberes? ¿Cuál es ese contrato social en el mundo entero, donde toda la obediencia sea para el pueblo, y para el gobierno todo el mando?”³⁴

Rosales rechazó, asimismo, la descentralización del poder militar en cuatro comandancias departamentales, pues, a su juicio, ello significaría un retorno al feudalismo. De igual manera, objetó a la propuesta de permitir la reelección ilimitada del presidente, ya que abriría las puertas a una tiranía vitalicia.³⁵

Sordo a las protestas, Sandoval insistió en la necesidad de la reforma hasta el final de su mandato. Sin embargo, su sucesor - el leonés José Guerrero - no compartía tal criterio.³⁶ En el acto de instalación de la Asamblea Constituyente que debía pronunciarse sobre este proyecto, Guerrero defendió la liberalidad de la Constitución de 1838.

Aseguró que el orden y la prosperidad no se alcanzarían con la supresión del sistema democrático, sino mediante la sabia conciliación del derecho público con las costumbres:

“(...) de manera que todos miren la lei como obra suya, la amen y se sujeten á ella fácilmente, que por convicción respeten al Gobierno

como necesario, que todos estén seguros de conservar sus derechos para que haya confianza jeneral, que se establezcan y aseguren también sus correspondientes deberes.”³⁷

El comandante en jefe del ejército coincidía plenamente con el Supremo Director en cuanto al proyecto de reformas constitucionales, aunque cabe dudar que su posición obedeciera tan sólo a convicciones democráticas, como las proclamadas por Guerrero. En efecto: Muñoz comprendía que la fusión de los cargos de presidente y jefe de las fuerzas armadas le significaría la pérdida de la importante cuota de poder personal adquirida desde 1845.

Conflictos políticos y elecciones

El debate en la Asamblea Constituyente se intensificó en abril de 1848, y la participación del propio jefe del Ejército en las discusiones - en su calidad de diputado electo por el distrito de Segovia - complicó aún más el panorama político.³⁸

Temerosos de que los promotores de las reformas logaran una mayoría de votos en la Asamblea Constituyente, sus oponentes sugirieron levantar las sesiones y someter el proyecto a la consideración de los cuerpos municipales. La secretaría de la Asamblea se negó a dar curso a esta moción; los disidentes abandonaron sus asientos, y el debate se suspendió por falta de quórum.³⁹

El 14 de julio de 1848 se reanudaron las sesiones, entre rumores de que el general en jefe tramaba disgregar la Asamblea Constituyente, con el apoyo de la plebe. Los diputados granadinos Fruto Chamorro y Ponciano Corral se presentaron armados al salón de reuniones, y tomaron a Muñoz como rehén. Aunque el anunciado “tumulto” no llegó a ocurrir, el cuerpo legislativo terminó disolviéndose, luego de un insuperable empate político.⁴⁰

El debate en torno a las reformas constitucionales revistió las elecciones de una importancia crucial. Tanto los promotores del proyecto como sus oponentes se enfrascaron en una ardua competencia por romper a su favor el equilibrio de fuerzas en la Asamblea. De acuerdo a la legislación vigente, las cámaras debían renovarse anualmente - la de Representantes en la mitad de sus miembros, y la del Senado por cuartas partes.⁴¹ Este proceso era complejo, pues se llevaba a cabo en varias etapas.

Durante los tres primeros días de noviembre, las Juntas Electorales recibían los votos para designar a los electores primarios, de parte de los ciudadanos inscritos en sus respectivos cantones. El procedimiento era público y verbal; el secretario anotaba los nombres de los candidatos favorecidos en presencia del votante, para luego determinar quiénes habían recibido el mayor número de sufragios y otorgarles la respectiva constancia.

El primer domingo de diciembre, los electores primarios se reunían en las cabeceras de distrito y, mediante el mismo procedimiento, escogían un determinado número de diputados propietarios y suplentes, según el número de habitantes de su circunscripción electoral. Cuando correspondía la renovación del poder ejecutivo, los electores primarios acudían a votar ante las juntas de distrito, el día siguiente. A continuación, escogían a los electores departamentales, quienes debían presentarse el primer domingo de enero en sus respectivas cabeceras, para designar a sus dos senadores y suplentes.⁴²

Cabe observar que, según la Constitución y la Ley Electoral de 1838, todos los nicaragüenses mayores de veinte años, o dieciocho si eran casados, y que tuviesen alguna propiedad, grado científico, oficio o profesión, podían solicitar su registro como ciudadanos, y ejercer el derecho al voto.⁴³ Sin embargo, la modernidad de la Constitución de 1838, así como de los reglamentos electorales, se contradecía con el poder otorgado a las autoridades locales para supervisar, controlar y, por supuesto, intimidar a los votantes.

En efecto, de acuerdo al artículo sesenta y dos de la Ley Electoral de 1838, correspondía a los alcaldes y regidores presidir las juntas electorales primarias, mientras no se organizaran directorios electorales *ad hoc*. El citado artículo estipulaba, además, que las juntas de distrito y de departamento serían presididas por las “respectivas autoridades políticas”.⁴⁴ La conformación de los directorios electorales no fue reglamentada sino hasta el año 1851. Aún entonces, el procedimiento establecido no garantizaba la necesaria independencia del sistema electoral con respecto a las autoridades locales.

Según este reglamento, correspondía a los prefectos departamentales convocar a los ciudadanos a una reunión, presidida por un “individuo de la Municipalidad con dos vecinos designados por ella misma”, para escoger verbalmente al presidente, escrutadores y secretarios del directorio. En aquellos pueblos donde sólo había

un cantón electoral, la elección del directorio era presidida por el alcalde constitucional y dos vecinos.⁴⁵

Cabe observar que en el discurso oficial, el acto electoral era definido como “la fuente pura de donde fluye la legitimidad de la potestad pública”⁴⁶; sin embargo, la brecha entre la teoría republicana y las prácticas electorales era abismal. El poeta guatemalteco, José Batres Montúfar tuvo la oportunidad de presenciar la celebración de unas elecciones en Granada, a fines de 1837 o inicios de 1838, las que describió con su característica ironía:

“Las elecciones aquí se han hecho con toda la legalidad que se podía esperar: estaban casi ganadas por los hombres de bien: ¿qué hacen los otros? Salen con la tropa y algo del populacho a aporrear puertas y ventanas y a amenazar, etc.: a la noche siguiente los hombres de bien arman una su ronda de 43 personas que inmediatamente es desarmada por 20 soldados, y al otro día los señores de la tal ronda (electores y escrutadores, etc.) son presos con pretexto de que querían asaltar el cuartel y de que habían salido a insultar (y eran los insultados), durante cuya prisión se hicieron y ganaron las elecciones por los fiebres, y después se han puesto en libertad los prisioneros”.⁴⁷

Según se desprende del relato de Batres, los procesos electorales tendían a agravar las tensiones políticas y los conflictos entre las fuerzas policiales locales - las tradicionales “rondas” organizadas por los ayuntamientos - y los soldados que respondían al jefe del ejército, controlado por el leonés Casto Fonseca desde 1837 hasta 1845.

José Dolores Gámez y Ortega Arancibia describen otra contienda electoral celebrada en esa misma ciudad, diez años más tarde.⁴⁸ Los calandracas, o liberales radicales, contaban con el respaldo de la guarnición del cuartel, pero su capacidad para imponer el orden en momentos de exaltación política era muy limitada. Previo a la celebración del magno evento republicano, los timbucos, promotores de las reformas constitucionales, activaron sus alianzas y redes de apoyo:

“Desde la víspera de la elección, don Fulgencio Vega desplegó una actividad prodigiosa; su casa era el cuartel general; y a pie y a caballo, todo el mundo estaba en movimiento. Entraban y salían comi-

siones a las haciendas y caseríos adyacentes a la ciudad para que la gente viniese al amanecer; de modo que, a las seis de la mañana, ya estaban en la casa de Vega y en los portales de la plaza, esperando la hora de la elección”.⁴⁹

Los timbucos procuraron mantener a la multitud en un “estado de excitación fanática” - recuerda Ortega Arancibia. A continuación, Fruto Chamorro y otros miembros de la Tertulia encabezaron un recorrido por los cantones electorales para animar a sus partidarios y, obviamente, intimidar a sus contrarios. El cronista describe las consecuencias de esta demostración de fuerza:

“El cantón de San Francisco tenía muchos ciudadanos en contra, pero con la llegada del grupo vencedor, se animaron los partidarios de Vega, y triunfaron, y continuaron juntos. Llegaron al cantón de la Merced e hicieron lo mismo; y todos se fueron en imponente número para Jalteva, en donde los contrarios eran invencibles. La reunión de los jaltevanos era homogénea y no se turbó; pero del gran grupo de los de la ciudad salió una piedra que cayó entre los jaltevanos y comenzó el bochinche.”⁵⁰

Mientras esto sucedía, las tropas del ejército se hallaban acuarteladas en la periferia de la ciudad, y su intento de imponer el orden fue tardío e infructuoso. En otras ocasiones, las propias autoridades políticas y militares del Estado se ocupaban de intimidar a los votantes, en abierta violación al Código Penal.⁵¹

El desarrollo de las elecciones en Matagalpa, en 1853, ilustra este tipo de situación. Ese año, los candidatos más fuertes para ocupar el cargo de director supremo eran el granadino Fruto Chamorro y el leonés Francisco Castellón. A medida que los electores iban llegando al cabildo, el prefecto Altamirano, partidario de Chamorro, les daba la bienvenida y les indicaba dónde debían sentarse dentro del recinto. Así, fue ubicando a cuatro chamorristas en cada extremo de las bancas, y a los partidarios de Castellón en el centro. Abrió la sesión y, naturalmente, los cuatro primeros se pronunciaron en favor del candidato granadino; cuando el quinto elector lo hizo por Castellón, el prefecto dio un golpe en la mesa y lo increpó:

“¿Qué es eso, señor? ¿Por qué interrumpe usted la votación? ¿No ve usted que se va votando por el General Chamorro?”⁵²

Luego, ordenó reiniciar la votación por el otro extremo de la banca; nuevamente, cuando llegó el turno de votar a los simpatizantes del candidato leonés, repitió los golpes en la mesa y los regaños. A los gritos del prefecto, el capitán de la guarnición departamental entraba al recinto; con las manos colocadas sobre las caderas, y exhibiendo dos pistolas de cañón grueso sobre el abdomen, le preguntaba: “Señor Prefecto, ¿se respeta o no se respeta la autoridad?”⁵³

Estas crónicas nos permiten deducir que los procesos electorales - en vez de cumplir la función prevista dentro del sistema republicano - constituían instrumentos de poder en manos de las autoridades locales, para comprobar la lealtad de su clientela política, o intimidar a sus opositores. Dada la ambigüedad de la Ley Electoral, los directorios podían ser copados por los clanes que controlaban las corporaciones municipales, o bien por los prefectos departamentales y sus subalternos. En fin, en esta coyuntura observamos cómo los recursos tradicionales para resolver las disputas por cuotas de poder, contaminaron los rituales republicanos sobre los que debía asentarse la legitimidad del nascente Estado.

Redes de poder regionales

Al calor del debate ideológico y de los conflictos entre los poderes del Estado, resurgieron con mayor intensidad las pugnas tradicionales entre los ayuntamientos y los representantes del poder central.

En Granada, los principales cargos de la municipalidad estaban controlados por los timbucos, pero el prefecto y el comandante de la plaza eran calandracas exaltados. La élite granadina se hallaba dividida en sus simpatías: los clanes familiares de los Chamorro, Zavala, Vega, Guzmán, Barberena y Estrada lideraban al primer bando; mientras que los Selva, Lugo, Marengo y Castrillo pertenecían al segundo. Estos últimos contaban entre sus filas a los influyentes sacerdotes Agustín Vijil y Santiago Solórzano, así como a intelectuales de la talla de José Benito Rosales.⁵⁴

Ambos grupos tenían redes de clientela política entre los sectores populares y, si la beligerancia de sus caudillos locales lo permitía, llegaban a dominar sobre barrios enteros. De esta manera, los timbucos controlaban Cuiscoma, Guadalupe, Santa Lucía y Sin

Piedad; mientras los calandracas eran los amos de Jalteva, la Loquera y la Otrabanda.⁵⁵

Las tensiones en la ciudad se caldearon en agosto de 1848, debido a un conflicto de autoridad entre el alcalde segundo de Granada, José Lejarza, y el prefecto departamental. Lejarza explicó su versión del incidente en una extensa denuncia pública, fechada el 13 de ese mes. En su calidad de autoridad municipal, había recibido denuncias de que el caudillo de Jalteva, Miguel Sisneros, (conocido con el apodo de Changoringo), estaba concitando a los indígenas para destruir las cercas de las propiedades de algunos hacendados de Granada.

Luego de consultar con el jurista Francisco Barberena, el alcalde segundo redujo a prisión a Sisneros; sin embargo, por la noche el prefecto departamental lo dejó en libertad. Los alcaldes Lejarza y Narciso Espinoza le reclamaron por el abuso de autoridad y, en respuesta, fueron encarcelados. Lejarza concluyó su denuncia ubicando este incidente como parte de una trama del prefecto para intimidar a los opositores al gobierno de Guerrero de cara a las elecciones que se aproximaban.⁵⁶

El caudillo indígena Miguel Sisneros no sólo gozaba de la protección del prefecto y el comandante de la plaza, sino también era objeto de halagos por parte de algunos jóvenes calandracas de la élite granadina, tal como se refleja en el siguiente relato de Chamorro Zelaya:

“Varios calandracas, entre ellos Dámaso Suoza, Juan Lugo, Ventura y Raimundo Selva, Teodoro Mora y sobre todo el muñidor Casimiro Borgen, acordaron resucitar las pretensiones ya extinguidas de la raza indígena y valerse del mencionado Miguel Cisneros, alias Changoringo para la farsa. Fácilmente lo persuadieron de que era el heredero legítimo de los viejos caciques y que a él correspondían el gobierno y el trono. Y para que no dudara, le prepararon una ceremonia ridícula, pero efectiva para interesar la ambición de los indios. Impusieron a Changoringo una corona de rosas y en medio de una algarada le proclamaron rey. Se oyeron gritos de: ¡Viva el Rey Changoringo!”⁵⁷

Así como los timbucos recurrían al apoyo beligerante de su clientela política para intimidar a sus contrincantes electorales, los calandracas estimulaban a los indígenas de Jalteva a repetir los “tu-

multos” que, en más de una ocasión durante la Colonia, habían aterrorizado a los criollos del centro de la ciudad.

En la coyuntura 1848-1849, estos episodios de violencia popular se multiplicaron ante la indiferencia, cuando no la complacencia, de las autoridades gubernamentales. Esta práctica política puede entenderse como un mecanismo de los delegados del poder central para recordarle a las arrogantes élites regionales que no podían prescindir del ejército y sus tropas veteranas. En efecto, durante el período en que el poder ejecutivo estuvo en manos de José Guerrero, y la comandancia del ejército bajo Muñoz, los miembros de la Tertulia de Granada experimentaron, con frecuencia, este tipo de medicina política:

“Turbas desenfrenadas, ululantes y compactas, armadas de machetes, se echaban desde Jalteva y la Otrabanda sobre la ciudad. Los granadinos desarmados, al grito pavoroso de ¡Vienen los jaltevanos! se encerraban en sus casas y formaban barricadas tras las puertas; las turbas asaltaban, intentando derribarlas a machetazos o abrirse una brecha; a veces les prendían fuego. ¿Y qué hacía la autoridad? Se mantenía en una indiferencia culpable.”⁵⁸

Las autoridades calandracas de Rivas aplicaban similares métodos de intimidación, aliados con caudillos de los barrios aledaños a la ciudad. En ocasiones, la violencia popular escapaba a su control, tal como ocurrió el 3 de diciembre de 1848 en el contexto de las elecciones distritales. Uno de los afectados, el ex prefecto departamental, Felipe Sáenz acusó a su sucesor José Manuel Selva, así como al jefe del ejército, general Trinidad Muñoz, y al propio director supremo Guerrero, de instigar a las masas populares con el fin de amedrentar a los candidatos del partido timbuco, que estaban a favor del proyecto de la reforma a la Constitución.⁵⁹

De acuerdo al escrito de Sáenz, el director supremo se había empeñado en asegurar el triunfo de sus partidarios en las elecciones de diputados:

“Y esta facción después de abortar los pronunciamientos contra el proyecto, tenía por objeto amedrentar, i si posible fuese, sepultar al partido moderado, para que no le hiciese contrapeso en las elecciones, aterrar a sus caudillos sobre cuya suerte hablaban i pedían al mismo Gobierno su expatriación”.⁶⁰

Según este documento, el prefecto José Manuel Selva dirigía personalmente reuniones nocturnas donde se reclutaba a las masas mediante promesas de impunidad en el saqueo de las casas de los timbucos acaudalados de Rivas. De esta manera, lograron intimidar a los del “partido moderado”, quienes optaron por quedarse encerrados en sus casas, lo que permitió a los contrarios triunfar en casi todos los cantones.⁶¹ El 3 de diciembre, los electores primarios concurrieron a la casa consistorial en Rivas, para cumplir con la segunda etapa del proceso electoral. La reunión degeneró en un tumulto frenético, supuestamente alentado por el prefecto Selva, quien les ordenaba “acabar con los timbucos”. Las casas de varios hacendados y comerciantes rivenses fueron asaltadas y saqueadas.

De acuerdo a Sáenz, las masas populares desbordaron la autoridad del prefecto, pues en un momento determinado se negaron a regresar a sus barrios, y le exigieron cumplir con su promesa de instaurar “el comunismo de la propiedad”.⁶² Sin embargo, entre líneas, también revela un motivo - más concreto que ideológico - para entender la ira popular en su contra. Sáenz se había desempeñado como prefecto departamental cuando se estableció el estanco del aguardiente, y había perseguido a los destiladores clandestinos con implacable rigor.

Bajo el pretexto de contener la creciente beligerancia de los bandos políticos en Granada y Rivas, el director supremo tomó una serie de medidas drásticas. El 2 de diciembre de 1848, nombró a su cuñado Máximo Jerez al cargo de prefecto y comandante militar del departamento Oriental.⁶³ Asimismo, ordenó recoger todas las armas de fuego de Granada en el almacén militar, y autorizó al prefecto allanar las casas de las personas sospechosas de desobedecer este mandato.⁶⁴

Estas disposiciones más bien empeoraron los conflictos políticos, por lo que Guerrero decidió renunciar a su cargo el primero de enero de 1849. Alegando razones de salud, depositó la dirección del Estado en manos del senador Toribio Terán, y éste, a su vez, traspasó el mando supremo al senador José Benito Rosales.

Sin embargo, las tensiones entre los poderes locales y el gobierno siguieron en aumento. La pugna entre la municipalidad de Granada y el gobierno central alcanzó niveles insostenibles. El día 16 de enero, el director supremo ordenó quitar al ayuntamiento de Granada el control administrativo sobre el barrio indígena de Jalteva, y lo elevó a categoría de pueblo, con derecho a elegir sus propias autoridades.⁶⁵

El alcalde Pedro Joaquín Chamorro y el síndico José Joaquín Cuadra, quienes se presentaban como los “defensores de las garantías públicas” frente a los abusos del poder central, se negaban a cumplir los decretos y mandatos emitidos por el director supremo. El general Muñoz llegó a Granada con fuerzas de la tropa veterana del Estado, y encarceló a todos los miembros del ayuntamiento, en un abierto desafío a la Tertulia ciudadana - en particular, a su enemigo político y rival, Fruto Chamorro.

El caudillo oriental demostró su capacidad de convocatoria, no sólo entre la élite sino también entre los sectores populares. Acompañado de un gran número de personas, exigió la libertad de las autoridades municipales. Muñoz se vio obligado a ceder y, reconociendo la necesidad de negociar con este poderoso sector, accedió a sustituir al comandante de la plaza por otro militar del agrado de los timbucos: el coronel Trinidad Salazar.

El pacto con la Tertulia granadina

El primero de abril de 1849, José Benito Rosales entregó el cargo de director supremo del Estado al nuevo mandatario electo, licenciado Norberto Ramírez. Aunque nacido en León, Ramírez había vivido muchos años en El Salvador, en donde se distinguió como fundador de la universidad de ese país, ministro general del gobierno, presidente de la Corte de Justicia, y director interino del Supremo Poder Ejecutivo.

Decidido a eliminar los focos de conflicto, Ramírez ordenó poner fin al debate sobre el proyecto de reformas constitucionales, por considerarlo la “manzana de la discordia” del país. Acto seguido, disolvió la Asamblea Constituyente y ordenó al comandante general Muñoz que suspendiera el apoyo solapado que brindaba a los calandracas en su pugna contra la poderosa élite timbuca.⁶⁶

Reconociendo el espíritu conciliador del nuevo mandatario, la Tertulia granadina le ofreció su lealtad a cambio de una “evolución político-militar” en el departamento Oriental.⁶⁷ El comandante de la plaza, Trinidad Salazar, respaldó esta iniciativa, pues bajo la cobertura de las disputas políticas, los sectores populares enviaban sus propios mensajes de intimidación en contra de los funcionarios estatales que los reprimían.

En efecto, justo en esos días, el jefe de resguardo de hacienda - acosador implacable de los destiladores clandestinos de aguardiente y de los agricultores que evadían el estanco del tabaco - había aparecido asesinado y castrado en uno de los barrios granadinos dominados por los calandracas.

Mientras tanto, en Rivas se venía gestando otro conflicto entre el comandante de la plaza, capitán Fermín Martínez, y las autoridades municipales del distrito. En 1848 - en el contexto de la ocupación definitiva de San Juan del Norte por fuerzas navales británicas - Martínez había recibido órdenes del general Muñoz de conformar un nuevo cuerpo militar denominado Compañías Legionarias.

El capitán pretendió usar la fuerza para reunir a los hombres que aparecían en las listas de conscriptos del municipio de San Jorge. Los indígenas y mestizos del pueblo se sublevaron, con el respaldo de sus autoridades locales. En represalia, el jefe militar encarceló al alcalde, junto a los reclutas rebeldes, y los remitió a los tribunales comunes.⁶⁸

Tal atropello a la máxima autoridad del pueblo por parte de un militar “foráneo” provocó el rechazo general. Las manifestaciones de solidaridad de parte de los demás munícipes del distrito no se hicieron esperar. Martínez recurrió a las tropas veteranas del Estado para reprimir las protestas, logrando tan sólo exacerbar las pasiones localistas.⁶⁹

A riesgo de perder su prestigio, el alcalde de Rivas no podía mostrarse indiferente ante este suceso. Ocupaba dicho cargo el rico terrateniente y comerciante Máximo Espinoza - un verdadero caudillo regional que había construido una amplia red político-militar, a través de su influencia en los cuerpos municipales del distrito.⁷⁰ Espinoza solicitó al gobierno sustituir al capitán Martínez por un militar rivense, y acompañó su demanda con numerosas actas de los cabildos del departamento; pero las autoridades estatales los ignoraron por completo.

Este cúmulo de tensiones estalló entre los meses de mayo y julio de 1849. En Granada, Fruto Chamorro provocó la ira popular al encabezar una incursión armada en contra del barrio indígena, luego de negociar la anuencia del nuevo director supremo y del comandante de la plaza para “para acabar de una vez con la amenaza de los calandracas jaltevanos”.⁷¹

De acuerdo a un participante en aquellos acontecimientos, la acción militar de Chamorro en contra de los jaltevanos recibió el apoyo de algunos sectores populares. Lideradas por cierta “celebérrima María Lencha (...) una turba de mujeres del tiangue, faja-

do su rebozo al cinto y con palos, piedras y cuchillos” intentaron linchar a la esposa del intelectual calandracas José Benito Rosales, “para saciar su saña de partido”.⁷² Gracias a la oportuna intervención de los estudiantes de la Universidad de Oriente y del prefecto Fermín Ferrer, ésta pudo refugiarse en el hogar de un comerciante italiano, protegido de las trifulcas domésticas por la bandera de su país desplegada en el balcón.

Aunque, según criterios de la época, el ataque a Jalteva no pasó de ser una escaramuza, durante la misma cayó abatido el coronel Santos Ramírez, oficial veterano del ejército. Como resultado, aumentó la persecución contra los calandracas, y sus líderes intelectuales - Rosales, Marengo, Lugo, entre otros, - huyeron de Granada junto con los indios de Jalteva, a refugiarse en diversos pueblos del departamento.

La llegada de los rebeldes jaltevanos a Masaya contagió a los indígenas de esa villa, y tan sólo la oportuna mediación del cura párroco logró disuadirlos de quemar la casa de uno de los timbucos locales. Sin embargo, la agitación pronto se extendió a otros pueblos. El caudillo Bernabé Somoza se unió a los calandracas que habían sido expulsados de Granada, y atacó una pequeña guarnición en el pueblo de Nandaime.⁷³ Luego, el 6 de mayo, asaltó las casas de algunos enemigos personales, miembros de la familia Matus de Jinotepe.⁷⁴

Mientras tanto, los ánimos en Rivas se habían caldeado. Consterñado, el prefecto José Manuel Selva convocó a las autoridades municipales de todos los pueblos circundantes y al comandante de la plaza a reunirse en la parroquia, y cantar un “Salve” por la reconciliación. Un hecho, al parecer fortuito, desató la violencia ese domingo tres de junio. Concluida la ceremonia religiosa, algunos participantes caminaban cerca del cuartel principal; un nervioso centinela les disparó y dio muerte a un vecino del pueblo de Buenos Aires. Afirma Gámez:

“No hubo necesidad de más para que las animosidades tanto tiempo reprimidas estallasen súbitamente. El comandante corrió a su cuartel y los caudillos calandracas a la calle a ponerse al frente de los suyos”.⁷⁵

El siguiente día, 4 de junio, una multitud armada con escopetas, pistolas, machetes o lanzas, invadió frenéticamente las calles de Rivas y rodeó el cuartel. Poco después, Somoza se unió a los sublevados y dirigió un asalto a la fortaleza militar. Luego de once días de combates, el comandante de la plaza, capitán Fermín Martínez, trató de replegarse hacia Granada, pero cayó abatido en el intento.

Mientras tanto, el general Muñoz había salido de León al frente de una división de setecientos hombres, dispuesto a recuperar el control de la plaza de Rivas; sin embargo, la mayoría de sus reclutas desertaron antes de llegar a Granada. En estas circunstancias, una junta de notables granadinos ofreció al gobierno un préstamo de diez mil pesos, a fin de levantar una fuerza militar de cuatrocientos hombres para aplastar la sublevación. A cambio, exigieron el derecho a colocar a sus partidarios en los cargos de prefecto, gobernador militar y gobernador de policía del departamento Oriental - condiciones que el general aceptó a nombre del Director Supremo.⁷⁶

El 9 de julio, el general del ejército se presentó con sus tropas en Rivas. Los insurgentes huyeron - sin disparar un tiro - hacia el pueblo de San Jorge, donde se atrincheraron. El 14 de julio, una parte de las tropas de Muñoz se movilizó hacia el lago de Nicaragua, para proteger el desembarco de nuevos refuerzos provenientes de Granada.

Somoza decidió aprovechar el momento para atacar Rivas, pero el jefe del ejército logró rodear a los sublevados con un movimiento de sus escuadras. El desenlace del combate fue un desastre para los rebeldes: perdieron más de cincuenta hombres, un cañón de bronce y numerosos fusiles.⁷⁷ El caudillo rebelde huyó nuevamente a San Jorge, perseguido por Fruto Chamorro, quien logró romper sus trincheras y apoderarse del pueblo al anochecer.

Cesados los combates, Chamorro y sus oficiales se retiraron a descansar en la casa de Mateo Mayorga, uno de los cabecillas locales, donde Somoza había guardado sus trofeos de guerra: una “culebrina” o cañoncito, sesenta fusiles y algunas cajas de pertrechos de guerra, producto del asalto al fuerte de San Carlos. Además, ocultaba ahí el botín del saqueo a Rivas: numerosos baúles con alhajas y ropa, adornos de iglesia e imágenes sagradas.

El desenlace de la sublevación de Rivas, que ocurrió de manera imprevista mientras Chamorro y sus oficiales bromeaban sobre el reparto del botín, sin duda contribuyó a la mistificación romántica de la figura del caudillo rebelde:

“A mí - dijo Chamorro - no me den nada; yo sólo me conformo con la Cantón. Era ésta una valerosa mujer, que amaba con locura a Somoza y le acompañaba en las acciones de guerra, armada de un sable de caballería del que sabía hacer buen uso. No se había extinguido el eco de las últimas palabras de Chamorro, cuando de un cuarto ruinoso de adobes que estaba contiguo y que se creía vacío,

salió Somoza con su descomunal lanza empuñada, exclamando con voz alterada: - Eso nunca, porque mi querida es propiedad particular mía y no puede por lo mismo ser despojo de guerra. De mí hagan lo que gusten; pero para ella el mayor respeto. (...) Después de aquellas palabras Somoza arrojó su lanza a los pies de Chamorro y se declaró prisionero.”⁷⁸

Somoza fue llevado a Rivas y sometido a un consejo de guerra junto con su “cuerpo de oficiales” - los granadinos Francisco Barillas, Juan Lugo, Apolinar Marengo y Esteban Bendaña; Mateo Cantón de San Jorge, y Camilo Mayorga de Potosí.⁷⁹ Tanto el carismático caudillo como los jóvenes granadinos que lo acompañaban pidieron a Fruto Chamorro y a Juan José Zavala que asumieran su defensa en el juicio. Confiaban, pues, su suerte a una posible deferencia entre “pares”, dado su parentesco con familias principales del puerto lacustre.

Además, Somoza entregó a Chamorro unas cartas que decía haber recibido del general Muñoz, instándolo a rebelarse en contra de las autoridades timbucas del departamento Oriental. Sin embargo, Chamorro decidió conservar los documentos en secreto hasta que, años más tarde, rompió su alianza táctica con el general en jefe y consideró oportuno sacarlas a luz.⁸⁰

En consecuencia, Somoza fue fusilado el 17 de julio, e igual suerte corrieron sus más cercanos compañeros de armas. El senador José Benito Rosales fue acusado de cabecilla principal, pero escapó al patíbulo debido a que su alto cargo político exigía que fuese juzgado por el Congreso. Finalmente fue liberado, pero la prolongada y angustiosa prisión le quebrantó la salud y, poco después, lo llevó a la muerte.⁸¹

Los cabecillas rivenses

Por lo general, los historiadores que han abordado esta coyuntura centran su atención en la personalidad y el protagonismo del caudillo militar Bernabé Somoza.⁸² Sin embargo, los expedientes judiciales levantados a raíz de la sublevación evidencian que los responsables de planificar y organizar el “asalto a las armas del Gobierno” fueron las propias autoridades político militares del departamento Meridional, encabezados por el alcalde primero, el

prefecto, un senador, un diputado, el comandante legionario, y varios vecinos principales de Rivas.⁸³

Según las actas del proceso judicial, suscritas por Ponciano Corral y Salvador Galarza, en julio de 1849 fueron condenados por sedición a mano armada contra el Supremo Gobierno, o por alentar u organizar la comisión de este delito, las siguientes personas:

Lista de condenados por organizar, auxiliar o participar militarmente en el asalto al Cuartel de Armas de Rivas, entre el 3 de junio y el 15 de julio de 1849.⁸⁴		
Alcalde 1º	Espinoza, Máximo	Rivas
Alcalde 2º	Puente, Pablo	Rivas
Secretario Municipal	Coronado, Juan	Rivas
Prefecto	Selva, José Manuel	Rivas
Senador	Rojas, Telésforo	Rivas
Diputado	Pérez, José Rosa	Rivas
Vecino principal	Vega, Marcos	Rivas
Vecino principal	Abarca, José	Rivas
Vecino principal	Chamorro, Fernando	Rivas
Vecino principal	Montes, Francisco	Rivas
Vecino principal	Santos, Manuel Benito	Rivas
Hijo del Alcalde 1º	Espinoza, Camilo	Rivas
Vecino principal	Provedor, Francisco	Rivas
Comandante Legionario	Barillas, Francisco	Granada(?)
Capitán	Hernández, Ygnacio	Rivas
Vecino principal	Cantón, Clemente	San Jorge
Alcalde	Selva, Mateo (Hermano del Prefecto)	Obraje
Alcalde 2º	Carranda, Magdaleno	Buenos Aires
Caudillo local	Martínez, Pedro	Buenos Aires
Caudillo local	Morales, Antonio	Buenos Aires
Caudillo local	Chavarría, Eulogio	La Puebla
Caudillo local	Ruiz, Miguel	La Puebla
Caudillo local	Ruiz, Antolín	La Puebla
Caudillo local	Briseño, Manuel	Popoyoapa
Caudillo local	Guzmán, Pío	Los Cerros

Los testimonios de las personas llamadas a declarar bajo juramento en este proceso corroboran, en buena medida, las crónicas de Gámez y otros historiadores, pero además revelan novedosa información sobre la dinámica política a nivel regional y local.

Uno de los aspectos más interesantes que emerge de estos documentos es la relación jerárquica que existía entre el Alcalde 1º de la cabecera departamental y las demás autoridades municipales de los pueblos de la región. Este tipo de vinculación política era, sin duda, un legado colonial. Debido a que la población indígena de esta región fue prácticamente extinguida a raíz de la Conquista, nunca existió allí un corregimiento. Los aborígenes sobrevivientes fueron agrupados en los “barrios” de Tola, Cerros, Popoyoapa y la Puebla, así como en el puerto lacustre de San Jorge.

Posteriormente, se crearon diversos núcleos de población ladina, pues el proceso de mestizaje fue muy intenso. La administración política de estos asentamientos humanos fue encomendada a los alcaldes españoles de Granada hasta 1717, año en que pasaron a depender del ayuntamiento de Rivas. Los cabildos indígenas, o los alcaldes pedáneos en el caso de los asentamientos ladinos, constituían los eslabones intermedios de autoridad.⁸⁵

Aunque diversas crónicas destacan la participación masiva del pueblo en la sublevación, al examinar la lista de los reos se observa que el gobierno aplicó una justicia selectiva. En los interrogatorios, el fiscal se concentró en identificar a los cabecillas del movimiento. Las declaraciones de los testigos incluyen una larga lista de nombres, pero sólo aquellos de mayor influencia política, o reputado arrojo militar, recibieron condenas.⁸⁶

La aplicación selectiva de la justicia pudo haber sido una táctica para pacificar el departamento mediante gestos conciliadores. En todo caso, refleja un reconocimiento implícito de la debilidad institucional del Estado, puesta en evidencia por la complicidad de las propias autoridades departamentales en el asalto “a las armas del Gobierno”.

Las declaraciones judiciales permiten, asimismo, profundizar en las causas del levantamiento, y elaborar una cronología más precisa de los mismos. En primer lugar, observamos que varios testigos situaron el inicio de la conspiración en el mes de abril: desde entonces se hablaba de asaltar las armas del gobierno para lograr la destitución del comandante de la plaza.⁸⁷

Según los declarantes, la agitación aumentó cuando los diputados y senadores Telésforo Rojas, José Rosa Pérez, Teodoro Granados,

Trinidad Tijerino y Pedro Mártir Mayorga regresaron al departamento Meridional, a raíz de la disolución de la Asamblea Constituyente.⁸⁸ Los legisladores hicieron causa propia los reclamos de las corporaciones municipales en contra del “forastero” comandante de la plaza de armas de Rivas. Uno de los testigos confesó haber escuchado decir a Tijerino:

“... que era un disparate del Capitán Martínez no querer entregar las armas al Pueblo, [léase la Municipalidad] que era a quien propiamente le convenía tenerlas en mano, para que mandara uno que fuera de este lugar, y de toda su confianza, porque lo que querían los Leoneses era siempre estar encima, y que era necesario destruir su dominación”.⁸⁹

En su declaración, Gregorio Serna, oriundo de Coyotepe, ratifica esta sospecha, pues aseguró que desde su retorno de Managua el diputado Telésforo Rojas se había empeñado a tiempo completo en preparar el levantamiento. Pero, el papel más activo como “seductor de las masas” le fue atribuido al diputado José Rosa Pérez.⁹⁰ Felipe Castro, vecino principal de Rivas, lo acusó de redactar propaganda sediciosa que era distribuida desde la prefectura.⁹¹

La participación de las principales autoridades políticas y municipales de la cabecera departamental en el asalto al cuartel, fue corroborada por los testimonios de algunos miembros de la élite local que frecuentaban sus casas.⁹² Uno de los declarantes acusó al prefecto de mantener una actitud dual: en público defendía al Supremo Gobierno, pero permitía los desórdenes bajo el pretexto de sentirse atemorizado ante “la exaltación en que se encontraba el Pueblo”.⁹³

Otro vecino principal, Manuel Rocha, cuya familia fue agredida por los “tumultuosos”, culpó de los desórdenes a “sujetos del populacho”, pero aclaró que éstos habían sido “tolerados, ó sugeridos (...) por las autoridades locales del mismo departamento”, y proporcionó una lista detallada de estos cabecillas, identificados con sus respectivos cargos.⁹⁴

En la declaración de Rocha encontramos otro aspecto interesante: algunos miembros de familias “principales” que participaron en el asalto al cuartel, procuraron ocultar su identidad y confundirse con los sectores populares. Este fue el caso del comandante legionario Francisco Barillas, a quien vio “disfrazado con un cotonito, sombrero de a real, y calsoncillos arregados hasta el tronco de la pierna”.⁹⁵

Gregorio Serna, vecino de Coyotepe, observó una división del trabajo entre los subversivos: unos tomaron las armas, mientras otros se dedicaban a infundir “en las masas doctrinas perniciosas”, e inculcarles animosidad en contra de los “principales” de Rivas.⁹⁶

Diversos testimonios atribuyeron al alcalde primero Máximo Espinoza un papel destacado en ambos sentidos. Primero, alentó a los munícipes del departamento a exigir la destitución del comandante de la plaza. Cuando su demanda fue desoída por el gobierno, recurrió a las armas y tuvo “público cuartel” en su propia casa. Obviamente, el alcalde contaba con amplia experiencia militar, pues los declarantes se refieren a Espinoza ya como coronel o general.

Según otro testigo llamado Jesús Mayorga, en el mes de mayo Espinoza había convocado una reunión del cabildo de San Jorge, en la que solicitó a sus miembros suscribir un documento, cuyo borrador preparó él mismo, demandando la destitución del capitán Fermín Martínez.⁹⁷ Otro testimonio revela el empeño de Espinoza por colocar a sus partidarios en los cargos municipales de los barrios y pueblos del departamento. El ex alcalde pedáneo del barrio de los Cerros lo acusó de haberle ordenado reunir a los hombres de su manzana, para luego descalificarlo ante sus electores y lograr su destitución.⁹⁸

Su sucesor, apellidado García, sí apoyó el movimiento sedicioso con notoria beligerancia. Un testigo lo reputó como el “más insolente” en obligar “por la fuerza a que viniese la jente a los ataques contra el cuartel”. Estas presiones, sin embargo, sólo fueron necesarias al inicio - aclaró enseguida -, pues cuando los reclutas “(...) provaron el saqueo ya no necesitaban de estímulo: el mismo García tenía matanza de ganados ajenos y en todas las casitas había tasageras”.⁹⁹

De los testimonios se desprende que los alcaldes pedáneos eran los encargados de reclutar combatientes así como de llevar ganado para su alimentación: “todos cual más, cual menos, oprimían y se pasaban de las ordenes”.¹⁰⁰ Sin embargo, algunas autoridades locales fueron obligadas a colaborar con los insurrectos, aún en contra de su voluntad. Al menos así lo aseguró el alcalde pedáneo de un barrio de San Jorge: los “tumultuosos” lo llevaron por la fuerza a Rivas, donde lo formaron junto con otros reclutas en dos columnas. Luego, Marcos Vega, vecino principal de Rivas, les entregó armas y los condujo al centro de la ciudad, para dejarlos bajo el mando de Máximo Espinoza, Fernando Chamorro, Juan y Antolín Coronado, todos miembros de la élite rivense.¹⁰¹

Otro alcalde pedáneo, leal al gobierno, declaró haber informado de inmediato al secretario municipal Juan Coronado cuando los Ruises y Chavarría, del barrio La Puebla, lo invitaron a participar en el asalto al cuartel. Para su sorpresa, Coronado le ordenó guardar silencio, y le aseguró que sus “seductores” eran, en realidad, verdaderos “patriotas”. Poco convencido, decidió incorporarse a las tropas estatales que defendían el cuartel de armas y, cuando la plaza fue evacuada, les sirvió de guía hasta llevarlos a salvo a Granada.¹⁰²

El testimonio de Sebastián López, vecino de Rivas, corrobora la versión registrada por Gámez en cuanto a que el detonante de la sublevación fue el asesinato de un vecino del barrio de Buenos Aires, por parte de un nervioso centinela del cuartel. Pero, además, aporta un dato interesante: al momento de su muerte, la víctima se hallaba frente a la casa de uno de los vecinos principales de Rivas, en la que estaban reunidos Máximo Espinoza y Marcos Vega, cuyas vidas también corrieron peligro por los disparos. Ello explica la violenta reacción del alcalde primero: veinticuatro horas después tenía reunidos en el cabildo a doscientos hombres armados.

Al parecer, la acción del centinela tomó por sorpresa al propio comandante de la plaza, pues había acudido a la ceremonia de reconciliación organizada por el prefecto; y, al momento de los disparos, se vio obligado a correr hacia el cuartel en busca de refugio. Sin embargo, no cabe duda que el capitán Martínez desconfiaba de las intenciones del prefecto Selva, o bien temía un desborde popular. En vísperas de la celebración del “Salve” en la parroquia, ordenó a sus aliados e informantes reclutar gente dispuesta a defender el cuartel, y reunirla en la hacienda Santa Úrsula, a la espera de sus órdenes.

Juan Díaz, vecino del barrio de Esquipulas, declaró haber reclutado a veintidós “patriotas” con ese fin.¹⁰³ Igual hizo León Morales, vecino de Popoyoapa, quien reconcentró a treinta voluntarios en la misma hacienda. Sin embargo, un hecho fortuito abortó este plan: Morales envió un “parte” al capitán Martínez informándole haber cumplido su mandato, pero el cándido mensajero cumplió su encargo en el preciso momento en que el comandante de la plaza se hallaba reunido con el alcalde primero. Ante el airado reclamo de Espinoza, el capitán Martínez trató de ocultar sus preparativos militares, ordenando a sus aliados dispersar a los voluntarios “en el monte”, antes de que el alcalde llegase a la hacienda a “registrar”.¹⁰⁴

Las tropas del cuartel quedaron así desprovistas de apoyo, pues el día cuatro fue sitiado por los rebeldes. El cinco o seis de junio, el alcalde Espinoza y su suplente, Pablo Puente, partieron hacia León, a negociar con el gobierno la destitución del comandante de la plaza, esta vez desde una posición de fuerza. En el camino, se detuvieron en la casa de un vecino del barrio de Buenos Aires a solicitar un caballo; interrogados por su anfitrión, explicaron el motivo de su viaje: "solicitar medidas del Gobierno para contener la revolución".¹⁰⁵

Este testimonio fue corroborado por otra declarante, quien aseguró haber encontrado, el ocho de junio, a varios grupos armados en Rivas y Popoyoapa, a la espera de los resultados del viaje emprendido por Espinoza a la capital para "negociar con el Gobierno se quitase del mando de las armas al señor Capitán Martínez, y se les entregasen a los pueblos, para ponerlas en manos de un Gefe que fuera del lugar y del gusto de ellos".¹⁰⁶

Sin embargo, al llegar a Masatepe, Espinoza y Puente se enteraron que el caudillo Bernabé Somoza había decidido sumarse al asalto del cuartel, y optaron por regresar a Rivas.¹⁰⁷ Es interesante notar que algunos testimonios contradicen la imagen de Somoza como un bandido sanguinario, difundida en las proclamas oficiales posteriores al levantamiento.

Por ejemplo, Manuel Rocha - uno de los timbucos rivenses agredidos por los rebeldes - acusó al comandante legionario Francisco Barillas de golpear a su esposa con la culata de un fusil, mientras su acompañante, un guerrero oriundo de La Puebla, intentaba alancear a su pequeña hija. Ambos fueron duramente reprendidos por Bernabé Somoza, quien "cargó sobre los atentadores dándoles de cinchasos".¹⁰⁸

Por su parte, el juez de agricultura, Lino Calderón, opinó que:

"(...) lo que había hecho Somoza era nada, en comparación de lo que con los pobres querían hacer los timbucos".¹⁰⁹

En otras palabras, la crueldad practicada con los enemigos políticos y los perdedores en las contiendas civiles, era un lugar común en la cultura política de la época.

Cabe destacar que la información contenida en el expediente judicial contradice la versión de algunos historiadores en cuanto a que el rico terrateniente Rafael Lebrón fue víctima de un estallido

espontáneo de ira popular, provocada por su tenaz persecución a los destiladores clandestinos de aguardiente cuando se desempeñaba como prefecto y comandante militar del departamento Meridional.¹¹⁰

Según varios testimonios, su asesinato fue planificado por Máximo Espinoza, José Rugama, Manuel Benito Santos, Julio Urcuyo y Francisco Montes, en una reunión celebrada en casa de éste último. Temiendo las represalias de Lebrón, si llegase a ocupar un cargo de autoridad bajo el nuevo gobierno de Ramírez, los caudillos calandracas decidieron eliminarlo, y Urcuyo aportó veinticinco pesos para ser repartidos entre “los ejecutores del crimen”.¹¹¹

Uno de los autores materiales del hecho fue Magdaleno Carranda, alcalde segundo de Buenos Aires, quien reunió a un numeroso grupo para salir en persecución del temido ex prefecto y comandante militar. Lebrón fue capturado en su hacienda El Palmar y, ya herido de muerte, fue conducido a Buenos Aires con el fin - según declaró su sepultador - “de que se confesara, porque estaba el cura del Pueblo”.¹¹²

Su rival, el caudillo Máximo Espinoza, tuvo mejor suerte. El nueve de julio, cuando el general Muñoz recuperó la plaza de Rivas, Espinoza huyó hacia la hacienda Las Pilas, propiedad de su sobrino, Leocadio Peinado. El siguiente día se marchó, luego de anunciar que:

“(…) iba para Honduras a unirse con el Gral. Guardiola para venir á vengarse, porque estos hombres (la fuerza del Gobierno) aun no habían acabado de ganar y ya estaban disponiendo de las vidas de todos”.¹¹³

La dinámica política: un balance

Tal como hemos podido observar, en la coyuntura abierta a raíz de la guerra civil de 1844, se inició un enérgico proceso de organización de las fuerzas armadas del Estado, financiado mediante un conjunto de nuevas imposiciones fiscales. Estos procesos formativos del Estado nación moderno provocaron violentas reacciones desde diversos sectores sociales, que cobraron auge entre 1848 y 1849.

Pese a que la organización de un ejército capaz de imponer el orden y el respeto a la propiedad parecía ser un objetivo urgente - sobre todo, en el contexto de la anarquía predominante a raíz de la

guerra civil de 1844 - la centralización militar enfrentó la resistencia de los poderosos caudillos regionales.

Estos no sólo luchaban por conservar las tradicionales funciones policiales de los cabildos en las ciudades y sus áreas rurales circundantes, sino además pretendían controlar las “armas del Gobierno”, mediante el efectivo ejercicio del poder de veto sobre el nombramiento de los gobernadores militares y comandantes de plaza. El rechazo a la legitimidad del ejército por parte de las élites regionales, impedía al cuerpo castrense cumplir una función pública al servicio del Estado.

Paradójicamente, algunos de los caudillos regionales que demandaban la descentralización del poder militar, eran a la vez, los principales promotores del proyecto de reformas constitucionales, tendientes a concentrar el poder político en manos de los propietarios.

Esta propuesta sí despertó un vehemente debate moderno, que giró en torno a la interpretación del concepto de ciudadano, así como a la delimitación de sus derechos y deberes frente a los gobernantes. La discusión abrió fisuras a lo interno de las élites regionales por encima de sus lealtades tradicionales, y se transmitió a las masas mediante el esfuerzo deliberado de quienes se constituyeron en “predicadores” de los modernos principios republicanos.

Las discrepancias en torno a la interpretación de los conceptos de pueblo y ciudadano eran comunes a todas las élites hispano-americanas, tal como ha señalado Guerra. El origen de esta disputa radicaba en la deliberada ambigüedad de la Constitución proclamada por las Cortes de Cádiz en 1812, que luego sirvió de modelo a los dirigentes independentistas a la hora de organizar sus nuevos sistemas políticos.

A fin de legitimar su ruptura con el absolutismo - explica Guerra - los liberales españoles encargados de redactar la carta magna de 1812, utilizaron la táctica de disfrazar las novedosas reformas como una restauración de las antiguas leyes fundamentales de la nación. De esta manera, el viejo ideal autonomista de los concejos medievales sirvió para encubrir los esfuerzos de la naciente burguesía por establecer límites constitucionales al poder del Rey. Como resultado de esta ambigüedad táctica, la Constitución de 1812 adoptó una concepción amplia de pueblo político, y se otorgó el derecho al voto a la mayor parte de la población masculina.

Sin embargo, este sentido ilimitado del término ciudadano, unido a la nueva lógica de la soberanía popular, pronto fueron per-

cibidos como una amenaza para el orden social, a la luz de la experiencia de la Época del Terror impuesta por el radicalismo jacobino en Francia, entre 1792 y 1795. En consecuencia, los liberales pronto se preocuparon por restringir el status de ciudadano, justificando esta disposición en la idea de una desigualdad natural entre las élites y las masas.

La noción moderna de ciudadano / propietario fue la característica más sobresaliente del liberalismo moderado, y, en especial, de su escuela doctrinaria, que cobró fuerza en Francia y España a partir del primer cuarto del siglo XIX. El corolario de esta corriente del liberalismo fue la instauración del sufragio capacitario o censitario, que otorgaba el derecho al voto sólo a los propietarios y miembros de la élite intelectual.

Nutrida de la corriente ideológica del liberalismo doctrinario europeo y de las lecciones prácticas de la Revolución Francesa, las élites americanas se preocuparon por reformar sus Constituciones y sistemas electorales, así como por suprimir determinadas formas de sociabilidad y discursos radicales, asociados con el jacobinismo. El conflicto entre ambas percepciones del concepto de ciudadano - la noción amplia y la noción limitada - constituyó, pues, uno de los principales ejes de las pugnas políticas del período post-independentista, no sólo en Nicaragua, sino en toda Hispanoamérica.¹¹⁴

Sin embargo, cabe preguntarse por qué este debate político moderno degeneró en una confrontación violenta, a pesar de que los periódicos y discursos de la época insistían en exaltar la opinión pública como un principio clave de la nueva legitimidad. Este concepto moderno - explica Guerra - fue entendido, en un inicio, como resultado del consenso: fruto de la discusión tolerante de opiniones diversas y de la subordinación de las opiniones individuales a la voluntad de la mayoría.¹¹⁵

Pero, la percepción democrática de la opinión pública sufrió un proceso de evolución, similar a lo ocurrido con el concepto amplio de ciudadanía. Tal como se refleja en el ensayo histórico de Pedro Francisco de la Rocha, un sector de la élite pronto hizo una distinción entre lo que calificaban de “vocinglería del pueblo ignorante” y la “opinión ilustrada”; es decir, la de los sabios, conocedores de la historia, la jurisprudencia, la filosofía, las ciencias políticas. Éstos eran los pedagogos de la nación, los detentadores de la magistratura moral de la opinión.

Por otra parte, la retórica en favor del espíritu de tolerancia, como requisito para lograr el consenso social, coexistía con el ideal de la unanimidad. En la práctica, esta contradicción se manifestó en los esfuerzos por subordinar a los diversos grupos políticos bajo uno sólo. El pluralismo llegó a ser considerado no sólo innecesario, sino incluso nocivo para el bien común.

El conflicto de mentalidades antiguas y modernas reflejaba la estructura y actividades de diversas formas de sociabilidad que existían en esta época de transición. Como hemos visto, la élite granadina no compartía un espacio de debate crítico con miras a llegar a un consenso; más bien crearon “clubes” rivales bajo distintos signos ideológicos, que llegaron a la confrontación violenta. Los ejemplos más notorios son la Tertulia liderada por la familia Chamorro y sus allegados, y La Nueva Tertulia animada por los senadores Buenaventura Selva y José Benito Rosales, integrada, entre otros, por varios de los jóvenes granadinos fusilados junto a Bernabé Somoza en 1849.

Cabe señalar, asimismo, que la persistencia de relaciones políticas tradicionales también desvirtuó el ritual republicano destinado a garantizar la legitimidad de la autoridad de los gobernantes. La Ley Electoral de 1838 dejó en manos de los cabildos la organización de los procesos electorales, por lo que éstos se convirtieron en ocasiones para ventilar rencillas entre caudillos locales.

Pudimos observar, asimismo, cómo las divisiones a lo interno de la élite abrieron diversos cauces a través de los cuales se desbordó el descontento popular, pues cada sector buscaba sostener su posición e intimidar a los contrarios mediante demostraciones de fuerza. Esto se lograba recurriendo a las redes de poder verticales heredadas del período colonial, construyendo alianzas tácticas, patrimoniales o clientelistas, pero también a través de prácticas modernas de difusión de los principios republicanos, como era la impresión de panfletos y la “predica” personal entre las masas.

Sin duda, los sectores populares se hallaban notablemente predispuestos a la rebelión, como resultado de las medidas fiscales que afectaban su economía doméstica y vida cotidiana. El rigor castrense aplicado para asegurar el cumplimiento de los monopolios del aguardiente y del tabaco, desató la ira popular en contra de toda autoridad - ya fuese local, regional o estatal.

Citas y notas

- 1 GAMEZ, 1975, p. 317.
- 2 *Registro Oficial*, N° 54, 31 de enero de 1846.
- 3 GAMEZ, 1975, p. 338.
- 4 GAMEZ, 1975, p. 339.
- 5 GAMEZ, 1975, p. 324.
- 6 El periódico *Registro Oficial* recoge una serie de notas de protesta de las autoridades nicaragüenses ante sus homólogos salvadoreños por el apoyo brindado a José María Valle. Ver también: ORTEGA ARANCIBIA, 1974, pp. 83 y 99; GAMEZ, 1975, p. 327.
- 7 Al parecer, la extensa y poderosa red familiar de Francisco Morazán había construido alianzas duraderas con los indios texiguats y curarenes. Al igual que en la Guatemala liberal de Gálvez, estos indígenas se sublevaron en 1838, acusando al Jefe político-militar conservador Francisco Ferrera de envenenar las aguas, cuando apareció el cólera morbus en Honduras. El caudillo de esta sublevación fue José Bustillo, quien al parecer no era indígena, sino un político letrado, pues Ferrera aseguró haberle incautado panfletos denunciando la persecución anti-morazanista en Honduras, y atacando el restablecimiento del cobro de los diezmos eclesiásticos. Sobre la sublevación de los texiguats, ver: BARRAHONA, Marvin, "Honduras. El estado fragmentado. (1839-1876)", en: *Identidades nacionales y Estado moderno en Centroamérica*, Arturo Taracena A. y Jean Piel (compiladores), 1ª ed. San José, C.R.: Editorial de la UCR, 1995, pp. 97-114.
- 8 Un contemporáneo explica que en la Segovia existían varios clanes familiares de ricos propietarios que habían pertenecido al partido derrotado en la guerra de 1844-1845, y eran hostilizados por las nuevas autoridades locales vinculadas a los granadinos, quienes les confiscaban sus bienes. Estos convencieron al caudillo popular Natividad Gallardo que tomara las armas en contra del gobierno de Sandoval. Describe a Gallardo como un "tenorio charlatán"; y sostiene que las mujeres, que creían sus cuentos de brujería, "propagaban entre las multitudes su fama de valiente sobrenatural"; por lo que tenía gran arrastre entre la gente sencilla. Según la tradición, su apodo "Siete Pañuelos" estaba asociado a la cantidad de estas prendas que necesitaba para limpiar sus manos de la sangre de sus víctimas. ORTEGA ARANCIBIA, 1974, pp. 104-105.
- 9 Las principales acciones de Valle y Somoza consistieron en ataques a Chinandega, Managua y León, entre el 24 de julio y el 17 de agosto de 1845. Valle realizó una segunda incursión en el norte de Nicaragua, el 17 de octubre, acompañado de 400 combatientes reclutados entre los indios texiguats y curarenes de Honduras. Gallardo inició sus actividades militares en el mes de septiembre de 1845 en el Departamento de Septentrión, con armas obtenidas en un asalto al cuartel militar de Somoto, y finalmente fue derrotado, el 10 de marzo de 1846, por el General en Jefe del Ejército de Nicaragua, José Trinidad Muñoz. Ver: ORTEGA ARANCIBIA, 1974, pp. 83, 99 y 105; GAMEZ, 1975, p. 324-327, 334.
- 10 *Registro Oficial*, N° 62, 28 de marzo de 1846; N° 64, del 11 de abril de 1846; N° 65, 25 de abril de 1846; N° 70, del 23 de mayo de 1846; N° 72, del 6 de junio de 1846; N° 78 del 18 de julio de 1846.
- 11 También se incorporaron al ejército bajo el mando de Muñoz, miembros de las familias Sarria, Salazar, Murillo, Pineda, Ramírez, Guerrero y Ballestero, propietarios de distintas partes del país.
- 12 ORTEGA ARANCIBIA, 1974, pp. 44 y 116.
- 13 CHAMORRO ZELAYA, 1960, pp. 80-89.

- 14 ORTEGA ARANCIBIA, 1974, p. 133.
- 15 La gestión de Chamorro obedeció a una solicitud personal que le hizo Somoza, apelando a una vieja amistad que existía entre ambos. CHAMORRO ZELAYA, 1960, p. 97. La actitud de Somoza se explica por el hecho de que ya no podía contar con el apoyo de sus amigos salvadoreños, pues el gobierno de Cayetano Bosque estaba interesado en eliminar los obstáculos para la reunión de la Dieta de Nacaome, en la que aspiraba a concretar un nuevo proyecto unionista. Ver las disculpas presentadas por el mandatario salvadoreño a su homólogo nicaragüense por el apoyo que “algunos malos hijos” de su país brindaban a Somoza. *Registro Oficial*, N° 59, 7 de marzo de 1846.
- 16 CHAMORRO ZELAYA, 1960, p. 154; GAMEZ, *Historia Moderna de Nicaragua*, 1975, p. 435 y 473. De acuerdo a Gámez, Somoza también fue mandado a llamar por el Director Supremo José Guerrero, quien le proporcionó armas a cambio de su lealtad. Guerrero fue director del Estado desde abril de 1847 a enero de 1849.
- 17 ORTEGA ARANCIBIA, 1974, p. 133-134.
- 18 CHAMORRO ZELAYA, 1960, p. 89.
- 19 *Registro Oficial*, N° 58, 28 de febrero de 1846.
- 20 Este pronunciamiento, emitido el 23 de marzo de 1846, es conocido como el Acta de San Juan de Limay. Ver: CHAMORRO ZELAYA, 1960, p. 92-93.
- 21 Como resultado de estas presiones, Sebastián Salinas fue nombrado Secretario de Relaciones Exteriores, Francisco Castellón, como Secretario de Hacienda, y Pablo Buitrago, como Secretario de Guerra.
- 22 SANDOVAL, José León, “Discurso”, Managua, 12 de marzo de 1847. Documento reproducido en: VEGA BOLAÑOS, Andrés, *Gobernantes de Nicaragua. Notas y Documentos*, Nicaragua: Editorial Rodríguez, 1944, p. 117.
- 23 CHAMORRO ZELAYA, 1960, p. 117.
- 24 ESGUEVA, 1994, p. 362-366.
- 25 CHAMORRO ZELAYA, 1960, p. 122.
- 26 CHAMORRO ZELAYA, 1960, p. 118.
- 27 El “Liberalismo doctrinario” o “Tradicionalismo” fue una adaptación del liberalismo francés de 1789 a los intereses de la alta burguesía, despojado ya de sus preceptos de libertad e igualdad para todos. Esta corriente cobró auge en España a partir de 1830. Ver: COMELLAS, José Luis, *Historia de España*, Madrid: Editorial RIALP, 1967.
- 28 DE LA ROCHA, 1983, p. 73.
- 29 Donoso CORTES, *De la ley electoral, considerada en su base y en su relación con el espíritu de nuestras instituciones*, Madrid, 1835. Citado en: DE LA ROCHA, 1983, p. 73.
- 30 Uno de los miembros destacados del “club jacobino” era Rosalío Cortés, a quien De la Rocha identifica como el autor de un panfleto sedicioso titulado “Las Sombras”. DE LA ROCHA, 1983, pp. 70 y 71.
- 31 ORTEGA ARANCIBIA, 1974, p. 129; PÉREZ, Jerónimo, *Obras históricas completas*, Nicaragua: Colección Cultural del Banco de América, 1975, p. 822.
- 32 Éstos aparecen firmando una proclama de “La Nueva Tertulia”, reproducida en: *Revista Conservadora del Pensamiento Centroamericano (RCPCA)*, 27(134):99.
- 33 Sobre este tema, ver: ALVAREZ LEJARZA, Emilio, *Ensayo Histórico sobre el Derecho Constitucional de Nicaragua*, Managua, s.p.i., pp. 142 a 169, y 196 a 215.
- 34 CHAMORRO ZELAYA, 1960, pp. 114 y siguientes.
- 35 ESGUEVA, 1994, p. 362.
- 36 Guerrero fue electo para el período abril 1847 - abril 1849, entre 25 candidatos, al recibir 248 de los 817 votos depositados en los ocho distritos electorales del país. “Tabla que

- manifiesta los individuos que tuvieron sufragios para Supremo Director del Estado en los Distritos que lo Componen”, en: VEGA BOLAÑOS, 1944, p. 124.
- 37 GUERRERO, José, “Discurso en el acto de instalación de la Asamblea Constituyente”, 3 de septiembre de 1847. Documento reproducido en: VEGA BOLAÑOS, 1944, p. 132. Guerrero había sido electo entre 25 candidatos, al recibir 248 de los 817 votos depositados en los ocho distritos electorales del país. Ver:
“Tabla que manifiesta los individuos que tuvieron sufragios para Supremo Director del Estado en los Distritos que lo Componen”, en: VEGA BOLAÑOS, 1944, p. 124.
- 38 Los Diputados que se oponían a la reforma de la Constitución de 1838 eran Hermenegildo Zepeda, Gregorio Juárez, Pedro Zeledón, Justo Abaunza, Norberto Ramírez, Mariano Ramírez, Cipriano Gallo, Pablo Carvajal, José Rosa Pérez, Lic. Trinidad Tijerino, Pbro. J. Estanislao González, y por supuesto, el General Trinidad Muñoz. Los que favorecían las reformas eran Fruto Chamorro, Ponciano Corral, Laureano Pineda, Sebastián Escobar, Rafael Lebrón, Juan Grijalva, Antonio Morales, José Cortés, Juan Francisco guerra, Miguel Cárdenas, Pío José Bolaños y Ramón Morales. Ver: CHAMORRO ZELAYA, 1960, p. 125; y PÉREZ, 1975, p. 776.
- 39 GAMEZ, 1993, p. 357.
- 40 CHAMORRO ZELAYA, 1960, p. 126-127.
- 41 Arto. 93 y Arto. 100 de la Constitución de 1838.
- 42 “Ley Electoral. Decreto de 21 de diciembre de 1838, reglamentando las elecciones de las supremas autoridades”, Artos. 16 y 62; en ESGUEVA, 1995, pp. 326 y ss.
- 43 Ver Arto. 18 de la Constitución. Ver: ESGUEVA, 1994, p. 301; y el Arto. 26 de la Ley Electoral en: ESGUEVA, 1995, p. 330.
- 44 Arto. 62 de la Ley Electoral de 1838. ESGUEVA, 1995, p. 337.
- 45 Según el Arto. 3º del “Decreto reglamentando las Elecciones de Diputados a la Asamblea Nacional Constituyente” emitido el 18 de diciembre de 1851, la designación de los miembros del Directorio Electoral era presidida por un individuo de la Municipalidad o el Alcalde Constitucional. Ver: ESGUEVA, 1995, p. 359.
- 46 CHAMORRO ZELAYA, 1960, p. 212.
- 47 Batres había sido contratado para asistir a John Bailly en su estudio de la ruta canalera por el Río San Juan en 1837, pero enfermó de malaria, y permaneció en Granada hasta abril de 1838. La carta en la que describe las elecciones se haya reproducida en: VEGA BOLAÑOS, 1944, p. 75.
- 48 GAMEZ, 1975, p. 458.
- 49 ORTEGA ARANCIBIA, 1974, p. 140.
- 50 ORTEGA ARANCIBIA, 1974, p. 140.
- 51 Se prohibía a los Gobernadores militares departamentales y a los comandantes de plaza intervenir en los actos electorales, y se ordenaba a las Municipalidades establecer los cantones electorales lejos de las cárceles u otros lugares que exigieran la presencia de la fuerza pública. “Decreto aclarando algunas prohibiciones del Código Penal referente a las elecciones. (11 de octubre de 1852)”, en: ESGUEVA, 1995, p. 363.
- 52 ORTEGA ARANCIBIA, 1957, p. 159.
- 53 ORTEGA ARANCIBIA, 1957, p. 159.
- 54 ORTEGA ARANCIBIA explica que la mayoría de los timbucos granadinos vivían en el centro de la ciudad, encabezados por Fruto Chamorro, Juan José Zavala, Fulgencio Vega, así como los Barberena, Estrada, y Guzmán, quienes tenían adictos en algunos barrios, dominando en Cuiscoma, Guadalupe, Santa Lucía y Sin Piedad. Sin embargo, también había calandracas entre la gente principal de los intelectuales ricos y la clase media, como Benito Rosales, Buenaventura Selva, los Curas Agustín Vigil y el Cura Solórzano,

- los Lugo, Marengo y Castrillo; y caudillos de barrios como “Chongoringo”, “Nica” y “Mina” en Jalteva, la Loquera y la Otrabandita. Ver: ORTEGA ARANCIBIA, 1957, pp. 136 y 139.
- 55 ORTEGA ARANCIBIA, 1974, p. 139; GAMEZ, 1975, p. 424 y 440.
- 56 LEJARZA, José y ZELAYA, Leandro, “Al Público”, Granada, agosto 13 de 1848. En: *RAGHN*, Tomo VII, Num. III, Managua, noviembre de 1945, pp. 87-88.
- 57 CHAMORRO ZELAYA, 1960, p. 137. Citando el documento firmado por Leandro Zelaya y la versión de Chamorro Zelaya, Bradford Burns interpretó estos sucesos como un levantamiento autóctono de los indígenas en defensa de sus tierras comunales, omitiendo las redes de clientelismo político tejidas por el Ejecutivo y el Comandante del Ejército frente a la élite granadina. Dice el texto de Burns: “*Fearfull the Conservatives would take away their ancient rights to land, the local Indians crowned Miguel Cisneros their king to lead them in its protection. Cisneros urged the Indians to tear down fences erected by several large landowners of Granada, which the Indians claimed encroached on comunal lands.*” BURNS, Bradford, *Patriarch and Folk. The Emergence of Nicaragua (1798-1858)*, Harvard University Press, 1991, p. 150. Sin embargo, el propio Chamorro Zelaya identifica como organizadores de la ceremonia de coronación a varios miembros de la élite mercantil y terrateniente de Granada.
- 58 CHAMORRO ZELAYA, 1960, p. 136.
- 59 SÁENZ, Felipe, “Manifiesto que hace el que suscribe a los pueblos de Centro-América, del motivo por qué fue arrojado con otros fuera de su patria la ciudad de Rivas; y en el que se propone contestar el papel llamado vindicación, suscrito por doce individuos, sobre la calumnia que se hace a su familia con motivo de los atentados del 3 de diciembre”. Costa Rica, Imprenta de La Paz, 1849. Documento reproducido en: *RAGHN*, Tomo VI, Num. 1, Managua, abril de 1944, pp. 41 u ss.
- 60 Idem., pp. 47 y 48.
- 61 Idem., p. 50.
- 62 Idem., p. 55.
- 63 ORTEGA ARANCIBIA, 1974, p. 139.
- 64 GAMEZ, 1975, p. 435; CHAMORRO ZELAYA, 1960, p. 136.
- 65 GAMEZ, *Historia Moderna de Nicaragua*, 1975, p. 438-440.
- 66 GAMEZ, 1975, p. 446.
- 67 El Coronel Trinidad Salazar “*autorizó a los granadinos a acabar de una vez con la amenaza de los calandracas jaltevanos*”. CHAMORRO ZELAYA, 1960, pp. 137-138; ORTEGA ARANCIBIA, 1974, pp. 140-141; GAMEZ, *Historia Moderna de Nicaragua*, 1975, p. 459.
- 68 CHAMORRO ZELAYA, 1960, p. 139.
- 69 GAMEZ, 1993, p. 364.
- 70 La familia Espinoza se hallaba entre los mayores productores de cacao del istmo de Rivas, y sus miembros habían ocupado posiciones importantes en el Cabildo de esa Villa, desde su fundación en 1717. Ver: ROMERO VARGAS, 1987, p. 208.
- 71 CHAMORRO ZELAYA, 1960, p. 138.
- 72 ORTEGA ARANCIBIA, 1974, p. 142.
- 73 Un familiar de Bernabé, de nombre Anastacio Somoza, pertenecía a “La Nueva Tertulia”, o club político liberal que desde 1844 desafiaba la hegemonía política de la “Tertulia” tradicional de los grandes comerciantes y terratenientes, liderados por los Chamorro. Otros dos miembros de “La Nueva Tertulia” - Juan Lugo y Apolinar Marengo - fueron fusilados junto con Bernabé en Rivas, en julio de 1849. Ver: *RCPCA*, 27(134):99.
- 74 GAMEZ, 1975, p. 460.

- 75 · GAMEZ, 1975, p. 462-3.
- 76 CHAMORRO ZELAYA, 1960, p. 148.
- 77 "Parte oficial de Muños, datado en Rivas el 14 de julio de 1849", en GAMEZ, 1975, p. 470.
- 78 GAMEZ, 1975, pp. 471-472. Ver también: CHAMORRO ZELAYA, 1960, pp. 134 y 154.
- 79 En el proceso seguido a los implicados en el asalto al Cuartel, Francisco Barillas fue defendido por el Licenciado Juan José Zavala, del partido timbuco. Barillas alegaba que no había cometido traición, pues se había sublevado obedeciendo órdenes superiores, pero este argumento no le salvó la vida. CHAMORRO ZELAYA, 1960, p. 155; ORTEGA ARANCIBIA, 1957, p. 146.
- 80 Gámez sostiene que el Comandante General de las armas, José Trinidad Muñoz, era un verdadero discípulo de Maquiavelo: por medio de subalternos estimulaba secretamente la desobediencia a las autoridades en el Departamento Oriental, para luego presentarse como el gran pacificador. GAMEZ, 1975, p. 461.
- 81 PÉREZ, 1975, pp. 821-822.
- 82 Sin embargo, al reconstruir la cronología de los acontecimientos de este período, se evidencia que la actividad militar de Somoza fue mucho más limitada de lo que suponen algunos autores: a) su participación en la defensa de León durante el sitio de Malespín y los granadinos; b) un ataque a Chinandega y otro a Managua entre el 24 de julio y el 17 de agosto de 1845; c) el asalto al cuartel militar del puerto de La Unión, en marzo de 1846, para procurarse armamento; y d) una breve incursión a fines de ese mes a la villa de El Viejo y Chinandega, donde asesinó al hacendado Bernardo Venerio, y otros comerciantes. Luego, Somoza se refugió en El Salvador; regresó a Nicaragua a fines de 1846 o inicios de 1847, donde gozó de la amistad de Fruto Chamorro como de la protección del Director Supremo, José Guerrero, y del Comandante en Jefe del Ejército, Trinidad Muñoz. Reinició sus actividades militares en mayo de 1849, con un ataque a la guarnición de Nandaime, el asalto a las casas de sus enemigos personales, los Matus, en Jinotepe, el 6 de mayo; la toma del cuartel de Rivas, defendida por cuarenta soldados, a mediados de junio; el fracasado ataque a las tropas de Muñoz el 14 de julio, en el que perdió más de cincuenta hombres y la mayor parte de sus pertrechos bélicos; y finalmente, su derrota después de una breve resistencia, en San Jorge.
- 83 "Expediente de actas del proceso judicial por el delito de sedición contra el gobierno." Rivas, Nicaragua. 24 folios, original, manuscrito. Documento BC-0047, Archivo del Instituto de Historia de Nicaragua y Centroamérica (IHNCA). Las actas fueron firmadas por Ponciano Corral y Salvador Galarza.
- 84 Además de éstos fueron condenados por tomar las armas, las siguientes personas, que no me fue posible identificar con la información suministrada en las actas: Bustos, Encarnación; Cerda, Encarnación; Corea, Yrineo; León, Telésforo; Rivera, Agapito; Sánchez, Ponciano; Rivas, Miguel; Ugarte, Concepción.
- 85 A fines del siglo XVIII, los censos registraban tan sólo 2 mil 215 indígenas en esa región, pero había además una gran cantidad de mestizos, mulatos y algunos negros, probablemente descendientes de esclavos que eran ocupados en los obrajes de añil. ROMERO VARGAS, 1987, p. 37.
- 86 Asimismo, se observa que las declaraciones de los testigos no constituyeron la única fuente de información del tribunal, pues así como muchos de los denunciados quedaron en libertad, algunos de los condenados no aparecen mencionados en los testimonios. Algunas personas mencionadas como *cabecillas* pero que no aparecen en la primer lista de condenados son: Julio Urcuyo, Francisco Zamora, José Rugama, Francisco Guzmán, Bentura Gómez, Mario Balmaceda, Eusebio Castrillo, Teodoro Granados, Trinidad

- Tijerino, Pedro Mártir Mayorga, José Enríquez de la Puebla. Dado que el documento está incompleto, no sabemos si posteriormente fueron encontrados culpables.
- 87 Testimonio de Sebastián López.
- 88 No obstante, cabe observar que el nuevo Director Supremo, Norberto Ramírez, fue muy cauteloso al tratar con los legisladores acusados, pues sólo Rojas y Pérez sufrieron condenas.
- 89 Testimonio de Pablo Torres, vecino de Rivas.
- 90 Testimonios del Capitán Oriente Zamora y José Álvarez, ambos de Rivas.
- 91 Testimonio de Felipe Castro.
- 92 Testimonio de Felipe Castro.
- 93 Testimonio de Luis de la Llana.
- 94 Testimonio de Manuel Rocha.
- 95 Testimonio de Manuel Rocha.
- 96 Testimonio de Gregorio Serna.
- 97 Testimonio de Jesús Mayorga, vecino de San Jorge.
- 98 Testimonio de José Álvarez, Los Cerros.
- 99 Testimonio de Simón Porras, Los Cerros.
- 100 Testimonios de José Álvarez, de los Cerros y de Gregorio Serna, de Coyotepe.
- 101 Testimonio de (ilegible) Picado, Alcalde Pedáneo de un vecindario de San Jorge.
- 102 José Álvarez, Alcalde Pedáneo de Los Cerros.
- 103 Testimonio de Juan Díaz, vecino de Rivas.
- 104 Testimonio de León Morales, vecino de Popoyoapa.
- 105 Testimonio de Oriente Guerra.
- 106 Testimonio de Petrona Rivas.
- 107 Oriente Guerra los vio pasar por Buenos Aires, al día siguiente de la llegada de Somoza a Rivas. Los Alcaldes se detuvieron a pedir agua, y explicaron por qué no habían seguido su viaje hasta León: “... *hemos llegado a Masatepe, y como supimos que Somoza venía para acá, nos hemos vuelto.*”
- 108 Testimonio de Manuel Rocha.
- 109 Testimonio de Simón Porras.
- 110 De acuerdo a la tradición oral transmitida por sus descendientes, Lebrón era un francés girondino quien había huido a Nicaragua durante la época del Terror. Se estableció en Rivas y emparentó con la familia Urtecho. Fuente: testimonio del Lic. Alvaro Urtecho.
- 111 Estas declaraciones fueron tomadas, en “ampliación de diligencias”, después de dictada la primera sentencia condenatoria. Puesto que el expediente está incompleto, no podemos corroborar si los denunciados fueron condenados por el crimen. Esta versión fue sostenida, en declaraciones separadas, por Francisco Muñoz, Pablo Torres y Oriente Guerra, vecinos de Rivas, y Demetrio Cajina, vecino de Buenos Aires.
- 112 Testimonio de Demetrio Cajina.
- 113 Testimonio de Santos Aguilar. En realidad, Espinoza se trasladó al Guanacaste, donde se dedicó al comercio y a conspirar en contra de sus enemigos políticos. Ver: HERRERA CUAREZMA, Miguel Angel, “El impacto de la actividad transísmica en la comunidad de bogas y marinos. Pacífico nicaragüense. (1849-185)”, Tesis de maestría, Universidad de Costa Rica, 1997, p. 58.
- 114 GUERRA, 1993, capítulo X.
- 115 Ver por ejemplo, el editorial del *Mentor Nicaragüense*, N° 6, del 4 de diciembre de 1841. Reproducido en: *RAGHN*, Tomo XXXI, Managua, Julio-diciembre 1965, p. 100.

Parte III. Canal y geopolítica

Canal, geopolítica y relaciones étnicas

Introducción

En 1823 el prócer rivense y futuro jefe de Estado, Manuel Antonio de la Cerda, elevó ante el Congreso Federal de Centroamérica un proyecto para abrir una comunicación interoceánica a través de Nicaragua. Adjuntó a su propuesta un “Plano Ideal” que ilustraba la posibilidad de excavar un canal desde la bahía de San Juan del Sur en el Pacífico hasta el lago de Nicaragua.¹ Su propuesta abrió un candente debate. Los escritos y discursos de los diputados giraban en torno a tres ideas centrales: a) la apertura de la ruta interoceánica daría paso a una revolución económica y cultural de alcance mundial; b) el istmo se convertiría en el centro del comercio y de las comunicaciones de la humanidad; y c) la convergencia de voluntades y esfuerzos en torno a este proyecto aseguraría la paz en Centroamérica.

La visión de prosperidad asociada con el canal logró unir temporalmente a dos de las figuras más representativas de los bandos políticos rivales de la época: el liberal Francisco Morazán y el aristócrata prelado Juan José de Aycinena. En 1837, encargaron un estudio topográfico de la ruta al ingeniero John Baily, un teniente retirado de la marina británica que había llegado a Guatemala en 1824 como agente de la casa bancaria Barclay, Herring & Richardson.

A inicios de 1840 la investigación de Baily empezaba a mostrar sus frutos. El ingeniero se hallaba en condiciones de argumentar que, desde un punto de vista técnico, era posible construir el canal a un costo aproximado de veinticinco millones de dólares. Sin embargo, en vez de capital y tecnología, el proyecto atrajo las ambiciones geopolíticas de Gran Bretaña. El 1º de enero de 1848, la poderosa Albión envió una fuerza militar a ocupar el estratégico puerto de San Juan de Nicaragua, y cambió su nombre por el de Greytown, en honor a Sir Charles Grey, gobernador de Jamaica.²

Algunos intelectuales nicaragüenses mostraron una notable erudición en cuanto a los principios del derecho internacional en los documentos y correspondencia diplomática generados en el contexto de la usurpación británica. Sin embargo, la mayoría de los miembros de la élite gobernante confundía el significado del concepto de patriotismo, usándolo tanto para defender la soberanía del Estado como la autonomía de los ayuntamientos ciudadanos.

Como veremos en este capítulo, la incapacidad de la élite para afianzar su autoridad y allegarse los recursos económicos requeridos para el sostén del aparato estatal, los obligó a endeudarse con sus propios enemigos, y a delegar en ellos funciones primordiales del Estado. Esta debilidad interna se tradujo en impotencia para lograr el reconocimiento externo y defender la integridad de su territorio.

Pero, en el largo plazo, la ocupación británica de la costa oriental tendría consecuencias aún más graves y trascendentales para la construcción del Estado nación. En efecto, la antigua rivalidad de la potencia anglo-sajona con la metrópoli colonial española se trasladó a Nicaragua, y abonó a la discordia entre las diversas etnias que pueblan su territorio.

El debate sobre el canal en el período federal

Los debates en el seno del Congreso Federal en torno al proyecto canalero reflejaron la trascendencia que le atribuían los gobernantes centroamericanos. José Cecilio del Valle, quien había redactado el Acta de la Independencia de Centroamérica el 15 de septiembre de 1821, fue uno de sus promotores más entusiastas. A juicio del prócer, el privilegiado punto geográfico de Guatemala - “superior al de los reinos más poderosos de Europa” - le permitiría en un

futuro no lejano arrebatarse “a los bretones el cetro con que la han oprimido”.³ La construcción del canal significaría una revolución en el comercio, y conllevaría profundas transformaciones culturales y demográficas de alcance universal, argumentó Del Valle:

“El género humano estrecharía sus relaciones. La población del mundo se duplicaría o triplicaría. Las luces de Europa pasarían a la India y la América. La civilización universal haría progresos infinitos. Las razas se mejorarían cruzándose unas con otras. La especie humana sería más bella, más ilustrada, más rica y poderosa. (...) Nicaragua sería el centro grande desde donde se derramaría la riqueza a nuestra República en particular, y a la América y el Asia en general.”⁴

Sin embargo, dado su espíritu conservador, Del Valle advirtió a sus compatriotas que el canal podría llegar a ser “la manzana peligrosa de la discordia”, si sembraba la semilla de las rivalidades entre las potencias. En efecto, a esa fecha cuatro compañías extranjeras ya competían por obtener una concesión exclusiva para emprender la magna obra.⁵ El prócer argumentó que sería muy peligroso otorgar a cualquiera de éstas el monopolio sobre la ruta interoceánica, pues los artículos del contrato serían de escasa garantía, en vista de que Centroamérica aún carecía de suficiente fuerza para hacerlos respetar. Por tanto, sugirió a los gobernantes que actuaran como un prudente padre de familia, obtuvieran un préstamo de la Casa Barclay para financiar el proyecto, y se reservaran el control sobre el mismo.⁶

Pese a sus advertencias, en 1826 el gobierno federal otorgó una generosa concesión a la Central American and United States Atlantic and Pacific Canal Company, conformada por un grupo de inversionistas de Nueva York, entre ellos, Edward Livingston y el gobernador de ese Estado de la unión americana, Dewitt Clinton. Sin embargo, éstos no lograron reunir los cinco millones de dólares que estimaban necesarios para llevar a cabo la obra y la concesión prescribió.⁷

El canal como “templo de la concordia”

En 1830, el entusiasmo resurgió ante la posibilidad de firmar un tratado canalero con el ministro plenipotenciario del rey de los Países Bajos en Centroamérica, el general Jan Verveer.⁸ Su contra-

parte, Mariano Gálvez, entonces secretario de estado y de hacienda, presentó nuevamente el proyecto ante el Congreso Federal. En su informe, Gálvez asoció esta obra de progreso con la emancipación colonial. Argumentó que el canal interoceánico abriría las puertas a la civilización, y sacaría a los centroamericanos del aislamiento en que España había pretendido mantenerlos. El canal sería, pues, un instrumento de liberación. Precisamente por ese motivo, en 1783 la Corona había ordenado al ingeniero Manuel Galisteo que declarara impracticable el proyecto.⁹ Gálvez sostuvo:

“La España, que apoyaba su rudo imperio sobre nosotros, en el sistema de barbarie en que de intento mantenía á los pueblos, no podía dejar de alarmarse al solo anuncio de un suceso que, abriendo las puertas de América al contacto del mundo, debía hacerla partícipe de la civilización, de la cultura, y de aquellas luces que los tiranos temen, porque dando á conocer al hombre, la ignominia de sus cadenas, lo disponen para romperlas”.¹⁰

El canal encerraba la promesa de un enorme impulso a la economía centroamericana. La apertura de una línea de navegación, neutral y abierta al mundo entero - aseguró Gálvez - constituiría un baluarte de la República Federal, tanto por el flujo de recursos que proporcionaría al erario público, como por la ampliación de las relaciones internacionales. Asimismo, contribuiría significativamente al desarrollo cultural de sus pueblos, como resultado del estrecho contacto que pronto establecerían con comerciantes de diversos países. En suma, en el corto plazo, Centroamérica estaría en una posición de igualdad con respecto a los países civilizados de Europa, concluyó Gálvez:

“... los pueblos, envilecidos antes por la pobreza y la rusticidad, visitados que sean, por innumerables concurrentes especuladores, y por toda clase de hombres à quienes ahora retrahen las dificultades de nuestras comunicaciones, serán tan ricos como no los hay en la tierra, y por su civilización podrán rivalizar en breve con los de la culta Europa”.¹¹

El entusiasta informe de Gálvez fue secundado por Francisco Barrundia, senador presidente de la Federación Centroamericana. El 12 de agosto de 1830 dirigió un mensaje al congreso, instando

a los legisladores a ratificar el contrato canalero firmado con Jan Verveer. Es interesante notar que tanto Del Valle como Gálvez y Barrundia destacaban la idea de que, en primer lugar, el proyecto beneficiaría a Nicaragua, de donde “se derramaría la riqueza” al resto de los Estados de la Federación.

Barrundia incluso pronosticó que, una vez construido el canal interoceánico, Nicaragua ofrecería condiciones propicias para el traslado de la sede del gobierno federal a ese Estado, lo que ayudaría a aplacar el tradicional recelo hacia la llamada “aristocracia guatemalteca”. A su juicio, el canal sería la gran obra liberal que habría de cimentar la paz en Centroamérica, desgarrada por la guerra civil de 1825-1829 entre federalistas y centralistas.

La importancia del proyecto trascendía, pues, el ámbito económico, y prometía convertirse en un instrumento para la pacificación del istmo. “Sobre la devastación y la sangre del poder intruso se levantará así el templo de la concordia de las naciones y de la prosperidad de los pueblos”, concluyó el senador.¹² Sin embargo, las expectativas de los liberales centroamericanos nuevamente se vieron frustradas cuando estalló un movimiento independentista en Bélgica - hecho que desvió la atención del rey holandés hacia problemas más concretos y apremiantes.

Seis años más tarde, las palabras de Barrundia serían evocadas por uno de sus principales opositores: Juan José de Aycinena, heredero de la familia más acaudalada de Guatemala, rectora del comercio y de la vida social de la región. El interés de Aycinena en el proyecto canalero era de vieja data. En 1816, había viajado a Nicaragua para informarse personalmente sobre la geografía de la entonces provincia del Reino de Guatemala. El siguiente año, pasó a ocupar el más alto cargo en el Consulado de Comercio en la capital y, aunque luego optó por seguir una carrera eclesiástica, no abandonó su inclinación original. A raíz de la derrota de los centralistas en 1829, se trasladó a Estados Unidos, donde se dedicó a estudiar los grandes proyectos de ingeniería hidráulica desarrollados en ese país desde la exitosa construcción del Canal Erie.

En 1836, el obispo Aycinena redactó un extenso folleto con el fin de convencer a los centroamericanos sobre los enormes beneficios que obtendrían si construyeran y administraran una obra semejante, con sus propios recursos y talentos. En su visión del mundo se conjugaba el imaginario del religioso y del hombre de negocios, tal como se refleja en el siguiente fragmento de su escrito:

“El territorio de Nicaragua, con las facilidades que en él ofrece la naturaleza para la apertura del canal, es el rico legado que el Ser Supremo asignó al pueblo centroamericano para que la trabaje, se enriquezca con sus productos y adquiera el grado supremo de importancia comercial entre todas las naciones de nuestro continente”.¹³

Aycinena instó a sus compatriotas a seguir el ejemplo de los estadounidenses, que habían gestionado empréstitos para construir sus canales y ferrocarriles. En su opinión, el gobierno federal debía actuar como un padre de familia, pobre y honesto, que para prosperar solicita un préstamo, lo invierte, se aprovecha de las ganancias, y lo devuelve al dueño con el interés estipulado. Este principio natural y sencillo - afirmaba Aycinena - permitiría a los centroamericanos llegar a ser los dueños de un canal financiado con los impuestos de portazgo que cobrarían a los comerciantes extranjeros.¹⁴

Asimismo, pronosticó que la construcción del canal convertiría a Centroamérica en un depósito universal de productos agrícolas e industriales. El uso de la tierra en el istmo se modernizaría con el surgimiento de grandes plantaciones a lo largo de la ruta para abastecer a las flotas mercantes y militares del mundo. Además, la necesidad de reparar barcos en tránsito por el canal estimularía el desarrollo de la industria de construcción naval, y Centroamérica llegaría a ser una potencia marítima.

A juicio de Aycinena, una vez construido el canal los inmigrantes europeos que hasta entonces preferían establecerse en Estados Unidos y Canadá, llegarían a radicarse en Centroamérica. Mezclarían su sangre con los indígenas y, como resultado, las nuevas generaciones del istmo tendrían mejor apariencia y superior cultura.¹⁵ El obispo también compartía la idea de que este proyecto vendría a ser un instrumento de pacificación. Por tanto, instó a los centroamericanos a olvidar sus rivalidades partidistas y aunar esfuerzos para construir el canal. Finalmente, les rogó que se unieran en una “hermandad republicana”, para establecer los cimientos de su futura prosperidad y colocarse entre las naciones ilustradas, clamando:

“Yo les suplico que me escuchen con atención en obsequio de sus propios intereses; que olviden por un momento rivalidades hijas del espíritu de partido; que vuelvan los ojos sobre su patria; y que

contemplando el alto grado de esplendor y grandeza á que pueden elevarla por sus propios esfuerzos, se unan, cooperen y no se oiga otra voz del uno al otro extremo de la República, que el eco repetido en todas partes de abrir el canal de Nicaragua, para fundar la gloria y bienestar de la generación presente, preparar una suerte feliz para nuestra prosperidad, y colocarnos en un lugar distinguido entre las naciones cultas.”¹⁶

Advirtió al gobierno federal que debían actuar antes de que otros Estados se les adelantaran, tomando en cuenta la existencia de otras posibles rutas como el istmo del Darién. Por tanto, concluyó su folleto urgiendo a los centroamericanos a tomar la iniciativa: “(...) quiero finalmente que este gobierno obre con tal actividad y energía en el caso, que cuando el de Nueva Granada despierte del letargo en que yace, sea por el ruido de los golpes de las barras y piochas con que nuestros trabajadores estén haciendo la excavación.”¹⁷

Tal como observamos al inicio, la visión de prosperidad inspirada en el proyecto canalero logró unir a las principales figuras políticas del istmo. En 1837 el ingeniero británico John Baily se preparó para iniciar el estudio topográfico de la ruta que le encargara el gobierno federal de Centroamérica. Apremiada por la ruina económica en que las guerras civiles habían dejado a su familia, Mercedes Montúfar y Coronado gestionó el nombramiento de su hijo José Batres como asistente del ingeniero Baily.¹⁸ El joven Batres había estudiado matemáticas, ciencias militares y agrimensura, pero su verdadera pasión era la poesía, arte que le había ganado celebridad en los círculos sociales de la capital guatemalteca, junto con su destreza en el juego del ajedrez y su legendaria pereza.¹⁹

Muy a su disgusto, partió con destino al Desaguadero el 9 de marzo de 1837; Juan, su hermano menor, se unió a la expedición, motivado por un deseo de aventura que le costaría la vida. El dos de junio, pese a la paternal asistencia de Mr. Baily, sucumbió víctima de la malaria en la desembocadura del río - al que Pepe Batres culpó de la tragedia en amargos versos:

“Tu nombre tenía mi amigo, mi hermano,
Sobre él derramaste tu odioso veneno
Apenas bebiendo su aliento lozano
El hálito impuro que brota tu seno.
¡Por él te maldigo!”²⁰

La imprecación del poeta pareció cumplirse en el transcurso de las siguientes décadas: la importancia estratégica del río significó un grave peligro para la sobrevivencia del naciente Estado. Si bien la construcción del “templo” se percibía al alcance de la mano, la Diosa de la Concordia se hallaba, por entonces, muy lejos de las tierras centroamericanas. Los insuperables conflictos entre los jefes de los Estados del istmo y el gobierno central pronto desembocaron en la ruptura de la Federación. Aislada, Nicaragua quedó a merced de los intereses geopolíticos de las grandes potencias navieras de la época.

La defensa de la soberanía en la arena diplomática

El 30 de abril de 1838 Nicaragua se separó de la unión centroamericana, y emprendió por su cuenta diversas gestiones en torno al ansiado proyecto canalero. Asimismo, encomendó a Pedro Rouhaud, comerciante francés residente en Nicaragua, la misión de buscar inversionistas en su país natal. Igual tarea confió al prelado Jorge Viteri y Ungo, a quien envió a Italia como representante diplomático.²¹ Además otorgó a George Holdship, representante de un consorcio de comerciantes de Nueva York y Nueva Orleans, un contrato canalero que contemplaba también el establecimiento de un banco y el fomento de la inmigración de colonos extranjeros.²²

Así mismo, Nicaragua asumió el compromiso de financiar el estudio topográfico de la vía interoceánica, que el extinto gobierno federal encargara a Baily.²³ El ingeniero británico se estableció en Granada y recorrió la ruta desde la desembocadura del río San Juan en el Atlántico hasta el puerto de San Juan del Sur en el Pacífico.²⁴ A inicios de 1840, sus estudios ya le permitían argumentar de manera convincente que la construcción del canal era técnicamente viable, a un costo razonable de veinticinco millones de dólares.²⁵

Sus optimistas conclusiones atizaron el interés geopolítico de Estados Unidos y Gran Bretaña por controlar la ruta canalera. Pero, mientras el naciente imperio del norte se ocupaba de expandirse a costa de territorios mexicanos, la poderosa Albión tomaba audaces iniciativas para asegurar su hegemonía en el istmo centroamericano.

En agosto de 1841, el superintendente de Belice acompañó al rey de la Mosquitia Robert Charles Frederick en una gira de reconocimiento por sus dominios. El comandante y administrador de

aduanas del puerto de San Juan del Norte, coronel Manuel Quijano, se vio incorporado en forma intempestiva a la comitiva real.

En condiciones de alojamiento poco dignas de su status como funcionario de un Estado soberano - un cepo construido en la entrepuerta de la corbeta Tweed - Quijano sirvió de testigo involuntario en la toma de posesión de Bocas de Toro y de la isla de San Andrés, antes de ser abandonado a su suerte en cabo Gracias a Dios, dos meses más tarde.²⁶

El secuestro del coronel Quijano estuvo precedido de un ambiente de gran recelo con respecto a la política imperial de Gran Bretaña, debido al empeño de esta potencia en convertir las concesiones madereras que le otorgara la Corona española en un título de dominio permanente sobre Belice. A este hecho, se sumó la expulsión de las autoridades hondureñas de la estratégica isla de Roatán en 1838.²⁷

A inicios de la década de 1840, en diversas publicaciones del istmo se acusó a Inglaterra de estar preparando una invasión de grandes proporciones para apoderarse del istmo. El superintendente de Belice, coronel Alejandro MacDonald, rechazó estas denuncias como rumores ofensivos a Su Majestad Británica, a la vez que exigió disculpas a los gobiernos de la región.

La respuesta de Francisco Castellón, en su calidad de encargado de las relaciones externas del Estado de Nicaragua, fue contundente: la desconfianza de los centroamericanos hacia Gran Bretaña era una reacción lógica ante su agresiva política imperial. Mostrándose muy informado sobre la situación mundial, Castellón le recordó a MacDonald cómo Gran Bretaña había ido extendiendo sus dominios sobre la India y Asia Central, a partir del establecimiento de una factoría comercial y, a su vez, le preguntó:

“¿No será muy natural que los Centro-americanos, observando lo que ha sucedido en aquellas regiones, vean con sospecha la política del Gobierno de S.M. respecto á esta Sección de la América? ¿No se han hecho ya varias ocupaciones parciales de nuestro territorio por el Cabo de Gracias á Dios, embocadura del río de Segovia, Blufield por la Boca de San Juan i Laguna de Perlas? ¿No flota ya la Bandera Inglesa en estos parajes sin consentimiento expreso, ó pacto internacional pre-existente?”²⁸

Finalmente, el Ministro nicaragüense le hizo ver al Superintendente MacDonald la notoria contradicción entre su conducta y los

principios de política exterior enunciados por el gabinete de St. James, pues oficialmente el gobierno británico proclamaba respetar la soberanía de los nuevos Estados hispanoamericanos.

El comportamiento de los funcionarios británicos en el istmo era, en efecto, de una dualidad descarada: a escasos meses de su protesta por las “calumnias” vertidas en contra de su civilizado gobierno, MacDonald se presentó en San Juan del Norte a bordo de una corbeta artillada, y secuestró al comandante del puerto por haberse negado a reconocer la autoridad soberana de su protegido, el Rey Mosco.²⁹

La primera reacción del gobierno de Nicaragua fue atribuir el secuestro del coronel Quijano a un acto de piratería perpetrado a espaldas de Su Majestad Británica.³⁰ Se tenía la confianza de que el superintendente MacDonald sería castigado ejemplarmente, tanto por su atropello a un Estado soberano, como por su insolencia en presentar a la Augusta y Graciosa Reina Victoria como aliada de una tribu de salvajes.³¹

Tales expectativas pronto fueron disipadas. Fortalecido por el avance de sus planes y un merecido ascenso, Frederick Chatfield se personó en León en octubre de 1842. En la propia capital del Estado, respaldó oficialmente la alegada jurisdicción del Rey Mosco sobre San Juan del Norte. En consecuencia, se produjo un agrio intercambio de notas diplomáticas entre el cónsul y el ministro Simón Orosco, que dio inicio a una larga polémica sobre Derecho Internacional.³²

El libro de cabecera de los noveles diplomáticos nicaragüenses era la obra clásica de Emmerich de Vattel titulada *El Derecho de gentes o principios de la ley natural aplicados a la conducta y a los negocios de las naciones y los soberanos*.³³ Recurriendo al concepto de “Derecho Postliminium o de Propiedad Original”, argumentaban que al separarse de la metrópoli, cada Estado hispanoamericano había recobrado la posesión del espacio geográfico que le había sido demarcado por la administración colonial.³⁴ Por tanto, luego de la independencia y de la ruptura federal, Nicaragua gozaba de soberanía eminente sobre la totalidad de su territorio, incluyendo su costa oriental:

“En virtud de estos derechos de propiedad, y del *uti possidetis* romano que como un principio regulador adoptado por el derecho continental Americano de conformidad con el de gentes, es la ga-

rantía más sagrada de la posesión civil y natural de este Estado en la misma costa y puerto de San Juan del norte, aun después de separado del pacto federal, la confirmó terminante y solemnemente en su Constitución de 12 de Noviembre de 1838”.³⁵

Asimismo, sostenían que los zambos y mosquitos habían sido reconocidos de manera explícita como vasallos de la Corona española mediante una proclama real, lo mismo que en los tratados anglo-españoles de 1783 y 1786. Por tanto, a raíz de la independencia, se hallaban bajo la jurisdicción de los nuevos gobernantes criollos de Nicaragua.

Obviamente, Chatfield se inclinaba por la corriente positivista del Derecho de Gentes, en la que se privilegiaba la práctica de los soberanos por encima de los principios doctrinales como fuente de legitimidad. La soberanía sólo podía derivarse de la “ocupación efectiva” de un territorio - argumentaba - y la de España sobre la Mosquitia había sido tan sólo nominal.

Además, el cónsul disfrutaba advirtiendo al gobierno que el presentar una proclama del monarca español como evidencia de soberanía, implicaba de hecho admitir su propio status colonial, pues a la fecha Su Majestad Católica aún no se había dignado reconocer la independencia de Nicaragua.³⁶

En un inicio, los encargados de las relaciones exteriores del Estado nicaragüense, así como la élite en general, se mostraban relativamente confiados en que la justicia y la razón acabarían prevaleciendo sobre la fuerza. Su optimismo se sustentaba tanto en la fe en la benéfica intervención del Dios de las Naciones a favor de los débiles, como en la confianza racionalista en la ciencia social como reguladora de las relaciones internacionales, tal como se apreciaba en el siguiente argumento de Pablo Buitrago:

“Puesto que es naturalmente imposible que todos los pueblos de la tierra sean igualmente grandes y fuertes, sus respectivos medios de conservarse deben haber entrado en los designios del Supremo Legislador del universo; y por consiguiente, deben encontrarse en la ciencia social remedios para salvar al débil de los ataques del poderoso; la historia nos suministra á cada paso brillantes ejemplos de esta verdad. De otra suerte, la seguridad de la existencia política sería un bien exclusivo de las potencias de primera clase”.³⁷

Por otra parte, la élite apostaba al principio del “equilibrio de poder” como freno a las pretensiones imperiales de Inglaterra en el continente americano. Ya por apego a los axiomas del Derecho de Gentes proclamados por sus gabinetes, o bien por razones de seguridad nacional, las demás potencias del “mundo ilustrado”, tarde o temprano, prestarían oídos a las protestas de Nicaragua.

Esta línea de razonamiento aparecía con frecuencia en los periódicos de inicios de la década de 1840. Un ejemplo típico es el siguiente extracto de una carta remitida por un optimista ciudadano leonés a *El Redactor Nicaragüense*: “(...) el débil tiene también derechos naturales y de naciones, que oponer al fuerte: la Inglaterra tendrá la justicia de reconocerlos: y si no nos oye, entonces levantaremos nuestra voz, clamando á las Naciones del mundo ilustrado (...) Nos atenderá por que los extremos de su equilibrio, los extiende á todos los puntos del Globo”.³⁸

Asimismo, el *Mentor Nicaragüense*, órgano de la universidad de Granada, dedicó una columna para divulgar las normas que debían regir las relaciones internacionales: “Toda nación que se gobierna por sí misma, bajo cualquiera forma que fuere, y sin dependencia extranjera, es un Estado Soberano, y sus derechos son los mismos que los de todos los demás Estados. (...) El derecho de gentes - es y debe ser la ley de los Soberanos: los Estados libres é independientes son las personas morales, cuyos derechos y deberes son recíprocos. El derecho del más fuerte es un monstruoso contraprimipio relegado por el buen sentido, por la filosofía y por la civilización.”³⁹

El periplo europeo de Castellón

Los gobernantes nicaragüenses suponían a Gran Bretaña preocupada por su imagen internacional, y dispuesta a enmendar aquellos abusos de sus subalternos que constituían una “piedra de escándalo” en la gran familia de naciones cristianas.⁴⁰

Armado de tales esperanzas, el jurista leonés Francisco Castellón inició, en 1844, un periplo por las cortes europeas. Llevaba bajo un brazo el estudio topográfico de la ruta canalera de John Bailly, y bajo el otro la biblia del Derecho de Gentes del maestro Vattel.⁴¹

Sin embargo, sus credenciales como ministro plenipotenciario de Nicaragua, Honduras y El Salvador, no le valieron ante

el canciller británico. Éste se negó a reconocerlo como interlocutor válido, bajo el pretexto - sugerido por el propio Chatfield - de que el gobierno confederado, nacido del Pacto de Chinandega, no incluía a la totalidad de los Estados centroamericanos.⁴²

Castellón pasó entonces a Bélgica y a Francia, donde procuró obtener la mediación de sus gabinetes ante la corte inglesa a cambio de generosos privilegios sobre la ruta interoceánica. Sin embargo, hacia octubre de 1844 el ministro nicaragüense había tomado ya plena conciencia del fracaso de su misión, tal como se refleja en un informe que remitió a su gobierno desde París, el 27 de ese mes.

El rey Leopoldo había desestimado la solicitud de interceder en favor de Nicaragua ante su sobrina, la reina Victoria. Guizot, el ministro francés, se mostraba más interesado en conservar las buenas relaciones con Inglaterra que en endosar un incierto proyecto canalero. Decepcionado, Castellón observó: "En cuanto á la Francia, cuya amistad tanto nos lisonjeaba, tampoco hay que esperar nada favorable. El Ministerio actual no quiere nada que pueda disgustar á la Inglaterra, y todo su sistema está basado en conservar sus buenas relaciones y la paz entre las dos coronas á cualquier precio que sea."⁴³

Ante la indiferencia oficial, Castellón procuró ganarse el apoyo de influyentes sectores bonapartistas. Con ese objeto, visitó al príncipe Louis Napoleón, entonces reo de Estado en el Castillo de Ham. Le mostró los estudios de Baily, y "(...) burlando la vigilancia del carcelero, le deslizó disimuladamente dos cartuchos de oro", instándolo a sobornar a sus guardias, huir a Nicaragua, y ponerse al frente de la gran obra canalera.⁴⁴

El relativo éxito obtenido en su emotiva visita al príncipe Louis Napoleón, no alteró la objetividad de Francisco Castellón a la hora de evaluar las perspectivas de su frágil patria en las tormentosas aguas de la geopolítica mundial. Algunos años atrás, había tenido la presencia de ánimo de increpar al vice cónsul británico por una reclamación arbitraria, advirtiéndole que "(...) una pequeña República no es menos un Estado Soberano que el Reyno más poderoso".⁴⁵

Pero, la realidad constatada en las Cortes europeas en 1844, lo convenció de que Nicaragua se encontraba desvalida ante las miras de "la poderosa Albión". Era preciso actuar con suma prudencia - advirtió a su gobierno - y concentrar los esfuerzos diplomáticos en obtener un tratado comercial con esta potencia. Un acuerdo de esta naturaleza podría constituirse en un marco de referencia para las

relaciones mutuas, y brindar cierta protección al incipiente Estado nicaragüense.

Castellón temía que aún este modesto objetivo fuese imposible de alcanzar, y concluyó su informe con una dramática exhortación. Urgía fomentar la paz interior, la unión centroamericana y la solidaridad de Hispanoamérica entera frente al enemigo común, pues lo que se hallaba en juego no era una cuota de poder local, sino la existencia misma de la nación:

“Por lo que á mi toca, creo sinceramente que es necesario llamar en torno del Gobierno á todos nuestros compatriotas, cualesquiera que sea el matiz político á que hayan pertenecido, invitar á todos los otros Estados del Centro al orden, a la paz y á la unión, único medio de adquirir nuevo vigor y nuevas fuerzas para repeler á un común enemigo, que no se dirige á las personas de estos ó aquellos mandatarios ó empleados públicos, como sucede entre nosotros, sino al cuerpo entero de la Nación, á la independencia y soberanía que ésta se ha adquirido, á costa de tanta sangre, que anudados estos lazos y establecido un Gobierno fuerte y enérgico, pueda invitar igualmente á las demás Repúblicas americanas que se hallan en igual peligro, á fin de poner en ejecución el pacto de amistad, alianza y confederación que la Gran Dieta americana celebró en Panamá, antes de acordar su traslación a Tacubaya de Méjico en 1826, y que bajo de estos auspicios nos consagremos exclusivamente á crear los elementos de poder que necesitamos para hacer que se nos respete, y explotar los infinitos gérmenes de riqueza de que tanto abundamos, y sin la cual nada valemos en presencia de estas grandes Naciones.”⁴⁶

El patriotismo dividido

Las palabras del joven diplomático cayeron en el vacío. Igual había ocurrido en años anteriores con las exhortaciones patrióticas de otros funcionarios nicaragüenses. En efecto, a raíz del secuestro del administrador de aduanas del puerto de San Juan del Norte, el director supremo Pablo Buitrago había instado a sus compatriotas a tomar las armas para repeler a los invasores, recordándoles: “A vosotros corresponde cooperar a tan digno objeto; porque sois Nicaragüenses, y como tales obligados a defender el Estado”.⁴⁷

A la par de este llamado al cumplimiento de los deberes ciudadanos, el discurso de Buitrago apeló a los códigos culturales contruidos en torno al concepto del honor, y estableció un paralelo entre el hogar, el templo y la nación. Tal como ha observado Hobsbawm, ésta es una práctica omnipresente en los procesos de creación de la identidad nacional para trasladar la lealtad consagrada a la familia y a la Iglesia hacia el Estado.⁴⁸

Sin embargo, lejos de provocar una respuesta unísona, el mensaje del director supremo fue percibido a través del filtro de una diversidad de intereses locales. El llamado a vengar con las armas la afrenta extranjera a la patria suponía, naturalmente, fortalecer al ejército cuya comandancia general radicaba en León. En 1841, ello significaba para muchos granadinos una amenaza más inmediata que la eventualidad de una nueva incursión del Rey Mosco.

Si bien los principales vecinos de Granada acudieron a la convocatoria del general en jefe Casto Fonseca para trazar un plan de defensa de San Juan del Norte, no omitieron recomendar al gobierno que concentrase su atención y, por consiguiente, el presupuesto del Estado, en la búsqueda de una solución pacífica al conflicto. Recomendaron, pues, enviar cuanto antes una delegación diplomática a Europa para representar los derechos de Nicaragua ante la corte de Londres, y divulgar a través de la prensa del mundo civilizado los atropellos sufridos.⁴⁹

Las proclamas patrióticas de inspiración marcial publicadas en León eran, con frecuencia, contestadas con graves llamados a la cordura desde el periódico granadino *Mentor Nicaragüense*: “(...) todo ha de ser obra de la razón, de la política, y de la sagacidad diplomática. Es preciso que no nos alucinemos: que conozcamos nuestra situación; y que no nos dejemos llevar de aquel fuego patrio que como tan espírituoso enajena y embriaga, si no se calma con la prudente reflexión.”⁵⁰

A fin de llevar a cabo la “ocupación efectiva” de San Juan del Norte, los hacendados y comerciantes granadinos sugirieron convertir el puerto en un presidio. Esta propuesta tenía antecedentes en el siglo XVIII: las autoridades del Reino de Guatemala la habían contemplado como opción para colonizar los puertos del Atlántico y poblar las rutas de transporte mediante el traslado de indios aclimatados o negros caribes, leales a los españoles.⁵¹

Por otra parte, esta alternativa ofrecía el beneficio colateral de asegurar mano de obra gratuita para dotar al puerto de la infra-

estructura necesaria para el comercio, ya que a la fecha carecía de edificios apropiados para aduanas y bodegas. La sugerencia de la élite granadina tomó cuerpo en un decreto, cuyo artículo quinto facultaba a los: "(...) administradores ó mandadores de haciendas para que en calidad de alcaldes de campo y con los sirvientes puedan rondar todos los puntos despoblados cada vez que lo tengan por conveniente, capturando á los malhechores y poniéndolos a disposición de las autoridades respectivas".⁵²

Esta medida prometía un suministro regular de candidatos para poblar San Juan del Norte. El ánimo patriótico de los legisladores les permitió conjugar, de esta manera, la defensa de la integridad territorial, el interés de los hacendados por reforzar el control social en el campo, y las exigencias del comercio granadino.

Sin embargo, este consenso fue transitorio. Las divergencias entre la élite granadina y el gabinete leonés en cuanto a las prioridades del Estado se ahondaron a raíz de la publicación de un decreto legislativo que disponía la reconstrucción del Castillo de la Inmaculada Concepción, antiguo fuerte colonial ubicado hacia la mitad del curso del río San Juan.⁵³

Desde las páginas del *Mentor Nicaragüense* se reprochó a los administradores de la hacienda pública su falta de conocimiento de la geografía patria. La acción más urgente para evitar la pérdida de la única salida del Estado al Atlántico - se les aclaró - no consistía en reparar un viejo fuerte interior, sino en construir un dique para detener el creciente desvío del caudal del río San Juan por el brazo del Colorado. De lo contrario, en el corto plazo, ni los bongos de escaso calado podrían navegar en la bahía de San Juan del Norte, exclamaron:

"¿Cómo es que no ha podido haber en nuestra hacienda caudales para fundar los edificios necesarios á la existencia de la aduana que produce uno de los más ricos recursos de nuestro erario y ahora se cree que hay para construir fortalezas que no pueden producir otro efecto que defender lo menos interesante de nuestro río? ¿Cómo es que en lugar de gastar en este superfluo edificio, no se mandó poner un dique en la ida de aguas por el Colorado para hacer desaparecer las sequedades que entre poco tiempo no permitirán el tráfico aun de nuestras toscas embarcaciones? Y entonces, ¡adiós producciones del puerto, adiós nuevo castillo en el vacío y adiós Estado!"⁵⁴

¿Logreros alienígenas o aliados oportunos?

A la par de su incapacidad para formular una política consensuada ante la usurpación británica del estratégico puerto de San Juan del Norte, la élite manifestó una actitud inconsistente con respecto a los grandes comerciantes ingleses radicados en el país.

Durante el período federal, los inmigrantes europeos habían recibido amplias facilidades para asentarse en Centroamérica, pues, por lo general, los nuevos gobernantes criollos atribuían el atraso del istmo al aislamiento que su celosa metrópoli les había impuesto a lo largo de tres siglos. Visualizaban la llegada de colonos procedentes de naciones industrializadas como un poderoso estímulo para el progreso. El rápido crecimiento económico de los Estados Unidos de Norteamérica, y de otros países suramericanos que habían adoptado políticas migratorias de puertas abiertas, parecía confirmar tal percepción.⁵⁵

Estimulados por la apertura de esos años, tres jóvenes ingleses - Thomas Manning, Jonas Wilson Glenton y Walter Bridge - se establecieron en la costa del Pacífico nicaragüense, donde compraron propiedades y se dedicaron al comercio general de importación.⁵⁶ Poco después se les unió John Foster y, entre los cuatro, llegaron a dominar el comercio en el triángulo formado por León, Chinandega, y el puerto de El Realejo. Obtenían pingües ganancias cambiando manufacturas británicas por productos locales de exportación, como añil o maderas tintóreas.

Alrededor de este eje empresarial, articulaban otras transacciones comerciales que los llevaban entre las ferias del añil en San Miguel, El Salvador, hasta las escarpadas montañas de Costa Rica donde compraban café para exportarlo a Europa, ya en forma directa o por medio de intermediarios en Chile y el Perú.⁵⁷ Otros tres británicos se establecieron en Granada, puerto lacustre desde el cual comerciaban con Jamaica.⁵⁸

La actitud de apertura hacia los extranjeros, predominante en los primeros años de la Federación, sufrió modificaciones ante la negativa de Gran Bretaña a reconocer la independencia de Centroamérica y celebrar un formal tratado comercial con la nueva república.⁵⁹ Este viraje fue aún más notorio cuando Chatfield empezó a desplegar su estrategia para asegurar la hegemonía británica en el istmo.

En 1840, el gobierno de Nicaragua recibió una nota del cónsul en la que se le advertía que las fuerzas navales imperiales se hallaban dispuestas a tomar acciones para asegurar la indemnización de súbditos británicos víctimas de exacciones fiscales arbitrarias durante las guerras federales.

El ministro Francisco Castellón respondió que el tratamiento dado a los extranjeros en el Estado de Nicaragua no obedecía a innovaciones al Derecho de Gentes efectuadas durante el período federal. Por el contrario, Nicaragua continuaba observando las leyes sobre extranjeros contenidas en el Libro 6º de la Novísima Recopilación, aplicadas en la propia España.

Según este cuerpo jurídico, bien conocido en Europa, los extranjeros con diez años de residir en el país, que poseyeran establecimientos comerciales o hubiesen casado con nicaragüenses, gozaban de los mismos privilegios que los ciudadanos del Estado. Pero, al igual que éstos, compartían deberes para con la patria, tal como el de contribuir al sostenimiento de la hacienda pública.

Si el gobierno británico deseaba para sus súbditos un tratamiento distinto al contemplado en la legislación vigente - razonaba Castellón - debía proceder a firmar un tratado formal con los Estados centroamericanos, pues: “(...) así lo exigen la libertad é igualdad de las Naciones entre sí, aun cuando Centro-América sea menos fuerte que la Gran Bretaña, pues, según dicen los autores: un enano es tan hombre como un gigante, i una pequeña República no es menos un Estado Soberano que el Reyno más poderoso”.⁶⁰

La divulgación de las notas intercambiadas entre los representantes del gobierno nicaragüense y los funcionarios consulares británicos, por medio de la prensa local, introdujo la polémica en un círculo social más amplio. En consecuencia, los periódicos de la época publicaron numerosos editoriales y cartas remitidas por ciudadanos privados, en las que se exigía al gobierno mano dura contra los comerciantes ingleses radicados en el país.

Esta campaña se hizo sentir con mayor firmeza en los medios de comunicación granadinos: el *Mentor Nicaragüense*, dirigido por el conservador Fruto Chamorro, y *El Ojo del Pueblo*, editado por el liberal José Benito Rosales. Desde sus páginas se lanzó contra ellos toda una gama de iracundos epítetos, que oscilaban desde lo prosaico - “infames bretones” - a lo sofisticado - “logreros alienígenas”.⁶¹

En una carta remitida al *Mentor Nicaragüense*, un ciudadano compartió sus sospechas de que las amenazas de bloqueo obedecían

a un sórdido negocio fraguado entre los capitanes de los buques de guerra y los comerciantes británicos radicados en el istmo.⁶² Otro ciudadano instó al poder legislativo a emitir decretos para impedir que los ricos comerciantes extranjeros continuaran evadiendo sus obligaciones fiscales bajo la sombra protectora de los agentes consulares imperiales.

En respuesta a este sentir, en diciembre de 1841 la Asamblea Legislativa presentó al Ejecutivo un proyecto de ley, que contemplaba la naturalización obligatoria de todos los extranjeros residentes en el país. En el artículo primero, establecía que todo súbdito extranjero, llegado por su propia voluntad a Nicaragua, era merecedor de todas las garantías sociales establecidas en el artículo 15 de la Constitución del Estado. Pero, a cambio, debía mostrarse dispuesto a aceptar no sólo todas las obligaciones estipuladas en su artículo 48, sino también: “(...) las vicisitudes que pueda experimentar en un país cuya organización política aun no es completa, no pudiendo valerse para los reclamos que en su caso puedan hacer de otra autoridad ni de otra potencia que la de las leyes del país, y la de la justicia que le asista, representada ante las autoridades del mismo.”⁶³

El decreto otorgaba a los extranjeros residentes en el país un plazo de tres meses para solicitar su status de “vecino”. Si optaban naturalizarse como nicaragüenses, asumían todos los deberes ciudadanos establecidos por la Constitución; en caso contrario, debían abandonar el país.

Este proyecto de ley, aprobado por las cámaras legislativas el 2 de diciembre de 1841, fue vetado por el ejecutivo, quizás por considerarlo muy drástico o prematuro.⁶⁴ Sin embargo, los funcionarios británicos no correspondieron la prudencia del director supremo. El 16 de abril de 1842, el superintendente de Belice y el vice almirante de las fuerzas navales imperiales en el Caribe exigieron al gobierno nicaragüense la indemnización de dos ciudadanos británicos, afectados por exacciones fiscales durante las guerras federales. Cada Estado de la extinta federación debía asumir el pago de una cuota de las sumas reclamadas - insistían dichos funcionarios - de lo contrario, sufrirían el bloqueo de sus puertos.⁶⁵

En reacción, los legisladores nicaragüenses autorizaron al ejecutivo prohibir la introducción de mercancías británicas a Nicaragua, y expulsar a los súbditos de esa potencia que no hubiesen solicitado su naturalización. Este radical decreto fue aprobado por el director supremo Pablo Buitrago el 27 de mayo de 1842.⁶⁶

Sin embargo, antes de aplicarlo, el ministro de relaciones Simón Orosco hizo un último intento por resolver el conflicto por medio de la negociación. Solicitó a los reclamantes presentar los documentos que sustentaban su demanda para someterlos al dictamen de las autoridades judiciales competentes. Como toda respuesta, un buque de guerra inglés bloqueó el puerto de San Juan del Norte el 17 de junio de 1842.⁶⁷

El gobierno de Nicaragua decidió poner a prueba el recurso de la “balanza de poder”, y solicitó el arbitrio de los cónsules de los Estados Unidos y Francia.⁶⁸ Éstos expresaron su voluntad de cooperar a la solución del conflicto, pero el gobierno de Guatemala salió al frente y se ofreció como garante del pago de la cuota nicaragüense. Viendo la oportunidad de inflar el prestigio de sus aliados y comprometer la gratitud de Nicaragua hacia el gobierno guatemalteco, Chatfield accedió a levantar el bloqueo el 26 de septiembre de 1842.

Poco después, reanudó el acoso militar y económico al gobierno nicaragüense. En efecto, en diciembre de 1843 el cónsul británico presentó un reclamo oficial en favor de los comerciantes Jonas Wilson Glenton y Thomas Manning, tomando como pretexto un juicio civil promovido por éstos en contra del Lic. Ramón Solórzano por una deuda de 26 mil pesos. Aunque el caso se estaba ventilando en los tribunales de justicia de Nicaragua, y se esperaba un fallo favorable a los comerciantes ingleses, éstos prefirieron poner el asunto en manos de Chatfield.

Las ventajas eran obvias: someterse al curso normal de la justicia nicaragüense implicaba esperar que el juez ordenara el remate de los bienes del deudor, con el riesgo de que el producto no cubriera la suma adeudada. A fin de evitarles tal inconveniencia a sus compatriotas, Chatfield exigió el pago, inmediato y en efectivo, al propio gobierno. Esta táctica ofrecía al astuto cónsul un beneficio político colateral: la oportunidad de hacer alarde de poder con el despliegue de las fuerzas navales británicas.⁶⁹

Al mismo tiempo, Chatfield presentó otro reclamo en favor de Walter Bridge. El agricultor y comerciante inglés había sido víctima de ladrones comunes, pero el cónsul atribuyó el incidente a la propaganda anti británica publicada en los periódicos nicaragüenses a raíz del secuestro del comandante de San Juan del Norte.⁷⁰ Por tanto - argumentó - el gobierno estaba en la obligación de indemnizar a su compatriota, en el plazo perentorio de quince días. En un tono amenazante, el cónsul advirtió que pondría ambos casos en

conocimiento del comandante en jefe de las fuerzas navales de Su Majestad Británica en las Indias occidentales.⁷¹

Una interesante carta remitida al periódico *El Ojo del Pueblo* en febrero de 1844, da cuenta de la reacción de la élite granadina ante las amenazas de Chatfield de imponer un nuevo bloqueo. El tema había sido objeto de discusión en la Tertulia a la que asistían los comerciantes, hacendados e intelectuales más importantes de la ciudad.

En opinión de uno de los tertulianos, con la cual el autor del "Remitido" coincidía plenamente, los nicaragüenses estaban errados en interpretar las acciones de Chatfield como un reflejo de la política oficial del gabinete británico. Evaluando con objetividad el expansionismo comercial de Gran Bretaña, opinaba que esta potencia era capaz de destinar millones de libras esterlinas en desplegar sus escuadras navales, e incluso transgredir el derecho internacional, por ver entrar en el Támesis los valiosos productos del Oriente.

Sin embargo, consideraba una "locura de gran magnitud" afirmar que esa gran nación expondría su imagen internacional y malgastaría su dinero para cobrar una deuda privada de veinticinco mil pesos. El colosal gobierno inglés "valúa los hombres con el dinero, y pesa la sangre con las mercaderías" - argumentaba el optimista tertuliano - por lo que era un disparate abrigar la idea que intervendría en favor de dos irlandeses o escoceses, que decían haber nacido en Inglaterra.⁷²

Sin embargo, el tertuliano granadino no tardó en comprobar el error de sus cálculos políticos. Obviamente, desconocía que los actos de hostilidad de Chatfield tenían lógica dentro de su estrategia dirigida a afianzar la hegemonía británica y el control sobre la ruta interoceánica.

El 30 de marzo de 1844 se inició el segundo bloqueo al puerto de San Juan del Norte. La indignación de los nicaragüenses se refleja en el editorial de *El Ojo del Pueblo*, titulado "Granjería Inglesa". Refiriéndose al caso de la demanda civil de Glenton y Manning, el autor recriminó a Chatfield por pretender que el poder ejecutivo interfiriera con una acción de competencia exclusiva del poder judicial - aberración que podría ocurrir en países incivilizados como Turquía, pero nunca en Nicaragua.

Asimismo, acusaba a Chatfield de ordenar el bloqueo a San Juan del Norte para fortalecer el monopolio comercial inglés asentado en El Realejo. Su intención no era otra que la de perjudicar a

los comerciantes granadinos, pues éstos importaban bienes manufacturados provenientes de varios países. Sin embargo - advertía el editorialista - tales pretensiones eran vanas, pues el gobierno ya estaba considerando un decreto por el que se prohibiría toda importación de manufacturas inglesas. Este era el “expediente más a propósito y que vale por cien escuadrones para aniquilar tan pérfidas maquinaciones, enemigas del bien y prosperidad de nuestro país.”⁷³

En efecto, el gobierno respondió a la nueva agresión emitiendo, el 18 de mayo de 1844, una ley de extranjeros⁷⁴ que fijaba un sinnúmero de condiciones a los forasteros que desearan contraer matrimonio con “hijas del país” - enlace por medio del cual adquirirían el derecho a comprar tierras en el Estado y competir con los demás nacionales en el comercio interior.⁷⁵

Del discurso a la práctica

En el contexto del segundo bloqueo al puerto de San Juan del Norte, el periódico granadino *El Ojo del Pueblo* publicó un encendido editorial patriótico en el que advertía a los agresores:

“Pero escuchad, atended (...) no contaréis jamás al Pueblo de Nicaragua entre vuestras conquistas. (...) los Nicaragüenses sabrémos transijir nuéstras discordias en caso de que las tuviésemos, por volver nuestras armas contra vosotros: mientras quede uno solo de nosotros parado, no hai sumisión, no hai mas que guerra á muerte: y... ¡Pueblos todos del mundo, oid nuestro juramento! Los insulares inquietadores del género humano, llegarán quiza á enarbolar su bandera en nuestro suelo; pero será pasando sobre ruinas y cadáveres, sobre las cenizas que quedarán en lugar de las poblaciones del que fué Estado de Nicaragua.”⁷⁶

Como vemos, el editorialista se dirigía a los británicos en nombre del “Pueblo de Nicaragua”, como ente político homogéneo frente al conquistador extranjero. Esta proclama, tomada al margen de su contexto histórico, podría llevarnos a la errada percepción de que ya existía entre la élite un fuerte sentimiento nacionalista.

Igual impresión pudiera obtenerse de la correspondencia diplomática y de los informes de los ministros encargados de las relaciones exteriores del Estado. Por ejemplo, encontramos una cla-

ra argumentación teórica y jurídica para fundamentar los derechos soberanos de Nicaragua como Estado nación moderno en una memoria presentada por Pablo Buitrago ante la asamblea legislativa.⁷⁷

Buitrago inició su argumentación recordando que las distintas unidades administrativas del imperio colonial español se habían conformado a partir de demarcaciones territoriales indicadas por la propia naturaleza.⁷⁸ Durante tres siglos, se habían regido por un sistema político uniforme, adaptado a sus características e intereses particulares. Como resultado, se desarrolló una “aproximada homogeneidad de costumbres entre los pueblos que habitaban cada una de aquellas regiones”. Más aún, llegaron a compartir “sentimientos de confraternidad (...) planes y esperanzas”, y un “sublime instinto de compactibilidad”.⁷⁹

Por tanto - explicó - a raíz de la independencia, “el pueblo de cada provincia, de cada reyno y de cada vi-reynato, capaz de constituirse en Estado ó Nación,”⁸⁰ asumió la soberanía, para gobernarse por sí mismos como un “cuerpo político”. Así lo hizo el “pueblo nicaragüense”, como un todo compacto e indivisible, con los mismos súbditos que tenía cuando era una provincia del antiguo reino de Guatemala, pues: “(...) la soberanía es una, indivisible, inenajenable é imprescriptible, pertenece al Estado, y ninguna porción de él, ni individuo alguno puede arrogarse sus funciones, como ha declarado Nicaragua en sus constituciones políticas.”⁸¹

Es preciso reconocer la erudición de Buitrago en su disertación sobre el principio de nacionalidad y los fundamentos del derecho internacional. No obstante, la idea moderna de “nación”, y de “pueblo” como sujeto de la soberanía, no eran más que referencias intelectuales abstractas. El concepto de comunidad política heredado del período colonial conservaba todo su vigor en la Nicaragua de mediados del siglo XIX, puesto que reflejaba la existencia real de múltiples comunidades heterogéneas representadas por sus cabildos.⁸²

Tomar en cuenta esta dualidad en el imaginario de la élite nicaragüense, nos permite comprender por qué las frecuentes exhortaciones a la unidad frente a la amenaza externa caían en el vacío. Como hemos visto en el último informe que Francisco Castellón enviara desde Londres, había advertido a sus compatriotas que los conflictos internos darían al gobierno inglés nuevos argumentos para justificar la intervención de sus fuerzas navales. Era preciso deponer las luchas partidistas - clamaba el joven diplomático - pues la independencia y soberanía de la nación se hallaban en grave pe-

ligro.⁸³ Sin embargo, estas advertencias poco valieron para frenar la guerra entre León y Granada que estalló a fines de 1844.

Por otra parte, la política del gobierno nicaragüense hacia los súbditos de la “pérfida Albión” experimentó un viraje radical a raíz de la guerra civil de 1844-45. Los “infames bretones” y “logreros alienígenas” de otrora se transfiguraron en oportunos aliados. Entre la vorágine del conflicto bélico, Mr. Thomas Manning encontró la ocasión de vender a los granadinos un cargamento de mil fusiles, 200 barriles de pólvora, 200 quintales de plomo, 12 mil piedras de chispa y 200 tahalíes, encargados a deshora por el “Gran Mariscal” Casto Fonseca, para entonces bajo sitio en la plaza de León.⁸⁴

El nuevo Director Supremo - el granadino José León Sandoval - se vio obligado a solicitar crédito a los comerciantes ingleses para pagar los marciales servicios del general Malespín. Bajo las nuevas circunstancias, los decretos emitidos en contra de los extranjeros en el contexto de los bloqueos al puerto de San Juan del Norte y la ocupación de Bluefields, eran un motivo de embarazo. El ministro encargado de asuntos exteriores se sintió en la obligación de publicar en el *Registro Oficial* el listado de los acreedores al tesoro público, e instó a los Padres de la Patria emitir leyes acordes al: “(...) espíritu de equidad y de la buena fe, que debe reinar en un gobierno civilizado al tratar ó tocar con los intereses de súbditos de naciones amigas”.⁸⁵

El grado de condescendencia del gobierno hacia sus acreedores se correspondía con la gravedad de sus compromisos financieros. Los comerciantes ingleses Glenton y Manning recibieron en hipoteca las rentas del estanco del tabaco, junto con la potestad de reclutar milicias privadas para destruir los plantíos de los agricultores rebeldes que rechazaran el precio fijado por los concesionarios.⁸⁶ De esta manera, el gobierno nicaragüense terminó cediendo a manos extranjeras uno de los atributos básicos de todo Estado: el ejercicio de la coacción militar.⁸⁷

Mientras tanto, el previsor Mr. Chatfield, en su calidad de representante legal de la Casa Barclay, Henning y Cía. de Londres, presionaba al gobierno para que, una vez honrado el crédito de sus compatriotas, se comprometiera a destinar la renta del tabaco al pago de la deuda federal.⁸⁸ Consciente de su precaria situación, no cupo al gobierno más que suplicar al cónsul un poco de paciencia. En una patética carta, explicó que su incumplimiento en los pagos, no era por: “ (...) falta de voluntad, sino por los obstáculos que á cada

paso encuentra en su marcha política un Estado pequeño, pobre y sin recursos para salir súbitamente del malestar á que lo conduce la infausta suerte de su infancia.”⁸⁹

Geopolítica y conflicto étnico

Como hemos visto, la incapacidad de la élite para afianzar su autoridad y allegarse los recursos económicos requeridos para el sostén del aparato estatal, los obligó a endeudarse con sus propios enemigos, y a delegar en ellos funciones primordiales del Estado. Esta debilidad interna se tradujo en impotencia para asegurar el reconocimiento externo y defender la integridad de su territorio en este período.

Pero, en el largo plazo, la ocupación británica de la costa oriental tendría consecuencias aún más graves y trascendentales para la construcción del Estado nación. En efecto, la rivalidad de la potencia anglosajona con la metrópoli colonial española se trasladó al territorio de la lejana Nicaragua, y plantó la semilla de la discordia entre sus habitantes.

La tradición oral de los habitantes del Pacífico nicaragüense reflejaba prejuicios en contra de las etnias del litoral atlántico, inculcados durante el período colonial. Se decía que los habitantes de la Mosquitia provenían de una mezcla de indios y negros cimarrones, ocurrida a raíz del naufragio de un barco de traficantes de esclavos en las cercanías del cabo Gracias a Dios.

Después de rebelarse y asesinar a sus amos, los negros se asentaron en el litoral y emprendieron la guerra en contra de sus primitivos habitantes. Exterminaron a los hombres para apoderarse de sus mujeres, y de este acto de violencia surgió una “raza de indios diferente”: un pueblo cruel y bárbaro que esclavizó a los aborígenes más débiles.

Luego, los “moscos” se colocaron al servicio de los ingleses y, con las armas de fuego proporcionados por éstos, realizaban cacerías de hombres de otras tribus para venderlos como esclavos en Jamaica. A raíz de la abolición de la esclavitud, los agentes del gobierno británico en Belice y Jamaica siguieron cultivando esta alianza por razones geopolíticas.⁹⁰

Al margen de los prejuicios y exageraciones que formaban parte de la tradición oral sobre los temidos “moscos”, lo cierto es que su

paso encuentra en su marcha política un Estado pequeño, pobre y sin recursos para salir súbitamente del malestar á que lo conduce la infausta suerte de su infancia.”⁸⁹

Geopolítica y conflicto étnico

Como hemos visto, la incapacidad de la élite para afianzar su autoridad y allegarse los recursos económicos requeridos para el sostén del aparato estatal, los obligó a endeudarse con sus propios enemigos, y a delegar en ellos funciones primordiales del Estado. Esta debilidad interna se tradujo en impotencia para asegurar el reconocimiento externo y defender la integridad de su territorio en este período.

Pero, en el largo plazo, la ocupación británica de la costa oriental tendría consecuencias aún más graves y trascendentales para la construcción del Estado nación. En efecto, la rivalidad de la potencia anglosajona con la metrópoli colonial española se trasladó al territorio de la lejana Nicaragua, y plantó la semilla de la discordia entre sus habitantes.

La tradición oral de los habitantes del Pacífico nicaragüense reflejaba prejuicios en contra de las etnias del litoral atlántico, inculcados durante el período colonial. Se decía que los habitantes de la Mosquitia provenían de una mezcla de indios y negros cimarrones, ocurrida a raíz del naufragio de un barco de traficantes de esclavos en las cercanías del cabo Gracias a Dios.

Después de rebelarse y asesinar a sus amos, los negros se asentaron en el litoral y emprendieron la guerra en contra de sus primitivos habitantes. Exterminaron a los hombres para apoderarse de sus mujeres, y de este acto de violencia surgió una “raza de indios diferente”: un pueblo cruel y bárbaro que esclavizó a los aborígenes más débiles.

Luego, los “moscos” se colocaron al servicio de los ingleses y, con las armas de fuego proporcionados por éstos, realizaban cacerías de hombres de otras tribus para venderlos como esclavos en Jamaica. A raíz de la abolición de la esclavitud, los agentes del gobierno británico en Belice y Jamaica siguieron cultivando esta alianza por razones geopolíticas.⁹⁰

Al margen de los prejuicios y exageraciones que formaban parte de la tradición oral sobre los temidos “moscos”, lo cierto es que su

alianza con los ingleses les permitió obtener armas de fuego y cambiar sus “pipantes” de remo por embarcaciones de vela, con las que empezaron a recorrer todo el litoral desde Yucatán hasta Panamá.⁹¹ En el siglo XVIII, intensificaron sus ataques a los poblados de la región central de Nicaragua, al extremo que el obispo de León suplicó al rey de España que los mandara exterminar.

En 1762 y 1780, el gobernador británico en Jamaica lanzó dos grandes expediciones militares con el propósito de conquistar el estratégico territorio nicaragüense y dividir el imperio español en América. La segunda de éstas, al mando de John Polson y Horacio Nelson, contó con una flota de 3,000 soldados ingleses, a los que se sumaron 400 “moscos”.

Aunque los ingleses fueron diezmados por las enfermedades tropicales antes de llegar al interior de la provincia, estos episodios fueron transmutados en épicas patrióticas en la memoria colectiva de los criollos y mestizos del Pacífico, con lo que se reforzó la animosidad en contra de los aliados indígenas de los ingleses.

Sin embargo, hacia la década de 1840, el pragmatismo mercantil empezaba a imponerse sobre los temores ancestrales. Los productores y comerciantes del departamento de Segovia resentían el monopolio disfrutado por granadinos y leoneses a través de sus puertos de San Juan del Norte y El Realejo. El río Coco representaba para ellos una ruta fluvial directa hacia los mercados atlánticos, pero su desembocadura en cabo Gracias a Dios era “territorio de la Mosquitia”, y sede de la corte de su rey.

Los segovianos comprendían la necesidad de establecer relaciones con este grupo étnico, a fin de habilitar el puerto para dar salida a sus productos. En julio de 1840, el senador Emiliano Madriz presentó una propuesta en este sentido a la asamblea legislativa. Asimismo, advirtió a sus homólogos que mientras el gobierno nicaragüense desconocía las costumbres de esas tribus y la topografía de su territorio, los ingleses aumentaban cada día su presencia en la costa. Se rumoraba, incluso, la inminente llegada de quinientas familias de artesanos ingleses para colonizar esa región.

Por tanto, urgía la acción de los legisladores para habilitar cuanto antes el puerto de cabo Gracias a Dios para las exportaciones e importaciones. Madriz adornó los intereses económicos de los segovianos con expresiones de loables propósitos filantrópicos, al asegurar que su proyecto: “(...) sería un medio de entablar nuestras relaciones con el Mosco, i de darles toda protección hasta hacerles

alianza con los ingleses les permitió obtener armas de fuego y cambiar sus “pipantes” de remo por embarcaciones de vela, con las que empezaron a recorrer todo el litoral desde Yucatán hasta Panamá.⁹¹ En el siglo XVIII, intensificaron sus ataques a los poblados de la región central de Nicaragua, al extremo que el obispo de León suplicó al rey de España que los mandara exterminar.

En 1762 y 1780, el gobernador británico en Jamaica lanzó dos grandes expediciones militares con el propósito de conquistar el estratégico territorio nicaragüense y dividir el imperio español en América. La segunda de éstas, al mando de John Polson y Horacio Nelson, contó con una flota de 3,000 soldados ingleses, a los que se sumaron 400 “moscos”.

Aunque los ingleses fueron diezmados por las enfermedades tropicales antes de llegar al interior de la provincia, estos episodios fueron transmutados en épicas patrióticas en la memoria colectiva de los criollos y mestizos del Pacífico, con lo que se reforzó la animosidad en contra de los aliados indígenas de los ingleses.

Sin embargo, hacia la década de 1840, el pragmatismo mercantil empezaba a imponerse sobre los temores ancestrales. Los productores y comerciantes del departamento de Segovia resentían el monopolio disfrutado por granadinos y leoneses a través de sus puertos de San Juan del Norte y El Realejo. El río Coco representaba para ellos una ruta fluvial directa hacia los mercados atlánticos, pero su desembocadura en cabo Gracias a Dios era “territorio de la Mosquitia”, y sede de la corte de su rey.

Los segovianos comprendían la necesidad de establecer relaciones con este grupo étnico, a fin de habilitar el puerto para dar salida a sus productos. En julio de 1840, el senador Emiliano Madriz presentó una propuesta en este sentido a la asamblea legislativa. Asimismo, advirtió a sus homólogos que mientras el gobierno nicaragüense desconocía las costumbres de esas tribus y la topografía de su territorio, los ingleses aumentaban cada día su presencia en la costa. Se rumoraba, incluso, la inminente llegada de quinientas familias de artesanos ingleses para colonizar esa región.

Por tanto, urgía la acción de los legisladores para habilitar cuanto antes el puerto de cabo Gracias a Dios para las exportaciones e importaciones. Madriz adornó los intereses económicos de los segovianos con expresiones de loables propósitos filantrópicos, al asegurar que su proyecto: “(...) sería un medio de entablar nuestras relaciones con el Mosco, i de darles toda protección hasta hacerles

alianza con los ingleses les permitió obtener armas de fuego y cambiar sus “pipantes” de remo por embarcaciones de vela, con las que empezaron a recorrer todo el litoral desde Yucatán hasta Panamá.⁹¹ En el siglo XVIII, intensificaron sus ataques a los poblados de la región central de Nicaragua, al extremo que el obispo de León suplicó al rey de España que los mandara exterminar.

En 1762 y 1780, el gobernador británico en Jamaica lanzó dos grandes expediciones militares con el propósito de conquistar el estratégico territorio nicaragüense y dividir el imperio español en América. La segunda de éstas, al mando de John Polson y Horacio Nelson, contó con una flota de 3,000 soldados ingleses, a los que se sumaron 400 “moscos”.

Aunque los ingleses fueron diezmados por las enfermedades tropicales antes de llegar al interior de la provincia, estos episodios fueron transmutados en épicas patrióticas en la memoria colectiva de los criollos y mestizos del Pacífico, con lo que se reforzó la animosidad en contra de los aliados indígenas de los ingleses.

Sin embargo, hacia la década de 1840, el pragmatismo mercantil empezaba a imponerse sobre los temores ancestrales. Los productores y comerciantes del departamento de Segovia resentían el monopolio disfrutado por granadinos y leoneses a través de sus puertos de San Juan del Norte y El Realejo. El río Coco representaba para ellos una ruta fluvial directa hacia los mercados atlánticos, pero su desembocadura en cabo Gracias a Dios era “territorio de la Mosquitia”, y sede de la corte de su rey.

Los segovianos comprendían la necesidad de establecer relaciones con este grupo étnico, a fin de habilitar el puerto para dar salida a sus productos. En julio de 1840, el senador Emiliano Madriz presentó una propuesta en este sentido a la asamblea legislativa. Asimismo, advirtió a sus homólogos que mientras el gobierno nicaragüense desconocía las costumbres de esas tribus y la topografía de su territorio, los ingleses aumentaban cada día su presencia en la costa. Se rumoraba, incluso, la inminente llegada de quinientas familias de artesanos ingleses para colonizar esa región.

Por tanto, urgía la acción de los legisladores para habilitar cuanto antes el puerto de cabo Gracias a Dios para las exportaciones e importaciones. Madriz adornó los intereses económicos de los segovianos con expresiones de loables propósitos filantrópicos, al asegurar que su proyecto: “(...) sería un medio de entablar nuestras relaciones con el Mosco, i de darles toda protección hasta hacerles

conocer la miserable conducción á que los han reducido bajo el título de protección”.⁹²

La asamblea legislativa aprobó el proyecto mediante un decreto fechado el 28 de diciembre de 1840. Asimismo, el director del Estado, Patricio Rivas, encargó al receptor del distrito de Somoto que administrase el puerto, y que destinara los primeros ingresos de la alcabala marítima para la construcción de oficinas de aduanas y bodegas.⁹³

Sin embargo, el referido secuestro del administrador de aduanas de San Juan del Norte en 1841 frenó la iniciativa del senador Madriz. La víctima del superintendente británico escribió un detallado informe sobre su dramática experiencia, que fue publicado en los periódicos de la época.

Una vez abandonado en la Mosquitia - relató Quijano - logró salvar su vida gracias a 20 onzas de oro que llevaba escondidas en su cinto. Esto le permitió congraciarse con el “Kin”. La gratitud del joven rey había superado todas sus expectativas, pues recibió dicho presente: “(...) en medio de los transportes de la más candorosa alegría; ofreciéndome ya una amistosa protección, toda seguridad en su territorio, y los recursos necesarios para venir á lo interior de Nicaragua por el río del mismo Cabo, que nace en Segovia, como efectivamente lo cumplió”.⁹⁴

Como militar experimentado, Quijano tomó nota de aquellos aspectos que reflejaban la vulnerabilidad del temido aliado de los ingleses, destacando la candidez del rey, la fragilidad de su autoridad, el reducido número de sus súbditos y la pobreza material en que vivían. De acuerdo a su informe, tan sólo quedaban unos cuatrocientos miembros de esta etnia en catorce palenques conformados por unas cuatro o seis chozas cada uno, dispersos a lo largo del río Coco, entre el cabo Gracias a Dios y las inmediaciones de Segovia.

Observó, asimismo, las divisiones internas entre la población del litoral, tomando nota de las diferencias étnicas entre este grupo dominante y otros grupos a los que habían sometido: “(...) el Jefe Mosco y las familias dominantes son de casta separada; mezcla confusa de África y América, que se precia de desdenar á los aborígenes; los cuales ciertamente son de físico más endeble y degradado.”⁹⁵

Sin embargo, aunque el rey mosco tenía esclavos de raza pura indígena, su autoridad sobre ellos era muy frágil, debido a la dispersión y aislamiento de los habitantes de la zona. Su poder se limitaba al pago esporádico de tributos cuando éstos eran exigidos por la fuerza.

La aculturación de los habitantes del Reino de la Mosquitia por parte de los británicos era prácticamente nula, en opinión de Quijano. Si bien el “Kin” acostumbraba usar trajes de tejidos europeos, sus súbditos se cubrían con cortezas de árboles toscamente trabajadas, llamadas “tasne”. Sus casas de caña y paja le parecieron “señales de la más estúpida barbarie”. Los alimentos, obtenidos sobre todo mediante la caza debido a la carencia de instrumentos de labranza, le sabían “repugnantísimos para el hombre civilizado”.

Pero, más allá de su desprecio ante la simplicidad de la vida material de este grupo étnico, Quijano arremetió en contra de sus costumbres y carácter, asegurando: “(...) todos sus usos y costumbres forman un conjunto espantoso de degradación intelectual y moral. Es absoluta su ignorancia de todas las artes de la vida social: su estupidez no conoce límites, fomentándose de continuo por el uso de los licores fuertes á que con estudio se les aficiona por los pocos hombres civilizados que á ellos se acercan.”⁹⁶

El amable rey Robert Charles Frederic murió poco después de facilitarle a su involuntario huésped el retorno a la “civilización” del Pacífico nicaragüense. En 1844, las imágenes peyorativas sobre los “moscos” difundidas por Quijano, se vieron reforzadas por las nuevas agresiones británicas.

En el mes de junio, las fuerzas navales imperiales ocuparon el puerto de Bluefields para establecer allí la sede de la corte del nuevo rey mosco, George Augustus Frederic, así como el despacho del representante residente de Su Majestad Británica ante el protectorado mosquito.

Bluefields tenía la ventaja de hallarse mucho más cerca de San Juan del Norte, verdadero objeto de la estrategia geopolítica británica, pero el traslado provocó fricciones dentro de la familia real de la Mosquitia. Si bien el rey aceptó vivir en la nueva capital de la Mosquitia, su madre y hermanas permanecieron en las tierras ancestrales del cabo Gracias a Dios.⁹⁷

Esta situación llegó a oídos de los gobernantes criollos del Pacífico, quienes vieron la oportunidad de establecer una alianza frente a los ingleses. El 26 de diciembre de 1846, el periódico oficial informó que el Director Supremo se proponía tomar iniciativas para lograr un acercamiento con los “moscos” que habían permanecido en cabo Gracias a Dios. Introdujo el tema con una exposición de motivos filantrópicos, en la mejor tradición ilustrada:

“Nunca ha perdido de vista el Gobierno de las ventajas que deben resultar al Estado de civilizar las tribus de mosquitos y atraerlos para que, formando con ellos una sola sociedad, desaparezcan las pretensiones de algunos aventureros ingleses, que abusando de la ignorancia de los habitantes semi-salvajes de la costa del Norte perteneciente a la República, han figurado una ridícula farsa de monarquía mosca para dominarla y que sirva de vehículo para ulteriores miras.⁹⁸

En el artículo se informaba que el gobierno había accedido a una solicitud de algunos comerciantes residentes en el puerto del río Coco, presentada por intermedio del “ilustrado y juicioso” señor Ramón Ramírez, de comisionar a un “discreto Ciudadano” para estrechar relaciones con los jefes de dicha tribu.

Se escogió para esta delicada misión al señor Juan Altamirano, quien se había ofrecido como voluntario luego de enterarse que la jefe de la familia real se hallaba dispuesta “a promover relaciones con los pueblos civilizados”, es decir, con los criollos del Pacífico nicaragüense.⁹⁹

Estas gestiones rindieron frutos un año más tarde con la firma de un convenio de amistad, alianza y mutua protección entre el comisionado del Estado de Nicaragua, Sr. Manuel Díaz, y una joven de veinticinco años de edad llamada Agnes Anne Frederic, hermana del rey George Augustus Frederic.¹⁰⁰

Según el informe del comisionado, la “Jefe Principal de la Costa de Mosquitos” le había causado una grata impresión, por encontrar en ella: “(...) rasgos de civilización, pues sabe leer y escribir inglés y trata con el mayor desembarazo los negocios de que el que suscribe iba encargado”.¹⁰¹ El comisionado Díaz le aseguró: “(...) que el Gobierno Soberano de Nicaragua no tiene ni ha tenido jamás la más pequeña aversión contra los mencionados Mosquitos; y que al contrario siempre ha vivido con los más ardientes deseos de protegerlos, y formar una sola familia como hijos del mismo Estado”.¹⁰²

El convenio abordaba diversos aspectos: el mejoramiento de las vías de comunicación y la protección al comercio, la exclusividad del derecho del gobierno del estado soberano de Nicaragua de disponer sobre todo el territorio, y la defensa frente a la usurpación y amenaza externa.

Más importante aún, establecía el reconocimiento de la Costa de Mosquitos como un departamento del Estado de Nicaragua, y de

todos sus habitantes como ciudadanos nicaragüenses, pero con la expresa garantía de que podrían conservar sus mismas costumbres y religión, así como sus leyes y jefes.

A cambio, el “Gobierno Soberano del Estado de Nicaragua” ofreció a los habitantes de la Costa de Mosquitos protección en sus personas y propiedades, así como tierras en el interior para los que desearan establecer allí sus viviendas y dedicarse a la agricultura.

Por su parte, la Jefe Principal y sus caudillos se comprometieron a dar toda seguridad a los “transeúntes” para navegar y pescar libremente en sus costas, ríos y lagos. Además, impedirían el asentamiento de colonias de extranjeros que llegasen a la zona sin una autorización oficial. Tan sólo el “Gobierno Supremo del Estado Soberano de Nicaragua” radicado en León tenía la potestad de: “establecer las que pueda y quiera en esta Costa, ya sea de americanos, franceses, belgas, prusianos, o de cualquiera otra nación, siendo partibles entre los pactantes los beneficios que resulten de dichos establecimientos.”¹⁰³

El convenio establecía que la defensa de la Costa Mosquitia sería responsabilidad conjunta de los habitantes locales y el gobierno central; éste último se reservaba el derecho de construir las fortalezas necesarias y mantener tropas armadas para asegurar la zona.

El desarrollo del transporte y las comunicaciones entre el Pacífico y el litoral atlántico fue objeto de varios artículos del convenio, que contemplaban el establecimiento de correos oficiales por medio de las rutas fluviales de los ríos Coco y San Juan, y la apertura de rutas terrestres hacia todos los puertos de la costa.

Asimismo, se autorizaba el libre comercio, a cambio de la colaboración de los habitantes de la Mosquitia para controlar el contrabando e impedir la introducción de importaciones fuera de los puertos habilitados por el gobierno para tal fin.

El artículo sexto era crucial para el gobierno de Nicaragua, pues consignaba: “Art. VI. El Jefe principal y sus caudillos reconocen desde ahora este territorio por un Departamento del Estado Soberano de Nicaragua, y todos sus habitantes son nicaragüenses.”¹⁰⁴

En la redacción de dicho convenio, los representantes del gobierno central se cuidaron de identificar el status de los signatarios: el primero actuaba en calidad de “Comisionado del Estado Soberano de Nicaragua”, mientras que los términos utilizados para designar a Agnes Anne Frederic y sus acompañantes eran los de “Jefe Principal” y “caudillos” de las “comarcas” y “tribus” de Mosquitos.

No obstante, al lado de su firma, la joven dejó sentado su título: “Princesa” de la “nación” Mosquita.¹⁰⁵

Por su parte, en los considerandos del decreto oficial de ratificación del convenio, el director supremo José Guerrero procuró recalcar su posición de superioridad como representante de un gobierno ilustrado y filantrópico. Justificó la firma de dicho convenio como un esfuerzo por integrar armónicamente a toda la población bajo la autoridad del Estado, promover el comercio exterior, y llevar la civilización a las “tribus errantes” del litoral caribeño.¹⁰⁶

Obviamente, este documento tenía como destinatario exclusivo a la élite criolla, pues en la carta enviada por el ministro Sebastián Salinas a la princesa Agnes Anne Frederic, para informarle sobre la ratificación del convenio, le aseguró que el Director Supremo había tomado dicha decisión “principalmente, porque debe producir grandes ventajas a los mosquitos, nuestros hermanos.”¹⁰⁷

Salinas le comunicó, asimismo, que los prefectos y gobernadores de Nueva Segovia, Matagalpa y Acoyapa, habían recibido instrucciones oficiales de tratar “con la mayor amistad y benevolencia” a todos los mosquitos que llegasen a comerciar o a establecerse en esos departamentos. Finalmente, invitó a la princesa y a su familia, así como a los demás jefes principales de las comunidades indígenas, a viajar a León para concluir las negociaciones.¹⁰⁸

Consecuencias de la ocupación de San Juan del Norte

El convenio de alianza y amistad suscrito entre el gobierno de Nicaragua y la princesa Agnes Anne Frederic en diciembre de 1847, no logró impedir la ocupación militar británica de San Juan del Norte. El 1° de enero de 1848, 150 soldados procedentes de Jamaica desembarcaron en el estratégico puerto, arriaron la bandera de Nicaragua y nombraron gobernador a Jorge Hodgson en representación del rey George Augustus Frederic.

Una vez retiradas las tropas británicas, el ejército nicaragüense apresó al gobernador Hodgson, pero el 8 de febrero tres barcos de guerra ingleses ocuparon nuevamente el puerto, así como los fuertes del Castillo y San Carlos, tomando como rehenes a varios altos funcionarios, entre ellos, el exdirector supremo Patricio Rivas. En consecuencia, el 7 de marzo el gobierno de Nicaragua se vio obli-

gado a firmar un armisticio, por el cual “convenía en dejar el puerto de San Juan en poder de los Representantes de la Gran Bretaña en calidad de depósito”, mientras se resolvía el conflicto territorial por medios diplomáticos.¹⁰⁹

Nuevamente, el gobierno de Nicaragua envió a Francisco Castellón a Londres pero, al igual que en 1844, sus gestiones fueron infructuosas y Lord Palmerston ratificó oficialmente su respaldo a los derechos jurisdiccionales de la Nación Mosquita.¹¹⁰ La usurpación del puerto, a todas luces irreversible, provocó la ira de los gobernantes nicaragüenses. La hostilidad se dirigió no sólo en contra de los usurpadores británicos, sino también de sus aliados. En su calidad de ministro general, Pablo Buitrago acusó a Chatfield de pretender fundamentar una alianza entre los mosquitos e Inglaterra en el discutible hecho de que “(...) algunos aventureros ingleses se establecían furtivamente en la costa en que vagaban aquellos salvajes.” En tono sarcástico, añadió: “Mi Gobierno no hace a US la injuria, de creerle preocupado con un origen tan irregular y obscuro como este, de que se pretenden deducir grandes compromisos del Gobierno inglés á favor del salvajismo, en medio de la civilización del siglo XIX”.¹¹¹

Por otra parte, observó con sagacidad algunas contradicciones en los argumentos de Chatfield. Al remontarse a una explicación histórica sobre la antigüedad de los lazos entre la Nación Mosquita y Gran Bretaña, el cónsul había sostenido que un príncipe mosquito había abdicado su corona en favor de la Reina de Inglaterra, por lo que él y sus sucesores quedaron en calidad de “comisionados” de la Corona británica, bajo el sello de Jamaica. Buitrago aprovechó la oportunidad para recalcar el carácter ficticio de la monarquía Mosquita:

“¿Dónde está pues, Señor, la soberanía de la tribu mosquita, y sus Reyes hereditarios capaces de representarla como nación en sus relaciones exteriores y de formar alianza con una potencia de primer orden como la Bretaña? US presenta a esa misma tribu como un puñado de tristes vasallos sometidos bajo juramento de obediencia a la Corona inglesa, junto con su Rey, y a éste destituido ya de toda autoridad y convertido en un simple comisario del monarca inglés, sin dejar a sus sucesores otro poderío que la servil cadena que los arrastrara hasta Jamaica à rendir homenaje ante el Gobernador de aquella colonia! Esta pues probado con evidencia, que ese imaginario reino y esos reyes de farsa a quienes en veces se hace aparecer

como últimos vasallos y en veces como soberanos aliados del alto gobierno inglés, son incapaces de toda representación internacional ante la razón y ante el derecho de gentes.”¹¹²

Por su parte, Chatfield ripostó que el mismo gobierno de Nicaragua había reconocido la existencia de la Nación Mosquita y el carácter soberano de sus autoridades al firmar un tratado con la princesa Agnes Anne Frederic. Pero, valiéndose de la autoridad de Vattel y Andrés Bello, Buitrago argumentó que no todos los pactos celebrados por los gobiernos presuponían el reconocimiento de la soberanía de la contraparte.

Por el contrario, muchos convenios se realizaban con ciudadanos particulares extranjeros, o bien con súbditos del propio Estado. Aprovechó, asimismo, para reafirmar la diferencia entre el gobierno soberano al cual representaba, y el status de la jefe de los mosquitos: “Existirán, como US dice, en la India, en África, y otros puntos algunos caudillos de hordas preocupados con la idea de que son reyes; pero este no es un principio de derecho de gentes, ni las naciones cultas reconocen tales fantasmas.”¹¹³

En esencia, para Buitrago el significado del convenio se reducía al hecho de que los mosquitos habían confesado ser hijos del Estado de Nicaragua, por lo que habían recibido los beneficios de la ciudadanía, aunque “(...) dejándoles las peculiaridades de su conducción selvática”. Insistió, además, en que el decreto de aprobación del contrato, emitido por el Director del Estado, era muy claro en cuanto a sus objetivos y alcances. Se trataba de un arreglo meramente administrativo, pero constituía una prueba irrefutable de la soberanía efectiva que tenía el Estado de Nicaragua sobre su costa norte.

El Supremo Gobierno había contratado con los mosquitos como súbditos suyos, observó Buitrago, pero no los había reconocido como nación. Pero, al fin de cuentas, concluyó, toda la polémica en torno a qué tipo de comunidad política constituían los moscos era intrascendente, pues su reivindicación como tal por parte de Gran Bretaña no era sino un pretexto para apoderarse de la ruta canalera:

“Mas, ¿para qué me canso en evidenciar la no existencia de esa monarquía fingida, cuando aún fuera de ese pretexto, ya es notoria al mundo la determinación del Gobierno inglés de ocupar las mejores posiciones de todo el litoral atlántico de Centro América, y sus más importantes islas de ambos mares?”¹¹⁴

como últimos vasallos y en veces como soberanos aliados del alto gobierno inglés, son incapaces de toda representación internacional ante la razón y ante el derecho de gentes.”¹¹²

Por su parte, Chatfield ripostó que el mismo gobierno de Nicaragua había reconocido la existencia de la Nación Mosquita y el carácter soberano de sus autoridades al firmar un tratado con la princesa Agnes Anne Frederic. Pero, valiéndose de la autoridad de Vattel y Andrés Bello, Buitrago argumentó que no todos los pactos celebrados por los gobiernos presuponían el reconocimiento de la soberanía de la contraparte.

Por el contrario, muchos convenios se realizaban con ciudadanos particulares extranjeros, o bien con súbditos del propio Estado. Aprovechó, asimismo, para reafirmar la diferencia entre el gobierno soberano al cual representaba, y el status de la jefe de los mosquitos: “Existirán, como US dice, en la India, en África, y otros puntos algunos caudillos de hordas preocupados con la idea de que son reyes; pero este no es un principio de derecho de gentes, ni las naciones cultas reconocen tales fantasmas.”¹¹³

En esencia, para Buitrago el significado del convenio se reducía al hecho de que los mosquitos habían confesado ser hijos del Estado de Nicaragua, por lo que habían recibido los beneficios de la ciudadanía, aunque “(...) dejándoles las peculiaridades de su conducción selvática”. Insistió, además, en que el decreto de aprobación del contrato, emitido por el Director del Estado, era muy claro en cuanto a sus objetivos y alcances. Se trataba de un arreglo meramente administrativo, pero constituía una prueba irrefutable de la soberanía efectiva que tenía el Estado de Nicaragua sobre su costa norte.

El Supremo Gobierno había contratado con los mosquitos como súbditos suyos, observó Buitrago, pero no los había reconocido como nación. Pero, al fin de cuentas, concluyó, toda la polémica en torno a qué tipo de comunidad política constituían los moscos era intrascendente, pues su reivindicación como tal por parte de Gran Bretaña no era sino un pretexto para apoderarse de la ruta canalera:

“Mas, ¿para qué me canso en evidenciar la no existencia de esa monarquía fingida, cuando aún fuera de ese pretexto, ya es notoria al mundo la determinación del Gobierno inglés de ocupar las mejores posiciones de todo el litoral atlántico de Centro América, y sus más importantes islas de ambos mares?”¹¹⁴

Si bien es cierto que los argumentos intercambiados en el desarrollo de esa polémica carecían de peso en las decisiones geopolíticas de las potencias, no cabe duda que los calificativos empleados por los funcionarios criollos para designar a las etnias de la Mosquitia, en el contexto de sus contiendas diplomáticas, jugaron un papel importante en la construcción de imágenes peyorativas sobre éstas. De la misma manera, los funcionarios británicos atizaban la hostilidad de sus aliados hacia los criollos y mestizos del Pacífico. Esta desconfianza y mutuo menosprecio complicaría seriamente las relaciones interétnicas entre los pobladores del naciente Estado, y sus efectos negativos perduran hasta el presente.

Citas y notas

- 1 "Plano Ideal hecho según las indicaciones dadas por especulación de D. Manuel Antonio de la Cerda, Alcalde de 1 Voto de la ciudad de Granada, Granada, Febrero de 1823".
- 2 Véase KINLOCH TIJERINO, Frances, "El Canal Interoceánico en el Imaginario Nacional. Nicaragua, Siglo XIX", publicado en: *Nación y Etnia: ¿identidad natural o creación cultural? Taller de Historia N° 6*. Managua: Instituto de Historia de Nicaragua, 1994, págs. 39-56.
- 3 DEL VALLE, José Cecilio, *Obras de José Cecilio del Valle, Documentos, manifiestos, discursos, críticas y estudios*. Guatemala: Tipografía Sánchez & De Guise, 1929, Vol. II, págs. 9, 14, 58 y 81.
- 4 "El grandioso proyecto del canal de Nicaragua y la ambición extranjera", Discurso del 27 de abril de 1826, en: DEL VALLE, 1929, págs. 132-149.
- 5 Estas eran a) Barclay Herring y Richardson & Co.; b) Simonds; c) R.F. Andrew, Curtis, Bolton y Howland; y d) Bourke y Matthew Llanos. Véase MARURE, Alejandro, *Memo-ria Histórica sobre el Canal de Nicaragua, Seguida de algunas observaciones inéditas de Mr. J. Baily sobre el mismo asunto*. Guatemala: Imprenta de la Paz, 1845, pág. 13.
- 6 Valle describe la precaria situación internacional en que se encontraba la República de Centro América. Ninguna potencia europea había reconocido aún su independencia. Más grave aún, tenía disputas limítrofes con México por la provincia de Chiapas, y Colombia reclamaba como suya toda la costa desde el Cabo de Gracias a Dios hasta el Chagres. La presencia de los indios moscos en Nicaragua y sus vínculos con Gran Bretaña representaban un peligro adicional. Pese a los argumentos de Del Valle, el Congreso Federal aprobó el 24 de abril una concesión canalera para una compañía norteamericana, representada por Araon Palmer y Carlos Beneski. DEL VALLE, (1929), págs. 136-137.
- 7 Sobre este tema, ver: "Correspondencia de Don Antonio José de Cañas, Ministro del Gobierno Federal, a Henry Clay, Secretario de Estado de los EEUU, 8 de febrero de 1825." Citada en: BANCROFT, Howard Howe, *The Works of Hubert Howe Bancroft, Vol. VIII, History of Central America, Vol. III. 1801-1887*, San Francisco, The History Company, Publishers, 1887, p. 741. Véase también MACK, Gerstle, *The Land Divided: A history of The Panama Canal and other istmian canal projects*, New York, Alfred A. Knopf, 1944, págs. 172-3.
- 8 OVERBEEKE, Aleid, "A Dutch Diplomat in Latin America. The two missions of Jan Verveer", Rijks Universiteit Leiden, Tesis inédita.
- 9 Gálvez se refería al estudio de la ruta canalera practicado en 1783 por el ingeniero español Manuel Galisteo, quien sostuvo la imposibilidad del proyecto debido a que la superficie del lago se hallaba 135 pies más elevada que la del Golfo de Papagayo. Marure coincide con Gálvez en acusar a España de obstaculizar este proyecto, con el fin de mantener a sus colonias en el aislamiento. MARURE, (1845), pág. 9.
- 10 "Informe que presentó al Congreso Federal, el Secretario de Estado y del Despacho de Hacienda, Al dar cuenta del negocio relativo à la apertura del canal de Nicaragua: en la sesion pública ordinaria del sabado 24 de julio de 1830". M. Galvez, Guatemala, Julio 24 de 1830, pág. 6.
- 11 GALVEZ, (1830), pág. 6.
- 12 Citado en: CHANDLER, David, *Juan José de Aycinena. Idealista conservador de la Guatemala del siglo XIX*, Antigua, Guatemala, Centro de Investigaciones Regionales de Mesoamérica, 1988, pág. 199.
- 13 Resulta curioso leer en la introducción al folleto de Aycinena, sus severas críticas a las injustas leyes que restringían el comercio durante el período colonial, las que sólo habían

servido para “*hacer la fortuna de unos pocos individuos á quienes privilegiaban*”. Estas palabras, provenientes de un miembro de la familia Aycinena, que había controlado las importaciones y exportaciones centroamericanas a través del Consulado de Comercio de Guatemala, pudieron haber parecido cínicas a algunos liberales. Sin embargo, es posible que después de casi ocho años de residir en los Estados Unidos, Aycinena se convenciera sobre las ventajas del libre comercio. Al menos, así lo afirma en su folleto, al remarcar que la competencia era “*el estímulo natural y mas eficaz para conducir a la perfección todas las obras de la industria humana*”. AYCINENA, Juan José de, “El canal de Nicaragua”, (1836), reproducido en: CHANDLER, 1988, págs. 172-200.

- 14 Tomando como punto de referencia los costos del canal Erie, el canal de Holanda, y el de Caledonia en Escocia, Aycinena estimaba el costo de la obra por Nicaragua entre cinco y diez millones de pesos. Calculaba el valor del comercio que anualmente circularía por el canal en \$240,000,000 (doscientos cuarenta millones de pesos). Centroamérica podía cobrar el 2 y medio por ciento por el valor transportado a través de su territorio. Esto le produciría un ingreso anual de 7 millones doscientos mil pesos. Por tanto, aunque se contratara un empréstito por la suma máxima de diez millones de pesos, a un 8% de interés anual, aún quedarían ganancias por 1,200,000 anuales para ir amortizando la deuda. De esta manera, el empréstito quedaría redimido en corto tiempo a expensas del comercio extranjero. La obra sería propiedad nacional, y todos sus rendimientos entrarían al tesoro público para sufragar los gastos del gobierno, aliviando a los pueblos de contribuciones. CHANDLER, (1988), págs. 179-180.
- 15 CHANDLER, (1988), pág. 198.
- 16 CHANDLER, (1988), pág. 178.
- 17 CHANDLER, (1988), pág. 200.
- 18 ARZÚ, José, *Pepe Batres íntimo. Su familia, su correspondencia, sus papeles*. Guatemala, C.A.: Tipografía Sánchez & De Guise, 1940.
- 19 ARZÚ, José, *Pepe Batres íntimo. Su familia, su correspondencia, sus papeles*. Guatemala, C.A.: Tipografía Sánchez & De Guise, 1940.
- 20 *Poesías de José Batres Montúfar. Homenaje de la Sociedad de Geografía e Historia de Guatemala. 1844-1944*. Guatemala, C.A.: Tipografía Nacional, 1944, pp. 38-41.
- 21 Las gestiones de Rouhaud (un comerciante francés radicado en Granada) no fueron exitosas; pero el 13 de mayo de 1843 Viteri y Ungo firmó en Bruselas un contrato canalero con el Conde de Hompesch, Presidente de la comisión de directores de la Compañía belga que había iniciado un proyecto de colonización en el distrito de Santo Tomás, Guatemala. Posteriormente, Viteri y Ungo ocupó la silla episcopal en El Salvador y Nicaragua. Véase MARURE, Alejandro, *Memoria Histórica sobre el Canal de Nicaragua, seguida de algunas observaciones inéditas de Mr. J. Baily sobre el mismo asunto*, Guatemala: Imprenta de la Paz, 1845, pág. 33.
- 22 Holdship tampoco pudo obtener recursos para la obra y el contrato expiró. BANCROFT, Hubert Howe, *The Works of Hubert Howe Bancroft, History of Central America*, San Francisco: The History Company Publishers, 1887, pág. 743.
- 23 Ver: GAMEZ, José Dolores, *Historia de Nicaragua*, Managua: Colección Banco de América, 1975, pág. 445; CHANDLER, David, *Juan José de Aycinena. Idealista conservador de la Guatemala del siglo XIX*. Antigua, Guatemala: CIRMA, 1988, pág. 15; NAYLOR, Robert A. *Influencia británica en el comercio centroamericano durante las primeras décadas de la Independencia (1821-1851)*, Antigua, Guatemala: CIRMA, 1988, pág. 271.
- 24 Baily, John, “Apuntamientos sobre el Lago de Nicaragua, el Río San Juan y el istmo situado entre el Lago y el Océano Pacífico (1848). En *Nicaragua en el siglo XIX. Testimonio de Funcionarios, Diplomáticos y Viajeros*. / Jorge Eduardo Arellano (compilador), 1ª ed. Managua: Fundación Uno, 2005, pág.100.

- 25 Baily publicó su estudio topográfico en 1843 en Londres, bajo el título de *On the Isthmus Between Lake Granada (Nicaragua) and the Pacific Ocean*. En 1844 Juan José de Aycinena lo tradujo al español. El mismo año, probablemente a petición del gobierno de Nicaragua, Aycinena publicó su *Memorial* en París.
- 26 "Comunicación del Coronel Manuel Quijano, Admor. de la Aduana del Puerto de San Juan del Norte, Al Señor Ministro General del Supremo Gobierno del Estado", Granada, octubre 31 de 1841. Publicado en el *Mentor Nicaragüense*, N° 3/4, Sábado 20 de noviembre de 1841; reproducido en *Revista de la Academia de Geografía e Historia de Nicaragua*, en adelante RAGHN, Tomo XXXI, julio-diciembre 1965, pp. 79-89. Nicaragua: Edit. Lacayo.
- 27 El tratado firmado el 10 de agosto de 1839 entre El Salvador y el recién fundado Estado de Los Altos, incluía un artículo instando a los centroamericanos a prohibir toda relación comercial con esa potencia hasta que devolviera Roatán. NAYLOR, 1988, p. 32.
- 28 CASTELLÓN, Francisco, "Al Excelentísimo Sr. Superintendente de Belice." León, Marzo 3° de 1841. En: VEGA BOLAÑOS (1971), pp. 45-47.
- 29 QUIJANO, 1841.
- 30 "El Director del Estado de Nicaragua a sus Habitantes", Pablo Buitrago, León, Agosto 27 de 1841. Documento reproducido en: VEGA BOLAÑOS, (1971), pp. 87-88.
- 31 "Al Sr. Ministro de Relaciones del Supremo Gobierno del Estado de Guatemala." Simón Orosco. Ministerio General del Gobierno Supremo del Estado de Nicaragua. León, octubre 16 de 1841." En VEGA BOLAÑOS, (1971), p. 135.
- 32 Los diplomáticos intercambiaron cuatro cartas: "Chatfield a Orosco", 24 octubre, 1842; "Orosco a Chatfield", 10 de noviembre, 1842; "Chatfield a Orosco", 16 de noviembre, 1842; "Orosco a Chatfield", 19 de noviembre, 1842; Reproducidas en VEGA BOLAÑOS, 1971, pp. 314-327. Esta polémica fue retomada en los meses de septiembre y octubre de 1849, entre Chatfield y el Ministro Pablo Buitrago, ex-Director Supremo del Estado y encargado de relaciones exteriores. Las extensas comunicaciones intercambiadas fueron publicadas por entregas en el periódico leonés *El Correo del Istmo de Nicaragua*, números 27 al 32, correspondientes al período entre el 11 de abril de 1850 y el 16 de mayo del mismo año, bajo el título de: "Nueva discusión entre el agente de S.M.B. y el Gobierno Supremo de Nicaragua, sobre los derechos territoriales de este Estado, en su costa norte, llamada de mosquitos".
- 33 El texto de Vattel (1714-1767) se titula *El Derecho de gentes o principios de la ley natural aplicados a la conducta y a los negocios de las naciones y los soberanos*. Fue publicado en francés en 1758, y traducido al español en 1834. Ejerció una extraordinaria influencia en la primera mitad del siglo XIX. CARRILLO SALCEDO, Juan Antonio, *El derecho internacional en perspectiva histórica*. Madrid: Editorial TECNOS S.A., 1991, p. 23.
- 34 Estos argumentos se encuentran en: (1) "Simón Orosco a Federico Chatfield", 10 de noviembre de 1842, reproducida en: VEGA BOLAÑOS, 1971, p. 315; (2) BUITRAGO, Pablo, "Memoria dirigida por el Ministerio de estado y del despacho de relaciones de Nicaragua, á la Asamblea Constituyente del mismo Estado, en Diciembre de 1847, sobre los derechos territoriales del propio país en la costa norte llamada mosquitos." Impresa en León de Nicaragua. Imprenta de la Paz. Documento reproducido en: ZELAYA, José M., "Tratado Bárcenas Meneses-Esguerra. Manual", Nicaragua: Ministerio de Relaciones Exteriores, 1996, pp. 51-63; (3) "Nueva discusión", publicada en los números 27 al 32 de *El Correo del Istmo de Nicaragua*.
- 35 BUITRAGO, 1847, en: ZELAYA, 1996, p. 55.
- 36 Este argumento aparece en: "Chatfield a Orosco", 16 de noviembre de 1842, reproducida en VEGA BOLAÑOS, 1971, p. 318-321; así como en "Chatfield a Pablo Buitrago",

- Guatemala, 5 de septiembre de 1849, reproducida en *El Correo del Istmo de Nicaragua*, N° 28, León, abril 18 de 1850.
- 37 BUITRAGO, 1847, en: ZELAYA, 1996, p. 52.
- 38 “Remitido de felicitación al Supremo gobierno de Nicaragua”, *El Redactor Nicaragüense*, N° 5, León, 18 de enero de 1841. En: VEGA BOLAÑOS, 1971, pp. 23-24.
- 39 *Mentor Nicaragüense*, N° 3/4, Sábado 20 de noviembre de 1841. En: RAGHN, Tomo XXXI, p. 89-90.
- 40 *Mentor Nicaragüense*, N° 3/4, Sábado 20 de noviembre de 1841. En: RAGHN, Tomo XXXI, p. 89-90. Sobre los conceptos de sociedad de “naciones cristianas” y de “naciones civilizadas” en el siglo XIX, ver: TRUYOL Y SERRA, Antonio, *La Sociedad Internacional*, Madrid: Alianza Universidad, 1991
- 41 Castellón se basó en el informe de Baily para convencer al príncipe francés Luis Napoleón de la viabilidad del proyecto. Ver: GAMEZ, 1975, p. 445; y GAMEZ, *Historia Moderna de Nicaragua*. 1975, p. 353.
- 42 Extractos de su intercambio epistolar entre Castellón y Lord Aberdeen se hallan reproducidos en: GAMEZ, pp. 199-201.
- 43 “Al Sr. Ministro de relaciones del Supremo Gobierno del Estado de Nicaragua”, Francisco Castellón, París, 27 de Octubre de 1844. Reproducida en: *Registro Oficial*, Num. 5°, San Fernando, Sábado 22 de Febrero de 1845, pp. 21-22.
- 44 Fruto de la romántica iniciativa del joven diplomático nicaragüense, el futuro Emperador Napoleón III aceptó posteriormente una concesión de privilegios exclusivos para construir el “Canal Napoleón de Nicaragua”. El contrato fue suscrito por Luis Napoleón, en abril de 1846, a instancias de José de Marcoleta, sucesor de Castellón. En 1846 escapó a Londres, donde publicó un entusiasta folleto sobre la viabilidad y trascendencia del proyecto. Con ello, revivió las expectativas de la élite nicaragüense en ver cristalizado su destino geográfico, aunque también el empeño de Inglaterra por reafirmar su control sobre la ruta interoceánica. Sobre este episodio, ver: GAMEZ, *Historia Moderna de Nicaragua*, 1975, pp. 353-355; y GAMEZ, 1975, p. 507. El folleto publicado por el príncipe francés Napoleón Louis Bonaparte se titula *Canal of Nicaragua: or a Project to Connect the Atlantic and Pacific Oceans by Means of a Canal*. Fue publicado en Londres, por Misle and Son, en 1846. Citado en BURNS, 1991, p. 275.
- 45 “Al Sr. Vice-Cónsul de su Majestad Británica Guillermo Hall, de Francisco Castellón.” Ministerio general del Supremo Gobierno del Estado de Nicaragua. León, diciembre 15 de 1840. VEGA BOLAÑOS, (1971), p. 32-34.
- 46 Convencido de la inutilidad de su permanencia en Europa, Castellón se embarcó de regreso para Nicaragua el 3 de diciembre de 1844, dejando como Encargado de Negocios (ad honorem) ante el Rey de los Belgas y de Holanda, al Sr. José de Marcoleta, a quien describe como un “honrado Ciudadano, que ha servido con desinterés de intérprete de esta legación.” Asimismo, nombró al Sr. D. José García Gastón como Encargado de Negocios ante los gobiernos de Madrid y Londres, y al Sr. G. O. Brien ante el gobierno de Francia. Ver: “Continúa la nota del Señor Castellón del número anterior”, en: *Registro Oficial*, Num. 6°, San Fernando, Sábado 1° de marzo de 1845, pp. 22-25.
- 47 “El Director del Estado de Nicaragua a sus Habitantes”, Pablo Buitrago, León, Agosto 27 de 1841. Documento reproducido en: VEGA BOLAÑOS, (1971), pp. 87-88.
- 48 Ver: ANDERSON, B., 1991; HOBBSAWM, Eric, “Inventando Tradiciones”, en: *Historias*, 19, (octubre-marzo, 1988).
- 49 Cabe señalar que el plan de defensa fue elaborado con base en un mapa topográfico del puerto y zonas aledañas, levantado - no por alguna autoridad militar responsable de la seguridad del Estado - sino por el señor Pedro Rouhaud, agente consular francés residente en Granada. Ver: “Acta suscrita en Granada, el 4 de septiembre de 1841, por el

- Comandante General Mariscal Casto Fonseca con autoridades militares y civiles y vecinos notables de Granada sobre sucesos en San Juan del Norte", en: VEGA BOLAÑOS, (1971), p. 107.
- 50 Editorial referido a proclama impresa en León, con fecha 27 de noviembre, por el Sr. Gregorio Dávila. *Mentor Nicaragüense*, N° 6, Granada, 4 de diciembre de 1841. Repro-ducido en: *RAHGN*, Tomo XXXI, pp. 103-104. Ver también: VEGA BOLAÑOS, (1971), pp. 193-194.
 - 51 GRIFFITH, William J., "Attitudes toward foreign colonization. The evolution of nine-teenth-century Guatemalan Immigration Policy", En: *Applied Enlightenment: 19th Cen-tury Liberalism*, Number 4, 1972, p. 73.
 - 52 "Decreto de la Asamblea Legislativa del Estado de Nicaragua", 4 de diciembre de 1841. Ver: *Mentor Nicaragüense*, N° 9, Granada, sábado 25 de diciembre de 1841. En: *RA-GHN*, Tomo XXXI, pp. 124-126.
 - 53 "Decreto disponiendo reedificación del Castillo Viejo y nombramiento de comisión de dos ingenieros que lo examinen, tomando el correspondiente presupuesto para aproba-cion o reforma." 2 de diciembre de 1841. *Mentor Nicaragüense*, N° 13, 22 de enero de 1842. En: *RAGHN*, Tomo XXXI, pp. 151-152.
 - 54 *Mentor Nicaragüense*, N° 13, 22 de enero de 1842.
 - 55 GRIFFITH, 1972.
 - 56 En 1830, se les unió John Foster, quien se radicó en el puerto de El Realejo; luego se asoció con Manning y, en 1836, fue asignado por Chaffield vice-cónsul británico en ese puerto. Foster había comandado un buque mercante en la costa del Pacífico de América del Sur, y los tres primeros habían iniciado sus carreras comerciales en la misma zona, posiblemente en Chile y el Perú.
 - 57 En 1842 había dos comerciantes en la ciudad de Guatemala, uno en Izabal, dos en Chi-nandega, dos en León, tres en Granada, cuatro más en San José y un comerciante de cao-ba en Trujillo. Sin embargo, sólo los de Guatemala y los cuatro radicados en el occidente de Nicaragua ocupaban posiciones verdaderamente influyentes. NAYLOR, 1988, pp. 118 y 119 y 121.
 - 58 NAYLOR, 1988, p. 116.
 - 59 NAYLOR, 1988, p. 16.
 - 60 "Al Sr. Vice-Cónsul de su Majestad Británica Guillermo Hall, de Francisco Castellon." Ministerio general del Supremo Gobierno del Estado de Nicaragua. León, diciembre 15 de 1840. En: VEGA BOLAÑOS, (1971), pp. 32-34.
 - 61 "Grangería Inglesa", Editorial de *El Ojo del Pueblo*, N° 19, Granada, mayo 4 de 1844. En: *RCPCA*, 27(134):86.
 - 62 *Mentor Nicaragüense*, N° 5, Sábado 27 de noviembre de 1841. *RAGHN*, Tomo XXXI, pp. 93-94.
 - 63 Proyecto de ley reproducido en el *Mentor Nicaragüense*. N° 8, Sábado 18 de diciembre de 1841. *RAGHN*, Tomo XXXI, p. 116. (El subrayado es nuestro).
 - 64 El Decreto fue sancionado por las Cámaras Legislativas, en León, diciembre 2 de 1841. Sin embargo, en el N° 9 del *Mentor Nicaragüense* (*RAGHN*, Tomo XXXI, pp. 117 y 123) apare-ce una breve nota informando que el Director Supremo había encontrado serias objeciones al decreto referido, por lo que se cría, con bastante fundamento, que no le daría sanción.
 - 65 Los reclamos eran por las sumas de \$10.089.41/2 y de \$7.692.00, respectivamente, y databan de los años 1826 y 1829. VEGA BOLAÑOS, 1971, pp. 269-272.
 - 66 "El Director del Estado de Nicaragua á sus habitantes." El mensaje incluye el texto del Decreto de la Asamblea Legislativa, León mayo 24 de 1842. Ratificado por Pablo Bui-trago, mayo 27 de 1842. En VEGA BOLAÑOS, 1971, pp. 278-279.

- Comandante General Mariscal Casto Fonseca con autoridades militares y civiles y vecinos notables de Granada sobre sucesos en San Juan del Norte”, en: VEGA BOLAÑOS, (1971), p. 107.
- 50 Editorial referido a proclama impresa en León, con fecha 27 de noviembre, por el Sr. Gregorio Dávila. *Mentor Nicaragüense*, N° 6, Granada, 4 de diciembre de 1841. Repro-ducido en: *RAHGN*, Tomo XXXI, pp. 103-104. Ver también: VEGA BOLAÑOS, (1971), pp. 193-194.
- 51 GRIFFITH, William J., “Attitudes toward foreign colonization. The evolution of nine-teenth-century Guatemalan Immigration Policy”, En: *Applied Enlightenment: 19th Cen-tury Liberalism*, Number 4, 1972, p. 73.
- 52 “Decreto de la Asamblea Legislativa del Estado de Nicaragua”, 4 de diciembre de 1841. Ver: *Mentor Nicaragüense*, N° 9, Granada, sábado 25 de diciembre de 1841. En: *RA-GHN*, Tomo XXXI, pp. 124-126.
- 53 “Decreto disponiendo reedificación del Castillo Viejo y nombramiento de comisión de dos ingenieros que lo examinen, tomando el correspondiente presupuesto para aproba-cion o reforma.” 2 de diciembre de 1841. *Mentor Nicaragüense*, N° 13, 22 de enero de 1842. En: *RAGHN*, Tomo XXXI, pp. 151-152.
- 54 *Mentor Nicaragüense*, N° 13, 22 de enero de 1842.
- 55 GRIFFITH, 1972.
- 56 En 1830, se les unió John Foster, quien se radicó en el puerto de El Realejo; luego se asoció con Manning y, en 1836, fue asignado por Chatfield vice-cónsul británico en ese puerto. Foster había comandado un buque mercante en la costa del Pacífico de América del Sur, y los tres primeros habían iniciado sus carreras comerciales en la misma zona, posiblemente en Chile y el Perú.
- 57 En 1842 había dos comerciantes en la ciudad de Guatemala, uno en Izabal, dos en Chi-nandega, dos en León, tres en Granada, cuatro más en San José y un comerciante de cao-ba en Trujillo. Sin embargo, sólo los de Guatemala y los cuatro radicados en el occidente de Nicaragua ocupaban posiciones verdaderamente influyentes. NAYLOR, 1988, pp. 118 y 119 y 121.
- 58 NAYLOR, 1988, p. 116.
- 59 NAYLOR, 1988, p. 16.
- 60 “Al Sr. Vice-Cónsul de su Majestad Británica Guillermo Hall, de Francisco Castellon.” Ministerio general del Supremo Gobierno del Estado de Nicaragua. León, diciembre 15 de 1840. En: VEGA BOLAÑOS, (1971), pp. 32-34.
- 61 “Grangería Inglesa”, Editorial de *El Ojo del Pueblo*, N° 19, Granada, mayo 4 de 1844. En: *RCPCA*, 27(134):86.
- 62 *Mentor Nicaragüense*, N° 5, Sábado 27 de noviembre de 1841. *RAGHN*, Tomo XXXI, pp. 93-94.
- 63 Proyecto de ley reproducido en el *Mentor Nicaragüense*. N° 8, Sábado 18 de diciembre de 1841. *RAGHN*, Tomo XXXI, p. 116. (El subrayado es nuestro).
- 64 El Decreto fue sancionado por las Cámaras Legislativas, en León, diciembre 2 de 1841. Sin embargo, en el N° 9 del *Mentor Nicaragüense* (*RAGHN*, Tomo XXXI, pp. 117 y 123) apare-ce una breve nota informando que el Director Supremo había encontrado serias objeciones al decreto referido, por lo que se cría, con bastante fundamento, que no le daría sanción.
- 65 Los reclamos eran por las sumas de \$10.089.41/2 y de \$7.692.00, respectivamente, y databan de los años 1826 y 1829. VEGA BOLAÑOS, 1971, pp. 269-272.
- 66 “El Director del Estado de Nicaragua á sus habitantes.” El mensaje incluye el texto del Decreto de la Asamblea Legislativa, León mayo 24 de 1842. Ratificado por Pablo Bui-trago, mayo 27 de 1842. En VEGA BOLAÑOS, 1971, pp. 278-279.

- 67 "Comunicación. A su Excelencia el Jefe del Estado de Nicaragua". Carlos Adams. El Ilustre Buque de S.M.B. Fuera de Belice. Honduras Británica. 17 de Junio de 1842. En: VEGA BOLAÑOS (1971), p. 286.
- 68 "Al Sr. Vice Almirante Carlos Adam, Comandante en Jefe de la fuerza naval de Su Majestad Británica en el Mar del Norte." P. Carvajal. Ministerio General del Supremo Gobierno del Estado de Nicaragua. Departamento de Relaciones, León, julio 17 de 1842. En VEGA BOLAÑOS, 1971, pp. 288-291.
- 69 Ver: RODRÍGUEZ, 1964, pp. 257-258; y "Grangería Inglesa", en *El Ojo del Pueblo*, N° 19, Granada, mayo 4 de 1844, *RCPCA*, 27(134):85.
- 70 STEPHENS, 1971, p. 26.
- 71 Los reclamos fueron comunicados por Chatfield al gobierno nicaragüense en dos cartas remitidas desde la Antigua Guatemala, en diciembre de 1843. "Últimas comunicaciones del Cónsul de S.M.B." En: *El Ojo del Pueblo*, N° 12. Granada, Febrero 3 de 1844. *RCPCA*, 27(133): pp. 46.
- 72 "Remitido", *El Ojo del Pueblo*, Granada, Febrero 3 de 1844, en: *RCPCA*, 27(133):46-47.
- 73 "Grangería Inglesa", *El Ojo del Pueblo*, N° 19, Granada, mayo 4 de 1844. En: *RCPCA*, 27(134), ob. cit., pp. 85.
- 74 Aunque no hemos encontrado el texto de esta ley, suponemos que su espíritu era similar al del proyecto presentado en 1841, puesto que en 1847, el gobierno de Sandoval, endeudado con los comerciantes ingleses, pidió su derogación por no corresponderse a la nueva realidad del Estado. *Registro Oficial*, N° 97, León, 9 de enero de 1847. Pese a la solicitud de Sandoval, la ley conservó su vigencia hasta el 15 de mayo de 1851, en que fue derogada por considerarla un "anacronismo" en el contexto del auge del tránsito de norteamericanos hacia California. Ver: *El Correo del Istmo*, N° 75, León, marzo 20, 1851; y el N° 85, León, mayo 29, 1851.
- 75 Este decreto revocaba las leyes heredadas del período federal, según las cuales los extranjeros que contraían matrimonio con "naturales" de Centroamérica, automáticamente adquirirían todos los derechos ciudadanos contemplados por la Constitución, entre éstos, el de adquirir tierras y dedicarse al comercio interior. El diplomático Francisco Castellón advirtió al gobierno lo contraproducente que sería para la causa de Nicaragua la ratificación de este decreto, pues había provocado fuertes críticas en Europa. CASTELLÓN, París, 27 de Octubre de 1844.
- 76 "Grangería Inglesa", Editorial de *El Ojo del Pueblo*, N° 19, Granada, mayo 4 de 1844. En: *RCPCA*, 27(134):86. (El subrayado es nuestro).
- 77 BUITRAGO, "Memoria", Diciembre de 1847.
- 78 En realidad, la configuración original de los virreinos, reinos y provincias fue, hasta cierto punto, fortuito, pues marcó, en la mayoría de los casos, los límites territoriales de las diversas expediciones de conquista. Sin embargo, pese al carácter arbitrario de la delimitación de las unidades administrativas coloniales, éstas adquirieron a través del tiempo, una realidad más estable, bajo la influencia de factores geográficos, políticos y económicos. La inmensidad del imperio hispanoamericano, la enorme variedad de suelos y climas y, sobre todo, los insuperables obstáculos para las comunicaciones en la época pre-industrial, contribuyeron a imprimir un carácter auto-suficiente a estas unidades. Además, las políticas comerciales de Madrid, convirtieron estas unidades administrativas en zonas económicas separadas. Es por ello, que al momento de la independencia, se insistió de manera intransigente que cada Estado debía conservar los límites territoriales pre-existentes. ANDERSON, B., 1993, pp. 52-53.
- 79 Este razonamiento, que incluye todos los elementos que conforman el utillaje básico del imaginario nacionalista moderno, aparece en la "Memoria" de Buitrago del año 1847, así

como en una carta dirigida por éste a Chatfield, en octubre de 1849, la cual fue publicada en el N° 32 del periódico leonés *El Correo del Istmo de Nicaragua*.

80 BUITRAGO, 1847, en ZELAYA, 1996, p.53.

81 BUITRAGO, Pablo, "Nueva discusión entre el agente de SMB y el Gobierno Supremo de Nicaragua, sobre los derechos territoriales de este Estado, en su costa norte, llamada de mosquitos". León, 24 de octubre de 1849. *El Correo del Istmo de Nicaragua*, N° 32, León, 16 de mayo de 1850.

82 Esta dualidad en el imaginario de las élites predominaba en toda Centroamérica en la primera mitad del siglo XIX. Ver: TARACENA ARRIOLA, Arturo, "Nación y República en Centroamérica. (1821-1865); y ACUÑA ORTEGA, Víctor Hugo, "Historia del Vocabulario Político en Costa Rica. Estado, república, nación y democracia. (1821-1949); ambos en: *Identidades nacionales y Estado moderno en Centroamérica*, / compiladores, Arturo Taracena A., Jean Piel. San José, C.R.:Editorial de la Universidad de Costa Rica, 1995, pp. 45-74.

83 CASTELLON, 1844, *Registro Oficial*, Num. 5.

84 GAMEZ, *Historia Moderna de Nicaragua*. 1975, p. 298-305.

85 EXTRANJEROS Y LISTA DE MONTOS E HIPOTECAS

F. Dervishire	Hipoteca de Sn. Juan	867.7 3/4
Eleonor Thomas	Hipoteca de Sn. Juan	300
T. Manning	Hipoteca de Realejo i Sn. Juan	5.283
S.J. Glenton	Hipoteca del nuevo impuesto	6,000
Sr. Marcenaro*	Hipoteca de Sn. Juan	4,472.6 1/2
Ilario Gusen	Hipoteca de Sn. Juan	200
Joaquin Bustillos	Hipoteca de los puertos	1,837
Ricardo Macnali	Hipoteca de San Juan	1,100.4
Miguel Romano	Hipoteca del Realejo	7,500
Gob. de C.R.**		10,000
Tesorería peculiar		9,190
Beshor		2,821.4
José Satre		517.4

Fuente: *Registro Oficial*, N° 97, León, 9 de enero de 1847.

86 "Al Sr. Secretario de Relaciones del Supremo Gobierno del Estado de Nicaragua, de Juan Foster, Vice-Cónsul Británico", Realejo, Enero 15 de 1847; y "Al Sr. Vice Cónsul de S.M.B. en Nicaragua, de Sebastian Salinas", León, enero 19 de 1847; publicadas ambas en el *Registro Oficial*, N° 100, Managua, 30 de enero de 1847.

87 Las concesiones del débil gobierno granadino provocaron el rechazo popular. En enero de 1847, Glenton y Manning destruyeron los plantíos de cosecheros rebeldes de Managua. Luego se dirigieron a Masaya con el mismo propósito. Allí, una nutrida turba rodeó la casa donde se hallaban alojados, gritando muertes a los ingleses y haciendo ocasionales disparos de intimidación, ante la indiferencia de las autoridades civiles y militares locales. Los comerciantes se vieron obligados a huir, para salvar sus vidas. El Vice-Cónsul John Foster convirtió la agresión en un asunto de Estado: al exigir la correspondiente indemnización de sus compatriotas, no se olvidó de advertir al gobierno que daría cuenta del incidente al Sr. Henry J. North, Capitán del Calipso, navío de S.M.B. FOSTER, Enero 15 de 1847.

88 "Carta del Consulado Británico en Centro-América. Al Secretario principal del Supremo Gobierno del Estado de Nicaragua. Guatemala, agosto 3 de 1846.", publicada en: *Registro Oficial* N° 99, Santiago de Managua, 23 enero 1847.

- 89 "A Sr. Cónsul Jeneral de S.M.B en Centroamérica". Ministerio de Relaciones del Supremo Gobierno del Estado de Nicaragua. León, enero 14 de 1847." En: *Registro Oficial*, N° 99, Santiago de Managua, 23 enero 1847. Cuando las fuerzas navales británicas ocuparon definitivamente el Puerto de San Juan del Norte, en enero de 1848, el gobierno de Nicaragua procuró un arreglo bilateral con Gran Bretaña, y envió a Francisco Castellón a Londres, quien sólo obtuvo nuevas humillaciones de parte de Lord Palmerston. Ver: GAMEZ, 1915-1939, p. 246; y RODRÍGUEZ, 1964, p. 292.
- 90 "W.S. Murphy, Agente Especial de los Estados Unidos en Centro America, a Daniel Webster, Secretario de Estado de los Estados Unidos", 18 de junio de 1842, en: VEGA BOLAÑOS, 1971, pp. 296-301. En este documento Murphy refiere esta "*tradición que es como cosa corriente entre ellos, así como entre las naciones colindantes*". Además, compara la política británica hacia los miskitos con la que también practicaban con las "Naciones Indias" en las fronteras norte y oeste de los Estados Unidos.
- 91 ROMERO VARGAS, Germán, *Historia de la Costa Atlántica*, Managua: CIDCA, 1996.
- 92 "Exposición del Senador Emiliano Madriz", publicada en *El Redactor Nicaragüense*, N° 2, León, julio 28 de 1840. Documento reproducido en VEGA BOLAÑOS, (1971), pp. 35-39.
- 93 Documento reproducido en: *Memorias de Relaciones Exteriores*, 1920, tomo II, p. 179. Ver. ALEGRET, Juan L. "La Comarca de Cabo Gracias a Dios: Apuntes para su Historia", en: *Encuentro. Revista de la Universidad Centroamericana*. Managua: UCA, Abril-septiembre 1985, PP. 65-95. El Decreto de habilitación del puerto en la desembocadura del Río Coco provocó polémicas y el recelo de los comerciantes tradicionales, allegados al granadino Patricio Rivas. Según VEGA BOLAÑOS, 1971, el Director Supremo posteriormente vetó el Decreto, y finalmente se aprobó modificado.
- 94 QUIJANO, Granada, octubre 31 de 1841.
- 95 Idem.
- 96 Idem.
- 97 ALEGRETT, 1985, p. 68.
- 98 *Registro Oficial*, N° 95, Managua, 26 de diciembre de 1846.
- 99 *Registro Oficial*, N° 95.
- 100 "Convenio celebrado entre el Comisionado del Estado Soberano de Nicaragua y el Jefe Principal de la Costa de Mosquitos"
Octubre-diciembre de 1847. Reproducido en: *Memoria de Relaciones Exteriores*, 1920, Tomo II, pp. 396-402; y en: *Encuentro. Revista de la Universidad Centroamericana en Nicaragua*, Abril-septiembre 1985, Números 24-24, pp. 152-153.
- 101 "Informe presentado por el Sr. Díaz, junto con los documentos del Convenio", en *Memorias de Relaciones Exteriores*, 1920, Tomo II, pp. 396 y ss. Citado en: ALEGRET, 1985, p. 89.
- 102 Idem.
- 103 Idem.
- 104 Idem.
- 105 El documento fue ratificado por el Director Supremo José Guerrero el 4 de diciembre de 1847, y sellado por el Secretario de Relaciones, Pablo Buitrago, el 25 de diciembre de ese mismo año.
- 106 Decreto de Ratificación, León, 4 de diciembre de 1847, José Guerrero. Conforme - Ministro de Relaciones del Supremo Gobierno, León, diciembre 25 de 1847, Buitrago. En: *Memoria de Relaciones Exteriores*, 1920, Tomo II, pp. 396-402, y *Encuentro*, N° 24-25, p. 153.
- 107 "Al Jefe Principal de la Tribu de Mosquitos residente en el Cabo de Gracias a Dios, Agnes Ana Federico." S. Salinas. Secretaría de Relaciones, León, diciembre 25 de 1847.

Entre los objetivos del convenio, Salinas destaca tres: el afianzamiento de las buenas relaciones entre los habitantes de la costa de Mosquitos, y los demás nicaragüenses; el impulso al comercio; y la defensa de los derechos del país contra las usurpaciones extranjeras.

108 Idem.

109 “Comunicación dirigida el 13 del corriente á S.G. Lord Palmerston Ministro de negocios extranjeros de S.M.B.”, Sebastian Salinas, Ministerio de relaciones exteriores del Supremo Gobierno del Estado Soberano de Nicaragua. Casa de Gobierno. Granada Marzo 13 de 1848. Documento reproducido en: VEGA BOLAÑOS, 1944, p. 146-151.

110 GAMEZ, 1915-1939, p. 246.

111 “De Pablo Buitrago a F. Chatfield”. Ministerio de Relaciones del SG del E de Nic, León, 24 de octubre de 1849. En: *El Correo del Istmo de Nicaragua*, N° 27, León, abril 11 de 1850. Las cartas intercambiadas entre Buitrago y Chatfield fueron publicadas por entregas entre los números 27 y 32 de este periódico, correspondientes al período entre el 11 de abril y el 16 de mayo de 1850, bajo el título de: “Nueva discusión entre el agente de SMB y el Gobierno Supremo de Nicaragua, sobre los derechos territoriales de este Estado, en su costa norte, llamada de mosquitos”.

112 Idem.

113 Idem.

114 Idem.

Capítulo 6

Entre la Doctrina Monroe y el Destino Manifiesto

El heraldo de la Doctrina Monroe

Indefensos ante la armada de la pérfida Albión, los gobernantes nicaragüenses buscaron el apoyo de los Estados Unidos. Después de todo, la emergente potencia del norte había proclamado en 1823 que cualquier agresión perpetrada por una monarquía europea a los Estados republicanos del Nuevo Mundo sería rechazada como un ultraje a todo el continente.¹ Tal promesa inspiraba los sueños del editor del periódico *El Correo del Istmo de Nicaragua*, quien quiso compartir con sus lectores una venturosa visión nocturna:

“Vimos a las hinchadas olas de la Europa, estrellarse con furor en esta deleznable cadena que une i ata los dos mas hermosos continentes, amenazando quebrantarla por diversas partes. (...) Llenos de estupor dirijimos nuestras miradas hacia á Norte-América: en el instante, i como por encanto, vimos de en medio de Washington, el águila más hermosa i admirable que han conocido los siglos; joven, lozana i altanera, coronada con la diadema de la libertad, lanzó su rápido vuelo hacia á nosotros, i en mui poco tiempo, se colocó frente á frente de el águila británica. Entonces renacieron nuestras esperanzas; siendo tanto más fundadas, cuanto que veíamos a nuestros libertadores.”²

Sin embargo, las esperanzas cifradas en la posibilidad de que los hijos de Washington asumieran una actitud beligerante en contra de su antigua metrópoli, en aras de los principios de la Doctrina Monroe, eran de una candidez insospechada.³

En las semanas previas a la ocupación británica de San Juan del Norte, el cónsul norteamericano Mr. Livingston había remitido a sus superiores una detallada exposición sobre los planes de Chatfield para apoderarse de la ruta canalera de Nicaragua, y les transmitió las rogativas de apoyo de sus atemorizados gobernantes.⁴

No obstante, empeñado en su propia expansión hacia el sur y el oeste, el presidente Polk desdeñó la sugerencia de reafirmar la Doctrina Monroe frente a Gran Bretaña. En realidad, los gobernantes norteamericanos no empezarían a mostrar mayor interés por el istmo centroamericano sino hasta después de haber arrebatado al otrora altivo virreinato novohispano los territorios de Texas, Nuevo México y California.⁵

Curiosamente, el expansionismo de los Estados Unidos a costa de México no había inspirado mayores recelos entre la élite criolla de Nicaragua. El tema mereció tan sólo unas escuetas líneas en los periódicos de la década de 1840, también salpicados de elogios a la potencia anglosajona.⁶

Norberto Ramírez, por ejemplo, fue un entusiasta apologista de las instituciones norteamericanas. En un discurso pronunciado ante el congreso en junio de 1846 propuso reformar la Constitución tomando como modelo la Legislatura de Virginia. Ese cuerpo jurídico, argumentó, había permitido a la unión americana alcanzar su perfección, y alzar raudo vuelo hacia su prosperidad y “engrandecimiento”, en medio del “asombro universal”.⁷

Mientras los cañones norteamericanos rugían en suelo mexicano, el periódico nicaragüense *Registro Oficial* exhortaba a los legisladores a dar pruebas de ser “dignos discípulos del inmortal Washington”.⁸ En otro editorial, se ensalzaba a Estados Unidos como uno de los ejemplares más vivos del “espíritu del progreso” del siglo.⁹

La admiración por la potencia anglosajona llevó a la élite criolla de Nicaragua a racionalizar la experiencia mexicana como un merecido castigo por su imprudencia. Las “desgracias, perjuicios y humillaciones” sufridas eran resultado de su “conducta errónea”, sentenció el editorialista de *El Correo del Istmo*.¹⁰

Cabe destacar que esta actitud no era exclusiva de los gobernantes nicaragüenses. Muchos pensadores hispanoamericanos

de la época también percibían a los Estados Unidos como un modelo a imitar, y su victoria sobre México en 1847 más bien estimuló tal sentimiento. Las voces de recriminación contra el agresor fueron escasas; la culpa se echó sobre la raza derrotada: la herencia genética y cultural española.¹¹

No es extraño, pues, que al desatarse la vertiginosa corriente migratoria hacia los territorios recién usurpados a México - la "fiebre del oro" estimulada por la propaganda sobre los fabulosos campos auríferos de California - los nicaragüenses recibieran con júbilo a los enérgicos "americanos del norte".

El 16 de marzo de 1849, el general José Trinidad Muñoz suscribió una concesión sobre la ruta interoceánica con David J. Brown, agente de una compañía neoyorquina de transporte. El artículo veintidós del contrato revela el principal objetivo del gobierno nicaragüense: obtener recursos para enviar una delegación a Washington en procura de un tratado oficial de protección y alianza para recuperar el puerto de San Juan del Norte.¹²

Nada más lejos de los propósitos de la administración norteamericana. El general Taylor, quien había asumido la Presidencia en marzo de 1849, representaba los intereses de los grupos económicos de los Estados del norte de la Unión.¹³ Estos consideraban que el canal debía construirse sin demora y, puesto que el capital inglés era necesario para la obra, veían con buenos ojos una alianza con la Reina de los Mares. Visualizaban, pues, la apertura de la ruta interoceánica como una empresa económicamente remunerativa, y relegaban a un segundo plano las consideraciones geopolíticas.

Las instrucciones impartidas por Taylor a Ephraim George Squier, al designarlo ministro plenipotenciario ante los gobiernos centroamericanos, fueron un fiel reflejo del pragmatismo de la política exterior de su gabinete. En efecto, de manera explícita se le recomendó abstenerse de involucrar a Estados Unidos en alianzas comprometedoras o en controversias innecesarias. Debía concentrar su atención en asegurar iguales derechos de tránsito por el futuro canal tanto para su país como para las demás naciones del mundo, incluyendo a Gran Bretaña.¹⁴

Contrario a sus instrucciones, el joven arqueólogo y escritor norteamericano se dejó arrastrar por su ferviente nacionalismo y, ya en tierras nicaragüenses enfrentó al experimentado cónsul británico Frederick Chatfield como a un enemigo personal. En consecuencia,

apenas duró un año en su cargo, una carrera efímera en comparación a las dos décadas de servicio que prestó su rival en el istmo centroamericano.¹⁵

No obstante su corta permanencia en Nicaragua, Squier logró despertar una verdadera euforia pro norteamericana. La sola noticia de su nombramiento, conocida a través del *Express* de Nueva York, bastó para crear un clima de expectación.¹⁶ El ministro encargado de las relaciones exteriores se apresuró a comunicar la buena nueva a los prefectos departamentales, y les ordenó prodigar el “más honorífico recibimiento” al representante del “muy poderoso gobierno” de Estados Unidos a su paso por los pueblos y ciudades de sus respectivas jurisdicciones.¹⁷

El mandato fue cumplido con abrumador entusiasmo, en ocasiones excesivo para el cansado viajero.¹⁸ Los agasajos de bienvenida culminaron en un apoteósico homenaje en la capital, que *El Correo del Istmo* calificó de “un espectáculo jamás visto”, pues todos los concurrentes percibían ese día “como el más feliz principio de una sublime epopeya.”¹⁹ La ocasión excitó el numen poético de los leoneses, y Francisco Díaz Zapata dedicó a la bandera de los Estados Unidos unos emotivos versos:

“Presajio de poder y de grandeza!
Enseña ilustre de virtud y de gloria!
Yo te contemplo en tu sublime alteza,
Y al contemplarte siento
Que de mi Patria ensalzarás la historia”.²⁰

En el imaginario del joven bardo leonés, la Patria - esa comunidad ligada a imágenes tradicionales inspiradas en la fe religiosa y el culto a los ancestros - cobraba nueva vida al recibir al representante del gran pueblo norteamericano. Tal visión le arrebató el aliento, según confesó a los lectores de *El Correo del Istmo*: “(...) apenas sentía la vida para dar gracias á Dios que nos daba un nuevo ser, y para bendecir las cenizas de mis padres que reposan en el seno de su patria, favorecida por la civilización y el poder de los Estados Unidos de Norte América.”²¹

El Pueblo Indígena de Subtiaba se sumó al júbilo colectivo y envió a Squier un sentido mensaje, que refleja el sitio privilegiado otorgado a Estados Unidos dentro de su visión del mundo, presidida por el astro del día:

“La Municipalidad y Pueblo de Subtiaba (...) están poseídos de un extraordinario entusiasmo por la alianza de Nicaragua con Norte-América, la más grande y más ilustre de las Repúblicas que han sido alumbradas por el Sol.”²²

En opinión de un entusiasta lector de *El Correo del Istmo*, la fecha de la acreditación oficial del Ministro Plenipotenciario norteamericano, merecía el primer lugar en el calendario de las efemérides patrias:

“(...) cuando todas las naciones envidien nuestra suerte; no habrá alguno que no recuerde y haga conmemoración del día 9 de julio de 1849, celebrándolo con mayor razón, que el día de nuestra independencia.”²³

Las esperanzas de la élite cobraron vuelo al escuchar el discurso pronunciado por Squier durante el magno evento. El joven diplomático pronto olvidó sus instrucciones y proclamó con vehemencia los enunciados de la Doctrina Monroe:

“Es un principio fundamental (...) la exclusión total de injerencias extranjeras en los asuntos domésticos e internacionales de las repúblicas americanas; y si queremos cultivar relaciones amistosas, fomentar el intercambio comercial con todo el mundo, y que gentes de toda nacionalidad vengan a nuestras playas a disfrutar del beneficio de nuestras instituciones, debemos proclamar, en lenguaje claro y terminante, que América es para los americanos y su territorio es recinto consagrado a la libertad republicana. Debemos hacer saber también que si una potencia extranjera usurpa el territorio o pisotea los derechos de cualquiera de los Estados americanos, ello significa infligir una lesión a todos, y debe ser empeño de todos hacer que se repare el agravio.”²⁴

En respuesta, el Supremo Director del Estado confió a Squier que Nicaragua, desde hacía mucho tiempo, esperaba la protección norteamericana.²⁵ Tales expectativas por fin se veían cumplidas, agregó el Senador Toribio Terán, pues contaban ya con el apoyo de “una nación hermana nuestra, liberal, poderosa y llamada naturalmente a defender nuestro territorio”.²⁶

Bajo los auspicios de Squier, la compañía neoyorquina American Atlantic and Pacific Ship Canal Company, presidida por el mag-

nate Cornelius Vanderbilt, recibió una generosa concesión que le aseguró el monopolio de la navegación por vapor en los lagos y ríos nicaragüenses, el control sobre la ruta transoceánica, y el derecho a establecer colonias de norteamericanos en sus inmediaciones.²⁷

La compañía podría disponer de las tierras y los materiales de construcción requeridos para la obra, sin costo alguno. Además, durante ochenta y cinco años a partir de la apertura del canal, sería usufructuaria exclusiva del peaje cobrado a los buques en tránsito por el istmo de Nicaragua.²⁸

La generosidad del gobierno no se detuvo ahí, pues también puso a disposición de la compañía a los propios trabajadores nicaragüenses. Según el artículo 16 del contrato, los “delincuentes” - calificativo sujeto al interesado arbitrio de la contraparte local - serían asignados como operarios a las obras canaleras, bajo condiciones pactadas entre el Estado y la empresa norteamericana.

El contrato contemplaba, asimismo, la fundación de colonias agrícolas de inmigrantes extranjeros en diferentes puntos de la ruta. Con ese fin, el Estado se comprometía a donar ocho lotes de seis millas inglesas de largo por seis millas de ancho frente al río o canal, en los sitios elegidos por la compañía. Ésta podía enajenarlos o venderlos a los futuros colonos, aunque el Estado se reservaba el “dominio eminente y sumo imperio sobre dichas tierras y sus habitantes”.²⁹

Al mismo tiempo, Squier suscribió un tratado de comercio y amistad por el cual el gobierno de Estados Unidos reconocía de manera explícita la soberanía de Nicaragua sobre la totalidad de la ruta interoceánica, y se comprometía a defender la obra canalera de cualquier intento de invasión o usurpación, así como a garantizar la neutralidad de la ruta canalera y sus puertos terminales.³⁰

A partir de entonces, el Director Supremo de Nicaragua se convirtió en el más entusiasta divulgador de los principios de la Doctrina Monroe. Hizo circular en los estados vecinos el discurso pronunciado por Squier el 9 de julio, acompañado de una proclama oficial de condena al empeño de Gran Bretaña en propagar las odiosas instituciones monárquicas por medio de la conquista, colonización, o alianza con “tribus errantes” en el istmo.³¹

Por su parte, el ministro Pablo Buitrago instó a sus homólogos a adherirse al pronunciamiento del gobierno de Nicaragua, pero tan sólo El Salvador y Honduras correspondieron al llamado.³² En

una lacónica nota, el encargado de las relaciones exteriores de Costa Rica informó haber remitido la solicitud al congreso, mientras que el guatemalteco esquivó el problema, bajo el pretexto que el Presidente se hallaba fuera de la capital. Sin embargo, los gobernantes nicaragüenses no estaban dispuestos a dejarse amilanar por la displicencia de algunos de sus vecinos: los signos de los tiempos eran más que prometedores.

La invención del mito del canal

En 1850, Orville Childs, ingeniero al servicio de la American Atlantic and Pacific Ship Canal Company, descubrió en Rivas el paso más bajo de la divisoria continental de aguas, y estimó factible canalizar el breve istmo en un plazo de seis años, a un costo aproximado de treinta y un millones y medio de dólares.³³

Gozoso, el Director Supremo anunció que la ciencia había permitido descubrir el canal trazado por la Naturaleza en el territorio nicaragüense. La Patria había arribado a su madurez política con la llave del comercio entre sus manos, para ser admirada y visitada por todas las naciones del mundo:

“¡Sí nicaragüenses!: esta patria querida entregada á las debilidades de la infancia política por un cuarto de siglo, esta hoi preparada á ser el objeto de la espectación i concurrencia universal: ya se ha hecho familiar en todas las naciones el antiguo pensamiento comprobado por la ciencia de que bajo la superficie de vuestro territorio se oculta el lecho del gran canal de comunicación interoceánica...”³⁴

El mito decimonónico del progreso se encarnó en el proyecto canalero. Bastaría abrir la ruta interoceánica para desencadenar una inmediata revolución en el comercio mundial, que a su vez estimularía la agricultura y la explotación de los recursos naturales de Nicaragua. Tocada por la mano de la industria y la tecnología, la naturaleza bravía e inculta se inclinaría al servicio del bienestar humano, pronosticó *El Correo del Istmo*, dando ya como un hecho esta súbita metamorfosis:

“La abundancia i la prosperidad se apoderan de nosotros. Esta reducida faja, que no ha mucho se veía sencilla i sin arte, se presenta

ya bordada ricamente con los diversos matices que le prestan la industria y el cultivo: nuestras chozas se convierten en palacios: nuestras ciudades levantan sus cabezas: estos lagos inservibles presentan ya un aspecto grandioso y animado: (...) este país en fin que poco ha se veía selvático e inculto, llama ya la atención del universo: el comercio le considera su centro, la ilustración pone en él su asiento: (...) la gloria, en fin, el contento, las delicias i la felicidad humana se brindan espontáneamente a los dichosos habitantes de este paraíso terrenal.”³⁵

En el imaginario de muchos nicaragüenses, bastaría colocarse en las inmediaciones de la providencial ruta para recibir sus inmensos beneficios. Gregorio Juárez, uno de los principales intelectuales de la época, instó al gobierno a divulgar públicamente cuál era el rumbo que seguiría la compañía norteamericana en el trazado de la obra canalera, pues:

“Semejantes conocimientos puestos al alcance de todos, facilitarán a cada uno de los hijos del Estado, los medios de colocarse de una vez en el mejor lugar; y a semejanza de un plantío bien arreglado que solo aguarda la lluvia, o el riego para crecer y fructificar, les veremos llenos de prosperidad tan luego como el torrente de riquezas, intelectuales y materiales, atraviese nuestro suelo fecundo en tesoros de todo jénero.”³⁶

La visión del canal como instrumento de pacificación, generalizada entre las principales figuras políticas de la desaparecida federación centroamericana, halló eco entre los gobernantes nicaragüenses. En su discurso inaugural, Norberto Ramírez había advertido a sus gobernados a deponer sus rivalidades en aras de la gran meta nacional: “(...) no apartéis los ojos de este inmenso porvenir, i que esta pasión grande os haga olvidar todas las pasiones subalternas: es mas que nunca necesario estar quietos i sumisos a la ley.”³⁷

A mediados de 1849, Nicaragua se hallaba agitada por la lucha entre timbucos y calandracas, así como por las correrías de So-moza en Rivas. Fermín Ferrer, prefecto del departamento Oriental, también aprovechó las expectativas creadas por el arribo de Squier y la firma del convenio canalero con la American Atlantic and Pacific Ship Canal Company para reforzar sus llamados al orden y la reconciliación.

Ferrer instó al pueblo a rechazar a los “seductores” que, abusando de su sencillez, lo habían involucrado en el asalto al cuartel de Rivas. La rebelión, advirtió, les había traído mucho sufrimiento; en contraste, el paternal gobierno de Ramírez les ofrecía compartir un futuro próximo de prosperidad:

“El gobierno es vuestro padre (...) a la par del poder que tiene para reprimir la anarquía por donde quiera que asome, y castigar severamente a sus autores, abraza también sentimientos de clemencia y filantropía. Yo, a su nombre, os ofrezco protección (...) venid a ocupar vuestros hogares (...) Acordaos, que dentro de poco, vereis entre vosotros mismos el orden y la civilización, que presentará la imagen risueña de la vida y de la abundancia, reemplazando a la barbarie, cuyos males resultados estais experimentando.”³⁸

Como resultado de los constantes conflictos armados, se advertía, no faltaban gobiernos que pensaran que Nicaragua era un país de salvajes, desgarrado por luchas tribales. Era preciso, pues, modificar las costumbres y erradicar las pugnas políticas internas para adquirir una fisonomía civilizada ante la sociedad de naciones.³⁹

A través de los editoriales de *El Correo del Istmo*, el gobierno de Ramírez impulsó una campaña permanente de educación ciudadana, que giró en torno a la idea del canal como proyecto colectivo de los nicaragüenses. Asimismo, se recurría a metáforas de inspiración religiosa para transmitir la idea de que Nicaragua transitaba por una encrucijada histórica. Se hallaba suspendida entre el caos y el paraíso: trascender ese momento crucial y alcanzar la gloria exigía dejar a un lado la envidia y el egoísmo, vicios morales a los que se atribuía toda inconformidad política.⁴⁰

La retórica en torno al proyecto canalero invadió toda la vida política nicaragüense. En vísperas de las elecciones parlamentarias de diciembre de 1849, *El Correo del Istmo* recordó a los votantes su responsabilidad de escoger diputados dispuestos a honrar los términos de los convenios suscritos con la American Atlantic and Pacific Ship Canal Company. Un error de juicio podría complicar la política exterior y obstaculizar la gran empresa. “En circunstancias extraordinarias, no deben figurar hombres comunes”, sentenció el editorialista.⁴¹

De acuerdo a los voceros del gobierno, el momento histórico que atravesaba Nicaragua exigía cerrar los espacios políticos en tor-

Ferrer instó al pueblo a rechazar a los “seductores” que, abusando de su sencillez, lo habían involucrado en el asalto al cuartel de Rivas. La rebelión, advirtió, les había traído mucho sufrimiento; en contraste, el paternal gobierno de Ramírez les ofrecía compartir un futuro próximo de prosperidad:

“El gobierno es vuestro padre (...) a la par del poder que tiene para reprimir la anarquía por donde quiera que asome, y castigar severamente a sus autores, abraza también sentimientos de clemencia y filantropía. Yo, a su nombre, os ofrezco protección (...) venid a ocupar vuestros hogares (...) Acordaos, que dentro de poco, vereis entre vosotros mismos el orden y la civilización, que presentará la imagen risueña de la vida y de la abundancia, reemplazando a la barbarie, cuyos males resultados estais experimentando.”³⁸

Como resultado de los constantes conflictos armados, se advertía, no faltaban gobiernos que pensaran que Nicaragua era un país de salvajes, desgarrado por luchas tribales. Era preciso, pues, modificar las costumbres y erradicar las pugnas políticas internas para adquirir una fisonomía civilizada ante la sociedad de naciones.³⁹

A través de los editoriales de *El Correo del Istmo*, el gobierno de Ramírez impulsó una campaña permanente de educación ciudadana, que giró en torno a la idea del canal como proyecto colectivo de los nicaragüenses. Asimismo, se recurría a metáforas de inspiración religiosa para transmitir la idea de que Nicaragua transitaba por una encrucijada histórica. Se hallaba suspendida entre el caos y el paraíso: trascender ese momento crucial y alcanzar la gloria exigía dejar a un lado la envidia y el egoísmo, vicios morales a los que se atribuía toda inconformidad política.⁴⁰

La retórica en torno al proyecto canalero invadió toda la vida política nicaragüense. En vísperas de las elecciones parlamentarias de diciembre de 1849, *El Correo del Istmo* recordó a los votantes su responsabilidad de escoger diputados dispuestos a honrar los términos de los convenios suscritos con la American Atlantic and Pacific Ship Canal Company. Un error de juicio podría complicar la política exterior y obstaculizar la gran empresa. “En circunstancias extraordinarias, no deben figurar hombres comunes”, sentenció el editorialista.⁴¹

De acuerdo a los voceros del gobierno, el momento histórico que atravesaba Nicaragua exigía cerrar los espacios políticos en tor-

no al antiguo ideal de la “unanimidad”; deponer los pueriles conflictos internos, y erradicar los partidos políticos:

“¡Cuan despreciables, cuan ridículos aparecen esos nombres, que han inventado los infatuados sectarios de nuestros últimos días, al contemplar la gigante empresa que estamos emprendiendo! Fijemos ya la vista de hito en hito en la obra del canal (...) y ya que somos buscados, alumbrados y protegidos por los hijos del inmortal Washington, aprovechemos la ocasión, verificando aquella unión indisoluble, sin la cual no se podrá plantear la obra, que nos hará inmortales.”⁴²

El Correo del Istmo se atrevió a augurar que la construcción del canal pondría fin a inveterada rivalidad entre Oriente y Occidente. El optimismo del editorialista se inspiró en la patriótica iniciativa de un grupo de vecinos leoneses, quienes habían explorado y comprobado la navegabilidad de un cercano estero hasta su desembocadura en el magnífico puerto natural de El Polvón, toponimia popular que rápidamente fue sustituida en los siguientes números del periódico por el nombre clásico de Corinto.

En efecto, tal descubrimiento abría la posibilidad de reorientar la ruta de los pasajeros en tránsito a California: luego de remontar el río San Juan, surcar los dos lagos interiores y recorrer un breve trecho terrestre, los viajeros podrían hacer una provechosa escala en la antigua capital del Estado antes de embarcarse nuevamente hacia su destino. Hermanadas en la prosperidad, León y Granada llegarían a abrazarse y confundirse en un sólo núcleo humano. Tal era la visión presentada por *El Correo del Istmo*:

“Granada tiene un lago, que, sobre ser su encanto, su alma y su delicia, la pone en contacto con el mar del norte (...). León también tiene a sus puertas un canal, que uniéndola al Pacífico, le hará participe de todos sus tesoros. Ambas ciudades, dejando ya de ser rivales, extenderán sus brazos, se darán una mano por encima del BOMBACHO y MOMOTOMBO, y tocaran con la otra los dos mares, haciéndose el vínculo del comercio universal. Tiempo llegará, tal vez, en que identificándose estas dos ciudades formen una sola, que no siendo León ni Granada, sea propiamente la “Reina del Valle”.⁴³

La ruta providencial se convirtió en la musa de más de un bardo criollo. Muestra de ello es el poema “A la Paz”, en el que un inspirado ciudadano auguró la inminente reunificación de Centroamérica en torno a la opulenta Nicaragua. Y ¿cómo podrían los demás Estados del istmo resistir la atracción de un paraíso como el soñado por este autor?

“Así el inmenso lago
Verá en su aspecto hermoso
Pasar veleras naves
De los países remotos,
Así las islas bellas
Que le coronan todo,
De poderosos pueblos
Serán vistos tronos;
Y el comercio del mundo
Con sus ricos tesoros,
Al ver nuestra riqueza
Se colmará de asombro.
¡Oh dulce Paz divina!
Escucha nuestros votos,
Que hacemos por la Patria,
De la cual hijos somos.”⁴⁴

Entre el mito y la realidad

Sin embargo, a la par de este discurso optimista en torno al gran proyecto nacional también se dejaban escuchar algunas voces disidentes. Por ejemplo, en una carta pública se recriminó a los gobernantes que por vivir “en eterna expectativa del gran canal Oceánico” desdeñaban tareas urgentes, realizables con recursos propios del país. Tal paradoja, observó este pragmático ciudadano, confirmaba la sabiduría del refrán popular: “Siempre lo mejor há sido enemigo de lo bueno.”⁴⁵

Pedro Francisco de la Rocha también ridiculizó la retórica altisonante en torno al proyecto canalero. El progreso, argumentó, sólo podría alcanzarse mediante una profunda reforma a los planes de educación universitarios; veinticinco años después de la independencia aún se conservaban intactos aquellos heredados de la Colonia.

Como muestra de las graves consecuencias del obsoleto sistema educativo, observó que todos los universitarios podían disertar sobre el proyecto del canal “con una vocinglería fastuosa, como quien discute en alguna clase o acto público sobre un certamen teológico o de derecho canónico”, pero no había uno sólo capaz de levantar un plan topográfico de la ruta interoceánica.⁴⁶

La brecha entre la realidad y el mito del canal como fuente de progreso instantáneo se reveló en toda su dimensión, no sólo por la voracidad de los capitalistas norteamericanos, sino también por la inexperiencia empresarial de los nicaragüenses.

La repentina afluencia de pasajeros en camino a California excedió la capacidad productiva del país.⁴⁷ Aunque los recursos naturales eran abundantes, escaseaba mano de obra para suministrar la cantidad de alimentos o materiales de construcción requeridos por los viajeros, las compañías de transporte y los nuevos mercados en el Pacífico.

Los periódicos de la época tendían a atribuir este problema a la natural indolencia de los nicaragüenses. *El Correo del Istmo*, por ejemplo, se hizo eco de la teoría ilustrada sobre la relación inversa entre el grado de civilización de los pueblos y la generosidad de la naturaleza que los rodea.

Su editorialista aseguró sin ambages que el hombre era más irracional y refractario al progreso cuando gozaba de un clima benigno, abundancia de tierra fértil y recursos minerales. En contraste, aquellas sociedades que enfrentaban formidables desafíos naturales alcanzaban un rápido desarrollo. Ilustró esta “verdad científica” mediante un diálogo imaginario con un típico nicaragüense, a quien se le interrogó sobre sus costumbres cotidianas y forma de emplear el tiempo:

“- Mire, amigo Dn. Terencio: ¿A qué hora se levanta U.? - Según las circunstancias (...) - ¿Que hace U. en levantándose? - Me siento en una silla poltrona, ó me dejo caer sobre la hamaca (...) - ¿Que hace U. en el resto de la mañana? - Almuerzo, salgo á visitar, tomo tiste, practico algunas diligencias, vuelvo á casa y me sepulto otra vez en mi hamaca idolatrada... - ¿Y por la tarde, en que se emplea? - En comer, dormir la siesta, merendar, pasear un rato y tomar tiste... -¿Cómo pasa la noche? - Que cosa: eso por tan sabido no se debería preguntar. ¿Para qué ha hecho Dios la noche, sino para cenar, rezar el santo rosario, murmurar un rato, y dormir a pierna suelta?”⁴⁸

La insistencia en este tema refleja el interés de los gobernantes por llevar a sus indolentes compatriotas a tomar conciencia sobre la obligación de expurgar tan abominable “pecado original”. La pereza conspiraba contra los designios que Dios había trazado para los nicaragüenses, advertía un editorial de *El Correo del Istmo*: “La Providencia nos ha favorecido de tal suerte que a no ser por la indolencia sería nuestro país el emporio del globo. (...) Al presente nada somos; pero saliendo de nuestro letargo, de nuestro atolondramiento i de esta inconcebible indolencia; podemos llegar a ser lo que todo mundo espera”.⁴⁹

Una de las manifestaciones del “atolondramiento” de los nicaragüenses era su inclinación a dar crédito a toda clase de rumores infundados. *El Correo del Istmo* publicó un edificante artículo sobre este tema, ilustrándolo con una simpática anécdota.

De paseo por una calle de León, un “Transeúnte” divisó un tropel de gente que corría hacia la plaza. Al preguntar el motivo a distintos paisanos, recibió respuestas a cual más descabellada: un grupo de sediciosos asaltaba el cuartel de armas; los ingleses marchaban sobre León en son de guerra, apoyados por pobladores de El Realejo, furiosos por la apertura del nuevo puerto de Corinto; los indios de Matagalpa, después de haber asesinado a todos los ladinos de Segovia, venían entrando a sangre y fuego por el barrio de San Juan... Al llegar a la plaza, el “Transeúnte” descubrió el origen del bochinche: los pícaros del barrio habían atado por el rabo a unos incautos perros.⁵⁰

Aparte de los desvelos por la mala imagen que el pueblo nicaragüense pudiera ofrecer a los “civilizados” ojos extranjeros, otras preocupaciones más serias aquejaban a los gobernantes. Una de las más graves era la competencia de otras rutas interoceánicas.

Cabe recordar que durante los años 1849 y 1850, la gran mayoría de los buscadores de oro prefería viajar a través del istmo de Panamá. Esta ruta implicaba destinar de tres a siete días para remontar en bongos el río Chagres desde Colón hasta el pueblo de Gorgona, y luego continuar a lomo de mula veintiocho millas hasta ciudad Panamá en el Pacífico.

En marzo de 1850 empezó a publicitarse la ruta por el istmo de Tehuantepec, mucho más cerca de Nuevo Orleans que Nicaragua, aunque suponía 90 millas de navegación fluvial y 117 millas de recorrido terrestre entre los puertos de Minatitlán y Ventosa.

La ruta por Nicaragua, tal como empezó a operar en marzo de 1849, significaba remontar en bongos las 122 millas del curso del río San Juan hasta el puerto lacustre de San Carlos, navegar 120 millas más en las aguas del lago Cocibolca para llegar a Granada, y de allí recorrer un trecho terrestre de 134 millas a lomo de mula o en carreta hasta El Realejo.⁵¹

La escasa disponibilidad de medios de transporte significaba engorrosas demoras para los impacientes viajeros. El Director Supremo abordó este problema en una extensa circular a los prefectos departamentales, explicando la urgencia de reducir el tiempo del viaje entre San Juan del Norte y el Realejo a un máximo de diez o doce días, para poder competir con las opciones de Panamá o Tehuantepec.

Este propósito chocaba, sin embargo, con la falta de iniciativa de los propietarios nicaragüenses, que el Director Supremo atribuyó a la herencia colonial. Instó, pues, a sus funcionarios despertar el “jenio especulativo” de los vecinos de sus respectivas unidades administrativas. Debían reunirse con potenciales empresarios y motivarlos a formar compañías por acciones para construir o adquirir un mayor número de postas, carruajes y rápidas embarcaciones. El gobierno, por su parte, se comprometía a garantizar protección militar a los convoyes de pasajeros, y a las instalaciones de las empresas de transporte.⁵²

Otros ciudadanos, sin embargo, se hallaban más preocupados por demorar la partida de los viajeros, conduciéndolos por escalas a través de las principales ciudades del país, de manera que el mayor número de nicaragüenses pudiera venderles sus servicios o productos.

Esta idea inspiró un artículo remitido por el intelectual leonés Hermenegildo Zepeda a *El Correo del Istmo*. Sugería canalizar el río Tipitapa de manera que los buques de vapor pudiesen pasar desde el lago Cocibolca al Xolotlán, y detenerse en tres puertos lacustres: Granada, Managua y León Viejo. Allí, los viajeros dispondrían de carruajes tirados por caballos para visitar la capital histórica del Estado, antes de partir hacia El Realejo.⁵³

Desdeñando la hospitalaria disposición de granadinos, managuas y leoneses, los empresarios norteamericanos optaron por una solución más pragmática. El 14 de julio de 1851, el comodoro Vanderbilt zarpó de Nueva York para inaugurar personalmente las operaciones de su compañía. A bordo del vapor “Director” remontó

el río San Juan pero, en vez de dirigirse a Granada, se desvió hacia el puerto lacustre de La Virgen, a sólo 56 millas de San Carlos. De allí a la bahía de San Juan del Sur, en el Pacífico, sólo restaban 12 millas de travesía por tierra.

Poco después, Vanderbilt logró la anuencia del gobierno nicaragüense para modificar los términos del convenio suscrito dos años antes. Desligó el complicado asunto del canal interoceánico del lucrativo e inmediato negocio del transporte de pasajeros, cuyo monopolio se aseguró mediante una nueva concesión a favor de la recién creada Compañía Accesorio del Tránsito.⁵⁴

En consecuencia, El Realejo perdió importancia, y los “transeúntes” se vieron privados de la oportunidad de dejar sus dólares en Granada, Managua o León. Para mayor agravio, después del primer año de operaciones la compañía norteamericana empezó a evadir el pago de las cuotas correspondientes que debía al gobierno de Nicaragua según el convenio suscrito, alegando que no estaba percibiendo suficientes ganancias.

Peor aún, las expectativas cifradas en el proyecto canalero como factor aglutinador de los nicaragüenses también se estrellaron contra la realidad. Los primeros conflictos se habían presentado a raíz de la ratificación del convenio con la American Atlantic and Pacific Ship Canal Company, el 26 de septiembre de 1849. En un editorial de *El Correo del Istmo*, se denunció que algunos sediciosos pretendían levantar, “con astucia y engaño”, a la plebe de los barrios de León.

Se acusaba a los conspiradores de haber tergiversado las cláusulas del contrato canalero, y convencido a ciertos sectores de la población que el gobierno pretendía disponer arbitrariamente de sus propiedades. Se aseguraba que tales actividades constituían “un crimen de lesa nación”, perpetrado por individuos que se prestaban como instrumentos ciegos de Gran Bretaña.⁵⁵

Sin embargo, estos conflictos no eran sino manifestaciones de las divisiones internas que periódicamente venían estremeciendo a Nicaragua desde la independencia. La elección del rivense Laureano Pineda como Director Supremo acentuó localismos y pugnas personales.

Bajo la nueva administración dominada por los “orientales”, Fruto Chamorro vio la oportunidad de poner fin a la influencia de su antiguo rival, el general José Trinidad Muñoz. En su calidad de ministro de guerra, el 17 de junio emitió un decreto

que subordinaba bajo su mando a la comandancia general del ejército.⁵⁶

En represalia, el 4 de agosto Muñoz apresó al Director Supremo junto a dos de sus ministros y los expatrió hacia Honduras. Justificó su acción bajo el argumento que la “media docena de Aristócratas” que integraban el gobierno de Pineda pretendían extender su yugo a todo el país, con recursos bélicos obtenidos a cambio de la onerosa entrega del máspreciado recurso del país:

“¿Y cuáles son los medios materiales con que cuentan para hacer efectivas sus pretensiones? Ellos esperan dentro de ochenta días el armamento y municiones que han mandado comprar con lo que les produjo el último arreglo que celebraron con Mr. White y Compañía, regalándole los territorios baldíos del Estado, y la navegación exclusiva de las aguas de sus lagos y ríos (...)”.⁵⁷

Estalló el localismo. El ayuntamiento de León respaldó la acción del general Muñoz, y organizó un gobierno provisional presidido por el senador Justo Abaunza. Mientras tanto, algunos miembros de las cámaras legislativas se reunieron en Managua, y levantaron una fuerza militar denominada Ejército Restaurador del Orden, bajo el mando de Fruto Chamorro.

Los Estados vecinos se involucraron en el conflicto. El gobierno de Costa Rica vendió a Chamorro quinientos fusiles, y el de Honduras, presidido por Trinidad Cabañas, antiguo compañero de armas de Francisco Morazán, ofreció apoyo al depuesto Director Supremo a cambio de su anuencia a reorganizar la federación centroamericana.⁵⁸

En vísperas del enfrentamiento militar, la búsqueda de aliados era poco menos que selectiva. Muñoz contrató a un aventurero norteamericano apellidado McClain para reclutar mercenarios entre los buscadores de oro en tránsito a California. Por su parte, Fruto Chamorro recibió con agrado la solicitud de su antiguo enemigo José María Valle, de afiliarse al Ejército Restaurador del Orden.⁵⁹

Por fortuna, el desenlace del conflicto fue incruento en esta ocasión. Presionado desde varios frentes, el gobierno provisional de León optó por rendirse sin presentar batalla. Muñoz y sus allegados, entre los que figuraba el obispo Jorge Viteri y Ungo, fueron expulsados del país. Sin embargo, este episodio sería tan sólo el preludio de nuevas tragedias.

De la solidaridad americana a la alianza anglosajona

Inexpertos en el tortuoso mundo de la geopolítica, los gobernantes nicaragüenses confiaban en que Estados Unidos haría causa común con su pequeño país para expulsar a los ingleses de la Mosquitia. No sospechaban que su presunto aliado estaba a punto de reconciliarse con su antigua metrópoli, pero seis meses después del apoteósico recibimiento brindado a Squier, el esperado heraldo de la Doctrina Monroe, el coqueteo entre ambas potencias se hizo público.

En su discurso de presentación de credenciales como ministro plenipotenciario de Gran Bretaña en Washington, Sir Henry Bulwer hábilmente entretejió la justificación ideológica del colonialismo británico, “the white man’s burden”, con la ideología del Destino Manifiesto, que santificaba el expansionismo continental de los Estados Unidos:

“Nuestras naciones hablan la misma lengua: proceden de la misma raza, y parecen igualmente encargadas por la Providencia de la misma misión gloriosa de ilustrar el nombre anglosajón, extendiendo los mejores intereses de la civilización en las dos grandes divisiones del mundo”.⁶⁰

El presidente Taylor correspondió en los mismos términos a los halagos británicos, refiriéndose a la identidad de origen, de lengua y de deberes entre Gran Bretaña y Estados Unidos.⁶¹ No menos importante era la confluencia de sus intereses económicos y geopolíticos.

En efecto, cuando en 1822 la Santa Alianza anunció su decisión de apoyar a España a recuperar su imperio colonial, el trece por ciento de las importaciones de Hispanoamérica provenía de Estados Unidos. La posibilidad de ampliar esos mercados era suficiente motivo para oponerse a los planes de las principales monarquías de la Europa continental. Gran Bretaña, por su parte, aspiraba a ocupar el espacio dejado por las metrópolis ibéricas.

En vista de la confluencia de sus intereses económicos, el canciller inglés había propuesto a su homólogo norteamericano emitir una declaración conjunta en la que se exigiera a las potencias de la Santa Alianza el respeto a la integridad territorial de los nuevos Estados hispanoamericanos.

Sin embargo, el hábil secretario de estado norteamericano, John Quincy Adams, comprendió que una proclama de este tipo significaría para Estados Unidos la renuncia a futuras adquisiciones territoriales a costa de las ex colonias españolas. Secretamente, se había propuesto ya la eventual anexión de Cuba y Texas bajo la bandera de las barras y las estrellas.

Optó, pues, por formular una política autónoma, confiado en que de todas maneras los británicos, en aras de sus propios intereses, se ocuparían de alejar a los demás europeos del Nuevo Mundo, mientras Estados Unidos ganaba tiempo para desarrollar su poderío naval.

Ello explica que durante la primera mitad del siglo XIX, los gobernantes norteamericanos se hicieran de la vista gorda frente al expansionismo de Gran Bretaña, en una especie de alianza táctica con un enemigo más poderoso.⁶² El corolario de esta lógica diplomática fue el Tratado Clayton-Bulwer, suscrito el 19 de abril de 1850.

Es probable que los discursos del diplomático inglés y del presidente norteamericano, publicados en *El Correo del Istmo*, hayan producido cierto desasosiego entre la élite de Nicaragua. Sin embargo, Squier estaba allí para reconfortarlos con su retórica inspirada en Monroe.

Ello explica que, al conocer las bases del Tratado Clayton-Bulwer, el Director Supremo reaccionara con optimismo. En efecto, aseguró a los miembros de la Asamblea Legislativa que dicho pacto significaba “el arreglo de la cuestión sobre los mosquitos entre el gabinete de los Estados Unidos y el agente diplomático de la Gran Bretaña”.⁶³

El presidente de la asamblea legislativa se mostró de acuerdo, e interpretó dicho convenio como resultado de la intercesión de los Estados Unidos en favor de Nicaragua, en virtud de la cual pronto recuperaría su costa oriental. Congratuló, pues, a Ramírez por haber guiado la nave del Estado a un puerto seguro, mediante su acertada política exterior y la firma de los convenios con la compañía de Vanderbilt:

“¡Tal un navegante escapado de la tempestad descansa en la ribera (...) así descansais Vos y los nicaragüenses en las esperanzas del nuevo comercio que se va á abrir a las naciones en la comunicación interoceánica, y que constituirá una sociedad comercial flotante, que atravesará la superficie del Estado!”⁶⁴

El Correo del Istmo dedicó un editorial a ensalzar al presidente Taylor como un filantrópico hombre de principios. Hasta la vituperable imagen de la pérfida Albión sufrió un cambio radical. Se explicó la pasada conducta del Gabinete de St. James como resultado de la falta de información; superado este problema, había rectificado y decidido devolver la Mosquitia a Nicaragua. Con ello, el gobierno británico daba pruebas de magnanimidad, y confirmaba su voluntad de esparcir la civilización y la riqueza por todo el mundo.⁶⁵

Sin duda, a primera vista el Tratado Clayton-Bulwer parecía beneficioso. En su parte medular, Gran Bretaña y Estados Unidos renunciaban a la idea de obtener para sí el control exclusivo sobre la ruta canalera. Ambas potencias aunarían esfuerzos para garantizar la neutralidad del canal y proteger a cualquier compañía que emprendiera dicha obra. Asimismo, se comprometían a abstenerse de construir bases militares, establecer colonias, o usurpar territorios en Centroamérica.⁶⁶

La prensa norteamericana recibió con entusiasmo el acuerdo entre las dos potencias anglosajonas, pues colocaba a la “débil hermana república de Centro-América á salvo de la agresión extranjera”.⁶⁷ Se elogiaba al secretario de estado Clayton, por haber logrado “enarbolar para siempre, sobre todas las vías de comunicación interoceánicas, el pabellón de la neutralidad, de la universalidad y de las franquicias”.⁶⁸ Haciéndose eco de este discurso, *El Correo del Istmo* calificó el Tratado Clayton-Bulwer como un “precioso monumento de la diplomacia moderna”.⁶⁹

El júbilo no duró mucho. El gobierno británico postergó la ratificación de dicho tratado hasta obligar a Clayton a aceptar que los compromisos asumidos el 19 de abril de 1850 no eran retroactivos y, por tanto, no afectaban las posesiones previamente adquiridas por Gran Bretaña en Belice, Honduras y la Costa Mosquitia. En consecuencia, el intercambio final de ratificaciones, llevado a cabo después de casi tres meses de negociaciones, terminó legitimando las usurpaciones territoriales británicas en Centroamérica, a la vez que obligaba a Estados Unidos a mantener sus manos fuera del istmo.⁷⁰

Mientras Bulwer se valía de argucias diplomáticas para conservar la hegemonía británica en Centroamérica, su subalterno Chatfield hacía gala de su poder en San Juan del Norte con mucho menos sutileza. En vísperas de la firma del tratado anglo americano, hizo apresar y azotar a Raimundo Selva, miembro de la élite mer-

cantil de Granada.⁷¹ Además, ordenó a las autoridades del puerto gravar con impuestos las exportaciones nicaragüenses.⁷²

Los viajeros norteamericanos también empezaron a ser objeto de exacciones arbitrarias en San Juan del Norte. Se les cobraba derechos de anclaje a razón de cincuenta centavos por cada tonelada del buque, además de un cinco por ciento sobre los efectos personales de los pasajeros, incluyendo sus provisiones y medicinas. En una carta remitida a un periódico de Nueva York, las víctimas denunciaron que la autoridad del Rey de Mosquitos era ficticia, pues el cónsul británico disponía en todo, y se hallaba dirigiendo a un equipo de ingenieros con el abierto propósito de construir fortificaciones en la bahía.⁷³

Las autoridades nicaragüenses informaron al ministro plenipotenciario de Estados Unidos sobre las nuevas agresiones, esperando una respuesta contundente de parte de su protector.⁷⁴ Pero, el heraldo de la Doctrina Monroe se hallaba atrapado entre el pragmatismo de su gobierno y las desmedidas expectativas que él mismo había fomentado entre la élite.

Hacia mediados de 1850, Squier tenía suficientes motivos para sospechar que había sido abandonado a su suerte: pese a sus frecuentes misivas diplomáticas no había recibido respuesta alguna de su gobierno en más de tres meses.⁷⁵ El 9 de junio de 1850, el ministro partió hacia Washington.⁷⁶

Su ausencia causó profunda inquietud entre la élite. Impaciente por su retorno, *El Correo del Istmo* dio crédito al falso rumor de que le habían visto llegar a San Juan del Norte a bordo de una goleta de guerra norteamericana.⁷⁷ El sarcasmo del cónsul Chatfield no se hizo esperar. A mediados de octubre remitió una insolente carta al gobierno, sentenciando: "Muy bien se ve, que Nicaragua se ha dejado llevar de falsas promesas y vanas esperanzas de auxilios y apoyo contra la Inglaterra en la cuestión Mosquitia".⁷⁸

Tales ilusiones, advertía el cónsul, no tenían cabida después de la firma del Tratado Clayton-Bulwer, pues al ratificarlo Estados Unidos había reconocido que el territorio Mosquito era tan independiente como lo era Nicaragua.

Sin embargo, pese a su prolongada ausencia, Squier no había abandonado a sus amigos. En Washington luchaba por obtener la ratificación del tratado que él había suscrito con el gobierno de Nicaragua un año atrás; pero enfrentaba la oposición del influyente ministro plenipotenciario británico, que consideraba dicho documento incompatible con el Clayton-Bulwer.

El asunto pasó a manos del senado norteamericano. El 4 de septiembre de 1850, Squier remitió a la comisión de asuntos exteriores de ese cuerpo legislativo un extenso informe sobre la situación de Nicaragua. Aunque el encabezado del documento advertía su carácter confidencial, una versión del mismo en castellano se filtró hasta las páginas de *El Correo del Istmo*.⁷⁹

Sin duda, el texto levantó los ánimos de la élite. Squier advertía a los senadores norteamericanos que, de acuerdo al derecho internacional, Nicaragua merecía el mismo respeto que Gran Bretaña. Les recordó, asimismo, que su gobierno había otorgado generosas concesiones a ciudadanos norteamericanos, porque esperaba recibir la protección moral de Estados Unidos en su desigual lucha por recuperar la Mosquitia.

Desconocer ahora la legitimidad de sus derechos, indicaba Squier, sería un acto de mala fe que socavaría la enorme influencia adquirida por Estados Unidos en la región. Por tanto, la ratificación del tratado de comercio y amistad suscrito en 1849 no sólo era de importancia trascendental para la integridad territorial de Nicaragua, sino también una “cuestión de honor”.⁸⁰

Como parte de su estrategia para lograr que los senadores rechazaran los argumentos de Squier, Bulwer procuró descalificar al gobierno nicaragüense como una contraparte digna de los Estados Unidos. Argumentó que ese país carecía de los atributos necesarios para constituirse en una nación soberana: su población no llegaba ni al medio millón de habitantes, su ejército no pasaba de quinientos soldados, sus rentas eran ínfimas, y la corrupción de sus funcionarios era tal que era posible comprar sus favores por cincuenta libras esterlinas.⁸¹

Squier refutó punto por punto los alegatos del ministro inglés, y rechazó con especial vehemencia sus acusaciones sobre la corrupción de las autoridades nicaragüenses. De ser cierta la afirmación de Bulwer, observó, le habría resultado a Gran Bretaña más fácil y barato doblegar a sus gobernantes mediante el cohecho, que escandalizar al mundo con los repetidos bloqueos a los puertos del pequeño Estado.

El diplomático aseguró haber conocido en forma íntima y personal a todos los miembros del gobierno de Nicaragua, por lo que estaba en posición de dar testimonio de primera mano sobre su coraje, integridad y patriotismo: “Rodeados de dificultades, amenazados é insultados (...) y sin otras esperanzas para el porvenir, que

en sus relaciones con los EEUU, el Director de Nicaragua y sus consejeros han luchado con una devoción patriótica, excedida tan solamente por los fundadores de nuestra República”.⁸²

Encabezados por Squier, numerosos críticos del pragmático secretario de estado norteamericano denunciaban ante la opinión pública su actitud blandengue ante el expansionismo británico en Centroamérica. El espíritu nacionalista, alimentado por la memoria de la Guerra de Independencia y la Guerra de 1812 contra la poderosa Albión, se mantenía vivo en importantes sectores políticos estadounidenses, que no compartían los fríos cálculos económicos de los influyentes grupos capitalistas en el poder.

En enero de 1851, estos disidentes remitieron una carta pública a *El Correo del Istmo de Nicaragua*, informando sobre sus actividades y ofreciendo su solidaridad militante: “No engañe ni desaliente a los centro-americanos la aparente lentitud de la diplomacia de Washington, porque el círculo inmenso y decidido de los que nos interesamos por Nicaragua y sus hermanos trabaja incesante y activamente.”⁸³

Afirmaban que notables funcionarios, políticos y escritores trabajaban con empeño por avivar el espíritu público en los Estados Unidos, e impedirían que Inglaterra se saliera con la suya. A fin de asegurar el éxito de su campaña, urgían a los centroamericanos a reconstruir la federación y enviar un representante oficial a Washington. Cuando éste solicitara formalmente el “apoyo moral” de los norteamericanos, la respuesta no se haría esperar:

“... acudirán millares y diez millares a Centro América, con buques de transporte y de corso, armas y municiones, el día que esos Gobiernos soliciten los servicios de voluntarios extranjeros, de estos activos y valientes y emprendedores ciudadanos que ya en el siglo pasado y en 1812, dieron, siendo niños, dos duras lecciones al orgullo inglés, que repetirían con la fuerza de gigantes, para abatirlo como en aquellas dos épocas, por tierra y por mar.”⁸⁴

La ideología del Destino Manifiesto

Al desencanto provocado por la inesperada alianza anglosajona, y las mezquinas artimañas de la Compañía del Tránsito, se sumó el estallido de las crónicas tensiones políticas internas. En 1854, la

competencia por el poder entre las élites de Granada y León desencadenó una cruenta guerra civil que abrió las puertas a la ocupación filibustera.

El desarrollo de este conflicto ha sido abordado en numerosas obras, pero no sobra destacar la ceguera de los políticos nicaragüenses ante el agresivo expansionismo norteamericano. En 1853, *La Gaceta Oficial de Nicaragua* había publicado el discurso de toma de posesión del presidente Pierce:

“La aprensión inspirada por el peligro de extender el territorio, multiplicar Estados, acumular riqueza y aumentar la población, resultó infundada. El número orijinal de las estrellas de vuestra bandera casi se ha triplicado (...) Mi administración no será dominada por ningún tímido pronóstico sobre los males de la expansión. No debe en verdad disimularse que nuestra actitud como nación, y nuestra posición en el globo, hacen la adquisición de ciertas posesiones, que no están dentro de nuestra jurisdicción, eminentemente importante para nuestra protección, y acaso en lo futuro, esencial para la conservación del comercio y la paz del mundo”.⁸⁵

Aturdida por el rugido de sus tempestades políticas internas, la élite no escuchó la campanada de alerta: la política exterior de Pierce sería un fiel reflejo de su belicoso discurso. En efecto, éste había llegado al poder gracias al apoyo de una organización secreta sureña denominada la “Orden de la Estrella Solitaria”.

Su obsesión era impulsar el vigoroso expansionismo territorial y comercial de los Estados Unidos, cuyo ritmo era ya vertiginoso: en 1800 la Unión contaba con dieciséis estados; cuatro años más tarde sumaban veinticuatro. La población norteamericana se duplicaba cada 22 a 25 años, y este factor demográfico contribuía a la búsqueda de nuevas tierras.

Este fenómeno iba acompañado de un importante crecimiento comercial. La flota mercante americana había entrado en un período de apogeo con la construcción del “clipper ship”, que permitía transportar las manufacturas de su pujante complejo industrial al Asia e islas del Pacífico, a la vez que llevaba el algodón y el tabaco, cultivados en las plantaciones esclavistas del sur, a los mercados europeos. La herencia del puritanismo, y la convicción de que el éxito económico en este mundo era garantía de felicidad en el más allá, fomentó este veloz desarrollo comercial.

La invasión de territorios vecinos era promovida por diversos medios. Por ejemplo, los textos de geografía utilizados en las escuelas norteamericanas en 1825 enfatizaban los vínculos del territorio de Texas con los Estados Unidos. En 1834, ya aparecía junto con California y Oregón como parte integrante de la Unión, aun cuando su anexión no se produciría sino hasta una década más tarde.⁸⁶

Los precursores de la idea nacional norteamericana contribuyeron a la justificación moral del expansionismo al adaptar, sobre un plano geográfico concreto, algunas metáforas bíblicas que presentan la sucesión histórica de los grandes imperios de la antigüedad como un movimiento cíclico en dirección este-oeste.⁸⁷ A partir de las mismas, crearon una imagen de los Estados Unidos como el eslabón final del gran círculo de la civilización humana.

El corolario de este imaginario nacionalista mesiánico fue el argumento que toda la humanidad debía gozar de las bondades de la excelsa civilización norteamericana. Así, el imperialismo se transformó en una misión altruista y la nueva ideología cobró fuerza como un principio activo de la acción política. Estas ideas pronto se popularizaron por medio de la prensa norteamericana. En diciembre de 1845, en un artículo referido a la anexión de Texas, John L. O'Sullivan del *Morning News* de Nueva York, proclamó una consigna que reflejaba el sentir general de la época:

“Es nuestro destino manifiesto esparcirnos por el continente que nos deparó la Providencia para que en libertad crezcan y se multipliquen anualmente millones y millones de norteamericanos”.⁸⁸

Este imaginario se hallaba hondamente impregnado de una ideología racista, basada en la noción de la superioridad anglosajona.⁸⁹ Al margen de su condición social, la población blanca compartía la creencia de que correspondía a esta raza de la especie humana dominar o sustituir a sus congéneres inferiores. Por tanto, contribuyó a crear un consenso en favor de la expulsión o exterminio de los indios americanos, y atizó la campaña militar contra México. Pronto William Walker la emplearía para justificar la ocupación de Nicaragua.

La guerra civil de 1854 y la ocupación filibustera

La élite nicaragüense parecía ciega ante los signos de los tiempos, y sus conflictos internos afloraban con virulencia en cada período electoral o cambio de gobierno.⁹⁰ En abril de 1853 asumió el poder el caudillo granadino Fruto Chamorro, y una de sus primeras disposiciones fue retomar el proyecto de reformas constitucionales que había agitado el país desde 1847.

El 22 de junio de 1853 convocó a elecciones de diputados para conformar una Asamblea Constituyente. Para su disgusto, el cuerpo legislativo quedó integrado por numerosos liberales contrarios a dichas reformas, entre éstos el ex director supremo José Guerrero, Francisco Castellón, Máximo Jerez y Francisco Díaz Zapata.⁹¹ El 16 de noviembre, Chamorro los acusó de conspirar en contra de su gobierno, los apresó y envió al exilio.

Depurada de los disidentes, la Asamblea Constituyente se reunió el 22 de enero de 1854 y, en tan sólo tres meses, elaboró y sancionó una nueva carta magna. Una de sus principales innovaciones consistió en extender el período del presidente del poder ejecutivo de dos a cuatro años, y otorgarle facultades extraordinarias para imponer su autoridad.⁹²

Acto seguido, los diputados se atribuyeron el derecho a elegir a la persona que ocuparía la presidencia durante el período 1855-1859, y otorgaron el cargo al general Fruto Chamorro. En reacción, los diputados liberales exiliados en Honduras organizaron el llamado Ejército Democrático bajo el mando del general Máximo Jerez, y se prepararon para derrocar al gobernante granadino. Sumida en la anarquía, Nicaragua se hallaba a merced de los intereses geopolíticos de Gran Bretaña y de Estados Unidos.

El 12 de mayo de 1854, los democráticos se enfrentaron en el campo de batalla con las fuerzas del general Chamorro, que habían asumido el nombre de legitimistas, obligándolas a replegarse hacia Granada. Jerez sitió el puerto lacustre durante ocho meses, pero no logró derrotar a los defensores de la plaza. Obcecado por romper a su favor el empate militar, el gobierno provisional del bando democrático, presidido por Francisco Castellón, contrató mercenarios norteamericanos que arribaron a Nicaragua el 16 de junio de 1855 encabezados por William Walker.

Al cabo de cinco meses, Walker logró apoderarse de Granada por sorpresa; tomó como rehenes a las familias de los generales legitimistas y los obligó a firmar un acuerdo de paz. A continuación, se integró un gobierno provisorio con representantes de ambos partidos contendientes, que nombró a Walker general en jefe del ejército de Nicaragua.

¿Cómo se explica el vertiginoso ascenso de Walker al poder? Una homilía pronunciada por el influyente sacerdote Agustín Vijil, a raíz de la ocupación de Granada por las tropas filibusteras, nos ofrece algunas pistas para responder a esta interrogante.

Vijil inició su sermón rememorando las trágicas consecuencias de las guerras civiles que habían desgarrado a Nicaragua en las décadas posteriores a la independencia. A continuación presentó a Walker como un hombre ilustrado, procedente de una sociedad civilizada, que prometía garantizar la seguridad de los vencidos, respetar sus bienes, y procurar un acuerdo entre democráticos y legitimistas. Aseguró a sus angustiados fieles que, de lograr sus propósitos, Walker:

“Sería el Enviado de la Providencia para curar heridas y reconciliar la familia nicaragüense que otros dividieron, porque ser el instrumento de la paz, lograr el fin de hostilidades tan crueles, es merecer el aprecio de esta tierra afligida por la peor de las desgracias: la guerra civil.”(...) “Entonces podremos decir del General Walker que se presentó a nuestras playas en son de guerra, pero que al llegar a nosotros, movido de mejores impulsos, sintió la necesidad de cumplir nobles aspiraciones como elemento de civilización ante el caos de la guerra (...).”⁹³

Además, el sacerdote granadino se refirió al filibustero norteamericano como un elemento civilizador, que no sólo haría posible la reconciliación de la familia nicaragüense, sino también la construcción del canal interoceánico y, por ende, el cumplimiento de su grandioso destino geográfico:

“(...) porque habrán de ser los Estados Unidos los constructores de la comunicación entre los dos océanos, llevar a Nicaragua, unidos de las manos, al engrandecimiento a que está destinada por su posición en el continente y facilidades naturales, obteniendo nosotros, con ventaja, relaciones valiosas con el mundo civilizado a la vista de sus naves y pabellones en el corazón de nuestro territorio...”⁹⁴.

La visión del padre Vijiil era compartida por muchos líderes tanto democráticos como legitimistas. Tal como señalamos anteriormente, los bandos en pugna firmaron un tratado de paz el 23 de octubre, y formaron un gobierno en cuyo gabinete figuraban legitimistas, democráticos y filibusteros. El poder real, sin embargo, quedó en manos de Walker, en su calidad de comandante en jefe del ejército.

Inspirado en la ideología del Destino Manifiesto, el filibustero se proponía reorganizar la sociedad nicaragüense, partiendo de la premisa de que los españoles habían echado sobre sus dominios continentales “la maldición de una raza mestiza.”⁹⁵ Por tanto, el hombre blanco, apoyado en el negro esclavo, debía empezar por destruir el poder de ese grupo racial, culpable de “la perdición del país”.⁹⁶

Walker aseguraba que, una vez logrado ese propósito, la población indígena de Nicaragua no tardaría en adaptarse a la nueva organización social, pues se parecía “mucho al negro de Estados Unidos en lo fiel y dócil, así como en su aptitud para el trabajo, y pronto se asimilaría a los usos y costumbres de este último.”⁹⁷ Insistía en la necesidad de restablecer la esclavitud para garantizar la prosperidad del país, pues los trabajadores de “razas inferiores” requerían de un amo blanco para “dirigir sus energías”.⁹⁸

Aunque inicialmente el gobierno de Pierce se cuidó de mantener un discurso oficial de neutralidad frente a William Walker, muchos de sus funcionarios compartían plenamente las creencias de Walker. Entre éstos destacaba el representante de Washington en Nicaragua, John Hill Wheeler, quien imbuido de la ideología del Destino Manifiesto, insistía en su correspondencia al secretario de Estado: “Estoy seguro de que las influencias de los Americanos del Norte tenderán a purificar sus principios [de los nicaragüenses] y mejorar su comportamiento. En aras de este ideal, será una bendición si toda la América Central se americaniza gracias a los industriales y emprendedores hombres del Norte”.⁹⁹

El influyente político Lewis Cass, quien accedió al cargo de secretario de Estado a inicios de 1857, tampoco ocultaba su admiración por Walker. En unas declaraciones al *New York Times* manifestó:

“Me tomo la libertad de expresar que el heroico esfuerzo de nuestros compatriotas en Nicaragua excita mi admiración, a la vez que compromete toda mi solidaridad. Las burlas, reproches o recrimi-

naciones no me detendrán para expresar estos sentimientos. Quien no simpatiza con tal empresa tiene muy poco en común con mi persona. Las dificultades que el General Walker ha encontrado y vencido, colocan su nombre en la primera línea de la lista de los hombres distinguidos de su época. (...) Esa magnífica región, por la que Dios ha hecho tanto y el hombre tan poco, necesita de un proceso renovador, de una transfusión que le infunda una nueva vida. Nuestros compatriotas sembrarán allí las semillas de nuestras instituciones, y Dios proveerá para que puedan germinar y producir una abundante cosecha de industrias, empresas y prosperidad”.¹⁰⁰

El Partido Demócrata, entonces en el poder, proclamó que la Doctrina Monroe debía ser sostenida en alto en las decisiones de política exterior hacia Centroamérica. En consecuencia, el pueblo de los Estados Unidos no podía dejar de mostrar simpatía ante los esfuerzos de Walker por “regenerar esa porción del continente que cubre el pasaje a través del istmo interoceánico”.¹⁰¹

A tono con esta proclama, el gobierno norteamericano reconoció oficialmente al gobierno títere impuesto por Walker en Nicaragua. Poco después, el filibustero se desembarazó de sus aliados locales, asumió la presidencia Nicaragua y restableció la esclavitud. Sin embargo, su buena estrella pronto se opacó: gracias al apoyo de los ejércitos centroamericanos, Walker fue derrotado en Rivas el 1º de mayo de 1857 y huyó a San Juan del Sur. Allí entregó sus armas al capitán de un buque de guerra norteamericano surto en el puerto, pero este episodio no pondría fin a sus aspiraciones de poder en Centroamérica.

Citas y notas

- 1 Los principios de política exterior que más tarde llegaron a ser identificados como la "Doctrina Monroe" están contenidos en el Mensaje Anual al Congreso pronunciado por el Presidente James Monroe, el 2 de diciembre de 1823, en reacción al acuerdo tomado por las potencias de la "Santa Alianza" - Austria, Nápoles, Prusia, Rusia, Sardinia y Francia - en el Congreso de Verona, celebrado en noviembre de 1822, de aplastar el movimiento liberal del General Riego en España, y restablecer el imperio colonial español en el Nuevo Mundo. Como sabemos, ésta representó un mensaje de solidaridad continental, al enfatizar que una agresión por parte de una monarquía europea en contra de cualquiera de los Estados republicanos del hemisferio, sería considerada como una amenaza a la nación norteamericana. VAN METER CRABB, Cecil, *The Doctrines of American Foreign Policy: Their Meaning, Role and Future*, pp. 11-14.
- 2 *El Correo del Istmo de Nicaragua*, N° 3, León, 1° de junio de 1849.
- 3 El predominio de consideraciones prácticas sobre los principios enunciados en la Doctrina Monroe, colocaba a los Encargados de Negocios de Estados Unidos en Centroamérica en una incómoda situación. Los predecesores de Livingston, W.H. Murphy y Henry Savage habían insistido infructuosamente ante el Secretario de Estado en la necesidad de celebrar un tratado para asegurar el control de la comunicación interoceánica por el territorio nicaragüense. Pese a la insistencia de sus Encargados de Negocio, la respuesta de la Secretaría de Estado fue modesta, pues se limitó a nombrar a William A. Butler como Cónsul en Granada, el 8 de abril de 1842. Ver: "Informe de W. S. Murphy, Agente Especial de los EEUU en Centro América a Daniel Webster, Secretario de Estado de EEUU", Ciudad de Guatemala, Febrero 4 de 1842. En: VEGA BOLAÑOS, (1971), p. 239. "Henry Savage, Encargado de la Legación de los Estados Unidos, a Daniel Webster, Secretario de Estado de los Estados Unidos." Ciudad de Guatemala, Junio 18 de 1842. Documento reproducido en VEGA BOLAÑOS, 1971, pp. 292 y ss.
- 4 KEASBEY, Lindley Miller. *The Nicaragua Canal and the Monroe Doctrine. A Political History of Isthmus Transit, with Special Reference to the Nicaragua Canal Project and the Attitude of the United States Government Thereto*. New York: G.P. Putnam's Sons, The Knickerbocker Press, 1896, p. 186.
- 5 La guerra provocada por la expansión de Estados Unidos sobre territorios mexicanos concluyó el 2 de febrero de 1848 mediante el tratado de Guadalupe Hidalgo.
- 6 Una de las escasas referencias fue publicada sin comentarios en el *Registro Oficial*, N° 53, León, 24 enero de 1846, bajo el título: "Noticias de Méjico y Tejas".
- 7 *Registro Oficial*, N° 73, León, 13 de junio 1846.
- 8 *Registro Oficial*, N° 98, San Fernando, 16 de enero de 1847.
- 9 *Registro Oficial*, N° 100, San Fernando, 30 de enero de 1847.
- 10 *El Correo del Istmo de Nicaragua*, N° 22, León, marzo 7 de 1850.
- 11 ZEA, Leopoldo, "1847 en la conciencia hispanoamericana", en: *Cuadernos Americanos, Nueva Epoca*. N° 65, México: UNAM, 1997, p. 29.
- 12 El convenio fue aprobado por el Senado y Cámara de Representantes del Estado de Nicaragua, constituidos en Asamblea, el 16 de marzo de 1849. Firman el decreto Rosalío Cortés y Toribio Tijerino. Sin embargo, al vencerse el plazo de cuatro meses concedido por el gobierno para su ratificación, fue declarado prescrito. Ver: *El Correo del Istmo de Nicaragua*, N° 2, León, Mayo 16 de 1849, y el N° 7, León, Agosto 1° de 1849.
- 13 MACK, Gerstle, *The Land Divided: A History of the Panama Canal and other Isthmian Canal Projects*, New York: Alfred A. Knopf, 1944, p. 184.

- 14 KEASBEY, 1896, p. 197.
- 15 Squier permaneció en Nicaragua desde julio de 1849 a junio 1850; Chatfield llegó a Guatemala en 1834 y se retiró en 1852. RODRÍGUEZ, 1964, p. 491.
- 16 “Noticias Extranjeras”. *El Correo del Istmo de Nicaragua*, N° 3, León, Junio 1° de 1849.
- 17 “Circular a los Prefectos”. Ministerio de Relaciones del Supremo Gobierno del Estado. León, 2 de junio de 1849. Salinas. *El Correo del Istmo de Nicaragua*, N° 4, León, Junio 16 de 1849.
- 18 En Managua, Squier fue objeto de un tumultuoso “obsequio” que duró hasta la medianoche, pese a las protestas del exhausto homenajeado. Ver: SQUIER, E.G., *Nicaragua, sus gentes y paisajes*. (Traducción de Luciano Cuadra), Costa Rica: EDUCA, 1970, pp. 169-171.
- 19 “Nueva Era para Nicaragua”, en: *El Correo del Istmo de Nicaragua*, N° 6, León, Julio 16 de 1849.
- 20 “Saludo que el Sr. Francisco Díaz Zapata hizo á la Bandera de la República de Norte América al verla el día 5 de julio de 1849, en la entrada de S.E. a León, y que presentó él mismo al honorable Secretario de la Legación”, publicada en *El Correo del Istmo de Nicaragua*, N° 17, León, enero 1° de 1850.
- 21 Idem.
- 22 “Felicitación del pueblo de Subtiaba al Excmo. Señor Ministro Plenipotenciario E. Geo. Squier.” León, julio 26 de 1849. Squier contestó la felicitación dirigiéndose al “Sr. Simon Roque, y otros individuos de la municipalidad de Subtiaba”. En: *El Correo del Istmo de Nicaragua*, N° 9, León, 1° de septiembre de 1849.
- 23 *El Correo del Istmo de Nicaragua*, N° 6, León, Julio 16 de 1849.
- 24 Reproducido en: SQUIER, 1970, p. 191.
- 25 *El Correo del Istmo de Nicaragua*, N° 6, León, 16 de julio de 1849.
- 26 *El Correo del Istmo de Nicaragua*, N° 11, León, 16 de octubre de 1849.
- 27 El contrato de canalización y transporte de pasajeros fue firmado el 27 de agosto de 1849, por Hermenejildo Zepeda y Gregorio Juárez, en representación del gobierno de Nicaragua, y por David L. White, en nombre de la compañía norteamericana presidida por Cornelius Vanderbilt, asociado con Joseph L. White y Nathaniel H. Wolfe. Fue ratificado por la Asamblea Legislativa de Nicaragua el 26 de septiembre de 1849. *El Correo del Istmo de Nicaragua*, N° 12, León, 16 de octubre de 1849.
- 28 A cambio, la compañía se obligaba a pagar al Estado las siguientes sumas: a) 10 mil pesos en libranzas; b) 10 mil pesos a un año de plazo; y c) 10 mil pesos cada año hasta la conclusión del canal. Una vez puesto en uso, el Estado recibiría el 20% anual de los productos netos durante los primeros 20 años, y el 25% anual los 65 años restantes. Además, se comprometía a pagar el 10% de las ganancias producidas por la operación de una ruta de tránsito interoceánica, ya por medio de un ferrocarril o carruajes. El Estado nicaragüense recibía el derecho a adquirir acciones hasta por el monto de 500 mil pesos, aunque se dejaba claro que los ciudadanos norteamericanos estarían siempre en una posición mayoritaria. La compañía asumía el compromiso a iniciar los reconocimientos preliminares de la ruta dentro del plazo de un año, y a concluir la construcción del canal en doce años, contados a partir de la ratificación del tratado.
- 29 Arto. 27 del Convenio. En: *El Correo del Istmo de Nicaragua*, N° 12, León, octubre 16 de 1849.
- 30 Véase la sección segunda de dicho tratado suscrito por Squier en su calidad de representante del gobierno de Estados Unidos en septiembre de 1849, reproducida en: STOUT, Peter F., Esq., *Nicaragua: Past, Present and Future*, Philadelphia, John E. Potter & Company, 1859, pp. 284-285.

- 31 "Declaración adoptada por las Cámaras Legislativas de la República y oficialmente promulgada por el gobierno." Santiago de Managua, octubre 7 de 1849. En: *El Correo del Istmo de Nicaragua*, N° 13, León, 1° de noviembre de 1849.
- 32 Pablo Buitrago, "A los Gobiernos de Centro América", León, octubre 19 de 1849. En: *El Correo del Istmo de Nicaragua*, N° 15, León, diciembre 1° de 1849.
- 33 MACK, 1944, p. 184; KEASBEY, 1896, p. 212.
- 34 RAMÍREZ, Norberto, "Discurso Inaugural", Managua 1° de abril de 1849. En: *El Correo del Istmo de Nicaragua*, Tomo 1°, Año 1°, N°1., León, Mayo 1° de 1849.
- 35 "Editorial", *El Correo del Istmo de Nicaragua*, N° 3, León, Junio 1° de 1849.
- 36 JUÁREZ, Gregorio, "Remitido", León, mayo 10 de 1849. En: *El Correo del Istmo de Nicaragua*, N° 3, León, Junio 1° de 1849.
- 37 RAMÍREZ, 1° de abril de 1849.
- 38 FERRER, Fermín, "Proclama del Prefecto y Subdelegado, Intendente del Departamento Oriental, a los pueblos", Granada, julio 22 de 1849; en: *El Correo del Istmo de Nicaragua*, N° 7, León, Agosto 1° de 1849.
- 39 *El Correo del Istmo de Nicaragua*, N° 1, León, Mayo 1° de 1849.
- 40 "Editorial", *El Correo del Istmo de Nicaragua*, N° 3, León, Junio 1° de 1849.
- 41 *El Correo del Istmo de Nicaragua*, N° 15, León, Diciembre 1° de 1849.
- 42 *El Correo del Istmo de Nicaragua*, N° 6, León, julio 16, 1849.
- 43 "El Polvón". (Artículo informando sobre una iniciativa tomada por los ciudadanos leoneses Jerónimo Carcache y Domingo Alonso.) En: *El Correo del Istmo de Nicaragua*, N° 41, León, julio 25 de 1850.
- 44 T.N.G., "A la Paz", *El Correo del Istmo de Nicaragua*, N° 46, León, agosto 29 de 1850.
- 45 "Departamento Oriental". Editorial de *El Ojo del Pueblo*, N° 7, (31 de diciembre de 1843), En: *Revista Conservadora de El Pensamiento Centroamericano (RCPCA)*, 27(133):25, (noviembre 1971), Nicaragua: Artes Gráficas.
- 46 DE LA ROCHA, 1847.
- 47 Por ejemplo, tan sólo en tres semanas - entre el 8 y el 30 de noviembre de 1850 - 1,613 pasajeros cruzaron Nicaragua. FOLKMAN, David, *The Nicaragua Route*, 1976, p. 28.
- 48 "El Trabajo", *El Correo del Istmo de Nicaragua*, N° 40, León, 18 de julio de 1850.
- 49 "Prospecto", *El Correo del Istmo de Nicaragua*, N° 1, León, mayo 1° de 1849.
- 50 *El Correo del Istmo de Nicaragua*, N° 44, León, agosto 15 de 1850.
- 51 FOLKMAN, 1976, pp. 19, 24 y 33.
- 52 "Circular a los Prefectos", Ministerio de Relaciones y Gobernación del Supremo Gobierno del Estado, Casa de Gobierno, León octubre 22 de 1850. En: *El Correo del Istmo de Nicaragua*, N° 54, León, 24 de octubre de 1850.
- 53 *El Correo del Istmo de Nicaragua*, N° 61, diciembre 12 de 1850. Esta era una ruta interoceánica económica y segura, que haría innecesaria la construcción del canal, y evitaría al gobierno la molestia de "... mendigar fondos ni contratos extranjeros, que nunca dejan de ser mas o menos gravosos al Estado".
- 54 El contrato fue modificado en agosto de 1851. FOLKMAN, 1976, p. 64.
- 55 *El Correo del Istmo de Nicaragua*, N° 13, León, noviembre 1° de 1849.
- 56 Al recibir su nombramiento, Fruto Chamorro confió al viajero alemán Julius Froebel que "la influencia del General Muñoz terminaría en breve". Ver: CHAMORRO ZELAYA, 1960, p. 165 y ss.
- 57 "Tercero y Ultimo Saludo a la Junta Revolucionaria Residente en Granada", Los Leoneses, León, Setiembre 13 de 1851, Imprenta de la Paz. Ver también: CHAMORRO ZELAYA, 1960, p. 171 y ss.

- 58 ORTEGA ARANCIBIA, 1957, p. 151.
- 59 CHAMORRO ZELAYA, 1960, p. 182; ORTEGA ARANCIBIA, 1957, p. 152.
- 60 “Noticias Extranjeras”, en *El Correo del Istmo de Nicaragua*, N° 25, León, 29 de marzo 1850.
- 61 “Noticias Extranjeras”, en *El Correo del Istmo de Nicaragua*, N° 25, León, 29 de marzo 1850.
- 62 En 1824, el gobierno de Estados Unidos rechazó una solicitud de Colombia de establecer una alianza frente a rumores de una invasión francesa. Tampoco accedió dar a Brazil garantías de ayuda defensiva frente a Portugal. Permaneció indiferente ante la ocupación británica de Las Malvinas en 1833, y la ocupación francesa del puerto mexicano de Veracruz y de la isla de Martín García en el Río de la Plata, en 1838. Igual actitud asumió ante la negativa británica de reconocer la soberanía de la Federación Centroamericana sobre Belice y rehusó intervenir cuando las fuerzas navales de S.M.B. expulsaron a las autoridades hondureñas de la estratégica isla de Roatán en 1838. NIESS, Frank, *A Hemisphere to Itself. A History of US Latin American Relations*, translated by Harry Drost, London: Zed Books Ltd., 1990, pp. 14, 28 y 64.
- 63 “Discurso pronunciado por el Supremo Director del Gobierno al instalarse el Cuerpo Legislativo”, Managua, 25 de marzo de 1850. *El Correo del Istmo de Nicaragua*, N° 26, León, Abril 4 de 1850.
- 64 “Discurso del Presidente de la Asamblea Legislativa”, 25 de marzo de 1850. En: *El Correo del Istmo de Nicaragua*, N° 26, León, abril 4 de 1850.
- 65 *El Correo del Istmo de Nicaragua*, N° 25, León, Marzo 29 de 1850.
- 66 MACK, 1944, p. 184; KEASBEY, 1896, p. 212.
- 67 *El Correo del Istmo de Nicaragua*, N° 40, León, Julio 18 de 1850.
- 68 *El Correo del Istmo de Nicaragua*, N° 44, León, Agosto 15 de 1850.
- 69 *El Correo del Istmo de Nicaragua*, N° 46, León, Agosto 29 de 1850.
- 70 BRUNE, Lester H. y BURNS, Richard D., *Chronological History of U.S. Foreign Relations: 1607-1932* Vol. I, New York: Routledge, 2007 (2nd. ed.):Ep.
- 71 “Atentado Escandaloso”, Informe de Fermín Ferrer, Granada, abril 8 de 1850, en *El Correo del Istmo de Nicaragua*, N° 28, León, abril 18 de 1850.
- 72 “Chatfield a Salinas”, Guatemala, 2 de septiembre de 1850, en *El Correo del Istmo de Nicaragua*, N° 53, León, 17 de octubre de 1850.
- 73 La denuncia fue hecha mediante una carta enviada por J. E. Priest y 93 ciudadanos norteamericanos, desde el Realejo a un periódico de Nueva York, en junio de 1850. Una traducción de la mismo fue publicada bajo el título de “Ruta por Nicaragua al Pacífico”, en *El Correo del Istmo de Nicaragua*, N° 48, León, Septiembre 12 de 1850.
- 74 *El Correo del Istmo de Nicaragua*, N° 28, León, abril 18, 1850.
- 75 “Nicaragua y el Excmo. Sr. Squier”, *El Correo del Istmo de Nicaragua*, N° 35, León, Junio 6 de 1850.
- 76 La falta de acción del gobierno norteamericano ante las agresiones británicas era interpretada como el resultado de la pugna entre los 15 estados esclavistas y 15 abolicionistas que conformaban la Unión en 1850. *El Correo del Istmo de Nicaragua*, N° 37, León, Junio 27 de 1850.
- 77 “El Señor Squier”, *El Correo del Istmo de Nicaragua*, N° 50, León, Septiembre 26 de 1850.
- 78 CHATFIELD, Guatemala, 2 de septiembre de 1850.
- 79 “Squier: Confidencial. Al Honorable H. S. Foote”, publicado en *El Correo del Istmo de Nicaragua*, N° 64, León, Enero 2 de 1851.

- 80 Idem.
- 81 Según el “*principio del umbral*” imperante en las relaciones internacionales del mundo occidental, para que un pueblo fuese reconocido como “nación” debía poseer un territorio de buen tamaño, estar asociado con un Estado, contar con una cultura antigua y demostrar capacidad de conquista. HOBBSAWM, E.J., *Naciones y Nacionalismo desde 1780*, Barcelona: Editorial Crítica, 1991, pp. 46-47.
- 82 “Squier”, (Continúa), *El Correo del Istmo de Nicaragua*, N° 65.
- 83 “A los SSEE del Correo del Istmo”. Nueva York, enero 10 de 1851. *El Correo del Istmo de Nicaragua*, N° 72, León, Febrero 27 de 1851.
- 84 Idem.
- 85 *Gaceta Oficial de Nicaragua*, Tomo 1, N° 71, 16 de (ilegible) de 1853.
- 86 LA FEBER, Walter, *The America Age: U.S. Foreign Policy at Home and Abroad since 1750*. Ver capítulo III, pp. 71-73.
- 87 Según Niess, esta “ley” geográfico-histórica” sirvió a los gobernantes estadounidenses para justificar la ocupación de las tierras de los indios americanos en el Oeste, y la expulsión de los mexicanos; luego la anexión de territorios occidentales cada vez más alejados de sus costas, como Hawai, las Filipinas; e incluso fundamentó la reciente retórica belicista durante la guerra de Vietnam. Ver: NIESS, 1990, pp. 19, 23, 24.
- 88 SCROGGS, William O., *Filibusteros y Financieros*, (2ª ed.), Nicaragua: Colección Banco de América, 1975, p. 4.
- 89 HORSMAN, Reginald, *Race and Manifest Destiny: the origins of American Racial Anglo-Saxonism*, Cambridge, MA, 1981, pp. 189, 191-298. Citado en WEEKS, William Earl, “Historiography. New Directions in the study of early american foreign relations”, en: *Diplomatic History. The Journal of the Society for Historians of the American Foreign Relations*. 17(1):73-96, Winter, 1993.
- 90 A fines de 1852, se practicaron elecciones de primer grado para el cargo de Supremo Director. Fruto Chamorro obtuvo 296 de los 490 votos efectuados, seguido en popularidad por Francisco Castellón, con 193.
- 91 Chamorro no se olvidó de incluir entre los expatriados a su aliado del año 1851 en la lucha contra Muñoz. José María Valle, a quien el propio Chamorro había nombrado Comandante del puerto del Realejo, también fue acusado de conspirador y expulsado del país.
- 92 CHAMORRO ZELAYA, 1960, p. 252.
- 93 Agustín Vijil, “Sermón pronunciado en Granada el 14 de octubre de 1855”. Reproducido en: Antonio Esgueva, *Taller de Historia N° 10, Nicaragua en los Documentos, 1523-1857* (Managua, Nicaragua: Instituto de Historia de Nicaragua y Centroamérica, 2006), 114.
- 94 VIJIL, 1855, en ESGUEVA, 2006, ob.cit.
- 95 WALKER, William, *La Guerra en Nicaragua*, Extractos reproducidos en: COLLADO, Carmen, *Nicaragua*, México: Editorial Nueva Imagen, 1988, p. 66 y 71.
- 96 COLLADO, 1988, p. 73.
- 97 COLLADO, 1988, p. 73.
- 98 COLLADO, 1988, p. 81.
- 99 “Wheeler a Secretario de Estado Marcy”, Junio 15 de 1856. Citado en BURNS, (1991), p. 281.
- 100 Publicado en el *New York Times*, 24 de mayo de 1856; citado en BURNS, (1991), p. 281.
- 101 KEASBEY, 1986, p. 245.

¿Hermanos, vecinos o enemigos?

Nicaragua y Costa Rica

La disputa diplomática

Al definir el territorio de Nicaragua en la Constitución Política de 1838, los miembros de la asamblea legislativa incluyeron dentro de éste al partido de Nicoya, pues tomaron como precedentes las demarcaciones administrativas coloniales, la Constitución de Costa Rica promulgada el 21 de enero de 1825, y la de Nicaragua del año 1826.

Enterado el gobierno costarricense sobre el texto del proyecto constitucional, encargó a Francisco María Oreamuno una delicada misión: convencer a los legisladores vecinos que esperasen la reorganización de un nuevo gobierno federal, y dejasen en sus manos la delimitación de la frontera.

La cuestión limítrofe había sido motivo de disputas jurídicas entre ambos Estados desde los primeros años de la independencia. Durante la guerra civil que asoló a Nicaragua el año de 1824, el congreso centroamericano dispuso la anexión provisional del partido de Nicoya a Costa Rica, así como el de Nueva Segovia a Honduras, para evitar que el conflicto se propagara más allá de los departamentos de Granada y León.¹

Nueva Segovia fue reintegrada a Nicaragua el 31 de agosto de 1826 por disposición federal.² Tal precedente permitía suponer que,

durante las sesiones extraordinarias del congreso centroamericano a iniciarse el 1º de octubre, el decreto sobre la anexión de Nicoya a Costa Rica también sería revocado.³

No ocurrió así: el congreso postergó, una y otra vez, la resolución definitiva sobre la cuestión limítrofe. Al momento de la ruptura federal, el decreto de anexión de Nicoya a Costa Rica aún no había adquirido fuerza constitucional, al no haber sido aprobado por la mayoría de los representantes de los Estados, como lo mandaba la carta magna de 1824.⁴

Cuando el comisionado Oreamuno llegó a Nicaragua en 1838, el panorama político era muy oscuro: pocos meses antes, había sido asesinado el jefe de Estado José Zepeda, miembro de la red familiar de Morazán. Su sucesor, en alianza con los conservadores de Guatemala y Honduras, asediaba militarmente al ex presidente de la federación, atrincherado en El Salvador.

Los diputados nicaragüenses consideraron inoportuno atizar la disputa limítrofe con Costa Rica. Insistir en la devolución de Nicoya, significaría perder un aliado necesario en caso de una represalia del ejército de Morazán. Ante la dificultad del momento, optaron por una salida diplomática: a propósito, redactaron de manera ambigua el artículo de la Constitución referido al territorio del Estado, y dejaron la demarcación de la línea divisoria para el futuro.⁵

Cabe señalar que, a raíz de la visita de Oreamuno a Nicaragua, los ayuntamientos del partido de Nicoya celebraron cabildos abiertos para dar a conocer su posición al respecto. Las actas recogen una premisa básica: la disolución del pacto federal había significado el retorno de la soberanía a su fuente primigenia. Por tanto, “en uso de la libertad nacional que [cada pueblo] recibió de Dios y de la naturaleza”, sus representantes tenían derecho a disponer lo más apropiado para su prosperidad y bienestar.⁶

El acta de la municipalidad de Guanacaste contenía, además, un considerando interesante, reflejo del predominio de lealtades localistas. A fin de evitar la posibilidad de encontrarse en medio de un fuego cruzado si estallaba la guerra entre Costa Rica y Nicaragua, proclamaron de “justicia y sana razón” se les dejara gobernarse por sí mismos “hasta cuando les placiera agregarse a uno u otro Estado”. Sin embargo, en la parte resolutive del acta, los vecinos guanacastecos reconocieron explícitamente formar parte del Estado de Costa Rica, y hallarse “bajo los auspicios de su gobierno”.⁷

El compromiso de dejar el conflicto limítrofe al arbitraje de un nuevo gobierno federal, pactado a solicitud del comisionado Oreamuno en 1838, fue roto por el propio gobierno costarricense tres años más tarde. En efecto, en marzo de 1841, Braulio Carrillo publicó la Ley de Bases y Garantías de Costa Rica, cuyo artículo primero fijaba sus límites con Nicaragua en el río La Flor, las riberas meridionales del lago Cocibolca, y el río San Juan.⁸

Aunque Carrillo fue depuesto poco después, su definición de los límites territoriales fue retomada en el texto de la nueva Constitución Política del Estado, divulgada a través del periódico oficial *Mentor Costarricense*.⁹ En respuesta, el 5 de enero de 1843, Nicaragua envió a Toribio Tijerino a San José para negociar una resolución pacífica al conflicto.¹⁰

Los alegatos del comisionado Tijerino se centraron, en primer lugar, en cuestionar la legitimidad de las actas de los cabildos del partido de Nicoya, que expresaban la anuencia de sus vecinos a obedecer el decreto de anexión emitido por el gobierno federal.

Tijerino sostuvo que la actitud de los miembros de los ayuntamientos de Guanacaste y Santa Cruz había obedecido al temor a sufrir represalias de parte de las autoridades costarricenses. Aun así, su comportamiento era injustificable, pues habían fallado al compromiso que les unía a su cuerpo político original.

Ya el maestro Vattel se había pronunciado sobre la obligación de los diversos miembros de un Estado a permanecer unidos, incluso frente a graves amenazas externas, advirtió Tijerino. No podía ser de otra manera, pues el carácter de sus vínculos era “natural”; la ruptura de este pacto primordial sólo podía resultar en la disolución social y el caos:

“En vista de tan terminantes disposiciones del derecho de jentes, habrá todavía quien tenga tan obcecada la razón que asegure: que los pueblos del partido de Nicoya tuvieron derecho de segregarse de Nicaragua, y unirse a Costa Rica aun cuando su pronunciamiento lo hubieran verificado sin la influencia de la intriga y aun de la fuerza”.¹¹

Por su parte, el gobierno de Costa Rica refutó dichos argumentos apelando al “derecho natural” de cada pueblo, aldea, o ciudad, a constituirse como le pareciera más conveniente. Como vemos, los representantes de ambos Estados procuraban naturalizar

los vínculos políticos entre sus respectivos pueblos, y establecer una similitud entre los deberes ciudadanos y las obligaciones contraídas en el seno familiar.

Otro recurso, utilizado con frecuencia, consistía en hacer una analogía entre el derecho internacional y el derecho civil, cuyos mandatos básicos eran del dominio de todo propietario. Así, Costa Rica argumentaba que el partido de Nicoya le había sido otorgado por el congreso federal en calidad de “depósito”, por medio del decreto del 9 de diciembre de 1825. En consecuencia, no podía devolverlo sin una orden expresa del deponente; es decir, del órgano legislativo de la extinta federación, pues de lo contrario, incurriría en una grave falta a “su responsabilidad como DEPOSITARIO”.¹²

Los juristas nicaragüenses ripostaban que, precisamente por su condición de depositario, Costa Rica se hallaba en la obligación de devolver el partido de Nicoya a su legítimo dueño. Nicaragua, constituida ya en un Estado soberano e independiente, se encontraba en capacidad de velar por su buen gobierno “(..) de la misma manera que un menor de edad recobra sus bienes cuando ha llegado a ser mayor y desaparece el tutor o curador que los administraba en su nombre”.¹³

Denunciaban, además, la inconsecuencia del gobierno costarricense, pues mientras exigía la autoridad del depositante para devolver el bien depositado, al mismo tiempo obstaculizaba todos los esfuerzos tendientes a la reorganización de la república centroamericana. Con esta actitud, clamaba Francisco Castellón, se exponía el sagrado principio de la propiedad al antojo y capricho de las pasiones políticas, pues equivalía, ni más ni menos, a “(..) consignar como un axioma, que en los depósitos judiciales en que el juez es el deponente, muerto éste, no puede el verdadero señor reclamar las cosas depositadas.”¹⁴

Luego de una prolongada discusión jurídica, la asamblea de Costa Rica cedió a las gestiones nicaragüenses, y se abstuvo de precisar la línea divisoria en la Constitución Política promulgada en abril de 1844. En el Artículo 2º se señaló que “(..) la línea fronteriza por la parte del Estado de Nicaragua, será fijada definitivamente cuando Costa-rica sea oído en la representación nacional, o que por defecto de ésta, el negocio sea sometido al juicio imparcial de uno o más Estados de la República.”¹⁵

La cuestión limítrofe pronto quedó relegada a un segundo plano cuando estalló otra guerra civil entre León y Granada. Como re-

sultado, se observó un notable crecimiento poblacional en el partido de Nicoya gracias a la afluencia de inmigrantes nicaragüenses, tanto forzosos como voluntarios. Entre éstos, se contaron los prominentes vecinos granadinos Juan José Zavala, Fulgencio Vega y Ponciano Corral, expulsados al “territorio del Guanacaste” en agosto de 1844.¹⁶ Concluida la contienda bélica, el desempleo y la inseguridad empujaron a los trabajadores nicaragüenses al éxodo, según revela un dramático informe del prefecto de Rivas, fechado el año de 1846:

“Un número considerable de familias menesterosas, multitud de jornaleros emigran diariamente en busca de comodidades para el Estado de Costarrica en donde se fijan, para no volver siquiera, á una patria desolada, en donde su amor pugnaba con sus necesidades. Yo no he podido ver con indiferencia, Sr. Ministro, esta emigración de mis caros compatriotas, y veo con dolor que dentro de pocos años la populosa población del Departamento Meridional, será reducida a cero; y esta es una perdida positiva para todo el Estado que se desmiembra por falta de industria y por que no hai un Gobierno protector que les de un fuerte impulso y que por otra parte les ofresca seguridad”.¹⁷

El conflicto en torno al río San Juan

Hacia mediados de la década de 1840, los caficultores costarricenses consideraron las ventajas de hacer sus embarques por una ruta directa al Atlántico, pues las ganancias de los intermediarios ingleses que exportaban el café a Europa vía Puntarenas y Chile, encarecían el producto cultivado en el Valle Central.

Conociendo la precaria situación en que se hallaba el gobierno vecino a raíz de la guerra civil de 1844-45, Costa Rica le ofreció una suma en efectivo, además de cierta cantidad de tabaco y café por un período de dos años, a cambio del derecho de libre navegación por el río San Juan. Chatfield, el omnipresente cónsul británico, instó al gobierno nicaragüense a aceptar esta oferta, bajo el argumento que dichos ingresos le permitirían pagar su cuota de la deuda contraída por la extinta federación con la Casa Barclay.¹⁸

Las opiniones de los nicaragüenses se hallaban divididas. Unos, desde una visión económica pragmática, esperaban sacar provecho de la negociación. Otros se oponían, pues temían que los

costarricenses terminaran apoderándose del puerto de San Juan del Norte. Al divulgarse la noticia sobre el próximo arribo de una misión diplomática costarricense, el autor de un artículo publicado en el *Registro Oficial* procuró tranquilizar a estos recelosos ciudadanos:

“Este temor es una quimera, pues jamas los Costarricenses tendrán un soldado en el puerto de San Juan, y nunca, ni en ningún caso, Costarrica osaría declarar la guerra á Nicaragua, por que no ignora cuan débil es respecto á este Estado que es el mas considerable de los cinco que componían la Federación.”¹⁹

Sin embargo, a juicio del redactor la debilidad de Costa Rica se hallaba compensada por su escarpada geografía, que servía de defensa natural a su capital, por lo que existía un equilibrio entre ambos países. Además, argumentó que la prosperidad del vecino no perjudicaría en nada a Nicaragua. El convenio sólo prometía beneficios: ganar un aliado frente a las amenazas externas, y un socio dispuesto a invertir en infraestructura portuaria. Por otra parte, razonaba, Costa Rica podría mostrarse anuente a devolver el partido de Nicoya con tal de obtener una salida directa hacia los puertos del Atlántico:

“Primero nos hacemos de Costarrica un aliado cuyo interés será el unirse con nosotros para repeler la invasión extranjera por el temor que no le conserve este mismo goce del puerto; y cooperar á la seguridad y mejora de él. Por otra parte; entre naciones toda concesión se paga con reciprocidad; no es en política que se practica el bien por el solo amor de Dios. Existiendo entre Costarrica y nosotros varias cuestiones en litigio; se podrá entonces conseguir la solución de ellas, é identificar con ellos nuestros intereses mercantiles.”²⁰

La visión económica del autor se proyectaba hacia el futuro. La apertura de la ruta fluvial nicaragüense al comercio de Costa Rica sería tan sólo el primer paso; luego, San Juan del Norte y San Juan del Sur debían ser convertidos en puertos francos para todas las naciones:

“Hasta el momento dichoso de la apertura del gran canal, que será para Nicaragua un foco de riquezas incalculables, nada puede con-

tribuir á su prosperidad á un grado tan elevado como la franquicia de estos puertos mediante un pequeño derecho. Pues vería bien pronto pasar por su territorio y entrar en depósito en sus aduanas la mayor parte del comercio que hace la Europa sobre las costas del mar del Sur.”²¹

Sin duda, el entusiasmo del editorialista del *Registro Oficial* fue contagioso. En diciembre de 1846, el gobierno nicaragüense suscribió tres tratados con los comisionados enviados por Costa Rica. El primero contemplaba una alianza defensiva para sostener la soberanía de Nicaragua en su Costa Atlántica, así como el compromiso de promover la reunificación de Centroamérica.

El segundo tratado abría la ruta fluvial del río San Juan a Costa Rica, y estipulaba reciprocidad en tarifas aduaneras. En el tercer convenio, ambos Estados se comprometían a someter la cuestión limítrofe a una comisión arbitral. Mientras tanto, tendrían derecho a ocupar las zonas de la Costa Atlántica en litigio, bajo la única condición de dar previo aviso al gobierno vecino, que “como amigo y hermano, no deberá oponerse, sino por inconvenientes graves y razones de notoria justicia”.²²

Aunque todo parecía indicar que los comisionados de Costa Rica habían logrado su objetivo - la apertura de la ruta fluvial al Atlántico - la cámara legislativa de ese Estado rechazó los convenios. Detrás de esta decisión, el gobierno nicaragüense creyó adivinar la “perniciosa influencia del extranjero”. Estas sospechas aumentaron cuando Costa Rica declinó participar en un nuevo esfuerzo unionista, que se concretó en la instalación de la Dieta de Nacaome el 6 de junio de 1847.

En opinión de un jurista nicaragüense, tal conducta solo podía explicarse: “(...) observando la intervención funesta que ha tomado en los negocios de Centro América el cónsul británico, el solo que ha sugerido á Guatemala y Costa rica la idea de erijirse en repúblicas independientes bajo la tutela de la Gran Bretaña. El Cónsul conoce, que un Estado pierde por la división, lo que gana en fuerzas por la unión.”²³

En respuesta, el gobierno de Nicaragua instó al vecino a someter la cuestión limítrofe a un arbitraje, una alternativa contemplada en el artículo 45 de su Constitución. Sin embargo, a juicio de Francisco Castellón, Costa Rica se limitó a contestar con evasivas a fin de ganar tiempo, mientras obtenía por intercesión de Chatfield el

apoyo británico para apropiarse de la ribera meridional del río San Juan - "objeto cardinal de la cuestión de límites".²⁴

Ciertamente, el infatigable cónsul fraguaba ya la usurpación de la terminal atlántica de la ruta interoceánica. El 1º de enero de 1848, ciento cincuenta soldados británicos desembarcaron en San Juan del Norte, arriaron la bandera de Nicaragua, y nombraron gobernador del puerto a Jorge Hodgson en representación del Rey Mosco.²⁵

Una semana después, se publicaron en el periódico costarricense *La Paz y el Progreso* las reflexiones de algunos prominentes ciudadanos de ese país sobre el desembarco de las tropas británicas en San Juan del Norte:

"Esta ocupación, que consideramos como un hecho consumado e irremediable, y el consiguiente establecimiento de una opulenta colonia mercantil en aquel puerto, abre una nueva era al comercio de Costa-rica. Asegurada (...) la libertad del tránsito, podemos ya empeñarnos en la apertura del camino de Sarapiquí, para exportar nuestros frutos por el Atlántico: podremos aun pensar en la practicabilidad de hacer el acarreo de un mar al otro, al traves de nuestro territorio, para mientras se abra el canal de Nicaragua, y en fin, podemos aspirar á un rápido engrandecimiento y prosperidad."²⁶

El 20 de mayo, el ministro Joaquín Bernardo Calvo notificó a Nicaragua que su gobierno se había visto obligado a ceder al clamor público de abrir un camino desde el Valle Central hasta dicho afluente del río San Juan. Era deber del Estado, argumentó, fomentar su comercio e industria mientras se ventilaba el conflicto entre Nicaragua y Gran Bretaña.

Sin embargo, aclaró Calvo, Costa Rica consideraba que el derecho internacional, la razón y la justicia estaban de parte de Nicaragua, por lo que esperaba una pronta devolución del puerto. Cuando ello ocurriese, su gobierno reanudaría las negociaciones en torno al uso de las aguas del río San Juan, pues "(...) nunca a desconocido ni desconoce la legitimidad con que Nicaragua ocupara siempre aquel puerto, ni pretende se interrumpa la armonía y fraternidad de ambos Estados".²⁷

Los buenos deseos expresados por el ministro Calvo, en cuanto a una justa resolución del conflicto sobre San Juan del Norte, no convencieron a su contraparte nicaragüense. En opinión de Francisco Castellón:

“Era esta manera de expresarse, en aquellas circunstancias aciagas para Nicaragua, una mistificación la mas escandalosa, puesto que no podía ocultar el gobierno de Costa-rica su intención de ligar la cuestión de límites al éxito que deben tener la que aquel Estado sostiene contra la Gran Bretaña por la ocupación del puerto de San Juan del Norte, de cuyo acontecimiento se ha propuesto sacar todo el partido posible, sin que hayan podido detenerle las consideraciones á que es acreedor en el infortunio su vecino, su amigo, su hermano, de quien ha recibido tantas pruebas de lealtad y de benevolencia”.²⁸

En el mes de septiembre de 1848, el diplomático guatemalteco Felipe Molina, comisionado del gobierno de Costa Rica, presentó tres propuestas para resolver el conflicto limítrofe:

- 1) someter la cuestión relativa a la anexión y límites del Distrito de Guanacaste (nombre dado al Partido de Nicoya) al arbitramento de una potencia extranjera designada por ambas partes;
- 2) reconocer como línea divisoria entre ambos países el río San Juan hasta el Castillo viejo, de donde se trazaría una línea recta hasta el río La Flor;
- 3) o bien, aceptar por divisoria la ribera meridional del río San Juan, el lago de Nicaragua y el río La Flor, a cambio de “alguna compensación pecuniaria”.²⁹

Por su parte, el gobierno nicaragüense ofreció cuatro opciones:

- 1) fijar la línea divisoria entre ambos Estados desde la embocadura del río Colorado hasta un punto ubicado tres leguas aguas arriba de la confluencia del Sarapiquí con el río San Juan; de allí se trazaría una línea hasta la primera rama del río El Salto, para continuar en dirección al sureste hasta el golfo de Nicoya;
- 2) estipular la libertad y franquicia absoluta para el comercio costarricense, por los ríos Sarapiquí y San Juan;

- 3) permitir a Costa Rica construir los caminos que necesitase en territorios nicaragüenses, pero en calidad de “ocupante superficiario”; y
- 4) someter la cuestión de los límites entre ambos Estados al arbitramento del gobierno de los Estados Unidos.

En cuanto a la oferta de una compensación pecuniaria por la cesión del Guanacaste, el comisionado de Nicaragua respondió que tal solución era inaceptable entre Estados “que casi componen una sola familia”.³⁰ El comisionado Molina recurrió a una metáfora similar, pero con el propósito de argumentar la injusticia de la propuesta nicaragüense: “Descendiendo ambos Estados de un mismo tronco jenealógico no deben repartirse con desproporción el patrimonio que heredaron, en aquellos puntos donde no existía una línea divisoria bien definida al tiempo en que se emanciparon.”³¹

Pese a la caracterización de ambos Estados como familiares cercanos, las negociaciones tuvieron un final abrupto. Nicaragua publicó una nota oficial en la que acusó al gobierno de Costa Rica de cómplice de la usurpación británica de la Costa Mosquitia.³² Molina partió, entonces, hacia Londres; seguido poco después por Francisco Castellón.

En la capital de la gran metrópoli, ambos diplomáticos competían por la atención de Lord Palmerston. El comisionado nicaragüense acusó de desleal a su colega por usar en su correspondencia oficial el nombre de Greytown para referirse a San Juan de Nicaragua, con el fin de atraerse la simpatía del ministro británico.

Los informes que Castellón enviaba a su gobierno desde Londres reflejan un profundo pesimismo. Estaba convencido de que Costa Rica se prestaba a los planes de Gran Bretaña. En recompensa, esa potencia había fijado los límites de la Mosquitia en el raudal de Machuca, a fin de incluir la desembocadura del río Sarapiquí – de valor estratégico para el comercio costarricense – dentro de la jurisdicción de su protectorado. En vista de estos hechos, opinaba Castellón, el gobierno de Nicaragua debía solicitar el apoyo de los Estados Unidos, para “impedir, el que Costa-rica comprometa así los derechos de ambos países”.³³

El pesimismo de Castellón no era infundado. El 11 de julio de 1849, cuatro días después de la remisión del informe citado, Felipe

Molina firmó con la compañía Flyer & Carmichael de Londres un contrato para la construcción de un canal interoceánico desde el lago de Nicaragua hasta el puerto de Salinas, en el golfo de Papagayo. Las obras de canalización aprovecharían el curso del río Sapoá ubicado un poco al sur del río La Flor, que había marcado el límite del partido de Nicoya durante el período colonial.³⁴

Por su parte, el 27 de agosto de 1849 el gobierno de Nicaragua firmó, bajo los auspicios del diplomático norteamericano E. G. Squier, un contrato con la Compañía Americana del Canal Marítimo Atlántico-Pacífico. Al igual que el proyecto costarricense, contemplaba la utilización de la ruta río San Juan - lago de Nicaragua, aunque las opciones para establecer su terminal en el Pacífico eran el puerto del Realejo y el golfo de Fonseca.³⁵

En busca de padrinos

A raíz de la firma del Tratado Clayton-Bulwer, el ministro de Estados Unidos en Londres propuso someter la cuestión de límites entre Nicaragua y Costa Rica al arbitraje conjunto de las dos grandes potencias anglosajonas, pero dicha sugerencia fue acogida tan sólo por este último país.

Confiados en el apoyo británico, así como en la obligada neutralidad de Estados Unidos, los gobernantes costarricenses impulsaron un proyecto para abrir un camino hacia San Carlos, y establecer una colonia de inmigrantes extranjeros en Bagaces.

Nicaragua protestó bajo el argumento de que Bagaces se hallaba dentro de los límites del partido de Nicoya.³⁶ El ministro de relaciones exteriores, Joaquín Bernardo Calvo, negó haber hecho concesión alguna de colonización, pero en lo referente al camino a San Carlos, ripostó: "(...) ha creído mi Gobierno, que tiene perfecto derecho á emprender obras útiles en cualquier punto del territorio que posee la República, y funda este derecho en el dominio eminente, en la poderosa consideración de que a las sociedades humanas no se les debe privar de sus adelantamientos."³⁷

El ministro nicaragüense Sebastián Salinas reiteró la protesta, y adujo poseer copia de un contrato suscrito el 14 de agosto de 1850 entre Buenaventura Espinach, Francisco María Oreamuno, y los señores Giralt y Barrueta. El mismo contemplaba la creación de una gran colonia de inmigrantes extranjeros en la hacienda Mirava-

lles, jurisdicción del distrito de Nicoya, que Salinas reclamó como “propio y privativo de Nicaragua”.³⁸

Dicha contrata, continuaba Salinas, había sido aprobada por el poder ejecutivo, según constaba en el informe presentado por el propio ministerio de relaciones exteriores de Costa Rica a la asamblea legislativa, el día 4 de octubre.

Al parecer muy bien informado sobre las actividades de su homólogo costarricense, Salinas le echó en cara su doblez: en la misma fecha de remisión de la nota oficial desmintiendo la noticia de la contrata de Miravalles, sometió ante la asamblea legislativa otro proyecto, aún más amplio, para canalizar el río San Juan y poblarlo de inmigrantes extranjeros. Al respecto, el ministro nicaragüense preguntó:

“Y si esto es efectivo según el tenor de los documentos, que íntegros se custodian en el archivo de mi cargo, ¿no es verdad, Sr. Ministro, que entonces una cosa dirían las esplicaciones de Usted y otra opuesta sería la que se ejecuta? Sería de desear que no apareciese esta contradicción en la conducta del Gobierno de Costa-rica, pues á mas de que ella desdice de la buena fe y sinceridad, prestaría, aunque no se quisiera, justo motivo para alterar la armonía y fraternidad...”³⁹

Las pugnas diplomáticas trascendieron de las oficinas gubernamentales a las páginas de los periódicos de ambos países. Por ejemplo, al referirse al intercambio de notas sobre los contratos de colonización en Bagaces, *El Correo del Istmo de Nicaragua* calificó las tácticas diplomáticas de Calvo como evasivas - “vereda entre el engaño y la sinceridad, entre la verdad y la mentira” - que le permitía atajar al adversario, desaparecer de su vista, y volver a sorprenderle cuando menos lo esperase.⁴⁰

En enero de 1850, el mismo periódico publicó un belicoso editorial en el que acusó al gobierno de Costa Rica de haber solicitado el status de protectorado británico, y de preparar con Chatfield una invasión a Nicaragua. De no frustrarse sus planes “(...) pasaría Nicaragua al poder de la Inglaterra, con el mismo derecho, que la liebre y el conejo al poseedor de los perros, que después de tener entre sus dientes la presa, van á ponerla á las plantas de su dueño”.⁴¹

La Gaceta de Costa Rica protestó el insulto en airados términos. Asimismo, aclaró que el ministro plenipotenciario Felipe

Molina se había limitado a pedir la “protección” de Gran Bretaña, hecho que no mermaba la soberanía del Estado. El editorialista de *La Gaceta* dedicó un extenso y erudito artículo, avalado con citas de cincuenta y siete intelectuales y políticos europeos, para explicar la diferencia entre los conceptos de “protección” y “protectorado”.⁴²

Sin embargo, para su homólogo de *El Correo del Istmo* tales sutilezas semánticas carecían de importancia, pues la preocupación de los nicaragüenses giraba en torno a una amenaza muy concreta: “la protección de hecho” de los buques de guerra de S.M.B. que el cónsul Chatfield había prometido a Costa Rica.

El principio de la balanza política o del equilibrio del poder, definido por Vattel, se convirtió en el eje de otra polémica.⁴³ El editorialista de *El Correo del Istmo* sostuvo que este sabio principio era garante de la paz en el Viejo Mundo, y escudo de protección para los Estados pequeños, aunque su homólogo de *La Gaceta de Costa Rica* prefiriera la hegemonía británica. Nicaragua se consideraba beneficiaria de la política de la balanza del poder, pues: “(...) si no fuera por la intervención de Norte America que, á no dudarlo ya, lleva las miras de dispensar su protección a la empresa del CANAL o de la comunicación interoceánica, nos veríamos en el mayor riesgo de que nos hermanaran con los moscos.”⁴⁴

La posición de Costa Rica y Nicaragua ante la Doctrina Monroe se convirtió en otro elemento de discordia. Para *El Correo del Istmo*, sus principios constituían: “(...) la base común sobre la que los miembros de la memorable convención de Panamá canjearon sus juramentos y han llegado a ser considerados, con respecto a las repúblicas americanas, como reglas de derecho internacional, sobre los cuales no es ya debido cuestionar”.⁴⁵

A continuación, acusaba a Costa Rica de haber propiciado la violación a esta doctrina, debido a su complicidad con la usurpación británica de la Costa Mosquitia. Por supuesto *La Gaceta de Costa Rica* rechazó tal imputación, y pasó a cuestionar el grado de compromiso de los gobernantes norteamericanos con el principio de la no intromisión de las monarquías europeas en el continente americano. Su actitud tolerante frente a la intervención de Gran Bretaña y Francia en favor de Montevideo y contra Buenos Aires, revelaban la escasa credibilidad que merecía su retórica solidaria.⁴⁶

La interpretación del Tratado Clayton-Bulwer y las relaciones entre Nicaragua y Estados Unidos se convirtieron, asimismo, en objeto de otra punzante disputa. En un editorial titulado “¿Cuál es

la cosa más orijinal del mundo?” el editorialista de *El Correo del Istmo* se propuso demostrar que su colega de *La Gaceta de Costa Rica* entendía “todo al revés”.

Como prueba de ello, reprodujo extractos de diversos artículos publicados en el periódico costarricense.⁴⁷ En uno de éstos, *La Gaceta* había asegurado que el gobierno inglés no cedería un ápice en la cuestión Mosquita, a la vez que anunció la próxima llegada de dos buques de guerra para hacer respetar los derechos de los súbditos británicos en ese territorio.

Además, había publicado una versión castellana de un artículo del *Times* de Londres, en el que se ridiculizaba a los nicaragüenses por ofertar al mejor postor concesiones canaleras en territorios ajenos. *La Gaceta* defendía, pues, la usurpación británica del puerto de San Juan del Norte con tal de sostener la nulidad del tratado canalero firmado por el gobierno de Nicaragua con Estados Unidos.⁴⁸

En el N° 6 de *La Gaceta de Costa Rica*, el editorialista de *El Correo* encontró, para escándalo de la humanidad, el siguiente párrafo: “Tenemos convicciones de que el canal de Nicaragua será una empresa romántica, mientras no se cuente con la decidida voluntad del Gobierno inglés, con 50 millones de pesos y con cien mil trabajadores”.⁴⁹

En otro artículo, *El Correo* denunció las intenciones de *La Gaceta* de socavar la confianza de los nicaragüenses en la compañía de Vanderbilt, al asegurar que ésta había abandonado ya la idea del canal interoceánico, y se limitaría a construir un ferrocarril a través del istmo de Rivas. *El Correo* se apresuró a desmentir tal ocurrencia, y la calificó de una ofensa al espíritu americano: “Norte-America no acostumbra jugar de esa manera, y aunque la compañía lo hubiera intentado, su Gobierno no hubiera ratificado la contrata. Burla sería ésta que recaería sobre la compañía, sobre el pueblo norte-americano (...) y sobre su mismo gobierno”.⁵⁰

Luego, en su N° 64, *La Gaceta* se mofaba de las exhortaciones unionistas del gobierno de Nicaragua, cándidamente inspiradas en la Doctrina Monroe. El editorialista costarricense opinó que los Estados Unidos habían abandonado esos principios en aras del pragmatismo económico.⁵¹ Peor aún, sostuvo *La Gaceta*, la potencia del norte constituía ya una amenaza para las naciones hispano-americanas: “Desengañense los que hayan podido engañarse sobre la verdadera naturaleza de la política Norteamericana, que no es hoy lo que era en los primeros días de la república. Por todas partes hallamos documentos que nos prueban que el espíritu de esta

nación es hoy eminentemente invasor de toda nacionalidad diversa de la suya.”⁵² En fin, *La Gaceta* pronosticaba que la ingenuidad de los nicaragüenses habría de acarrearles consecuencias muy graves:

“En vano han invocado los nicaragüenses la protección que les hizo creer como muy segura Mr. Squier. ¿Y en que ha parado esa poderosa y eficacísima protección? ¿en qué puede parar? En que Nicaragua se quede sin la boca del río de S. Juan y en que el canal, si se abre algún día, será un canal en que los ingleses y los norte-americanos tendrán sus respectivas partes de señorío y los nicaragüenses la gloria y el honor de tener dentro de su república un buen canal extranjero, un canal sobre el cual ejercerá los derechos de soberanía una compañía de especuladores norte-americanos.”⁵³

Desde una óptica retrospectiva, resulta evidente que los análisis de *La Gaceta* sobre la política exterior de las potencias eran mucho más realistas que los de sus colegas vecinos. No obstante, para éstos el periódico costarricense no hacía sino sembrar la discordia e infundir dudas para desacreditar a Nicaragua.

Sin embargo, con frecuencia *El Correo* se preocupaba por aclarar a sus lectores que sus críticas y acusaciones iban dirigidas en contra del círculo gobernante de Costa Rica; no se referían, pues, a la mayoría de su población. En diversas ocasiones, incluso salvaba de toda culpa a los gobernantes vecinos y achacaba sus errores a las intrigas del cónsul británico.

Además, los mortificantes artículos de *La Gaceta* con frecuencia se atribuían al francés Adolfo Marie o al general Juan José Flores. Este último era descrito como un personaje siniestro, a quien no le bastaba haber convertido al Ecuador en patrimonio personal; pues, luego de mendigar el apoyo de las monarquías europeas para reconquistar Hispanoamérica, aspiraba a entronizarse como presidente vitalicio de Costa Rica, y convertir a ese país en un protectorado británico.⁵⁴

Esta opinión era compartida por algunos costarricenses opositores al gobierno de su país, que achacaban la “miserable condición política de la infantilla República de Costa-rica” al absolutismo e intrigas de Flores, Toledo y Castro.⁵⁵ Sin embargo, los editores de *La Gaceta* se ocuparon de desmentir tales versiones, publicando una declaración del gobierno de Costa Rica en la que se aprobaban, de manera oficial, los artículos referidos a su política exterior.

La polémica *Memoria* de Felipe Molina

A fin de reforzar sus gestiones diplomáticas como representante del gobierno costarricense ante las cortes europeas, en 1850 Felipe Molina publicó en Madrid un compendio de sus argumentos jurídicos sobre la cuestión limítrofe, acompañado de reflexiones personales sobre el carácter de ambos pueblos en conflicto.⁵⁶

Poco después, este documento empezó a divulgarse por entregas en *La Gaceta de Costa Rica*.⁵⁷ Su contenido provocó la indignación de la élite de Nicaragua. Los argumentos jurídicos de Molina fueron refutados por Francisco Castellón⁵⁸, mientras el editorialista de *El Correo del Istmo* empuñó su beligerante pluma para defender la imagen de sus compatriotas.

A la vez que describía al pueblo costarricense como arquetipo de todas las virtudes, Molina se atrevía a calificar a los nicaragüenses de “desleales, díscolos y revoltosos”, atronó el editorialista.⁵⁹ Peor aún, en la página 22 de la *Memoria*, se aseguraba que la generalidad de este pueblo era indolente, proclive a enfrascarse en contiendas civiles y a guerrear con sus vecinos. La causa, opinaba Molina, parecía radicar en su sistema económico, pues en su mayoría eran “pastores más bien que agricultores”.⁶⁰

No podía escapar a la atención de cualquier intelectual ilustrado, conocedor de los textos de la antigüedad clásica, el carácter peyorativo de esta representación. Julio César, en *De Bello Gálico*, Libro VI, explicaba que los invasores bárbaros se alimentaban de sus ganados, pues les estaba prohibido poseer tierras “para impedir la costumbre de preferir la agricultura a la guerra”. La obra histórica de Robertson, otro texto infaltable en la biblioteca de todo hombre culto del siglo XIX, describía el profundo horror y desprecio que provocaban, en los pueblos civilizados de Europa, esas hordas vandálicas cuyas instituciones y costumbres empujaban a la conquista y el pillaje.⁶¹

Así pues, concluía *El Correo del Istmo*, al afirmar que los nicaragüenses menospreciaban la agricultura en favor de la ganadería, Molina pretendía retratarlos: “(...) en peor estado de incivilización y salvajismo que pudiera pintarse á los hotentotes, puesto que no solo miramos con indiferencia los estragos de la guerra, sino que nos entregamos á ella por instinto, por una pasión desenfrenada á las escenas sangrientas, de cuya propensión dimana que ni vivimos quietos, ni dejamos vivir a nuestros vecinos. Tales conceptos, verti-

dos a la faz de la Europa y del mundo entero, (...) han dejado precisamente a los nicaragüenses sumidos en un abismo de degradación y de infamia.”⁶²

Los testimonios de extranjeros cultos que pasaban por Nicaragua desmentían a Molina, ripostó indignado el editorialista. Por otra parte, los costarricenses no podían preciarse de ser un pueblo pacífico. La Guerra de la Liga del año 1835, el levantamiento en contra de Braulio Carrillo en 1842, las numerosas conspiraciones y sublevaciones provocadas por el despótico gobierno de Castro, desdibujaban la plácida imagen construida por el cuestionable diplomático. Y, para cerrar el caso, bastaba señalar que Guatemala, país natal del maldiciente señor Molina, llevaba diez años enfrascada en una cruenta guerra civil.

Ensalzar a Costa Rica, advertía *El Correo*, no exigía denigrar a Nicaragua: aunque era de justicia reconocer al vecino su amor por el trabajo agrícola, esta cualidad no le era privativa. Nicaragua no sólo poseía algunos distritos “tan extensos como Costa-rica cuya única riqueza consiste en los ganados”; también contaba con vastas regiones dedicadas a la agricultura, y su industria artesanal era admirable. Las cosechas de cacao, añil, tabaco, algodón y granos colmaban las necesidades de sus pobladores, a la vez que dejaban excedentes para la exportación. “¿Y todavía se dirá que los nicaragüenses son pastores? ¿Todavía se les tachará de indolentes?”, preguntaba el editorialista.⁶³

Cabe recordar que en numerosos editoriales anteriores *El Correo del Istmo* había exhortado a los nicaragüenses a abandonar su belicosidad partidista, su obrar atolondrado y proverbial pereza. Sin embargo, al parecer esos escritos no debían ser tomados sino como edificantes amonestaciones de un vocero de la civilización; los mismos adjetivos en boca del guatemalteco Molina constituían insultos imperdonables.

La intención de su vil folleto, denunció *El Correo*, era convencer a los guanacastecos que permanecieran unidos a Costa Rica. Pero, ¡cuán equivocado estaba! A partir del año 1849, Nicaragua había experimentado una transformación radical, y un prodigioso destino le aguardaba:

“(...) este país, ahora pacífico, á merced de sus adelantos debidos al tránsito convenido para las caravanas que viajan á las Californias, y disfrutando de leyes verdaderamente liberales y protectoras,

sin las penalidades de las guerras, ni de las convulsiones políticas, convida a sus hermanos del Guanacaste á participar de estos bienes. Un vasto desierto los separa de Costa-rica, mientras que se halla en inmediato contacto con el Departamento meridional de Nicaragua, llamado a grandes destinos.”⁶⁴

Los editoriales referidos a la *Memoria sobre las cuestiones de Límites* concluyeron con una grave advertencia al gobierno costarricense: pese a su carácter pacífico, los nicaragüenses no descartarían la opción de reivindicar sus derechos territoriales por la vía de las armas, una vez agotadas las negociaciones diplomáticas.

Curiosamente, en el mismo número de *El Correo* que contiene esta belicosa intimidación, aparece una noticia de última hora dando cuenta de un fuerte temblor que había causado grandes daños en San José, Heredia y Barba. La nota va seguida de una exhortación a la solidaridad regional frente al desastre natural y revela que, pese a la candente disputa limítrofe, la imagen de los pueblos centroamericanos como miembros de una misma familia permanecía intacta:

“Sería de desear, (...) que todos los centroamericanos dieran una prueba de fraternidad contribuyendo por suscripción al alivio de los infelices y desgraciados de Costa Rica. Por nuestra parte ninguna cosa haríamos con mas placer, y si la palabra hermanos algo significa, nunca mas que ahora debería de aplicarse su significado.”⁶⁵

El Tratado Cañas-Jerez: su contexto.

El 1º de abril de 1853, el caudillo granadino Fruto Chamorro asumió el cargo de director supremo. De inmediato se empeñó en impulsar un polémico proyecto de reformas constitucionales que había agitado el país durante varios años. A fin de asegurar su aprobación, el 28 de noviembre ordenó apresar y expulsar del país a varios diputados que defendían la liberalidad de la carta magna de 1838.⁶⁶

Chamorro justificó su acción bajo el alegato de haber recibido denuncias de que dichos diputados, aliados con otras prominentes figuras políticas de León, fraguaban una conspiración en contra de su gobierno. Los acusados exigieron el derecho a un juicio civil, y a carearse con los testigos en cuyas declaraciones se sustentaba el decreto ejecutivo. El director supremo adujo hallarse obligado a prote-

ger las vidas de los declarantes y denegó su solicitud. Por lo demás, aseguró, las pruebas documentales de la conspiración pertenecían al “archivo secreto” del gobierno.⁶⁷

Figuraban entre los perseguidos influyentes políticos del departamento Occidental, tales como el ex director supremo José Guerrero, el jurista Francisco Castellón, el doctor Máximo Jerez, los coroneles Mateo Pineda y José María Valle. Las arbitrariedades del caudillo granadino encendieron los resentimientos localistas, y la inminencia de una nueva guerra civil era palpable.

Apremiado, al parecer, por la necesidad de recursos económicos para apertrechar al ejército, Fruto Chamorro envió a su hermano Dionisio a Costa Rica, con la propuesta de ceder a ese Estado el partido de Nicoya a cambio de una considerable cantidad de dinero.

En efecto, el 10 de enero de 1854, el comisionado Chamorro ofreció a sus homólogos vecinos deponer “desde ahora para siempre” todo reclamo de soberanía sobre el territorio en disputa. A cambio, Costa Rica debía pagarle en “metálico” la suma de doscientos mil pesos, y además asumir la cuota nicaragüense de la deuda federal.⁶⁸

Ante la reticencia del gobierno costarricense a pagar una suma tan elevada, Dionisio Chamorro recibió autorización de su hermano para: “(...) rebajar la suma pedida en clase de indemnización a cien mil pesos fuertes pagaderos en diez años, por partes iguales, además de la cancelación de los créditos que Costa Rica tiene sobre el Tesoro de Nicaragua, y el pago ya dicho del contingente que le corresponde en el empréstito federal a súbditos de S. M. Británica.”⁶⁹

Su nueva oferta tampoco fue aceptada. Indignado por el desaire, el comisionado regresó a Nicaragua, no sin antes advertir a los tacaños vecinos que su gobierno estaba dispuesto y, además, bien apertrechado, para reincorporar el partido de Nicoya por la vía de las armas.⁷⁰

Sin embargo, antes de que se le presentara la oportunidad de cumplir esta amenaza, estalló una sublevación contra el gobierno de Fruto Chamorro en mayo de 1854.⁷¹ Como es bien sabido, durante el conflicto los bandos en pugna recurrieron al apoyo externo para derrotar al adversario, lo que abrió las puertas a la ocupación filibustera. Ésta tuvo la virtud de unir, el 12 de septiembre de 1856, no sólo a granadinos y leoneses, sino también a los ejércitos centroamericanos.

Sin embargo, el espíritu del pacto entre legitimistas granadinos y democráticos leoneses para derrotar a William Walker se

esfumó apenas el filibustero salió del país. La ausencia de un sentido de nación entre las fracciones de la élite de Nicaragua se refleja en los siguientes hechos relatados en un editorial de la *Gaceta de Nicaragua*:

“El tratado del 12 de setiembre de 1856 no era más que un armisticio para mientras durase la guerra nacional, porque en él no se hizo más que salvar las dificultades del momento para abrir la campaña contra Walker; y en efecto, vencido éste, los dos partidos quedaron con las armas en la mano, y frente á frente ocupando los mismos puestos que antes de la toma de Granada por los filibusteros. (...) todo parecía preparado por el genio de la discordia para que este pueblo continuase la sangrienta lucha que casi lo había devorado. En tal situación, hombres de orden de los dos bandos se citaron para celebrar un arreglo en esta ciudad; pero eran tan opuestas las pretensiones, tan profundas las desconfianzas, y tan acalorados estaban los ánimos, que ningún provecho resultó de las conferencias, é intimado un ultimátum, iban ya a despedirse los dos partidos para hacerse guerra á muerte.”⁷²

En este contexto, los principales generales legitimistas de Granada gestionaron oficialmente la anexión del departamento Oriental a Costa Rica. En una carta fechada el 21 de mayo de 1857, le expresaron al general del ejército costarricense José María Cañas:

“Los infrascritos deseosos de asegurar el porvenir de este departamento y del Mediodía, en que están vinculadas la mayor parte de nuestras propiedades, hemos resuelto recabar a Ud. si en el caso de que el arreglo de nuestra política interior no dé suficiente garantía al trabajo y a la propiedad, puede Ud. como comisionado de su gobierno aceptar la anexión a Costa Rica de los mencionados Departamentos, o si este negocio deberá tratarse con el mismo gobierno...”⁷³

Naturalmente, la respuesta de Cañas fue positiva: “(...) el Gobierno de Costa Rica abunda en deseos de contribuir al bien general de estos pueblos, y no dudo que acogerá con la más sana intención y la mejor buena fe una anexión voluntaria propuesta por UU., en caso de verse precisados a efectuarla, puesto que este pensamiento no tiene otra mira que asegurar su bienestar.”⁷⁴

La inminente división del país se evitó mediante el establecimiento de una dictadura provisional, encabezada por los principales jefes de los ejércitos en pugna. El llamado gobierno binario, integrado por Tomás Martínez y Máximo Jerez, se instaló el 12 de junio de 1857. El 6 de julio de ese mismo año, el ministro de relaciones exteriores Gregorio Juárez firmó con el general Cañas un tratado limítrofe, en cuyo artículo primero se lee:

“El Gobierno de Nicaragua en señal de gratitud hacia el de Costa-Rica por sus buenos oficios en favor de la República, por el decidido empeño y los grandes sacrificios que ha hecho por la causa de la independencia nacional, desiste, quita y aparta de todo derecho al Distrito del Guanacaste que lleva ahora la denominación de Provincia de Moravia de la República de Costa-Rica para que se entienda, tenga y reconozca desde ahora para siempre como parte integrante de dicha República, bajo el dominio y sumo imperio de su Gobierno”.⁷⁵

La frontera entre ambos Estados se definió en el artículo segundo del mismo tratado como una línea imaginaria trazada desde el centro de la bahía de Salinas en el Pacífico hasta un punto a dos millas de la fortaleza del Castillo, aguas abajo del río San Juan, a partir del cual se tomaba como límite la margen derecha del mismo hasta punta Castilla en el Atlántico. El artículo quinto otorgaba a ambos países el libre uso de las aguas del río San Juan para la navegación y transporte comercial, derecho que Costa Rica había intentado obtener desde el año 1846.

A pesar de los notables beneficios que el Tratado Cañas-Juárez ofrecía a Costa Rica, su gobierno rehusó considerar esta solución diplomática. El presidente Juan Rafael Mora intentaba aprovechar el estado de postración en que se hallaba Nicaragua a raíz de la ocupación filibustera para obtener aún mayores ventajas para su país.

El 14 de julio de 1857 firmó un contrato canalero con el súbdito británico Robert Clifford Webster, que incluía concesiones en el istmo de Rivas, además de las aguas del río San Juan y lago de Nicaragua. Por su parte, el general Cañas propuso secretamente al magnate norteamericano de la Compañía del Tránsito, Cornelius Vanderbilt, fundar un Estado independiente con los territorios de los departamentos de Rivas, Guanacaste y río San Juan.⁷⁶

Los proyectos de Mora y Cañas para apropiarse de la ruta interoceánica quedaron en evidencia con la ocupación militar de los fuertes del Castillo y San Carlos, así como otros puntos estratégicos en el río San Juan y riberas del lago de Nicaragua.

En respuesta, la asamblea legislativa de Nicaragua formó una comisión integrada por los ex ministros de relaciones exteriores Hermenegildo Zepeda y Sebastián Salinas para evaluar el conflicto con Costa Rica. El 23 de noviembre de 1857, éstos rindieron un informe precedido por un recuento cronológico del conflicto.⁷⁷

Los comisionados explicaron que en el mes de agosto de 1857, apenas concluida la guerra contra los filibusteros, el general costarricense Juan Rafael Mora y el capitán Davis fraguaron la toma de dichas fortalezas. La explicación de este hecho se encontraba en la concesión canalera otorgada por Mora al inglés Webster. En un inicio, el gobierno de Costa Rica había solicitado la anuencia de Nicaragua a este contrato, pero cuando recibió una respuesta negativa se apoderó de la ruta fluvial por la vía militar.

Al comienzo Mora trató de ocultar sus intenciones, y explicó la presencia militar costarricense en El Castillo y San Carlos como una medida preventiva, ante la posibilidad de una nueva invasión extranjera. Luego, respondió a los reclamos del gobierno vecino con el argumento de que Costa Rica se había ganado el dominio sobre el río San Juan al expulsar a los filibusteros de esa región.⁷⁸

En respuesta, la asamblea de Nicaragua autorizó al poder ejecutivo recurrir a las armas para impedir la usurpación territorial.⁷⁹ La oportuna mediación del ministro plenipotenciario de El Salvador, así como las noticias sobre los preparativos de Walker para lanzar una nueva invasión filibustera, evitaron la guerra entre Nicaragua y Costa Rica, y unieron a los vecinos frente al enemigo común.⁸⁰ Un editorial de la *Gaceta de Nicaragua*, refleja el sentir del momento:

“La guerra con Costa-rica ya cesó, y (ambos Estados) unieron nuevamente sus armas, pues el vandalismo del norte no disputa a los centroamericanos un pedazo de tierra, no un derecho sobre el tránsito, ni menos la comunidad de intereses; nada de eso; nos disputa sí, la vida, el honor, la propiedad, i todo cuanto se comprende bajo la palabra Centro América. Esta es la cuestión del día, i en este sentido, Nicaragua está en guerra permanente con los filibusteros, como deben estarlo también los demás Estados de la Unión Centroamericana.”⁸¹

En este contexto, el 15 de abril de 1858, los generales Máximo Jerez y José María Cañas suscribieron un tratado de límites por el cual Nicaragua aceptó la anexión del partido de Nicoya a Costa Rica, a la vez que obtuvo del Estado vecino el reconocimiento de su dominio exclusivo sobre la ruta canalera por el río San Juan.⁸² La *Gaceta de Nicaragua* celebró la noticia, y presentó el Tratado como una solución definitiva y providencial:

“La cuestión de límites acaba de transigirse de la manera más armoniosa, borrándose para siempre las páginas manchadas de su historia, i desarrollándose así la fraternidad que Dios puso entre los dos pueblos, i que los hombres se empeñaban en no reconocer.”⁸³

Unos días más tarde, los presidentes Tomás Martínez y Juan Rafael Mora se reunieron en Rivas, e intercambiaron las ratificaciones del tratado.⁸⁴ Asimismo, el 1º de mayo de 1858, aniversario de la capitulación de William Walker, celebraron conjuntamente un contrato para la construcción del canal interoceánico con Félix Belly, a quien se tenía por representante del emperador francés Napoleón III. Acordaron, además, colocar dicho convenio y la independencia de sus repúblicas bajo la protección de la “Europa civilizada”.⁸⁵ La *Gaceta de Nicaragua* comentó:

“El filibusterismo hasta cierto punto ha producido en Nicaragua un bien estable. Tal es la perfecta amalgama de los partidos interiores, el arreglo de las cuestiones pendientes con Costarica que por mucho tiempo produjeron discordias trascendentales entre ambos pueblos, i la perfecta armonía i verdadera inteligencia con los demás Estados hermanos”.⁸⁶

La reacción, por supuesto, fue muy distinta en los Estados Unidos y Europa. La declaración conjunta de Mora y Martínez fue recibida por el gobierno norteamericano como “un insulto atroz”. Los gabinetes de las potencias cuya protección había sido invocada - Francia, Inglaterra y Cerdeña - se desentendieron del asunto para evitar que se les tuviera por “cómplices de semejante atentado.”⁸⁷

La situación empeoró con la divulgación de rumores de que el Tratado Cañas-Jerez y el convenio canalero eran piezas de una gran intriga fraguada entre el presidente Mora y Félix Belly. El primer acto había consistido en invitar a Máximo Jerez, representante del

gobierno de Nicaragua, a San José. Mientras se llevaban a cabo las negociaciones limítrofes en presencia del mediador salvadoreño, el gobierno de Costa Rica ofrecía grandes banquetes y festejos en honor de Belly, “quien se hacía pasar admirablemente como enviado confidencial del emperador de los franceses”.⁸⁸

En un periódico de Panamá se afirmó que el tratado limítrofe no era un gran triunfo político y moral, sino el fruto de un colosal engaño. Belly había servido de instrumento al presidente de Costa Rica para obtener lo que no había podido conseguir en veinte años de negociaciones: la renuncia de Nicaragua al territorio de Guanacaste.⁸⁹ Indignado, Gregorio Juárez comentó:

“Al Presidente Mora se le ha supuesto un hábil tramoyista que se las había con un saltimbanco no menos astuto i que unidos sorprendieron el ánimo caballeroso del Presidente Martínez para hacerle firmar una quimera que tuvieron maña de hacer pasar por verdadero talismán con virtud eficaz para desvanecer al filibustero i á todo injusto agresor”.⁹⁰

El ex ministro de relaciones exteriores aclaró que el convenio para la apertura del canal interoceánico firmado con Belly nada había tenido que ver con el tratado de límites, pues éste había sido negociado con anterioridad. Por otra parte, el manifiesto dirigido por Mora y Martínez en el que se solicitaba la protección de los gobiernos de Inglaterra, Francia y Cerdeña, no era sino una reacción natural ante la persistencia de la amenaza filibustera, y una manifestación de “sublime patriotismo de dos grandes corazones que consideraban á la America Central en su última agonía.”⁹¹ Si tal peligro era ficticio, habrían cometido un error, explicó Juárez, más si la amenaza era real “cumplieron un deber, i en su calidad de ciudadanos particulares, no puede imputárseles ninguna responsabilidad”.⁹²

En este contexto, lo oportuno y conveniente era plasmar la unidad de sentimientos entre Nicaragua y Costa Rica en un pacto confederal. Para ello, Juárez propuso las siguientes bases: a) cada Estado conservaría su independencia y soberanía interior; b) las deudas contraídas antes del pacto eran responsabilidad de cada gobierno; c) las relaciones exteriores y la defensa común estaría a cargo del poder confederal, que dispondría para ello de las rentas de los puertos, caminos y canales que se construyeran en el istmo. De esta manera, Juárez echaba a un lado uno de los principales

motivos de discordia entre Nicaragua y Costa Rica en la década de 1850: la competencia entre diferentes proyectos canaleros y rutas de tránsito.

El editorial de Juárez reflejaba el estado de ánimo de las élites gobernantes de ambos países. Como resultado, el 9 de agosto de 1858 la asamblea legislativa de Nicaragua aprobó un decreto facultando al presidente para promover la reunificación de Centroamérica, "(...) o al menos un pacto que una a todos los estados en su representación externa y haga más efectiva la defensa contra las agresiones externas."⁹³

Por su parte, el congreso de Costa Rica - considerando la necesidad de remover los obstáculos al proyecto unionista - autorizó al presidente Mora a promover el establecimiento de una dieta o cuerpo político central, que representara a todo el istmo en el exterior, aun cuando hubiera que: "prescindir, para esto, de una pequeña parte de la soberanía de cada una de las Repúblicas Centro-americanas."⁹⁴

En estas nuevas circunstancias, la élite criolla de Nicaragua llegó a mostrarse dispuesta a compartir con Costa Rica su destino geográfico. El epígrafe del belicoso periódico *El Correo del Istmo* pasó a convertirse en una especie de arco iris que unía a ambos países en un fraterno abrazo:

"Costa-rica y Nicaragua colocados uno á cada lado de la gran puerta de Centro-América indicando á las naciones del antiguo mundo la entrada con el poeta latino: hic locus est gemini janna vasta maris, revelan la unidad de sus recíprocos intereses: Nicaragua y Costa-rica que han borrado con el tratado de límites de 18 de abril del corriente año sus antiguas discordias (...) están llamados a unirse inmediatamente los primeros en una confederación que no tardara en traerse á todos los demás Estados como un efecto imprescindible y necesario, como lo es la caída de los cuerpos graves hacia su centro común".⁹⁵

Entuertos en familia

Al analizar el discurso oficial y los escritos en los periódicos de la época, llama la atención la persistencia de la representación de los centroamericanos como miembros de una sola familia, pese a los graves conflictos limítrofes entre los nacientes Estados.

Este imaginario de la “nación centroamericana” no pudo haber sido generado por el efímero y conflictivo gobierno federal, sino durante los tres siglos de dominio colonial, cuando el istmo constituía un “reino” con su propio régimen administrativo dentro del vasto imperio español.

Benedict Anderson ha propuesto una sugerente explicación para entender el fenómeno de cómo las unidades administrativas coloniales generaron sentimientos de pertenencia colectiva entre las élites criollas. Argumenta que la configuración original de las unidades administrativas americanas fue, hasta cierto punto, arbitraria y fortuita pues obedeció a la demarcación territorial impuesta por las diversas expediciones de conquista. Sin embargo, a través del tiempo, estos espacios adquirieron una realidad más estable bajo la influencia de factores geográficos, políticos y económicos.

Las políticas comerciales de la metrópoli, así como la inmensidad del imperio hispanoamericano, la enorme variedad de suelos y climas, y sobre todo los insuperables obstáculos para las comunicaciones en la época preindustrial, contribuyeron a imprimir un carácter autosuficiente a estas unidades.

Sin embargo, observa Anderson, ni los mercados regionales ni los espacios “naturales”, geográficos o político-administrativos pudieron crear, por sí mismos, lazos emocionales. Para explicar esta situación, Anderson recurre a una tesis inspirada en los estudios del antropólogo Víctor Turner sobre el peregrinaje religioso como una experiencia generadora de significados y lazos de solidaridad.

Anderson compara los peregrinajes religiosos con los circuitos de movilidad de los burócratas de los Estados absolutistas, y los representa como un largo camino ascendente en espiral hasta un cargo en la capital del reino. En esa jornada se establecen vínculos de solidaridad entre los burócratas, que se perciben mutuamente como “compañeros de viaje”.

En el caso de los funcionarios criollos, éstos encontraban obstáculos tanto en su ascenso vertical como en su movilidad horizontal, pues estaban excluidos no sólo de los cargos más altos en el mundo colonial sino también de los puestos en la metrópoli. El cargo más importante al que podían aspirar se encontraba en la capital de la unidad administrativa donde habían nacido. En este estrecho peregrinar desarrollaban lazos de camaradería con otros funcionarios criollos, originados en el común resentimiento ante la discriminación que sufrían bajo las políticas coloniales.

Anderson observa que el mundo de la burocracia colonial, aunque pequeño, tuvo una importancia estratégica, pues los conflictos entre peninsulares y criollos alimentaron el surgimiento de una conciencia nacional americana hacia finales del siglo XVIII. Sin embargo, advierte que el desarrollo de tales sentimientos de pertenencia colectiva no tuvieron consecuencias decisivas hasta que los espacios territoriales en los cuales se desarrollaba este peregrinar hacia los más altos cargos político-administrativos, pudieron ser imaginados como naciones gracias al incremento de los mercados internos y de las comunicaciones.

En el período estudiado, Centroamérica carecía de tales condiciones para el desarrollo de una sólida conciencia nacional. Sin embargo, persistían las lealtades forjadas durante el largo período colonial, tanto hacia la unidad administrativa mayor constituida por el antiguo “Reino de Guatemala”, como hacia las “patrias chicas”: las regiones conformadas en torno a las ciudades principales.

El Estado, por el contrario, era una novedad que debía construir sus propias lealtades a costa de la subordinación de aquellas. Este proceso centralizador provocó numerosos conflictos entre las élites regionales de Nicaragua, además de tres cruentas guerras civiles en 1824, 1844 y 1854. Por el contrario, las disputas por la posesión del partido de Nicoya y los derechos sobre la ruta interoceánica no afectaban la vida cotidiana de las élites regionales, ni mermaban sus cuotas de poder local.

Las pugnas limítrofes se desarrollaban en el seno de los núcleos gobernantes de los Estados, encargados de librar eruditas batallas verbales. Sus mejores armas eran las citas prestadas de los grandes autores europeos que sentaban las bases del moderno derecho internacional.

Ello explica que, pese a la virulencia de los discursos y editoriales en contra de Costa Rica, prevalecieran las representaciones fraternas de su pueblo, y que en este período histórico resultase más fácil resolver los conflictos fronterizos con el vecino que las disputas jurisdiccionales entre las propias municipalidades de Nicaragua.

Citas y notas

- 1 Sobre los antecedentes para comprender esta resolución del gobierno federal, ver: SIBAJA, Luis Fernando y ZELAYA, Chéster, *La Anexión de Nicoya*, (2ª ed.) San José, C.R.: EUNED, 1985.
- 2 “Nota de Pedro Benito Pineda, Ministro del Estado de Nicaragua, al Secretario General del Gobierno de Costa Rica”, 3 de enero de 1826. Documento citado en ALVAREZ, Miguel Angel, *De como perdimos las Provincias de Nicoya y Guanacaste*, Nicaragua: Editorial La Prensa, 1942, p. 12.
- 3 SIBAJA y ZELAYA, 1985, p. 77.
- 4 Este argumento aparece en el contexto de la refutación a la *Memoria sobre las Cuestiones de Límites que se versan entre la República de Costa-Rica y el Estado de Nicaragua*, por Felipe Molina, Enviado extraordinario y Ministro plenipotenciario de Costa Rica en las cortes europeas, publicado originalmente en Madrid: Imprenta de la viuda de Calero, 1850. Ver: *El Correo del Istmo de Nicaragua*, N° 71, León, Febrero 20 de 1851.
- 5 Sobre las reflexiones de los Diputados, ver: CASTELLON, Francisco, “Informe”, Londres, julio 7 de 1849. Publicado por entregas en *El Correo del Istmo de Nicaragua*, desde el N° 52 (León, octubre 10 de 1850) al N° 61 (León, diciembre 12 de 1850). Ver también el Arto. 2º de la Constitución de 1838, en: ESGUEVA, 1994, Tomo I, p. 299.
- 6 “Acta de la Municipalidad de Nicoya. 7 de septiembre de 1838”, en: SIBAJA y ZELAYA, 1985, p. 104.
- 7 “Acta de la Municipalidad de la ciudad de Guanacaste. 11 de septiembre de 1838”, en: SIBAJA y ZELAYA, (1985), Apéndice Documental, p. 153-154.
- 8 SIBAJA y ZELAYA, (1985), p. 107.
- 9 Según el citado informe de Castellón, las bases fueron publicadas en el *Mentor Costarricense* N° 24. Ver: *El Correo del Istmo de Nicaragua*, N° 56, León, noviembre 7 de 1850.
- 10 TIJERINO, Toribio, “Cuenta documentada del Comisionado del Supremo Gobierno del Estado de Nicaragua cerca del de Costarrica sobre la obligación que el segundo tiene de devolver al primero el Partido de Nicoya”, León, 25 de marzo de 1843. Documento publicado en *El Correo del Istmo de Nicaragua*, N° 79, León, 17 de abril de 1851.
- 11 TIJERINO, 1843, “Cuenta Documentada”, en *El Correo del Istmo*, N° 79, León, 17 de abril de 1850.
- 12 CASTELLON, 1849, en: *El Correo del Istmo de Nicaragua*, N° 55, León, octubre 31 de 1850.
- 13 Idem. Algunos años más tarde, el periódico *El Correo del Istmo de Nicaragua*, tradujo estos argumentos jurídicos en términos cotidianos para beneficio del gran público, de la siguiente manera: “Y para esplicarnos por medio de un ejemplo, ya que escribimos para todos: parécenos que dicho caso es semejante à este otro: TENDRÁS estos mil pesos, HASTA que averigue si son tuyos ó de tu hermano. ¿Podría en este caso el depositario seguir conservando la cantidad cuestionable, después de haber muerto ó desaparecido el depositante?” *El Correo del Istmo de Nicaragua*, N° 71, León, 27 de junio de 1850.
- 14 Idem.
- 15 CASTELLON, 1849, en: *El Correo del Istmo de Nicaragua*, N° 55, octubre 31 de 1850.
- 16 La expulsión de los notables granadinos se dispuso por Acuerdo Gubernativo del 12 de agosto de 1844, en el que se lee: “El Supremo Director, ha dispuesto se hagan marchar cuanto antes al Guanacaste, de donde no podrán regresar hasta nueva orden de este Gobierno, encargándose a la Comandancia jeneral el cumplimiento de la presente.”

- Ver: "Exposición. Al Sr. Prefecto del Departamento Oriental", Nota (a). Granada, setiembre 27 de 1844. En: (RCPCA, 27(134):99.
- 17 "Informe del Prefecto del Departamento Meridional al Señor Ministro de Relaciones del Supremo Gobierno del Estado. Rafael Lebrón. Rivas, Julio 14 de 1846." Publicado en: *Registro Oficial*, N° 80, Santiago de Managua, 12 de septiembre de 1846.
 - 18 CHATFIELD, Guatemala, agosto 3 de 1846.
 - 19 "Comunicado. Legación de Costarrica cerca de Nicaragua" En *Registro Oficial* N° 78, Santiago de Managua, 18 de julio de 1846.
 - 20 Idem.
 - 21 Idem.
 - 22 CASTELLON, 1849, *El Correo del Istmo de Nicaragua*, N° 57, León, noviembre 14 de 1850. Los tratados fueron suscritos en San Fernando de Masaya, los días 12 y 14 de diciembre de 1846.
 - 23 CASTELLON, 1849, en: *El Correo del Istmo de Nicaragua*, N° 58, León, noviembre 21 de 1850.
 - 24 CASTELLON, 1849, en: *El Correo del Istmo de Nicaragua*, N° 59, noviembre 28 de 1850.
 - 25 SALINAS a Palmerston, Marzo 13 de 1848.
 - 26 La cita del periódico costarricense aparece reproducida en el referido informe de Francisco Castellón fechado el 7 de julio de 1849.
 - 27 CALVO, Joaquín Bernardo. "Nota del Ministerio de Relaciones y Gobernación de Costa Rica N° 38. San José, Mayo 20 de 1848. Al Sr. Ministro de Relaciones Exteriores del Supremo Gobierno del Estado de Nicaragua." Texto reproducido en *El Correo del Istmo de Nicaragua*, N° 50, León, septiembre 26 de 1850.
 - 28 CASTELLON, 1849, en *El Correo del Istmo de Nicaragua*, N° 58, León, noviembre 21 de 1850.
 - 29 "Tratados entre Nicaragua y Costa-Rica. Preliminares", León, setiembre 20 de 1848, en: "Conferencias habidas ente los Comisionados de Costa-Rica y Nicaragua sobre la Anexacion del Partido de Nicoya al primero de los Estados, y límites territoriales de uno y otro, mandadas publicar de orden del supremo gobierno de Nicaragua, Año 1848", Imprenta de la Paz.
 - 30 JUÁREZ, Gregorio, "Al Comisionado de Nicaragua Contesta", León, septiembre 20 de 1848, y "Proposición que el Comisionado de Nicaragua hace al de Costa Rica para terminar, de una vez para siempre, las cuestiones de Límites y de Propiedad del Partido del Guanacaste", León, septiembre 23 de 1848.
 - 31 MOLINA, Felipe, "El Comisionado de Costa-Rica ha leído con la debida atención el Proyecto anterior, y procede a exponer las observaciones que le ocurren", León, setiembre 23 de 1848.
 - 32 JUÁREZ, Gregorio, "Nota de Protesta al Sr. comisionado del gobierno de Costa-rica", León, octubre 1° de 1848.
 - 33 Continuación del Informe de Francisco Castellón, 1849, en *El Correo del Istmo de Nicaragua*, N° 60, León, diciembre 5 de 1850.
 - 34 GÁMEZ, 1915-1939, p. 263; OBREGÓN QUESADA, Clotilde, *El Río San Juan en la lucha de las potencias, (1821-1860)*, San José, C.R.: EUNED, 1993, pp. 97-100.
 - 35 GAMEZ, 1915-1939, p. 258. La idea de hacer terminar el canal en bahía Salinas se derivaba de las observaciones del naturalista danés Andreas Oersted, quien visitó la zona en la década de 1830. Posteriormente, el estudio topográfico del ingeniero Orville Childs, contratado por la Compañía del Tránsito en 1850, desestimó esa opción, y recomendó la zona de Brito en el Departamento de Rivas como terminal del canal interoceánico.

- 36 “Nota de Protesta del Ministerio de Relaciones del Supremo Poder Ejecutivo de Nicaragua al Ministerio de Relaciones del Gobierno de Costa Rica”, León, setiembre 17 de 1850. *El Correo del Istmo de Nicaragua*, N° 57, León, noviembre 14 de 1850.
- 37 “Respuesta de Calvo a reclamación de Nicaragua sobre camino a San Carlos y colonización de Bagaces”. San José, octubre 8 de 1850. Rep. de C-r. Ministerio de R.E. N° 45. Reproducida en: *El Correo del Istmo de Nicaragua*, N° 57, 8 de octubre de 1850.
- 38 “Sebastian Salinas a Joaquín Bernardo Calvo”, León, 5 de noviembre de 1850. *El Correo del Istmo de Nicaragua*, N° 57, León, noviembre 14 de 1850.
- 39 Idem.
- 40 “Las Evasivas”, *El Correo del Istmo de Nicaragua*, N° 58, León, 21 de noviembre de 1850.
- 41 “Canal”, editorial de *El Correo del Istmo de Nicaragua*, N° 17, León, enero 1° de 1850.
- 42 La respuesta apareció en el N° 64 de *La Gaceta de Costa Rica*, que a su vez fue comentada en *El Correo del Istmo de Nicaragua*, Suplemento al N° 29, León abril 29 de 1850.
- 43 *El Correo del Istmo de Nicaragua*, Suplemento al N° 29, León abril 29 de 1850. El editorialista utiliza la edición de la obra de Vattel publicada en París, en 1824, por José René Masson.
- 44 Idem.
- 45 Idem.
- 46 Idem.
- 47 *El Correo del Istmo de Nicaragua*, N° 44, León, agosto 15 de 1850.
- 48 Citado en *El Correo del Istmo de Nicaragua*, N° 44, León, agosto 15 de 1850.
- 49 Idem.
- 50 Artículo escrito por Luis Cheron en el N° 87 de *La Gaceta de Costa Rica*, comentado por *El Correo del Istmo de Nicaragua*, N° 45, León, Agosto 22 de 1850.
- 51 Citado en *El Correo del Istmo de Nicaragua*, N° 44, León, agosto 15 de 1850.
- 52 Idem.
- 53 Idem.
- 54 Ver: *El Correo del Istmo de Nicaragua*, N° 28, León, abril 18 de 1850, y el Suplemento al N° 29, León, abril 29 de 1850.
- 55 “Remitido de unos Costarricenses al Correo”, *El Correo del Istmo de Nicaragua*, N° 49, León, setiembre 19 de 1850.
- 56 MOLINA, *Memoria*, 1850.
- 57 En *El Correo del Istmo de Nicaragua* N° 52, León, octubre 10 de 1850, se inicia una larga polémica en torno a la *Memoria* de Felipe Molina, que empezó a ser publicada por entregas en el N° 94 de *La Gaceta de Costa Rica*.
- 58 Castellón explicó que, a raíz de la ruptura colonial cada provincia conservó el territorio que le había sido demarcado por la administración española. El reconocimiento del *uti possedetis* de 1810 se plasmó en el Artículo segundo de la Constitución de Costa Rica, promulgada el 21 de enero de 1825, al situar la línea divisoria con Nicaragua en el Río del Salto. El decreto expedido por el Congreso Federal el 9 de diciembre de ese mismo año introdujo el elemento de conflicto; sin embargo, Costa Rica no podía alegar ningún *derecho posesivo ni positivo* en base al mismo, ya que no fue ratificado por las Asambleas Legislativas de los cinco Estados, como mandaba la Constitución Federal. Además, el cuerpo legislativo centroamericano se había disuelto sin modificar el carácter provisional del referido decreto.
- 59 *El Correo del Istmo de Nicaragua*, N° 66, León, Enero 16 de 1851.
- 60 *El Correo del Istmo de Nicaragua*, N° 77, León, abril 3 de 1851.

- 61 El conocimiento de los textos clásicos eran un requisito de todo hombre culto en la Nicaragua del Siglo XIX. El texto de Julio César es citado ampliamente en un editorial titulado "Agricultura", publicado en el periódico leonés *El Nacional*, N° 27, 11 de diciembre de 1858.
- 62 *El Correo del Istmo de Nicaragua*, N° 77, abril 3 de 1851.
- 63 Como vimos en el capítulo I, *El Correo del Istmo de Nicaragua* hacía frecuentes exhortaciones a los nicaragüenses sobre la necesidad de sobreponerse a su natural pereza. Sin embargo, cuando el mismo señalamiento proviene de un "extranjero" como Molina, el editorialista reacciona con indignación.
- 64 Idem.
- 65 El temblor habría ocurrido el 18 de marzo de 1851, a las 8 de la mañana. Ver: "A Ultima Hora", *El Correo del Istmo de Nicaragua*, N° 77, abril 3 de 1851.
- 66 CHAMORRO, Fruto, "Acuerdo Gubernativo", Managua, noviembre 28 de 1853. Reproducido en: PÉREZ, 1975, pag. 345-347.
- 67 GAMEZ, José Dolores, *Historia Moderna de Nicaragua*, 1975, p. 700.
- 68 "Protocolo de Conferencias sobre límites entre los Plenipotenciarios de Costa Rica y Nicaragua", 10 de enero de 1854; (Firmas) Joaquín Bernardo Calvo.- Manuel J. Carazo.- Dionisio Chamorro. Reproducido en: ESGUEVA, Antonio, *Compendio de documentos sobre la cuestión limítrofe entre Nicaragua y Costa Rica*, Nicaragua: Instituto de Historia de Nicaragua y Centroamérica, 1999. (En prensa).
- 69 En el "Memorándum de Nicaragua del 8 de Febrero de 1854, mencionado en el Protocolo de la conferencia del 17 de Febrero", reproducido en la misma obra, se detallan las siguientes sumas involucradas en la negociación del Partido de Nicoya: "*En compensación de todas estas cesiones que Nicaragua hace a Costa Rica de terrenos que le pertenecen de derecho, y muchos de ellos también de hecho, exige trescientos mil pesos fuertes, entregaderos la mitad al hacerse el canje de los Tratados ratificados y la otra mitad en diez años por partes iguales, quedando además cancelada la suma de quince mil pesos que aquel Gobierno debe a éste, y son diez mil que en el año de cuarenta y cinco prestó este Gobierno al señor Licdo. don Juan José Zavala como Comisionado de Nicaragua y cinco mil pesos, valor de los elementos de guerra que en el año de cincuenta y uno facilitó el mismo Gobierno a Nicaragua por medio de su Comisionado don Pedro Joaquín Chamorro.*" Ver: "Protocolo de la conferencia del día 7 de Febrero de 1854", en ESGUEVA, 1999.
- 70 CHAMORRO, Dionisio, "Protesta del Señor Ministro Plenipotenciario de Nicaragua, ante el fracaso de las conferencias sobre los límites con Costa Rica", San José, 22 de Febrero de 1854. En: ESGUEVA, 1999. Ver también: "Nota de Dionisio Chamorro al gobierno de Costa Rica", 22 de febrero de 1854. Reproducida parcialmente en: SIBAJA y ZELAYA (1985), p. 115.
- 71 Los opositores al gobierno de Chamorro también se mostraron dispuestos a ceder el Partido de Nicoya a Costa Rica, a cambio de su neutralidad en la guerra civil que se avecinaba. Ver: CHAMORRO ZELAYA, 1949, p. 179; y ALVAREZ, 1942, p. 41.
- 72 "El 12 de Junio", *Gaceta de Nicaragua*, Tomo II, N° 20, Managua, junio 12 de 1858. Ver también: GAMEZ, 1889, p. 693.
- 73 WOODBRIDGE, Paul, *Los contratos Webster Mora y las implicaciones sobre Costa Rica y Nicaragua*, San José, Editorial Costa Rica, 1967, p. 71. Los generales legitimistas que firmaron dicha solicitud fueron: Fernando Guzmán, Fulgencio Vega, J. Miguel Bolaños, Agustín Avilés, Narciso Espinosa y Agustín Alfaro.
- 74 *Revista de los Archivos Nacionales de Costa Rica*, Año I, N° 11 y N° 12, correspondientes a septiembre y octubre de 1937, p. 533; y en: SALVATIERRA, Sofonías, *Máximo Jerez Inmortal. Comentario polémico*. Nicaragua: Tipografía Progreso, 1950. pp. 264-265.

- 75 La sustitución del nombre del Departamento de Guanacaste por el de “Moracia” se había efectuado el 25 de abril de 1854, en honor del Presidente Juan Rafael Mora. Asimismo, la ciudad de Guanacaste, cabecera del Departamento, recibió el nombre de “Liberia”. El texto del Tratado Cañas-Juárez se halla reproducido en: SIBAJA y ZELAYA, 1985, pp. 160-162.
- 76 SIBAJA y ZELAYA, 1985, pp. 117-118.
- 77 El informe fue presentado a la Asamblea Constituyente el 23 de noviembre de 1857, pero publicado en el periódico oficial hasta el mes de enero de 1858. *Gaceta de Nicaragua*, Tomo II, No 2, Managua, enero de 1858. (día ilegible).
- 78 Idem.
- 79 “Decreto”. Managua, 25 noviembre 1857, (f) Pedro Zeledon. J. Miguel Cárdenas, Francisco Jiménez. En: *Gaceta de Nicaragua*, Tomo II, N° 2, Managua, enero 1858.
- 80 “Discurso pronunciado por el Sr. Coronel don Pedro Rómulo Negrete”, Managua, 13 de enero de 1858, en: *Gaceta de Nicaragua*, Tomo II, N° 3, Managua, 30 de enero de 1858.
- 81 *Gaceta de Nicaragua*, Tomo II, N° 3, Managua, enero 30 de 1858.
- 82 La prioridad de la ruta interoceánica para el gobierno de Nicaragua es evidente en las diversas negociaciones que precedieron este tratado de límites. Ver: CHAMORRO ZELAYA, 1949, pp. 192, 194 y 196. Ver también: SIBAJA, Luis Fernando, *Nuestro límite con Nicaragua*, San José, C.R., 1974, pp. 188 y 190.
- 83 “Paz entre Nicaragua y Costa Rica”, *Gaceta de Nicaragua*, Tomo II, N° 14, Managua, mayo 1° de 1858.
- 84 El Tratado de Límites fue concluido el 15 de marzo en San José, entre los generales José María Cañas y Máximo Jerez, Ministros Plenipotenciarios de Costa Rica y Nicaragua, respectivamente, y contando con la mediación de Pedro R. Negrete, Ministro Plenipotenciario de El Salvador. El 26 de abril los Presidentes Tomás Martínez y Juan Rafael Mora, acompañados de sus Ministros Gregorio Juárez y Nazario Toledo, suscribieron el Acta de Canje de la ratificación del Tratado. Ver: *Gaceta de Nicaragua*, Tomo II, N° 15, Managua, mayo 8 1858.
- 85 “Convención Interoceánica, celebrada entre los gobiernos de los Estados soberanos de Nicaragua y Costa-rica, y los señores Félix Belly, P. M. Millaud y Compañía, de Paris, relativa á la concesión de un canal marítimo interoceánico por el río San Juan y Lago de Nicaragua. Dado en Rivas el día 1° de mayo de 1858, aniversario de la capitulación de Walker.” La Declaratoria de Mora y Martínez, que acompañó la firma del tratado canalero, provocó la ira del gobierno norteamericano, pues se le acusaba explícitamente de complicidad con los filibusteros. Ambos documentos se hallan publicados en: *El Nacional*, Tomo I, N° 21, León, octubre 30 de 1858.
- 86 *Gaceta de Nicaragua*, Tomo II, N° 24, Managua, julio 10 de 1858.
- 87 *El Nacional*, Tomo I, N° 21, del 30 de octubre de 1858.
- 88 Resumen del artículo publicado en el periódico “*Estrella de Panamá*”, N° 72, comentado en un editorial de *El Nacional*, Tomo I, N° 21, del 30 de octubre de 1858.
- 89 Idem.
- 90 *El Nacional*, Tomo I, N° 21, 30 de octubre de 1858.
- 91 Idem.
- 92 A fin de salir del aprieto diplomático ocasionado por el Manifiesto del 1° de mayo, el gobierno de Nicaragua declaró que Martínez lo había suscrito en su calidad personal, pues antes de partir hacia Rivas para reunirse con Mora había depositado el poder en la Asamblea Legislativa del Estado.
- 93 *El Nacional*, Tomo I, N° 22, León, 6 de noviembre de 1858.

- 94 “Decreto”, San José, 22 de septiembre de 1858, (f) Rafael G. Escalante, Pdte., Jesús Jimenes Scio., Manuel Castro Scio. El decreto fue ratificado por el Presidente Mora el día 23 de septiembre. *El Nacional*, Tomo 1, N° 22, noviembre 6 de 1858.
- 95 *El Nacional*, N° 3, León, 26 de junio de 1858.

Parte IV. En busca de la nación cosmopolita

Capítulo 8

¿Estado, República o Patria Grande?

Los dilemas de la nación

“Nuestra raza i nuestro nombre van corriendo el último de los peligros”, advertía el presidente Tomás Martínez, en abril de 1858.¹ En Estados Unidos, William Walker se movilizaba libremente, mientras reagrupaba fuerzas para una nueva invasión filibustera. Era preciso abjurar del localismo para oponer un dique al torrente de aventureros que amenazaba desbordarse sobre Centroamérica. Este dique, sostenía Martínez, era la unión centroamericana, opción acorde con el espíritu progresista del siglo, pues: “ (...) el principio que une las individualidades, es el principio que crea las grandes naciones, i el que preside el progreso i la civilización de la humanidad.”²

Consecuente con su discurso, Martínez ofreció resignar a su cargo, y depositar su autoridad en el presidente que decidieran elegir todos los centroamericanos para gobernar la Unión. No cabía perder más tiempo en discusiones sobre sutilezas y formalidades jurídicas. Parodiando al bardo inglés, Martínez exhortó a los vecinos: “Ser o no ser es la cuestión del día, dejemos para más tarde la manera de ser”.³

Sin embargo las respuestas de los gobiernos del istmo no fueron uniformes. El ministro guatemalteco exigió conocer la agenda y llegar a un consenso sobre los puntos a tratar antes de celebrar la reunión de presidentes, bajo el siguiente argumento: “Se considera

indispensable este acuerdo previo sobre el modo de hacer practicable el establecimiento de un Gobierno que represente la Unión; a fin de no exponer a los Presidentes a la desconsideracion si por desgracia la conferencia no produjese resultado, como mui bien podría suceder.”⁴

Una vez más, la discrepancia en torno a los términos y condiciones de un nuevo pacto centroamericano, representaba un obstáculo insalvable para cristalizar el ideal unionista. La discusión, en muchos casos, no estaba referida a cuestiones de principios organizativos. En este período de transición de la Colonia a la República, las lealtades y valores en conflicto enredaban las discusiones ideológicas y confundían las divisas partidarias.

Un ejemplo claro lo encontramos en las disputas originadas en torno al modelo confederal adoptado en la Dieta de Chinandega, en 1842. Pese a las frecuentes exhortaciones en favor de la unión centroamericana publicadas en el periódico granadino *El Ojo del Pueblo*, su editor, el intelectual liberal José Benito Rosales, criticó la lasitud de los compromisos asumidos en ese “mal llamado pacto de unión”, pues permitía a cada Estado conservar su soberanía interna.

El editor opinaba que la Asamblea General debía estar integrada por representantes de los distintos pueblos de la región, es decir, de las municipalidades, y no por delegados de cada gobierno, pues: “los intereses de los primeros están las mas de las veces en diametral oposición con los de los segundos”.⁵

Tal posición centralista, reivindicada, en este caso, por un reconocido liberal, obviamente respondía a un imaginario político tradicional. La nación centroamericana era entendida como un cuerpo integrado por distintos “pueblos”, representados por sus cabildos. En tanto depositarios de la soberanía popular, correspondía a éstos elegir a los miembros del órgano legislativo regional.

Al mismo tiempo, esta lógica aparece vinculada al cuestionamiento de la legitimidad de los gobiernos estatales que, a juicio del editor de *El Ojo del Pueblo*, tan sólo respondían a los intereses de pequeños grupos oligárquicos. Por tanto, constituían el principal obstáculo para reconstruir una verdadera república centroamericana:

“Menos temor que vergüenza causa indicarlos. Son únicamente los que oponen las demagogias ó los demagogos locales: los que provienen de la ambición ciega y desenfrenada de unos pocos, que siempre quieren gobernar á los pueblos como haciendas de ganado

de su patrimonio; y que temiendo en la reorganización la pérdida de sus empleos, tratan de conservarlos sobre la ruina y escombros de la patria...”⁶

José León Sandoval, granadino conservador, compartía con Rosales el desprecio por el círculo político que, desde León, controlaba el incipiente aparato estatal. No obstante, su posición con respecto al modelo federal centralista, que Rosales defendía desde las páginas de *El Ojo del Pueblo*, era muy distinta. Al asumir la dirección del Estado en 1845, Sandoval se distinguió como un ferviente defensor de la soberanía plena de Nicaragua. Su discurso en conmemoración de la fecha de la ruptura federal es muy elocuente:

“Hasta hoi van transcurridos siete años desde nuestra emancipacion política de la estinguida Federación Centro-americana: día grande: día memorable en que se proclamó la independenciam de Nicaragua, reconquistando su soberanía y haciéndola aparecer en todo su brillo y esplendor. Un acontecimiento de esta naturaleza, no pudo menos que ser recibido con entusiasmo por un pueblo que veía cifrada en él su ventura social, haciéndose dueño absoluto de sus derechos sagrados, y de un poder inmenso para labrar su felicidad y engrandecimiento”⁷

Luego de la expulsión de los hermanos Malespín, El Salvador se convirtió en el principal adalid de la reorganización federal, y convocó a los demás países centroamericanos a asistir a la Dieta de Sonsonate. Esta vez, los delegados de Nicaragua se negaron a concurrir, pues alegaban que sus vidas peligraban en ese país, convertido en la “mansión de los Coquimbos y de todos los forajidos de la facción de [Chelón] Valle.”⁸

Sin embargo, el fervor unionista pronto resurgió en Nicaragua a raíz de la ocupación militar de San Juan del Norte por las fuerzas navales británicas, a inicios de 1848. El director supremo Norberto Ramírez dirigió un dramático discurso a los gobernantes vecinos: “A los Estados contiguos espera la misma suerte que á Nicaragua, i si el primer eslabón de la cadena de la esclavitud lo atara, no sería el último el que oprimiera á Honduras i al Salvador; por el contrario, si Nicaragua fuese feliz, lo serían también sus hermanos y vecinos; pero por desgracia, obcecados por una fatalidad, ni vemos ni oímos las cadenas que suenan a nuestras puertas”⁹

Las iniciativas de Ramírez fructificaron el 8 de noviembre de 1849, con la suscripción de un nuevo convenio confederativo entre los tres Estados del Centro. Este contemplaba la creación de un gobierno común, denominado Representación Nacional de Centroamérica, que se encargaría de llevar las relaciones exteriores y asegurar la integridad territorial de los Estados. El interés inmediato de Nicaragua en el pacto unionista se revela en su Artículo 13: “Los estados contratantes desconocen la que se ha querido llamar Monarquía Mosquitia y los pretendidos derechos de ésta que sobre el puerto de San Juan y territorios adyacentes, pretende hacer valer el gobierno de la Gran Bretaña y reconocen la soberanía de Centro-América sobre toda la extensión del territorio que antes de la independencia comprendía la Capitanía General de Guatemala.”¹⁰

Sin embargo, Costa Rica y Guatemala se negaron a participar en la iniciativa unionista. El periódico oficial de la antigua capital del istmo explicó los motivos: “Nicaragua ha mandado legaciones á Europa, ha hecho contratas de canalización, comprometiendo su territorio, ha entrado en pactos y convenios particulares con los Estados Unidos, para todo esto no ha contado con los demás Estados de Centro América, al menos con Guatemala y Costa-rica. En tal caso, bajo que principio de razón y de justicia se pretende, que estas repúblicas tomen parte en sus asuntos y salgan á su vez á defender y sostener las consecuencias de sus actos y de su propia y particular conducta?”¹¹

Ante la falta de solidaridad de Guatemala y Costa Rica, explicable por su estrecha relación económica y política con Gran Bretaña, los promotores de la iniciativa unionista intentaron ganarse el apoyo norteamericano al incorporar los principios de la Doctrina Monroe en los artículos del convenio: “Los mismos Estados reconocen la necesidad de sostener, en unión de los Gobiernos continentales y del de los Estados Unidos de Norte-América, la independencia absoluta de todo influjo extraño, en los negocios políticos de los habitantes del nuevo Mundo.”¹²

Sin embargo, Estados Unidos - en vísperas de reconciliarse con su antigua metrópoli - se negó a pronunciarse en favor del gobierno confederal. Luego de muchos contratiempos, el pacto unionista se materializó en la Representación Nacional de Centroamérica, instalada en Chinandega, el 9 de enero de 1851.

El Correo del Istmo publicó un optimista editorial, en el que destacó una serie de condiciones que, en ese momento, favorecían la

consolidación del nuevo intento unionista: las perspectivas concretas de progreso y prosperidad en Nicaragua resultantes de la apertura de la ruta del tránsito; la convicción de que el auge comercial debía ir acompañado de un fortalecimiento institucional; y la persuasión “casi común” entre los Estados del istmo de que su aislamiento favorecía la agresión externa.¹³

Sin embargo, un año más tarde, predominaba el escepticismo con respecto al futuro de la confederación, aún en Nicaragua. El nuevo director supremo, Laureano Pineda, se vio en la necesidad de solicitar la autorización a la Asamblea Legislativa para tomar “medidas coactivas” a fin de obligar a los diputados electos a concurrir a la reunión del congreso general constituyente, próxima a celebrarse en Tegucigalpa. Asimismo, rogó a sus compatriotas conceder al proyecto unionista una última oportunidad:

“No faltará a quien parezca esto una quimera; pero esto sólo pueden demostrarlo los resultados: se han hecho tentativas varias, se han sacrificado sumas inmensas y sacrificado sin fruto: ¿por qué no hemos de hacer este último esfuerzo cuando todos los elementos están reunidos? Ahí encontrará aliento el patriotismo, o verá su sepulcro: sabremos si aún nos cubrirá la sombra grande del pabellón nacional, o si tendremos que renunciar á esta idea sublime para ser presa en detal de atrevidos conquistadores, sin otro derecho que el de nuestra debilidad, fruto de nuestras disensiones domésticas.”¹⁴

El golpe de gracia a esta iniciativa sobrevino en octubre de 1852. El presidente de Honduras, el “coquimbo” Trinidad Cabañas, insistió en sustituir el nombre de Representación Nacional por el de República de Centroamérica. Este cambio no obedecía a un simple capricho semántico: implicaba revestir al gobierno nacional de la suficiente potestad para intervenir militarmente en cualquiera de los tres Estados, en caso de conflictos internos. Los gobiernos de Nicaragua y El Salvador se retiraron del pacto.¹⁵

El imaginario centroamericanista

Al margen del fracaso de los pactos unionistas suscritos en las dos décadas posteriores a la ruptura de la Federación, resulta interesante analizar las contribuciones de algunos nicaragüenses al

proceso de elaboración del imaginario de la nación centroamericana, en este período.

De acuerdo al intelectual granadino Pedro Francisco de la Rocha, la proclama de 1821 abrió las puertas para que Centroamérica se constituyera en “cuerpo de nación”. Sin embargo, el acta fundadora de la nueva comunidad política, la Constitución Federal, demostró ser muy frágil, pues había sido “(...) trazada como un modelo, propio para adornar un gabinete”, y no como una máquina robusta para contrarrestar las “fuerzas y resistencias” de los poderes ejecutivos de los Estados:

“En lugar de una serie de círculos concéntricos, comprendidos todos en la grande esfera de nuestra Nacionalidad, quedó rodeado el poder llamado nacional de una zona de soberanías excéntricas tocándose solamente en unos pocos puntos y prontas a lanzarse en la tangente de la extensa órbita de nuestra Nacionalidad”.¹⁶

La “localización de soberanías” condujo a la ruptura de los “vínculos de sociabilidad”; sin embargo, las fuerzas centrípetas favorables a la reorganización de la nacionalidad centroamericana lograron sobrevivir.¹⁷ A fin de explicar este fenómeno, el intelectual granadino recurrió al concepto de nación difundido por el romanticismo alemán.

Como sabemos esta corriente de pensamiento surgió en los países europeos ocupados por Napoleón Bonaparte entre 1808 y 1815, en respuesta a la imposición de la cultura política de la Francia revolucionaria. El movimiento romántico inspiró la resistencia contra los ejércitos napoleónicos, pues convocaba a la defensa del “espíritu nacional”, entendido como síntesis de la historia, las tradiciones y la cultura propia de cada pueblo.

El romanticismo cobró gran influencia en la época de la Restauración, e incluso impregnó el ideario de las principales figuras del régimen burgués censitario presidido por Luis Felipe en Francia, entre 1830 y 1848. Entre éstos se hallaban los historiadores Guizot y Thiers, a quienes De la Rocha cita profusamente en su *Revista Política sobre la Historia de la Revolución de Nicaragua*.¹⁸

Bajo la influencia de estos autores, De la Rocha analizó las causas de la pervivencia del sentimiento unionista, aún después de la desaparición de las instituciones políticas federales. Concluyó que el verdadero elemento constitutivo de una nación no podía derivarse

de “(...) la identidad de Gobierno y de porvenir, sino de la similitud de elementos sociales”.¹⁹ En consecuencia, visualizaba a los centro-americanos como una nación en un sentido moral, cultural e histórico, tal como se refleja en la siguiente cita:

“Preciso es convenir pues, que hay entrañado en el seno de nuestra República un principio moral y eterno de Nacionalidad, imposible de sofocarlo, de eliminarlo, si es permitido expresarse así, porque está inoculado en nuestras costumbres, y afianzado por la comunidad de intereses, de Religión, de hábitos, de idioma, de civilización en fin; con un mismo territorio que nos enlaza con vínculos estrechos de fraternidad; y arraigado sobre todo hasta en los recuerdos de tres siglos de una común servidumbre.”²⁰

Ahora bien, argumentaba De la Rocha, si Centroamérica constituía una nación por razones morales, culturales e históricas, era preciso dotarla de nuevas instituciones políticas que asegurasen el equilibrio y la armonía de los intereses particulares de cada Estado, dentro del cuerpo federal. Esto podría lograrse dictando leyes basadas en “el principio natural, sencillo, permanente, de la utilidad propia”.²¹ Para el autor de la *Revista Política*, este esfuerzo jurídico constituía “la necesidad más imperiosa de la época”; representaba no sólo el “áncora de salvación” frente a la anarquía, sino también la garantía de viabilidad frente a la amenaza de la “soberbia Albión”.²²

Unos años más tarde, el editorialista del periódico *El Correo del Istmo de Nicaragua* hizo no pocos aportes al imaginario centro-americanista. Proclamaba que los lazos entre los pueblos del istmo eran indisolubles, pues descendían de una misma familia y por sus venas corría la sangre ilustre de los godos.

Asimismo, compartían un credo religioso, una historia común de lucha contra los ingleses, y un glorioso Panteón de Héroes en el que, a la par de las cimeras figuras de la Reconquista española, resplandecía la heroína centroamericana Rafaela Herrera: la joven hija del comandante español del fuerte de El Castillo que en 1780 había puesto en vergonzosa fuga a una expedición invasora inglesa, compuesta de dos mil hombres y más de cincuenta embarcaciones.²³

Pese a su ardiente unionismo, el editor de *El Correo del Istmo de Nicaragua* no ignoraba los grandes obstáculos que enfrentaba este proyecto. A la altura de 1849, observó, los Estados se habían habituado a gobernarse por sí mismos. Ninguno de ellos sobresalía

en prosperidad o fuerza lo bastante como para atraer a los demás a su alrededor. La distancia entre las capitales centroamericanas, así como las dificultades de comunicación entre ellas, representaban una seria desventaja para asegurar una administración central efectiva. A ello se sumaba el hecho de que cada Estado contaba con puertos adecuados para desarrollar su comercio exterior de manera independiente.

Tampoco se escapó a la atención del editor, como un factor adicional de distanciamiento entre los Estados centroamericanos, la diversidad en la composición étnica de sus respectivas poblaciones. A estos elementos estructurales, agregó la influencia separatista de agentes foráneos, como el cónsul inglés Frederick Chatfield. No obstante, confiaba en que la apertura del canal interoceánico convertiría a Nicaragua en un polo de atracción para los demás Estados centroamericanos. Tarde o temprano, aseguró, “de un modo, ó de otro, bien sea después de grandes tempestades, ó después de grandes calmas, se unirán los Estados formando un solo cuerpo”.²⁴ Este era, en fin, el destino ineludible de Centroamérica.

En 1858, desde las páginas de su periódico *El Nacional*, Gregorio Juárez también impulsó el ideal unionista, pero mediante un discurso netamente político y racional.²⁵ El intelectual leonés empezó por analizar el concepto vulgar de nación: un conjunto de hombres que por lo regular hablan un mismo idioma, tienen costumbres públicas similares, y se hallan sujetos a leyes comunes dentro de un territorio delimitado. Sin embargo, observó, tal definición no permitía dilucidar si los Estados del istmo constituían “cada uno una nación, ó cinco naciones”. Concluyó, pues, que la raza y el idioma no eran factores determinantes de la nacionalidad: su verdadero elemento constitutivo era la voluntad ciudadana.

En efecto, señaló Juárez, el surgimiento de una nación exigía tres condiciones imprescindibles: convergencia ideológica, comunidad de intereses y, más importante aún, la existencia de un proyecto que brindara cohesión a los esfuerzos de la colectividad: “Se construye una nacionalidad cuando en una numerosa segregación de hombres existen ciertas tendencias generales en las ideas; con intereses materiales y morales casi idénticas; y sobre todo con un objeto de actividad común.”²⁶

En 1858, opinaba Juárez, no era difícil encontrar en cada uno de los cinco Estados de Centroamérica los tres caracteres constitutivos de sus respectivas nacionalidades. Estos se manifestaban en la

inclinación de cada Estado a fortalecer su independencia, rechazar la intervención de otros en sus asuntos internos, procurar su propio enriquecimiento aún a costa de los vecinos, y el empeño por establecer relaciones diplomáticas bilaterales con el mayor número de naciones industrializadas.

El objeto común de los desvelos de los ciudadanos de cada Estado era, en suma, “el engrandecimiento nacional” en todos sus aspectos, meta colectiva por la que se mostraban dispuestos a “absorver” a los vecinos; en otras palabras, a arrebatárles su territorio. Considerando el arraigo del espíritu autonomista, Juárez se preguntaba: “¿Sería posible dirigir las tendencias generales de las ideas, crear intereses materiales y morales y llamar la atención de todos estos Estados ó nacioncillas hacia un objeto de actividad común?”²⁷

En el siguiente número de *El Nacional*, Juárez centró sus reflexiones en valorar la trascendencia real de las fervorosas exhortaciones unionistas provocadas por la inminente amenaza del expansionismo norteamericano.²⁸ A pesar de su vehemencia, opinó, ese “grito de nacionalidad” no era más que un deseo, y: “(...) cuando se trata de convertir el deseo en idea y la idea en sustancia, entonces encontramos que en realidad no existen las generales tendencias que en las ideas se requiere para la nacionalidad de Centro América”.²⁹

El pesimismo del exministro de Relaciones Exteriores con respecto al futuro del proyecto unionista era, sin duda, compartido por muchos legisladores nicaragüenses. El 19 de agosto de 1858, la Asamblea Constituyente promulgó una nueva carta magna, en la que se proclamó a Nicaragua una República soberana, libre e independiente.³⁰ Quedó, pues, abolida la Constitución de 1838, cuyo artículo primero definía a la comunidad política como un Estado que “pertenece por medio de un pacto, a la Federación de Centro-América”. A pesar de todo, persistió el ideal unionista aunque, no por casualidad, fue relegado al último de los artículos de la nueva Constitución Política.³¹

Fundación de la República

El año de 1858, la celebración de las Fiestas Patrias cobró singular relieve. Managua, designada capital del Estado, despertó con salvas de artillería mayor, música marcial y repiques de campanas en todas las iglesias. La ciudad entera había sido engalanada

con gallardetes de colores. Desde la cima del palacio gubernamental ondeaba, majestuoso, el Pabellón Nacional. En un acto solemne, el presidente general Tomás Martínez, prestó juramento a la nueva Constitución que elevaba a Nicaragua al rango de nación.³²

En su discurso central, el Presidente procuró disipar los temores que pudiera inspirar el recuerdo de las guerras civiles e invasiones foráneas vividas en las últimas décadas. Aseguró que era preciso echar un velo a los infortunios pasados, pues éstos no volverían jamás a atribular a los nicaragüenses. Podrían los historiadores ocuparse de ellos para ilustrar el porvenir, pero nunca utilizarlos como argumentos para acusar de imprudentes a los Padres de la Patria que habían proclamado su plena soberanía. El Presidente sentenció:

“El Pueblo que marcha bajo la dependencia de otro, es semejante al esclavo sujeto á la voluntad de su señor, ó al hijo de familia que no ha salido de la patria potestad. En uno ó en otro caso no es dueño de sus actos, no puede disponer de sus recursos ni de sus talentos naturales. No así el pueblo que se ha elevado al rango de Nación, rompiendo las cadenas de su dependencia: éste ha logrado una ventaja suprema, la de ser una persona moral”.³³

León no se quedó atrás en cuanto a la magnificencia de los festejos. En la víspera, toda la ciudad apareció iluminada como por encanto, descollando en ella el nuevo palacio municipal y la catedral. Después de un repique general, un selecto coro entonó un himno tradicional a la independencia desde el último piso del cuartel nacional. El día catorce, los edificios públicos amanecieron engalanados. Un desfile militar, precedido por un soldado que enarbolaba el Pabellón Nacional, recorrió las calles.

Al atardecer, después de las oraciones, se levantó el telón de un teatro al aire libre, dispuesto en la plaza mayor por el subdelegado don Juan Eligio de la Rocha. La compañía dramática del Sr. Tiburcio Estrada representó una conmovedora tragedia titulada “La viuda de Padilla”, personaje modelo de virtud y patriotismo que arrancó vivas lágrimas de emoción a la concurrencia. La siguiente noche, se presentó un drama de inspiración bíblica titulado “Abel en el Paraíso Terrenal”, en obvia alusión a la guerra fratricida de 1854 que abriera las puertas a la ocupación filibustera. Los festejos del día quince culminaron con un vistoso desfile cívico, encabezado por una berlina que conducía a tres niñas, vestidas con alegóricos trajes:

“Una, la America, representada por Chepita Salinas, venia vestida i coronada de plumas de avestruz, de colores con gregüescos i coturnos de seda, i sandalias de oro. Llevaba en la izquierda un arco i una saeta dorados, en la derecha un trono de palmera i cruzado en la espalda, un carcax bien preparado y provisto. La otra, la Europa, por María Costigliolo vestida á la española, adornada de oro esquisitamente trabajado, túnico blanco de seda, gregüescos también de lo mismo, peinado á la francesa, i llevando el Pabellón Nacional, igualmente de seda, en señal de amistad i mutua alianza. La última, Margarita Juares, representaba la República de Centro-America, vestida de algodón, túnico talar sembrado de oro macizo, adornado con espigas también de oro i llevando en las manos la Constitución con cubiertas de plata”.³⁴

Ante las seis mil personas que colmaban la plaza mayor, las autoridades civiles y militares prestaron solemne juramento a la Constitución Política. Luego, se dio paso a la alegría popular. En medio de millares de aplausos, se elevó un globo aerostático de ciento ocho pies de circunferencia, llevando una barquilla de la que se desprendió la figura de un “aereonauta”, provisto de paracaídas.

Entre los juegos infantiles, bailes y canciones, salvas y repiques, quizás nadie echó de menos a la gran ausente en la berlina: una figura alegórica que representase a la naciente República de Nicaragua.

Esta ausencia no puede interpretarse como un simple olvido. Como sabemos, un elemento importante dentro del proceso de construcción de las naciones, es su personificación en símbolos o imágenes a través de los cuales los individuos pueden identificarse como miembros de una colectividad. Este no era un problema que podía resolver un artista o una modista ingeniosa. La dificultad, sin duda, estribaba en la construcción conceptual de una imagen del pueblo nicaragüense.

El discurso pronunciado por el doctor Hermenegildo Zepe-
da, diputado presidente de la asamblea constituyente, confirma esta sospecha. Zepeda confesó el profundo temor e incertidumbre que había embargado a los diputados, ante la grave responsabilidad de redactar una ley fundamental acorde al carácter del pueblo nicaragüense. Los Padres de la Patria se interrogaban:

“¿Debíamos ir a buscar los elementos de nuestra Constitución a la Metrópoli a donde pertenecemos como colonos? (...) ¿Anudaremos nuestra legislación con nuestra sociedad aborigen? Las asociaciones a que podíamos pertenecer han desaparecido, o más bien nosotros no reconocemos origen ninguno porque somos una mezcla heterogénea de raza indígena, africana y europea, y no tenemos con exactitud un punto fijo de partida (...) El tiempo será el único juez de nuestros errores o de nuestros aciertos.”³⁵

El peso de la identidad atribuida

La preocupación en torno al carácter del pueblo nicaragüense, su identidad como se dice hoy día, está presente en muchos artículos y cartas de opinión publicados en los dos principales periódicos del año 1858: la *Gaceta de Nicaragua*, cuyos editores eran Rosalío Cortés, Jerónimo Pérez y Manuel García, y *El Nacional*, dirigido por Gregorio Juárez.

Al analizar estas fuentes encontramos, con cierta sorpresa, que la Guerra Nacional Anti-filibustera no se tradujo en una afirmación positiva de la imagen del nicaragüense como conjunto social. Por el contrario, en las reflexiones sobre esa amarga experiencia, se descubre el peso de la imagen atribuida a los pueblos de los trópicos por el pensamiento antropológico ilustrado, e incluso la influencia de la tesis sobre la superioridad de la raza anglosajona, esgrimida por los propagandistas del Destino Manifiesto.

En general, en el accidentado proceso de construcción de los Estados hispanoamericanos, las élites intelectuales criollas terminaron haciendo suyas las tesis de los enciclopedistas sobre la inferioridad del hombre americano y la degeneración del hombre blanco en los trópicos. Rechazadas con orgullosa vehemencia en la euforia de la emancipación colonial, estas ideas empezaron a cobrar fuerza profética en el contexto de la anarquía y el fragor de las guerras civiles post independentistas.

Naturalmente, las élites tendían a trasladar tales estereotipos a los sectores subalternos, y reservaban para sí el rol de diseminadores de la civilización europea. Sin embargo, luego de tres décadas de anarquía, empezaban también a dudar de su propia capacidad para instituir gobiernos estables, deficiencia que atribuyeron a la herencia cultural española e, incluso, a la sangre de sus ancestros.³⁶

La influencia del marco cultural ilustrado y del sentimiento de inferioridad del mundo hispano frente al anglosajón se observa claramente en la Nicaragua de 1858. A pesar de las expresiones peyorativas sobre los filibusteros y de algunas críticas a la política exterior del presidente Buchanan, la visión de la potencia del norte como expresión del ideal del progreso se conservó incólume aún después de la Guerra Nacional.³⁷

Ante los ojos de la élite se presentaba una grave paradoja: preservar la independencia exigía una urgente y total metamorfosis del pueblo nicaragüense a imagen y semejanza de los norteamericanos. Estas ideas aparecen en una serie de editoriales publicados en el periódico oficial *Gaceta de Nicaragua*. El tema se introdujo interrogando a la opinión pública sobre las condiciones necesarias para reconstruir Nicaragua. Paz, un buen sistema de leyes, instrucción e ilustración de las masas, buena administración pública, eran algunos de los requisitos señalados por los ciudadanos consultados. El editor aplaudía los razonamientos anteriores, pero aclaraba:

“(...) creemos que Nicaragua necesita de otra cosa más que todo esto junto para su progreso futuro: necesita que sus hijos cambien de carácter, de costumbres, de vida: que sufra, en una palabra, una completa metamorfosis; (debemos) convencernos que nuestros antecedentes están en deametal [sic] oposición con ese movimiento progresivo, con esa corriente luminosa del siglo que lo arrastra todo tras sí, para darle nueva vida i bellas formas.”³⁸

No encontramos, pues, una reacción defensiva frente al mundo anglosajón, traducida en la construcción de una autoimagen a partir de valores hispanoamericanos.³⁹ Por el contrario, en opinión del editorialista, la experiencia de la guerra exigía, de manera urgente, erradicar las costumbres y forma de vida moldeadas en el largo pasado colonial.

En el siguiente número, la *Gaceta* insistió sobre otra tarea imperativa para los nicaragüenses: la superación de los vicios propios de su carácter. Siguiendo una lógica basada en las conocidas premisas del pensamiento antropológico ilustrado, el editorialista aseguraba que el más grave de éstos era la pereza. Bastaba ver la multitud de vagabundos, sin arte ni profesión, deambulando por las calles, plazas i veredas, o “divirtiendo la pobreza” en billares, lote-

rías y otros juegos de azar. Contrastando la indolencia de los nicaragüenses con la diligencia de los norteamericanos, el editorialista se lamentaba:

“¡Cuantos males tiene que probar un país donde sus hijos son indolentes, perezosos i fríos! y ¡cuantos bienes que gozar, si por el contrario, son activos laboriosos i diligentes! Nicaragua i los Estados Unidos de la América del norte están dando testimonio de esta verdad, aquel por la indolencia de sus hijos camina á su propia ruina, i estos al apogeo de su engrandecimiento por la laboriosidad de los suyos: pecando por los extremos al nicaragüense la muerte le sorprende en la molicie, al norte-americano venciendo los mayores peligros: el uno sucumbe dejando á su patria envuelta en la oscuridad, el otro brillante como la estrella de su propio nombre. La decadencia i engrandecimiento de uno i otro pueblo se ve consistir en la ociosidad i en el trabajo, como consecuencias indispensables.”⁴⁰

Reflexiones de un patriota

Pese a su admiración por el mundo anglosajón, los intelectuales y gobernantes nicaragüenses no podían desprenderse del temor a ser desplazados del poder y sojuzgados por los norteamericanos, tan laboriosos y diligentes como implacables en su empeño por dominar el planeta, bajo el argumento de difundir los “beneficios” de su civilización.⁴¹

Además, habían sentido en carne propia las consecuencias del racismo, profundamente arraigado en la ideología del Destino Manifiesto. La actitud discriminatoria no era exclusiva de esclavistas sureños como William Walker, sino que agredía la dignidad de los miembros de la élite criolla de Nicaragua hasta en los círculos oficiales en la capital de los Estados Unidos.⁴²

Los temores de la élite se veían agravados por artículos publicados en periódicos europeos y norteamericanos pronosticando que Estados Unidos pronto absorbería los territorios de México, Centro América y Nueva Granada. Este proceso era inevitable, se aseguraba, debido a la “natural decadencia” de los pueblos hispanoamericanos.⁴³

Muchos se dejarían convencer. Por ejemplo, el presidente de Colombia, Mariano Ospina Rodríguez, propuso oficialmente en 1857 la anexión pacífica de su patria a los Estados Unidos. Puesto

que la expansión norteamericana era inexorable, razonó, era preferible que Colombia fuese absorbida por esa potencia de una manera incruenta, sobre todo, considerando que dicha transición traería estabilidad y seguridad a la clase propietaria.⁴⁴

Ejemplo contrario es el intelectual nicaragüense Gregorio Juárez, quien se preocupó por analizar las causas del expansionismo norteamericano para contrarrestar su arrollador avance, publicando sus reflexiones sobre el tema en una serie de editoriales de *El Nacional*.

Juárez observó que el expansionismo norteamericano se desarrollaba bajo dos modalidades: por medio de las irrupciones ilegales de los llamados filibusteros y mediante una política oficial sistemática.⁴⁵ Las primeras, explicó, eran en esencia empresas llevadas a cabo por aventureros en busca de riquezas materiales, aunque por sus resultados debían ser consideradas como parte integrante del sistema político de los Estados Unidos. Además, distraían la atención de los gobiernos amenazados, y les hacían perder de vista la segunda modalidad, más grave y poderosa, que socavaba poco a poco los cimientos mismos de las naciones hispanoamericanas.

Era preciso, por tanto, determinar qué condiciones domésticas favorecían dicho proceso de absorción, y cuáles podían ser los medios más eficaces para contrarrestarlo. Juárez destacó dos: la ausencia de un espíritu nacional y de una política exterior coherente. Su remedio: difundir el sentimiento nacional y encontrar una fórmula para conjugar los intereses de los pequeños y débiles Estados hispanoamericanos con los de la “fuerte e imponente” república del norte.

A fin de conservar su independencia, los Estados hispanoamericanos debían cobijarse bajo la política de la “balanza del poder”, que regía las relaciones entre los gobernantes del Viejo Continente. Nicaragua, sugería Juárez, podría lograr este objetivo suscribiendo tratados especiales con diversas potencias europeas para convertirse en país anfitrión de inmigrantes de distintas nacionalidades. Los colonos, portadores de cultura y tecnología, serían recibidos bajo condiciones de la “más perfecta igualdad”, para garantizar el equilibrio de la influencia de sus respectivas metrópolis.

En opinión de Juárez, el Tratado Clayton-Bulwer era un fruto de la política de la “balanza del poder”: los compromisos asumidos por Estados Unidos ante Inglaterra en ese documento habían impedido que Walker convirtiera a Nicaragua en un Estado más de la Unión americana.⁴⁶ Como corolario de sus reflexiones, el intelec-

tual nicaragüense propuso una “máxima” de derecho internacional: “Las naciones son respetadas ó consideradas por lo que tienen que dar, ó por lo que pueden quitar á las otras. Si dan todo lo que tienen, ninguna consideración deben esperar.”⁴⁷

Mi país, razonaba Juárez, tiene mucho que ofrecer: la ruta interoceánica y tierras para inmigrantes extranjeros. Estos preciosos recursos nunca más deberían ser enajenados a concesionarios privados. Tan sólo aquellos Estados que aceptasen asumir el compromiso de garantizar la independencia de Nicaragua podrían obtener para sus súbditos el derecho a transitar por su territorio o adquirir propiedades agrícolas.⁴⁸

Juárez recomendó a los gobernantes nicaragüenses adherirse al Tratado Clayton-Bulwer, pues lo consideraba un marco jurídico idóneo para restablecer relaciones amistosas y de interés recíproco con Estados Unidos. Éste era un imperativo de los tiempos, opinó, pues considerando la comunidad de ideas y proyectos continentales, el episodio de la guerra filibustera no representaba más que un malentendido insignificante:

“El pueblo de Nicaragua confundió la cualidad de norteamericano con la de filibustero, i llevo su celo por la independencia hasta desconfiar del Gobierno de aquella nación; i el pueblo i el gobierno de los EEUU tradujeron el patriotismo de los centroamericanos convirtiéndolo en antipatía social. Esta deplorable situación aunque parezca alarmante, carece de importancia, si se le considera a la luz de la filosofía y de la política de ambos países.”⁴⁹

Pero, además de observar una política exterior prudente y equilibrada, era necesario entender las causas motoras del expansionismo norteamericano. Entre 1815 y 1858, veintitrés nuevas estrellas se habían sumado a la bandera de la Unión. ¿Cómo explicar su espectacular crecimiento? Juárez respondió: “La obra de tantos portentos no se debe, en verdad, à otra cosa que al espíritu nacional, es decir, à las garantías que aquella gran República ofrece á la seguridad, a la libertad i a la propiedad de sus ciudadanos, así como a la liberalidad con que brinda la ciudadanía a todos los habitantes del globo”.⁵⁰

La admiración que Juárez profesaba por los Estados Unidos como modelo del progreso pugnaba con su temor ante la posibilidad de que nuevos paladines del Destino Manifiesto sojuzgaran o exterminaran a los pueblos hispanoamericanos. Su concepto de

“civilización”, prestado del mundo industrializado, no podía obviar la experiencia de la ocupación filibustera.

¿Cómo resolver esta contradicción? En opinión de Juárez, ello sería posible si Hispanoamérica adoptaba las instituciones políticas liberales que impulsaban el admirable desarrollo de Estados Unidos. Imitar a la pujante potencia continental, sugería Juárez, era la mejor garantía para contrarrestar la difusión de la ideología del Destino Manifiesto:

“Para enfrentarnos á semejante propaganda es necesario que nuestros conciudadanos no tengan nada que temer de nuestras instituciones; ni que envidiar en la ajena lo que abunde en nuestra propia casa; porque sin la garantía de nuestros preciosos derechos, habrán de correrse peligros de varios jeneros, cuyo resultado inevitable será el desaparecimiento de nuestras pequeñas nacionalidades y el aniquilamiento de nuestra noble y jenerosa raza, bajo el torbellino ignominioso de vejaciones, ultrajes i humillaciones imposible de describir”.⁵¹

El desarrollo de un espíritu nacional en Nicaragua exigía que los ciudadanos se compenetraran de un sentimiento de amor y de adhesión por las instituciones fundamentales de la República, de manera que se empeñaran en conservarlas. Era preciso, pues: “(...) adornar de encantos á la madre patria para hacerla amable a todos sus hijos de modo que no puedan sobrevivir á su pérdida, porque perdiéndola, se pierden la seguridad, la libertad, i la propiedad, al mismo tiempo que todos nuestros recuerdos, todos nuestros amores, todas nuestras esperanzas.”⁵²

En la cita anterior, encontramos uno de los principales ejes de todo discurso nacionalista: la metáfora del parentesco que representa a la nación como el hogar ancestral. Esta imagen remite a los individuos a un remoto pasado colectivo, a la vez que proyecta la existencia de su comunidad política hacia un futuro ilimitado en el tiempo.

La interiorización de este imaginario hace posible que todos los miembros de un Estado territorial tengan la certeza de formar una comunidad con sus demás conciudadanos, aun cuando nunca los llegue a conocer en la vida real. Esta comunidad imaginada es percibida como una profunda camaradería horizontal, al margen de las desigualdades sociales reales. La prueba suprema de la interioriza-

ción del imaginario nacional es la disposición desinteresada a ofender la propia vida en su defensa.⁵³

Sin embargo, en la Nicaragua de 1858 el espíritu patriótico no había calado tan hondo como para ocultar las diferencias entre los distintos estratos sociales. Prueba de ello era una carta remitida por un ex soldado para ser publicada en *El Nacional*, en la que denunciaba a los comerciantes que habían conservado sus riquezas, besando humildes la mano de los filibusteros, y aún después de la guerra seguían explotando a los “nobles mártires de la patria” al especular con los bonos librados por el gobierno para pagar sus salarios.⁵⁴

Gregorio Juárez atacó duramente a quienes exigían del Estado una retribución económica por haber contribuido, bien con sus fortunas o con su sangre, a defender a la patria de los filibusteros.⁵⁵ Una vez pasada la euforia de las Fiestas Patrias, la realidad se encargaba de exponer la fragilidad del espíritu nacional en la Nicaragua de 1858, al extremo de hacerle dudar sobre la credibilidad que merecía el artículo primero de la recién juramentada Constitución:

“Se ha dicho con razón que las costumbres andan con mas lentitud que las leyes, sino es en los casos en que la ley sanciona las costumbres estatuidas por el tiempo. ¡cuántos años es necesario que transcurran para que Nicaragua sea una República i que los nicaragüenses sean ciudadanos republicanos!”⁵⁶

En el espejo del otro

La espectacular transformación de Estados Unidos en una potencia industrial durante el Siglo XIX fue resultado, en buena medida, de un temprano proceso de acumulación de capital ocurrido a la sombra del apogeo mercantil disfrutado por su metrópoli durante las dos centurias precedentes.

En 1713, Inglaterra - convertida ya en la Reina de los Mares - obtuvo de España el Asiento de Negros: un codiciado contrato que le otorgó derechos exclusivos para suministrar esclavos africanos a las colonias hispanoamericanas. Dicho contrato permitió a los mercaderes ingleses amasar enormes fortunas. El abominable comercio con seres humanos era muy lucrativo, pues vendían los esclavos a un precio cinco veces mayor de lo que habían pagado por ellos en las

costas africanas. Además, el Asiento de Negros les daba acceso a los puertos hispanoamericanos, y servía de mampara al contrabando.⁵⁷

Gracias a la abundancia de sus recursos forestales, las Trece Colonias británicas en Norteamérica pronto desarrollaron una importante industria de construcción naval, y lograron obtener pingües beneficios de la prosperidad comercial de su metrópoli. Los productores y comerciantes de las Trece Colonias gozaron, además, de una importante ventaja política. El establecimiento de una monarquía parlamentaria en Inglaterra, a raíz de la Revolución Gloriosa de 1688 en contra del absolutismo, les abrió espacios para resistir los intereses metropolitanos que pretendían controlar sus recursos y actividades económicas.⁵⁸

Con una opinión pública recelosa de los monopolios estatales, los gobiernos británicos tendieron a observar políticas pragmáticas, otorgando a los barcos de sus súbditos americanos los mismos privilegios concedidos a los buques ingleses en cuanto al transporte de los principales productos coloniales, como el azúcar, el tabaco y los tintes.⁵⁹

Las Leyes de Navegación, derivadas de la política mercantilista de Inglaterra, tuvieron como objetivo principal el poner coto a la competencia de los holandeses, alemanes y franceses. Lejos de afectar la economía de las Trece Colonias, más bien estimularon el desarrollo de sus astilleros. Hacia 1775, casi una tercera parte de los barcos registrados en Gran Bretaña habían sido construidos por los colonos americanos.

Los escasos intentos de Inglaterra de poner trabas al desarrollo manufacturero de sus colonias, a fin de preservarlas como mercados de consumo, no fueron impulsados de manera sistemática. Como resultado, hacia el siglo XVIII, los productores y mercaderes de las Trece Colonias se había convertido no sólo en exitosos constructores navales sino también en intermediarios comerciales.

Esto les permitió establecer sus propios triángulos mercantiles. Uno de los circuitos más lucrativos consistía en suplir pescado, granos, maderas y carne a las islas del Caribe, donde adquirían melaza para fabricar ron, que luego era trocado por esclavos en las costas africanas para ser revendidos en las plantaciones de azúcar y tabaco.⁶⁰

Por otra parte, a fin de crear un mercado para sus productos en el Nuevo Mundo, los ingleses optaron por abrir la Norteamérica británica a escoceses, irlandeses, alemanes y suizos, fomentando una importante corriente migratoria hacia las colonias del Atlántico

medio. Con una población bastante densa, concentrada y articulada entre sí por un buen sistema de comunicaciones, las colonias británicas se encontraron, al momento de la Independencia, en una posición afortunada para iniciar su propio despegue industrial.

Luego, su prosperidad se vio favorecida por la relativa estabilidad política que la Unión americana disfrutó hasta 1861, mediante el equilibrio garantizado por su Constitución Federal entre el poder central y los gobiernos de los Estados.⁶¹

En contraste, las posesiones españolas en el Nuevo Mundo permanecieron aisladas y débilmente comunicadas entre sí, dado que el interés primordial de su metrópoli había sido extraer de ellas metales preciosos. Objetivo que cumplió de sobra, pues tan sólo entre 1503 y 1660 llegaron al puerto de Sevilla 185 mil kilos de oro y 16 millones de kilos de plata. Paradójicamente, la masiva llegada de metales preciosos a España en el siglo XVI creó las condiciones para la espectacular decadencia que experimentaría cien años más tarde. Sus efectos imprevistos se hicieron sentir en todos los aspectos de la vida política, económica y social.

Por una parte, la aristocracia feudal del Reino de Castilla se empeñó en monopolizar los beneficios del “descubrimiento”, argumentando que Colón había sido enviado al Nuevo Mundo como representante personal de la reina Isabel. Este conflicto atrofió el proceso de consolidación del Estado moderno español, y debilitó a la incipiente burguesía mercantil concentrada en el Reino de Aragón.

Al mismo tiempo, la sobre abundancia de metales preciosos desató una inflación galopante en España, al extremo de hacer más rentable la importación de bienes manufacturados de Holanda, Francia e Inglaterra que producirlos en el propio país. De esta manera, España se convirtió en una correa de transmisión, trasladando la riqueza que extraía de América hacia los demás países del centro europeo.

Las tres principales actividades industriales que impulsaban el desarrollo de otros países europeos en esta época - la textil, la siderurgia y la construcción naval - sucumbieron como resultado de la inflación y las erradas políticas económicas de la Corona española. Todo ello contribuyó a modificar el sentido de la evolución socioeconómica de España. Los sectores productivos se contrajeron, mientras se fortalecían los grandes consumidores, en especial, la aristocracia, la burocracia y la Iglesia.

Los mercaderes españoles pasaron a ser intermediarios de manufacturas extranjeras, y dejaron de invertir en actividades productivas. Más bien, buscaron prestigio y seguridad para sus familias mediante la compra de títulos de nobleza, altos cargos públicos, o latifundios para extraer rentas del alquiler de tierras a los agricultores.

Las dificultades económicas en España y su imperio coincidieron con un período de gran actividad militar, debido a la rebelión de los Países Bajos, seguida de la Guerra de los Treinta Años. El Estado español recurrió a una acuñación desenfrenada de moneda de vellón a comienzos del siglo XVII, y cuando esto no fue suficiente, trató de exprimir las últimas gotas del imperio, incrementando los impuestos así como la eficiencia en su recaudación.⁶²

A diferencia de las Trece Colonias británicas, el comercio exterior significó para el mundo iberoamericano una sangría constante. España se llevaba plata, oro, cacao, cochinilla e índigo y regresaba artículos manufacturados y suntuarios a precios muy elevados. El intercambio producía derechos aduaneros al Estado y utilidades monopólicas a los vendedores españoles, mientras descapitalizaba a las colonias del Nuevo Mundo.⁶³

Las reformas al sistema comercial introducidas por los Borbones en 1778-82, que abrieron el comercio libre entre la Península y el mundo colonial, iniciaron la fragmentación del área económica hispanoamericana en zonas de monocultivo directamente vinculadas con la metrópoli. Este proceso terminó rompiendo los frágiles vínculos que en el pasado habían unido entre sí a las distintas comarcas hispanoamericanas. Por otra parte, estimularon a muchos comerciantes españoles a trasladarse a América en una “nueva oleada de conquista mercantil”, que desplazó a los criollos del control de las redes de intercambio local y regional, afianzando el monopolio peninsular.⁶⁴

Luego de la Independencia, la visión de una Hispanoamérica compacta y fuerte, soñada por próceres como Francisco Miranda, Simón Bolívar y José Cecilio del Valle, pronto se disipó. Aislados y empobrecidos, los Estados creados a raíz de la ruptura colonial pronto se desintegraron.⁶⁵ Sobrevino el caos a lo interno de cada islote político como resultado de las constantes guerras entre caudillos regionales y locales, monárquicos y republicanos, centralistas y autonomistas, conservadores y liberales. La violencia llegó a dominar la vida cotidiana. Los jefes militares, llamados a resguardar

el orden social, asumían poderes absolutistas, y sociedades enteras cayeron prisioneras de los supuestos guardianes de la paz.⁶⁶

La pérdida de confianza en la viabilidad de los nuevos Estados hispanoamericanos se acentuó bajo la presión de los atropellos y usurpaciones territoriales por parte de potencias extranjeras. Tan pronto asumieron el poder, muchos gobernantes criollos hipotecaron el futuro de sus incipientes naciones a compañías financieras europeas. El cobro de deudas, o indemnizaciones por perjuicios ocasionados a extranjeros durante las guerras civiles, dio pretextos a Gran Bretaña y Francia para bloquear los puertos hispanoamericanos desde México hasta el Río de la Plata, y llevar a cabo expediciones punitivas en contra de gobiernos que se oponían a sus pretensiones hegemónicas.

Paradójicamente, el despliegue militar de las potencias extranjeras ejercía no sólo un poder de intimidación, sino también de seducción. Era frecuente encontrar en cualquier país hispanoamericano fracciones de la élite criolla dispuestas a comprometer la soberanía nacional, a cambio de apoyo externo para derrotar a sus adversarios locales.

Los ejemplos abundan en el período estudiado: autonomistas uruguayos aliándose con el Brasil imperial para sustraerse del dominio de Buenos Aires en 1825; unitarios argentinos pidiendo apoyo francés para luchar en contra del gobierno federalista; un general ecuatoriano suplicando ayuda en la Corte española para recuperar el poder - antecedentes todos del conocido pacto del partido democrático de Nicaragua con el filibustero William Walker en 1855.⁶⁷

Los factores socioeconómicos subyacentes al descomunal contraste entre la prosperidad de los Estados Unidos y el estancamiento de los nuevos Estados hispanoamericanos, permanecieron ocultos a los ojos de los intelectuales criollos. La búsqueda de las causas de esa abismal brecha se vio signada por las concepciones deterministas del pensamiento antropológico ilustrado: los pensadores hispanoamericanos enfocaron el problema desde una perspectiva netamente cultural y racial. Este error los llevó a atribuir la causa de todos sus males a la herencia espiritual de sus ancestros españoles y a la degradación genética de sus pueblos híbridos.

Así, el prócer venezolano Andrés Bello diría: "Arrancamos el cetro al monarca, pero no al espíritu español"; mientras el argentino Domingo Faustino Sarmiento exclamaba: "¡No os riáis pueblos hispanoamericanos, al ver tanta degradación! ¡Mirad que sois españo-

les y la Inquisición educó así a España! ¡Esta enfermedad la traemos en la sangre!”. Y su compatriota Esteban Echeverría se lamentaba: “Los brazos de España no nos oprimen [ya], pero sus tradiciones nos abruman”. “La emancipación social americana sólo podrá conseguirse repudiando la herencia que nos dejó España”.⁶⁸

En suma, los intelectuales criollos de este período arribaron a la conclusión que para adquirir la libertad y la democracia, debían renunciar a todo el legado de la antigua metrópoli. La visión de dos Américas antitéticas, el mundo anglosajón como símbolo de la modernidad, el mundo hispano como reencarnación del espíritu medieval, se arraigó en la conciencia de esta generación, a la que Sarmiento instaba:

“Reconozcamos el árbol por sus frutos: son malos, amargos a veces, escasos siempre. La América del Sur se queda atrás y perderá su misión providencial de sucursal de la civilización moderna. No detengamos a los Estados Unidos en su marcha; que es lo que en definitiva proponen algunos. Alcancemos a los Estados Unidos. Seamos la América como el mar es el océano. Seamos Estados Unidos. ¡Llamaos los Estados Unidos de la América del Sud, y el sentimiento de la dignidad humana y una noble emulación conspirarán en no hacer un baldón del nombre a que se asocian ideas grandes!”.⁶⁹

Citas y notas

- 1 La reconciliación interna y la reorganización de la familia centroamericana, habían constituido los ejes principales del discurso oficial de este gobernante, desde que asumió el poder, el 15 de noviembre de 1857. Ver: MARTÍNEZ, Tomás, “Discurso pronunciado por el Exmo. Sr. Jeneral Presidente d. Tomás Martínez en el acto de su inauguración”. 15 de noviembre de 1857. Documento reproducido en: VEGA BOLAÑOS, 1944, p. 238.
- 2 MARTÍNEZ, Tomás, “General de División y Presidente de la República de Nicaragua á sus habitantes y a todos los pueblos de Centroamérica”, Managua, 10 de abril de 1858. En: *Gaceta de Nicaragua*, N° 13, Managua, abril 24 de 1858. Martínez sin duda estaba influenciado por Guizot, citado en los periódicos de la época: “*El espíritu moderno se resume en la palabra asociación. La sociabilidad, la unión es el carácter de la civilización actual*”. *El Nacional*, N° 24, León, Noviembre 20 de 1858.
- 3 MARTÍNEZ, 10 de abril de 1858, en: *Gaceta de Nicaragua*, N° 13.
- 4 Firma la respuesta oficial del gobierno de Guatemala el Ministro P. de Aycinena. Documento reproducido en: *Gaceta de Nicaragua*, Tomo II, N° 20, Managua, junio 12 de 1858.
- 5 “El Monasterio de San Justo”, en: *El Ojo del Pueblo*, N° 16, Granada, marzo 2 de 1844.
- 6 F.B., “Otro. Para el Ojo del Pueblo”, *El Ojo del Pueblo*, N° 4, Granada, diciembre 9 de 1843.
- 7 SANDOVAL, José León. “Discurso”, San Fernando, 30 de abril de 1845. En: VEGA BOLAÑOS, 1944, p. 96-97.
- 8 *Registro Oficial*, N° 63, Managua, 4 de abril de 1846.
- 9 RAMÍREZ, Norberto, “El Director del Estado, a sus habitantes.” Discurso Inaugural, León, abril 24 de 1849, en *El Correo del Istmo de Nicaragua*, N° 1, León, mayo 1° de 1849.
- 10 El “Convenio de los Estados, Honduras, El Salvador y Nicaragua” fue firmado en León, el 8 de noviembre de 1849, por Gregorio Juárez, Jáuregui y Agustín Morales. (Ver documento reproducido en *El Correo del Istmo de Nicaragua*, N° 16, León, diciembre 16 de 1849).
- 11 “No nos entendemos”, editorial de *La Gaceta de Guatemala*, N° 3, Tomo V, reproducido en *El Correo del Istmo de Nicaragua*, N° 43, León, agosto 8 de 1850.
- 12 Artículo 14 del Convenio.
- 13 *El Correo del Istmo de Nicaragua*, N° 66, León, enero 16 de 1851.
- 14 “Mensaje pronunciado por el Director Supremo Lic. don J. L. Pineda en la instalación de la Asamblea Legislativa, el 13 de marzo de 1852”. Documento reproducido en: VEGA BOLAÑOS, 1944, p. 178.
- 15 KARNES, Thomas L., *Los Fracasos de la Unión*, San José, C.R., ICAP, 1982, p. 148. Karnes sitúa la ruptura de la confederación en octubre de 1852; sin embargo, al parecer ésta no se oficializó sino hasta el 19 de marzo de 1853, en que las Cámaras Legislativas de El Salvador declararon insubsistente el pacto unionista del 8 de noviembre de 1849. Ver: *Gaceta Oficial de Nicaragua*, Tomo 1, N° 70, Granada, 9 de abril de 1853.
- 16 DE LA ROCHA, 1983, p. 25.
- 17 DE LA ROCHA, 1983, p. 25.
- 18 Las obras citadas son: *Historia de la Civilización en Francia* de Guizot, e *Historia del Consulado y el Imperio*, de Thiers. Cabe señalar que el viajero Julius Froebel constató el gran interés de Pedro Francisco De la Rocha por la filosofía alemana, y su familiaridad con el pensamiento de Schlegel y Hegel, al que había tenido acceso a través de textos

- franceses llegados a Nicaragua. Para el testimonio de Froebel, ver: ARELLANO, Jorge Eduardo, "El Primer Historiador de Nicaragua. (Pedro Francisco de la Rocha y su Revista Política sobre la Historia de la Revolución de Nicaragua)", en: *RPCA*, vol. 38, no. 180, 1983, p. 9. Sobre la influencia del romanticismo en la revolución burguesa de 1830, ver: Historia Universal, España, Barcelona, Grupo Editorial Océano, 1990, p. 850; y Jaime VINCENS VIVES, *Historia General Moderna*, T. II, España, Barcelona, Montaner y Simon, S.A., 1952, p. 308.
- 19 DE LA ROCHA, 1983, p. 40. La obra de Guizot citada por De la Rocha es: *Histoire de la Civilisation en France*, Tom 3º, p. 212.
 - 20 DE LA ROCHA, 1983, p. 40.
 - 21 DE LA ROCHA, 1983, p. 26. En este texto puede reconocerse también la influencia de Bentham, principal ideólogo del utilitarismo. Aunque las obras de Bentham no aparecen citadas explícitamente en la *Revista Política*, hay numerosas referencias a los escritos de sus discípulos en el nuevo continente, tales como el mexicano José María Luis Mora. Ver: Charles A. HALE, *El liberalismo en la época de Mora, 1821-1853*, México, Siglo XXI, 1972, p. 158 y sig.
 - 22 DE LA ROCHA, 1983, p. 57.
 - 23 En realidad, la gesta de Rafaela Herrera tuvo lugar en 1762, y las tropas inglesas que asediaron la fortaleza de El Castillo fueron muy inferiores al número proporcionado por el entusiasta pero inexacto editorial. *El Correo del Istmo de Nicaragua*, N° 5, León, julio 1º de 1849.
 - 24 "Nacionalidad", editorial de *El Correo del Istmo de Nicaragua*, N° 16, León,
 - 25 JUÁREZ, Gregorio, "Nacionalidad de Centroamérica", (editorial) en: *El Nacional*, Tomo 1º, N° 1, León de Nicaragua, Junio 12 de 1858.
 - 26 Idem.
 - 27 Idem.
 - 28 Como prudente diplomático, Juárez se refirió al expansionismo norteamericano con el con el eufemismo de "incremento natural de una gran República continental". "Nacionalidad", editorial de *El Nacional*, Tomo I, N° 2, junio 19 de 1858.
 - 29 Idem.
 - 30 ESGUEVA, 1994, p. 442.
 - 31 El ideal unionista aparece en el último artículo de la Constitución de 1858 y dice: "Art. 104. La presente Constitución no obsta para que concurra Nicaragua a la formación de un Gobierno Nacional con las otras secciones de Centro América, o a la de un pacto federativo, si aquél no pudiese tener efecto." ESGUEVA, 1994, p. 299.
 - 32 Hasta entonces, la élite criolla de Nicaragua había definido a su patria como un Estado, perteneciente a la Nación centroamericana. En el "Decreto por el que Nicaragua se separa de la Federación", del 30 de abril de 1838, se enfatiza la voluntad de regresar a la Unión, una vez que se reformase la viciada Constitución Federativa. Asimismo, el artículo 1º de la Constitución del Estado de Nicaragua, proclamada en noviembre de ese mismo año, ratifica la voluntad unionista. En la Constitución de 1858, la posibilidad de entrar en un nuevo pacto federativo es considerada en el artículo N° 104. Ver: ESGUEVA, 1994, pp. 295, 299, 419-420 y 442.
 - 33 MARTÍNEZ, Tomás, "Discurso pronunciado por S.E., el Sr. General Presidente de la República", en: *Gaceta de Nicaragua*, N° 34, Managua, setiembre 18 de 1858.
 - 34 *El Nacional*, N° 15, León, septiembre 18 de 1858. Ver también, el N° 16, septiembre 25 de 1858.
 - 35 ZEPEDA, Hermenegildo, Diputado Presidente de la Asamblea Constituyente de 1858, "Discurso", 15 de septiembre de 1858. Reproducido en: *Revista Conservadora*

del Pensamiento Centroamericano, Vol. 15, N° 72. Nicaragua: Editorial Alemana, septiembre 1966, pp. 6-7.

- 36 El influyente intelectual argentino, José Domingo Sarmiento, se refería con frecuencia a esta maldición genético-cultural heredada de España, a la vez que manifestaba su profunda admiración por los pueblos anglo-sajones, y en especial, por los arios. Ver: ZEA, 1997, p. 32.
- 37 En la historiografía de la década de 1880, la guerra nacional anti-filibustera es interpretada como una experiencia generadora de un firme sentimiento anti-intervencionista, citando como evidencia el documento: "Unos cien nicaragüenses: Al pueblo de los Estados Unidos". (Ver: *Pensamiento Antimperialista en Nicaragua. Antología*. Instituto de Estudio del Sandinismo, Nicaragua: Editorial Nueva Nicaragua, 1982, pp. 28-47.) Sin embargo, éste fue publicado originalmente en inglés en el periódico norteamericano *Star and Herald*. Su versión en castellano fue reproducida - sin comentarios ni referencias sobre su procedencia - en la *Gaceta de Nicaragua*, Tomo II, N° 40, Managua, noviembre 27 de 1858. A nuestro parecer, este texto posiblemente fue escrito por un europeo vinculado a Félix Belly, pues supone a los nicaragüenses desilusionados del sistema republicano y deseosos de seguir los preceptos políticos monárquicos del Viejo Continente. En nuestra lectura de las fuentes primarias del año 1858 no encontramos ninguna evidencia de que en 1858 existiese una inclinación monarquista entre la élite criolla de Nicaragua.
- 38 "La Perea", *La Gaceta*, Tomo II, N° 36, Managua, octubre 2 de 1858.
- 39 No es posible atribuir esta actitud a una pervisión de la élite nicaragüense. Zea ha observado el mismo fenómeno luego de la derrota de México en 1847: ésta no hizo sino estimular en las élites hispanoamericanas, incluyendo la del propio país agredido, el afán por ser, cada vez más, semejantes al país vencedor. ZEA, 1997, p.29.
- 40 *La Gaceta*, Tomo II, N° 37, Managua, 9 de octubre 1858.
- 41 La ideología del Destino Manifiesto convertía el imperialismo en una misión altruista. Ver: HORSMAN, 1981, pp. 189-191; NIESS, 1990, pp. 14, 28 y 64.
- 42 Jerónimo Pérez, por ejemplo, refiere en sus *Memorias* la humillación sufrida durante un banquete diplomático en Washington, cuando el Ministro inglés lo interrogó si el Presidente Martínez era negro o indio. Cohibido, Pérez se limitó a responder con monosílabos, por lo que el diplomático guatemalteco, Luis Molina, salió a su rescate, aclarando: "*El General Martínez es muy bien parecido; tiene más tipo de alemán que de español.*" Posteriormente, el historiador nicaragüense confesaría: "*Esas preguntas indiscretas me desagradaron tanto, que comí apenas, imaginando que contenían el desprecio con que en el gran mundo se mira nuestro pobre país. En mi finca, entre mis operarios y sirvientes, yo era más que un lord, era el soberano, sin que me abatiese ninguna humillación, ninguna comparación siempre desfavorable a mí por mi pequeñez.*" PÉREZ, 1975, p. 807.
- 43 "Noticias extranjeras que afectan la de Centro America", en: *El Nacional*, N° 4, León, Julio 5 de 1858. Reproduce artículo del *Herald* de Nueva York, del 22 de mayo, tomado a su vez del *Times* de Londres del 6 de mayo 1858.
- 44 BETHELL, Leslie (ed.), *The Cambridge History of Latin America*, Vol. III., Cambridge University Press, 1985, pp. 412-413.
- 45 El primer editorial apareció en *El Nacional*, N° 6, León, 17 de julio de 1858.
- 46 *El Nacional*, Tomo I, N° 8, León, 31 de julio de 1858.
- 47 "Máximas", *El Nacional*, Tomo I, N° 11, León, 21 de agosto de 1858.
- 48 "Máximas", *El Nacional*, Tomo I, N° 11, León, 21 de agosto de 1858.
- 49 *El Nacional*, N° 14, León, 11 de septiembre de 1858.
- 50 *El Nacional*, N° 6, León, 17 de julio de 1858.

- 51 *El Nacional*, N° 6, León, 17 de julio de 1858.
- 52 Idem.
- 53 Sobre este tema, ver: HOBBSBAWM, 1991 y 1988, p. 3; ANDERSON, 1991. Una síntesis de las teorías contemporáneas sobre el tema se encuentra en: KINLOCH, Frances, "Naciones y Nacionalismo. Debates en torno a su análisis histórico", *Taller de Historia*, N° 6, Nicaragua: Instituto de Historia de Nicaragua, julio 1994.
- 54 MONTIEL, Domingo, "Remitido", Managua, octubre 12 de 1858. En: *El Nacional*, Tomo I, N° 20, octubre 23 de 1858.
- 55 *El Nacional*, Tomo I, N° 20, octubre 23 de 1858.
- 56 Juárez, Gregorio, "Editorial", *El Nacional*, Tomo I, N° 20, octubre 23 de 1858.
- 57 Entre 1451 y 1600 fueron enviados unos 275.000 esclavos africanos a América y Europa; en el curso del siglo XVII, la exportación se quintuplicó, alcanzando la cifra de 1.341.000 esclavos; entre 1701 y 1810 seis millones de esclavos fueron sacados de África, de los cuales dos millones fueron transportados sólo por Inglaterra. Diversos historiadores afirman que el tráfico de esclavos y sus accesorios proporcionó el capital que permitió a Inglaterra lanzarse a la Revolución Industrial. WOLF, Eric R., *Europa y la gente sin historia*, México: Fondo de Cultura Económica, 1994, p. 240-243. Ver también: WALLERSTEIN, 1984, p. 264.
- 58 WALLERSTEIN, Immanuel, *El Moderno Sistema Mundial. ii. El mercantilismo y la consolidación de la economía-mundo europea. 1600-1750*. México: Siglo XXI, 1984. p. 332.
- 59 WALLERSTEIN, 1984, pp. 330-335.
- 60 WALLERSTEIN, 1984, pp. 329 y ss. El autor advierte que estos triángulos comerciales son construcciones analíticas: representan un flujo de mercancías más que un movimiento de barcos.
- 61 Año del estallido de la Guerra de Secesión de los Estados esclavistas del sur, opuestos al Decreto de Abolición proclamado por Lincoln.
- 62 WALLERSTEIN, 1984. Ver, en especial las pp. 208, 250, 255.
- 63 WOLF, 1994, p. 175.
- 64 HALPERIN DONGHI, Tulio, *Historia contemporánea de América Latina*, México: Alianza Editorial, 1987, p.p. 21-23.
- 65 En 1825, Bolivia se independizó del Perú, y cinco años más tarde, Venezuela y Ecuador se separaban de la Gran Colombia fundada por Bolívar. Empeñado en resguardar su soberanía, Chile se enfrascó en una cruenta guerra con Perú y Bolivia en 1839. El Virreynato del Río de la Plata se fragmentó en tres repúblicas: Paraguay, Uruguay y Argentina; mientras Centroamérica hacía lo mismo, dividiéndose en cinco pequeños Estados.
- 66 Sobre este tema, ver: LYNCH, John, *Caudillos en Hispanoamérica, 1800-1850*, Madrid: Editorial MAPFRE, 1993.
- 67 BETHELL, Leslie (ed.), *The Cambridge History of Latin America, Volume III, From Independence to c. 1870*, Cambridge University Press, 1984, p. 412.
- 68 ZEA, Leopoldo, "1847 en la conciencia hispanoamericana", en: *Cuadernos Americanos*, Año XI, Vol. 5, N° 65, septiembre-octubre 1997, pp. 26-45.
- 69 Idem.

Avatares del proyecto nacional

Una vez concluida la Guerra Nacional contra los filibusteros, se reiniciaron los esfuerzos por organizar el Estado nicaragüense. La Constitución Política promulgada en 1858 proporcionó el marco jurídico para emprender esta tarea. La mayoría de los diputados que redactaron las nuevas leyes fundamentales de la nación compartían la idea de que, para prevenir la anarquía, era conveniente fortalecer la autoridad del poder ejecutivo. Además, optaron por limitar la actividad política a lo interno de un reducido círculo de propietarios, por suponer que éstos eran los más interesados en garantizar el orden social. En consecuencia, la Constitución otorgó al presidente de la República el control sobre las fuerzas armadas y aumentó su mandato a un período de cuatro años. Además, estableció el requisito de que todo candidato a ocupar este importante cargo debía tener un capital no menor de cuatro mil pesos.

Los presidentes pasaron a ser electos por medio de un sistema de votación indirecto, que dejaba el poder de decisión en manos de unos 640 electores. Esta cifra representaba un porcentaje mínimo de la población del país, calculada en un poco más de doscientas mil personas. La Constitución Política de 1858 también reflejaba la intención de fortalecer algunas instituciones coloniales como la Iglesia Católica, cuya influencia se consideraba imprescindible para asegurar el orden y la cohesión social. Por tanto, la

carta magna garantizaba la protección gubernamental al culto de la religión católica.

Escarmentados por las terribles consecuencias de la guerra civil de 1854, liberales y conservadores, leoneses y granadinos, temporalmente dejaron a un lado sus diferencias ideológicas, así como sus rencores localistas, para emprender la reconstrucción del país. En general, la élite coincidía en torno a la idea de que era necesario consolidar las instituciones del Estado, extender su radio de acción a todo el territorio, y aumentar su poder coercitivo para imponer el orden.

Como resultado, se inició un período de relativa estabilidad política, durante el cual se sucedieron en la presidencia ocho miembros del Partido Conservador: Tomás Martínez (1858-1863 y 1863-1867), Fernando Guzmán (1867-1871), Vicente Cuadra (1871-1875), Pedro Joaquín Chamorro Alfaro (1875-1879), Joaquín Zavala (1879-1883), Adán Cárdenas (1883-1887), Evaristo Carazo (1887-1889) y Roberto Sacasa (1889-1893). Aunque la mayoría de estos presidentes pertenecían a las principales familias de la oligarquía granadina, destacadas figuras políticas de otras ciudades también ocuparon ministerios o magistraturas en el poder judicial. Este hecho expresaba el consenso alrededor de la idea de que el fortalecimiento del Estado era un requisito para garantizar el orden, impulsar la agroexportación y alcanzar el progreso.¹

Asimilando la invasión filibustera

El consenso entre la élite nicaragüense en torno al potencial de su territorio, así como el temor a una intervención foránea, proporcionaron los fundamentos para el surgimiento de la idea nacional. Si bien la guerra civil de 1854 reveló la fragilidad de estos cimientos, la posterior ocupación filibustera vino a reforzarlos de manera significativa. La vida cotidiana de gran parte de la población había sido afectada por el conflicto, incluso en el mundo rural, y Walker reconoció que las guerrillas campesinas habían causado mayor daño a sus tropas que los ejércitos oficiales.

El surgimiento de sentimientos de identidad frente al “otro” se reflejan en la narrativa oral de la época; por ejemplo, en el cuento “La Venta del Negro” que ridiculiza el esclavismo, así como en *corridos* como la “Mamá Ramona”, que conlleva una advertencia para quienes se mostraban solícitos con el extranjero. Estas percepciones

poblaron la producción poética de los círculos intelectuales nicaragüenses, en la cual se ensalzaba a los héroes y los símbolos patrios.²

A partir de 1870, la conmemoración de la Independencia de España incorporó un nuevo elemento: proceso estudiado por Patricia Fumero en su trabajo pionero “De la Iniciativa Individual a la Cultura Oficial”. La autora analiza cómo se construyó en el imaginario colectivo una tradición histórica en torno a la Batalla de San Jacinto, ocurrida el 14 de septiembre de 1856, en la que un grupo de bisoños soldados nicaragüenses derrotaron a una tropa filibustera. El discurso oficial evocó esta gesta como una “verdadera guerra de independencia”, pues había probado al mundo que los nicaragüenses eran dignos de la emancipación colonial proclamada en 1821. La figura del general José Dolores Estrada, uno de los principales protagonistas de esta hazaña, fue sacralizada e incorporada al panteón de los héroes nacionales como símbolo de valores patrióticos, a fin de fomentar una identidad colectiva.³

La repetición del simulacro de la Batalla de San Jacinto, acompañada del derroche de fuegos artificiales, obras de teatro, espectáculos populares de funámbulos y acróbatas, elevación de globos aerostáticos, elegantes bailes y banquetes, así como misas solemnes y *Te Deums*, tenía como objetivo crear una memoria histórica nacional de repudio a las guerras civiles del pasado, y, a la vez, convocar a la ciudadanía en torno a un futuro colectivo de paz y progreso.⁴

Unión y balance de poder

El despliegue de las banderas de las cinco repúblicas centroamericanas, infaltable durante estos rituales cívicos, recordaba la gratitud de los nicaragüenses hacia los hermanos del istmo que acudieron en su defensa frente al enemigo del norte. En efecto, la amenaza filibustera reforzó el ideal unionista. El Mensaje Inaugural del presidente Tomás Martínez, quien asumió su cargo el 15 de noviembre de 1857, giró en torno a la reconciliación interna, la defensa de la integridad territorial y la reorganización de la federación centroamericana.

Ante el temor que les inspiraba el ímpetu de la ideología del Destino Manifiesto en Estados Unidos, los gobernantes nicaragüenses también apostaron a la opción de explotar las rivalidades entre las potencias para conservar al menos una relativa autonomía. Des-

pués de un conflicto limítrofe con Costa Rica que culminó con la firma del Tratado Cañas-Jerez, los presidentes Tomás Martínez y Juan Rafael Mora emitieron un manifiesto conjunto por el cual colocaban a sus respectivos Estados bajo la protección de Inglaterra, Francia y Cerdeña. Si en 1848 Nicaragua percibía a Estados Unidos como un protector frente al imperio británico, diez años después sus gobernantes apelaban al enemigo histórico para defenderse del naciente imperio norteamericano.

Sin embargo, poco después el panorama internacional presentó un nuevo giro. En 1861 la expansión de Estados Unidos se paralizó debido a la Guerra de Secesión, que se prolongó hasta 1865. Mientras tanto, Inglaterra, España y Francia intervenían militarmente en México, reclamando el pago de la deuda externa. Cuando el gobierno liberal mexicano accedió a pagar, las dos primeras potencias se retiraron; no así Francia, tentada por la posibilidad de imponer a un miembro de la dinastía de los Habsburgo como emperador de México, en contubernio con los conservadores de ese país.

Alarmado por estos sucesos, el presidente Tomás Martínez impulsó la unión centroamericana con mayor ahínco, pero sólo encontró una respuesta positiva de parte del presidente salvadoreño Gerardo Barrios, con quien firmó un Convenio sobre la Reorganización Nacional el 10 de julio de 1862.⁵

Las dudas de los gobernantes no se limitaban al problema de la viabilidad de Nicaragua como nación independiente. Durante la década de 1860, también es evidente su vacilación respecto a las alternativas para aprovechar las ventajas de su geografía. En 1862, Nicaragua permitió a la Central American Transit Company reiniciar el transporte de pasajeros entre California y Nueva York, y en 1867 el gobierno firmó un tratado con Washington que contemplaba la protección norteamericana de la ruta interoceánica, en caso de que este país no pudiera garantizar su defensa. Sin embargo, meses después Nicaragua declaró prescrito el contrato de la compañía del tránsito, y en 1869 otorgó una concesión canalera a Michel Chevalier, quien contaba con el respaldo extra oficial de Napoleón III. A raíz del derrocamiento del emperador francés el año siguiente, la concesión retornó a manos de la compañía norteamericana.

La construcción del Canal de Suez por una compañía francesa presidida por Fernando de Lesseps demostró la viabilidad tecnológica e importancia estratégica de tales empresas. Su grandiosa inauguración oficial, el 17 de noviembre de 1869, estimuló el interés del go-

bierno de los Estados Unidos. A inicios de 1870, el presidente Ulises Grant organizó una misión científica encargada de evaluar posibles rutas interoceánicas desde el istmo de Tehuantepec hasta el Darién.

El equipo destinado a explorar la ruta nicaragüense arribó a San Juan del Norte en 1872, al mando del comandante de la marina Edward P. Lull, y de su jefe de ingenieros, Aniceto Menocal. Los periódicos alimentaban las esperanzas de la élite, con pronósticos favorables a la escogencia del Desaguadero de la Mar Dulce para abrir la ansiada vía de comunicación interoceánica.

Defensa de la soberanía frente a Guatemala

Las esperanzas de la élite nicaragüense se vieron confirmadas a inicios de 1876, cuando la Interoceanic Canal Commision presentó su informe final al presidente norteamericano, recomendando por unanimidad la opción por Nicaragua.⁶ Sin embargo, una nueva amenaza surgió en el horizonte: una vigorosa campaña unionista encabezada por el caudillo liberal guatemalteco, Justo Rufino Barrios.

Una de las primeras acciones del presidente Pedro Joaquín Chamorro, a raíz de estos hechos, fue precisar la soberanía de Nicaragua sobre toda la ruta, y rechazar los reclamos costarricenses de derechos conjuntos sobre el río San Juan.⁷ En una carta dirigida al presidente Tomás Guardia, el 27 de enero de 1876, sentó su posición oficial:

“Desde que los cinco Estados de la antigua Federación rompieron fatalmente el lazo que los unía y se constituyeron en naciones soberanas e independientes, desapareció la mancomunidad de derecho que antes existía, y cada uno posee exclusivamente lo que le da la naturaleza o adquiere por la industria; y la única herencia que pudiéramos reclamar los centroamericanos, unos de otros, es la de una fraternidad emancipada, sin otros derechos que los que recíprocamente quieran concederse (...).”⁸

Poco después, el gobierno conservador de Chamorro enfrentaría una amenaza mayor. El presidente de Guatemala, Justo Rufino Barrios, se hallaba empeñado en reconstruir la federación centroamericana, y contaba con el apoyo de los principales dirigentes liberales del istmo. Aunque Chamorro expresó oficialmen-

te una disposición favorable a la unidad ístmica en la Dieta Centroamericana celebrada en Guatemala a inicios de 1876, se oponía a las aspiraciones de los liberales de controlar dicho proyecto. Como resultado, Barrios estimuló al general Máximo Jerez a organizar una fuerza armada para invadir Nicaragua desde territorio hondureño.⁹

En reacción, el 15 de mayo de 1876 Chamorro llamó a los nicaragüenses a tomar las armas para rechazar la invasión. A diferencia de la retórica patriótica tradicional, en su discurso encontramos conceptos propios del nacionalismo moderno. Por ejemplo, al evaluar la respuesta de sus gobernados a la convocatoria, Chamorro reconoció:

“(...) estáis probando que formáis un pueblo de verdaderos ciudadanos, que conocen sus deberes, aprecian la dignidad en que están constituidos de Nación independiente, defendiendo sus derechos, y que por tanto sois muy dignos de las instituciones republicanas, que nos rigen.”¹⁰

Por su parte, el ministro de relaciones exteriores, Anselmo H. Rivas, emitió una circular lamentando que la guerra ahuyentaría la inmigración extranjera justo cuando la ciencia había designado “(...) el istmo de Nicaragua como el punto en donde debe construirse la grande obra del Canal Interoceánico en la cual están fijas las miras del mundo”, pues las naciones civilizadas calificarían a los centroamericanos de comunidades ingobernables.¹¹

En este contexto, el gobierno de Chamorro proclamó oficialmente el primer Himno Nacional, cuya letra convoca a los “soldados ciudadanos” a tomar las armas para aniquilar “el poder colonial” y preservar la independencia. Con aguda perspicacia, Salomón Ibarra Mayorga observaría que el texto de este himno fue escrito con intencional ambigüedad para transmitir un doble mensaje: el 15 de septiembre simbolizaba tanto la emancipación irreversible de España como de la capital del antiguo Reino de Guatemala, sede del gobierno hostil de Barrios.¹²

La difusión del primer Himno Nacional en esta crucial coyuntura constituía una estrategia efectiva para fomentar la lealtad de los ciudadanos hacia el Estado. No obstante, es preciso observar que esta práctica no era enteramente novedosa. Desde la Independencia la élite gobernante había procurado legitimar las nuevas institucio-

nes republicanas, adaptando ciertos rituales mediante los cuales la Iglesia Católica reforzaba los lazos de obediencia de sus fieles y la cohesión de la comunidad religiosa.

En efecto, antes de la proclamación oficial del Himno Nacional de Nicaragua, en los actos públicos se escuchaban distintos himnos de carácter religioso. Un ejemplo es “La Granadera”, música litúrgica reservada para el momento de la elevación del Santísimo Sacramento durante la misa; la que, a raíz de la Independencia, se hacía ejecutar mientras se izaba o arriaba la bandera emblemática de la comunidad política.

Asimismo, desde 1835 se acostumbraba rendir honores a la Corte Suprema de Justicia con la ejecución de un canto litúrgico que había sido introducido en Nicaragua a fines del período colonial por un fraile. Debido al tono profundamente místico de la obra, Ibarra Mayorga afirma que el sabio catequista lo empleaba “como arma de pacificación”, al inicio de sus prédicas entre los “rebeldes indios de Subtiava”.¹³ La adopción de este himno para sacralizar el nuevo poder judicial del Estado e infundir el respeto a sus resoluciones, sin duda, fue percibida como una opción conveniente por los noveles magistrados nicaragüenses.

Cabe señalar que estas prácticas son comunes a todo proceso de construcción de un sentido de identidad nacional. La adaptación de himnos religiosos o canciones folclóricas para ser entonados de manera solemne y masiva ante los emblemas del Estado, la construcción de monumentos o temples en honor a los héroes, los desfiles, saludos de artillería y oratoria patriótica, constituyen prácticas rituales que refuerzan la cohesión de toda comunidad política. Permiten, además, inculcar creencias, sistemas de valores y normas de comportamiento por medio de la repetición, a la vez que contribuyen a legitimar las instituciones y las relaciones de autoridad.¹⁴

Por otra parte, observamos que la letra del Himno Nacional proclamado en 1876, presenta la Independencia de España como resultado de un heroico esfuerzo militar, pese a que, en el caso del Reino de Guatemala, ésta fue concertada cordialmente entre los funcionarios peninsulares y la élite criolla. Esta distorsión de los hechos históricos, o apropiación de la gesta del Ejército Libertador de Bolívar, obedecía a la necesidad de simbolizar el origen de la nación nicaragüense como una epopeya colectiva, que debía ser emulada por cada nueva generación de ciudadanos.

Consolidación del Estado

La temida invasión del general Jerez no llegó a efectuarse, y su “Falange” se disolvió con mayor pena que gloria. No obstante, el presidente Pedro Joaquín Chamorro Alfaro se preocupó por dotar al Estado de uno de sus principales atributos: el control sobre los medios de coacción. Para ello, mandó promulgar el primer Código Militar, obra del Dr. Tomás Ayón publicada el 1 de febrero de 1876. El 18 de julio del siguiente año, expidió un reglamento estableciendo el servicio militar obligatorio para todo nicaragüense comprendido entre las edades de dieciséis y cincuenta y cinco años. Chamorro justificó esta disposición bajo el argumento de hacer “(...) efectiva la igualdad en el deber de servir a la patria, establecido en la Carta Fundamental”.¹⁵

Bajo el gobierno de Chamorro se empezó a reconocer la importancia de la educación pública como vehículo esencial para difundir el sentimiento nacional. Hasta entonces, la educación primaria había estado dirigida, ya por la Iglesia o por juntas departamentales relativamente autónomas. Consciente de esta debilidad, en 1877 Chamorro decretó la creación de un sistema educativo estatal, gratuito y obligatorio, bajo control directo del poder ejecutivo. Esta erogación presupuestaria fue justificada bajo el siguiente considerando:

“La misión del Estado no sólo consiste en la seguridad que debe otorgar a los asociados en sus personas y en sus propiedades, sino también en el bienestar que debe proporcionarles, a fin de que la forma social que han escogido y que las leyes de la naturaleza les señalan como la única eficaz para su conservación y desarrollo, corresponda a sus aspiraciones por la felicidad.”¹⁶

Como vemos, esta cita encierra los elementos básicos de la concepción liberal del Estado nacional, entendido como una forma de organización social y política legitimada por la voluntad de los asociados. Sin embargo, también incluye elementos de la concepción orgánica propia del pensamiento conservador, al presentar al Estado como un cuerpo social regulado por las leyes de la naturaleza.

Así mismo, la administración Chamorro Alfaro se preocupó por reorganizar la administración pública, codificar las leyes, y desarrollar las comunicaciones y el transporte a fin de articular la economía y sofocar los intereses localistas. El 27 de agosto de 1876

inauguró el servicio telegráfico entre Managua y León, adelanto al que se refirió como “un triunfo de la civilización que simboliza el sentimiento de unión, que nuestros pasados infortunios han despertado en la generalidad de los nicaragienses”. Además, inició la construcción del ferrocarril, confiado en que éste acabaría “por destruir toda pasión lugareña”.¹⁷

¿Unión centroamericana o alianza con Estados Unidos?

Aunque en 1876 se disipó la amenaza de una invasión guatemalteca, las tensiones en el istmo permanecieron candentes hasta la derrota definitiva de Justo Rufino Barrios en 1885. Rodeados por gobiernos liberales llegados al poder por la vía armada, tanto en Costa Rica como en Guatemala, Honduras y El Salvador, las administraciones conservadoras que se sucedieron en Nicaragua durante esta década realizaron enérgicos esfuerzos por consolidar su hegemonía y hacer realidad su providencial “destino geográfico”.¹⁸

A inicios de 1878 Chamorro Alfaro contrató a Aniceto Menocal, ingeniero civil de la Marina norteamericana, para canalizar con explosivos y dragas el río San Juan. En respuesta a algunas protestas por el elevado costo de dicha obra, aseguró que ésta significaría la conservación del destino providencial de Nicaragua, base de su futura grandeza. Ensalzó el proyecto canalero mediante una retórica cargada de símbolos religiosos:

“El dedo de Dios está señalando en esta tierra la ruta del comercio de ambos mundos (...) Hombres de poca fé, que os habeis asustado de la actividad progresista del Gobierno (...) habiendo una voluntad decidida i fé en el progreso, todos los caminos son fáciles, todos los obstáculos son efímeros. El país ha escuchado una voz que le dice: Has dormido mucho tiempo el sueño de la ignorancia sufriendo crueles caidas, muchas angustias i terrores. Despierta á la luz, á la vida del deber para que naciste, i en cuyo cumplimiento no más está la suspirada venturanza. Levántate i sígueme”.¹⁹

Los sucesores de Chamorro Alfaro - Joaquín Zavala (1879-1883), Adán Cárdenas (1883-1887) y Evaristo Carazo (1887-1889) - profundizaron los impulsos modernizantes iniciados en la década

de 1870. Varios ingenieros norteamericanos, alemanes y franceses se radicaron en el país, bajo contrato del Ministerio de Fomento. Los signos del progreso se multiplicaban por doquier. El 30 de enero de 1884 se inauguraron 58 millas de línea férrea entre el puerto marítimo de Corinto y el lacustre de Momotombo, costeadas en su totalidad con recursos nacionales. Cinco barcos de vapor surcaban el lago de Managua para completar la conexión entre la capital y el Pacífico, ruta para exportar la producción de café que para esa fecha ascendía a 5.850.460 libras.

La empatía hacia Estados Unidos se fortaleció, y la élite empezó a enviar a sus hijos a estudiar en las universidades del norte. Asimismo, se fundó un colegio de señoritas en Granada regentado por profesoras norteamericanas bajo contrato gubernamental. En marzo de 1884, la *Gaceta Oficial* anunció con orgullo que el hijo del expresidente Joaquín Zavala había sido admitido en la academia militar de West Point, al igual que el hijo del presidente de Guatemala, Justo Rufino Barrios, siendo éstos los primeros hispanoamericanos en merecer tal distinción.²⁰

Sin embargo, uno de los dilemas más complejos que enfrentaban los gobernantes de Nicaragua seguía girando en torno a la forma de hacer realidad su destino geográfico: construir el canal interoceánico sin perder el control sobre este proyecto clave para constituirse en una nación cosmopolita.

Entre diciembre de 1876 y febrero de 1877 el gobierno del general Chamorro había intentado negociar un tratado canalero con Estados Unidos, pero finalmente desistió ante lo que consideró “excesivas pretensiones” del secretario de estado Hamilton Fish.²¹

Posteriormente, el 27 de febrero de 1879, el ministro de relaciones exteriores Tomás Ayón celebró un contrato para la excavación del canal con Arístides Blanchet, representante de una compañía francesa presidida por Ferdinand de Lesseps.²² Aunque éste no llegó a ser ratificado por el senado, los inversionistas franceses representados por Félix Belly, siguieron gestionando ante el gobierno nicaragüense la obtención de una concesión canalera.

El presidente guatemalteco, Justo Rufino Barrios, percibió la oportunidad de obtener el respaldo de Estados Unidos para su proyecto unionista y en febrero de 1880 confió al representante diplomático norteamericano, Cornelius A. Logan: “(...) que siendo los Estados de Guatemala, Honduras y El Salvador, casi un sólo Gobierno, él tenía el propósito de proclamar su confederación, y hacer

que Nicaragua, de buen grado o por la fuerza, se incorporase a ella". Asimismo, le aseguró su amistad incondicional hacia EE.UU. y su disposición de apoyar "a cualquier compañía americana que quisiera construir el canal, y que no aceptaría que ningún otro estado, por sí sólo (vale decir Nicaragua) reclamara el derecho de disponer sobre la construcción de una obra que afectaba los intereses de todos (...)".²³

Adelantándose a las intenciones de Barrios, el 24 de abril de 1880 el gobierno de Nicaragua otorgó una concesión canalera a Aniceto Menocal, en su calidad de representante de la Provisional Interoceanic Canal Society (después reorganizada como Maritime Canal Company of Nicaragua), una compañía privada norteamericana a cuyo directorio se incorporó posteriormente el expresidente Ulises Grant. Sin embargo, cuatro años después ésta aún no había reunido suficientes fondos como para mostrar un avance significativo en los trabajos, y el contrato estaba a punto de rescindir.

El gobierno norteamericano temió que Nicaragua buscase otra opción en Europa, por lo que el secretario de estado Frelinghuysen envió una propuesta oficial según la cual EE.UU. asumiría la construcción del canal, a cambio de la cesión de las aguas y las islas del lago de Nicaragua, más una franja de territorio de cinco millas de ancho a lo largo de toda la ruta.

La propuesta fue rechazada por el gobierno nicaragüense, ocasión que el presidente guatemalteco Justo Rufino Barrios aprovechó para ofrecer sus buenos oficios como mediador. Escribió al presidente Adán Cárdenas aconsejándole que retirara "(...) toda pretensión exagerada en cuanto a términos de igualdad con los Estados Unidos en el manejo y utilidades, y aceptara, sin más demora, cualesquiera condiciones que aseguraran la construcción del canal."

Barrios procuró convencer a su homólogo nicaragüense con argumentos típicos de la concepción de progreso que sostenía la oligarquía liberal decimonónica: la apertura del canal interoceánico atraería la inmigración masiva de norteamericanos, lo que significaría la regeneración de la indolente raza indígena y mestiza. "¿Qué mejor podríamos desear que el país entero avanzara en todo sentido merced a ese poderoso elemento que destruiría la ignorancia de estas masas que ni sirven ni producen (...) redimiéndolas mediante el estímulo del trabajo y haciéndolas comprender sus derechos y deberes?", razonaba el caudillo guatemalteco en su carta a Cárdenas.²⁴ Sin embargo, éste rechazó la propuesta, argumentando que "desacreditaría al Gobierno de Nicaragua ante la opinión pública";

(por constituir una) violación a la integridad territorial y a la soberanía de la nación.”²⁵

En julio de 1884, Estados Unidos presentó una segunda propuesta de la que eliminó la exigencia de la cesión territorial, pero contemplaba una alianza defensiva que le permitiría ocupar temporalmente la faja canalera en caso de guerra. Cárdenas consultó con una Junta de Notables, entre los que se hallaban cuatro ex presidentes: Fernando Guzmán, quien se pronunció decididamente a favor del tratado, aun cuando éste condujera a una eventual anexión a los EE.UU.; Joaquín Zavala, cuya opinión fue “cautelosamente favorable” al tratado; Pedro Joaquín Chamorro y Vicente Cuadra, quienes se opusieron rotundamente a esa cláusula, aunque aprobaron la continuación de las negociaciones.²⁶

En septiembre de 1884, el ministro norteamericano en Guatemala, Henry C. Hall, transmitió al secretario de estado un nuevo ofrecimiento del presidente guatemalteco: llevar personalmente a Nicaragua la última y definitiva propuesta de Estados Unidos respecto al canal y garantizar su aceptación.²⁷ Previendo las intenciones de Justo Rufino Barrios de forzar la unión centroamericana bajo su propia hegemonía, Cárdenas envió a Joaquín Zavala a Washington a negociar directamente un tratado basado en la segunda propuesta norteamericana.

El 1º de diciembre, éste suscribió con el secretario de estado Frelinghuysen un proyecto de tratado que estipulaba la posesión conjunta del futuro canal interoceánico, así como el compromiso de Estados Unidos de velar por la integridad territorial de Nicaragua. De acuerdo al artículo VII, Nicaragua se reservaba el ejercicio de la jurisdicción civil sobre la faja canalera “en tiempo de paz”; cláusula que, por omisión, dejaba ese estratégico territorio en manos de Estados Unidos en tiempo de guerra. El 7 de enero de 1885, la *Gaceta Oficial* publicó una carta del ministro de gobierno de Honduras, Gerónimo Zelaya, congratulando al presidente Cárdenas por la firma de dicho tratado en los siguientes términos:

Nicaragua necesitaba lanzarse animosa y audaz en las vías del progreso moderno, sin esas nimias desconfianzas, sin esa estrechez de miras y esa pequeñez de espíritu, que no permiten á los pueblos su pronto y feliz desarrollo. Nicaragua necesitaba imitar a México (...) que se encuentra ya en activo é inmediato contacto con el pueblo mas grande de la tierra, recibiendo dia por dia, el soplo fecundo,

vivificador, de su civilización, de su libertad, de sus costumbres, de su trabajo, de su ciencia, artes, industria, comercio, en una palabra, el soplo vital, animador, de ese progreso jigante y magnífico, que convierte en ciudades los desiertos, que centuplica la fuerza del hombre con la ingeniosa y potente máquina, de ese progreso que lo hace cosmopolita, ciudadano de todas las naciones, llevado en alas del vapor á través de los mares, de los valles y las montañas (...)"²⁸

Sin embargo, la reacción de Gran Bretaña, que acusó a Estados Unidos de violar los acuerdos de 1850, aunado al triunfo del partido de oposición en las elecciones norteamericanas unos meses más tarde, impidió la ratificación inmediata del tratado canalero; por lo que Frelinghuysen decidió someterlo nuevamente a la consideración del congreso en el siguiente período de sesiones a iniciarse en marzo de 1885.

El 28 de febrero, pocos días antes de la apertura de las deliberaciones en el congreso norteamericano, el presidente Barrios decretó la unión de Centroamérica bajo su mando como supremo jefe militar. En el artículo noveno de su proclama, estipulaba que el nuevo gobierno regional no reconocería ninguna negociación de territorio o tratado internacional llevado a efecto por cualquiera de los otros Estados del istmo, a partir de esa fecha.

En respuesta, el congreso de Nicaragua lanzó un manifiesto, denunciando el ultraje a la "honra y la dignidad de la Nación", y acusó a Barrios de entorpecer las iniciativas del gobierno para hacer realidad el proyecto canalero. Aseguró, además, que la construcción del canal beneficiaría a todas las repúblicas centroamericanas y, sobre todo, sentaría las bases de su fusión en "un solo cuerpo de nación, bajo los auspicios más favorables para su progreso y con el apoyo y consejo de la Gran República Americana".²⁹

En síntesis, el discurso oficial generado durante el conflicto con Barrios ratificó la disposición de Nicaragua de volver a la unión centroamericana, siempre que ésta condujese a reforzar los ideales republicanos según el modelo de Estados Unidos, y no a una dictadura personalista como la que encarnaba Barrios.³⁰

Según las crónicas de la época, se produjo un masivo alistamiento voluntario de tropas, al frente de las cuales se colocó el presidente Adán Cárdenas, luego de delegar el poder ejecutivo en Pedro Joaquín Chamorro. Al final, la ocasión de poner a prueba la nascente alianza militar entre Estados Unidos y Nicaragua no llegó a presen-

tarse. El dos de abril Barrios caía en la Batalla de Chalchuapa, sin enterarse que días antes el presidente Cleveland había sepultado el proyecto de Tratado Zavala-Frelinghuysen por considerarlo perjudicial a sus relaciones con Gran Bretaña.

Historiografía e idea nacional

Durante los Treinta Años Conservadores se auspició la publicación de la primera obra oficial de historia patria, escrita por Tomás Ayón en 1882. Ésta contribuyó a crear otro elemento fundamental del imaginario nacional: la idea de que los nicaragüenses constituían una colectividad con un pasado común “desde los tiempos más remotos”.³¹

La obra de Ayón proporcionaba también un basamento histórico a los esfuerzos por promover un sentido de identidad nicaragüense en torno a un concepto del mestizaje compatible con el ideal cosmopolita.

Ayón retomó el estereotipo del “buen salvaje” para describir a los indígenas, y denunció las crueldades cometidas por los conquistadores en contra de aquellos “sencillos e inermes moradores del nuevo Continente”.³² Sin embargo, se cuidó de aclarar que tales crímenes habían ocurrido a espaldas del gobierno español, que se hallaba animado de las mejores intenciones en favor de los naturales del país:

“Hacer luz en las tinieblas en que se hallaba la raza americana; traer la civilización á su barbarie; cambiar su idolatría en elevados sentimientos morales; modificar sus costumbres selváticas, enseñándole la vida de los pueblos civilizados: esa debió ser la acción benéfica de la conquista, esa la gloria positiva de la nación conquistadora, si los capitanes que tomaban posesión del Nuevo Mundo hubieran cumplido con puntualidad las disposiciones de los soberanos de Castilla.”³³

A pesar del “funesto extravío” de los conquistadores que habían esclavizado a los aborígenes, creados por la naturaleza en la más completa libertad, era preciso reconocer los considerables beneficios que la introducción del “elemento europeo” había significado para las nuevas generaciones resultantes del mestizaje. Ayón explicó:

“No nos proponemos enumerar todos los beneficios que produjo la conquista: baste decir que ella constituye la base de la actual civilización hispano-americana, y que preparó a estos países un destino mejor, porque cambiando la condición de sus habitantes, les hizo conocer los derechos del hombre en sociedades organizadas, y más tarde, cuando ellos recobraron su independencia, pudieron tomar el cuidado de conducirse por sí mismos y procurar su felicidad, como lo practican las naciones libres.”³⁴

Estos beneficios, sin embargo, no fueron extensivos a la raza indígena. Aunque por la “suavidad de su carácter” se hallaban pre-dispuestos a civilizarse, permanecieron en “su primitiva oscuridad”, sepultados en las minas de oro y plata, desnudos y hambrientos en medio de la abundancia, aplastados por el yugo del trabajo forzoso y el látigo de los encomenderos.³⁵ De esta lógica, los nuevos gobernantes de la nación mestiza deducían su obligación de “redimir” a los indígenas que, aislados en sus comunidades ancestrales, aún vivían en las tinieblas, aferrados a sus costumbres primitivas.

Tal noción se materializó en una serie de políticas oficiales dirigidas a asimilar culturalmente a los indígenas dentro del patrón cultural mestizo, e inculcarles un sentido de obligación hacia el Estado, como impulsor del “progreso nacional”. En reacción, el 30 de marzo de 1881 alrededor de mil indios atacaron el pueblo de Matagalpa, cansados de los trabajos forzosos a que eran sometidos en las obras de extensión de las líneas del telégrafo hasta ese departamento.

El ministro de guerra coronel Joaquín Elizondo, quien encabezó las operaciones militares para aplastar la rebelión indígena, recomendó al gobierno sustituir las estructuras de autoridad autóctonas de la comunidad por un régimen político similar al de los demás poblados mestizos. Asimismo, sugirió obligar a los indios dispersos en las cañadas rurales a “vivir en población”, propuesta republicana inspirada en una vieja práctica colonial.³⁶ Las recomendaciones del ministro, en suma, reflejaban el criterio compartido por buena parte de la élite, de que la rebelión indígena era una manifestación de “la lucha de la barbarie contra la civilización, de las tinieblas contra la luz, de la holgazanería contra el trabajo.”³⁷

Las políticas de integración forzosa de los indígenas al patrón cultural y político “nacional” cobrarían fuerza bajo el régimen liberal del presidente José Santos Zelaya (1893-1909). En 1894, éste

ordenó la ocupación militar de la Mosquitia, e impuso la enseñanza obligatoria en idioma español a las etnias originarias del litoral de habla miskita, sumo, rama y creole.³⁸

Dicho decreto se justificó en la obligación que tenía el ilustrado gobierno nacional de “arrastrar” a los indígenas fuera de su aislamiento, enseñarles sus derechos e inculcarles sus deberes ciudadanos.³⁹ Los liberales, aseguró el ministro de instrucción pública, eran los llamados a: “(...) traer á la vida civilizada aquellas tribus errantes, despertándoles el amor al trabajo que daría elementos útiles para las diferentes empresas y cultivándoles esos hábitos sociales que hacen para el individuo un medio de bienestar y adelanto”.⁴⁰

Dentro de su empeño por extender el patrón cultural hispanoamericano en todo el territorio, en 1906 Zelaya también decretó la abolición de las comunidades indígenas de las regiones del Pacífico y norte del país, así como la privatización de sus tierras ancestrales.⁴¹ Estos decretos integracionistas se hallaban inspirados en los planteamientos de los reformadores ilustrados del Siglo de las Luces, amalgamados con el darwinismo social por el liberalismo positivista de fines del XIX.⁴²

Discurso nacionalista y sincretismo ideológico

El sincretismo de elementos tomados de la ideología liberal y de la doctrina católica fue un rasgo característico del discurso nacionalista empleado por los gobernantes de los Treinta Años Conservadores. Refleja, por un lado, el reconocimiento de que la religión constituía uno de los escasos vínculos culturales entre los diferentes sectores en que se hallaba dividida la sociedad. Por otra parte, revela que los gobernantes de este período no eran inmunes al atractivo del liberalismo, aunque sus principios eran interpretados y acomodados a la ideología oficial de su propio partido político.

Este sincretismo es especialmente notorio en los esfuerzos de la élite por divulgar su visión de la comunidad política entre el pueblo. Para citar un ejemplo, en 1887 el presidente Evaristo Carazo auspició la publicación de un *Catecismo Político*, destinado a preparar a los artesanos para participar como ciudadanos activos en la “nueva era liberal” abierta por su administración. En el prólogo, su autor, el destacado jurista Jesús Hernández Somoza, quien se iden-

tificaba como “un modesto obrero de la inteligencia”, precisó los objetivos del texto:

“Al lado, pues, de la Doctrina Cristiana, pongamos la Doctrina Política; al lado del Catecismo de la Religión, el Catecismo del Derecho Político; venga una lección de cada uno; poséanse ambos; el ciudadano nicaragüense sea a la vez hombre religioso y hombre político”.⁴³

En el *Catecismo Político* se explica que la soberanía del Estado nicaragüense se originaba en el “pacto social” cristalizado en “la fecha gloriosa de 1821”, cuando el pueblo se levantó unánime en contra de la tiranía colonial. A su vez, la soberanía popular se expresaba en el derecho general al sufragio, mediante el cual se delegaba el poder en “hombres superiores y más capaces para el mando, que se elevan sobre el nivel común de los demás”, como resultado de la “desigualdad natural” entre los miembros de la especie.⁴⁴ Mediante este razonamiento, se proyectaba la imagen de una comunidad política igualitaria, componente esencial de la idea de nación, a la vez que se justificaba el carácter elitista del Estado oligárquico.

Otra curiosa adaptación del legado de la Revolución Francesa consistía en presentarlo como un derivado de la doctrina cristiana. Según la lógica del *Catecismo Político*, el principal deber de los ciudadanos era el respeto mutuo de sus derechos; la Justicia aseguraba el cumplimiento de ese precepto, pero a la vez, su consolidación dependía de que prevaleciera el amor al prójimo, expresado mediante la Caridad. “De aquí los tres preceptos de Jesucristo, el ilustre autor de la doctrina que profesa el pueblo, de Libertad, Igualdad y Fraternidad; tres principios en virtud de cuya predicación murió atravesado por tres clavos que en una cruz dejaron para siempre redimida a la humanidad”, explicaba el autor de este interesante texto.⁴⁵

Sin embargo, es importante notar que el empleo de elementos tomados del cristianismo, no implicaba una sujeción a la Iglesia Católica. Por el contrario, en el *Catecismo Político* encontramos vehementes argumentos en favor de la libertad de creencias, según el modelo norteamericano. Después de una explicación sobre las distintas religiones del mundo y de las “sectas” en que se hallaba dividido el cristianismo, el autor proclamó que “el Estado no debe proteger una Religión determinada, subvencionando su clero y culto con millares improductivos, que paga el pueblo contra su voluntad”.

Asimismo, recomendaba establecer en cada municipio un registro civil para inscribir los matrimonios contratados por los creyentes de todas las religiones, próximos a llegar el día que la inmigración extranjera invadiera las costas nicaragüenses.⁴⁶ Como vemos, la imagen de la nación cosmopolita también está presente en el *Catecismo Político*, y en función de ella se fue construyendo una religión cívica a partir del sincretismo de los elementos culturales predominantes.

Los esfuerzos por construir la lealtad popular en torno al Estado nicaragüense no inhibió al autor de esta obra de promover el ideal unionista. Sin embargo, aclaró que este pacto debía tener como resultado una confederación, en la que cada Estado conservase su soberanía, así como la total independencia en la administración económica y gobierno interno, reservando para la nación centroamericana tan sólo el cuidado de los “intereses generales comunes”. El modelo confederal no era percibido, pues, como una opción incompatible con los proyectos estatales de los países de la región, sino por el contrario, como una garantía para la consolidación de sus respectivas hegemonías.⁴⁷

Es interesante notar que el autor del *Catecismo Político* reconoce la existencia de seis Estados en el istmo centroamericano: Quezaltenango, Guatemala, El Salvador, Honduras, Nicaragua y Costa Rica, atendiendo a que cada uno de éstos formaba una “agrupación de territorio” cuya población compartía las “mismas costumbres y carácter, legislación, historia y aspiraciones especiales y distintas de las demás”. Es decir, justifica la formación de un Estado en base a criterios territoriales, culturales e históricos, así como en la comunidad de intereses particulares; mientras que la legitimidad de la nación centroamericana se derivaría del pacto político entre los Estados.⁴⁸

Hernández Somoza abunda en ejemplos de los beneficios que se obtendrían de este pacto confederal: la reducción de costosas burocracias, el establecimiento de una contribución única, y la posibilidad de construir grandes obras de infraestructura económica. Concluía, pues, que los pueblos del istmo debían constituirse cuanto antes en una “república (ó gobierno de muchos), democrática (ó popular, porque todas las clases de la Sociedad forman el pueblo), federal (ó basada en la alianza, convenio ó contrato entre todas las entidades políticas, llámense Estados, provincias, cantones ó departamentos, de la Nación Centro Americana”.⁴⁹

Destino geográfico versus Destino Manifiesto

Los intelectuales y políticos que lideraron la Revolución Liberal de 1893 tampoco percibían contradicción alguna en definir a Nicaragua como “nación libre, soberana e independiente” y, al mismo tiempo, como “una sección disgregada de la República de Centro América”. Así lo consignaron en los primeros dos artículos de la nueva Constitución Política, en la que también reconocieron la “necesidad primordial” de volver a la unión regional.⁵⁰

El mensaje central del discurso pronunciado por José Santos Zelaya, en el primer aniversario de su gobierno, evidencia más continuidad que ruptura en las grandes metas en torno a las cuales se imaginó la comunidad política a lo largo del siglo XIX: “Dos obras grandiosas se agitan en este momento en la esfera de lo posible, y parecen prontas á resolverse: el canal de Nicaragua y la unión de Centro América. La primera ha de hacer de nuestra patria un emporio; y la segunda la hará digna de figurar entre las naciones.”⁵¹ Paradójicamente, este proyecto nacional, construido en torno a dos metas cuya cristalización dependía más de factores externos que de los esfuerzos de sus promotores, generó contradicciones de tal magnitud que lo hicieron insostenible.

En junio de 1902, el congreso de Estados Unidos votó a favor de construir el canal interoceánico por Panamá en vez de Nicaragua.⁵² Por lo general, la historiografía nicaragüense atribuye esta decisión al supuesto hecho de que durante las cruciales negociaciones canaleras desarrolladas entre 1901 y 1902, “Zelaya se mantuvo firme en su negativa a ceder a los EE.UU. la jurisdicción civil sobre la faja territorial a lo largo de la ruta”.⁵³

Sin embargo, tal como argumenta Michel Gobat, el presidente Zelaya suscribió, en mayo de 1902, “un tratado propuesto por el gobierno norteamericano en el que se reservaba no sólo la propiedad del canal nicaragüense a perpetuidad, sino también la exclusiva autoridad policial dentro de una zona de seis millas de ancho a lo largo de la ruta canalera, así como el derecho a emplazar tropas en la misma”.⁵⁴

A juicio de Gobat, la opción del congreso de Estados Unidos no fue una reacción ante la supuesta firmeza nacionalista de Zelaya, sino resultado de la habilidad del “lobby panameño”, cuya táctica maestra consistió en entregar a cada uno de los legisladores una estampilla postal nicaragüense que mostraba al volcán Momotombo en erupción.

Tres días antes de la crucial votación había estallado el volcán Mont Pelée, causando la muerte de cuarenta mil habitantes de la isla caribeña de Martinica. En este contexto, la ausencia de volcanes en el istmo de Panamá representaba una innegable ventaja. Además, los partidarios de la ruta panameña argumentaban que esta opción resultaría más barata, no sólo por las características de su territorio, sino también por la existencia de un ferrocarril y trabajos de excavación iniciados por los franceses en la década de 1880.⁵⁵

Una vez que Estados Unidos inició las obras de ingeniería en la ruta panameña, Zelaya procuró interesar a los gobiernos de Gran Bretaña, Francia, Alemania y Japón a invertir en la construcción del canal por Nicaragua. Además, desafió la política exterior de esta potencia anunciada en el Corolario Roosevelt a la Doctrina Monroe, al contratar un empréstito con el Sindicato Ethelburg de Inglaterra para construir un ferrocarril desde el lago de Nicaragua hasta el puerto de Monkey Point, en la costa sur oriental del país. Finalmente, Zelaya promovió con beligerancia la unión centroamericana bajo su liderazgo personal, lo que Estados Unidos interpretó como una amenaza para sus intereses estratégicos en la región. En 1909, Washington rompió relaciones con el gobierno de Zelaya, y restauró a los conservadores en el poder.⁵⁶

En 1912, la élite conservadora solicitó nuevamente la intervención norteamericana para apuntalar al frágil gobierno de Adolfo Díaz frente a una rebelión interna. Los infantes de la Marina se quedaron en Nicaragua hasta 1933, y con ellos desembarcaron los agentes de la Diplomacia del Dólar y de los banqueros de Wall Street, que tomaron el control del presupuesto del Estado y del Banco Nacional. Bajo la ocupación militar, en 1914 el Partido Conservador otorgó a Estados Unidos derechos exclusivos y perpetuos sobre la ruta canalera de Nicaragua mediante la firma del Tratado Chamorro-Bryan. El mito del canal como símbolo del progreso y el sueño de la “nación cosmopolita” pareció quedar en el olvido.

Citas y notas

- 1 KINLOCH, *Historia de Nicaragua*, 2012, ob. cit., pp. 190-191.
- 2 BURNS, Bradford, *Patriarch and Folk: The Emergence of Nicaragua, 1798-1858*. Harvard University Press, Cambridge, Ma., 1991, pp. 211-237.
- 3 FUMERO VARGAS, Patricia, “De la Iniciativa Individual a la Cultura Oficial: El caso del General José Dolores Estrada. Nicaragua, Década de 1870”, en: *Nicaragua en busca de su identidad*, (Frances Kinloch T., editora), Nicaragua: Instituto de Historia de Nicaragua, Universidad Centroamericana, 1995, pp. 307-350.
- 4 FUMERO, ob. cit., p. 315.
- 5 Documento reproducido en SALVATIERRA, Sofonías, 1950, ob.cit., p.163.
- 6 MACK, 1944, p. 207-212.
- 7 NICARAGUA, *Memoria de Relaciones Exteriores, 1877*. Correspondencia varia y decretos relativos al conflicto fronterizo con Costa Rica, hasta la ruptura de relaciones con ese gobierno en noviembre de 1876.
- 8 “Carta del Pdte. Pedro Joaquín Chamorro al Pdte. Tomás Guardia”, 27 de enero de 1876. Reproducida en: ESCOBAR, Esteban, *Biografía del General don Pedro Joaquín Chamorro, 1818-1890*. Managua: Tipografía La Prensa, 1935, p. 99.
- 9 El pequeño ejército organizado por Jerez se denominó la “Falange”. Sobre el resultado de esta expedición, ver: GUZMÁN, Enrique, “Diario Íntimo”, reproducido en suplementos de *Revista Conservadora*, Volumen I, Números 1, 2 y 3. Managua, 1960.
- 10 “Pedro Joaquín Chamorro, Presidente Constitucional de la República de Nicaragua, a sus habitantes, Managua, mayo 15 de 1876”, en: ESCOBAR, ob.cit., pp. 106-110.
- 11 “El Ministro de Relaciones de Nicaragua, don A. H. Rivas, explica la conducta leal y pacífica de su país en los conflictos de Centro América”, Managua, septiembre 5 de 1876. En: *Escritos de Anselmo H. Rivas*. Managua: La Prensa, 1936, pp. 217-232.
- 12 IBARRAMAYORGA, Salomón, *Monografía del Himno Nacional de Nicaragua*, Nicaragua: Publicaciones del Ministerio de Relaciones Exteriores, Mayo de 1955, pp. 10-12.
- 13 IBARRA MAYORGA, 1955, p. 2-10.
- 14 Sobre este tema, ver: ANDERSON, 1991; HOBSBAWM, 1988; y HOBSBAWM, Eric, “Mass producing traditions: Europe, 1870-1914”, en: NOSSITER, T.J., et.al., eds., *Imagination and Precision in the social sciences*, Faber and Faber, 1972, pp. 386-406.
- 15 ESCOBAR, 1935, pp. 149-152.
- 16 ESCOBAR, 1935, p. 170; y “Decreto del 8 de marzo de 1877”, reproducido en p. 367.
- 17 Documento reproducido en: ESCOBAR, 1935, p. 158.
- 18 A partir de la década de 1870, los liberales empezaron a tomar el poder mediante acciones armadas en todo el istmo. Las llamadas “revoluciones liberales” se iniciaron en Costa Rica con el golpe militar del General Tomás Guardia en 1870; y con invasiones armadas, encabezadas el Gral Miguel García Granados en Guatemala (1871); por el Gral. Ponciano Leiva en Honduras (1873); y por Rafael Zaldívar en El Salvador (1876). En Nicaragua, la “revolución liberal” ocurrió tardíamente, liderada por José Santos Zelaya en 1893.
- 19 *Gaceta Oficial*, Managua, sábado 9 de febrero de 1878.
- 20 *Gaceta Oficial*, Managua, 6 de marzo de 1884.
- 21 Las notas cruzadas entre Fish y Cárdenas se hallan en la *Memoria de Relaciones Exteriores de 1879*, así como en la *Gaceta de Nicaragua* del año 1877, ambas citadas en ESCOBAR, ob.cit., p. 178.

- 22 ESGUEVA, Antonio, "Documentación histórica del Río San Juan", (fotocopia).
- 23 "Logan a Evarts", N°61, Correspondencia Secreta, 6 de febrero de 1880. Despachos de la América Central, Vol. 16. Citado en: RIPPY, J. Fred, "La Unión de Centroamérica, el canal por Nicaragua y Justo Rufino Barrios", en: *Revista Conservadora* VII(45):16, Managua: Editorial Alemana, junio 1964.
- 24 RIPPY, ob.cit., p. 17.
- 25 RUSSEL, Wallace E., "El Tratado de canal Zavala Frelinghuysen", Ph.D. diss., Eastern Washington State College, 1955. Reproducido en Libro del Mes, *Revista Conservadora del Pensamiento Centroamericano*, XXII (108):8, septiembre 1969, p. 19.
- 26 Idem, p. 20-21.
- 27 "Hall a Frelinghuysen, Telegrama en clave, septiembre 28 de 1884." Despachos de la América Central, Vol. 23. En: RIPPY, ob. cit., p. 18.
- 28 *Gaceta Oficial*, Managua, 7 enero de 1885.
- 29 "Manifiesto que el soberano congreso de la Republica de Nicaragua dirige a sus comitentes y a los demas pueblos de Centro-america." *Gaceta Oficial*, Managua, 16 de marzo de 1885.
- 30 RUSSEL, ob.cit., p. 39, y ESCOBAR, ob.cit., p. 325. Ver también: "Manifiesto del 10 de marzo de 1885", en: ESCOBAR, p. 327.
- 31 AYÓN, Tomás, *Historia de Nicaragua, desde los tiempos más remotos hasta el año de 1852*, (1 ed. Managua, 1882); 3a. ed., Nicaragua: Fondo de Promoción Cultural BANIC, 1993.
- 32 AYÓN, 1993, p. 16.
- 33 AYÓN, 1993, p. 19.
- 34 AYÓN, 1993, p. 18.
- 35 AYÓN, 1993, p. 46.
- 36 *La Gaceta*, Junio 6 de 1881. Citado en: GOULD, Jeffrey L., "¡Vana Ilusión! The Highlands Indians and the Myth of Nicaragua Mestiza. 1880-1925", *Hispanic American Historical Review*, 73:3, Duke University Press, 1993.
- 37 *La Gaceta*, Septiembre 29 de 1881. Cita tomada de GOULD, 1993.
- 38 El decreto ordenaba que todos los centros educativos, tanto públicos como privados, se sujetaran al Reglamento oficial y desarrollaran los programas de estudio en español. Ver: B. Sotomayor, *Memoria de Instrucción Pública*. Managua: Compañía tipográfica Internacional. 1904, p. 5. Citado por: RODRÍGUEZ ROSALES, Isolda, "Educación asimiladora en el litoral atlántico. Nicaragua, 1893-1909", en: *Memoria: Política, Cultura y Sociedad en Centroamérica. Siglos XVIII-XX*, (VANNINI, M. y KINLOCH, F. editoras), Nicaragua: Instituto de Historia de Nicaragua y Centroamérica (IHNCA-UCA), 1998, pp. 126-127.
- 39 *Memoria de Instrucción Pública*, 1904, p. 296. Tomado de: RODRÍGUEZ ROSALES, 1998.
- 40 J. Sansón. Ministerio de Instrucción Pública. *Memorias...* 1898, p. XXXI, en: RODRÍGUEZ ROSALES, 1998.
- 41 GOULD, Jeffrey L., "¡Vana ilusión!" Los indios de Matagalpa y el mito de la Nicaragua mestiza. 1880-1925", en: *Taller de Historia*, N° 6, Nicaragua: Instituto de Historia de Nicaragua, 1994, p. 71.
- 42 WOODWARD, Ralph Lee, Jr., "Pensamiento Científico y Desarrollo Económico en Centroamérica, 1860-1920", en: *Revista del Pensamiento Centroamericano*, 36(172-173): 73, Managua, Nicaragua: Imprenta Don Bosco, Julio-Diciembre 1981.
- 43 HERNANDEZ SOMOZA, Jesús, *Catecismo Político, arreglado para la enseñanza de la juventud nicaragüense, según los principios del publicista Sr. Domenech. Obra*

- impresa por disposición del Coronel don Evaristo Carazo, Presidente de la República, á iniciativa del señor ex-Presidente General don Fernando Guzmán, actual Ministro de Instrucción Pública.* Managua: Tipografía de Managua, 1887.
- 44 Idem, pp. 48-49.
 - 45 Idem, p. 134.
 - 46 Idem, p. 166.
 - 47 En efecto, tal como señala Arturo Taracena en su artículo: "Reflexiones sobre la Federación Centroamericana", las guerras que llevaron a la disolución de la República Mayor en la primera mitad del siglo XIX no fueron el resultado de un enfrentamiento entre unionistas y separatistas, sino entre centralistas y confederalistas. TARACENA ARRIOLA, Arturo, "Reflexiones sobre la Federación Centroamericana, 1823-1840", en: *Revista de Historia*, N° 2, N° especial 1992-1993, Managua: Instituto de Historia de Nicaragua, 1993, pp. 8 y 11.
 - 48 HERNANDEZ SOMOZA, ob.cit., p. 116.
 - 49 Idem, p. 107-113.
 - 50 ALVAREZ LEJARZA, Emilio, *Ensayo histórico sobre el derecho constitucional de Nicaragua*, s.p.i., 1936, pp. 236 y 288. La Constitución Política decretada el 10 de diciembre de 1893, dice en su artículo primero: "*Nicaragua es una sección disgregada de la República de Centro América. En consecuencia reconoce como una necesidad primordial volver a la Unión con las demás secciones de la República disuelta*". En el artículo segundo, se consigna que: "*Nicaragua es Nación libre, soberana e independiente*". Posteriormente, en la Constitución Política de 1905, encontramos los mismos términos de esta definición, aunque en el orden inverso: "*Nicaragua es nación libre, soberana e independiente; pero se considera como una sección disgregada de la República Centroamericana*."
 - 51 ZELAYA, José Santos, "Proclama del Señor Presidente de la República", León, 11 de julio de 1894. Reproducida en: *El Gobierno Liberal de Nicaragua: Documentos, 1893-1908*. Managua: Tipografía y Encuadernación Internacional, 1909.
 - 52 FINDLING, John Ellis, "The United States and Zelaya: a study in the Diplomacy of Expediency", Ph.D. diss., The University of Texas at Austin, 1971. Ver Capítulo V, pp. 106-133. Basándose en una abundante correspondencia diplomática de la época, Findling ofrece un detallado estudio sobre el curso de las negociaciones y las cruciales discusiones que culminaron el 17 de marzo de 1903, con la aprobación por el Senado norteamericano de la opción canalera por el istmo de Panamá.
 - 53 Véase, por ejemplo, mi artículo titulado "El Canal Interoceánico en el Imaginario Nacional. Nicaragua, Siglo XIX", *Taller de Historia* N° 6, *Nación y Etnia. ¿Identidad natural o creación cultural?* Managua, Instituto de Historia de Nicaragua, Universidad Centroamericana (UCA), 1994, p. 52.
 - 54 El texto del tratado se encuentra en la Biblioteca del Congreso, Congressional Research Service, *Background Documents Relating to the Panama Canal*, Washington, DC.: Govenment Printing Office, 1977, pp. 169-75. Véase: GOBAT, Michel, *Enfrentando el Sueño Americano. Nicaragua bajo el dominio imperial de Estados Unidos*. Managua: IHNCA-UCA, 2010, pp. 114 y 129.
 - 55 GOBAT, 2010, ob. cit., p. 115.
 - 56 ZELAYA, José Santos. "Refutación a la Nota Knox", en *Pensamiento Antimperialista en Nicaragua*, Instituto de Estudio del Sandinismo, Managua: Editorial Nueva Nicaragua, 1982, pp. 73 y sigs.

Bibliografía

Fuentes primarias

I. Periódicos (1838-1858)

I.1 Artículos

“Máximas”, *Mentor Nicaragiense*, N° 3/4, sábado 20 de noviembre de 1841.

“Mas Managua”, en: *El Ojo del Pueblo*, N° 14, Granada, febrero 17 de 1844.

“El Monasterio de San Justo”, *El Ojo del Pueblo*, N° 16, Granada, marzo 2 de 1844.

“Noticias de Méjico y Tejas”, en: *Registro Oficial*, N° 53, León, enero 24 de 1846.

Sobre las naciones representativas del espíritu de progreso, en: *Registro Oficial*, N° 98, San Fernando, enero 16 de 1847.

Llamado a Legisladores a ser dignos discípulos de Washington, en: *Registro Oficial*, N° 100, San Fernando, 30 de enero 1847.

“Noticias Extranjeras”, en: *El Correo del Istmo de Nicaragua*, N° 3, León, junio 1° de 1849.

“Noticia Extraordinaria”, en: *El Correo del Istmo de Nicaragua*, N° 5, León, julio 1° de 1849.

“Noticias Extranjeras”, en: *El Correo del Istmo de Nicaragua*, N° 25, León, marzo 29 de 1850.

Artículo sobre agresiones británicas en San Juan del Norte, en: *El Correo del Istmo de Nicaragua*, N° 28, León, abril 18 de 1850.

“Nicaragua y el Excmo. Sr. Squier”, en: *El Correo del Istmo de Nicaragua*, N° 35, León, junio 6 de 1850.

Artículo sobre pugnas entre esclavistas y abolicionistas en Congreso norteamericano, en: *El Correo del Istmo de Nicaragua*, N° 37, León, junio 27 de 1850.

Noticias Extranjeras (opiniones sobre el proyecto de Tratado Clayton-Bulwer en prensa norteamericana), en: *El Correo del Istmo de Nicaragua*, N° 40, León, julio 18 de 1850.

“El Polvón”, en: *El Correo del Istmo de Nicaragua*, N° 41, León, julio 25 de 1850.

Noticias Extranjeras (opiniones sobre el proyecto de Tratado Clayton-Bulwer en prensa norteamericana), en: *El Correo del Istmo de Nicaragua*, N° 44, León, agosto 15 de 1850.

“Don Bárbaro”, (folletín sobre costumbres) en: *El Correo del Istmo de Nicaragua*, N° 44, León, agosto 15 de 1850.

Artículo sobre el proyecto de Tratado Clayton-Bulwer, en: *El Correo del Istmo de Nicaragua*, N° 46, León, agosto 29 de 1850.

El Correo del Istmo de Nicaragua, N° 47, León, septiembre 5 de 1850. (Sobre libro de George Byam)

“El Señor Squier”, en: *El Correo del Istmo de Nicaragua*, N° 50, León, septiembre 26 de 1850.

“Squier: Confidencial. Al Honorable H.S. Foote”. En: *El Correo del Istmo de Nicaragua*, N° 64, León, enero 2 de 1851.

“Squier”, en: *El Correo del Istmo de Nicaragua*, N° 65, León, enero 9 de 1851.

“A ultima hora”, noticia informando sobre terremoto en Costa Rica, *El Correo del Istmo de Nicaragua*, N° 77, León, abril 3 de 1851.

“Discurso de toma de posesión del Presidente Pierce”, reproducido en: *Gaceta Oficial de Nicaragua*, Tomo 1, N° 71, 16 de (mes ilegible) de 1853.

Artículo sobre misión de Máximo Jerez en Washington, traducido del *Herald de Nueva York*. En: *El Nacional*, Tomo 1, N° 21, León, octubre 30 de 1858.

“Noticias extranjeras que afectan la de Centro America”, en: *El Nacional*, N° 4, León, julio 5 de 1858.

“A la Crónica”, en: *Gaceta de Nicaragua*, Tomo II, N° 3, Managua, enero 30 de 1858.

Artículo sobre reacción de Inglaterra, Francia y Cerdeña ante la protesta norteamericana por la declaratoria de Mora y Martínez, en: *El Nacional*, Tomo I, N° 21, León, 30 de octubre de 1858.

I.ii Correspondencia Diplomática

AYCINENA, P. de, “Respuesta del gobierno de Guatemala al de Nicaragua en torno a propuesta unionista del Presidente Martínez”, en: *Gaceta de Nicaragua*, Tomo II, N° 20, Managua, junio 12 de 1858.

BUITRAGO, Pablo, “A los Gobiernos de Centro América”, León, octubre 19 de 1849. En: *El Correo del Istmo de Nicaragua*, N° 15, León, diciembre 1° de 1849.

“De Pablo Buitrago a F. Chatfield”. Ministerio de Relaciones del SG del E de Nic, León, 24 de octubre de 1849. En: *El Correo del Istmo de Nicaragua*, N° 27, León, abril 11 de 1850.

“Buitrago a Chatfield”, octubre de 1849, en: *El Correo del Istmo de Nicaragua*, N° 32, León, 16 de mayo de 1850.

“Nueva discusión entre el agente de S.M.B. y el Gobierno Supremo de Nicaragua, sobre los derechos territoriales de este Estado, en su costa norte,

- llamada de mosquitos”, en: *El Correo del Istmo de Nicaragua*, Números 27 al 32, correspondientes al período entre el 11 de abril y el 16 de mayo de 1850.
- CALVO, Joaquín Bernardo, “Nota del Ministerio de Relaciones y Gobernación de Costa Rica N° 38”, San José, mayo 20 de 1848. Al Sr. Ministro de Relaciones Exteriores del Supremo gobierno del Estado de Nicaragua”. En: *El Correo del Istmo de Nicaragua*, N° 50, León, septiembre 26 de 1850.
- “Respuesta de Calvo a reclamación de Nicaragua sobre camino a San Carlos y colonización de Bagaces”, San José, octubre 8 de 1850. En: *El Correo del Istmo de Nicaragua*, N° 57, León, octubre 8 de 1850.
- COSTA RICA, “Comunicado. Legación de Costarrica cerca de Nicaragua”, en: *Registro Oficial*, N° 78, Santiago de Managua, 18 de julio de 1846.
- CHATFIELD, Frederick, “Últimas comunicaciones del Cónsul de S.M.B.”, en: *El Ojo del Pueblo*, N° 12, Granada, febrero 3 de 1844.
- “Carta del Consulado Británico en Centro-América. Al Secretario principal del Supremo Gobierno del Estado de Nicaragua. Guatemala, agosto 3 de 1846”, en: *Registro Oficial* N° 99, Santiago de Managua, enero 23 de 1847.
- “Chatfield a Pablo Buitrago”, Guatemala, 5 de septiembre de 1849, en: *El Correo del Istmo de Nicaragua*, N° 28, León, abril 18 de 1850.
- “Chatfield a Salinas”, Guatemala, 2 de septiembre de 1850, en: *El Correo del Istmo de Nicaragua*, N° 53, León, octubre 17 de 1850.
- FOSTER, John, “Al Sr. Secretario de Relaciones del Supremo Gobierno del Estado de Nicaragua, de Juan Foster, Vice-Cónsul Británico”, Realejo, Enero 15 de 1847. En: *Registro Oficial*, N° 100, Managua, enero 30 de 1847.
- MOLINA, Felipe, *Memoria sobre las Cuestiones de Límites que se versan entre la República de Costa-Rica y el Estado de Nicaragua*, reproducida por entregas y comentada por el editorialista de *El Correo del Istmo de Nicaragua*, a partir del número 71, León, febrero 20 de 1851.
- MONTENEGRO, José de, “Reclamación” al gobierno de El Salvador por apoyo brindado a José María Valle, en: *Registro Oficial*, N° 53, Managua, enero 24 de 1846.
- “Del Ministro de Relaciones de Nicaragua al Ministro de Relaciones de El Salvador”, reclamando captura de José María Valle, en: *Registro Oficial*, N° 61, 21 de marzo de 1846.
- “Reclamación” a El Salvador por haber asilado y acogido a Bernabé So-moza, de la facción de José María Valle, en: *Registro Oficial*, N° 62, 28 de marzo de 1846.

NICARAGUA, Secretaría Relaciones Exteriores, "A Sr. Cónsul Jeneral de S.M.B. en Centroamérica". Ministerio de Relaciones del Supremo Gobierno del Estado de Nicaragua. León, enero 14 de 1847. En: *Registro Oficial*, N° 99, Santiago de Managua, enero 23 de 1847.

"Nota de Protesta del Ministerio de Relaciones del Supremo Poder Ejecutivo de Nicaragua al Ministerio de Relaciones del Gobierno de Costa Rica", León, setiembre 17 de 1850, en: *El Correo del Istmo de Nicaragua*, N° 57, León, noviembre 14 de 1850.

SALINAS, Sebastián, "Al Sr. Vice Cónsul de S.M.B. en Nicaragua, de Sebastián Salinas", León, enero 19 de 1847, en: *Registro Oficial*, N° 100, Managua, enero 30 de 1847.

"Sebastián Salinas a Joaquín Bernardo Calvo", León, 5 de noviembre de 1850, en: *El Correo del Istmo de Nicaragua*, N° 57, León, noviembre 14 de 1850.

I.iii Decretos, Leyes, Convenios y Tratados

"Proyecto de ley sobre inmigrantes", reproducido en: *Mentor Nicaragüense*, N° 8, Sábado 18 de diciembre de 1841.

"Decreto de la Asamblea Legislativa del Estado de Nicaragua", 4 de diciembre de 1841, en: *Mentor Nicaragüense*, N° 9, Granada, sábado 25 de diciembre de 1841.

"Decreto disponiendo reedificación del Castillo Viejo y nombramiento de comisión de dos ingenieros que lo examinen, tomando el correspondiente presupuesto para aprobacion o reforma", 2 de diciembre de 1841, en: *Mentor Nicaragüense*, N° 13, 22 de enero de 1842.

RAMÍREZ, Norberto, "Decreto Gubernativo", León, 16 de julio de 1849. En: *El Correo del Istmo de Nicaragua*, N° 7, León, agosto 1° de 1849.

"Decreto" del Senado y Cámara de Representantes del Estado de Nicaragua, aprobando el convenio canalero firmado por José Trinidad Muños y David J. Brown. (f) Rosalío Cortes y Toribio Tijerino. 16 de marzo de 1849. En: *El Correo del Istmo de Nicaragua*, N° 2, León, mayo 16 de 1849.

"Decreto", declarando prescrita la concesión otorgada a David J. Brown, en: *El Correo del Istmo de Nicaragua*, N° 7, León, agosto 1° de 1849.

"Decreto" de la Asamblea Legislativa de Nicaragua ratificando el convenio canalero con la American Atlantic and Pacific Ship Canal Company, el 26 de septiembre de 1849. En: *El Correo del Istmo de Nicaragua*, N° 12, León, octubre 16 de 1849.

"Texto del convenio canalero firmado con la American Atlantic and Pacific Ship Canal Company, el 26 de septiembre de 1849". En: *El Correo del Istmo de Nicaragua*, N° 12, León, octubre 16 de 1849.

“Convenio de los Estados, Honduras, El Salvador y Nicaragua”, León, 8 de noviembre de 1849, en: *El Correo del Istmo de Nicaragua*, N° 16, León, diciembre 16 de 1849.

“Decreto derogando ley sobre extranjeros”, León, 15 de mayo de 1851, en: *El Correo del Istmo de Nicaragua*, N° 75, León, marzo 20 de 1851.

CHAMORRO, Fruto, “Acuerdo Gubernativo”, Managua, noviembre 28 de 1853.

“Decreto” (autorizando al Ejecutivo responder militarmente ante ocupación costarricense de fuertes en Río San Juan), Managua, 25 de noviembre de 1857. En: *Gaceta de Nicaragua*, Tomo II, N° 2, Managua, enero de 1858.

Tratado Cañas-Jerez y Acta de Canje de su ratificación, en: *Gaceta de Nicaragua*, Tomo II, N° 15, Managua, mayo 8 de 1858.

“Convención Interoceánica, celebrada entre los gobiernos de los Estados soberanos de Nicaragua y Costa-rica, y los señores Félix Belly, P.M. Millaud y Compañía, de París, relativa á la concesión de un canal marítimo interoceánico por el río San Juan y Lago de Nicaragua. Dado en Rivas el día 1° de mayo de 1858, aniversario de la capitulación de Walker”. En: *El Nacional*, Tomo I, N° 21, León, octubre 30 de 1858.

“Decreto de la Asamblea Legislativa de Nicaragua, autorizando al Presidente a promover la reunificación de Centroamérica”, Managua, 9 de agosto de 1858, en: *El Nacional*, Tomo I, N° 22, León, 6 de noviembre de 1858.

“Decreto” del Congreso de Costa Rica, autorizando al Presidente a promover la unión centroamericana, San José, 22 de septiembre de 1858, en: *El Nacional*, Tomo I, N° 22, noviembre 6 de 1858.

I.iv Discursos

BARBERENA, Manuel, “Discurso pronunciado por el Presidente del Cuerpo Convencional Licenciado Manuel Barberena, el 17 de marzo de 1842, al instalarse la Convención Nacional”. En: *Mentor Nicaragüense*, N° 23, Granada, 9 de abril de 1842.

MARTÍNEZ, Tomás, “Discurso pronunciado por S.E., el Sr. General Presidente de la República”, en: *Gaceta de Nicaragua*, N° 34, Managua, setiembre 18 de 1858.

NEGRETE, Pedro Rómulo, “Discurso pronunciado por el Sr. Coronel don Pedro Rómulo Negrete”, Managua, 13 de enero de 1858, en: *Gaceta de Nicaragua*, Tomo II, N° 3, Managua, 30 de enero de 1858.

RAMÍREZ, Norberto, “Discurso pronunciado en la instalación de la Asamblea Legislativa”, en: *Registro Oficial*, N° 73, León, junio 13 de 1846.

“Discurso Inaugural”, Managua, 24 de abril de 1849, En: *El Correo del Istmo de Nicaragua*, Tomo 1°, Año 1°, N° 1°, León, Mayo 1° de 1849.

“Discurso en acto de presentación de credenciales de E.G. Squier”, en: *El Correo del Istmo de Nicaragua*, N° 6, León, julio 16 de 1849.

“Discurso pronunciado por el Supremo Director del Gobierno al instalarse el Cuerpo Legislativo”, Managua, 25 de marzo de 1850. En: *El Correo del Istmo de Nicaragua*, N° 26, León, abril 4 de 1850.

SANDOVAL, José León, “Discurso”, 30 de abril de 1846, en: *Registro Oficial*, N° 67, mayo 2 de 1846.

s.a., “Discurso del Presidente de la Asamblea Legislativa”, Managua, 25 de marzo de 1850 En: *El Correo del Istmo de Nicaragua*, N° 26, León, abril 4 de 1850.

TERÁN, Toribio, “Discurso en acto de presentación de credenciales de E.G. Squier”, en: *El Correo del Istmo de Nicaragua*, N° 11, León, octubre 16 de 1849.

I.v Editoriales

Editorial sobre unión centroamericana, *Mentor Nicaragüense*, N° 3/4, sábado 20 de noviembre de 1841.

“Editorial” (ref. a proclama de Gregorio Dávila), en: *Mentor Nicaragüense*, N° 6, Granada, 4 de diciembre de 1841.

“Departamento Oriental”, editorial de *El Ojo del Pueblo*, N° 7, Granada, 31 de diciembre de 1843.

“Corte de Justicia”, editorial de *El Ojo del Pueblo*, N° 10, Granada, enero 20 de 1844.

“Granjería Inglesa”, editorial de *El Ojo del Pueblo*, N° 19, Granada, mayo 4 de 1844.

Editorial de *Registro Oficial* N° 63, León, 4 de abril de 1846, sobre renuncia de comisionados Pineda y Buitrago a la Dieta de Sonsonate.

Editorial de *El Correo del Istmo de Nicaragua*, N° 3, León, Junio 1° de 1849.

Editorial sobre imaginario unionista, en: *El Correo del Istmo de Nicaragua*, N° 5, León, Julio 1° de 1849.

“Nueva Era para Nicaragua”, editorial de *El Correo del Istmo de Nicaragua*, N° 6, León, Julio 16 de 1849.

Editorial de *El Correo del Istmo de Nicaragua*, N° 13, León, Noviembre 1° de 1849.

Editorial de *El Correo del Istmo de Nicaragua*, N° 15, León, Diciembre 1° de 1849.

“Canal”, editorial de *El Correo del Istmo de Nicaragua*, N° 17, León, enero 1° de 1850.

Editorial sobre proyecto de Tratado Clayton-Bulwer, en: *El Correo del Istmo de Nicaragua*, N° 25, León, marzo 29 de 1850.

El Correo del Istmo de Nicaragua, Suplemento al N° 29, León, abril 29 de 1850, dedicado a una polémica con *La Gaceta de Costa Rica*.

Editorial sobre conflicto limítrofe con Costa Rica, *El Correo del Istmo de Nicaragua*, N° 71, León, junio 27 de 1850.

“El Trabajo”, editorial de *El Correo del Istmo de Nicaragua*, N° 40, León, 18 de julio de 1850.

“¿Cual es la cosa mas orijinal del mundo?”, editorial de *El Correo del Istmo de Nicaragua*, N° 44, León, agosto 15 de 1850.

Editorial comentando artículo escrito por Luis Cheron en *La Gaceta de Costa Rica*, en: *El Correo del Istmo de Nicaragua*, N° 45, León, agosto 22 de 1850.

“Agricultura”, editorial de *El Correo del Istmo de Nicaragua*, N° 48, León, septiembre 12 de 1850.

Editorial sobre la *Memoria* de Felipe Molina, publicada por entregas en *La Gaceta de Costa Rica*, en: *El Correo del Istmo de Nicaragua*, N° 52, León, octubre 10 de 1850.

“Las Evasivas”, editorial de *El Correo del Istmo de Nicaragua*, N° 58, León, noviembre 21 de 1850.

Editorial sobre la *Memoria* de Felipe Molina, en: *El Correo del Istmo de Nicaragua*, N° 66, León, enero 16 de 1851.

Editorial sobre la *Memoria* de Felipe Molina, en: *El Correo del Istmo de Nicaragua*, N° 77, León, abril 3 de 1851.

“El 12 de Junio”, editorial de *Gaceta de Nicaragua*, tomo II, N° 20, Managua, junio 12 de 1858.

“La Pereza”, editorial de *Gaceta de Nicaragua*, Tomo II, N° 36, Managua, octubre 2 de 1858.

“La Pereza”, editorial de *Gaceta de Nicaragua*, Tomo II, N° 37, Managua, octubre 9 de 1858.

JUÁREZ, Gregorio, Editoriales sobre unión centroamericana:

“Nacionalidad de Centroamérica”, en: *El Nacional*, Tomo I, N° 1, León de Nicaragua, Junio 12 de 1858.

“Nacionalidad”, *El Nacional*, Tomo I, N° 2, León, junio 19 de 1858.

Editoriales sobre el expansionismo norteamericano:

El Nacional, Tomo 1, N° 6, León, 17 de julio de 1858.

El Nacional, Tomo 1, N° 7, León, 24 de julio de 1858.

El Nacional, Tomo 1, N° 8, León, 31 de julio de 1858.

El Nacional, Tomo 1, N° 9, León, 7 de agosto de 1858.

El Nacional, Tomo I, N° 11, León, 21 de agosto de 1858.

El Nacional, Tomo I, N° 14, León, 21 de agosto de 1858.

Temas varios:

Editorial sobre celebración de las Fiestas Patrias, en:

El Nacional, N° 15, León, septiembre 18 de 1858 y N° 16, León, septiembre 25 de 1858.

“Agricultura”, editorial publicado en *El Nacional*, Tomo I, N° 27, León, 11 de diciembre de 1858.

Editorial de la *Gaceta de Nicaragua*, Tomo II, N° 3, Managua, enero 30 de 1858, sobre reconciliación entre Costa Rica y Nicaragua, en el contexto de nueva amenaza filibustera.

“Paz entre Nicaragua y Costa Rica”, editorial de *Gaceta de Nicaragua*, Tomo II, N° 14, Managua, mayo 1° de 1858.

Editorial de la *Gaceta de Nicaragua* sobre la reconciliación de los partidos políticos y los Estados de Costa-rica y Nicaragua, en reacción a la amenaza externa. En: *Gaceta de Nicaragua*, Tomo II, N° 24, Managua, julio 10 de 1858.

Editorial de *El Nacional*, Tomo I, N° 21, León, 30 de octubre de 1858, respondiendo a interpretación peyorativa sobre la concesión canalera otorgada a Belly, aparecida en el periódico *Estrella de Panamá*.

Editorial de *El Nacional*, Tomo I, N°3, León, 26 de junio de 1858, sobre armonía entre Nicaragua y Costa Rica, en torno al proyecto canalero.

Editorial de *El Nacional*, Tomo 1, N° 24, León, Noviembre 20 de 1858, sobre el carácter progresista de la unión centroamericana.

I.vi Informes

CASTELLÓN, Francisco, “Al Sr. Ministro de relaciones del Supremo Gobierno del Estado de Nicaragua”, París, 27 de octubre de 1844, en: *Registro Oficial*, N° 5, San Fernando, sábado 22 de febrero de 1845, y N° 6, San Fernando, Sábado 1° de marzo de 1845.

“Informe escrito por el Lic. Francisco Castellón respecto a la Memoria sobre Nicaragua y Costa Rica publicada por D. Felipe Molina y que se ha empezado a publicar en el N° 94 de *La Gaceta de Costa Rica*”, Londres, julio 7 de 1849, publicado por entregas en: *El Correo del Istmo de Nicaragua*, a partir del N° 52 (León, octubre 10 de 1850), hasta el N° 61, (León, diciembre 12 de 1850).

FERRER, Fermín, “Atentado Escandaloso”, (informe sobre agresión de Chatfield a Raimundo Selva), Granada, abril 8 de 1850, en: *El Correo del Istmo de Nicaragua*, N° 28, León, abril 18 de 1850.

LEBRÓN, Rafael, “Informe del Prefecto del Departamento Meridional al Señor Ministro de Relaciones del Supremo Gobierno del Estado.”, Rivas, julio

- 14 de 1846. En: *Registro Oficial*, N° 80, Santiago de Managua, 12 de septiembre de 1846.
- QUIJANO, Manuel, "Comunicación del Coronel Manuel Quijano, Admor. de la Aduana del Puerto de San Juan del Norte, Al Señor Ministro General del Supremo Gobierno del Estado. Granada, octubre 31 de 1841. En: *Mentor Nicaragüense*, N° 3/4, Sábado 20 de noviembre de 1841.
- SQUIER, E.G., "Squier: Confidencial. Al Honorable H. S. Foote", publicado en *El Correo del Istmo de Nicaragua*, N° 64, León, Enero 2 de 1851.
- TIJERINO, Toribio, "Cuenta documentada del Comisionado del Supremo Gobierno del Estado de Nicaragua cerca del de Costarrica sobre la obligación que el segundo tiene de devolver al primero el Partido de Nicoya", León, 25 de marzo de 1843. Publicado en: *El Correo del Istmo de Nicaragua*, N° 79, León, 17 de abril de 1851.
- VIGIL, Agustín, Pbro., "Estado que manifiesta el número de casamientos, nacidos, muertos y aumento habido en el curato de mi cargo en el año que fina y consta en los libros respectivos", Granada, enero 1° de 1847, en: *Registro Oficial*, Tomo 2, N° 9, Santiago de Managua, 3 de abril de 1847.
- ZEPEDA, Hermenejildo y JUÁREZ, Gregorio, "Informe a la Asamblea Constituyente de Nicaragua sobre el conflicto limítrofe con Costa-Rica", Managua, 23 de noviembre de 1857, en: *Gaceta de Nicaragua*. Tomo II, N° 2, Managua, enero (día ilegible) de 1858.
- I.vii Proclamas y Mensajes**
- CHAMORRO, Fruto, "Mensaje de S. E. el Jeneral Director Supremo D. Fruto Chamorro a la Asamblea Constituyente del Estado de Nicaragua, instalada el 22 de enero del año de 1854", En: *Gaceta Oficial de Nicaragua*, Tomo 2°, N° 5, Managua, sábado 11 de febrero de 1854.
- "Solicitud del encargado de relaciones del Estado a la Asamblea pidiendo derogar ley sobre extranjeros, acompañada de lista de acreedores del gobierno", en: *Registro Oficial*, N° 97, León, 9 de enero de 1847.
- FERRER, Fermín, "Proclama del Prefecto y Subdelegado Intendente del Departamento Oriental, a los pueblos", Granada, julio 22 de 1849. En: *El Correo del Istmo de Nicaragua*, N° 7, León, Agosto 1° de 1849.
- GUERRERO, José, "El Director Supremo del Estado á los habitantes del mismo". Santiago de Managua, Abril 6 de 1847. En: *Registro Oficial*, Tomo 2, N° 10.
- SALINAS, Sebastián, "Circular a los Prefectos", Ministerio de Relaciones del Supremo Gobierno del Estado. León, junio 2 de 1849. En: *El Correo del Istmo de Nicaragua*, N° 4, León, junio 16 de 1849.

“Declaración adoptada por las Cámaras Legislativas de la República y oficialmente promulgada por el gobierno”, Santiago de Managua, octubre 7 de 1849. En: *El Correo del Istmo de Nicaragua*, N° 13, León, noviembre 1° de 1849.

“Circular a los Prefectos”, Ministerio de Relaciones y Gobernación del Supremo Gobierno del Estado, León, octubre 22 de 1850. En: *El Correo del Istmo de Nicaragua*, N° 54, León, octubre 24 de 1850.

MARTÍNEZ, Tomás, “General de División y Presidente de la República de Nicaragua á sus habitantes y a todos los pueblos de Centroamérica”, Managua, 10 de abril de 1858, en: *Gaceta de Nicaragua*, N° 13, Managua, abril 24 de 1858.

“Declaración conjunta de los Presidentes Juan Rafael Mora y Tomás Martínez”, Rivas, 1° de mayo de 1858. En: *El Nacional*, Tomo I, N° 21, León, octubre 30 de 1858.

ZELAYA, José Santos, “Proclama del Señor Presidente de la República”, León, 11 de julio de 1894. Reproducida en: *El Gobierno Liberal de Nicaragua: Documentos, 1893-1908*. Managua: Tipografía y Encuadernación Internacional, 1909.

I.viii Remitidos

DÍAZ ZAPATA, Francisco, “Saludo que el Sr. Francisco Díaz Zapata hizo á la Bandera de la República de Norte América al verla el día 5 de julio de 1849, en la entrada de S.E. a León, y que presentó él mismo al honorable Secretario de la Legación”, en: *El Correo del Istmo de Nicaragua*, N° 17, León, enero 1° de 1850.

F.B., “Otro. para el Ojo del Pueblo”, *El Ojo del Pueblo*, N° 4, Granada, diciembre 9 de 1843.

JUÁREZ, Gregorio, “Remitido”, León, mayo 10 de 1849, En: *El Correo del Istmo de Nicaragua*, N° 3, León, Junio 1° de 1849.

MUNICIPALIDAD DE SUBTIABA, “Felicitación del pueblo de Subtiaba al Excmo. Señor Ministro Plenipotenciario E. Geo. Squier”, León, julio 26 de 1849. En: *El Correo del Istmo de Nicaragua*, N° 9, León, Septiembre 1° de 1849.

“Remitido”, en: *Mentor Nicaragüense*, N° 5, Sábado 27 de noviembre de 1841.

“Remitido”, en: *El Ojo del Pueblo*, N° 4, Granada, 9 de diciembre de 1843.

“Remitido”, Tipitapa, Enero 17 de 1844, en: *El Ojo del Pueblo*, N° 10, Granada, Enero 20 de 1844.

“Remitido”, Granada, enero 24 de 1844, en: *El Ojo del Pueblo*, N° 11, Granada, enero 27 de 1844.

“Remitido”, en: *El Ojo del Pueblo*, Granada, Febrero 3 de 1844.

- “Remitido”, en: *El Correo del Istmo de Nicaragua*, N° 6, León, Julio 16 de 1849.
- “Remitido”, sobre situación de México, en: *El Correo del Istmo de Nicaragua*, N° 22, León, marzo 7 de 1850.
- “Remitido de unos Costarricenses al Correo”, en: *El Correo del Istmo de Nicaragua*, N° 48, León, setiembre 19 de 1850.
- “Remitido. A los SSEE del Correo del Istmo”, Nueva York, enero 10 de 1851, de disidentes de la política exterior norteamericana. En: *El Correo del Istmo de Nicaragua*, N° 72, León, Febrero 27 de 1851.
- SQUIER, E.G., “Sr. Simón Roque y otros individuos de la municipalidad de Subtiaba”, en: *El Correo del Istmo de Nicaragua*, N° 9, León, Septiembre 1° de 1849.
- T. N. G., “A la Paz”, en: *El Correo del Istmo de Nicaragua*, N° 46, León, Agosto 29 de 1850.
- ZEPEDA, Hermenegildo, “Remitido”, en: *El Correo del Istmo de Nicaragua*, N° 61, diciembre 12 de 1850.
- MONTIEL, Domingo, “Remitido”, Managua, octubre 12 de 1858. En: *El Nacional*, Tomo I, N° 20, octubre 23 de 1858.
- Obituario del Jefe de Estado José Núñez, en *El Nacional*, Tomo 1, N° 27, León, Diciembre 11 de 1858.
- “Variedades”, (Noticias sobre la Guatemala de Carrera) en: *Gaceta Oficial de Nicaragua*, Tomo II, N° 5, Managua, 11 de febrero de 1854.

II. Fuentes Primarias en Archivo IHNCA y en Compilaciones Documentales

- ADAMS, Carlos, “Comunicación. A su Excelencia el Jefe del Estado de Nicaragua”. Carlos Adams. El Ilustre Buque de S.M.B. Fuera de Belice. Honduras Británica. 17 de junio de 1842. En: VEGA BOLAÑOS (1971):286.
- ARZÚ, José, *Pepe Batres íntimo. Su familia, su correspondencia, sus papeles*. Guatemala, C.A.: Tipografía Sánchez & De Guise, 1940.
- AYCINENA, Juan José de, “El Canal de Nicaragua”, 1836. Documento reproducido en: CHANDLER, David, *Juan José de Aycinena. Idealista conservador de la Guatemala del siglo XIX*. Antigua, Guatemala: CIRMA, 1988.
- AYUNTAMIENTO DE MATAGALPA, “Comunicación del Ayuntamiento de Matagalpa al Jefe Político Superior Gavino Gaínza”, en: *Boletín del Archivo General del Gobierno*, Tomo I, N° 1, Guatemala, 1935, pp. 57-58.
- BATRES MONTÚFAR, José, *Poesías de José Batres Montúfar. Homenaje de la Sociedad de Geografía e Historia de Guatemala. 1844-1944*. Guatemala: Tipografía Nacional, 1944.

- BELLO, Andrés, "Alocución a la Poesía"; "La Agricultura de la zona tórrida", en *Poemas y Silvas*, Venezuela: Ediciones Publimedia, 1986.
- BORLAND, Solon, "Solon Borland, United States Minister to Nicaragua, to William L. Marcy, Secretary of State of the United States", Managua, Nicaragua, october 8, 1853. En: MANNING, William, *Diplomatic Correspondence of the United States. Inter-American Affairs (1831-1860)*, Vol. IV, Washington: Carnegie Endowment for International Peace, 1934.
- BITRAGO, Pablo, "El Director del Estado de Nicaragua a sus Habitantes", León, agosto 27 de 1841. En: VEGA BOLAÑOS (1971): 87-88.
- "El Director del Estado de Nicaragua á sus habitantes", León, mayo 24 de 1842. En: VEGA BOLAÑOS (1971):278-279.
- "Memoria dirigida por el Ministerio de estado y del despacho de relaciones de Nicaragua, á la Asamblea Constituyente del mismo Estado, en diciembre de 1847, sobre los derechos territoriales del propio país en la costa norte llamada mosquitos". León, Imprenta de la Paz. Reproducido en: ZELAYA, José M., "Tratado Bárcenas Meneses-Esguerra. Manual", Nicaragua: Ministerio de Relaciones Exteriores, 1996.
- CALVO, Joaquín Bernardo y otros. "Protocolo de Conferencias sobre límites entre los Plenipotenciarios de Costa Rica y Nicaragua", 10 de enero de 1854; (Firmas) Joaquín Bernardo Calvo.- Manuel J. Carazo.- Dionisio Chamorro.
- CASTELLÓN, Francisco, "Al Exelentísimo Sr. Superintendente de Belice", León, marzo 3 de 1841, en: VEGA BOLAÑOS, (1971):45-47.
- "Al Sr. Vice-Cónsul de su Magestad Británica Guillermo Hall, de Francisco Castellón", Ministerio general del Supremo Gobierno del Estado de Nicaragua. León, diciembre 15 de 1840. En: VEGA BOLAÑOS (1971):32-34.
- CARVAJAL, P., "Al Sr. Vice Almirante Carlos Adam, Comandante en Jefe de la fuerza naval de Su Magestad Británica en el Mar del Norte", Ministerio General del Supremo Gobierno del Estado de Nicaragua. Departamento de Relaciones, León, julio 17 de 1842. En: VEGA BOLAÑOS (1971):288-291.
- "A. W.S. Murphy, Agente Especial de los Estados Unidos en Centro America, de Pablo Carvajal, Ministro de Relaciones Exteriores de Nicaragua". León, marzo 30 de 1842. En: VEGA BOLAÑOS (1971):263-264.
- CASS, Lewis, artículo sobre Walker publicado en el *New York Times*, del 24 de mayo de 1856, citado en: BURNS (1991):281.
- CORRAL, Ponciano y GALARZA, Salvador, "Expediente de actas del proceso judicial por el delito de sedición contra el gobierno." Rivas, Nicaragua. 24 folios, original, manuscrito. Documento BC-0047, Archivo del Instituto de Historia de Nicaragua y Centroamérica (IHNCA).

- CHAMORRO, José Antonio, "Proclama del Cura y Vicario de Granada, don José Antonio Chamorro, á los vasallos fieles de Fernando VII. Enero de 1812. En: *Textos fundamentales de la Independencia Centroamericana*. Selección, Introducción y Notas de Carlos MELÉNDEZ. Costa Rica: Editorial Universitaria Centroamericana (EDUCA), 1971.
- CHAMORRO, Pedro Joaquín, "Carta del Pdte. Pedro Joaquín Chamorro al Pdte. Tomás Guardia", 27 de enero de 1876. Reproducida en: ESCOBAR, Esteban, *Biografía del General don Pedro Joaquín Chamorro, 1818-1890*. Managua: Tipografía La Prensa, 1935.
- "Pedro Joaquín Chamorro, Presidente Constitucional de la República de Nicaragua, a sus habitantes, Managua, mayo 15 de 1876", en ESCOBAR (1935):106-110.
- "Discurso en acto de inauguración del servicio telegráfico entre Managua y León", Managua, 27 de agosto de 1876. En: ESCOBAR (1935):158.
- CHAMORRO, Dionisio, "Protesta del Señor Ministro Plenipotenciario de Nicaragua, ante el fracaso de las conferencias sobre los límites con Costa Rica", San José, 22 de Febrero de 1854.
- "Nota de Dionisio Chamorro al gobierno de Costa Rica", 22 de febrero de 1854. Reproducida parcialmente en: SIBAJA y ZELAYA (1985), p. 115.
- CHATFIELD, Frederick, "Chatfield a Orosco", 24 de octubre de 1842; "Chatfield a Orosco", 16 de noviembre de 1842; en: VEGA BOLAÑOS (1971): 314-327.
- DE LA CERDA, Manuel Antonio, "Sucinto relato de lo ocurrido en Granada de Nicaragua, desde 29 de septiembre de 1811 hasta 18 de agosto de 1813", Guatemala: Cárcel de Corte, agosto 25 de 1813. Documento reproducido en: *RAGHN*, Tomo V, N° 3, Managua, Nicaragua: Editorial La Prensa, 1943, pp. 213-246.
- "Plano Ideal hecho según las indicaciones dadas por especulación de D. Manuel Antonio de la Cerda, Alcalde de 1 Voto de la ciudad de Granada, Granada, Febrero de 1823".
- "Correspondencia entre el Jefe del Estado de Nicaragua y los Secretarios del Congreso Federal", en: *RAGHN*, Tomo X, N° 2, Managua, 1950, pp. 133-137.
- DE LA QUADRA, Fray Desiderio, "Las Locuras de Granada", que se encuentran reproducidas en la *Revista Conservadora del Pensamiento Centroamericano* (RCPCA) XXVI (129):32-41. Managua: Artes Gráficas, junio 1971; y en: *Revista de Historia* N° 2, Nicaragua: Instituto de Historia de Nicaragua, Número especial 1992-1993, pp. 62-77.
- DEL VALLE, José Cecilio, *Obras de José Cecilio del Valle, Documentos, manifestos, discursos, críticas y estudios*. Guatemala: Tipografía Sánchez & De Guise, 1929, Vol. II.

DÍAZ, Manuel, "Informe presentado por el Sr. Díaz, junto con los documentos del Convenio celebrado en Muco, 1847", en *Memorias de Relaciones Exteriores*, 1920, Tomo II, pp. 396 y ss.

DIPUTACIÓN PROVINCIAL DE NICARAGUA Y COSTA RICA, "Informe de la Diputación Provincial de Nicaragua y Costa Rica a su Majestad Fernando VII, sobre las razas y castas que habitan el país y su capacidad política en relación con las nuevas leyes constitucionales de la Monarquía. León de Nicaragua. Noviembre 22 de 1820".

DIPUTACIÓN AMERICANA A LAS CORTES DE ESPAÑA, "Representación de la Diputación Americana a las Cortes de España", Cádiz, agosto 1, 1811. En RODRÍGUEZ, Mario, 1984.

EEUU, Secretaría de Estado, "Nombramiento de William A. Butler como Cónsul de EEUU en Granada", 8 de abril de 1842. En: VEGA BOLAÑOS (1971):294-5.

FONSECA, Casto, "Acta suscrita en Granada, el 4 de septiembre de 1841 por el Comandante General Mariscal Casto Fonseca con autoridades militares y civiles y vecinos notables de Granada sobre sucesos en San Juan del Norte", en: VEGA BOLAÑOS (1971):107.

GÁLVEZ, Mariano, "Informe que presentó al Congreso Federal, el Secretario de Estado y del Despacho de Hacienda, Al dar cuenta del negocio relativo á la apertura del canal de Nicaragua: en la sesión pública ordinaria del sábado 24 de julio de 1830". Guatemala, Julio 24 de 1830.

GARCÍA JEREZ, Fray Nicolás, "Carta al Capitán General", (León: 20 de febrero de 1812) y "Carta al Capitán General", (León: 21 de febrero de 1812), en León FERNÁNDEZ, *Documentos relativos a los movimientos de independencia en el Reino de Guatemala*. El Salvador: Ministerio de Educación Pública, 1929.

GUERRERO, José, "Decreto de Ratificación del Convenio de Muco", León, 4 de diciembre de 1847. En: *Memoria de Relaciones Exteriores*, 1920, Tomo II, pp. 396-402, y *Encuentro*, N° 24-25, p. 153.

GUZMÁN, Enrique, "Diario Intimo", reproducido en: *Revista Conservadora*, Vol, I, números 1, 2 y 3, Managua, 1960-

JUÁREZ, Gregorio, "El Comisionado de Nicaragua Contesta", León, septiembre 20 de 1848; y, "Proposición que el Comisionado de Nicaragua hace al de Costa Rica para terminar, de una vez para siempre, las cuestiones de Límites y de Propiedad del Partido de Guanacaste", León, septiembre 23 de 1848.

"Nota de Protesta al Sr. Comisionado del Gobierno de Costa-rica", León, octubre 1° de 1848. En: *Conferencias habidas entre los Comisionados de Costa-Rica y Nicaragua sobre la Anexación del Partido de Nicoya al primero de los Estados y límites territoriales de uno y otro, mandadas*

- publicar de orden del Supremo Gobierno de Nicaragua. Año 1848.*" Nicaragua: Imprenta de la Paz, 1848. (Original IHNCA)
- LEJARZA, José y ZELAYA, Leandro, "Al Público", Granada, agosto 13 de 1848. En: *RAGHN*, Tomo VII, Num. III, Managua, noviembre de 1945, pp. 87-88.
- LOPEZ DE LA PLATA, José Antonio, "Instrucciones de López de la Plata, Cádiz, 6 de enero de 1812", *Revista de la Academia de Geografía e Historia de Nicaragua*, Tomo VII, Num 11, Managua, agosto de 1945.
- "Exposición del Diputado en Cortes por la provincia de Santiago de León de Nicaragua", en *Revista de la Academia de Geografía e Historia de Nicaragua*, Tomo VII, N° 11, Managua: Editorial La Prensa, 1945.
- LOS LEONESES, "Tercero y Ultimo Saludo a la Junta Revolucionaria Residente en Granada", Los Leoneses, León, Setiembre 13 de 1851, Imprenta de la Paz.
- MADRIZ, Emiliano, "Exposición del Senador Emiliano Madriz", publicada en *El Redactor Nicaragüense*, N° 2, León, julio 28 de 1840. Documento reproducido en VEGA BOLAÑOS, (1971), pp. 35-39.
- MARTÍNEZ, Tomás, "Discurso pronunciado por el Exmo. Sr. Jeneral Presidente d. Tomás Martínez en el acto de su inauguración", 15 de noviembre de 1857. En: VEGA BOLAÑOS (1944):238.
- MARURE, Alejandro, *Memoria Histórica sobre el Canal de Nicaragua, seguida de algunas observaciones inéditas de Mr. J. Baily sobre el mismo asunto*. Guatemala: Imprenta de la Paz, 1845.
- MOLINA, Felipe, "El Comisionado de Costa-Rica ha leído con la debida atención el Proyecto anterior, y procede a exponer las observaciones que le ocurren", León, setiembre 23 de 1848. En: *Conferencias habidas entre los Comisionados de Costa-Rica y Nicaragua sobre la Anexación del Partido de Nicoya al primero de los Estados y límites territoriales de uno y otro, mandadas publicar de orden del Supremo Gobierno de Nicaragua. Año 1848.*" Nicaragua: Imprenta de la Paz, 1848.
- Memoria sobre las Cuestiones de Límites que se versan entre la República de Costa-Rica y el Estado de Nicaragua*, Madrid: Imprenta de la viuda de Calero, 1850.
- MOLINA, Pedro, *Escritos del Doctor Pedro Molina*, Tomo III, Guatemala: Editorial "José de Pineda Ibarra", Ministerio de Educación, 1969.
- MUNICIPALIDAD DE NICOYA, "Acta de la Municipalidad de Nicoya. 7 de septiembre de 1838".
- MUNICIPALIDAD DE GUANACASTE, "Acta de la Municipalidad de la ciudad de Guanacaste. 11 de septiembre de 1838".

MURPHY, W.S., "Informe de W.S. Murphy, Agente Especial de los EEUU en Centro América a Daniel Webster, Secretario de Estado de EEUU", Ciudad de Guatemala, Febrero 4 de 1842. En: VEGA BOLAÑOS (1971):239.

"W.S. Murphy, Agente Especial de los Estados Unidos en Centro America, a Daniel Webster, Secretario de Estado de los Estados Unidos", 18 de junio de 1842, en: VEGA BOLAÑOS, 1971, pp. 296-301.

NICARAGUA, "Expediente de Actas del proceso judicial por el delito de sedición contra el Gobierno", Rivas, Nicaragua. 24 folios, original, manuscrito. Documento BC-0047, Archivo del IHNCA.

"Decreto Legislativo de 13 de julio de 1832, para que haya tierras comunes o ejidos en los pueblos del Estado", Asamblea Ordinaria del Estado de Nicaragua. En: *Compilación de Leyes Municipales*, Comité Ejecutivo del Distrito Nacional, Managua, Nicaragua: Imprenta Nacional, 1931, pp. 185-187.

"Tratados entre Nicaragua y Costa-Rica. Preliminares", León, setiembre 20 de 1848, en: *Conferencias habidas entre los Comisionados de Costa-Rica y Nicaragua sobre la Anexación del Partido de Nicoya al primero de los Estados y límites territoriales de uno y otro, mandadas publicar de orden del Supremo Gobierno de Nicaragua. Año 1848.* Nicaragua: Imprenta de la Paz, 1848. (Original IHNCA)

Leyes de Nicaragua, de 1825 a 1840, Managua: Talleres Nacionales de Encuadernación, s.f..

Constituciones de 1838 y 1858, en: ESGUEVA, Antonio (comp.) *Las Constituciones Políticas y sus Reformas en la Historia de Nicaragua*, Tomo I, Nicaragua: Editorial El Parlamento, 1994.

"Convenio celebrado entre el Comisionado del Estado Soberano de Nicaragua y el Jefe Principal de la Costa de Mosquitos", Octubre-diciembre de 1847. Reproducido en: *Memoria de Relaciones Exteriores*, 1920, Tomo II, pp. 396-402; y en: *Encuentro. Revista de la Universidad Centroamericana en Nicaragua*, Abril-septiembre 1985, Números 24-24, pp. 152-153.

Memoria de Relaciones Exteriores. Año 1877. Correspondencia varia y decretos relativos al conflicto fronterizo con Costa Rica, hasta la ruptura de relaciones con ese gobierno en noviembre de 1876.

Memoria de Relaciones Exteriores. Año 1879.

"Decreto sobre Educación Pública", 8 de marzo de 1877, en: ESCOBAR (1935):367.

ORDÓÑEZ, Cleto, "Orden remitida al presbítero Ignacio Solórzano, Granada, 23 de noviembre de 1823", citado en: Arellano, Jorge Eduardo, "Cleto Ordóñez: primer caudillo popular de Nicaragua", en: www.elnuevodiario.com.ni/especiales/235015 4/12/2011.

OROSCO, Simón, "Al Sr. Ministro de Relaciones del Supremo Gobierno del Estado de Guatemala", León, octubre 16 de 1841. En: VEGA BOLAÑOS (1971):135.

"Orosco a Chatfield", 10 de noviembre de 1842 y "Orosco a Chatfield", 19 de noviembre de 1842; en: VEGA BOLAÑOS (1971): 314-327.

PINEDA, José Laureano, "Mensaje pronunciado por el Director Supremo Lic. don J. L. Pineda en la instalación de la Asamblea Legislativa, el 13 de marzo de 1852". Documento reproducido en: VEGA BOLAÑOS, 1944, p. 178.

RIVAS, Anselmo H., "El Ministro de Relaciones de Nicaragua, don A.H. Rivas, explica la conducta leal y pacífica de su país en los conflictos de Centro América", Managua, septiembre 5 de 1876. En: *Escritos de Anselmo H. Rivas*, Managua: La Prensa, 1936.

s.a., "Remitido de felicitación al Supremo Gobierno de Nicaragua", publicado en *El Redactor Nicaragüense*, N° 5, León, 18 de enero de 1841, y reproducido en: VEGA BOLAÑOS (1971):23-24.

s.a., "Exposición. Al Sr. Prefecto del Departamento Oriental", Granada, setiembre 27 de 1844. En: *Revista Conservadora del Pensamiento Centroamericano*, 27(134):99.

s.a., Editorial del *Boletín Oficial Extraordinario*, sobre Doctrina Monroe, citado en: BURNS (1991):171.

s.a., "Unos cien nicaragüenses", *Pensamiento Antimperialista en Nicaragua. Antología*. Nicaragua: Editorial Nueva Nicaragua, 1982.

SÁENZ, Felipe, "Manifiesto que hace el que suscribe a los pueblos de Centro-América, del motivo por qué fue arrojado con otros fuera de su patria la ciudad de Rivas; y en el que se propone contestar el papel llamado vindicación, suscrito por doce individuos, sobre la calumnia que se hace a su familia con motivo de los atentados del 3 de diciembre". Costa Rica, Imprenta de La Paz, 1849. Documento reproducido en: *RAGHN*, Tomo VI, Num. 1, Managua, abril de 1944, pp. 41 u ss.

SALINAS, Sebastián, "Comunicación dirigida el 13 del corriente á S.G. Lord Palmerston Ministro de negocios extranjeros de S.M.B.", Granada, marzo 13 de 1848, en: VEGA BOLAÑOS, (1944): 146-151.

"Al Jefe Principal de la Tribu de Mosquitos residente en el Cabo de Gracias a Dios, Agnes Ana Federico." S. Salinas. Secretaría de Relaciones, León, diciembre 25 de 1847.

SANDOVAL, José León. "Discurso", San Fernando, 30 de abril de 1845.

SAVAGE, Henry, "Henry Savage, Encargado de la Legación de los Estados Unidos, a Daniel Webster, Secretario de Estado de los Estados Unidos". Ciudad de Guatemala, Junio 18 de 1842. En: VEGA BOLAÑOS (1971):292.

SOMOZA, Anastacio y otros, "Pronunciamiento de la Nueva Tertulia", en: *RCP-CA*, 27(134):99.

SOTOMAYOR, B., *Memoria de Instrucción Pública*. Managua: Compañía tipográfica Internacional. 1904, p. 5.

STEPHENS, John, *Incidentes de Viaje en Centroamérica, Chiapas y Yucatán*, Costa Rica: EDUCA, 1971.

SQUIER, E. G., *Nicaragua: Its People, Scenery, Monuments, Resources, Condition and Proposed Canal*, New York: Harper, 1860.

TIJERINO, Toribio, "Cuenta documentada del Comisionado del Supremo Gobierno del Estado de Nicaragua cerca del de Costarrica sobre la obligación que el segundo tiene de devolver al primero el Partido de Nicoya", León, 25 de marzo de 1843. (Original en Biblioteca IHNCA).

"Tratado Cañas-Juárez", texto reproducido en: SIBAJA y ZELAYA (1985): 160-162.

VALLE, José Cecilio, *Escritos del Licenciado José Cecilio del Valle. Ensayos y Documentos*. San José, Costa Rica: Editorial Libro Libre, 1988.

Obras de José Cecilio del Valle. Documentos, manifiestos, discursos, críticas y estudios. Guatemala: Tipografía Sánchez & De Guise, 1929.

VEGA BOLAÑOS, Andrés, *Gobernantes de Nicaragua. Notas y Documentos*, Nicaragua: Editorial Rodríguez, 1944.

1840-1842. Los Atentados del Superintendente de Belice, Managua: Editorial Unión, 1971.

WALKER, William, *La Guerra en Nicaragua*, Costa Rica: EDUCA, 1975.

WHEELER, J., "Wheeler a Secretario de Estado Marcy", Junio 15 de 1856, en: BURNS (1991):281.

ZEPEDA, Hermenegildo, Diputado Presidente de la Asamblea Constituyente de 1858, "Discurso", 15 de septiembre de 1858. Reproducido en: *Revista Conservadora del Pensamiento Centroamericano*, Vol. 15, N° 72. Nicaragua: Editorial Alemana, septiembre 1966, pp. 6-7.

Bibliografía general

ACUÑA ORTEGA, Víctor Hugo, "Historia del Vocabulario Político en Costa Rica. Estado, república, nación y democracia. (1821-1949); en: *Identidades nacionales y Estado moderno en Centroamérica*, / compiladores, Arturo Taracena A., Jean Piel. San José, C.R.:Editorial de la Universidad de Costa Rica, 1995.

Centroamérica: Filibusteros, estados, imperios y memorias. San José: Editorial Costa Rica: Ministerio de Cultura, SINABI, 2014.

- Filibusterismo y Destino Manifiesto en las Américas*. Víctor Hugo Acuña Ortega (editor). 1. Ed. Alajuela: Museo Histórico Cultural Juan Santamaría, 2010.
- ALEGRET, Juan L. "La Comarca de Cabo Gracias a Dios: Apuntes para su Historia", en: *Encuentro. Revista de la Universidad Centroamericana*. Managua: UCA, abril-septiembre 1985, pp. 65-95.
- ÁLVAREZ LEJARZA, Emilio, *Ensayo Histórico sobre el Derecho Constitucional de Nicaragua*, Managua, 1936, (s.p.i.).
- ÁLVAREZ, Miguel Angel, *De como perdimos las Provincias de Nicoya y Guanacaste*, Nicaragua: Editorial La Prensa, 1942.
- ÁLVAREZ MONTALVÁN, Emilio y KÜHL ARÁUZ, Eddy. *Policarpo y Cleto: Hermanos históricos. ¿Orígenes del Conservatismo y Liberalismo en Nicaragua?* Managua: La Prensa, 2008.
- ANDERSON, Benedict, *Imagined Communities. Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*, London: Verso, 1991.
- ANDERSON IMBERT, Enrique, *Historia de la literatura hispanoamericana, La Colonia. Cien años de República*. México: Fondo de Cultura Económica, 1954.
- ARELLANO, Jorge Eduardo, "El Primer Historiador de Nicaragua. (Pedro Francisco de la Rocha y su Revista Política sobre la Historia de la Revolución de Nicaragua)", en: *Revista del Pensamiento Centroamericano*, Vol. 38, N° 180, pp. 7-21.
- Historia de la Universidad de León - época moderna y contemporánea*, Tomo II, Nicaragua: Editorial Universitaria UNAN, Colección "Documento", N° 3, 1ª ed., 1974.
- Brevísima historia de la Educación en Nicaragua (De la Colonia a los años '70 del Siglo XX)*, Managua: Instituto Nicaragüense de Cultura Hispánica, 1997.
- Historia Básica de Nicaragua (Vol. 2). IV. El Siglo XIX*, Managua: CIRA / Programa de Textos Escolares Nacionales, 1997.
- ARZÚ, José, *Pepe Batres íntimo. Su familia, su correspondencia, sus papeles*. Guatemala, C.A.: Tipografía Sánchez & De Guise, 1940.
- AYÓN, Tomás, *Historia de Nicaragua, desde los tiempos más remotos hasta el año de 1852*, (1 ed. Managua, 1882); AYÓN, Tomás, *Historia de Nicaragua*, Nicaragua: Fondo de Promoción Cultural BANIC, 1993.
- "Apuntes sobre algunos de los acontecimientos políticos de Nicaragua en los años de 1811 a 1824", reproducido en: Ayón, Tomás, *Historia de Nicaragua*, Tomo III, Managua: Banco de América, 1977.

- BANCROFT, Hubert Howe, *The Works of Hubert Howe Bancroft, History of Central America*, San Francisco: The History Company Publishers, 1887.
- BARAHONA, Marvin, "Honduras. El estado fragmentado. (1839-1876)", en: *Identidades nacionales y Estado moderno en Centroamérica*, ob. cit., 1995.
- BATRES MONTÚFAR, José, *Poesías de José Batres Montúfar. Homenaje de la Sociedad de Geografía e Historia de Guatemala. 1844-1944*. Guatemala, C.A.: Tipografía Nacional, 1944.
- BELAUBRE, Christophe, "Crónica de las relaciones de poder y de la conflictividad en la orden franciscana de San Jorge de Nicaragua a inicios del siglo XIX", Boletín AFEHC N°43, publicado el 04 diciembre 2009. Disponible en: http://afehc-historia-centroamericana.org/index.php?action=fi_af&id=2310
- BETHELL, Leslie (ed.), *The Cambridge History of Latin America*, Vol. III, Cambridge University Press, 1985.
- BOURDIEU, Pierre, *Outline of a Theory of Practice*, Cambridge University Press, 1977.
- BRADING, David A., "Nacionalismo y Estado en Hispanoamérica", en: *Iberoamérica en el Siglo XIX. Nacionalismo y dependencia*, David A. Brading et. al., España, Pamplona: Ediciones EUNATE, 1995.
- BRANNSTROM, Christian, "Almost a Canal: visions for interoceanic communication across southern Nicaragua", EEUU: University of Wisconsin-Madison, Tesis inédita, 1992.
- BROW, James, "Notes on Community, Hegemony and the uses of the past", *Anthropological Quarterly*, 63(1):570, January 1990.
- BURNS, Bradford, *Patriarch and Folk. The Emergence of Nicaragua (1798-1858)*, EEUU: Harvard University Press, 1991.
- CARRILLO SALCEDO, Juan Antonio, *El derecho internacional en perspectiva histórica*. Madrid: Editorial TECNOS S.A., 1991.
- CERUTTI CULDBERG, Horacio, "El utopismo del siglo XIX. Aproximación a dos exponentes del género utópico gestados en el seno de la ideología liberal", en: INSTITUTO PANAMERICANO DE GEOGRAFÍA E HISTORIA, *El Pensamiento Latinoamericano en el siglo XIX*, México: Instituto Panamericano de Geografía e Historia, 1986.
- COLLADO, Carmen, *Nicaragua*, México: Editorial Nueva Imagen, 1988.
- COMELLAS, José Luis, *Historia de España*, Madrid: Editorial RIALP, 1967.
- CORONEL URTECHO, José, *Reflexiones sobre la historia de Nicaragua: de Gaínza a Somoza*, Tomo II, León, Nicaragua: Editorial Hospicio, 1962.

- CUADRA, Pablo Antonio, "Rubén Darío y la aventura literaria del mestizaje", en *Aventura Literaria del Mestizaje y otros ensayos*, San José, C.R.: Libro Libre, 1988.
- CUADRA PASOS, Carlos, *Obras*, Tomo II, Managua: Pinsa, 1977.
- CHAMORRO ZELAYA, Pedro Joaquín, *Fruto Chamorro*, Managua, Nicaragua: Editorial La Unión, 1960.
- Máximo Jerez y sus contemporáneos. Estudio histórico-crítico*, Managua, Nicaragua: Editorial La Prensa, 1948.
- Don Sofonías Salvatierra y su "Comentario Polémico"*, Managua: La Prensa, 1949.
- CHANDLER, David, *Juan José de Aycinena. Idealista conservador de la Guatemala del siglo XIX*. Antigua, Guatemala: CIRMA, 1988.
- DE LA ROCHA, Pedro Francisco, *Revista Política sobre la Historia de la Revolución de Nicaragua, en Defensa de la Administración del Ex-Director Don José León Sandoval*, Granada: Imprenta de la Concepción, Octubre 10 de 1847. (Reproducida en *Revista del Pensamiento Centroamericano*, Número 180, julio-septiembre 1983, pp. 24-77.)
- "Estudios sobre la Revolución de Nicaragua", en: *Revista Conservadora del Pensamiento Centroamericano* Vol. XXVIII, N° 140, Managua., D.N., Mayo 1972.
- DEMYK, Noelle, "Los territorios del Estado-nación en América Central. Una problemática regional". En: *Identidades nacionales y Estado moderno en Centroamérica*. Compiladores: Arturo Taracena A. y Jean Piel. Costa Rica: UCR, 1995.
- DÍAZ RUIZ, Ignacio, "El modernismo hispanoamericano", en *El Pensamiento Latinoamericano en el siglo XIX*, México: IPGH, 1986.
- DÍAZ ARIAS, David y VIALES HURTADO, Ronny (eds.), *Independencias, Estados y Políticas en la Centroamérica del Siglo XIX. Las Huellas Históricas del Bicentenario*. (1ª ed.) San José, C.R.: Centro de Investigaciones Históricas de América Central, 2012.
- DORE, Elizabeth, *Mitos de Modernidad. Tierra, Peonaje y Patriarcado en Granada, Nicaragua*. Managua: IHNCA-UCA, 2008.
- DOUGHERTY, James E.- PFALTZGRAFF, Robert L., *Teorías en Pugna en las Relaciones Internacionales*, Buenos Aires, Argentina: Grupo Editor Latinoamericano S.R.L., 1993.
- DUCHET, Michelle, *Antropología e Historia en el Siglo de las Luces. Buffon, Voltaire, Rousseau, Helvecio, Diderot*. México: Siglo XXI, 1975.
- DYM, Jordana, "Bourbon Reforms and City Government in Central America, 1759-1808". En: *Politics, Economy, and Society in Bourbon Central Ame-*

rica, 1759-1821. Jordana DYM y Christophe BELAUBRE (eds.) University Press of Colorado, 2007.

“La soberanía de los pueblos: ciudad e independencia en Centroamérica, 1808-1823”, en Jaime E. RODRÍGUEZ O., (Coord.) *Revolución, independencia y las nuevas naciones de América*, (Madrid, Mapfre, 2005).

“Actas de independencia: de la Capitanía General de Guatemala a la República Federal de Centroamérica”, en: *Independencias, Estados y Políticas en la Centroamérica del Siglo XIX. Las Huellas Históricas del Bicentenario*. David DÍAZ ARIAS y Ronny VIALES HURTADO (eds.). 1ª ed. San José, C.R.: Centro de Investigaciones Históricas de América Centra, 2012.

ESCOBAR, Esteban, *Biografía del General don Pedro Joaquín Chamorro, 1818-1890*. Managua: Tipografía La Prensa, 1935.

ESGUEVA GÓMEZ, Antonio, *Las Constituciones políticas y sus reformas en la historia de Nicaragua*, Managua: Editorial El Parlamento, 1994.

Las Leyes Electorales en la Historia de Nicaragua, Tomo I, Managua: Editorial El Amanecer, 1995.

Compendio de documentos sobre la cuestión limítrofe entre Nicaragua y Costa Rica, Nicaragua: Instituto de Historia de Nicaragua y Centroamérica, 1999. (En prensa).

FERNÁNDEZ, León, *Documentos relativos a los movimientos de independencia en el Reino de Guatemala*. El Salvador: Ministerio de Educación Pública, 1929.

FERNÁNDEZ MOLINA, José Antonio, “La competencia por la hegemonía entre representantes metropolitanos y élites locales. Espacios y mecanismos de confrontación en Costa Rica a finales de la colonia “clásica”, en VANNINI, Margarita y KINLOCH, Frances, (editoras), *Política, Cultura y Sociedad en Centroamérica. Siglos XVIII-XX* (Managua: IHNCA-UCA, 1998).

“El poder en el mercado y el mercado del poder. Comerciantes y cabildos provinciales en la Centroamérica del siglo XVIII”, Investigación inédita, Universidad Nacional, Costa Rica, 1992.

FOLKMAN, David, *La Ruta de Nicaragua*, Managua: PINSA, 1976.

FONSECA, Elizabeth, *Centroamérica: su historia*, San José, C.R.: FLACSO-EDUCA, 1996.

FUMERO VARGAS, Patricia, “De la Iniciativa Individual a la Cultura Oficial: El caso del General José Dolores Estrada. Nicaragua, Década de 1870”, en: *Nicaragua en busca de su identidad*, (Frances Kinloch T., editora), Nicaragua: Instituto de Historia de Nicaragua, Universidad Centroamericana, 1995.



- GÁMEZ, José Dolores, *Historia de Nicaragua*, Managua: Tipografía de “El País”, 1889.
- Archivo Histórico de la República de Nicaragua*, Tomo 1, Managua: Tipografía Nacional, 1896.
- Reminiscencias Históricas de la tierra centroamericana. La Independencia*. San Salvador: Imprenta Diario del Salvador, 1913.
- Historia de la Costa de Mosquitos. (Hasta 1894)*. Nicaragua: s.p.i., (1915-1939).
- GARCÍA LAGUARDIA, Jorge Mario, *Orígenes de la Democracia Constitucional en Centroamérica*, San José: EDUCA, 1976.
- GERBI, Antonello, *La Disputa del Nuevo Mundo. Historia de una polémica. (1750-1900)*, México: Fondo de Cultura Económica, 1993.
- GOBAT, Michel, *Enfrentando el Sueño Americano. Nicaragua bajo el dominio imperial de Estados Unidos*. Managua: IHNCA-UCA, 2010.
- GOULD, Jeffrey L., “¡Vana Ilusión! The Highlands Indians and the Myth of Nicaragua Mestiza. 1880-1925”, *Hispanic American Historical Review*, 73:3, Duke University Press, 1993.
- GRIFFITH, William J., “Attitudes toward foreign colonization. The evolution of nineteenth-century Guatemalan Immigration Policy”, En: *Applied Enlightenment: 19th Century Liberalism*, Number 4, 1972.
- GUERRA, François Xavier, *Modernidad e Independencia. Ensayos sobre las revoluciones hispánicas*. México: Fondo de Cultura Económica-MAPFRE, 1993.
- GUZMÁN, Enrique, “Diario Intimo”, reproducido en suplementos de *Revista Conservadora*, Vol. I, N°s 1, 2 y 3. Managua, 1960.
- HALE, Charles A., *El liberalismo en la época de Mora, 1821-1853*, México, Siglo XXI, 1972.
- HALPERIN DONGHI, Tulio, *Historia contemporánea de América Latina*, Madrid: Editorial Alianza, 1972.
- HAWKINS, Timothy, “La Corona, el Ejército, y la sociedad colonial centroamericana”, Boletín AFEHC N°34, publicado el 04 febrero 2008. Disponible en: http://afehc-historia-centroamericana.org/index.php?action=fi_aff&id=1848.
- HERRERA CUAREZMA, Miguel Angel, “El impacto de la actividad transísmica en la comunidad de bogas y marinos. Pacífico nicaragüense. (1849-185)”, Tesis de maestría, Universidad de Costa Rica, 1997.
- HERRERA, Sajid Alfredo, “La idea borbónica de buen gobierno en las poblaciones: La Intendencia de San Salvador. (1786-1808)”. En: Ana Margarita

GÓMEZ y Sajid HERRERA, (Compiladores), *Mestizaje, poder y sociedad. Ensayos de historia colonial de las provincias de San Salvador y Sonsonate, El Salvador*. (FLACSO, 2003).

“Escenarios de lealtad e infidencia durante el régimen constitucional gaditano: San Salvador, 1811-1814”, *Mesoamérica*, Año 32, Número 53, Enero-diciembre 2011.

HOBSBAWM, Eric, “Some reflections on nationalism”, en: NOSSITER, T.J., et.al., eds., *Imagination and Precision in the social sciences*, Faber and Faber, 1972.

“Mass producing traditions: Europe, 1870-1914”, en: *The Invention of Tradition*, Cambridge University Press, 1983.

“Inventando Tradiciones”, en: *Historias*, N° 19, octubre-marzo, 1988.

Naciones y Nacionalismo desde 1780, Barcelona: Editorial Crítica, 1991.

HORSMAN, Reginald, *Race and Manifest Destiny: the origins of American Racial Anglo-Saxonism*, Cambridge, MA, 1981.

IBARRA MAYORGA, Salomón, *Monografía del Himno Nacional de Nicaragua*, Nicaragua: Publicaciones del Ministerio de Relaciones Exteriores, Mayo de 1955.

INSTITUTO DE ESTUDIO DEL SANDINISMO, *Pensamiento Antimperialista en Nicaragua. Antología*. Nicaragua: Editorial Nueva Nicaragua, 1982.

KARNES, Thomas L., *Los Fracazos de la Unión*, San José, Costa Rica: ICAP, 1982.

KEASBEY, Lindley Miller. *The Nicaragua Canal and the Monroe Doctrine. A Political History of Isthmus Transit, with Special Reference to the Nicaragua Canal Project and the Attitude of the United States Government Thereto*. New York: G.P. Putnam's Sons, The Knickerbocker Press, 1896.

KINLOCH, Frances, “El canal interoceánico en el imaginario nacional. Nicaragua, Siglo XIX”, en: *Talleres de Historia*, N° 6, Nicaragua: Instituto de Historia de Nicaragua, 1994.

“Naciones y Nacionalismo. Debates en torno a su análisis histórico”, *Taller de Historia*, N° 6, Nicaragua: Instituto de Historia de Nicaragua, julio 1994.

Nicaragua: Identidad y cultura política. (1821-1858). Managua: BCN, 1999.

Historia de Nicaragua. Managua: IHNCA-UCA, 2012. (Cuarta ed.).

KONRAD, Patrick, “La concesión de la caoba y la red política de Francisco Morazán. 1835-1840”, Ponencia presentada en el III Congreso Centroamericano de Historia, San José, Costa Rica, 15-18 julio, 1996.

LANUZA, Alberto, “La formación del Estado Nacional en Nicaragua: las bases



- económicas, comerciales y financieras entre 1821 y 1873", en: LANUZA, et. al., *Economía y sociedad en la construcción del Estado en Nicaragua*, San José, Costa Rica: ICAP, 1983.
- LASCARIS, Constantino, *Historia de las ideas en Centroamérica*, San José, Costa Rica: EDUCA, 1970.
- LINDO FUENTES, Héctor, "Economía y sociedad. (1810-1870), en: *Historia General de Centroamérica, De la Ilustración al Liberalismo*, PÉREZ BRIGNOLI, Héctor (editor), España: Sociedad Estatal Quinto Centenario - FLACSO, 1993, Tomo III.
- LYNCH, John, *Caudillos en Hispanoamérica, 1800-1850*, Madrid: Editorial MAPFRE, 1993.
- MACK, Gerstle, *The Land Divided: A History of the Panama Canal and other Isthmian Canal Projects*, New York: Alfred A. Knopf, 1944.
- MARTÍNEZ PELÁEZ, Severo, *La Patria del Criollo. Ensayo de interpretación de la realidad colonial guatemalteca*. San José, Costa Rica: EDUCA, 1985.
- MELÉNDEZ CHAVERRI, Carlos, *Introducción a José Cecilio del Valle. Ensayos y Documentos*. San José, Costa Rica: Editorial Libro Libre, 1988.
- Textos fundamentales de la Independencia Centroamericana*. Selección, Introducción y Notas de Carlos Meléndez. Costa Rica: Editorial Universitaria Centroamericana (EDUCA), 1971.
- MERINA, Olga y NEWSON, Linda, "Jesuit Missions in Spanish America: the aftermath of the expulsion", *Revista de Historia de América*, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, N° 118, Julio-Diciembre 1994.
- MOLINA, Pedro, *Escritos del Doctor Pedro Molina*, Tomo III, Guatemala: Editorial "José de Pineda Ibarra", Ministerio de Educación, 1969.
- "Memorias", en *Revista de la Academia de Geografía e Historia de Nicaragua*, Tomo XL (Managua: Editorial La Prensa, 1971).
- NAYLOR, Robert A. *Influencia británica en el comercio centroamericano durante las primeras décadas de la Independencia (1821-1851)*, Antigua, Guatemala: CIRMA, 1988.
- NISS, Frank, *A Hemisphere to Itself. A History of US Latin American Relations*, London: Zed Books Ltd., 1990.
- OBREGÓN QUESADA, Clotilde, *El Río San Juan en la lucha de las potencias, (1821-1860)*, San José, Costa Rica: EUNED, 1993.
- ORTEGA ARANCIBIA, Francisco, *Nicaragua en los primeros años de su emancipación política*, París: Editorial Garnier, 1894.
- Nicaragua (Cuarenta Años) 1838-1878. Guerras civiles.- Vida íntima de grandes personajes políticos*. Managua: Tipografía Comercial, 1912.

ORTEGA Y MEDINA, Juan Antonio, "Identidad, amplitud y plenitud del mestizaje en Hispanoamérica", en: *Quinientos años de historia, sentido y proyección*, (Leopoldo ZEA, compilador), México: Fondo de Cultura Económica, 1991.

ORTIZ, María Salvadora (comp.), *Identidades y Producciones Culturales en América Latina*, Colección Identidad Cultural, Costa Rica: Editorial Universitaria UCR, 1996.

OSZLAK, Oscar, "Formación Histórica del Estado en América Latina. (Elementos teóricos-metodológicos para su estudio)."

OVERBEEKE, Aleid, "A Dutch Diplomat in Latin America. The two missions of Jan Verveer", Rijks Universiteit Leiden, Tesis inédita.

PALMA MURGA, Gustavo, "Algunas consideraciones sobre las relaciones interétnicas en Guatemala a lo largo de su historia", en: *Memoria: Política, Cultura y Sociedad en Centroamérica. Siglos XVIII-XX*, (VANNINI, M. y KINLOCH, F. editoras), Nicaragua: Instituto de Historia de Nicaragua y Centroamérica (IHNCA-UCA), 1998.

PASOS ARANA, Manuel. "Granada y sus arroyos". En: *Revista de la Academia de Geografía e Historia de Nicaragua (RAGHN)*, Tomo VI, N° 2, Managua: La Prensa, 1944.

PALMER, Steven, "A Liberal Discipline: inventing nations in Guatemala and Costa Rica, 1870-1900", Tesis doctoral, EEUU: Columbia University, 1990.

PEREZ BRIGNOLI, Héctor, *Breve Historia de Centroamérica*, Madrid, España: Alianza Editorial, 1988.

PÉREZ, Jerónimo, *Obras históricas completas*, Nicaragua: Colección Cultural del Banco de América, 1975.

PINTO SORIA, Julio, *Centroamérica, de la colonia al Estado nacional (1800-1840)*, Guatemala: Editorial Universitaria, 1989.

PLATT, Tristan, "Simón Bolívar, the Sun of Justice and the Amerindian Virgin: Andean concepts of the Patria in Nineteenth Century Potosí", *Journal of Latin American Studies*, 25: 159-185, Cambridge University Press, 1993.

POLLACK, Aaron, *Levantamiento K'iche' en Totonicapán, 1820. Los lugares de las políticas subalternas*, (Guatemala: AVANCSO, 2008); y "Movilizaciones Populares y Conspiración en el Futuro Guatemala", 1808-1814", en *Mesoamérica*, Año 32, Número 53, Enero-diciembre 2011.

RIVAS, Anselmo Hilario, *Escritos de Anselmo H. Rivas*. Managua: La Prensa, 1936.

RODRÍGUEZ ROSALES, Isolda, "Educación asimiladora en el litoral atlántico. Nicaragua, 1893-1909", en: *Memoria: Política, Cultura y Sociedad en*



- Centroamérica. Siglos XVIII-XX*, (VANNINI, M. y KINLOCH, F. editoras), Nicaragua: Instituto de Historia de Nicaragua y Centroamérica (IHNCA-UCA), 1998.
- RODRÍGUEZ, Mario, *A Palmerstonian Diplomat in Central America. Frederick Chatfield, Esq.*, Tucson, EEUU: The University of Arizona Press, 1964.
- El experimento de Cádiz en Centroamérica, 1808-1826*, México: Fondo de Cultura Económica, 1984.
- RODRÍGUEZ, María Elia y LÓPEZ, Luisa María (coord.), *Signos, Lenguajes y Discursos Sociales*, Costa Rica: Editorial Nueva Década.
- ROMERO, Luis Alberto, "Sectores populares e identidad", en: *Desarrollo Económico*, 27(106):205, julio-septiembre, 1987.
- ROMERO VARGAS, Germán, *Las Estructuras Sociales de Nicaragua en el siglo XVIII*, Nicaragua: Editorial Vanguardia, 1987.
- Las sociedades del Atlántico de Nicaragua en los Siglos XVII y XVIII*, Managua: Fondo de Promoción Cultural BANIC, 1995.
- RUBIO SÁNCHEZ, Mario, "Historia de los gobernadores de Nicaragua", Libro 6. (Recopilación inédita de documentos del Archivo General de Indias. Tulane University: Latin American Library Manuscripts, Collection 142, c. 1970) pp. 2790-2795.
- SALVATIERRA, Sofonías, *Máximo Jerez Inmortal. Comentario polémico*. Nicaragua: Tipografía Progreso, 1950.
- Contribución a la Historia de Centroamérica. Monografías documentales*, Tomo II. Managua: Tipografía Progreso, 1939.
- SCROGGS, William O., *Filibusteros y Financieros*, (2ª ed.), Nicaragua: Colección Banco de América, 1975.
- SMITH, Anthony, *Theories of Nationalism*, New York: Holmes and Meier Publishers, 1983.
- SIBAJA, Luis Fernando, *Nuestro límite con Nicaragua*, San José, C.R., 1974.
- SIBAJA, Luis Fernando y ZELAYA, Chéster, *La Anexión de Nicoya*, (2ª ed.) San José, Costa Rica: EUNED, 1985.
- SOLORZANO, Juan Carlos, "Rafael Carrera, ¿reacción conservadora o revolución campesina? Guatemala 1837-1873", en: *Anuario de Estudios Centroamericanos*, San José: Universidad de Costa Rica, 13(2):5-35, 1987.
- SPROUT, Harold y Margaret, *The Ecological Perspective on Human Affairs with Special Reference to International Politics*, Princeton University Press, 1965;
- SQUIER, E.G., *Nicaragua, sus gentes y paisajes*. (Traducción de Luciano Cuadra), Costa Rica: EDUCA, 1970.

STEPHENS, John, *Incidentes de Viaje en Centroamérica, Chiapas y Yucatán*, San José, C.R.: EDUCA, 1971, Tomos I y II.

TARACENA ARRIOLA, Arturo, "Historia política de Centroamérica. 1821-1930)", en: *Encuentros con la Historia*, Margarita Vannini (editora), Nicaragua: Instituto de Historia de Nicaragua, 1995.

"Reflexiones sobre la Federación Centroamericana, 1823-1840", en: *Revista de Historia*, N° 2, Nicaragua: Instituto de Historia de Nicaragua, 1992-1993.

"Nación y República en Centroamérica. (1821-1865)", en: *Identidades nacionales y Estado moderno en Centroamérica* / Arturo TARACENA A. - Jean PIEL (compiladores), San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica, 1995.

Invencción criolla, sueño ladino, pesadilla indígena. Los Altos de Guatemala: de región a Estado, 1740-1850. 1ª ed. San José: Porvenir; CIRMA; DRCTC, 1997.

TOWNSEND EZCURRA, Andrés, *Las Provincias Unidas de Centroamérica: Fundación de la República*, San José: Editorial Costa Rica, 1973.

TRUYOL Y SERRA, Antonio, *La Sociedad Internacional*, Madrid: Alianza Universidad, 1991.

TÜNNERMANN BERNHEIM, Carlos, "Identidad y Diversidad Cultural", Conferencia Inaugural pronunciada en el Encuentro Multidisciplinario sobre Nacionalismo e Identidad, en: *Nicaragua en busca de su Identidad*, (KINLOCH, F. editora), Nicaragua: Instituto de Historia de Nicaragua / Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo, 1995.

VINCENS VIVES, Jaime, *Historia General Moderna*, T. II, España, Barcelona, Montaner y Simón, S.A., 1952.

WALKER, William, *La Guerra en Nicaragua*, Costa Rica: EDUCA, 1975.

WALLERSTEIN, Immanuel, *El Moderno Sistema Mundial*. ii. *El mercantilismo y la consolidación de la economía-mundo europea. 1600-1750*. México: Siglo XXI, 1984.

WEEKS, William Earl, "Historiography. New Directions in the study of early american foreign relations", en: *Diplomatic History. The Journal of the Society for Historians of the American Foreign Relations*. 17(1):73-96, Winter, 1993.

WOLF, Eric R., *Europa y la gente sin historia*, México: Fondo de Cultura Económica, 1994.

WOODBIDGE, Paul, *Los contratos Webster Mora y las implicaciones sobre Costa Rica y Nicaragua*, San José, Editorial Costa Rica, 1967.

WOODWARD, Ralph Lee, Jr., "Pensamiento Científico y Desarrollo Económico en Centroamérica, 1860-1920", en: *Revista del Pensamiento Centroame-*



ricano, 36(172-173): 73, Managua, Nicaragua: Imprenta Don Bosco, Julio-Diciembre 1981.

WORTMAN, Miles L. *Gobierno y Sociedad en Centroamérica. 1680-1840*. San José, C.R.: BCIE, Litografía Tibas, 1991.

ZEA, Leopoldo, "1847 en la conciencia hispanoamericana", en: *Cuadernos Americanos, Nueva Epoca*, Año XI, Vol. 5, N° 65, México: UNAM, septiembre-octubre 1997.

ZELAYA GOODMAN, Chéster, *Nicaragua en la Independencia*, Centroamérica: EDUCA, 1971.

ZELAYA, José M., "Tratado Bárcenas Meneses-Esguerra. Manual", Nicaragua: Ministerio de Relaciones Exteriores, 1996.



“El imaginario del canal y la nación cosmopolita”
terminó de imprimirse en diciembre 2015,
con un tiraje de 500 ejemplares,
en la imprenta Imprime, S. A.
Managua, Nicaragua

Frances Kinloch señala en forma detallada, gracias a una sólida base empírica, que los procesos de formación del Estado en Nicaragua estuvieron condicionados por una constelación de factores: redes familiares de intereses económicos y políticos, lealtades verticales con asiento territorial, relaciones interétnicas, relaciones de clase, competencia interestatal al interior de la Federación Centroamericana, conflictos entre los estados que la sobrevivieron y, en fin, más específicamente, disputas territoriales con el vecino Costa Rica. Pero la formación del Estado en Nicaragua no solo estuvo determinada por conflictos y alianzas entre fuerzas locales y regionales, sino que se inscribió en la competencia entre el hegemónico imperio británico y el naciente imperio estadounidense. Esta competencia estuvo fuertemente motivada por la importancia geoestratégica de la región centroamericana y de la zona de paso interoceánico de Nicaragua. El canal como potencial del territorio reivindicado por el Estado nicaragüense determinó la forma de sus relaciones con esos imperios y encuadró la manera en que las elites concibieron un posible estilo de desarrollo para su país.

Un siglo después, a inicios del siglo XXI, lo que la autora analiza como historia cobra una sorprendente vigencia. En efecto, el Estado nicaragüense, la nación nicaragüense y el canal de Nicaragua son temas de gran actualidad, cuya relevancia es obviamente global.

En consecuencia la reedición del libro de Frances Kinloch en esta nueva versión ampliada no puede ser más oportuna tanto por el lugar ejemplar que este excepcional trabajo ocupa en la historiografía nicaragüense y centroamericana contemporáneas como por su gran pertinencia para entender Nicaragua hoy. Esta obra prueba el inmenso valor de una historia crítica, nutrida del desarrollo de la disciplina en sus centros más avanzados y elaborada en forma profesional, para la interpretación de los conflictos y desafíos del tiempo presente. Un mérito que no muchas obras de historia logran alcanzar.

Víctor Hugo Acuña Ortega
Profesor Emérito, Universidad de Costa Rica



Política y Sociedad

ISBN 978-99924-29-13-6



2016114190

Frances Kinloch señaló en forma detallada, gracias a una sólida base empírica, que los procesos de formación del Estado en Nicaragua estuvieron condicionados por una constelación de factores: redes familiares de intereses económicos y políticos, lealtades verticales con asiento territorial, relaciones interétnicas, relaciones de clase, competencia interestatal al interior de la Federación Centroamericana, conflictos entre los estados que la sobrevivieron y, en fin, más específicamente, disputas territoriales con el vecino Costa Rica. Pero la formación del Estado en Nicaragua no solo estuvo determinada por conflictos y alianzas entre fuerzas locales y regionales, sino que se inscribió en la competencia entre el hegemónico imperio británico y el naciente imperio estadounidense. Esta competencia estuvo fuertemente motivada por la importancia geoestratégica de la región centroamericana y de la zona de paso interoceánico de Nicaragua. El canal como potencial del territorio reivindicado por el Estado nicaragüense determinó la forma de sus relaciones con esos imperios y encuadró la manera en que las elites concibieron un posible estilo de desarrollo para su país.

Un siglo después, a inicios del siglo XXI, lo que la autora analiza como historia cobra una sorprendente vigencia. En efecto, el Estado nicaragüense, la nación nicaragüense y el canal de Nicaragua son temas de gran actualidad, cuya relevancia es obviamente global.

En consecuencia la reedición del libro de Frances Kinloch en esta nueva versión ampliada no puede ser más oportuna tanto por el lugar ejemplar que este excepcional trabajo ocupa en la historiografía nicaragüense y centroamericana contemporáneas como por su gran pertinencia para entender Nicaragua hoy. Esta obra prueba el inmenso valor de una historia crítica, nutrida del desarrollo de la disciplina en sus centros más avanzados y elaborada en forma profesional, para la interpretación de los conflictos y desafíos del tiempo presente. Un mérito que no muchas obras de historia logran alcanzar.

Víctor Hugo Acuña Ortega
Profesor Emérito, Universidad de Costa Rica



Política y Sociedad

ISBN 978-99924-29-13-



9 789992 429136



2016114190